

Península Odiseas

La sombra de la Ruta de la Seda Colin Thubron



Península Odiseas

La sombra de la Ruta de la Seda

Colin Thubron



Índice

Portada

Índice

Dedicatoria

Nota del autor

1. Amanecer

2. La capital

3. Mantra

4. El último portal bajo el cielo

5. La ruta del sur

6. Kashgar

7. El puerto de montaña

8. A Samarcanda

9. Al otro lado del Oxus

10. Duelo

11. La paz mongola

12. A Antioquía

Cronología

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

iRegístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

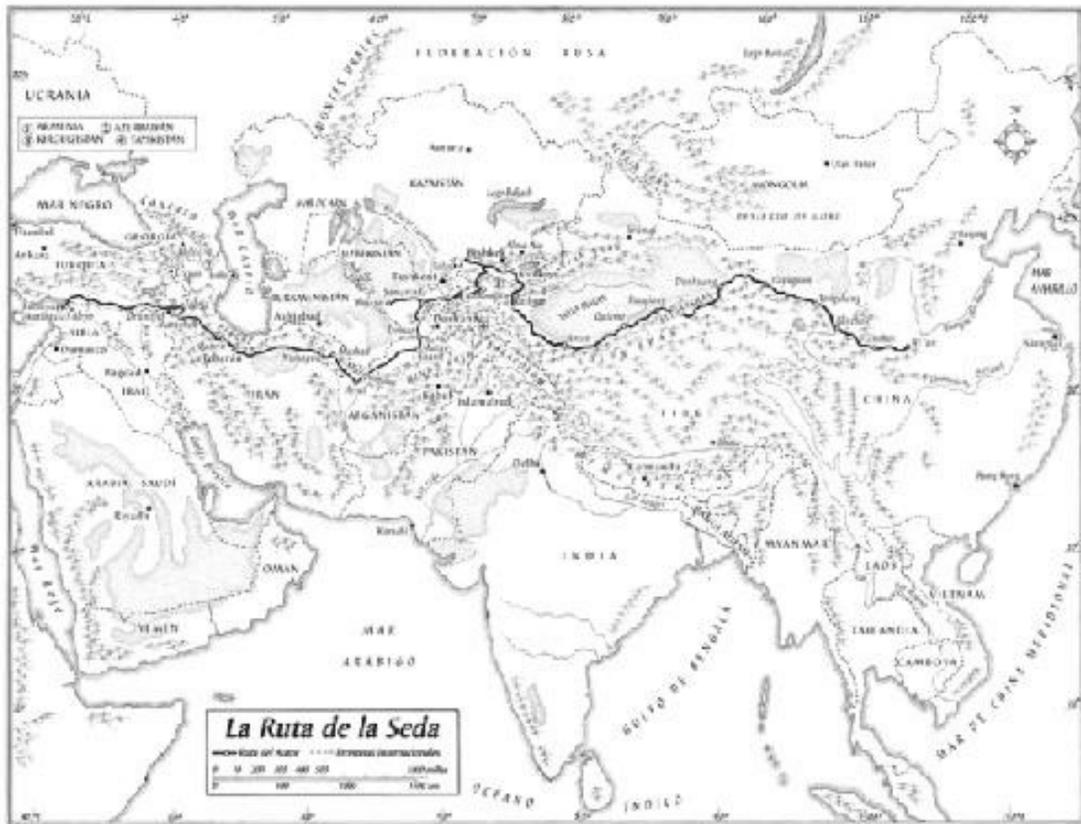
PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

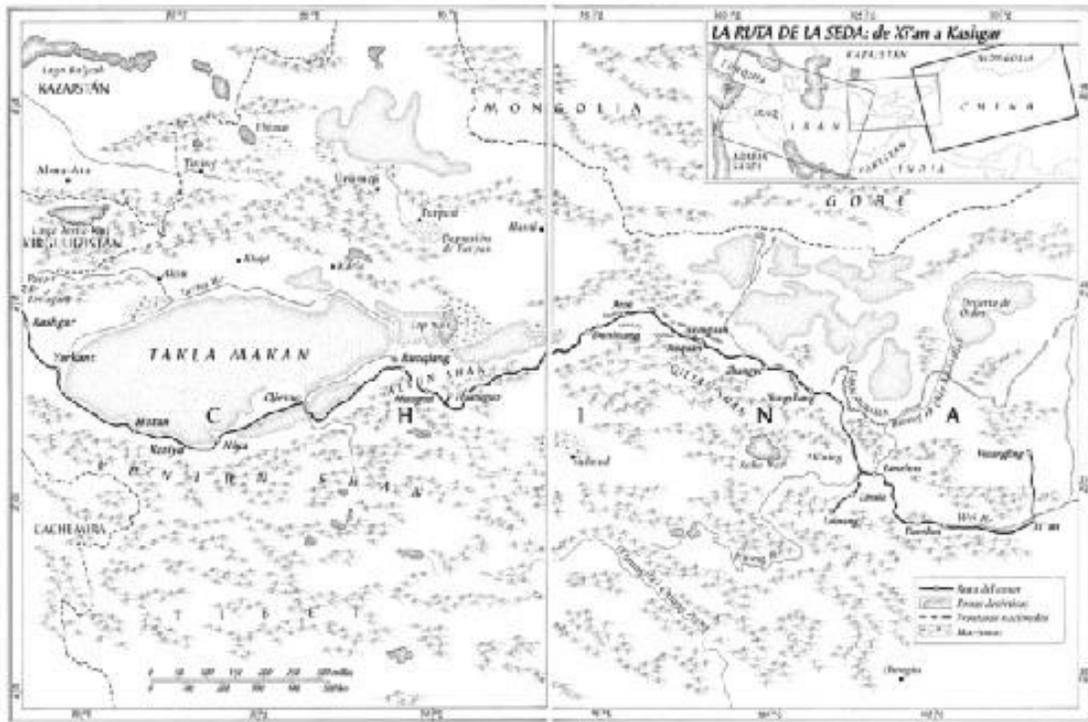
Para Paul Bergne



Nota del autor

El viaje descrito aquí se vio interrumpido por enfrentamientos en el norte de Afganistán. La parte que hubo de posponerse se realizó al año siguiente, en la misma época del año.

En plena incertidumbre política, se han ocultado las identidades de diversas personas descritas en el libro.



1

Amanecer

Al filo del alba la tierra está vacía. Un argénteo puente de granito se adentra en el lago y, a su término, pálido en su reflejo, brilla un templo. La luz es pura y calma. Los ruidos de la ciudad han desaparecido y el silencio intensifica el vacío—el lago artificial, el templo, el puente—como las figuras para una ceremonia que se ha olvidado.

Mientras subo por la triple terraza que conduce al templo, una oscura montaña va aumentando de tamaño junto a mí, arbolada hasta la cima por un tupido bosque de viejos cipreses. Mis pasos suenan débiles en los peldaños. La piedra nueva y los árboles viejos me crean una dulce confusión mental. En algún lugar del bosque que se extiende por encima de mí, entre los cipreses milenarios, se encuentra la tumba del emperador Amarillo, el mítico antepasado del pueblo chino.

Unos cuantos peregrinos se pasean por el patio del templo y vendedores ofrecen rosas amarillas bajo toldos amarillos. Reinan el silencio y las sombras. Los gigantescos cipreses que han invadido el recinto, grises y vetustos, parecen estar transformándose en piedra. Uno, dicen, fue plantado por el mismísimo emperador Amarillo; otro es el árbol donde el gran emperador Wudi, fundador del templo hace dos mil años, colgaba su armadura antes de rezar.

Los peregrinos se están haciendo fotografías entre ellos. Posan en actitud seria, reuniendo prestigio de la magia del lugar. Aquí, su pasado se torna sagrado. Los únicos sonidos son los crujidos del bambú y los murmullos de los visitantes. En este templo, rinden homenaje a su propio patrimonio, a su lugar de honor en el mundo. Porque el emperador Amarillo inventó la civilización misma. De él nació China, y la sabiduría.

La mujer está mirando una piedra con las marcas de dos grandes pisadas. Menuda e infantil, se sobresalta al ver un extranjero. Los extranjeros no vienen aquí, dice riéndose, tapándose la boca con la mano. Lo siente. Las pisadas, dice, pertenecen al emperador Amarillo.

—¿De veras?

—Sí. Una de sus concubinas las utilizaba para hacer botas. Él inventó las botas.

Caminamos por un momento junto a piedras grabadas con el tributo de antiguos emperadores y llegamos, al final del patio, al Salón del fundador de la civilización humana. Cirios e incienso arden en su altar, que está repleto de frutas de plástico. Los ojos de la mujer, cuando yo le hago preguntas, me miran con franqueza. El emperador Amarillo inventó la escritura, la música y las matemáticas, dice. Descubrió la seda. Aquí era donde empezaba la historia. La gente había estado viniendo desde hacía generaciones.

—Y ahora también usted. ¿Es del gobierno?—Pero sus ojos reparan en mis pantalones desgastados, mis zapatillas de deporte llenas de polvo—. ¿Profesor?

—Sí—le miento. Empiezo a fraguar una nueva identidad: soy un profesor aficionado a la historia y con una familia en casa. No quiero que me interroge.

—Por eso habla mandarín—dice ella (aunque este es deficiente, casi inexpresivo)—. ¿Y dónde va?

Pienso en decir que a Turquía, al Mediterráneo, pero parece descabellado. Me oigo responder:

—Voy al noroeste por la Ruta de la Seda, a Kashgar. —Y esto suena ya bastante extraño. Ella sonrío nerviosamente. Siente que ya ha ido demasiado lejos y se calla. Pero la pregunta tácita de «¿Por qué va?» le dibuja en el

entrecejo una perpleja flor de lis. Este «¿Por qué?», en China, rara vez se pregunta. Es demasiado indiscreto, demasiado íntimo. Caminamos en silencio.

A veces, un viaje es fruto de la esperanza y el instinto, de una embriagadora convicción, mientras uno recorre el mapa con el dedo: Sí, aquí y aquí... y aquí. Estas son las terminaciones nerviosas del mundo...

Un centenar de razones le piden a voces que vaya. Él va para entrar en contacto con identidades humanas, para poblar un mapa vacío. Siente que se dirige al corazón del mundo. Va para encontrar las múltiples formas que adopta la fe. Va porque aún es joven y está ávido de emociones, de oír crujir el polvo bajo sus botas; va porque es viejo y necesita comprender algo antes de que sea demasiado tarde. Va para ver qué sucederá.

No obstante, seguir la Ruta de la Seda es seguir a un fantasma. Discurre por el centro del Asia, pero oficialmente ha desaparecido, dejando tras de sí el sello de su perpetuo movimiento: fronteras irreales, naciones que no constan en los mapas. La ruta se bifurca y se desvía dondequiera que uno esté. No es un solo camino, sino muchos: una red de opciones. La mía discurre por más de once mil doscientos kilómetros y a veces es peligrosa.

Pero en el templo del emperador Amarillo, la mujer está mirando al norte.

—Lo enterraron ahí arriba, en la montaña—dice—. Está escrito que la gente lo sujetó por la ropa mientras él subía al cielo, intentando retenerlo. Algunos dicen que aquí solo está enterrada su ropa. Pero yo no creo que sea cierto.—Habla en voz baja, con cierta tristeza inexplicada—. La tumba es bastante pequeña, no como las de emperadores posteriores. Creo que en esa época se vivía con más sencillez.

Caminamos durante un minuto más bajo los aleros del templo. Luego, de pronto, el tartamudeo de las taladradoras y el gruñido de los volquetes rompen en pedazos la quietud.

—Están construyendo un templo nuevo—dice ella—. Para celebraciones y asambleas. Este es demasiado pequeño. En el nuevo cabrán cinco mil personas.

Más tarde, miro desde la ladera de la colina el solar donde estará situado. Imagino los calmos e inmutables pabellones de un templo chino alzándose de su pálido granito. Este lugar, Huangling, solo está a unos ciento sesenta

kilómetros de la Xi'an moderna, pero se halla perdido en las profundidades de otra época de erosión y pobreza. ¿Quién vendrá?

Pero el gobierno está resucitando este lugar como santuario nacional y el templo más antiguo ya está repleto de estelas donde estadistas chinos rinden tributo al «padre de la nación». Aquí está grabada en piedra la caligrafía de Sun Yat-sen desde 1912, y la de Jiang Jieshi, previsiblemente tosca; la de Mao Zedong, quien más adelante tacharía al emperador Amarillo de feudal; las de Deng Xiaoping y el odiado Li Peng.

El clamor de las obras de restauración se extingue cuando el sendero que sube a la montaña se interna en el bosque de cipreses. Oigo el martilleo de un pájaro carpintero en la espesura y el eco de voces humanas muy por encima de mí. De vez en cuando, una bandera amarilla en un asta de bambú indica el camino. Me estoy remontando en el tiempo. Cerca de la cumbre, el sendero da paso a una escalera de piedra y los árboles se tornan fantasmagóricos, con los troncos retorcidos como barritas de azúcar cristalizado o abiertos en canal sobre las pizarrosas vetas que surcan el suelo. Aquí, el más distinguido de los mandarines, incluso el emperador, dejaba su silla de manos y subía a pie hasta el mausoleo.

Porque, finalmente, poco hay—de la música al calendario—cuyo descubrimiento no se atribuya al emperador Amarillo. Este soberano reinó durante cien años hasta 2597 a. C. antes de ascender a los cielos a lomos de un dragón. Fue él quien instituyó los festivales de la tierra y la seda. Desde tiempos remotos, los emperadores que lo sucedieron inauguraban el año arando un surco ritual, mientras sus emperatrices ofrendaban capullos de seda y hojas de morera al altar de su esposa Leitzu, la dama de los gusanos de seda.

Según la leyenda, fue Leitzu quien descubrió la seda. Mientras paseaba por su jardín, reparó en un extraño gusano que se estaba atracando de hojas de morera. Durante varios días, lo observó mientras hilaba una dorada red a su alrededor e imaginó que era el alma de un antepasado. Luego lo vio encerrarse en ella y lo creyó muerto, hasta que la mariposa reencarnada salió del capullo. Jugueteano, desconcertada, con su diminuta mortaja rota, se le cayó por error en el té. Distraídamente, cogió la fibra ablandada y comenzó a devanarla, cada vez más asombrada, en un largo filamento de reluciente seda. Con el tiempo,

enseñó el arte de la hilatura de la seda y la cría del misterioso gusano y a su muerte fue deificada y emplazada en el hogar celestial de Escorpio, la constelación de la Casa de la seda.

Alcanzó la cima de la colina, la cual los antiguos llamaron monte Qiao. El incienso y la luz solar se filtran entre los árboles. Aquí se han celebrado sacrificios desde el siglo VIII a. C. y el emperador Wudi mandó construir una plataforma para rezar, que ahora se está desmoronando poco a poco. Los escasos guardas me miran mudos de sorpresa. Junto a la plataforma, hay calderas llenas de pebetes que parecen hormigoneras y un tronco colgado embiste una campana monstruosa, cuyo estruendo sacude el bosque.

Más allá, circundado por un sombrío muro casi oculto por los cipreses, se alza el túmulo del emperador Amarillo. Tiene únicamente tres metros y medio de altura y está poblado por tupidos arbustos. Lo rodeo con cuidado por un sendero muy pisado. La estela funeraria colocada delante dice: «El jinete del dragón del monte Qiao». Pero yo me pregunto cómo murió realmente, y quién fue. Algunos historiadores creen que el dragón es la reminiscencia de un meteoro, en cuya apocalíptica caída desapareció el emperador. Sus restos se han identificado cerca de aquí.

A medida que rodeo la montaña, el enigma se hace más hondo. Hasta donde me alcanza la vista, las áridas colinas no pertenecen a la China clásica, sino a un mundo más crudo. Aquí es donde la provincia de Shaanxi colinda con Mongolia. Por su corredor, las tribus bárbaras—hunos, turcos, mongoles—descendieron desde el norte hasta el corazón de China, invadiendo las populosas ciudades del río Amarillo. Según las historias antiguas más rigurosas, su precursor fue el propio emperador Amarillo: el jefe de un clan que irrumpió desde el noroeste e unificó los territorios a su paso. Es curioso. Como si quisieran atemperar esta avalancha nómada enclavándola en una historia controlable, sabios de tiempos tan remotos como el siglo XI a. C. encajaron a este conquistador en el tiempo como su antepasado. Su color pasó a ser el amarillo de los suelos de la China interior, donde el loess traído por el viento desde los desiertos septentrionales deviene en fértiles campos. La hipotética tonalidad de los suelos bárbaros era negra o roja, y blanco el color de la muerte y de Occidente. Pero amarillo era el color del centro del mundo.

Cuando termino de rodear la montaña y regreso a la tumba, estoy confundido. Súbitamente, su túmulo no es un vestigio de ninguna edad de oro, sino el tosco sepulcro de un jefe nómada. El padre de China no fue chino en absoluto.

En cuanto a la dama de los gusanos de seda, también ella se difumina en la historia conocida. La sericultura se había extendido por los ríos chinos mucho antes que ella. Hace más de seis siglos, alguien esculpió en un poblado neolítico un gusano de seda en una taza de marfil y arqueólogos desenterraron un capullo roto artificialmente. En las ruinas de una ciudad de Turkmenistán apareció seda de finales del tercer milenio a. C. y en yacimientos arqueológicos muy antiguos se han encontrado instrumentos para hilarla e incluso cintas de seda teñidas de rojo.

En el claro de bosque, junto a la plataforma de rezo, uno de los guardas me muestra su mano abierta para que yo le dé dinero, esperando venderme incienso. Pero, caprichosamente, yo escojo otro tributo. Lanzo el tronco pintado—se mueve más deprisa, con más pesadez de lo que yo esperaba—contra la campana colgante. En el oscuro calvero, resuena con un clamor difuso. Mucho después de que yo haya soltado el tronco, el ruido continúa. Retumba por encima de la plataforma, el bosque, el túmulo, como si contuviera un melancólico saber. Es indefiniblemente alarmante. Los otros peregrinos se vuelven para mirar. El sonido es más indiscreto que cualquier cirio o barra de incienso.

2

La capital

El sol salió sobre una ciudad nueva. Por sus avenidas interiores, y hasta donde me alcanzaba la vista, Xi'an había sufrido un cambio espectacular. Treinta años atrás, yo me había paseado por una ruinoso capital de provincias. Sus sombrías murallas, supervivientes de la Revolución Cultural, habían circundado poco más que bloques de oficinas y almacenes estatales semivacíos. Hay un hedor a carbonilla en mi recuerdo, y barro otoñal. Camiones herrumbrosos y un río de bicicletas habían deambulado por la fantasmal trama de viejas calles. Los colores que poblaban las aceras eran el marrón reglamentario, el gris y el azul marino. Parecía un lugar detenido en la historia, muerto de tanto esperar.

Pero ahora había cobrado bruscamente vida. Yo apenas reconocía nada. Xi'an no se había consolidado en la majestuosidad que irradiaba Beijing, sino transformado en una frenética procesión de centros comerciales atestados de gente, restaurantes y arrabales industriales de alta tecnología. El circuito de casi quince kilómetros trazado por sus murallas, que antes parecía no contener nada, bullía con renacido vigor, engullendo por sus inmensas puertas un tráfico que creaba atascos kilométricos en las avenidas. Autopistas de ocho carriles, incluyendo el asediado carril para bicicletas, discurrían entre hoteles y prestigiosos edificios de apartamentos transitadas por los turismos de moda y

un parque móvil de diez mil taxis Citroën.

En el centro de la ciudad, el campanario de la dinastía Ming se había convertido en una isleta rodeada de un torbellino de coches. Cuando uno recorre su paso superior, dándose con la cabeza contra las vigas del techo, un enorme centro comercial lo bombardea con una lluvia de anuncios informatizados y un cavernoso McDonalds brilla junto a él; eslóganes anuncian nuevos ciclomotores, reproductores de CD, teléfonos móviles. Desde aquí, el tráfico se aleja hacia los cuatro puntos cardinales. Al final de cada avenida, las cuatro puertas de la muralla se perfilan amarillentas en la bruma impregnada de humo, mientras, por detrás de ellas, se alza una multitud de rascacielos suburbanos, como el fantasma del futuro aguardando para atravesarlas.

El futuro apenas puede esperar. La ciudad entera está en obras. De cada dos solares, uno exhibe una gigantesca imagen informática de lo que allí se construirá: institutos y despachos de vidrio y azulejo coronados por aleros inclinados y torretas que parecen sombreros de papel, con unos cuantos visitantes rubios diseminados en la parte de abajo para conferirles prestigio y perspectiva, con lo que tramos enteros de avenida se convierten en escenarios de teatro futuristas. Si uno regresa el año próximo, prometen estas imágenes, entrará en una ciudad distinta. Xi'an se está convirtiendo en todo lo que China quiere ser.

Los comercios y las vallas publicitarias persuaden de que el mundo entero está aquí; París, Nueva York, Londres. En los supermercados, hay multitud de artículos que eran inalcanzables hace tan solo cinco años: un río de productos eléctricos fluye desde China oriental; la comida está apilada en lo que, para los ancianos, es un sueño inexplicable. Y aquí y allá, un reluciente centro comercial transporta hasta el mismo Elíseo. Estos fríos palacios ofrecen un Occidente sin filtro: Givenchy, Arden, Bally, Guieves & Hawkes, Dior, L'Oréal. Los dependientes tienen un aspecto frío y aséptico, como si se adaptaran instintivamente a su papel, y sus clientes, pareciendo tímidamente provincianos—hombres y mujeres comportándose como niños—, suben y bajan deslumbrados en las escaleras mecánicas.

A veces, entornando los ojos, intenté volver a imaginar la ciudad de mi

recuerdo. Pero me descubrí rememorando un lugar de cuya existencia no estaba seguro ya, bajo cuyas ceñudas murallas, inundadas ahora del ruido del tráfico, los campesinos habían instalado sus puestos de mercado y las avenidas habían estado desiertas. En mi mente, esta Xi'an más antigua ya se estaba convirtiendo en una fotografía sepia. Yo me esforzaba por recobrarla, pero ella se estaba difuminando con cada hora que pasaba.

A todo mi alrededor, bullía ahora otra generación. Su ritmo era más inquieto y dirigido. Pequeños teléfonos móviles plateados relucían ahora en todas las orejas. En mi recuerdo, las expresiones de sus padres eran cautas o impasibles, y lentos sus pasos. Pero ahora habían despertado a la diferencia: más volubles, expresivos, inquietos. Unos cuantos me recordaron a amigos occidentales. Casi esperé ver en su cara la luz del reconocimiento. Las parejas iban cogidas de la mano e incluso se besaban: un escándalo en tiempos de Mao. Mujeres con el cabello teñido de color caoba paseaban perritos. Estaban de moda los zapatos largos y apuntados—como los de un bufón—y llamativos vaqueros descoloridos.

Se había dado carta blanca a algo que ellos llamaban Occidente. Yo lo contemplaba boquiabierto, como un forastero. Pero el estallido del individualismo, presentí yo, no era lo que parecía. Ser occidental era una forma de amoldarse. En el mismo momento en que Occidente los rozaba, ellos ya lo estaban haciendo chino. Y entre aquellas multitudes de juventud urbana, una corriente subterránea de inmigrantes rurales—como secuelas del pasado—estaba invadiendo las calles: hombres y mujeres ruidosos con la cara ennegrecida por el sol y el pelo espeso, cuyas ásperas voces llenaban los restaurantes chinos.

En aquella ciudad en proceso de transformación, los ancianos miraban como si estuvieran contemplando un cruel desfile. Llevando aún gorras maoístas y deshilachadas zapatillas de tela, se apostaban en una glorieta o un parque y se quedaban horas viendo aquel mundo transformado pasar ante sus ojos. Era difícil mirarlos sin conmoverse. Hombres y mujeres nacidos durante la guerra civil y la invasión japonesa, que habían logrado salir con vida de la hambruna en el «gran salto adelante» y sobrevivido a la Revolución Cultural, habían finalmente terminado por descubrir que sobraban. Bajo sus matas de

pelo cano, parecía que la historia les hubiera tensado o vaciado el rostro. A veces, daban la impresión de sonreír débilmente. Fumaban continuamente, si se lo podían permitir, y se subían las perneras del pantalón hasta las rodillas para que les diera el sol. Y a veces sus expresiones serenas transmitían una cierta paz, incluso regocijo, lo cual me hacía preguntarme, sorprendido, qué recuerdo podía ser tan dulce.

Si uno deja cualquiera de las avenidas que discurren por el interior de las murallas, se pierde en una maraña de viejas callejuelas. Justo detrás de las avenidas de hormigón, laten como el inconsciente de la ciudad: serpentean y se bifurcan en claustrofóbicos patios donde las endeble paredes de madera de las viviendas, salpicadas de ventanas rotas, sobreviven a los fríos inviernos bajo grises tejados de hojalata ondulada. Cuando uno se interna aquí, vuelve a notar el peso del pasado de Xi'an. Oye únicamente el chirrido de bicicletas o el traqueteo de un rickshaw mientras deposita a sus zarandeados pasajeros.

En una calle donde artistas y calígrafos se afanaban en oscuros talleres, me vi rodeado de puestos que vendían las moletas clásicas y cepillos de pelo de tejón de diferentes tamaños (con un tejón de peluche colgado a su lado como garantía). Vendedores de flautas de bambú y ocarinas las tocaron de un modo curiosamente seductor a mi paso. Pero los torcidos aleros y balcones que había encima estaban restaurados y la callejuela se llamaba «Vieja calle de la cultura». Más allá, calles que vendían abanicos pintados y trajes clásicos de ópera convergían en un mercado donde había grandes montones de artefactos de laca y porcelana, jade y hueso. Reproducidos como si fueran antiguos, ocupaban una región de sombras donde los viejos oficios se habían convertido en pasto de la nostalgia, en alimento para los turistas. Entre todos ellos—entre los curiosos y los pocos objetos hermosos—encontré incluso recuerdos de la Revolución Cultural, manufacturados como curiosidades. Había Pequeños Libros Rojos a la venta, publicados como recuerdos póstumos; encendedores que tocaban «Oriente es rojo» al prender. En un reloj de pulsera, una imagen pintada de Mao Zedong movía espasmódicamente la mano con cada segundo que pasaba.

—No está diciéndole hola—dijo el vendedor, sonriendo de oreja a oreja—. Está diciéndole adiós.

Era como si aquellos años, con todo su horror, ya estuvieran siendo engullidos por la estela del pasado. El dolor los estaba abandonando. Se habían vuelto *kitsch*.

Pero aquella tarde un tendero me ofreció otro Pequeño Libro Rojo, de casi cuarenta años. Estaba manchado de aceite y llevaba el nombre de su dueño, Yang Shaomin. Me invadió entonces una vieja inquietud. El horror de la Revolución Cultural—sus millones de perseguidos anónimos, la crueldad mental que la caracterizó—nunca me había abandonado del todo. Hacía dieciocho años, me había tropezado con sus restos humanos por doquier. Sostuve el libro con cuidado, casi con reverencia. Parecía exhalar un maná corrupto. Recordé fotografías de Mao Zedong arengando a la Guardia Roja en la plaza de Tiananmen, y el mar de Libros Rojos alzados para adorarlo. ¿Había sido este uno de ellos? Tenía una textura áspera, y pesaba poco. En la parte de atrás, contenía un viejo recorte de periódico con pensamientos de Mao. Y al hojear sus páginas, aquella pesadilla volvió a hacerse realidad y yo me pregunté qué le habría sucedido a Yang Shaomin, y qué habría hecho.

Luego, volví a encontrarme en la avenida, a plena luz del día. Había un enorme atasco de coches y los niños estaban saliendo de las escuelas. Años atrás, habrían seguido obedientemente a su profesor formando una doble fila, los pequeños cogidos a una larga cuerda. Ahora se empujaban, gritaban y corrían desbocados. Sus carteras llevaban eslógenes en inglés. Me sentí tontamente reconfortado. En el cine local, una comedia romántica china titulada *Why me, Sweetie?* estaba en cartel junto con *Harry Potter y la cámara secreta*.

Ahora, lo que veía me sumía en una fascinada confusión. Mis ojos se topaban continuamente con esos anuncios vagamente perturbadores protagonizados por modelos europeizadas. Sus ojos tenían una redondez antinatural, con los pliegues epicánticos eliminados quirúrgicamente, sus narices estaban sutilmente arqueadas o adelgazadas por la iluminación fotográfica y sus bocas de piñón se ensanchaban para esbozar una sonrisa occidental.

—Nosotros no somos como nuestros padres. No tenemos tiempo ni seguridad. Usted dice que andamos distinto a los viejos; bueno, es por eso. Es la inquietud.

Me pareció que hacía una mueca de dolor en la mesa de restaurante donde estábamos sentados frente a frente: un hombre joven, de apenas veintitrés años, pálido y con la cara acorazonada.

—El mundo de nuestros padres era más seguro: pensiones del Estado, trabajo y vivienda asegurados. Y ellos quieren seguir como antes, cautos, conservadores. Pero mi generación... nuestro mundo depende de nosotros.

Parecía nervioso y excitado a la vez. Este era el profundo cambio que estaba transformando a China. De golpe, el futuro había adquirido más fuerza que el pasado. Los cambios estaban dejando cosas obsoletas. Esto era patente donde los altos bloques de pisos invadían el casco antiguo, desbancando a las generaciones que habían vivido apiñadas en sus patios comunales y levantando en su lugar pisos de familias nucleares. Zonas enteras de la ciudad se habían vuelto irreconocibles, dijo el hombre. Y naturalmente no eran solo los edificios los que se estaban imponiendo, sino los valores que fomentaban.

—Yo pasé mi infancia en los patios de esos viejos callejones. Entonces, las relaciones humanas eran más estrechas.—Hizo un puchero, como si buscara un sabor perdido. Me pregunté si no estaba simplemente lamentándose de ser adulto—. Ahora vivimos en la planta catorce de un rascacielos y, siempre que salimos, echamos el cerrojo a una puerta blindada.

Mi interlocutor era el extraño producto de este mundo transformado. Adoraba a los animales y los espacios verdes—de niño había querido en vano tener perro—, y estaba estudiando ecología con cierta desesperación ante la crueldad de su país.

—La mayoría de mis amigos son el fruto de la política de tener un solo hijo por familia, del control de natalidad. Nos llaman «pequeños emperadores». Sus padres y sus parientes se desviven por estos hijos únicos. Pero no creo que eso nos prepare para la realidad. El otro día leí que un niño de diez años había muerto ahogado, intentando salvar a su amigo. No sabía nadar. Todo el mundo dijo: ¡Qué valiente! Pero yo pensé: es el típico pequeño emperador. Estúpido. Se creía capaz de cualquier cosa.—Sus palillos chinos

vacilaron sobre el pollo con sabor a guindilla. Casi no lo había probado—. Hay una clase de sabiduría que no nos enseñan—dijo—. Y todas las familias están llenas de silencios.

Con vaga sorpresa, advertí que, para él, los horrores de la Revolución Cultural eran puramente historia. Mao Zedong había muerto años antes de que él naciera: un símbolo, no un hombre. Dijo:

—Mis padres nunca hablan de esa época. Creo que no quieren recordar. Así que nunca sabré qué hicieron. Pertenecieron a la Guardia Roja, naturalmente, y he oído que mi padre destrozó cosas viejas. Puede que incluso matara a un hombre. Pero nunca lo sabré.

De pronto, se echó a reír.

—La Revolución Cultural es un chiste para mis amigos. Cuando nos hacemos fotos de grupo cantamos ridículos himnos maoístas. Eso es lo que hacían en aquella época. Cantaban himnos antes de hacerse una foto. Y si querías comprar una cámara, el tendero podía no vendértela hasta que tú le hubieras cantado dos o tres himnos...

—¿Se imagina a usted y a sus amigos en esa época? ¿Qué habrían hecho? —pregunté yo. Me estaba invadiendo una vieja inquietud.

—No. Realmente no me puedo imaginar esa... o, bueno... no, no puedo... Lo cierto es que toda mi generación está harta de política. El gobierno está podrido. La gente solo se afilia al Partido para medrar. Queremos cambiar, pero nadie va a dar la vida por ello.

Pensé en la masacre de la plaza de Tiananmen. Por mucha incoherencia que hubiera habido en ello, sus víctimas habían muerto por el cambio. Pero, en el mismo momento en que se lo preguntaba, me di cuenta de que él tenía nueve años en esa época.

—Mi padre estaba trabajando en Beijing en ese momento y yo hacía cuarto —dijo él—. Recuerdo el ruido y los soldados, y luego vimos sangre en las calles, por todas partes. Poco después, atravesé esa plaza con mi madre y me di cuenta de que había pasado algo horrible. Pero eso fue todo, y ella no dijo nada. Y ahora no pensamos mucho en eso, ni tampoco hablamos.

En sus ojos despiertos e inquietos, imaginé recelo.

—De todas formas—dijo—, creo que fueron valientes.

Durante un rato, picó delicadamente del pollo que tenía delante, limpiándose a veces las comisuras de la boca con la manga de la camisa. Luego dijo, con el súbito y paradójico laconismo que caracteriza a su pueblo:

—Me da miedo la muerte. Y la soledad. Cuando cierro los ojos, me entra frío. Pienso: la muerte es esto. Negrura, donde no hay tacto ni gusto. Mucha gente joven le tiene miedo, creo. Los viejos pueden pensar en la vida que han tenido, quizás, y no tienen miedo...

Yo pensé: a ellos siempre se lo aseguraron todo.

—... Pero los jóvenes no estamos realizados, y tenemos miedo. Algunos de mis amigos van al templo budista, pero solo porque les falta algo. Yo no creo en eso. Para nosotros, después de la muerte, no hay nada.



Los valles de los ríos Wei y Amarillo, donde está situada Xi'an, fueron el corazón de la antigua China. Al norte, las mesetas de marga traída por el viento ascienden hacia Mongolia Interior: al sur, las colinas, súbitamente húmedas, están terraplenadas para el cultivo del arroz y el té. Fue en la templada cuenca intermedia, tapizada ahora de trigo y algodón, donde el tiránico emperador Qin Shi Huangdi estableció la primera capital de una China unificada en 221 a. C y fue enterrado en una tumba custodiada por un gran ejército de guerreros de terracota que no se descubriría hasta dos mil años después. Durante su reinado, los feudos del pasado fueron brutalmente homogeneizados: su escritura, sus leyes, incluso su historia. Él construyó la Gran Muralla con el sudor de millones de reclutas y campesinos que murieron de agotamiento y fueron enterrados entre sus paredes. Los anales de todas las dinastías salvo la del emperador fueron quemados y los eruditos discrepantes enterrados vivos. Nada pervivió que no fuera suyo. Así nació un país reconocible: un país donde la diversidad era moralmente ofensiva.

El ejército de terracota aún desfila donde se encontró, por una cámara subterránea situada a unos veinticinco kilómetros al este de Xi'an. El miedo a

la neumonía atípica, cuyo virus se estaba propagando hacia el norte aquel abril, había paralizado el turismo y yo me encontré casi solo en el túnel fríamente iluminado. Ninguna fotografía prepara para estas fantasmagóricas legiones. Avanzan bajo tierra en formaciones de once columnas. Los brillantes rojos y verdes de sus túnicas de batalla, sus relucientes armaduras negras y su rosada piel, se han descolorido hasta adquirir una espectral tonalidad beige. Las gruesas túnicas les caen holgadamente sobre el pecho cóncavo y llevan el cabello recogido en apretados moños o bajo un birrete. Pero, en vez de ser el despiadado ejército presto para la batalla que un déspota podría exigir, aguardan en un dispar regimiento de hombres cautos y desiguales. Prácticamente ninguno es igual a otro. Hay veteranos con poblados bigotes y protuberantes estómagos, reclutas delgados y soldados de aspecto erudito que lucen pequeñas virutas de barba. A la pálida luz, sus expresiones son de expectación, incluso de alarma, como si aguardaran un ataque enemigo.

Pero todo lo que era de madera—todos sus brazos—se ha desintegrado. Los puños de los lanceros se cierran delicadamente en torno a armas invisibles. De las flechas y lanzas, las alabardas y ballestas, solo quedan esquirlas de bronce. Los caballos aguardan sin uncir junto a carros que han desaparecido, mientras sus conductores alargan las manos para asir el aire.

Al recorrer la pasarela poco iluminada que discurre por encima de él, uno imagina que este numeroso e intricado ejército, con su infantería de elite vestida de armadura y sus prescindibles soldados rasos, es el surgimiento de un reino autosuficiente: el país que China afirmaba ser. Pero yo ya estaba soñando con la ruta hacia el oeste y esta me llenaba la cabeza de un complejo flujo y reflujo. En el suelo, detrás de los caballos de terracota, estaban los aros de ruedas desaparecidas, porque, por el centro de los ejércitos imperiales, avanzaban en formación magníficos carros de combate, tripulados por aristocráticos arqueros y lanceros vestidos de armadura. No obstante, el carro no fue un invento chino. Antes del año 221 a. C., estos veloces carros llevaban más de dos mil años recorriendo las estepas de Mesopotamia y Rusia meridional y no llegaron a China por la Ruta de la Seda hasta mil años después de su invención. Es posible que la metalurgia del bronce que forjó estas armas desaparecidas se originara también en las estepas, y todos los

antepasados de estos caballos—alerta y sin uncir en el polvo del museo—habían llegado por rutas que venían del oeste.

Se han restaurado menos de setecientas figuras de un total aproximado de seis mil. Muchas permanecen sin desenterrar bajo los tejados que se desplomaron al final de la dinastía Qin en 206 a. C.: torsos descabezados y desmembrados sumergidos en un lodazal de polvo coagulado. En otra fosa, se calcula que novecientos soldados y noventa carros permanecen enterrados bajo una maraña de vigas combadas, donde pelotones de ballesteros arrodillados están listos para el combate. Sus dedos flexionados acunan armas que han perecido, pero en la marga endurecida que hay cerca, la silueta perfecta de una ballesta que se desintegró hace ya tiempo hace pensar en la Europa medieval. Un invento chino del siglo IV a. C., se difundió al oeste por la Ruta de la Seda para armar a las falanges de los reyes normandos y capetos y ser derrotada por el arco largo inglés en Crécy.

Estos intercambios abundan en interrogantes. Inventos chinos que se filtraron por la antigua ruta—la imprenta y la pólvora, la esclusa y la correa de transmisión, el reloj mecánico, la rueda y el arreo equino que transformó la agricultura—florecieron durante siglos detrás de la Gran Muralla antes de emerger, cual ave fénix, en Occidente. Y el conocimiento de otros prodigios—puentes colgantes suspendidos de cadenas de hierro, técnicas de perforación (los chinos ya perforaban hasta seiscientos metros de profundidad para extraer salmuera y gas en el siglo II a. C.)—tardó más de un millar de años en difundirse.

Pero el concepto de China como un imperio hermético se estaba desmoronando a mi alrededor. Extraído de las fosas y vuelto a ensamblar, un mensajero de terracota aguardaba preparado con su caballo. El animal estaba enjaezado y ensillado, pero aún no tenía estribos. El estribo fue un invento chino que data del siglo IV, parece, y conforme se fue difundiendo hacia el oeste, afianzando al jinete en la batalla, permitió el surgimiento del caballero que vestía una pesada armadura y montaba un costoso caballo. A este sencillo invento algunos han atribuido la aparición de toda la época feudal europea; y siete siglos después, esa misma época concluyó cuando el invento chino de la pólvora obligó a los castillos a someterse. El nacimiento y la muerte de la

Edad Media europea, cabría imaginar, vinieron de Oriente por la Ruta de la Seda.

Estas figuraciones me siguieron a voluntad por las oscuras cámaras del emperador Qin, quien reposa a unos mil quinientos metros de aquí bajo un túmulo de casi noventa metros por donde yo había paseado a solas años atrás. Ahora, lo había descubierto el consejo chino de turismo. Un empinado tramo de escaleras se encaramaba a su cima entre abetos y matas de maravillas. Los vendedores de recuerdos corrieron en tropel a mi encuentro y una banda disfrazada de la dinastía Qin—tambores, cuernos, flautas—desfiló de vez en cuando para hacer pedazos la quietud.

Pero bajo mis pies el terrible emperador seguía sepultado—si las crónicas de su tiempo son exactas—en una inmensa e intrincada reproducción perfecta de su imperio, surcada por ríos de azogue, puesta en movimiento por maquinaria invisible, con sus esposas ejecutadas junto a él. Setecientos mil hombres, dicen, trabajaron en la construcción de este mausoleo durante los últimos años de su reinado, y tras su conclusión, los que sabían demasiado fueron encerrados en su interior por el descenso de puertas de piedra. Dentro de la cámara mortuoria, entre montañas de cobre y ciudades de piedras preciosas, el emperador tripula un féretro en forma de barca por un río de mercurio que desemboca en un mar de mercurio bajo un cielo nocturno cuajado de estrellas perladas.

Así pues, a su muerte, el emperador Qin logró recrear un reino autónomo, el control perfecto. Sus ciudades de piedras preciosas se trazaron para la eternidad, remedando el equilibrio de los cielos. Las puertas y pasillos interiores, custodiados por ballesteros invisibles, sellaban las fronteras de este estado póstumo. Qin Shi Huangdi había erigido un muro entre el pasado y el futuro. Sus antepasados, al igual que los del emperador Amarillo, fueron probablemente bárbaros; no obstante, China le debe su nombre. Supuestamente, las lámparas de aceite de foca que iluminaban su tumba eran eternas.



Huang me conoció fuera de mi hotel y lo había estado rondando desde entonces. Yo no estaba seguro de qué quería. Hablaba un inglés entrecortado interrumpido por ráfagas de mandarín y, en su ancho rostro campesino, el pelo le nacía tan abajo que casi se encontraba con las cejas. Me invitó a su casa para que conociera a su familia, pero su familia no estaba allí. Lo consumía una energía vehemente y contenida.

En su piso de tres habitaciones, sentado en un sofá duro como la piedra, expuso la vieja ambición de su pueblo con animada fijación.

—No quiero que mi vida se estanque. Tengo un gran sueño. ¡Quiero que la vida me vaya así! ¡Y así!—Fue alzando la mano para dibujar una escalera invisible—. ¡Quiero poner una bandera en cada peldaño! Subir, subir, hasta que me muera.

Su voz sincopada retumbó por todo el apartamento, donde su mujer y su hija habían dejado tras de sí un tufo a aceite de freír y unas cuantas muñecas.

—Mi padre solía decirme que había un orden para las cosas: primero la educación... luego el trabajo, luego la familia, luego los amigos. ¡Pero primero la educación! Uno es como un árbol, decía él. Beber, fumar, jugar, son ramas que deben cortarse. Si uno las corta, crece hasta hacerse muy alto.—Se levantó con orgullo, pero apenas medía un metro y sesenta y cinco centímetros.

—Ahora tenemos muchos peligros. Nuestra sociedad ha cambiado muy deprisa. Somos adictos al juego. Los viejos solo pierden unos cuantos kwai y eso no tiene importancia. Pero los jóvenes se arruinan. Y los salones de masajes están por todas partes, diciendo que son salones de belleza. No son más que burdeles.—Una mueca de reparo le turbó el rostro campesino. Luego, desapareció—. Es el Occidente moderno, es por este cambio tan rápido.

—Sí—mascullé, sintiéndome responsable. Hacía una generación, todo esto habría sido inimaginable. Ahora, todas las noches, sonaba el teléfono de mi hotel y una cantarina voz de mujer me ofrecía *amo*, un masaje.

—Mi padre me previno contra estas cosas. Se fijaba en mis amigos. Si

obedecían a sus padres, él los aprobaba. Si no, eran como lobos, decía, malos para el espíritu, y yo debía dejarlos. Te enfermarán el corazón, decía.

Su padre lo obsesionaba. El viejo había sido perseguido durante la Revolución Cultural por poseer libros.

—Lo hicieron desfilar con un capirote, con los brazos dislocados. —Se le escapó la risa contenida que caracterizaba a su pueblo—. Pero ahora se ha ido a casa. Se ha retirado al pueblo de su infancia.

—¿Al pueblo que lo persiguió?

—Sí. Pero ahora hay árboles, y agua fluyendo, y un periódico.

Pero había dejado atrás a este hijo atormentado por su celo de mejorar. En un espíritu maoísta retardado, Huang se había ofrecido recientemente a ayudar a los granjeros, recolectando hortalizas en una cesta que llevaba a la espalda.

—¡Inútil!—Arrojó varias coles invisibles por encima de su hombro—. Al cabo de dos días, parecía un lisiado.—Hizo una mueca de dolor—. Poco después, mi padre me pidió que me uniera a una sociedad benéfica. Hay gente pobre en estas montañas, gente que no tiene nada. Así que me fui con mi mujer y mi hija a las montañas, nueve horas, arriba y abajo, hasta una parte que habíamos visto en televisión, y encontramos un pueblo pobre y a un hombre con cuatro hijos, y yo hablé con él y le dije que no tuviera miedo. Él no tenía dinero, ninguna escuela para sus hijos varones. Solo algo de trigo. Así que le di dinero para que su hijo mayor fuera a la escuela durante el primer año. Eso es mucha educación para mí, para mi mujer y mi hija. Le pedí a mi hija que hablara con los hijos del hombre y ella se puso a llorar por lo pobres que eran...

Su expresión se había simplificado en un histriónico gesto de fervor. Solo más tarde me pregunté si su relato era cierto o si simplemente lo había visto en televisión y anhelaba en su fantasía cumplir el propósito de su padre.

—No sé qué puede hacer el gobierno en lo que respecta a los campesinos —dijo—. La política no me interesa. No quiero mezclarme en ella.—Apartó todo un mundo de problemas con un gesto de la mano—. Soy contable en el ayuntamiento. Solo trabajo con un ordenador. Pero ya tengo treinta y seis años, y debo cambiar de vida. Quiero tener un gran sueño y viajar al extranjero.— Sus labios dibujaron una sonrisa tensa y eufórica que ya no los abandonó—.

Hace un año ayudé a un turista brasileño. Es abogado. Es mi único amigo extranjero, y ahora usted.

Sentí un repentino recelo, el comienzo de una delicada interacción entre deuda y súplica. Pero él dijo:

—Quiero ir a Brasil. Durante el día, trabajaré en lo que sea, pero, por la tarde, impartiré clases de chino. ¡Gratis, sin cobrar! El dinero es importante, naturalmente, pero más adelante. Primero, amigos. Los amigos serán más importantes para mi vida.—Era una versión tergiversada de los consejos de su padre—. A lo mejor, al cabo de un año, tendré cinco alumnos estudiando chino, todos nuevos amigos míos. ¡Aquí!... ¡aquí!... ¡y aquí!—Los plantó en el vacío, como semillas aéreas—. Pronto, a lo mejor uno de mis amigos me dice: Oh, señor Huang, tengo buenas noticias: mi padre o mi tío trabaja en una empresa que necesita...

Así que planeaba dar el salto más codiciado ahora: dejar la administración para entrar en el sector empresarial. Había crecido en la nueva China de Deng Xiaoping, el país donde ser rico era glorioso, donde había cada vez más movilidad.

Pero, extrañamente, yo recelaba de él.

—¿Sabe algo de Brasil?—le pregunté.

—Brasil está en América del Sur. Tiene algunos problemas económicos. Muchas personas están sin trabajo. Pero algunas economías están mejor que aquí en China, algunas compañías. Yo haré contactos con esas empresas...—Se puso de nuevo a plantar semillas en el aire—. Contactos... contactos... ¡contactos! Encontraré una compañía con una gran producción. A lo mejor fabrican esto.—Cogió una minúscula campana de su mesa—. Y yo enviaré una de estas a amigos de China que encontrarán una compañía aquí que las fabricará más baratas. Después de eso volveremos a venderlas a la compañía brasileña. ¡Esta, esta!—Dio un golpecito a la campanita, que no sonó.

Luego pasa a otras cosas, otros planes. Y lentamente, mientras hace malabarismos con una maraña de porcentajes y tratos hipotéticos, mi miedo hacia él se disipa. Comienzo, anticipándome, a compadecerme de los brasileños. Imagino a Huang conquistando el mundo. En sus manos rechonchas, la minúscula campana es sustituida por un platillo de porcelana, al

cual se une una vinagrera. La mueve por la mesa hasta toparse con otra fuente de ingresos e inversiones (yo he perdido el hilo). Está hablando como una ametralladora. Su mente es tenaz, calculadora. Su inglés se funde con el mandarín. Sus ojos no se despegan nunca de mi cara. Le brillan con una astucia inocente...

—La compañía pone su propia etiqueta en el producto, por supuesto, ¡pero la misma calidad! Luego...

Después de eso no entendí nada de lo que dijo, en ninguno de los dos idiomas, sino que me sumergí en una bruma narcoléptica de cifras de la que solo emergí después de lo que me parecieron horas para oír:

—Pero no me quedaré en Brasil, porque la economía no está muy bien en ese país. Me iré a un país mejor...

En otro tiempo, Xi'an fue la ciudad más grande del mundo. Durante tres siglos a partir del año 618, con el regio nombre de Changan, «Paz eterna», encarnó el apogeo y el declive de la incomparable dinastía Tang. Entre sus más de treinta y cinco kilómetros de muralla exterior vivían casi dos millones de habitantes, separados por murallas interiores concéntricas que se sucedían en torno a una extensa cuadrícula de avenidas. Los quince kilómetros de muralla de la Xi'an actual corresponden meramente a la muralla interior que rodeaba el casco antiguo de Changan. Por un lado, esta gran ciudad recibía tributos a través de canales que llegaban hasta el mar de China meridional; por otro, brillaba como una estrella polar en el extremo oriental de la Ruta de la Seda, donde el imperio Tang se extendía hacia el Pamir.

Su aristocracia pervive en las húmedas pinturas murales de las tumbas que siembran el valle del río Wei. Por sus paredes subterráneas, sus mujeres se pasean con escotados corpiños y vestidos de seda, charlando entre ellas o jugando con sus cigarras de compañía. Por un momento, aves fabulosas salen revoloteando del yeso. Bajo sus moños, enroscados en forma de corona o de orejas de gato, las caras de las mujeres tienen boca de piñón y ojos de lagarto. Parecen niñas exquisitas. Sus maridos, entretanto, están jugando a polo, un juego importado de Persia, a lomos de ingravidas monturas. En estas oscuras

cámaras, sus vidas se reinventan en un vacío—sus colores degradados ahora al pardo y al gris—y no obstante son dulcemente precisas. Cuando cazan, sus guepardos los siguen, encaramados a las sillas de sus monturas, con uno o dos halcones, mientras, a lo lejos, los sigue una desdeñosa pareja de camellos cargados de provisiones.

Habitaron una ciudad cuyo refinamiento y excesos fueron legendarios y cuya estructura vial reflejaba un orden cósmico imaginado. En primavera, sus avenidas quedaban tapizadas por una nevada de flores de albaricoquero y melocotonero, con mujeres que surcaban el aire meciéndose en columpios. Estas fueron las gentes, entendidas en peonías y en la vida cortesana, que se llevaron a los labios las ambarinas copas de vino que ahora alberga el museo de la ciudad. Sus vitrinas aún resplandecen con su vanidad: horquillas de oro, espejos en forma de pétalos, incensarios para el ropero.

Pero, bajo este artificio, naturalmente, latía un poder: el poder del comercio. En el mercado de Occidente donde se detenía la Ruta de la Seda, trabajaban doscientos gremios de mercaderes. Su área de influencia era inmensa. Abarcaban casi todos los pueblos entre Arabia y Japón: persas, turcos y sogdianos de Asia Central especialmente, indios, bactrianos, judíos, sirios. Hubo momentos en que todos los efectivos de la corte de la dinastía Tang, incluyendo a su guardia personal de elite, eran extranjeros. Los prestamistas—a veces tan abusivos que sus clientes les dejaban en prenda a sus esclavos y reliquias sagradas—eran uigures procedentes del oeste. Por la Ruta de la Seda llegaron también la música y la danza del Turquestán—un intimidante flamenco causó furor durante años—, junto con acróbatas, malabaristas y trapeceistas; y en las posadas próximas de la Puerta del brillo primaveral, las hermosas muchachas de Asia Central cantaban acompañadas por flautas y confundían a los poetas con sus ojos verdes.

Aunque la supervisión imperial de los mercaderes extranjeros continuaba siendo estricta y meticulosa, se respiraba una nueva tolerancia. Las sedas y cerámicas de la época muestran caballos alados y pavos reales—los motivos decorativos de Persia—volando junto a dragones chinos; y ningún entierro estaba completo sin sus correspondientes figurillas de camellos rugientes guiados por un bárbaro con aspecto de gnomo tocado con un gorro frigio. Los

burdeles más elegantes ofrecían teatros de títeres que satirizaban a personas con grandes narices y gorros cónicos. La moda no se quedó atrás. El manto en que se envolvían las damas de palacio desapareció, y a principios del siglo VIII, las mujeres eran vistas montando a caballo como hombres de la estepa, vestidas con botas y sombreros turcos, llevando incluso la cabeza descubierta.

Y también se estaban creando vínculos más profundos. Durante dos siglos, resonaron en la capital los gongs de los templos y monasterios budistas. En 645, el monje Hsuan-tsang regresó de India cargado con más de seiscientos textos sagrados, a cuya traducción se dedicó en una pagoda que aún sigue en pie, y la ciudad entera se concentró para recibirlo. El zoroastrismo, el cristianismo, el maniqueísmo, fueron todos acogidos con benevolente curiosidad, mientras las religiones autóctonas de China—el taoísmo y el confucianismo—esperaban su momento propicio.

Pero, en el siglo X, esta ciudad de compleja gloria estaba en ruinas. Los sauces que afianzaban los márgenes de sus canales habían sido talados para construir barricadas, las vigas y pilares de sus mansiones atados unos a otros para fabricar balsas, en las cuales sus habitantes partieron al este en pos de una mayor seguridad.

En algún punto de los arrabales que se extienden al norte de la ciudad, el palacio imperial de Changan se está convirtiendo en polvo. No logro encontrarlo. Las personas que viven en el barrio son inmigrantes recientes, y pobres. Es difícil preguntar entre sus casuchas por el Palacio de la gran luz. En cualquier caso, ellas no lo saben.

Solo gracias a Hu Ji, un historiador de la dinastía Tang que es amigo de un amigo, se abren las puertas de un recinto prohibido y podemos entrar en un solar circundado a lo lejos por humeantes arrabales. Estamos en la mordida ladera de una colina. Por un lado, desciende hasta desvencijadas casitas y talleres. Por el otro, alzo la vista y veo brillar, helado de asombro, las inmensas terrazas sepulcrales de piedra blanquiazul. Acaban de restaurar los cimientos del palacio.

Hu Ji es menudo y canoso. Lleva una vieja bolsa de lona y parece más

frágil de los años que tiene. Un viento cortante barre las terrazas. Ha venido con su hija de veintiocho años, Mingzhao, que parece de porcelana, como él. Estamos solos. La última vez que estuvo aquí, dice Hu Ji, los cimientos eran una montaña de escombros. Y ahora esto.

—Es extraño—dice. No sé qué está pensando.

Estamos mucho rato subiendo por esta geometría perfecta y estéril. A nuestros pies, la ciudad gime oculta bajo la bruma impregnada de humo: el traqueteo de un tren, débiles gritos. A veces, su hija lo coge del brazo, como si lo estuviera consolando por alguna cosa. Intento imaginar al Hijo del Cielo resolviendo asuntos de Estado desde esta mordida ladera, contemplando el mar de oficiales postrados a sus pies o el paso de un desfile militar. Visto desde abajo, escribieron los cronistas, el palacio parecía flotar sobre las nubes. Pero ahora la gran rampa de plataformas, desprovista de toda estructura, todo color, crea una fría simetría azteca en la ladera.

—Mire... aquí hay parte de la piedra antigua... y aquí.—El profesor retira algunas láminas de plástico para dejar al descubierto un trozo de pared, el hueco donde se insertaba una columna. Son retazos aislados entre el brillo céreo de los cimientos reconstruidos—. Se ve lo inmenso que era. Hay un palacio de la época Tang en Japón, pero cabría en una sola ala de este...—Su orgullo suena melancólico en la desolación que nos rodea—. La primera vez que vine aquí, hace casi cuarenta años, este sitio estaba casi en mitad del campo y la gente se estaba llevando la piedra para sus casas...—El viento le arranca un escalofrío.

—¿Por qué estuvo aquí?

Pero creo que lo sé. Hace casi cuarenta años, al principio de la Revolución Cultural, los guardias rojos habían corrido desbocados por todo el país.

Él dice, tirante:

—Viajamos gratis en tren a todas partes ese verano. Fuimos felices por un momento. —En esa época, el saqueo del palacio Tang era totalmente razonable: la destrucción del pasado feudal por las masas obreras.

Pero Hu había venido porque amaba la historia...

Pertenecía a esa generación perdida que fue desterrada al campo cuando el

caos se hubo hecho demasiado grande. Muchos guardias rojos regresaron años después con su fe aniquilada, sus años de escuela inútiles, a un mundo que los estaba olvidando. Algunos vivieron con el recuerdo de cosas inefables. A punto ahora de cumplir sus sesenta años, esta cínica generación abre un agujero negro en el corazón de China. Pero Hu Ji, presiento, ha escapado.

Cuando subimos al salón Hanyuan, el salón del trono de diecinueve emperadores sucesivos de la dinastía Tang, su hija se rezaga para ponerse a mi lado. Es bonita y delicada, con manos de niña. Su padre se está paseando por el lugar donde las columnas de la sala de banquetes han dejado sus círculos en la tierra salpicada de flores.

—En la Revolución Cultural, lo enviaron a las minas—dice su hija—. Se pasó allí once años. Tuvo silicosis en los pulmones durante mucho tiempo después. Pero siguió estudiando incluso entonces. He visto sus viejos cuadernos, llenos de lemas maoístas.—Su padre está encorvado con curiosidad sobre una cuba revestida de piedra: un detalle aislado entre las ruinas—. Pero de lo que más se acuerda—prosigue su hija—es de su viejo tutor—. Aquel hombre se suicidó justo antes de la Revolución, sabiendo lo que venía. Mi padre siente una gran deuda con él, y una gran tristeza.

Hu Ji se ha enderezado entre los fantasmas de los comensales.

—Imagine aquí—dice—, ¡la música de los emperadores!—Miramos los montones de escombros, las quebradas hileras de ladrillo—. ¡El emperador Xuanzong tenía una orquesta y una compañía de danza de treinta mil artistas!

Este dirigente, dice, cambió para siempre la instrumentación musical de su país, para tocar la música occidental que los chinos adoraban. Sus flautas y arpas aún suenan en las paredes de las tumbas. Estas transmutaciones le gustan, como a mí: cómo viajó el arpa hacia el este desde Asia Central o la flauta lo hizo hacia el oeste; o cómo viajó por la Ruta de la Seda el violín de dos cuerdas—creado, según reza la leyenda, por un príncipe mongol para expresar su dolor a su caballo moribundo—para convertirse en el antepasado de los instrumentos de cuerda de todo el mundo, incluso del violín europeo.

Hu Ji se está ahora lamentando de Xuanzong, el emperador que trajo la desgracia a China. Gobernó durante cuarenta años o más, pero sus generales sufrieron una catastrófica derrota a manos de los árabes. En un episodio que

los poetas adoran, dice el profesor, la concubina que él amaba fue ejecutada por el ejército y la guerra civil debilitó su dinastía para siempre. Hu Ji habla con susurrante meticulosidad. No me lo imagino como a un guardia rojo. Pero es posible que la aureola de racionalidad de los Tang le haya restituido algún ideal roto.

En la sala de banquetes desaparecida, está sonriendo.

—¡El emperador tenía cuatrocientos hermosos corceles! Les enseñó a bailar...

La Ruta de la Seda comenzaba en la puerta oeste de la vieja Changan. Para conmemorarla, el municipio de Xi'an encargó una caravana de camellos, esculpidos en arenisca roja, cuyo tamaño duplica el natural. Pero el enclave de la puerta ya había sido engullido por un supermercado, invadido por anuncios de tarjetas de crédito. Así que los camellos ocupan una isleta próxima.

En tiempos de los Tang, nadie hablaba de la Ruta de la Seda. Esta fue una denominación decimonónica, acuñada por el geógrafo alemán Friedrich von Richthofen, y la ruta no fue en absoluto una vía única, sino un cambiante calado de arterias y venas, tendidas hacia el Mediterráneo. Los historiadores datan sus inicios en el siglo II a. C., pero el tráfico comenzó mucho antes de que se escribiera sobre él. Seda china de 1500 a. C. ha aparecido en tumbas del norte de Afganistán y se han encontrado hebras de seda trenzadas en los cabellos de una momia egipcia del siglo X a. C. Cuatro siglos después, la seda halló el modo de llegar hasta el sepulcro de un príncipe de la Germania de la Edad del Hierro y aparece enmarcada—un paño de inesperado resplandor—en una manta de caballo de un caudillo escita, recaudada como tributo o intercambiada por pieles hace veinticuatro siglos.

La seda no viajaba sola. Las caravanas que partían de Changan, integradas a veces por hasta mil camellos, iban cargadas de hierro y bronce, lacas y cerámicas, y las que regresaban del oeste transportaban artefactos de vidrio, oro y plata, especias y gemas indias, telas de lana y lino, a veces esclavos, y el asombroso invento de las sillas. Se inició un humilde pero trascendental

intercambio de frutos y flores. Desde China se difundieron hacia el oeste la naranja y el albaricoque, la mora, el melocotón y el ruibarbo, junto con las primeras rosas, camelias, peonías, azaleas y crisantemos. Desde Persia y Asia Central, viajando en el sentido contrario, la vid y la higuera echaron raíces en China, junto con el lino, las granadas, el jazmín, los dátiles, las aceitunas y un sinfín de hortalizas y hierbas medicinales.

En épocas de estabilidad, cuando el gran imperio Han se extendió por Asia Central hacia la antigua Roma o el imperio mongol instauró inesperadamente la paz, la Ruta de la Seda floreció. Pero, incluso en estos períodos, las mismas caravanas no hacían nunca la ruta entera. Ningún romano se paseó por las avenidas de Changan; ningún mercader chino asombró al Palatinado. Más bien, sus mercancías se intercambiaban en una compleja carrera de relevos interminable, encareciéndose a medida que adquirían una pátina de rareza y lejanía.

Junto a los camellos esculpidos, varados en su isleta, la hija de Hu Ji me pregunta de pronto:

—¿Cuánto dura su viaje?

A la sombra de los camelleros esculpidos—sogdianos de Asia Central, los cuales dominaron el comercio de la Ruta de la Seda durante medio milenio—, cualquier viaje moderno palidece. A estos hombres, mi respuesta—ocho meses—les habría parecido una nimiedad. A veces, tardaban años en regresar. A veces, no lo hacían nunca. Sus huesos sembraban la arena. En la loza vidriada, las figuras de los sogdianos, coronadas habitualmente por minúsculos sombreros, tienen un aspecto ligeramente cómico. Con sus ojos saltones y sus narices chatas, recuerdan a las caricaturas chinas. Pero guían bestias obstinadas y sus peculiares zapatos tienen la punta vuelta hacia arriba únicamente para reducir el roce con la arena. Sus posibilidades de morir—en manos de bandidos o debido a una tormenta de arena o una crecida—eran un riesgo calculado, un porcentaje en su práctica mentalidad. En comparación, mis propias posibilidades de morir—una mina afgana quizás—eran una mera frivolidad. Esa noche, en el ocioso intervalo que precede al sueño, imaginé a uno de estos avezados comerciantes.

Él: *¿Qué pretendes?*

Yo [vanamente]: *Comprender. Disipar el miedo. ¿Qué pretendías tú?*

Él: *Comerciar con añil y sal de Hotan. ¿Por qué iba tu comprensión a disipar el miedo, imbécil?*

Yo [preocupado]: *Es cierto, podría confirmarlo.*

Él: *Entonces, ¿tienes miedo?*

Yo: *Tengo miedo de que no pase nada, de no experimentar nada. Eso es lo que teme el viajero moderno (perdóname). El vacío. Entonces solo te oyes a ti.*

Él: *«Que no pase nada». Yo ofrecí dos libras de incienso al Buda por eso. En cuanto a ti, vas a oírte de todas formas. Conozco a un hechicero en Bujara, vende espejos de bronce. En este mundo solo estás tú, dice. El resto es ilusión. Solo existes tú. Nadie más. ¿Por eso vas solo? Únicamente los peregrinos y los locos van solos. ¿Cuál de las dos cosas eres tú? [Silencio.] Deberías llevarte a una concubina. [Se tira de la barba.] ¿De qué país eres?*

Yo: *De Inglaterra...*

Él: *Inglaterra no existe. [Silencio.] Hablas del corazón del mundo, pero el mundo no es una persona, imbécil. Ninguna parte es más importante que otra. Hasta en Siberia hay ámbar. [En un tono más amable.] ¿Por qué no comercias con hojalata? La hojalata tiene su valor...*



En una oscura sala del principal museo de la ciudad, se expone, en un lugar donde casi pasa inadvertido, el pedazo de papel más antiguo del mundo. Su superficie, de un apagado color café con leche, está surcada de crestas y arrugas como un mapa orográfico y sus márgenes están hechos jirones. Fue fabricado en el reino del emperador Wudi, en torno a 100 a. C., con fibra de cáñamo y una ortiga local. No lleva nada escrito. Es como si un camello se hubiera dejado un trozo de pellejo en la pared del museo.

Cuando uno contempla este ondulado papel ancestral, siente el vértigo del paso del tiempo. Habrían de transcurrir más de mil doscientos años antes de

que la fabricación del papel llegara a Europa. Entretanto, en Changan, el papel se utilizaba para confeccionar ropa, armaduras, pañuelos, cometas, cinturones, dinero. Aparecieron vitelas hermosamente coloreadas (el papel favorito era el utilizado para rollos de más de quince metros de longitud). La biblioteca imperial poseía doscientos mil rollos, catalogados con etiquetas de marfil de distintos colores, cuyos envoltorios estaban tachonados de cristal de roca y en cuyo papel refulgía la mica. Ya en el siglo VI, los textos sagrados estaban tan difundidos que un célebre mandarín prohibió a su familia que los utilizara como papel higiénico.

Solo después del año 751, cuando los árabes derrotaron a los chinos en la batalla de Talas, viajó al oeste, a Samarcanda, el arte celosamente guardado de la fabricación del papel, junto con artesanos chinos cautivos. Habrían de transcurrir otros trescientos años para que llegara a Europa. En el silencioso museo, esta primera página parece demasiado tosca para escribir en ella. Pero, en el año 100, letras escritas en corteza de morera viajaron por la Ruta de la Seda. El arqueólogo Aurel Stein, mientras examinaba una torre de vigilancia en el desierto de Lop, encontró un escondrijo con correo sin repartir, con mensajes en sogdiano que databan de 313. Estos son el primer papel inscrito. Sus palabras están escritas con tinta china. Uno expresa la indignación de una esposa desatendida («¡Preferiría ser la mujer de un perro o cerdo a la tuya!»). Otro menciona el estado de decadencia de China—el saqueo de sus ciudades, la huida del emperador—y sus repercusiones para el comercio. Pero, en el resto de fragmentos, la letra es tan pulcra como en una hoja de balance: «En Guzang hay 2500 medidas de pimienta para enviar... Kharstang te debía 20 estateras de plata... Me ha dado la plata y yo la he pesado, y solo había 4,5 estateras en total. Le he pedido...».

En un restaurante de *won ton* cuyos farolillos rojos brillan cerca de la abovedada torre de la ciudad, Hu Ji y su hija están debatiendo algo. Ambos tienen la boca pequeña y la nariz esbelta. Ella está estudiando la dinastía Sung, como él ha estudiado la Tang. A veces, ella se ríe, mientras él sonríe. Él está escribiendo un libro de ensayos—son complejos, provocativos—que arrojará

nueva luz sobre viejas creencias.

—Nuestra historia está plagada de anécdotas que se remontan a tiempos muy antiguos.—Ordena las empanadillas como si fueran recuerdos—. Estoy intentando cuestionarlas, rescribirlas de un modo que las ponga en duda.

Una de esas anécdotas, dice, surgió de la dinastía Tang, cuando un caudillo militar, asediado por rebeldes, descubrió que su guarnición de seiscientos hombres estaba a punto de morir de hambre. En lugar de rendirse, mató antes a su esposa y la dio a sus soldados como alimento. Luego, fue matando uno a uno a los hombres más débiles para que los más fuertes se alimentaran con ellos. Finalmente, sus tropas quedaron reducidas a un centenar de hombres. Fueron arrolladas tres días antes de que llegaran refuerzos.

—Y esto siempre se ha tenido por glorioso en nuestra historia, ¡un ejemplo de un servicio perfecto al Estado! Así que yo lo he rescrito bajo otra luz. ¿Cómo debería juzgarse?—Frunce el ceño, lamentándolo—. ¿Sabe? En China no tenemos una tradición de respeto por la vida humana. Sencillamente, eso no está en nuestro pasado.—Ha alzado las manos de su regazo y cerrado los puños. Tienen un aspecto más tosco del que correspondería a un estudioso; recuerdo sus años en las minas—. Ese es nuestro problema: la inhumanidad.

Le toco el brazo. Su compasión, para mi sorpresa, me consuela, y me doy cuenta de que nunca he dejado de recelar por completo de estas duras tierras. Son los vestigios, lo sé, de la Revolución Cultural.

—Por eso pudo pasar la masacre de la plaza de Tiananmen—dice Hu Ji en voz baja.

—¿Podría volver a pasar?—me oigo preguntar.

Transcurren unos segundos antes de que él diga:

—Creo que no. Ahora nos hemos abierto demasiado al mundo. Nos vigilan.

¿Es esa la única razón? me pregunto. ¿No ha cambiado nada? Miro a mi alrededor. Hace treinta años, el restaurante habría estado repleto de pomposos burócratas con trajes almidonados y los cuellos de la camisa abotonados. Ahora lo frecuentaban familias, compañeros de trabajo, adolescentes que flirteaban. Pero, por un instante, mi inquietud imagina que todo es como antes y que los hombres sentados con chaquetas negras o grises, con camisas

oscuras, solo han sustituido un uniforme por otro.

Pero Hu Ji, que está mirando a su hija, dice en voz baja:

—Nuestra cultura está empezando a cambiar, es cierto.

Lo está viendo en ella; y Mingzhao responde a mi pregunta tácita.

—No sé qué haría mi generación en una revolución. Pero creo que somos más egoístas. Tenemos conciencia. Debemos decidir las cosas por nosotros mismos.

No aparta su inocente mirada de mí. Tiene veintiocho años, pero parece una niña. Por un instante, no la comprendo: equiparar conciencia a egoísmo es extraño. Pero, desde la Revolución Cultural, da a entender, cuando se concedió a la moralidad un poder casi místico, la línea que unía autoridad y virtud se había quebrado. La responsabilidad ya no se pudo desplazar a ninguna instancia superior, sino que había terminado alojándose, con culpa, en los confines del yo. Implícitamente, Mingzhao está anunciando la muerte de todo el orden confuciano, que emplaza a todas las personas de este mundo en una jerarquía inmutable. Prematuramente, sonriendo a su rostro serio, imagino un inmenso movimiento tectónico bajo la superficie de China, donde la inmemorial sumisión del individuo al grupo va dando paso al individualismo.

Estos pensamientos siguen confundiéndome cuando nos terminamos las empanadillas. Hu Ji se ha relajado, suspirando, mientras se bebe un vasito de vino de arroz. Cuando era joven, dice, trabajó como ayudante del autor Shen Congwen, quien dejó de escribir durante el régimen comunista, y algo de la dulzura y el liberalismo del anciano, creo, ha pervivido en él.

—Pero no es cierto que los guardias rojos no sintieran culpa—dice Mingzhao—. Mi propio profesor fue brutalmente apaleado, y uno de sus ex alumnos sigue sin poder mirarle a la cara. Después de treinta y siete años, sigue sin poder hacerlo.

Hu Ji deja su vaso en la mesa.

—Éramos muy jóvenes. Fue como una fiebre.

En sus palabras, sin intención, se esconde una tenue censura a los extranjeros. ¿Cómo iba a comprenderlo yo? Ni siquiera con el intelecto, y aún menos con el corazón. Yo nací en una sociedad con otras inhumanidades.

Antes de que se instaure la tristeza, Mingzhao me pregunta alegremente:

—¿En qué período le gustaría vivir?—Disfruta con estos juegos de salón.

—Depende de si fuera rico o pobre.—Me río—. ¿Y a usted?

—Depende de si fuera hombre o mujer.

Miramos a su padre. Seguramente, él preferiría vivir en la época de los Tang. Pero solo sonrío y dice, con inseguridad:

—El futuro.

La vaporosa seda que tengo entre las manos está fría al tacto. Sus colores son vivos, ligeramente sintéticos. La mujer me pide cuarenta y cinco yuan (cinco dólares) por metro cuadrado. Dice que sus telas provienen del este, de las viejas ciudades sederas de Hangzhou y Suzhou, y yo imagino que sus dibujos no han cambiado desde la dinastía Sung. Rebosan dragones y aves fénix o lucen una dorada telaraña de flores.

Cuesta imaginar quién las llevaría ahora. Todo en ellas hace pensar en una vida pasada de ocio y artificio. No obstante, esta seda es sumamente resistente, cómoda de llevar, absorbente a los pigmentos, casi imputrescible. Cuando todo lo demás se ha desintegrado en las tumbas de dos mil años de antigüedad de la dinastía Han, sus regalos y sudarios de seda aún perduran, reducidos con frecuencia a retazos transparentes, a veces de una asombrosa viveza cromática. En tiempos de la dinastía Han, todas las mujeres cultivaban seda en sus casas y esta distinguía a la totalidad de la corte imperial con una complicada jerarquía de rangos: unicornios y pavos reales de seda, peonías y caballos. Los emperadores Tang, envueltos en sedas, eran pintados en seda en retratos de cuerpo entero o a bordo de carrozas con cortinajes de seda y estandartes ceremoniales de seda ondeando al viento.

Los chinos descubrieron en la seda una increíble resistencia a la tensión. La utilizaron en arcos y laúdes y se transformó en sedales de pesca. Aparecieron incluso bolsas de seda impermeables para transportar líquidos, y tazas de seda lacadas. Junto con el hueso y la madera, la seda se convirtió en la primera superficie sobre la que escribir. Santificaba los edictos imperiales, y en los sacrificios rituales, transmitía mensajes a los muertos. Mucho después de que se descubriera el papel, los libros de adivinación y magia siguieron

escribiéndose en seda, junto con todos los nombres de los espíritus ancestrales.

Como superficie para pintar, la seda era también la más preciada. Las colecciones imperiales de rollos de seda, inmensas en otro tiempo, no duraron —en un cataclismo, soldados rebeldes los utilizaron para construir tiendas de campaña y petates—, y de esos primeros años, solo quedan reproducciones o fragmentos. Pero la pintura paisajista se convirtió en un arte casi místico. Alrededor de sus montañas y personas, pintadas a veces con pinceles hechos de pelo de marta cibelina o bigote de ratón, las superficies de cielo o mar invisible se cedían a la seda sin pintar. Su lustrosa vacuidad se convertía en una presencia viva. Todos los sólidos, decían los taoístas, iban camino de la no existencia. El vacío de la seda era más real que ellos: puro espíritu.

Sobre todo, durante más de un milenio, la seda se utilizó para pagar y apaciguar a los nómadas que acechaban fuera de la Gran Muralla. A menudo, adquirió el estatus de moneda. Tan duradera como ella, se convirtió en salarios, impuestos, tributos. En el siglo I a. C., los antepasados de los hunos intercambiaban sus caballos por su belleza. En Roma, más allá del otro extremo de la Ruta de la Seda, comenzó a fascinar a los ricos y a trastornar la economía. Mucho después, los visigodos de Alarico, mientras asediaban la ciudad en decadencia, fueron disuadidos por un rescate parcial de cuatro mil sedas chinas.



Feng tenía la nariz contundente y los carrillos carnosos, y las cejas pobladas y arqueadas. Sus ancestros árabes habían llegado por la Ruta de la Seda hacía setecientos años, dijo, y uno de sus antepasados había sido general del primer emperador Ming. Gracias a la mezcla de sangre árabe y persa, los hui, su pueblo, eran más guapos que los chinos, dijo riéndose. Pero sus dientes eran columnas ennegrecidas en unas encías retraídas, y estaba más bien gordo.

Ya en el siglo VII, estos mercaderes habían llegado por la Ruta de la Seda

mientras su islam era joven, o entrado poco a poco por los puertos del mar de China meridional. Pero, debido a los matrimonios mixtos, dijera lo que dijera Feng, ahora eran, en su mayoría, indistinguibles de quienes les rodeaban. Su historia cíclica de sublevación y represión—y la denominación china «hui»—quizá fuera lo único que los había persuadido de que eran una nación. Actualmente unos sesenta mil en Xi'an, continuaban siendo fervientes mercaderes y sus conversaciones todavía estaban salpicadas de palabras en árabe.

Vago por las calles de su barrio al filo del ocaso, percibiendo una nueva actividad. Ellos se pasean con altos gorros de color blanco, como cocineros, y a veces llevan barba. En las callejuelas que discurren bajo las verdes cúpulas de la mezquita, los puestos están ocupados por ruidosos vendedores de pinchos y hombres que amasan fideos de cinco metros de longitud, y los quioscos de carne tienen cordero y vaca aptos para el consumo musulmán.

En su principal mezquita, la fusión de China con el islam parece obra del ingenio. Deambulo por patios comunicados como los de un palacio Ming, donde las estelas esculpidas en árabe y en mandarín van alternándose, y un alminar se alza sobre una pagoda alicatada con azulejos de porcelana. Dragones y tortugas de piedra se enroscan y dormitan aquí y allá, ajenos a la prohibición musulmana de representar figuras. Los tejados se inclinan y comban sobre sus coloridos aleros, y en los dinteles, aves y flores chinas se aglutinan en torno a inscripciones coránicas. Por unos altavoces suena el atronador sermón de un imán desde una sala de oración alumbrada por luces de neón. La voz es enfática y está excesivamente amplificadas, pero yo apenas comprendo una palabra.

Entonces, junto a mi inquietud, siento excitación: es el movimiento de las cosas transformándose, de pueblos entremezclándose y transmutándose uno en otro. Esta, reconozco, es la realidad del mercader: todo es convertible, caleidoscópico. La pureza de las culturas, incluso la china, se convierte en una ilusión. La mezquita híbrida es, por tanto, como una promesa o una advertencia. Es la obra de la Ruta de la Seda, hace mucho tiempo. Nada por delante de mí, presiento, será homogéneo, constante. Seguir una ruta es seguir la diversidad: un flujo de voces engranadas, discutiendo, en una nube de

polvo.



Huang seguía teniendo su gran sueño y esperando, creo, que yo me convirtiera en parte de él. Una tarde me sorprendió regresando a mi hotel y me agarró del brazo en actitud conspiradora. Conocía a un hombre, me dijo, que coleccionaba cosas. Ya sabe, «cosas».

—Conoce a gente de los pueblos, campesinos. Ellos encuentran tumbas. Bajan por cuerdas con una lámpara y sacan las cosas por la noche. De día, vuelven a tapar otra vez el hoyo.

—¿Cómo las consigue este hombre?

—Se aloja en un pueblo durante dos días, tres, y empieza a enterarse de quién tiene las antigüedades. Esas personas empiezan a ir a verlo. Hay algunos pueblos donde la gente se ha hecho muy rica.

Yo dije, absurdamente, conociendo la pobreza de aquellas gentes:

—Están destruyendo la historia.—Huang no dijo nada—. Y debe de ser peligroso.

—El aire de las tumbas es muy perjudicial. Algunos han muerto ahí abajo.

Esa noche, en un callejón sin salida, Huang gritó a una ventana que tenía las cortinas corridas. La silueta de una mujer se perfiló brevemente en ella. Luego, silencio. El contrabandista era un blanco móvil. Solo tenía la tienda alquilada para unos meses; y también su casa.

—Pero usted no tiene que comprar. Solo mirar. Solo mirar.

Al abrirse la puerta, vimos un rostro cetrino y serio que nos indicó que dobláramos la esquina. Las persianas de hierro ondulado de una tienda se levantaron chirriando y volvieron a bajar ruidosamente cuando hubimos entrado. Vi que el hombre era muy joven. Las gafas de fina montura le transformaban los ojos en débiles faros de luz. Parecía que tuviera el bigote espolvoreado en el rostro. Tenía aspecto de la clase de estudiante que fue aplastado en la plaza de Tiananmen. Y en su tienda apenas había nada: unos

cuantos jarrones de la época Qing y algunas pinturas en pergamino modernas, los caballos y paisajes de rigor. Una tapadera.

—¿Está interesado en estos?— Señaló unos chillones óleos de algún artista local.

—No, en esos no.—Me pregunté qué le habría explicado Huang de mí.

El hombre se fue al otro lado del mostrador, hurgó en cajas y lo oí abrir una cerradura. Sus ojos de búho se encontraron con los míos. Luego, cautelosamente, desenvolvió algo y lo dejó en el mostrador sin decir palabra. Me encontré mirando un soldado de terracota de la dinastía Han con un chaleco azul con mangas rojas, muy descolorido. La cara se le había emborronado salvo por su minúscula nariz, y su mano derecha asía un arma invisible. Yo había visto piezas idénticas en el museo de Shaanxi aquella mañana. Demasiado idénticas, quizá.

—Dos mil dólares—dijo el contrabandista.

Anduve a su alrededor con vacilación. Era interesante, feo. El contrabandista me siguió, como si temiera que se lo fuera a quitar. Quizá tuviera más años de los que yo había imaginado, pensé. Exudaba una autoridad fría y afectada. Una a una, comenzó a desenvolver otras piezas de la época Han: un dragón amarillo enroscado sobre sí mismo, un detalle arquitectónico, parecía; un pequeño incensario sostenido por achaparrados animales; piezas de cerámica verde.

El parloteo de Huang se extinguió frente al silencio del hombre y nos quedamos mirando estos objetos sin hablar, a través de los dos mil años que nos separaban. No hallé ningún indicio para dudar de su autenticidad. Esta región estaba acibillada de antiguos cementerios, imposibles de vigilar. El contrabandista quitó el polvo al dragón con una ternura distante. No creyendo, como él, en su utilidad para los muertos, yo miraba estas piezas únicamente como objetos disociados. Pero, una vez arrancadas del contexto de sus tumbas, yo lo sabía, su valor científico se perdía.

Al cabo de un rato, el hombre se puso a rebuscar otra vez en sus armarios y sacó cuidadosamente una estatuilla de una caja de cartón. Este era, presentí, su verdadero tesoro. Más que nada de lo que dijo, el tembloroso esmero con que la desenvolvió y la tensión de su rostro revelaron su valor.

—Dinastía Tang—dijo.

Era una figurilla de treinta centímetros que representaba a un guardián de templo. Rugía como un león con la cabeza vuelta hacia arriba, las orejeras de su gorro estaban suspendidas en el aire y tenía un puño coléricamente alzado. Aún estaba cubierto de tierra. Quería seis mil dólares por él.

Era, naturalmente, horrendo. Estaba concebido para eso. Negué con la cabeza.

—Proviene de una tumba imperial—dijo él.

—¿Qué emperador?—pregunté con incredulidad.

—Taizong—respondió él al instante. Así pues, imaginaba que databa de principios del siglo VII, y yo no tenía ni idea de si esto podía ser cierto. Dijo —: Esta se venderá por trescientos mil dólares en Nueva York.

—No puedo sacarla—dije yo.

—Lo comprendo.—Frunció los labios—. Estas son las más peligrosas de sacar. Pero si tiene un amigo en la embajada, o contactos comerciales en Hong Kong... se la pueden enviar por barco donde quiera. No hacen preguntas.

—No hacen preguntas—repitió Huang.

Volví a mirar la estatuilla con indiferencia. Los ojos de Huang se habían dilatado.

—Podría usted ganar mucho dinero en su país.

Luego, casi de pasada, como si le hubiera ocurrido en este mismo momento, el contrabandista sacó algo pesado de una maraña de papel y lo depositó en el mostrador.

—Dinastía Tang. Solo cuatro mil dólares.

Yo miré el objeto con estupor. En la sórdida furtividad de su tienda, envuelto en esta luz amarilla y este silencio, era hermoso. Una cabeza de Guanyin, la diosa de la compasión, casi de tamaño natural. Bajo el desorden de sus cabellos y la cofia salpicada de flores, su rostro sereno transmitía una paz abstracta. La honda doble curva que las cejas trazaban sobre los ojos casi cerrados imponía una severidad geométrica. En aquel diagrama de piedra, la nariz y la boca, delicadas ambas, no causaban ninguna perturbación. Esculpida en el granito blanco local, podría haber estado dormida.

El hombre percibió mi interés.

—Puedo ponerle en contacto con alguien en Hong Kong...

Miré la cabeza sumido en un mar de dudas. Fue en la China de la dinastía Tang cuando el bigotudo dios indio Bodhisattva, el cual acompañaba a las almas al paraíso, sufrió un cambio de sexo y se transformó en la diosa Guanyin. Estas serenas facciones andróginas quizá reflejaran el momento de la transición. Si era auténtica, la cabeza no tenía precio. Pero yo no tenía modo de saberlo, modo de salvarla. Volví a mirar al contrabandista. Quise despreciarlo. Pero él parecía aturdido, abstraído. Bajo su pelo juvenil brillaba una frente de erudito, pulida como una cáscara de huevo. Me pregunté vagamente: «Si lo denuncio, ¿lo ejecutarían?». Una vida por una estatua.

Quizá fuera para salvarme a mí, o para salvarlo a él, por lo que empecé a decidir que la cabeza era falsa. ¿No era demasiado armónica, demasiado perfecta? ¿Dónde estaba el cuerpo? ¿Y por qué la consideraba él menos valiosa que el guardián de tumbas? Si era una falsificación, concluí perplejo, era pura cursilería. Volví a mirarla, frustrado. El rostro era un radiante espacio en blanco: un receptáculo para los sueños de la gente. Con delicadeza, volví a colocarla en su maraña de papel y la cubrí.

Durante un rato, el contrabandista habló de otras cosas que lo exculpaban: la avalancha de desempleo urbano, las penurias de la vida campesina. Luego, su interés se desvaneció. Percibió que yo me estaba escabullendo. Unos minutos después, bajó la persiana de hierro y desapareció, dejándonos a mí y a Huang en el callejón a oscuras.

Durante una hora o dos, conseguí apartar de mi mente la cabeza de la diosa. Solo después, a lo largo de varios días, me estuve atormentando preguntándome si no sería auténtica. Luego me ponía a soñar despierto. Me imaginaba años después, vagando por las salas dedicadas a China de los museos metropolitano o británico y llegando a una vitrina de nuevas adquisiciones. Allí, escarmentado, miraría su rostro, reconociéndolo: «Cabeza de Avalokiteshvara (Guanyin). Dinastía Tang, siglo VIII. Procedencia desconocida».

A la luz deslumbradora del restaurante, bajo su casco de pelo negro, los ojos

de Huang estaban consumidos por otra frustración. Durante mucho tiempo, su cerdo agridulce se quedó intacto en su plato mientras hablaba como una ametralladora. Acababa de dejar el trabajo.

El catalizador había sido un inesperado correo electrónico del abogado brasileño; entonces, su impaciencia se le había hecho insoportable.

—Mi amigo me escribió desde Brasil: «Señor Huang, puede trabajar para una empresa brasileña». Esa frase fue muy importante para mi corazón. Pero, ¿qué cree usted que significa? «Puede trabajar para...».—Lo repitió como un hechizo, como si las palabras contuvieran algo que no quisieran revelar. ¿Cuál era su verdadera esencia?—«Puede trabajar...».

Volví a temer por él. ¿Qué iba a hacer? No sabía ni una palabra de portugués. ¿Y cómo se sentiría el abogado cuando el señor Huang se presentara ante su puerta?

—Mi padre se enfadó mucho—dijo—. Porque mi trabajo es bueno, poderoso. Muchas personas quieren un trabajo así. Pero él sabe que, desde que soy adulto, tengo este gran sueño. Yo le dije: «Estaré bien. Cuento con el inglés y con un corazón astuto». Entonces, mi padre lo entendió.

—Debe intentar encontrar una sociedad mercantil china—dije yo—, donde pueda utilizar su mandarín.

—¿Mercantil? Y, dígame, ¿cómo se escribe eso?—Sacó su cuaderno—. M...e...r...

—Pero ¿qué pasa con su mujer y su hija?

Huang bajó los ojos, clavándolos en el plato.

—Oh, ese es mi gran problema.—Hincó los palillos en el cerdo agridulce—. La primera vez que se lo dije, mi mujer se enfadó mucho. Durante una semana, ¡no me tocó! ¡Ni siquiera me habló! Yo la entendí. Pero, más tarde, se lo expliqué todo a su madre, que sabe que mi corazón y mi sueño son muy grandes, y que yo llegaré lejos. Así que al final mi mujer me dijo vale, te entiendo.—Pero Huang parecía triste—. Usted sabe que nuestras mujeres son muy fuertes, demasiado fuertes. El setenta por ciento, diría yo, son más fuertes que sus maridos...

—¿Irá su mujer con usted?

—Durante el primer año estaré solo. Entonces, cuando ya me gane bien la

vida, vendrá mi mujer a buscar trabajo. Mi hija se irá a vivir con mi madre, a lo mejor con la madre de mi mujer. A veces con una, a veces con la otra, ¡ningún problema! Todos la quieren, todos las adoran.

—¿Cree usted que eso es bueno para ella?—Yo tenía la cabeza repleta de nociones occidentales sobre la infancia—. ¿Tantas personas?

Súbitamente, Huang hizo una mueca.

—Creo que no mucho. Pero tengo que hacer esto. Luego, vendrá conmigo.

Al hablar sobre permisos de trabajo y billetes de avión, volvió a animarse. Se tragó sus dudas con el cerdo y luego se puso un poco melancólico, porque esta era nuestra última noche. Se preguntaba si nos volveríamos a ver. Mi viaje era peligroso para él, más peligroso que el suyo. Aquí en Xi'an las cosas estaban bien, dijo, pero en esos países de nor-oeste... Se estremeció visiblemente. El suyo era el viejo temor chino al Asia interior que acechaba tras la Gran Muralla, al vacío que se extendía más allá del Reino Celeste. Y yo ni siquiera había mencionado Afganistán...

—Me ha gustado hablar con usted—dijo—. Le añoraré. Nosotros los chinos solo hablamos de cosas superficiales, contamos chistes. Ustedes son distintos.

Nos levantamos para irnos. ¿Iba a regresar a China? le pregunté. En la vejez, al menos, la primera generación de emigrantes a menudo regresaba, para construir prestigiosas casas y morir donde había nacido. Pero Huang dijo que no. No iba a regresar a ningún pueblo. Otros cuidarían de las tumbas de sus padres.

—Después de la muerte no hay nada. Yo solo creo en el conocimiento.

Fuera en la calle estaba lloviznando. Huang no reparó en ello. Otra cosa lo estaba preocupando, poco importante, pero insidiosa. Dijo:

—Hay un día en que barremos las tumbas, ¿sabe?, en que quemamos billetes por los muertos. Desde hace dos años, justo antes de ese día, mis abuelos difuntos me han visitado en sueños...

Pero esta coincidencia era todo lo que él sabía de la fe y el pensamiento fue menguando con la lluvia. Me cogió la mano. Temía por mí, dijo. Entonces, con una dulzura incongruente, se resistió a despedirse. Me veía como a su padre, dijo para mi pesar. Era tan mayor, y no tenía buena salud (yo estaba

resfriado). Y las estaciones de ferrocarril eran peligrosas. No debía hablar con nadie en una estación. Estaban llenas de vagabundos y delincuentes.

—Y no debe salir de noche. Aquí está mi número de teléfono móvil... debe llamarme si alguna vez tiene problemas...

Pero, mientras se alejaba de mí, dándose constantemente la vuelta para saludarme, haciéndolo hasta que la lluvia y la oscuridad lo engulleron, fue de su propio viaje del que yo me asombré: el exilio voluntario de millones de sus paisanos. Esa noche intenté imaginármelo logrando su propósito. Me sorprendí deseándolo con todas mis fuerzas. Casi lo llamé por teléfono. En la quietud del hotel, se me hizo incómodo, luego doloroso, imaginar las alternativas: Huang ganando una miseria en algún barrio plagado de delincuencia mientras su sueño se desvanecía.

Cerré los ojos, imaginando un tiempo lejano, transformado. Esta otra fantasía fue cobrando gratamente forma mientras conciliaba el sueño. En algún momento del futuro, necesitando ayuda económica—un préstamo quizá, para mantenerme en la vejez—, me encontraría en el elegante despacho de un banquero después de pasar por varias secretarias y subdirectores y allí, al final, con su pelo de erizo vetado discretamente de canas, alargándome la mano (donde llevaría un anillo de oro) desde su escritorio de director, estaría mi viejo amigo.



En las frías salas del templo confuciano, hay 2.300 estelas de piedra más altas que un hombre dispuestas en hileras. Textos sagrados, edictos imperiales, antiguos poemas: esta biblioteca imperecedera se acumuló a lo largo de mil años, después de la dinastía Han de la época romana. Algunas se erigen aisladas sobre los caparzones de tortugas de piedra, símbolos de la longevidad, coronadas por un bucle de dragones; otras, de casi dos metros y medio, se alzan en lisas paredes de granito negro. Clásicos antiguos—el Libro de los ritos, el Libro de las odas, el Libro de las mutaciones—se convierten en

avenidas de piedra por las que uno camina. Los textos ocupan por sí solos la superficie de 114 gigantescas piedras. Hay leyes sobre campos y canales, crónicas de sublevaciones campesinas y el traslado de tumbas ancestrales, incluso de la matanza de misioneros, cuadernos de caligrafía, mapas y un único personaje de casi dos metros de estatura, la «Armonía», esculpida en su propia estela. Uno se está paseando entre los vestigios de la memoria de todo un pueblo. No tiene poder para volver una página o desenrollar un pergamino. Las palabras podrían ser la voz de la piedra. Incorruptibles, han sido pruebas contra las murmuraciones de generaciones de escribas chinos.

Su superfluidad era ahora majestuosa. Los pulcros caracteres incisos en sus columnas verticales me parecían imbuidos de una fría magia. Yo había aprendido a hablar mandarín solo mediante el sistema *pinyin* que romaniza los caracteres. No podía leerlos. Pero sabía que cada carácter era discreto, inflexible. El lenguaje no tenía pasado ni futuro, sexo, singular ni plural. Súbitamente, en aquellas salas húmedas y oscuras, no parecía tanto un organismo vivo cuanto un maravilloso monumento. Circunscritos a un sistema inmutable de escribir la historia, podría parecer que el pasado cercano y el lejano coexistían. La duración se registraba según el reinado de los emperadores, o en ciclos de sesenta años. No había ninguna trayectoria hacia el futuro, ninguna inauguración de los siglos, ningún día del juicio. En vez de eso, a veces, había una ilusión de perfecto equilibrio.

Aquel sombrío poder me siguió por una sala de granítica memoria tras otra. Yo me sentía fascinado y distante, como si estuviera deambulando entre lápidas sepulcrales. Los caracteres desfilaban por las estelas como hormigas obreras. La palabra se había tornado inmortal, y muerta. Las tortugas gemían bajo su carga.

En una ocasión, donde el Libro de las odas discurría por una cortina de losas ensambladas, oí un débil sonido. Parecía que las piedras maullaran. Al girar, vi a una joven resiguiendo un pasaje con el dedo, e intentando cantarlo.

Voy por campo abierto,
Los árboles están en flor,
Casada, viví contigo,
No amada, regreso.

—No sé cantarlo, solo estaba probando.—Se tapó la boca—. Ni tan siquiera en el siglo XII se acordaban ya de cómo se cantaban las canciones de la dinastía Tang. También pronunciaban las palabras de otra manera, y no sabemos cómo. Todos los poemas se escribían para ser cantados. Pero ahora solo tenemos las palabras.—Estaba copiando la oda de la piedra en un cuaderno—. Me encantan. Pero todo el mundo parece haberlas olvidado. La gente no conoce el legado de nuestros antepasados. Me dan lástima.

No supe si se refería a sus antepasados o a sus contemporáneos. Pero las palabras eran hermosas, ¿verdad? Ella no tenía marido (solo tenía veintidós años), ni tampoco había regresado. Pero las palabras ya eran potentes para ella, aunque incluso el significado de muchas fuera controvertido. Un traductor llegó incluso a decir: «No hay ni una sola palabra en estos antiguos poemas cuyo significado exacto comprendamos». Uno podía pasarse la vida entera divagando sobre su interpretación. La dejé sola con su cuaderno, pensando, y poco después las piedras estaban volviendo a maullar.

La estela que yo buscaba era muy distinta. Los dragones que la coronaban se retorcían en torno a una perla de fuego y unos claros caracteres en relieve. A lo largo de la base y en los costados, corriendo como caballería ligera alrededor de las columnas chinas, había una estilizada escritura que resultó ser siríaco. La inscripción decía: «Crónica de la difusión por China de la religión occidental de la Luz Pura». Y estaba coronada por una cruz cristiana.

Erigida en el año 781, la piedra describía la llegada desde Occidente del sacerdote Aloban hacía un siglo y medio. Él «vino montado en nubes azules portando las verdaderas escrituras» y el emperador Taizong lo acogió, permitiendo la traducción de sus libros en la biblioteca imperial y fundando incluso un monasterio. «Si examinamos atentamente el significado de la doctrina, es misterioso, maravilloso, y está lleno de reposo—decretó asombrosamente el emperador—. Es justo que deba tener vía libre bajo el cielo». La piedra, empapada de imaginería budista y taoísta, pasa luego a celebrar la Trinidad, la Encarnación, el nacimiento virginal y la Ascensión de Cristo. Pero la Crucifixión solo se recuerda brevemente, y la Resurrección brilla por su ausencia.

Escudriñé el siríaco como si pudiera descifrarlo. ¿Quiénes diablos eran aquellos cristianos?

Sucedió así. En 431, el patriarca de Constantinopla, Nestorio, mantuvo, junto con la mitad de las iglesias orientales, que la naturaleza de Cristo no era indisolublemente divina, sino dual, que era un hombre visitado a veces por la divinidad, por lo que no era acertado llamar a María madre de Dios. «No me imagino a Dios como a un niño», decía. Esta herejía dividió a la cristiandad. Al cabo de unos años, los nestorianos se refugiaron en el imperio persa y se extendieron al este por la Ruta de la Seda, y quizá sea ese el motivo de que su magnífica estela explique que, en la Natividad, los Reyes Magos llegaron, siguiendo la estrella, con sus regalos desde Persia.

Pero en el corazón de China, los nestorianos menguaron tan repentinamente como habían llegado, perseguidos cuando la dinastía declinó, sus monasterios destruidos. Aquí no se ha detectado nunca ningún rastro autenticado de sus iglesias. Si la estela de Xi'an no existiera, uno podría concebir su llegada como una leyenda.

No obstante, hace cinco años, a unos ochenta kilómetros de la ciudad, un sinólogo británico redescubrió un recóndito enclave llamado Da Qin, «Imperio romano» u «Occidente», el nombre por el que se conocían las comunidades nestorianas. Curiosamente, Da Qin estaba emplazado en el recinto taoísta más sagrado para los emperadores, el Vaticano olvidado de los Tang, donde los montes Qinling discurren hacia el norte por la ruta a Occidente.

El agente del sinólogo era un hombre cauto y silencioso. Había nacido en una aldea campesina, pero su inteligencia y su dedicación a los estudios le habían permitido acceder a otra vida. Quería que lo llamaran Peter. Dejando atrás la contaminación y los escombros de Xi'an, nos dirigimos en coche al sur hacia montañas que no veíamos. Era un día de principios de abril y en los campos las dedaleras estaban en flor. En los pueblos, el maíz del año anterior estaba apilado contra las paredes de las casas y aún había grabados de Año Nuevo colgados en las puertas. En una ocasión, alcanzamos a un grupo de dolientes

montados en un camión que llevaban cintas blancas atadas a la cabeza y arrojaban dinero simbólico a la calzada, donde revoloteaba como flores. Cuando los adelantamos, nos encontramos atravesando campos vacíos y tramos de monte bajo repletos de marmotas leonadas.

Luego, las onduladas sombras de las montañas se cernieron sobre la llanura. Nuestra carretera comenzó a serpentear entre verdes colinas. El aire estaba límpido, como si acabara de llover. China se había vuelto hermosa. Al entrar en el Paso a Occidente, nos cruzamos con exiliados y mercaderes imaginarios cabalgando en el sentido contrario. De pronto, Peter dijo:

—¡Ahí está Da Qin!

La pagoda estaba recostada en las nieblas de montaña. Verdes colinas con terrazas de trigo se ondulaban a su alrededor y los álamos pintaban tenues pinceladas en los valles. Reinaba una quietud absoluta: un cuadro chino de ensueño de la China rural. Esta pagoda era todo lo que quedaba, dijo Peter. Sus siete pisos de color crema, con los tejados tapizados de hierba, iban estrechándose hasta el pináculo nervado que los coronaba. Conservaba una solitaria elegancia. Trece siglos lo habían inclinado en la dirección del viento.

Pero, cuando nos acercamos, obtuvimos una perspectiva más real. Lo que había parecido frágil entre las colinas era de hecho formidablemente sólido y tenía veintisiete metros de altura. Empequeñecía todo lo que había por debajo de él: un rústico santuario, dos granjas. Un superviviente aislado de la época Tang—una biblioteca monástica, quizá—, testimoniaba la existencia de una sociedad en otro tiempo opulenta.

Estuve mucho rato caminando por la tierra asurcada que lo rodeaba. Un monje y una monja budistas habían custodiado el lugar durante años. Ahora, ella yacía bajo su tierra—su lápida calculaba su edad en 116 años—mientras él cuidaba de su tumba, pero se había vuelto loco. No obstante, si Da Qin hubiera sido budista, dijo Peter, sus templos habrían probablemente estado orientados en dirección norte-sur, mientras que esta meseta discurría en dirección este-oeste. La meseta estaba cubierta por un manto de flores amarillas entre las cuales revoloteaban mariposas negras; había un huerto de kiwis y el monje había plantado ajos. Al este de la pagoda, quizá, los difuntos nestorianos habían esperado en sus tumbas el advenimiento de Cristo con la

salida del sol. A su otro lado, tal vez estuvo la iglesia. Pero, probablemente, ni tan siquiera una excavación desenterraría ninguna prueba concluyente. Mucho después de que el cristianismo fuera prohibido en 845, los budistas habían construido aquí su propio templo. En 1556 un terremoto había alejado del lugar a sus últimos habitantes. Ahora, un vigilante conservaba los pocos fragmentos encontrados: restos de tracería en arcilla pintada de verde cromado; un ala de piedra rota.

Las puertas de la pagoda estaban cerradas. Tanto el terremoto como las reparaciones las habían sellado. El yeso de color trigueño se estaba desprendiendo del ladrillo. Pero alguien apoyó en una pared para mí una escalera larguísima que llegaba hasta el tercer piso y yo la subí con cautela. Por el túnel de la ventana, notando su piedra lisa y seca bajo mis manos, entré gateando en una cámara de techo alto. La luz se atenuó. Había palomas lamentándose en alguna parte. Delante de mí, contra el ángulo de las paredes de ladrillo y asombrosamente pálida en la penumbra, había una estatua de yeso de tres metros de altura. Rodeada por una almendra doble de hojas y montañas, su figura se había visto reducida a un par de misteriosas piernas. Donde el yeso había sido arrancado, aún se veían en la arcilla haces de paja y una estaca sobresalía sin sostener nada. La parte superior del cuerpo no había dejado ninguna silueta. Solo las piernas, una pantorrilla estirada y una rodilla doblada, posaban con protocolaria elocuencia. Llevaban anchos pantalones recogidos bajo la rodilla según la moda persa y más arriba sobrevivía el borde de una túnica corta.

Continuaba sin saberse quién era aquella figura coronada por un arco de colinas taoístas. El sinólogo cree que es la virgen María, sentada en postura bizantina junto a su hijo. Es posible imaginar incluso la sombra de un brazo vestido en el yeso, sosteniendo algo. O quizá sea la salvadora budista Guanyin, sentada con un brazo apoyado lánguidamente por delante de ella. O quizá no sea ninguna de las dos.

Peter se había puesto a mi lado y los dos subimos a los pisos superiores por unas escaleras de madera. En el siguiente, rodeada por una almendra de yeso esculpido, había una figura en reposo, en peor estado que la anterior. Más arriba, alrededor del último piso, una nube de polen flotaba en el aire calmo.

En una ventana se alzaban los montes Qinling y se oía el canto de los pájaros; en otra, encaramado a su propia colina arbolada, estaba el monasterio taoísta de Lou Guan Tai que había traído la santidad a esta región.

En los años de tolerancia, imaginé, los taoístas debieron de observar a los cristianos que tenían enfrente, desconcertados. Los nestorianos, parece, jamás adaptaron al gusto chino la muerte y la resurrección de su complicado dios. Pero compartían con el taoísmo una creencia en la pureza innata del alma. Eran igualitarios y bastante ascéticos, vegetarianos, y rechazaban la esclavitud. Todos los amaneceres se reunían convocados por los redobles de su *semantra* de madera y se regalaban periódicamente con su misteriosa eucaristía: pues «cada siete días tenemos audiencia con el cielo».

A él, dijo Peter, el cristianismo le era profundamente ajeno, pese a trabajar para un sinólogo cristiano. Encorvado junto a mí en la ventana del último piso, se extrañó de su historia repleta de milagros y de su laberinto teológico. A veces, las arrugas de la frente se le condensaban en el entrecejo, formando un nudo interrogante, y él se concentraba con el entusiasmo de un estudiante. Esta era el arma que mantenía afilada: la mente que lo había mejorado.

—Mi madre era budista—dijo—, pero mi padre tenía un cargo oficial en nuestro pueblo. Era siempre un poco frío, un poco escéptico. —Se tocó el pecho—. Como yo.

Pero me señaló, en tres ladrillos distintos, los restos de una escritura de araña, aún sin traducir. Estaba en relieve—la marca de un alarife, quizá—y puede que fuera parte de un nombre en siríaco, la lengua litúrgica de las iglesias orientales. Con el tiempo, pensé, puede que aquella pista en forma de telaraña desentrañara todos los misterios de la pagoda. Peter no quiso intentar adivinar quién la había inscrito. La habían dejado simplemente atrás: una rúbrica minúscula y burlona.

En el año 845, el nestorianismo fue prohibido en China. A medida que su vínculo con Persia se debilitaba, fue desplazándose hacia el oeste por la Ruta de la Seda, fortificándose en los oasis del desierto de Takla Makan y convirtiendo a los mongoles. En el siglo XIII, durante el reinado de Kublai Jan, revivió una vez más, solo para declinar con la caída de su dinastía. Siglos después, misioneros jesuitas encontraron en China unas cuantas personas

aisladas que se santiguaban sin pensar antes de las comidas.

Uno asciende por un sendero empedrado bajo árboles que vibran con el canto de las cigarras. Ya casi ha oscurecido. Nada le indica que está entrando en el Vaticano de una religión que fue grande en otro tiempo. A sus espaldas, la pagoda de Da Qin ha vuelto a adquirir su solitaria fragilidad contra el fondo de montañas. Delante está el santuario taoísta de Lou Guan Tai, el cual los advenedizos emperadores Tang, cuya sangre era más bárbara que china, adoptaron como su templo ancestral, llenando de capillas las colinas circundantes.

Pronto, uno se pierde entre sus patios y altares. Desgastadas escaleras suben y bajan por puertas circulares entre terrazas flanqueadas de muros grises. El aire está impregnado de incienso. Se respira un olor a abandono. Los tejados están perdiendo sus tejas y la basura se amontona en los senderos. El interior de las salas está presidido por monstruosas divinidades de cuento de hadas. Rechazan todo pensamiento, todo sentido. El mismísimo Laozi, el «Viejo Sabio»—fundador legendario del taoísmo en el siglo VI a. C.—, está sentado, inmenso y vivamente coloreado, detrás de su altar, con una blanca cascada de barba que se le bifurca en la cintura. Puede que, de hecho, no fuera tanto un hombre cuanto el nombre para un compendio de sabiduría: un panteísmo místico, la religión de un eremita.

Pero su camino se ha extraviado. Los monjes viven desidiosamente en celdas con rejas de madera dispuestas alrededor de los patios. Son cetrinos y jóvenes. Llevan los brillantes cabellos recogidos en un moño y una lustrosa perilla. Vestidos de negro con polainas blancas, parecen una raza aparte: hombres menudos con ojos huidizos.

Peter los desprecia.

—La religión ha caído bajísimo. Esto no es como el budismo o incluso el cristianismo. Solo hay diez mil de estos monjes en toda China. Algunos de ellos son delincuentes, creo. Se unen a la secta para eludir la ley. Se ganan la vida de algún modo, y luego vuelven a desaparecer.

Así que la visión de Laozi se ha visto reducida a esto. En torno a su

filosofía espiritual—el tao era a la vez un camino espiritual y conocimiento trascendente—, el taoísmo siempre había abundado en magia y estafalarias deidades y estaba obsesionado con la inmortalidad. Incluso aquí, un adivino susurra sobre una carta astral y los monjes conservan una piedra hexagonal—al golpearla, emite un melodioso sonido metálico—que la diosa Nüwa regaló a Laozi mientras reparaba el cielo.

Bajo el templo de la reina madre de Occidente, quien custodia los melocotones de la inmortalidad de los montes Kunlun a los que yo me dirigía, alzo la vista para contemplar una gigante de yeso pintado. Su altar está repleto de flores de papel, algunas viejas botellas y una bolsa de panecillos chinos. Blande un melocotón en una mano, una media luna en la otra, y su boca de piñón queda eclipsada por su papada.

—Esto también me es ajeno a mí—dice Peter—. No sé qué es.

Comienza a preguntarse en voz alta cuál es la seña de identidad de esta religión—en el cristianismo es el amor; en el islam, quizá la justicia—; luego, las cejas se le congelan y deja de hacer suposiciones. ¿Cuál es pues esa seña, me pregunto, para un conciudadano laico de Confucio? Los ojos vacíos de la reina madre nos miran desde su baldaquín cortinado. Por fin, Peter dice:

—La integridad.

Fue por falta de integridad en el mundo, parece, por lo que Laozi—si es que existió—montó a lomos de un búfalo negro y se dispuso a sacudirle el polvo de China de las pezuñas. La corrupción de la vida cortesana, dicen, lo había asqueado. Aquí, en el Paso a Occidente, hace dos milenios y medio, un guardián lo vio venir—una puerta circular de ladrillo gris enmarca el paisaje—y lo convenció para que se detuviera. A lo largo de una sola noche, el sabio vertió su doctrina para la posteridad en el *Daodejing*, la biblia taoísta. Luego, volvió a montar en su búfalo negro y desapareció con rumbo al oeste.

Pero esto quizá fuera una metáfora de la muerte.

A partir de entonces, a lo largo de muchos siglos, cuando nuevas religiones llegaban por la Ruta de la Seda, los chinos se preguntaban si eran credos realmente extranjeros o eran la antigua sabiduría de China regresando a su hogar.

3

Mantra

Cuando mi tren se alejó lentamente de Xi'an con rumbo al oeste, siguiendo las caravanas desaparecidas a lo largo del río Wei, vi pueblos de ladrillo y teja semiocultos por perales en flor y el intenso color malva de las dedaleras o rodeados por líneas concéntricas de hortalizas protegidas por plásticos, con lo cual la mitad de los campos parecía cubierta de nieve. A todo nuestro alrededor, la laberíntica tierra había sido esculpida por las arenas de Mongolia que el viento del norte llevaba siglos trayendo hasta aquí. Durante horas, surcamos sus onduladas mesetas. Terrazas de trigo y colza quedaban cortadas por barrancos o se asomaban por encima de nosotros en repisas de un lustroso color verde.

Tardamos quince horas en recorrer setecientos kilómetros. En los duros asientos de los vagones para los pobres de China, los granjeros se apretujaban unos contra otros entre pilas de equipaje, dormitando en el hombro del vecino, tomándose algún tentempié, dando sorbos a jarras de té verde. Mientras que, años antes, los pasillos habían estado repletos de saliva mezclada con ceniza y cuerpos postrados, ahora estaban únicamente sembrados de basura y los hatillos de campesinos y viajeros. Los gritos, los escupitajos, el humo, incluso las miradas sin disimulo dirigidas al extranjero, habían remitido sutilmente. En su lugar, entre estudiantes y familias de vacaciones, los rollizos

bebés fruto de la política de un solo hijo por familia iban majestuosamente sentados, gorjeando y aliviándose en orinales portátiles.

Pero cuando torcimos hacia el norte por el corredor de Gansu, de camino a Xinjiang, el vacío de Asia interior se cernió sobre la tierra como una premonición. Los pueblos parecían desintegrarse cuando nos aproximábamos a ellos, transformadas en barro sus paredes de ladrillo. Daban la impresión de estar casi desiertos. Sus difuntos yacían bajo túmulos en los campos. Todo tenía aspecto de estar a medio construir, o desmoronándose. Poco a poco, los campos fueron aclarándose y las colinas pasaron a estar cubiertas únicamente de polvo. Sus cañones se agruparon en compactos tramos escalonados hasta que estuvimos serpenteando entre zigurats. A veces, aparecían cuevas habitadas, con sus terrazas de trigo temprano sembradas más arriba, y unos cuantos árboles salpicaban las cumbres. Luego todo—pueblos, cañones, campos—adquirió el marrón monocromo del loess traído por el viento. La tierra parecía un blando pastel esculpido. Por debajo de nosotros, el río era marga líquida, con el color del chocolate con leche, fluyendo entre paredes rocosas donde la lluvia había horadado profundos barrancos. Sobre aquel descarnado paisaje, la oscuridad se cernió súbitamente y nuestro tren se convirtió en una reluciente serpiente que surcaba el vacío.

En Lanzhou, entumecido por la falta de sueño, me apeé en la China que yo recordaba. Un enjambre de hombres morenos y de aspecto dudoso vino a rondarme—la chusma contra la que Huang me había prevenido—y el gentío que caminaba por las aceras me pareció más tosco, más pobre. No vi a ningún otro extranjero. Estaba andando por las calles más contaminadas de China. Porque Lanzhou fue un Gehenna industrial construido tras la victoria comunista para insuflar vida económica al noroeste del país. Ahora, sus tres millones de habitantes se diseminaban a lo largo de veinticinco kilómetros por ambas orillas del río Amarillo entre refinerías de petróleo, fábricas textiles e industrias químicas, bajo ennegrecidas colinas mineras. Las calles más largas se perdían en la bruma impregnada de humo como si terminaran en un precipicio. Los coches engullían gasolina a treinta centavos el litro. Todo el

mundo tosía y tenía arcadas.

Hace veinte años, un joven maestro de escuela había trabado amistad conmigo en esta ciudad y yo quería volver a verlo. En aquellos tiempos, Mouli estaba embargado por una persistente tristeza. Había nacido en un pueblo campesino que lindaba con Mongolia Interior, y en su juventud durante la Revolución Cultural, cuando millones de burgueses fueron desterrados a los pueblos, se había enamorado de la hija de un funcionario exiliado.

Se ha dicho que los chinos no aman. Observadores de sus jerarquías familiares han escrito que la única ternura auténtica es la que existe entre la madre y su hijo varón. Otros han insistido en que la palabra para amor ni siquiera existe en chino. Y es cierto que ni el término general *ai* ni el abnegado *ren* aluden a ninguna pasión sin condiciones.

Pero Mouli, en su ignorancia campesina, se enamoró profunda y locamente. A su lúgubre pueblo, la pálida hija del funcionario, quien sufría del corazón, llegó como un espíritu virginal. Y ella le correspondió tiernamente. Después de que la Revolución amainara y sus padres se la llevaran llorando de regreso al este, nadie la sustituyó en el lento corazón de Mouli. La inmovilidad social de China en aquellos tiempos los separó irremisiblemente. Ella se hizo profesora de secundaria en Tangshan, mientras él se abría camino en la facultad de idiomas modernos y comenzaba a prosperar.

Después de nuestro primer encuentro, él me escribió una carta agridulce. Había decidido, con treinta y tres años ya, ceder a las presiones familiares y contraer matrimonio. Cuando nos vimos al año siguiente, me pareció que su sonrosada prometida, una enfermera de veintiséis años, sentía una profunda devoción por él. Pero él la trataba como a una criada, lamentando su tosquedad campesina, y a veces, me confesó, seguía soñando impotentemente con la otra.

Todo eso ocurrió hace mucho y ahora, cuando llegué a su facultad, no tenía ni la menor idea de con qué me iba a encontrar. Él me estaba esperando en la entrada. En la milésima de segundo que tardé en reconocerlo, vi a un desconocido achaparrado y robusto cuyo pelo tremendamente tupido y cuyas gruesas cejas y labios pertenecían, pensé, a un tipo chino del norte. Pero un momento después, para mi fugaz sorpresa, aquella figura corpulenta se había

fundido con el hombre joven que yo recordaba y Mouli me estaba sonriendo.

Nuestra vieja amistad nos envolvió. La jocosa ironía que yo recordaba aún interrumpía su afectuoso tono de voz con ademanes sarcásticos y mordaces silencios. Solo que ahora Mouli había adquirido una cierta autoridad—era decano adjunto de su facultad—y tenía el pelo salpicado de canas.

—Ven a casa—dijo.

La última vez que lo había visto estaba en una angosta habitación monopolizada por una austera cama de matrimonio, con el símbolo de la doble felicidad colgado aún en la pared. Ahora vivía en un piso de cuatro habitaciones donde su esposa salió tímidamente a recibirme. En el salón había un gran televisor que nadie miraba, y pergaminos caligráficos y reproducciones de la campaña inglesa colgados en las paredes.

Ella conservaba la rubicundez que él había despreciado. Sus facciones anchas eran regulares como las de una máscara, pero era guapa a su manera, con la boca carnosa, los ojos tiernos y el cabello recogido ahora en una reluciente redecilla. Su antigua esclavitud se había mitigado. Estaba estudiando derecho. Su hija adolescente, que estaba en clase, quería parecerse a su madre, dijo Mouli riéndose, y movió despreciativamente la mano por delante de su propio rostro campesino. Ella le hizo ponerse un chaleco antes de salir—su rebeca se había desgastado por los codos—y sus ojos se encontraron con algo semejante al afecto. Antes, él no la miraba jamás.

Caminamos por una universidad muy distinta a los grises edificios que yo recordaba. Las matriculaciones se habían triplicado y se habían construido grandes bloques nuevos junto a campos de deporte y un parque. Con sus grandes manos y su cuerpo robusto, Mouli parecía estar maldito con una sangre o una historia más dura que la de quienes le rodeaban.

—Los alumnos son muy distintos ahora. ¡Hasta hacen preguntas en clase! ¡Nosotros nunca nos atrevíamos!—Se cruzan con nosotros sonriéndonos respetuosamente: muchachos larguiruchos con el pelo largo y muchachas de dulce rostro. Se pasean en chándal y a veces van cogidos de la mano—. Y todos saben chino estándar—dijo Mouli—. Ese es el auténtico cambio. Lo aprenden en televisión e incluso en internet. En regiones como mi viejo pueblo, los dialectos estaban totalmente aislados. Recuerdo que, hace treinta

años, cuando los funcionarios llegaban allí, no entendíamos ni una palabra de lo que decían.

Ahora, su despacho era dos veces más grande que la habitación de alquiler en que había vivido, con un juego de sillones y un gran escritorio con dos ordenadores. Solo el suelo de cemento indicaba que aquello era China, con un lavamanos en un rincón y una vista del río Amarillo hundido entre los arrabales. Mouli ocupaba aquel espacio con cierto orgullo y una pizca de impermanencia. El cargo de decano llevaba vacante casi tres años, porque el secretario político de la facultad había congelado su ocupación. Pero sus compañeros ya hablaban de él como de «nuestro decano» y él era querido entre los profesores más jóvenes, presentí, por su irreverencia innata.

No obstante, su obsesión actual revelaba un profundo conservadurismo. Porque lo que él—profesor de inglés—más temía era la difusión del inglés. Para los profesores de todas las facultades, dijo, incluso de matemáticas e historia de China, tener nociones de inglés se había convertido en una obligación. Y eso estaba sucediendo en toda China.

—¡Lo mismo nos daría adoptar a Estados Unidos en masa! ¡Al presidente y a todos sus senadores! ¡Traerlos aquí! ¿Y qué harían por nosotros? Nada. Porque las mentalidades son diferentes, están estructuradas por idiomas distintos. Y eso no va a cambiar.—Estaba mirando por la ventana de su despacho—. ¡China es una gran obra de reconstrucción!—A todo lo largo del río, se estaban construyendo edificios blancos, cada uno coronado por una grúa—. El problema es este—dijo—. No puedes explicar la vida china en inglés. Porque en realidad nada es traducible. Ni la cultura, ni la política, ni tan siquiera la vida cotidiana. Las palabras no sirven. Los conceptos faltan.—Estaba escribiendo un larguísimo artículo sobre el tema (le granjearía enemigos) en la revista universitaria llamada *Ruta de la Seda*—. La base de la lengua es el pensamiento. ¿Cómo vamos a pensar en inglés?

Mientras él hablaba yo estaba recordando, con cierto asombro, la universidad con que me había encontrado hacía veinte años. Por aquel entonces, aún no se había recuperado por completo de la Revolución Cultural, un período en el cual los profesores habían sido perseguidos por poseer una novela inglesa, una cinta de música occidental, una carta del extranjero.

¿Dónde, me pregunté, fue condenado el viejo catedrático a ser el barrendero de su facultad durante diez años por poseer una Biblia?

Recordaba sobre todo al amable Yu, un catedrático de literatura inglesa a quien habían molido a palos por delitos que él nunca supo. Yo había ido a verlo con un bastón blanco plegable para su hija. Los dos se estaban quedando ciegos: ella a causa de un cáncer infantil, él por el desprendimiento de las dos retinas debido a la paliza que le habían dado en la Revolución Cultural. Al despedirnos, me había pronosticado un futuro mejor para su pueblo, surgido del agotamiento y de una nueva cordura. Ahora, ese futuro había llegado y su imprevisible poder se estaba extendiendo por todo el país. Yu ya estaba débil por aquel entonces, susurrándome adiós bajo un tapiz donde estaba escrito su poema favorito: una estrofa de Li Bai que él ya no podía leer. No pregunté qué había sido de él.

Las aguas del río Amarillo
Caen de los cielos
Y se precipitan al mar
Para no volver...

Cené con los compañeros de Mouli esa noche, en un restaurante bastante distinguido. Fue alentador verlo en su papel semipúblico, arrugando aún el rostro con jocosa complicidad al mirarme, manejando diestramente los palillos. Cuando hace tiempo escribí sobre él, lo había desplazado, para su protección, a otra ciudad. Ahora, ya no corría peligro. Presidía el banquete como un rey benevolente, distribuyendo sus manjares, proponiendo brindis. A mi lado, su mujer iba vestida con una favorecedora chaqueta verde y zapatos con la punta vuelta hacia arriba. Aún lo miraba de vez en cuando, como si lo hiciera desde una suerte de exilio sin palabras, pero yo ya no estaba tentado de preguntar a Mouli por su pasado o por la pálida profesora de Tangshan: si seguía allí, o si él sabía de ella. Ahora estaba satisfecho y recordar no siempre hacía bien. Su viaje de la pasión a la estabilidad había sido el propio de China.

A mi otro lado, Mouli había sentado a una profesora joven, como si quisiera darme una muestra del nuevo desarraigo de China. La muchacha tenía

un aspecto casi europeo, con el pelo largo y rizado y los ojos redondeados quirúrgicamente. Su familia vivía en una ciudad lejana. El vino de arroz le había subido el color a las mejillas. Se pasó la cena haciéndome atrevidas proposiciones y confidencias. Una vez desaparecidas las restricciones tradicionales, parecía, no quedaba nada. Sus dedos me recorrieron los hombros, las costillas.

—¿Vas a Yongchang? Me encanta viajar... Es difícil encontrar un tipo decente... ¿Puedo ir contigo? ¡Llévame a Yongchang!—Hablaban en serio, haciéndome sensibleras confidencias—. Preferiría ser una niña, ¿sabes? Luego las cosas se complican demasiado. No quiero tener la capacidad de decidir. Quiero retroceder en el tiempo... ¡llévame contigo!

—Ya tengo pareja.

—Pero no está aquí. ¿Qué haces después? A lo mejor podemos ir a algún sitio...

Por fin, nuestro grupo se levantó con esa brusquedad de los chinos cuando terminan de comer. Al abrazarnos mientras nos despedíamos, Mouli y su mujer me pusieron un regalo en las manos: una camisa de la Eternal New Fashion Co., decía la etiqueta, hecha con «los tejidos más selectos de Europa, diseñada para satisfacer los criterios de la moda actual».

Entonces recordé, asombrado por la rapidez con que pasaba el tiempo, que hacía años, antes de que yo partiera al norte en invierno, Mouli y ella me habían comprado uno de los rígidos abrigos acolchados que se llevaron durante los primeros tiempos de la Revolución Cultural. Me había abrigado durante todo mi duro viaje hasta el extremo de la Gran Muralla y seguía colgado, apolillándose, en mi apartamento de Londres, como un fragmento de la historia china, un testimonio de una época más cruel y perturbadora, y del dolor de Mouli.

Mi hotel era un lúgubre vestigio de los años sesenta, con una pista de baile donde parejas del mismo sexo danzaban bajo tenues luces al son de la melodiosa música. Desde mi terraza en su planta veintiuno, Lanzhou quedaba oculta bajo una espesa bruma amarillenta donde los rascacielos y las

chimeneas sobresalían como barcos a punto de hundirse bajo las aguas. Oí alguna que otra bocina sonando por debajo de mí. En el cielo, el sol estaba detenido como una naranja enferma y a lo lejos, perfiladas en el horizonte, se erigían las erosionadas montañas que discurrían junto al río Amarillo.

Mi hotel acogía a la nueva generación de trabajadores móviles y a pequeños empresarios. Las prostitutas locales eran tan perseverantes que hice la trampa de desconectar el teléfono de mi habitación. Los policías montaban distraídamente guardia en el vestíbulo, y en mi mesa, una lista advertía sobre el coste de dañar el mobiliario del hotel, desde destrozarse una cama de matrimonio hasta desportillar un espejo. Aquella meticulosa lista convertía el vandalismo en un recreo. Las manchas en el papel pintado podían costarte cinco dólares por metro cuadrado, y las manchas en la alfombra diez (lavables) o cincuenta (graves). No pude evitar imaginarme a algún hombretón de campo en aquella frágil tienda de cristal, llevándose como recuerdo el tapón del lavabo (cinco dólares) y haciendo pintadas en algunos cuadros (me solidarizaba con él, de tres a ocho dólares), perdiendo luego el control y colgándose de la rejilla para dejar el equipaje (ochenta dólares), y rompiendo la puerta (ciento veinte dólares) antes de hacer pedazos el váter (doscientos dólares) y entregarse a la policía en el vestíbulo.

Mi único visitante aquí, a quien yo había conocido casualmente en Inglaterra, me llevó a su casa en lugar de dejarme en el hotel. Hongming vivía en uno de los destartados bloques de pisos levantados en los años cincuenta. Estaban por todas partes en la ciudad, con sus agrietadas baldosas blancas, sus astillados marcos de ventana y sus fétidas escaleras de caracol que pasaban junto a puertas de hierro provistas de mirilla. Hongming llevaba veinte años casado, pero su franco rostro seguía siendo el de un muchacho. Rodaba documentales y su piso estaba invadido por la tecnología. Pero, junto a su reproductor de CD, el ordenador portátil y el fax, los estantes tenían extraños artefactos lamaístas. Había inscripciones en piedra colocadas junto a cuernos ceremoniales. Eran recuerdos de una historia de amor, porque Hongming se había enamorado de Tibet. Hablaba de aquello, y de todo, con inquieto entusiasmo, como si estuviera al borde de un caos interno.

—¿Quiere ver mi película?

Entonces me puso el vídeo del documental que había rodado, con fascinada pasión, en Tibet. Era el primero de varios que él esperaba que un día fueran a aparecer en la televisión local. Su cámara había contemplado aquellas ceremonias y costumbres con embelesada devoción, demorándose en los mandalas de arena contruidos en las orillas del curso alto del Yangtze, en las bibliotecas inscritas en piedras sagradas que ocupaban paredes enteras.

—Me invitaron a proyectarlo en un festival de cine de Santa Barbara— dijo—y yo conseguí ir. Me quedé boquiabierto al descubrir que el Dalai Lama estaba allí. Estuve sentado a su lado. No sabía qué diría. Mientras proyectaron el documental, yo no me atreví ni a mirarlo. Solo al final lo miré.—Se mordió el labio—. Y estaba llorando.

Su mujer salió de la cocina con *won ton* y un vino de Tianshui. Parecía incluso más joven que él.

Hongming continuó:

—Yo dije al Damai Lama: debería volver a su país. Él respondió: los suyos no lo va a permitir.—Sirvió el vino—. Y ya no hubo nada más que decir.

Incluso ahora estábamos engañosamente cerca de Tibet. Al oeste, a poco más de ciento cincuenta kilómetros, los montes Qilian cobijaban el monasterio lamaísta de Labrang, al que yo esperaba ir, y se adentraban luego en la provincia de Qinghai, cuyas mesetas discurren sin solución de continuidad hasta Lhasa en dirección sudoeste. Hongming tenía acceso a fotografías aéreas por vía satélite de toda la región que se extendía al norte e intentamos trazar mi ruta en ellas: de Labrang al oasis de Dunhuang, y luego de nuevo al oeste hasta Kashgar, cruzando un alarmante vacío amarillo de más de mil quinientos kilómetros.

—Es peligroso—dijo.

Durante un rato, hablamos sobre los dilemas de aquella ruta. Luego, pícaramente, sin venir a cuento, dijo:

—Debería lavarse los pies.

—¿Qué?—Los tenía colocados en ángulo delante de mí sin ninguna delicadeza, adobados en gruesos calcetines y zapatillas de deporte. ¿Cuánto rato llevaba soportándolos Hongming? Algunos chinos son hipersensibles a los olores, yo lo sabía. Me miré los pies con consternación. Aún les quedaban

más de once mil kilómetros por recorrer. Puede que los uzbekos fueran menos exigentes, los afganos, los iraníes...

—Es una especie de terapia—dijo entonces Hongming—. La costumbre tradicional china de lavarse los pies.

Veinte minutos después estábamos sentados en un salón de masajes mientras dos bonitas muchachas con chaquetas verdes de seda y pañoletas blancas nos quitaban los zapatos. Algunos de estos sitios no son lo que fingen ser, pero este sí lo era. Nos metieron los pies en baldes de agua hirviendo y luego nos los aporrearon y amasaron hasta convertirlos en puré rosa. El pie, según reza la tradición china, es un microcosmo del cuerpo, con sus propios pulmones, corazón, riñones: y mientras mi masajista me hacía las plantas picadillo con unos dedos que parecían varas de acero, comencé a creerlo. Mis pies tenían migrañas y ataques de corazón. La muchacha sonrió dulcemente.

—¡Los pies de los extranjeros son enormes!

Entretanto, en un programa informativo de televisión que oíamos desde allí, Edward Cheung de China Assets Management estaba comentando las perspectivas de las inversiones extranjeras con Brian Chu del Departamento Mercantil Asociado. Simulé que me relajaba como un hombre de negocios importante, pero la muchacha comenzó a dislocarme los dedos de las manos. Sonaron como disparos. Cuando miré a Hongming, él estaba tranquilamente sentado en su silla mientras su torturadora hacía su trabajo, con el rostro iluminado por una sonrisa hedonista, los ojos cerrados.

—¿Está contento?—preguntó—. Lo está, ¿no?—Luego, añadió—: ¿Quiere conocer al Buda reencarnado?

—Sí—dije yo automáticamente, sin tener la menor idea de quién era ese. Solo sabía que no era esto.

Luego, la muchacha transfirió su atención a los dedos de mis pies. Yo había olvidado que tenía tantos. Sufrieron apoplejías y convulsiones. Durante un rato más, me aporreó despiadadamente las pantorrillas y las espinillas, amasándome el puente del pie con los nudillos, frunciendo un poco el entrecejo. Luego, justo cuando Brian Chu estaba terminando de exponer su teoría sobre las reservas de divisas, todo terminó. Las muchachas se quedaron con mis calcetines sucios por error, o como recuerdo, y yo salí cojeando con

Hongming a las calles en penumbra.

Un Buda reencarnado es la forma más elevada de santo lamaísta. Se elige no por su linaje sino a través de la adivinación, puesto que es la reencarnación de muchos Budas previos, el heredero de una santidad condensada. El Dalai Lama es el más santo de estos elegidos y en China y Tibet hay otros; pero Beijing los teme como un foco del nacionalismo tibetano, por lo que están desplazados, parcialmente secularizados, escondidos.

El Buda reencarnado de Tianshui habita un piso pequeño en un recinto vigilado de la Universidad Popular de las Minorías Nacionales, donde enseña budismo. Allí, supongo, el gobierno lo tiene aislado para que no represente ningún peligro, y allí, él me recibe con parsimoniosa calma, sentándome en un sofá con un tapizado de flores chinas ante un ceremonioso cuenco de fruta. Emanan un sólido poder. En sus zapatillas pone «Deporte» en inglés. Tiene el cuello de toro casi tan ancho con la cabeza afeitada y las cejas solo le llegan hasta la mitad de su arco natural, dotándolo de una cordial expresión de sorpresa. Al fondo, vislumbro un lustroso moño de cabello oscuro mientras su mujer se retira y sus dos hijas adolescentes se demoran en la puerta para observarnos. Una es oscura, efervescente; la otra, alta y desgarradoramente hermosa. El Buda reencarnado les sonrío y ellas desaparecen. Solo de vez en cuando aparta sus ojos de mí, como si un pensamiento o pregunta lo perturbara momentáneamente.

Le pregunto cómo tomó este difícil camino, quién lo eligió, por qué. Sus respuestas son serenas y mesuradas, como si hubiera nacido en este estado y nada hubiera cambiado jamás.

—Por costumbre, identificamos a un Buda después de que muera el anterior. Se hace con ensalmos, a través de la oración quizá, y a partir de los movimientos en el agua del lago próximo a Lhasa que sirve como oráculo. Yo fui escogido por el maestro del último Panchen Lama... —Añade, sin vacilar—: Y mi elección fue confirmada por el gobierno chino.—Son mis ojos los que se apartan de los suyos—. Nací en el mismo año que el Buda anterior, eso es importante. Yo era solo un niño, vivía con mis padres, cuando los

buscadores llegaron a mi zona. Un vecino les dijo mi fecha de nacimiento y ellos me llevaron al templo de Tianshui. Me eligieron entre otros mil.

—¿Qué le pareció que se lo llevaran?

—Solo era un niño. No tenía ninguna opinión.

Escruto su rostro. ¿Se ha olvidado? ¿O lo he hecho yo? Hace años, con la cabeza repleta de tópicos psicológicos, había visto, desconcertado, cómo unos niños de un orfanato de Beijing jugaban sin dar muestras de la tensión occidental. Pregunto:

—¿Qué les pareció a sus padres?

—No querían que me fuera. Eran campesinos. Querían que los ayudara en los campos.—Se mira las manos—. En cualquier caso, me fui. Pero, a los diecisiete años, tuve que volver a irme. La revolución comunista había llegado y a los monjes nos estaban dispersando en todas partes. Al principio, seguí estudiando. Luego, en 1964, el gobierno me ordenó casarme. Querían que los monjes fueran como la gente corriente.

—Tiene usted una hermosa familia.

Él sonrío con dulzura.

—Gracias.

Yo sabía que el budismo siempre había tenido dificultades para justificarse aquí. El confucianismo y el comunismo se realizaban en la sociedad—fuera a través de la devoción filial o del avance social—, pero el budismo traía la salvación particular. Su destino era despojarse de la ilusión. Y la sociedad era un espejismo.

—Pero las cosas personales también son importantes para nosotros.—El Buda reencarnado mira la puerta donde estaban sus hijas—. Esta vida, a fin de cuentas, es la única en la que van a existir las relaciones actuales. Así que debemos tratarlas bien. En la próxima vida naceré de padres distintos y mis hijas no nacerán de mí, o quizá, ni siquiera me conocerán, y mi esposa será otra persona. Después de la muerte, tu familia no puede seguirte.

Aquellos valores budistas no lo habían salvado a él, naturalmente.

—Durante la Revolución Cultural me sometieron a una cruel sesión de humillación. Los guardias rojos detestaban la idea de un Buda reencarnado. Cuatro mil vinieron en mi busca. Me pegaron tanto que tuve que pasarme tres

meses acostado, con el cuerpo roto.—Se toca los brazos y las rodillas—. Mientras me pegaban, no paraban de decir «¡Estás equivocado! ¡Estás equivocado! ¡Equivocado!», y yo decía «¡Sí, sí, estoy equivocado, estoy equivocado!»—Se ríe inesperadamente a carcajadas: no la risa tensa y entrecortada de los chinos, sino una abierta constatación de la eterna locura humana—. Y durante todo ese tiempo, yo sabía en lo más hondo de mi corazón que solo estaba de camino a otro sitio, mi propio camino. Pero no dije nada. Mientras estuve tendido boca arriba, compuse mentalmente una gramática tibetana y años después la escribí. Así sobreviví.

Aquellas sesiones de humillación podían ser excepcionalmente crueles. En esencia, eran apaleamientos públicos, un calvario de burlas y torturas, infligidas a veces por una turba de vecinos y antiguos amigos. A medida que las intimidaciones y el horror se intensificaban, todo lo que decía la víctima se maldecía y negaba, hasta desposeerla de su última brizna de amor propio. Las confesiones forzadas pusieron en marcha la liquidación del yo. La vergüenza indujo a muchos al suicidio. Si la víctima repudiaba a su familia, se desmoronaba otro puntal del yo. Con el tiempo, si su lavado de cerebro era más profundo, la vergüenza podía destruir lentamente en ella su convicción de que era inocente, como una máscara que se come la cara. En esta tesitura, la víctima anhelaba ser culpable; de otro modo, el mundo mismo estaba loco. Una culpa extraña y generalizada la envolvía. Se convertía en su propio acusador, su propio delito. Y la obra se completaba.

Pero la sesión de humillación era habitualmente demasiado rápida e inesperada para nada que no fuera fingimiento improvisado. Las confesiones hechas a gritos eran como actos de teatro, y también los perseguidores representaban un papel preestablecido: el Estado había escrito el guión. No obstante, murieron millones de personas. Ahora, casi cuarenta años después, la retórica parece tan poco convincente como una cancioncilla. Y a menudo, como en el caso del Buda reencarnado, algo en la esencia de la víctima permanecía intacto.

—Después de aquello me enviaron al campo a trabajar con los campesinos en la región donde había sido Buda—dice él. Habla sin amargura ni autocompasión—. Luego, por fin me destinaron aquí. Y ahora enseño religión

a alumnos tibetanos. Tengo incluso una casa junto al templo de Tianshui y voy allí a menudo para las ceremonias. Es un lugar bonito.

El medioambiente es para siempre, dice (ahora podría estar dirigiéndose a una clase), así que debemos cuidarlo. Nosotros vamos y venimos, pero él permanece. ¿Así que ahora es feliz?

—Después de la Revolución Cultural, cualquier cosa es feliz.

Su hija menor ha abierto la puerta una rendija, pero la delata un perro minúsculo que irrumpe en la habitación, la recorre como una flecha y vuelve a salir. El Buda sonrío benévolamente.

—Y sí, puedo perdonar a esos jóvenes, porque toda China se volvió loca en esa época.— Vuelve a estallar en carcajadas de incredulidad—. En toda la sociedad, nadie escapó, ni los altos cargos, ni los miembros del Partido, ni el Buda reencarnado, ni los obreros corrientes. ¡Toda China, loca! Y ahora me quito esa época de la cabeza.—Se arranca un gusano imaginario de la frente—. Simplemente la olvido.

No sé si su perdón se debe a la compasión budista o a otra cosa. La culpa de la Revolución Cultural se echó a un puñado de conspiradores, la llamada Banda de los Cuatro, y el país se dispuso luego a olvidar. Secretamente, la terrible fisura del pasado atravesaba toda la sociedad, todas las unidades de trabajo, todos los pueblos, todas las familias a veces, pero el silencio se cernió sobre ella.

Mientras hablo con el Buda reencarnado, su perdón despierta en mí un paradójico recelo. Me doy cuenta de que quiero ira, quiero recriminación e incapacidad para comprender. En el dogma occidental, la salud psíquica depende de reconocer el pasado, de asumirlo. Recordar es catártico. Pero, en la Revolución Cultural, finalmente, todo el mundo fue una víctima, todo el mundo sufrió. Recordar lo que uno hizo, o lo que se llegó a hacer, quizá sea recordar a otra persona, en otra existencia. Y optar por el olvido es optar por la vida.



Mi autobús asciende por un paisaje de polvo esculpido. Las cadenas montañosas se cierran y abren a nuestro alrededor y van luego nivelándose para dar paso a un alto valle de montaña donde un afluente del río Amarillo ha alisado su lecho hasta convertirlo en un agrietado pavimento. En los pueblos dispersos, el autobús se llena de hui musulmanes, sus mujeres ataviadas con pañoletas de encaje negras o verde oscuro; y pronto las poblaciones están atestadas de sus altos gorros blancos, como si, en sus calles, millares de cocineros estuvieran empujando bicicletas y carretillas por alguna razón inexplicable. Conforme viajamos hacia el oeste, los alminares de las mezquitas, donde ningún almuédano tiene permitido convocar a los fieles, se alzan por encima de los tejados como fantásticos miradores y columnas decorativas o se erigen como delicados juguetes a lo largo de las cumbres que nos impiden ver Labrang.

Luego, súbitamente, después de Linxia, las colinas de loess son sustituidas por peñascos de piedra y nuestro valle se hace más abrupto. Un joven monje sube a bordo, y risueños pastores tibetanos con abollados sombreros de fieltro. Los espolones de montañas invisibles vienen a nuestro encuentro como surgidos de las nubes. En una ocasión, unos policías paran el autobús y nos hacen bajar a todos a la cuneta mientras un hombre rocía el suelo con desinfectante. Se han detectado casos de neumonía atípica en Xi'an. Los pocos chinos que hay no se quitan la mascarilla blanca. Los tibetanos siguen sonriendo.

Pronto, estamos ascendiendo por un escarpado corredor cubierto de neblina. El río, con el color del jade pálido, fluye más rápido, más puro. Las montañas nos rodean. Hemos traspasado una frontera que no aparece en ningún mapa, entrado ya en las mesetas de Tibet. Los stupas budistas se erigen en las colinas como pezones, mientras las banderas de oración ondean en los patios de las casas y sobre los mojones de las tierras de pastoreo. Aquí y allá, encaramados a una ladera, los tejados escalonados de un monasterio cubren una cascada de blancas paredes. Luego, la carretera se desintegra, dando paso a una pista de grava. A la luz crepuscular, siluetas de yaks dormidos estampan las laderas y la nieve cae en silencio, blanda y fina.

Cuando me apeo en Labrang, es de noche y hace frío. Todavía estoy a casi quinientos kilómetros de la frontera tibetana. Las luces de la calle con tiendas hui y chinas que conduce a la ciudad-monasterio se pierden en la oscuridad. La nieve crepita bajo mis pies, que me parecen ligeros y solitarios, y en algún punto de la oscuridad hacia la que me dirijo—como un viejo dios aclarándose la garganta—oigo el sonido de un cuerno. Me embarga entonces una euforia familiar, la anticipación infantil de estar adentrándome en lo desconocido, en una realidad totalmente distinta. El cuerpo se aligera y uno nota un cosquilleo. La noche se llena de edificaciones parcialmente imaginadas, de voces que no entiende. La experiencia es inseparable de la soledad y un miedo residual, porque uno no sabe dónde va a terminar el camino, quién habrá allí.

En realidad, la calle se vacía y yo salto una zanja llena de basura para internarme en el barrio budista a oscuras y me topo, por casualidad, con la hostería del monasterio. Es un patio de austeras habitaciones, con árboles cubiertos de escarcha. Aparte del vigilante, solo vislumbro, andando de puerta en puerta, las siluetas perfiladas en la nieve de los pastores que han peregrinado hasta aquí, inmensos con las ropas que los envuelven. Mi habitación tiene una cama de madera y un balde para recoger agua del grifo comunal. Una estufa de carbón saca su torcida chimenea por un agujero del techo. Hay una bombilla colgada de un cable. La habitación cuesta cincuenta centavos por noche. Me acuesto bajo un edredón húmedo y escucho cómo crujen débilmente las ramillas bajo el peso de la nieve.

El monasterio creció hace trescientos años bajo la tutela de príncipes mongoles locales. Un baluarte de la secta amarilla, a la que pertenece el Dalai Lama, se convirtió en una de las seis grandes lamaserías del mundo tibetano. Su plan de estudios era liberal a su modo, teñido del chamanismo de los nómadas locales, pero enraizado en la meditación y la teología, y en la medicina budista y las matemáticas. En 1959, cuando los tibetanos se alzaron contra China, y el Dalai Lama huyó, albergaba a cuatro mil monjes.

Después hubo arrestos y expulsiones masivas. La biblioteca de diez mil manuscritos ardió hasta los cimientos. Durante la Revolución Cultural, la

mitad de sus templos fueron arrasados. Solo en 1980 reabrió cautelosamente sus puertas el monasterio; los monjes comenzaron a regresar poco a poco y novicios vinieron de Tibet, Qinghai, Mongolia Interior. Ahora eran más de dos mil monjes, y cuando amaneció, ya había en la nieve huellas de botas de peregrinos saliendo de la hostería de camino a sus viejos santuarios. Me limpié los dientes en la nieve. El grifo comunal estaba congelado. Los aseos consistían en una hilera de agujeros sobre una fosa, donde yo me acuclillé junto a joviales pastores cuyo rostro curtido se llenaban de arrugas al sonreír. Uno llevaba un medallón de plata del joven Dalai Lama, que volvió a esconder entre los pliegues de su abrigo.

Afuera, aún caían plumosos copos de nieve. En el cielo blanqueado, las montañas eran planas siluetas de piedra, como si estuvieran estampadas en el vacío. Seguí una pista curva, ahora embarrada, entre las paredes de las fraternidades de monjes. No se oía nada salvo el goteo de la nieve derritiéndose en los aleros y el susurro del agua corriendo por las cañerías abiertas. De pronto, por delante de mí, un grupo de peregrinos se hincó de rodillas. A lo lejos, al final de la larga avenida flanqueada por las celdas de los monjes, tras un manto de nieve, vi, como el decorado de una obra de teatro sacro, los dorados tejados de templos perfilados contra las montañas. Sus fachadas de color rojo herrumbroso estaban coronadas por azulejos verdes y amarillo mostaza, mientras que, por detrás de ellas, los dorados tejados escalonados de los templos más distantes se encaramaban a las laderas. Bajo esta ciudad irreal, vi las vaporosas túnicas magentas y moradas de los monjes, yendo y viniendo.

No obstante, a medida que me acercaba, los templos fueron disgregándose en edificaciones toscamente construidas y rústicas entradas de madera. Su altura era una ilusión. Sus características fachadas, de un oscuro color herrumbre, estaban hechas con haces de ramillas secas compactadas. En sus tejados planos, había grifones dorados, ciervos de Benarés, la Rueda de la Ley. Gárgolas de dragones miraban amenazadoramente desde sus aleros. Todo era terroso, vívido, extraño.

Bajo las arcadas del colegio de la filosofía—el templo más grande—, trescientos monjes aguardaban en un cónclave informal, envueltos en túnicas

magentas y tocados con gorros amarillos en forma de cresta de gallo. Los jóvenes estaban alborotando como niños, dándose golpes y peleándose entre ellos. Me saludaron en un tosco chino y entraron en busca de nuevas sobre el Dalai Lama. Afuera, se estaban arrojando bolas de nieve. Pero un monje veterano los hizo entrar por grupos en el templo, donde los rezos guturales sonaban como un zumbido de abejas, o un mantra susurrado en sueños.

Yo entré junto a ellos con disimulo, protegido por avenidas de pilares. Hacía veinte años el templo había sido arrasado por el fuego—un fallo eléctrico, decían los monjes—y ahora solo estaba débilmente alumbrado por lámparas de mantequilla de yak y la mortecina luz invernal que se colaba por sus pórticos. Los monjes habían menguado en su penumbra, acuclillados en torno a sus maestros en semicírculos interrumpidos. Me paseé solo por el templo. Los pilares estaban cubiertos de tela, como si tuvieran vida, y se perdían en la oscuridad en un sintético mar de color. Un millar de diminutos Budas idénticos cubría las paredes laterales y, en el nicho más profundo, posados en nubes y tronos de loto, una doble hilera de santos reencarnados llenaba la oscuridad con su sereno poder. Sus dedos sostenían flores y campanas o acunaban rayos. Las lámparas de mantequilla de yak y los centenares de cirios que los alumbraban envolvían a cada uno en una anaranjada aureola de fuego. Aquí estaban sentados los bodhisattvas multiformes, seres benditos que habían aplazado su paso al nirvana para ayudar a otros. Había fundadores monásticos con el rostro dorado y cónicos gorros de mago, y guardianes demoníacos—los compensatorios rostros de la muerte—danzaban con collares de cráneos o cabezas cortadas. Por doquier, la divinidad se ramificaba y proliferaba, con múltiples cabezas y brazos, amorosa, amenazante, indiferente. Yo contemplé sus manifestaciones con desapegado desconcierto, como podría hacer un lama paseándose por una iglesia. El aire apeataba a mantequilla rancia.

En un altar vi tres fotografías. Retrataban a las tres últimas encarnaciones del Panchen Lama, el jefe espiritual budista de mayor rango después del Dalai Lama. En la última, aparecía un niño rubicundo con una gorra de visera.

«¿Dónde estaba ahora?», pregunté.

—Creo que está en la capital de China—dijo un joven monje, sin mirarme

a los ojos. Los chinos se habían llevado al Panchen Lama y nadie lo había vuelto a ver. Lo habían sustituido cínicamente por uno de los suyos.

¿Y dónde estaba el Buda reencarnado de Labrang? pregunté.

Estaba en Lanzhou, dijo tristemente el monje, sirviendo en el Ministerio de Religión. También a él lo habían neutralizado. El monje me hizo señas para que me alejara.

—Aquí—dijo con cierta desesperación, guiándome hacia otras estatuas—están los dos filósofos más importantes del budismo.

—¿Quiénes son?

—Lo siento... —Parecía cariacontecido—. No lo sé.

¿Cuánto tiempo llevaba él aquí?

—Vine hace doce años, de un pueblo cercano. Tenía catorce años.

—¿Por qué vino?

—Porque mis padres lo querían. En esa época yo no sabía nada. Luego, el mundo se me hizo extraño. Todo, muy extraño. No entendía nada en absoluto. —Hablaban como si continuara sin entender. Parecía mucho más joven de los años que tenía: un muchacho tímido con un ralo bigote—. Nos pasamos mucho tiempo rezando, tres veces al día. Debemos estudiar todo el día, o solo una hora o dos. Nunca se termina.

Salí al laberinto del monasterio, siguiendo los quejidos de los cuernos. Intenté entrar en patios cerrados, salas prohibidas. El palacio del Buda reencarnado, dijeron los monjes, llevaba años cerrado. Las reliquias de sus precursores se hallaban bajo stupas doradas. En otro templo, estos Budas ancestrales habían sido intrincadamente esculpidos en mantequilla de yak para el Año Nuevo budista: santos de vivos colores que se derretirían con el verano. Solo en una ocasión vi una fotografía del Dalai Lama, puesta antes de que huyera, dijo un monje, y allí se había quedado: un rostro sereno, de un tiempo de paz.

Por los pasillos de molinillos de oración y trazando un recorrido por todos los templos, los peregrinos avanzaban con apasionada y pertinaz devoción: tibetanos y mongoles de las tierras de pastoreo, con el pelo apelmazado y despeinado, misteriosamente felices. Los abrigo, largos hasta los tobillos y adornados con piel de lince o zorro, los transformaban en gigantes provistos

de brillantes puños y fajas. Tenían los pómulos acentuados y la piel cobriza, y había mujeres con la cara tan cortada por el viento que parecían haberse puesto colorete. Con frecuencia, los abrigo les resbalaban de los hombros y sus enormes mangas arrastraban vacías por el suelo. De vez en cuando, un abrigo de mujer se abría por casualidad para revelar un arsenal de joyas rojo coral y azul turquesa y cinturones con colgantes de plata. Las gruesas trenzas, sujetas por broches de plata, les llegaban hasta la cintura.

¿Qué estaban viendo? ¿Qué esperaban? Caminaban con enérgica euforia. Para ellos, la divinidad estaba en todas partes. Se podía tocar con la mano. Bastaba con girar un molinillo de oración o encender una lámpara de mantequilla de yak para que algo se pusiera en movimiento. Ancianos arrugados y diminutas matriarcas tocaban con la frente las puertas de los templos y acariciaban los trozos de tela votivos atados a ellas. El aliento perpetuo de sus rezos, *Om mani padme hum*, suspiraba como un quedo latido. Algunos se postraban con un tintineo de pulseras, se arrastraban hacia sus manos abiertas en el suelo, se levantaban, volvían a desplomarse, y a veces rodeaban los templos de todo el monasterio de esta forma, con las palmas ampolladas, los cabellos apelmazados de barro, en un estado de gracia sobrenatural.

Caía una fina nieve de abril. Por la mañana temprano, al acercarme a las fraternidades, yo oía sus recitaciones tras los muros de distintos patios, pero a menudo no podía localizarlas y vagaba sin rumbo por una ciudad murmurante. Luego, las botas negras de fieltro de los monjes, amontonadas en el porche de un templo, delataban su presencia y yo los vislumbraba ocupando sus avenidas, absortos en la oración, embozados en su hábito para protegerse del frío. De vez en cuando, el volumen de sus recitaciones disminuía hasta cesar y el grave murmullo de un solo lama mantenía la continuidad; luego, el rítmico bisbiseo se reanudaba y un abad tocaba una campana o unos pequeños címbalos y novicios entraban corriendo con pavas para rellenar las tazas de los monjes.

Entretanto, los peregrinos estarían avanzando por el camino sagrado. A lo

largo de más de tres kilómetros, recorrían un pasillo intermitente de molinillos de oración—más de un millar—, que envolvía el monasterio en un perpetuo murmullo de súplica. A veces, al paso de los peregrinos más fornidos, columnatas enteras de molinillos elevaban juntas sus lamentos y susurros. A menudo, los peregrinos hacían girar su propio molinillo de oración portátil. Con cada vuelta del cilindro, las invocaciones de papel que contenía despertaban y elevaban su súplica al cielo. Me encontré haciendo girar los molinillos yo también, como una suerte de cortesía, y las ancianas se reían mientras pasillos enteros de ellos vibraban con sus giros.

Al final de cada tramo, un cilindro de oración más alto que un hombre se erigía en su propia cámara y tocaba una pequeña campana cada vez que lo hacían girar. En uno de estos cilindros, un monje joven y alto—nerviosamente alerta—me preguntó de dónde era, ¿qué religión tenía? Yo respondí, un poco avergonzado, en un mandarín entrecortado, que no era budista, pero él parecía disfrutar viéndome girar los molinillos, y después de cada tramo, me esperaba y me hacía otra pregunta. ¿Estaba mi trabajo en Inglaterra o en China?... Así que estaba viajando... ¿Iba solo?...

A veces, el camino pasaba por el interior de templos, donde había esferas de latón girando sin hacer ruido, para volver luego a salir al exterior. Y el monje siempre estaba afuera, esperando.

—¿En qué trabaja?... ¿Ha visto otros lugares budistas?

—Sí. Nepal, Sri Lanka...—No pude evitar mi tono de disculpa. Para mí, no podían significar lo que significarían para él. Él se calló. Sus botas chapotearon en las enormes losas pulimentadas del suelo.

—¿Ha estado en India?

Entonces supe cuál era su intención. Él continuaba mostrándose precavido, esperando siempre a que estuviéramos solos.

—Sí—dije—. En Bodh Gaya y Sarnath. El feudo del budismo.

Quizá fuera su delgadez, su nerviosa inseguridad, lo que lo hacía parecer insustancial comparado con otros monjes, transitorio. O quizá, pensé ahora, se debiera a que él no quería en absoluto estar aquí.

—¿Y cómo se marchará?—me preguntó.

—Voy a salir por Kirguizistán, Uzbekistán...

Él frunció el entrecejo. No sabía dónde estaban esos países. Pero ahora nuestro camino había ascendido en suave pendiente por detrás del monasterio, trazando un arco que lo ceñía a la ladera de la colina, y estábamos los dos solos, mirando los laberínticos muros blancos de las viviendas monásticas que se extendían por debajo de nosotros y las ventanas cerradas del templo que teníamos delante. Encaramándose a un muro por encima de ellas, el monje se desató la túnica bajo el débil sol. Su mirada era tímidamente confiada.

—¿Ha estado en Dharamsala?

—No. Pero tengo amigos que han trabajado allí para el Dalai Lama. La gente dice que es un hombre bueno. Inteligente, espiritual.

—Sí—susurró tristemente el monje. Bajó la cabeza. Su calva afeitada tenía una tenue pátina negra—. Pero está prohibido amarlo.

Abajo, halcones de negras alas estaban planeando sobre los tejados del templo, mientras, por encima de nosotros, diseminadas como colmenas en la ladera de la colina, había diminutas celdas de meditación, abandonadas.

—¿Cuándo vino usted aquí?—pregunté.

—Hace doce años. Quería ser monje desde los diez.

—¿Por qué?

—Lo sentía, simplemente. Me gustaba la ropa.—Me miró sin sonreír, con los mismos ojos y los mismos labios arqueados que los Budas a los que servía. Luego, como si quisiera cerciorarse, me preguntó:

—Ustedes, en Occidente, están a favor del Dalai Lama, ¿no?

—Sí. Lo consideramos el jefe espiritual de su budismo.

Su rostro se iluminó con una radiante sonrisa tibetana.

—¡Quiero irme de aquí! Tengo un hermano mayor en Dharamala. Cruzó la India hace once años. ¡Quiero ir con él! También mis padres. Mi padre es campesino, ahora está sin trabajo. Queremos ir todos.

—¿Es eso fácil?

—Puedo ir a Nepal por Tibet. Hay que ser fuerte para eso, y tener algo de dinero. Pero otros lo han hecho, y yo no puedo quedarme aquí. Las cosas van mal entre los chinos y mi pueblo. Quiero irme. A India, donde sea.

—¿Hay muchos de ustedes que se sienten así?

—Algunos.—Se le borró la sonrisa—. Todos aman al Dalai Lama. —Un

grupo de peregrinos con los abrigos salpicados de barro pasó rápidamente junto a nosotros—. Pero yo solo he podido hablar con mi hermano por teléfono dos veces en once años.

En la hospedería, oculto entre los ladrillos bajo la estufa, yo había dejado mi teléfono móvil por vía satélite, un tenue vínculo con Occidente, que yo apenas usaba. Ahora podría ser útil. Sus llamadas serían imposibles de localizar. Se lo ofrecí para que lo utilizara y él aceptó con un residuo de incertidumbre y una pizca de asombro. Luego, seguimos andando por el sendero junto a la ladera de la colina, yo un poco por delante de él, mientras, por debajo de nosotros, el monasterio nadaba sobrenaturalmente bajo sus tejados dorados.

En el entorno seguro de la hospedería, donde solo quedaban unos cuantos peregrinos, se sentó en mi habitación, con la mirada perdida, mientras yo salía al patio e intentaba marcar el número de su hermano. Al cabo de un rato recibí un mensaje de que el número estaba fuera de servicio. Yo volví a intentarlo, con la misma vaga respuesta. El monje seguía sentado en mi cama, como si hubiera entrado en trance, muy erguido entre mis cuadernos y mi ropa interior térmica. Pero tenía el número del guardaespaldas del Dalai Lama, dijo—ese hombre trabajaba con su hermano—. Así que probé también con ese número, pero tampoco tuve éxito. Comencé a sentirme más triste cada vez. Suponía que solo nos hacían falta unos cuantos dígitos más para establecer contacto, pero yo no podía adivinarlos.

En mi habitación, el monje estaba manoseando un llavero decorado con un autobús londinense que yo tenía pensado dar a algún niño; ahora, se lo ofrecí a él: parecía que cualquier cosa occidental lo reconfortara. Él asintió débilmente y lo guardó entre los pliegues de la túnica.

No había nada más que hacer. Se había dado cuenta de que los números estaban anticuados y conocer aquella nueva barrera aumentó su abatimiento. Yo le prometí que telefonaría a su hermano como fuera desde Inglaterra para transmitirle su mensaje y luego volvimos a salir a las calles del monasterio, sin saber qué decir. La fina nieve que volvía a caer desdibujaba los templos y el cielo, relegándolos al mismo frío olvido. Mientras caminábamos en silencio por las callejuelas, él comenzó a rezagarse y se envolvió la cara en su hábito,

aislándose.

—¿No pasa nada si nos ven juntos?—pregunté.

—No, ningún problema.

El problema estaba en otra parte, advertí, reconcomiéndole la mente, y cuando su paso se hizo más lento y yo me adelanté ligeramente, él no me alcanzó, con lo que fuimos alejándonos poco a poco hasta que él se perdió entre la multitud morada y magenta de sus compañeros y entre la nieve cada vez más espesa.

Las inmensas puertas se abren y, por un instante, imponente en la olorosa oscuridad, vislumbro al Maitreya, el Buda del futuro, como un muñeco inmenso embutido en un armario. Cuando sus facciones doradas se revelan muy por encima de mí, un grupo de peregrinos se arrojan al suelo, sin atreverse a levantar de nuevo la mirada, murmurando oraciones que aprendieron hace mucho.

Yo lo miro a través del humo de las velas flotantes y el hedor a mantequilla de yak. El enorme rostro no me ve. Sus ojos de pesados párpados están fijos en un lugar insoldable. Tiene labios de anémona y las largas orejas que simbolizan la sabiduría. Este desapasionado titán—distante, profético—es como antiguamente se concebía el Maitreya. El destino del mundo está en sus manos. En algún momento que se desconoce—dentro de mil, cien mil años—, renacerá en la Tierra y redimirá a todos los seres vivos.

Pero, como el mesías de otras culturas, el Maitreya engendró sedición. Rebeliones campesinas estallaron en su nombre, encabezadas por líderes que afirmaban ser el Maitreya reencarnado: hombres con deseos falibles, y destinos demasiado mortales. En tiempos de los Tang, esta peligrosa deidad india fue prohibida, para reaparecer siglos después como un dios menor chino totalmente amansado: un hedonista gordo y risueño rodeado de hijos. Este «Buda sonriente» encarna un ideal terreno: un estómago lleno y mucha progenie. Está acuclillado en las puertas de los templos chinos y es una plaga en las tiendas de curiosidades. Aquí, solo los tibetanos recuerdan la promesa de su severo antepasado.

Bajo el templo, los peregrinos se levantan por fin, cubiertos de polvo, y osan mirar al Maitreya. Aún de pie, me siento aprensivamente blasfemo. Pero veo las sedas que cuelgan de sus dorados hombros y los dragones de oro que decoran su corona. Está luminosamente enmarcado en una intrincada almendra y ocho bodhisattvas lo circundan. Entonces, las puertas se cierran ruidosamente y la imagen desaparece.

El último portal bajo el cielo

En el tramo del largo corredor de Gansu que bordea la Gran Muralla hasta su final, el aire estaba impregnado del polvo del desierto de Gobi. Hacía eones, la marga traída por el viento se había sedimentado bajo las montañas formando blanquecinos farallones surcados por barrancos verticales. Al oeste, los montes Qilian, cuya cordillera ascendía hacia las mesetas de Tibet, brillaban a través de la bruma como amarillentos bastiones de piedra.

Por esta desolación discurría una nueva carretera. Hacía dieciocho años, yo había cubierto este trayecto con un frío mordiente en un lento tren atestado de granjeros hui. Ahora, un rutilante autobús atravesaba esta inmensidad y yo iba sentado entre desaliñados viajeros que bramaban a teléfonos móviles, mientras una revisora servía jarras de agua caliente, y por encima de nosotros, una película de kung fu parpadeaba en un televisor.

Durante milenios, este paso a Asia Central había permitido la entrada al corazón de China de tribus nómadas del noroeste y servido a mercaderes y ejércitos como vía de acceso en el sentido contrario. En él, nunca había calma. En el siglo XIX, los hui rebeldes, alzándose bajo la bandera musulmana, habían sido diezmados por las armas de los chinos y el hambre. Los pueblos aún parecían pobres y a medio poblar bajo aquel cielo incoloro. Hasta sus cubiertas de tejas desaparecían; se convertían en cuadrados y rectángulos de

barro, que se desmigajaban como la galleta. Mulas cobrizas tiraban de sus arados envueltas en una nube de polvo.

A lo largo de más de trescientos kilómetros, avanzamos lentamente entre campos abandonados y cauces secos de grava, mientras, por un costado, las colinas se allanaban para dar paso al desierto, y por el otro, las montañas se cubrían de nieve y brillaban ante nosotros como un largo filo dentado cada vez más difuso. Me apeé del autobús en la carretera vacía, en un valle cuyos extremos no veía, y me puse a andar por lo alto de un dique que atravesaba los campos hacia una ciudad situada a unos tres kilómetros de aquí. No tenía la menor idea de cómo era Yongchang: había atraído mi curiosidad por extrañas razones. Por lo que yo sabía, era territorio prohibido para los extranjeros.

Al principio, no había nadie. Luego vi, por debajo de mí, a un campesino apoyado en el dique, masturbándose. Seguí andando sin hacer ruido hasta encontrarme a unos veinte metros por detrás y por encima de él. Me pregunté en qué estaba soñando, o si estaba siquiera soñando: en la belleza del pueblo, quizá, o en una fantasía rubia de una de las películas pornográficas que circulaban clandestinamente, o quizá estuviera recordando a su mujer. Pero pasé rápidamente de largo, riéndome un poco para mis adentros, pisando con sigilo, y no volví la vista atrás.

Al cabo de una hora, entré en una pulcra ciudad rural, medrando misteriosamente en esta desolación. La gente atravesó la calle para mirarme. Otros gritaron «¡Extranjero!» sin disimular su temor. En mi pequeño hotel, pervivía el sistema soviético de tener un guardián con las llaves en cada planta; pero la mía era joven y distraída, y no paraba de mirar la escuela de secundaria desde su ventana, donde los pequeños emperadores estaban jugando a baloncesto. Afuera, se alzaba un campanario de la dinastía Ming, en mitad de un cruce. Pero en el extremo sur de la ciudad, constatando los rumores que me habían traído hasta aquí, estaba la estatua de un mandarín flanqueado por un soldado romano y una matrona romana. Eran fornidos y extrañamente anodinos. Los romanos tenían los ojos rasgados, ropas parcialmente chinas. Solo una inscripción los identificaba.

Daban a conocer una extraña historia. En 53 a. C., cuando Roma estaba gobernada por el triunvirato de César, Pompeyo y Craso y el imperio chino se

estaba expandiendo bajo la dinastía Han, el rudo y avaricioso Craso, anhelando la gloria militar de sus iguales, hizo marchar a un ejército de cuarenta y cinco mil soldados contra el enemigo ancestral de Occidente, el imperio persa. Pero Persia ya no tenía las abultadas falanges de antaño. Había sido invadida por una dinastía parto seminómada, cuyos escurridizos jinetes podían disparar una lluvia de flechas a galope. Cuando los romanos se internaron en el desierto después de cruzar el Éufrates, fueron rodeados por una bruma de caballería. En un desconcertante momento, mientras el aire vibraba con el atronador ruido de tambores de cuero provistos de campanas, los partos desplegaron cegadores estandartes de seda bordada en oro, un tejido que los romanos no habían visto jamás. Aunque los legionarios formaron su tradicional «tortuga», convirtiéndose en un caparazón andante de lanzas y escudos engranados, las flechas partas les atravesaron la armadura, clavándoles en ocasiones los brazos a los escudos, los pies al suelo. A lo largo de tres largos y calurosos días, veinte mil romanos murieron sin poder encararse con el enemigo. Otros huyeron volviendo a cruzar el Éufrates. Craso murió—el rey parto rellenaría su cráneo con oro—y los exhaustos diez mil hombres que quedaban se rindieron.

Según Plutarco, estos maltrechos soldados fueron enviados a vigilar las fronteras orientales de Parta como mercenarios. Allí, desaparecieron. En 20 a. C., cuando Roma firmó la paz y solicitó su repatriación, no se halló ningún rastro de ellos.

Dos mil años después, reaparecieron en la imaginación de un sinólogo de Oxford, Homer Dubs. En los anales de la dinastía Han, Dubs halló la crónica de una batalla china contra un caudillo huno, diecisiete años después de la catástrofe romana. Los chinos refirieron estupefactos que un cuerpo de elite había defendido las puertas de la estacada huno colocando los escudos en una curiosa formación semejante a las escamas de un pez. Tras la victoria china, creía Dubs, estos soldados, los veteranos de Craso que quedaban, se hallaron entre el puñado de soldados que fueron capturados; y en torno a esta época se cita en documentos de la dinastía Han un pequeño campamento llamado Lijian sito en el corredor de Gansu. Era costumbre que los campamentos llevaran el nombre de quienes eran transferidos a ellos y Lijian, una corrupción china de

Alejandría quizá, era sinónimo de imperio romano. Poco después, para mayor extrañeza aún, el lugar llevó brevemente el nuevo nombre de Jielu, «Cautivos del asalto».

Durante años, esta idea se extravió en los pasillos del mundo académico y resurgió por un momento en el entusiasmo de un erudito chino que murió con su obra inédita. En 1993, algunos arqueólogos que estaban realizando excavaciones cerca de Yongchang en el pueblo de Zhelaizhai, la supuesta ubicación de Lijian, identificaron murallas de la época romana. Comenzaron a aparecer artículos en la prensa china local. Se rumoreó que los habitantes de Zhelaizhai tenían el pelo rubio y los ojos azules. Eran muy altos. Practicaban el culto al toro sagrado. Dos catedráticos de la Universidad de Lanzhou argumentaron las diversas hipótesis. Luego, la historia volvió a caer en el olvido.

Encontré el diminuto museo de Yongchang cerrado indefinidamente; pero alguien fue en busca de un vigilante a quien llamaban «el pelirrojo», mientras yo esperaba en la acera con cierta preocupación. Al cabo de unos minutos, Song Guorong vino renqueando desgarbadamente hacia mí. Su singularidad era evidente. Cojo por una lesión de rodilla, medía metro ochenta de estatura y el pelo, largo y ondulado, le caía sobre los hombros en greñas pelirrojas. Tenía los ojos almendrados. Cuando le estreché la mano, vi que era pálida y rojiza, como la mía. Cuando la gente comenzó a reunirse a nuestro alrededor, su rostro me pareció totalmente europeo. Y no obstante, era un aldeano—tosco y tímido—y su dialecto me impedía entender lo que decía.

Un espectador tradujo sus palabras a un mandarín simplificado. No podía abrir el museo para mí, dijo. No tenía capacidad para hacerlo, solo era un empleado. ¿Pero era cierto, pregunté, que el museo albergaba un casco con dos mil años de antigüedad hallado bajo tierra en la zona? Se rumoreaba que llevaba inscritos los caracteres *zhao an*, «uno de los vencidos».

—Sí—dijo él—. Lo he visto.

¿Habría algún soldado combatido bajo ese lema?

—No podemos enseñarlo. Lo están restaurando.

Una vendedora de refrescos nos cedió sus dos sillas y la cantidad de espectadores aumentó. Guorong se me fue haciendo más peculiar conforme

hablaba conmigo. En su largo rostro—más sonrosado que amarillo—, los ojos estaban más hundidos que en las demás caras. Tenía la nariz grande y aguileña y la boca floja, repleta de dientes descoloridos. Sí, dijo, había otros como él en los pueblos circundantes. A veces, nacían rubios y luego se volvían morenos. No sabía por qué. Pero no, no quedaban tradiciones de sus antepasados. Hacía demasiado tiempo.

—¡Pero fíjese en él!—Señaló a un amigo, Luo Ying—. Él nació en Zhelaizhai. Ese es el sitio que llaman Lijian. Él nació justo ahí.

Ying era moreno y delicado. Pero también su rostro desconcertaba. La tez sonrosada, las facciones afiladas y la nariz aguileña podrían haber pertenecido al norte de Italia. Tenía el pelo rizado, y bajo sus cejas arqueadas, unos ojos color de avellana. Comparados con los tersos rostros amarillos que nos rodeaban—los cuales sonreían con desconcierto—, nos imaginé como tres europeos, nuestras facciones distintas unas de otras, pero diferentes también de las suyas.

Ying tenía un destartado taxi de tres ruedas y se ofreció a llevarme a Zhelaizhai. Se había ido del pueblo a los cinco años, dijo; su padre había encontrado imposible vivir allí. Guorong no iba a venir con nosotros. Al despedirnos, cuando le pregunté por su familia, él se limitó a decir: «Mi gente era romana». Luego se abrió paso entre el gentío que ahora inundaba la acera: una multitud distinta en la que él no podría nunca perderse del todo.

El taxi de Ying se puso ruidosamente en camino por los campos. En una ocasión, atravesamos la carretera en el tramo que seguía la Ruta de la Seda hacia el noroeste: una serpiente nueva brillando de forma sobrenatural entre pueblos arcaicos. Durante más que quince kilómetros, traqueteamos por una pista de grava en un desierto erosionado por las crecidas. Pastores envueltos en capas negras apacentaban a sus ovejas entre los matorrales. Delante, las sombras de los montes Qilian se perfilaban cenicientas contra el cielo.

Zhelaizhai era uno de los pueblos más pobres que yo había visto. Las paredes de sus casas nos cercaron como una llamarada amarilla. Estaban casi desiertas, sin ventanas apenas, con las puertas cerradas. Muchas se hallaban en ruinas. Sus habitantes solamente tenían campos de maíz o cebada, dijo Ying, y unos cuantos, ovejas. Nadie nos siguió mientras inspeccionamos la

antigua muralla. Hecha de tierra apisonada hasta una altura de tres metros, tenía marcas de palas, donde los granjeros las habían hincado para conseguir material de construcción. Ahora apenas medía veinte metros de longitud y estaba circundada por una cadena, identificada con «Lijian». Pero en otro tiempo había sido formidable: cuando él era joven, dijo Ying, había sido tres veces más alta y medido casi cien metros.

—Me acuerdo de cuando vinieron los arqueólogos. Nos explicaron que los romanos colocaban bastidores de madera y los rellenaban de arcilla—. Construían así.

En el pueblo de sus recuerdos, los niños a menudo eran rubios o pelirrojos.

—Pero nunca supimos nuestra historia. Incluso ahora solo sé lo que nos dijeron los arqueólogos.

Cuando anduvimos por las callejuelas, no hubo nadie a quien él recordara, nadie que nos saludara. Oímos solamente el murmullo de un canal de riego y unos cuantos gallos cantaron desde los tejados. Una niña menuda de pelo castaño estaba cavando en el polvo. Pero su hermano tenía el pelo negro, y los aldeanos que se dirigían a sus casas también lo tenían negro. En aquel mar chino, parecía, algún gen perteneciente al pasado lejano resurgía de vez en cuando y marcaba a su portador con el sello de un mundo que, por lo demás, no había dejado ningún recuerdo.

Ying andaba con paso ligero, contento de que esta miseria ya no fuera la suya. A todo nuestro alrededor, los aldeanos que quedaban habían apilado su heno en las ruinosas casas de los que se habían ido, esperando que llegaran tiempos mejores. Luego llegamos al lugar donde la muralla volvía a emerger y comenzaba a subir en pendiente, como si condujera a una acrópolis en ruinas. Algún dignatario local había erigido allí un tosco pabellón dórico que ya se estaba agrietando. En la muralla de marga y piedras compactadas, unos cuantos sillares de la piedra regional gris enmarcaban una puerta o bordeaban una palizada. Ying leyó la inscripción que había debajo: «Construida por romanos, bajo el mando de los chinos. Vinieron a conquistar Oriente, pero se desmoralizaron».

Los chinos debieron de mirar a aquellos soldados bárbaros con fascinada

precaución. Roma y China eran tan desconocidas la una para la otra que, incluso un siglo después, tomaron una por chinos y la otra por romanos a los intermediarios de Asia Central con quienes comerciaban por señas. Habrían de pasar doscientos años antes de que la embajada de Antonio Pío alcanzara los confines de China.

Para mi sorpresa, mientras examinaba el informe bastión, sus pocas piedras labradas—meticulosas, íntimas—me inspiraron una cierta tristeza que me indujo a tocar las borradas marcas de cincel en un instante de insensata comunión, donde los legionarios de Craso—suspendida mi incredulidad—habían por fin hallado reposo en su vejez y construido una muralla para albergar a su diezmado batallón.

Cuando regresé a mi hotel, una falange de hombres enmascarados vestidos de blanco vino a mi encuentro. El virus de la neumonía atípica se había saltado todas las barreras y extendido al oeste hacia Lanzhou, trayendo el pánico y la burocracia. En el vestíbulo, mientras la gente que pasaba se apiñaba para mirar, me interrogaron sobre mi itinerario, me pusieron un termómetro en la axila y una enfermera me extrajo sangre del lóbulo de la oreja sin pedirme permiso. Podían ponerme en cuarentena, dijeron, si tenía fiebre. Al cabo de un rato, me entregaron mi informe hematológico, que no supe descifrar, y un histograma cuya gráfica dibujaba un montículo bajo y solitario, como el túmulo del emperador Amarillo. Luego, todos sonrieron, se disculparon, rellenaron sus impresos y se marcharon. Pero yo temí por mi viaje.



La desolación es palpable, de una tierra antaño irrigada, más benigna, ahora casi desértica. Pueblos que en otro tiempo se autoabastecían han menguado dentro de sus murallas encaladas—su población cada vez más envejecida, la mitad de sus puertas y ventanas tapiadas—. Durante dos días, Ying y yo

estuvimos buscando granjeros de quienes se rumoreaba que eran de tez clara, pelirrojos, extrañamente altos, mientras su maltrecho taxi nos llevaba por pistas llenas de baches y atravesaba canales de riego secos desde hacía tiempo, con las puertas de las esclusas alzadas inútilmente sobre ellos. A menudo, los únicos cultivos eran las flores de papel de los cementerios, las cuales, una vez desintegradas, el viento había arrastrado a los campos para esparcirlas por los matorrales como una pálida ventisca. A veces, nos topamos con unos pocos pastores de pelo cano que apacentaban a sus cabras y ovejas en polvorientos pastos. Por la noche, regresaban a pueblos fantasma. Aquí, cada año llovía menos y menos, dijeron, y nadie sabía por qué. Muchos habían abandonado la región y partido a ciudades lejanas. Las personas altas o de tez clara que Ying recordaba también habían desaparecido. Su amigo de infancia Liu vivía ahora quién sabe dónde; otro amigo estaba muerto; y el pelirrojo Yan había emigrado a Xinjiang.

Pero en otra aldea llamamos a la puerta del patio de Wang Zhonghu. Para entonces, yo me había habituado ya a la decepción, a que los amigos de Ying no estuvieran y a que se nos estuvieran agotando los rumores. Por eso, ver el rostro de Wang me dejó helado de la sorpresa. Tenía los ojos de color verde avellana, y sobre las pobladas cejas, un pelo abundante y rizado de color canela. Alguna sutil disposición de sus facciones—su barbilla hundida y aguzada—me recordó a occidentales que yo conocía y aquella hechizante expresión continuó turbándome de vez en cuando, con la fantasía de que podía ponerse a hablar en inglés.

Pero su expresión de urbanidad se debía únicamente a la genética. Sus padres y hermanos eran campesinos, con los ojos negros y dialectos inescrutables. Nos dejaron solos con cierto nerviosismo. Wang estaba en paro, con apenas veinte años. El atestado patio de su familia tenía ropa tendida y un tractor roto. En la habitación principal había una cama individual y una estufa en el suelo de ladrillo.

—No sé por qué tengo este aspecto.—Estaba alerta, impaciente. Quería que nosotros le desveláramos el enigma de su fisonomía—. En este pueblo, soy el único que tiene esta cara. Es raro. Tengo los ojos azules.—Él pensaba que lo eran—. Creo que son una herencia muy antigua.—Me miró alborozado

—. ¡Y los dos tenemos la nariz grande!

Más tarde, trajo cuencos de fideos y pepino especiado, todo en lo que consistía su dieta. Dijo simplemente:

—Somos campesinos. Cosechamos muy poco. Tenemos cebada... y algunas ovejas. Lo siento.

Mientras él sorbía sus fideos, con un apetito voraz, no pude evitar preguntarme si sus antepasados no habrían vivido de otro modo. ¿Había algún robusto antecesor suyo marchado por el desierto sirio y visto los estandartes de seda ondeando sobre aquellos terribles jinetes? Lo miré a sus extraños ojos, que me devolvieron pálidamente la mirada. Por lo que yo sabía, sus predecesores habían compartido mesa con César en el Palatino o se habían maravillado con la oratoria de Cicerón. Pero, detrás de él, las ventanas tenían los marcos podridos y las cortinas hechas jirones, y los últimos montoncitos de pepino se estaban ahora disolviendo en su boca.

—Mi padre está muerto—dijo—. Pero yo me parezco a mi tío. Tenía los ojos y la cara como los míos... como los suyos... claros...—Señaló una fotografía de grupo colgada en la pared: su tío, más alto que los demás, castaño, desenfocado.

Al igual que Ying y Guorong, Wang quería ser romano. Recientemente, un genetista de Beijing había recogido muestras de sangre y orina de doscientos habitantes locales y realizado análisis de ADN, y en cuarenta de los voluntarios se había detectado algún rastro de ascendencia indoeuropea. Pero esta confusión genética reina por doquier a lo largo de la Ruta de la Seda. Durante siglos, pueblos occidentales—mercaderes persas, quizá, sogdianos y tocarios—fueron desplazándose poco a poco hacia el este. Mientras miraba a Ying y a Wang, mi creencia se hundió en un lodazal de posibilidades. Y nadie había siquiera preguntado qué aspecto tenían los legionarios de Craso. Romanos republicanos, no eran los gigantes rubios de la imaginación china, sino un grupo más variopinto: sabinos y latinos de las granjas de Italia. Poco a poco, en mi imaginación, el casco romano de Wang estaba siendo tristemente desplazado por un cónico gorro sogdiano o un gorro persa.

Una hora después, Ying y yo estábamos traqueteando por la pista de camino a un último pueblo, donde vivía un granjero que, según decía la gente,

tenía la tez tan clara como cualquier occidental. Y allí, en el patio vacío de una granja miserable, me sorprendió ver sentado a un hombre de tez blanca y pelo pajizo que se puso débilmente en pie para saludarnos. Era menudo y extraño. Todas las arrugas de la cara se le concentraban en las comisuras de los ojos gris perla y la fina boca. Le estreché la mano con estupefacción. A él le molestaba visiblemente el sol. Era como si su pelo y su tez hubieran absorbido toda la desecación de aquella dura tierra, y hasta sus cejas y pestañas se habían vuelto blanco platino. Su hogar era el más pobre de los que yo había visto, sin apenas muebles bajo un techo de juncos. Un *kang*—la tradicional cama construida sobre un horno de ladrillo que la calentaba en invierno—se erigía en el suelo de tierra. Una televisión, pequeña y rota, era el único lujo, y en la pared había colgada una sola fotografía en color: una hoja sacada de una revista de un paisaje con pájaros en un país menos duro que este.

Su anciana madre se acercó a nosotros con una jarra de té verde—todo lo que tenían—y se pasó mucho rato moviendo la cabeza en círculos delante de mí, intentando enfocarme con la mirada. Sus ojos eran dos puntos brillantes en un paisaje infinitamente ajado. Pero su debilitado hijo tenía solo treinta y cuatro años y ella era mi coetánea. En ellos, el esquivo dialecto rural se había convertido en un flujo incomprensible de consonantes aspiradas. Solo oí: «El trabajo es duro aquí... muchas cosas son difíciles... para cultivar hace falta suerte...». Y en una ocasión su madre, mirándolo con una ternura antigua e impotente, dijo: «Tenía los ojos azules, pero ahora está enfermo...».

—Es el único así—dijo fríamente Ying—. No sabe por qué. La gente dice que sus antepasados deben de ser extranjeros.

El hombre estaba sentado a mi lado en el *kang*, con la mano abarquillada junto a la mía, sus uñas agrietadas. A menudo, se hacía el silencio. Me extrañó la palidez de su mano, las venas blancas. Incluso en mis propias venas, la sangre era infinitamente más compleja de lo que yo podía saber. El hombre tenía la voz débil, ronca. A veces, me miraba con una suerte de tierno estupor, como si pudiéramos ser parientes. Su madre iba y venía continuamente por delante de nosotros, rellenándonos las jarras esmaltadas. La imaginé pensando que, de algún modo, yo podía ser su salvación, su salida. Se me hizo

insoponible mirarlos. Pensé: «No deberíamos haber venido». En una ocasión, mirándome con sus ojos miopes, el hombre me transmitió toda su desesperanza cuando me preguntó:

—¿Va a llevarme de regreso a Inglaterra con usted?

Pero me di cuenta de que algo pasaba. Él tenía manchas pardas en la piel y bolsas enrojecidas bajo los ojos, cuyas conjuntivas eran excesivamente rosadas. Comparadas con las mías, sus muñecas parecían blancas y escamosas. Era, naturalmente, albino. Pero imaginaba, de algún nebuloso modo, que pertenecía a Europa, a Roma, aunque no supiera dónde estaba Roma.

—Está enfermo—dijo Ying—. No tiene bien los ojos.

Al despedirnos, sintiéndome culpable, le ofrecí dinero, justificándolo como un regalo para que se comprara medicinas. Incluso este hombre sumido en la miseria tuvo el decoro de vacilar un momento antes de aceptar una pequeña suma equivalente a sus ingresos de muchos meses y la cara se le iluminó con una sonrisa conmovedora.



La nieve ha caído durante la noche. Blanquea los campos y se derrite en las calles de Yongchang. Cuando me marchó, las montañas nevadas se confunden al oeste con el cielo. El minibús atraviesa pequeñas poblaciones rodeadas de manzanos en flor y prados donde antaño pacieron los caballos imperiales, decenas de miles de ellos. Pronto, al este, aparece a lo lejos la línea discontinua de la Gran Muralla. Al principio, solo son tramos y cubos aislados, perfilados contra la nieve como una oscura hilera de vagones de tren desenganchados. Junto a ellos, fuertes en ruinas han dejado un espectral dibujo geométrico. Más adelante, las almenas, coronadas por torres de vigilancia, trazan una línea casi continua en el llano, con el adarve aún practicable por detrás de ellas.

A unos ciento cincuenta kilómetros de Yongchang, en la ciudad de Zhangye,

la legendaria cuna de Kublai Jan, un templo construido hace novecientos años alberga al Buda yacente más grande de China. Dormita en su penumbra sin que apenas lo visiten, con los ojos abiertos, tendido a lo largo de más de treinta metros. Su sonrisa tiene la estatura de un hombre. No es este un sueño mortal, sino el paso al nirvana. De hecho, se está muriendo. Afuera, una lluvia glacial repica en las campanas de una pagoda. El brazo de arcilla en el que apoya la cabeza se está disgregando.

Cuando salgo, cae aguanieve. Bajo los aleros del templo, los colores se están desprendiendo de puertas, pilares y celosías. Más allá, en un museo del templo, me encuentro con los rollos de seis mil escrituras budistas, legados al templo en 1411 por el emperador Ming, junto con moldes de piedra grabados para su impresión.

Me quedo mirándolos, al principio, sin ninguna noción del tiempo. Por la puerta entran ráfagas de aguanieve. Ocupan vitrinas bajas de cristal: los delicados rollos que se abren de derecha a izquierda, los moldes negros de piedra. Luego, con un sobresalto, caigo en la cuenta de que, en siglos chinos, son recientes. El arte de la imprenta se inventó hace más de mil doscientos años, bajo el reinado de la dinastía Tang, y los tipos movibles quizá tres siglos después.

Este arte, parece, se difundió vacilantemente hacia el oeste por la Ruta de la Seda, llegando a Europa a través de Persia y la Rusia mongola, precedido por el papel moneda y los naipes chinos. En algún momento del siglo XIV, se estaban imprimiendo en Alemania las primeras toscas estampas religiosas, con tinta casi idéntica a la que se utilizaba en China. Vuelvo a mirar las vitrinas, maravillado. En la época en que se estaban imprimiendo estos textos, siguiendo una rutina que tenía siglos de antigüedad, Gutenberg, el padre de la imprenta occidental, aún era un niño en Mainz.

El filósofo del siglo XVII Francis Bacon citaba tres inventos que habían transformado su mundo contemporáneo: la imprenta, la pólvora y la brújula magnética. Naturalmente, los tres se habían concebido en China, donde al principio se utilizaron con fines pacíficos. La pólvora creó fuegos de artificio, no guerras. La brújula aún no se utilizaba para la navegación ni para la conquista, sino como un juguete infantil y para la localización de tumbas. Y la

imprensa no trajo consigo un futuro revolucionario, sino que sacralizó y fortaleció el pasado, duplicando laboriosos comentarios sobre clásicos confucianos, tediosas crónicas dinásticas y la totalidad de las obras sagradas budistas en 5.048 volúmenes de 130.000 tablillas.



A unos sesenta kilómetros al sur de Zhangye, me pasé horas caminando por una carretera de montaña de camino a los templos de Matisi antes de ver el débil brillo de unos faros de furgoneta atravesando la cortina de nieve. Su conductor me dijo a gritos que la carretera estaba cortada más adelante; el pánico desencadenado por el virus de la neumonía atípica lo estaba paralizando todo. De todas formas, dijo, él podría pasarme.

Cruzamos un control policial sin que nos hicieran ninguna pregunta. Luego, cuando dejó de nevar y salió un débil sol, nos internamos en una belleza alpina de oscuros árboles perennes al pie de los montes Qilian. En el pueblo que había bajo los templos, nada se movía. Alguien había construido una hilera de refugios de madera, para peregrinos o montañeros, pero estaban desiertos. En una ladera, un granjero solitario araba un campo con un yak.

—Ahora, este sitio es pobre. Puede que los templos estén acabados. —El conductor parecía inseguro—. Hace años que no vengo aquí. —Gwelin era un hombre joven, dedicado al transporte. Tenía el pelo lacio y la mirada inquieta. Dijo, con una cierta extrañeza—: Mi tío me trajo aquí una vez. Me hice budista por él.

Nadie se cruzó con nosotros mientras ascendíamos por el trillado sendero que conducía al farallón de roca. La única descripción que yo había leído la habían escrito hacía setenta años dos robustas misioneras. En una colmena de templos excavados en la roca habían encontrado tallas aún intactas, custodiadas por una orgullosa comunidad de lamas, y una valiosa colección secreta de ropajes de seda bordados y tocados—regalos imperiales—que formaban parte del atrezzo para las obras de teatro sacro budistas.

Delante de nosotros, la pared de arenisca rojiza se erigía hasta una altura de sesenta metros. Apiñadas en su superficie, ventanas situadas a distintos niveles revelaban que todo el farallón estaba acribillado de escaleras y cámaras. En algunos puntos, había cortos balcones cuyas blancuzcas tablas parecían un avispero; detrás, pinturas murales brillaban en la oscuridad, y a veces, la estatua de un Buda desaparecido había dejado su halo en la roca como un huérfano círculo de verde.

Un monje diminuto con cara de pocos amigos vivía aquí solo. Los templos estaban cerrados, dijo, y llevaban así mucho tiempo. Pero oímos un tintineo de llaves entre sus ropas. Gwelin y yo miramos con impotencia por las entradas enrejadas de los templos inferiores, donde Budas restaurados bendecían la penumbra con sus manos doradas. Nos agachamos para subir por escaleras excavadas en la roca y cruzamos puentes colgantes. El monje nos siguió los pasos, abrió unas cuantas puertas, se negó a abrir otras. Había venido aquí en 1958, dijo, cuando había muchos lamas, pero incluso antes de aquello las estatuas y las pinturas habían sido mutiladas por vándalos locales. Y luego vino la Revolución Cultural.

En el templo más alto, un Gautama dorado de siete metros y medio de altura nos fulminó con la mirada, reconstruido, vacío. En las pinturas murales que lo rodeaban, los guardias rojos habían llenado de pintadas las imágenes repetidas de mil Budas en miniatura, tachando cada una con una cruz, como si fueran una ecuación matemática sin resolver. Aquí, en alguna parte, quizá hubieran sobrevivido fragmentos de figuras de dinastías anteriores, pero yo no sabía identificarlas. Se había levantado un viento mordiente y el monje no nos dejaba en paz. Empecé a imaginar que todas las capillas sin descubrir, todas las escaleras sin subir, ocultaban algo importante, hermoso. Recordé la colección secreta de sedas que las misioneras habían visto en una gruta secreta.

—Ya no está—dijo el monje, y se alejó de mí.

Más abajo, donde el río Mati fluía lentamente entre los campos, un monasterio de madera custodiaba otras grutas. Figuras de piedra se erigían en sus paredes, repintadas. Sus cabezas, cortadas en la Revolución Cultural, volvían a reposar precariamente sobre sus torsos. Tenían expresiones de

extraño dolor, o vacuas. Gwelin se postró ante cada figura con el fervor de un converso, mientras un grupo de monjes se acercaba a observarnos con curiosidad.

Cerca de aquí, como si las hubiera esculpido la erosión del agua, las orillas de un río seco estaban flanqueadas por pequeños stupas y bajoalieves; y aquí, en este país aparentemente vacío, en los huecos de las esculturas limadas por el viento, los granjeros habían dejado sus votos al pasar: algunas figurillas doradas del dios de la longevidad, todas rotas, una efigie de Guanyin envuelta en algodón, un montoncito de judías hervidas. Me inspiraron una cierta ternura. Estas ofrendas no eran de lamas, sino de campesinos; un hombre que esperaba vivir más, una mujer que ansiaba un hijo.

Gwelin me llevó a su casa, situada en un pueblo cuyos habitantes eran cada vez menos. Me resultó tristemente familiar: el árido patio y la hilera de austeras habitaciones de techo bajo, el *kang* y el escaso y endeble mobiliario donde me pidió que me sentara bajo un cartel de unos jardines chinos que la familia nunca vería.

Ellos se reunieron tímidamente a nuestro alrededor: su madre y abuela, como dos gotas de agua, yendo y viniendo con comida sin decir nada, su despierta hermana y el gigante de su hermano. Sus sonrisas eran destellos intermitentes y sus risas ráfagas que soplaban y cesaban. El padre, vestido con una deshilachada chaqueta azul y una gorra maoísta, me rehuía la mirada, pero me estrechó flojamente la mano para saludarme y volvió luego a ocuparse de la cocina. Estaba desempleado, dijo Gwelin, y avergonzado.

—¿Por qué está desempleado?—le pregunté en voz baja.

—Porque es demasiado inculto.

Por alguna razón, su padre no había aprovechado las libertades de la agricultura privada. Puede que la parcela de su familia se hubiera vendido de una forma imprudente: yo no podía preguntarlo. Metódicamente, en silencio, mientras el resto empezábamos a conversar, él continuó cortando patatas y amasando fideos, como si esto fuera todo para lo que ahora sirviera.

—Aquí todo está atrasado—dijo Gwelin—. Es mejor hacer trabajitos que

dedicarse a la agricultura. La tierra no es suficiente. Trabajar en los campos es demasiado duro. Mire a mi padre.

Comimos patatas y pan casero, y sopa de fideos servida tan caliente que yo ni siquiera pude probarla; pero todos los demás se pusieron a comer con apetito. Las comidas, en aquel país amenazado por la hambruna, transcurrían en silencio a excepción de groseros sorbidos y eructos mientras los cuencos se llevaban ávidamente a los labios y los palillos se ponían a trabajar.

Luego, el ritual terminó, y mientras retomábamos la conversación, reparé en que estaba siendo testigo de una honda división generacional. Las personas mayores—los padres, la abuela—eran víctimas del cambio de China, dejadas súbita y amargamente atrás. Supervivientes de décadas de horror y locura políticos, ni siquiera sus recuerdos se transmitían.

—Nunca hablan de su pasado—dijo Gwelin, y también esto me resultó familiar. Ahora, todos estos pueblos remotos (podían ser centenares de miles) languidecían a la sombra del milagro económico del país. Sus padres siempre habían sido campesinos, dijo Gwelin, y sus pensiones ya no bastaban para mantenerlos.

Pero todos sus hijos se habían labrado un porvenir, aún precario, en el nuevo mundo. Gwelin había comprado su destartada furgoneta de segunda mano y trabajaba como transportista por cuenta propia. Su hermana enseñaba canto en la escuela local—no himnos revolucionarios, dijo riéndose, sino canciones tradicionales, que los niños cantaban con fervor. Tenía un rostro perfecto en forma de corazón, límpido y bonito. Me preguntó si en Inglaterra los niños cantaban.

Pero su hermano era un gigante aletargado con un metro y noventa dos centímetros de estatura, calculé. Cómo habían engendrado sus frágiles padres a un hombre así era inimaginable. Tenía un rostro infantil y el pelo rizado. Jugaba en el equipo de baloncesto de Zhangye—ese era su trabajo, dijo, aunque pagaban fatal—. No despegó nunca los ojos de mí; se limitó a mirarme con los párpados pesados y una sonrisa aturdida. Era como si el Buda dormido de Zhangye se hubiera puesto de pie, llevando un chándal.

Durante toda nuestra conversación, madre y abuela fueron rellenándonos las tazas de té flojo y parecieron intercambiables, esbozando unas sonrisas tan

tímidas y hastiadas que me entraron ganas de abrazarlas. Pero el padre siguió encerrado en su desesperanzado silencio, con los zapatos abiertos por las punteras, las manos entrelazadas entre las rodillas. Apenas despegó los ojos del suelo de ladrillo. Yo intenté hablar con él, cayendo en lugares comunes que en realidad decían: su mujer es buena, ha criado usted a tres hijos prometedores, tiene un hogar, ánimo. Pero él solo me respondió con rápidas miradas acuosas, como si yo estuviera a una distancia insalvable de él. A sus sesenta años, parecía que sobrara desde hacía ya tiempo. La misma China se le estaba escurriendo de las manos.



Cuando el tren tomó rumbo al oeste en dirección a Jiayuguan, acercándose lentamente a la entrada del corredor de Gansu, las cumbres nevadas de los montes Qilian, que llevaban horas flotando inconexas en el cielo, comenzaron a aproximarse. Las laderas más cercanas estaban trenzadas por cursos secos de agua, bordeados por ralos matorrales. Luego, picos duros y glaciales se materializaron en la bruma. A lo largo de más de ciento cincuenta kilómetros se alzaron imponentes sobre nosotros antes de que alcanzáramos sus estribaciones de color hollín, mientras, hacia el nordeste, bajas cadenas de montañas violetas se fundían con el cielo de camino a Mongolia.

No obstante, incluso aquel desierto estaba siendo alterado. A veces, una grúa sobresalía de la arena, o un camión atravesaba el vacío. Se estaban construyendo canalizaciones, excavando zanjas de drenaje. La línea cambiante que a mí me había parecido bruma resultó provenir de una fábrica de hormigón situada bajo las montañas. Aquí, la más leve intrusión—una gravera, una pista—dejaba sus cicatrices y manchas para siempre. Ningún viento las cubría de arena, ninguna planta las devoraba.

En mi vagón de tercera clase, que hedía a humo y orina, la mitad de los pasajeros llevaban mascarillas contra la neumonía atípica. Solo, extranjero, percibía sus miradas penetrantes clavadas en mí, como si un inmenso equipo

de cirujanos se estuviera planteando qué hacer conmigo. No sabía si sus bocas tapadas estaban sonriendo o torciéndose en una mueca de desdén. Despeinados, vestidos con oscuros pantalones militares y gorros campesinos, estos hombres iban sentados sobre pasillos repletos de escupitajos y tapones de botella. Por encima de ellos, había hileras de bolsas de redecilla y paños de cocina colgando de las perchas y las rejillas para el equipaje crujían bajo el peso de sus mercancías. A veces, se quitaban la mascarilla para escupir y hacer afables bromas o para tomarse unas pastas y beber té embotellado.

Y poco a poco, empezaron a hacerme preguntas. ¿Por qué estaba aquí? ¿Cuánto ganaba? ¿Dónde estaba mi unidad de trabajo? E inesperadamente, un muchacho impaciente: ¿Por qué había Inglaterra luchado contra Iraq? Yo les respondí con inseguridad, a veces en tono de disculpa. La anciana que iba sentada a mi lado dejó una bolsa de manzanas en mi regazo y se quedó dormida.

Hicimos una parada en Jiuquan, donde se dice que creció el primer ruibarbo, y durante un rato no logré acordarme de por qué me turbaba el nombre de la ciudad. Luego recordé la historia de Bento de Goes, el misionero jesuita—se pasó cinco años viajando entre India y Beijing—, quien, después de que le estafaran todo su dinero, murió aquí en 1607 en la más absoluta miseria. Sus restos mortales yacen en alguna parte bajo los trigales y las destartaladas fábricas. Incluso ahora, es la clase de muerte, no por enfermedad, sino por inhumanidad, que hiela la sangre al viajero.

Cuando volvimos a ponernos en camino, una joven sacó una bandeja de su equipaje y empezó a vender chicles por el vagón. Un minuto después, la policía ferroviaria la había descubierto. Ella les suplicó en un tono agudo y cantarín, pero los agentes se la llevaron y no volvimos a verla. Al cabo de media hora, después de atravesar un desierto cubierto por lustrosas piedras grises, el viejo puesto fronterizo de Jiayuguan apareció mientras la noche empezaba a caer.

Desde mi hotel vacío, repleto de pancartas anunciando que lo habían fumigado contra la neumonía atípica, partí en bicicleta al filo del alba hacia «El primer

paso bajo el cielo». Aquí, en 1372, los Ming construyeron una fortaleza en el enclave que, desde hacía casi un milenio, señalaba el final de la Gran Muralla y de la China ancestral. Ahora, los kilómetros de tierras antaño vacías estaban plagados de fábricas y la fortaleza colindaba con un árido parque y un lago artificial.

Pero sus murallas aún esculpían una dura geometría por encima del desierto. A la luz del alba, sus paredes inclinadas y sus sólidas almenas brillaban con una pálida tonalidad beige. Sus entradas eran túneles abovedados donde oí el eco de mis pasos. Pero, sobre cada puerta, se erigía una torre en forma de pagoda, como un juguete olvidado, con columnas escarlatas y tejados ladeados en cada uno de sus pisos.

Luego, sentí el peso y la masa de la fortaleza interior cerniéndose sobre mí. Sus puertas estaban abiertas de par en par, pero no se veía a nadie, ni se oía nada. El virus de la neumonía atípica había paralizado el turismo. En las vigas de las torretas que se alzaban sobre la entrada había pintadas escenas de paz rural, pero por debajo de ellas la fortaleza se tornaba crudamente funcional. En las verticales murallas en forma de zigzag que defendían el patio de armas por todos los costados, los asaltantes morían al caer desde una altura de doce metros. Anchas rampas ascendían a parapetos que se convertían en carreteras por donde la caballería podía marchar en columnas de cinco jinetes. Los túneles de entrada tenían treinta y cinco metros de longitud.

Vagué por los parapetos en el silencio del desierto. Al norte se alzaban las atormentadas Montañas Negras; al sur, el macizo de los montes Qilian flotaba como un campo de hielo sideral; mientras, entre ellos, la Gran Muralla daba sus últimos coletazos, rota, tras su trayecto de más de tres mil doscientos kilómetros desde el Pacífico. Atravesaba la llanura en tramos discontinuos de tierra apisonada y ganaba altura para discurrir junto a las murallas en cuya cima yo me encontraba ahora antes de alejarse tortuosamente hacia el sur para cerrar el paso bajo las nieves montañosas.

Pero a norte y oeste, el desierto se extendía como un tremendo vacío de color leonado. Una cremosa bruma lo fundía con el cielo. Aquella era la remota región bárbara que ocupó la imaginación china durante siglos de guerra crónica. La historia antigua se prodiga en batallas libradas contra el cambiante

mar de nómadas, como si el enemigo fuera algún destino elemental, y la poesía de la época abunda en lamentos de princesas esposadas con caudillos hunos como precio por instaurar la paz. Las fronteras están eternamente sembradas de huesos blanqueados, mientras, en su patria, las mujeres se asoman a torres de vigilancia entre las golondrinas que se han quedado rezagadas, oteando el horizonte con la esperanza de ver a sus hombres regresar.

La puerta oeste de Jiayuguan, la Puerta de los Dolores, conduce a este desierto. Esta era la «boca» de China. Estar «dentro de la boca» era pertenecer a la civilización. Ser expulsado era vagar en un limbo de desesperanza. En su túnel, las losas están desgastadas por los pies de los desterrados. Su rampa asciende hacia el cielo vacío y hacia el desierto vacío. La gente salía a un mundo de horror. Allí sería enterrada en tumbas olvidadas, entre demonios que no hallaban reposo, y los budistas estaban condenados a reencarnarse eternamente en bárbaros. Aparte de los vellosos nómadas que bebían leche, había también criaturas fantásticas: homínidos con tres cuerpos y ojos en el pecho, leopardos con cabeza humana y cuadrúpedos que aullaban como perros.

Incluso en el siglo XX, dignatarios deshonrados grabaron en las paredes del túnel sus versos de despedida al cambiar sus sillas de manos por carretas o camellos. Y con ellos, aún en la última dinastía, presos comunes tatuados en la frente con caracteres negros partían hacia el oeste llevándose a toda su familia, sin esperanza de regresar.

Como auténtico baluarte, la Gran Muralla no tenía sentido. Hunos, mongoles y manchúes la atravesaron casi a voluntad. El sinólogo Owen Lattimore propuso que fue construida para no dejar salir a los chinos más que para no dejar entrar a los nómadas. Quizá, inconscientemente, no era tanto una defensa física cuanto una monstruosa delimitación. Separaba la civilización de la barbarie, la luz de la oscuridad. Era un acto de convulsa negación: los de fuera no son como nosotros. Y hundía sus raíces en el miedo. Había hombres enterrados a lo largo de toda su longitud para ahuyentar a los furibundos espíritus del desierto. De igual forma que los rusos enviaban a sus condenados a Siberia,

los chinos arrojaban fuera de la Muralla la basura del Imperio Celeste: los disidentes, los delincuentes, incluso los imprudentes. Y con ello se purificaban.

De este modo, el desierto en el que Laozi se internó a lomos de su búfalo negro se instaló en el inconsciente chino como símbolo de la mortalidad. Los chinos creían que sus dioses habitaban en ciudades amuralladas como ellos, y en palacios amurallados. En sus confines, el dios de las murallas y los fosos era el dios de la muerte. Susurraba a las personas cuándo debían pasar al otro lado.

Pero, aunque el miedo perduró, la frontera no fue a menudo una limitación. En épocas de expansión imperial, los chinos se extendieron mucho más allá de sus confines. La cadena discontinua de una muralla construida por la dinastía Han aún discurre a lo largo de casi quinientos kilómetros al oeste de la Gran Muralla. En esa época, los presos exiliados se convirtieron en esclavos agrícolas o trabajaron en minas imperiales situadas al otro lado de la Gran Muralla y dignatarios destituidos aceptaron cargos en lugares remotos para rehabilitarse. En otros siglos, cuando China comenzó a declinar, el temido desierto rebasó los confines de su Gran Muralla no para destruirla sino para renovarla. Al igual que la figura parcialmente mística del emperador Amarillo, sus grandes dinastías unificadoras—los Qin fundadores, los Sui, los Tang, los Yuan—, no fueron chinas en sus orígenes, sino que llegaron envueltas en nubes de polvo desde el norte y el oeste bárbaros.

Aquí en Jiayuguan, donde terminaba la Gran Muralla, el legendario aislamiento de China se hacía pedazos. El desierto encerraba una promesa compensatoria. Más allá de las grandes distancias plagadas de enemigos había, en alguna parte, un paraíso de montañas donde la reina madre de Occidente presidía un jardín de inmortales; y cuando las primeras caravanas partieron con sus rollos de seda e hilo, empezaron a regresar mercaderes con mercancías cuyos orígenes eran desconocidos. Durante siglos, China y Occidente continuaron sin saber nada el uno del otro. De igual forma que los romanos, familiarizados con el algodón, imaginaban que la seda crecía en los

árboles, los chinos, basándose en el gusano de seda, dedujeron que el algodón debía de provenir de un animal e inventaron el «cordero vegetal», una criatura que brotaba del suelo, donde pacía secretamente por la noche, y alumbraba corderos cubiertos por una pelusa de algodón. Para los romanos, los remotos chinos eran un pueblo amable y dichoso, y al mismo tiempo, vagos al principio, corrían rumores en China de la existencia de una poderosa monarquía electiva más allá de Persia cuyos ciudadanos eran honrados y vivían en paz.

La Gran Muralla no era ya una frontera. China se extendía a lo largo de más de mil quinientos kilómetros más allá de sus confines. Cuando mi autobús partió hacia el oeste y Jiayuguan se hundió en el desierto, sentí una estimulante curiosidad. Nos estábamos dirigiendo a parajes más duros, menos previsibles. A veces, el desierto se suavizaba para dar paso a un paisaje de dunas intactas. Más a menudo, se rizaba como un mar embravecido, tapizado de guijarros o salpicado de espinas de camello, cuyos millones de ramitas se erigían cada una en su propio islote de arena.

Yo viajaba apretujado entre tenderos de pueblos de los oasis y me enfrasqué en un debate sobre los precios de las cosas—yo rara vez podía recordarlos—, lo cual debió de ser el eterno tema de conversación de la Ruta de la Seda. Por eso, tardé mucho en darme cuenta de que el cielo se estaba oscureciendo. Pero afuera, el aire se había impregnado de arena y no se veía a más de cien metros del autobús. Parecía que estuviera atardeciendo prematuramente. No obstante, no había viento. Durante las siete horas siguientes, las siluetas en ruinas de torres de vigilancia de la dinastía Han se fueron sucediendo y pasamos por el enclave que había ocupado la Puerta del Jade. En una ocasión, emergió de la penumbra una ciudad del siglo XVII congestionada de arena, abandonada. Y en otra, hicieron parar a nuestro autobús en un lugar donde funcionarios locales, alertados sobre el virus de la neumonía atípica, habían instalado sus escritorios en garajes en desuso. Todo el mundo bajó para que le pusieran un termómetro en la axila y rellenar impresos sobre dónde se dirigía y de dónde venía, mientras figuras vestidas de

blanco se materializaban en el aire ennegrecido de arena para fumigar el autobús. Ahora, los pasajeros se habían puesto mascarillas, no solo para protegerse de la epidemia, imaginé, sino de la arena que impregnaba el aire y del vacío mismo que nos envolvía. Estuvimos mucho tiempo esperando, enfundados en nuestros abrigo, junto a la carretera. Por el asfalto lleno de baches—donde la carretera del mundo había estado transitada en otro tiempo por caravanas de mil camellos—vimos pasar de vez en cuando los faros de un camión solitario.

Dos horas después, bajo un cielo que se estaba aclarando, el oasis de Dunhuang se perfiló en la arena como una calina verde. Su ciudad parecía pequeña y perdida. Su sangre vital eran los viajeros, y los viajeros habían desaparecido. En el vestíbulo vacío de mi hotel, múltiples carteles prevenían contra los síntomas de la neumonía atípica: tos seca, malestar, dolor de cabeza, fatiga muscular. Pero todos eran achaques que acompañaban rutinariamente a quienes viajaban por China. Esa noche, estuve cenando solo en un restaurante, acompañado únicamente por una muchacha menuda con una guitarra descomunal, que me tocó canciones de bienvenida con una voz chillona y anodina y parecía a punto de echarse a llorar.

Un esbelto río que fluye desde las colinas a ningún lugar es el autor del milagro. Uno sale de Dunhuang por una árida llanura donde solo hay tumbas. Las colinas dibujan desolados pliegues en el cielo blanquecino. Más adelante, al cabo de unos quince kilómetros, el río de Dunhuang resurge bajo un arco de farallones de treinta metros de altura en cuya base se ha acumulado arena traída por el viento. Álamos y sauces pueblan el lecho del río y las entradas de las grutas budistas—de hasta tres y cuatro pisos—oscurecen la pared de roca a lo largo de más de mil quinientos metros. Hay casi quinientas. Desde que, en el siglo IV, un monje que vagaba por estas montañas tuvo una visión de Budas que brillaban en estos farallones, comunidades monásticas habían horadado la blanda piedra y pintado sus entrañas con su fe.

Incluso entonces el oasis era un punto cardinal para los mercaderes. Aquí, la Ruta de la Seda se bifurcaba en su avance hacia el oeste, bordeando el

terrible desierto de Takla Makan por el norte y por el sur a lo largo de casi dos mil quinientos kilómetros de pistas en dirección a las montañas del Pamir. Tomaran la ruta que tomaran, los mercaderes convergían en Dunhuang para hacer acopio de provisiones, contratar guías, comprar camellos. Desde la ruta del sur, los peregrinos podían alejarse del desierto de Takla Makan para pasar a India por el Karakorum y otra ruta cruzaba Dunhuang en dirección norte-sur, uniendo Siberia con Tibet. De todos los tramos de la Ruta de la Seda, el desierto de Takla Makan era el más temido y en estas grutas sacras los viajeros rogaban a los monjes que rezaran por su alma o les ofrecían regalos a su regreso en señal de agradecimiento.

Ahora, el lugar estaba casi vacío. Los farallones tenían partes reforzadas con piedra toscamente enlucida y estaban recorridos por pasarelas. Un guía me llevó a visitarlos solo. La erosión había derrumbado las antecámaras de muchos templos y nosotros entramos en sus santuarios directamente desde el exterior, salvando quince siglos en un solo paso. Las figuras pintadas que atestaban las paredes tenían el brillo de los minerales en polvo con que fueron creadas—verde malaquita, ocre, lapislázuli—, mientras que, por encima de ellas, los brillantes techos encofrados descendían radialmente, como si lo hicieran desde el vértice de una gigantesca tienda de campaña. Las influencias de China, India, Asia Central, incluso Persia, competían y se entremezclaban. Solo un pigmento rojo, a menudo utilizado para el color de la piel, se había oxidado a negro, convirtiendo a los bodhisattvas indios desnudos en terrenales participantes de una danza macabra que meneaban la cintura calcinada y el pecho ennegrecido bajo sus pestañas y coronas blancas. A veces, las encarnaciones de Buda tenían como fondo escenas de carácter cotidiano y doméstico: un granjero metiendo a su caballo en el establo, una mujer maquillándose, algunos gallos peleándose en un tejado. Otras paredes, no obstante, estaban cubiertas por centenares de Budas en miniatura. Y a veces, los donantes de la capilla desfilaban por los niveles inferiores, humildes en las grutas más antiguas, pero luciendo más tarde sedas y joyas de la época Tang, con vestidos de talle alto y tiaras de fénix con perlas colgantes, seguidos por todo su séquito.

No obstante, otras grutas estaban todavía habitadas por sus estatuas. En

una antecámara que aún seguía en pie, los seis demonios con la estatura de dos hombres que custodiaban la entrada gritaban y amenazaban, mientras, detrás de ellos, los Budas del presente, el pasado y el futuro se erigían más inmensos todavía. Pero estaban peligrosamente modelados en arcilla, con motivos persas de jinetes y flores pintados aún en sus petos.

El tamaño comunicaba por sí solo una mística contundente. Dos colosales Budas sedentes, de veinticuatro y treinta y seis metros de altura, habían sido modelados en la pared de un santuario y solo se podían contemplar a trozos, desde varios niveles de grutas excavadas en ellos. Sus holgados ropajes caían sin sentido desde la oscuridad. Desde un nivel, vislumbré un par de pies de seis metros cada uno, y unos cuantos dedos de una mano, semejantes a troncos, asiendo una rodilla; desde otro, vi los orificios nasales y el rojo labio superior perfilados en la oscuridad; desde otro, ojos que eran hendiduras en la roca.

Entonces, justo cuando pensaba que esta arcilla era un medio demasiado tosco, entré en un templo de misteriosa belleza. En su estrado, Amithaba, el Buda de la luz infinita, presidía un semicírculo de bodhisattvas y discípulos cuyos escultores habían logrado una hechizante tensión entre naturalismo y espiritualidad. Buda, con bigote y una barba rala, miraba desde su almendra doble como un caudillo benevolente. A su alrededor, las ligeras papadas y altos peinados de sus discípulos sugerían una decadencia cortesana. Pero la palidez sobrenatural y la delicadeza de sus rostros, vueltos uno hacia otro con los ojos entornados, los dotaba de una majestad distante y reservada y sus manos estaban alzadas, rezando con fervor, con lo cual yo me sentí como si me hubiera entrometido en una ceremonia privada.

Pero en China el budismo tenía los brazos abiertos para todos. Aquí, el austero viaje hacia la perfección de su fundador se disgregaba en nubes de mitos y dioses menores y a menudo quedaba englobado en la cosmología popular. En varios templos, los techos estaban repletos de ángeles hindúes y flores de loto, mientras entre ellos volaban dragones de nueve cabezas y todo el panteón taoísta: espectros y caballos alados, pájaros de cabeza humana e inmortales voladores. En lo alto, la reina madre de Occidente, montada en su trineo de aves fénix, atravesaba una lluvia de flores y cada escena—como si

se vislumbrara en sueños—estaba esbozada con guiones y curvas discretos, como un código Morse celestial. Así pues, el otro mundo no era estable en absoluto, sino un torbellino cósmico donde lo animal y lo humano, lo terrenal y lo divino, estaban irremisiblemente entremezclados y las fronteras entre las religiones se difuminaban. ¿Era el palacio pintado en la gruta 249 la fortaleza hindú de Indra o la mansión del emperador Amarillo? Nadie podía estar seguro.

Bajo su corto pelo de erizo, algo canoso, el rostro de Jiahuang está abstraído y melancólico. La mayoría de las veces, esta incipiente tristeza no llega a expresarse; pero otras, mientras estamos sentados a la mesa de un restaurante, él alude a confusas obligaciones y frustraciones. Es extraño, porque en Dunhuang acaba de concluir la financiación de un complejo de santuarios artificiales que recrean minuciosamente diez de los auténticos y ofrecen a los visitantes la tranquilidad de la luz y el tiempo. Lleva dedicado a esto diez años.

—Estoy siguiendo el ejemplo de mi padre.

Su padre había sido un artista exiliado en París, y rico; había conocido a Braque y a Picasso. Pero en 1935 había regresado a China fascinado por un libro sobre los templos de Dunhuang que había llegado casualmente a sus manos. En los caóticos años previos a la independencia, se convirtió en protector y cronista de los santuarios y aquí aún se lo veneraba.

Jiahuang me enseña diapositivas en un pequeño visor. Me lo acerca por la mesa entre los cuencos de fideos y yo veo a su padre, un anciano con gafas trabajando en la excavación de un templo. Pienso en la frecuencia con que los padres dominan el pensamiento chino, incluso entre las personas de mediana edad. Los ancianos parecen tener un halo de santidad. Y los difuntos son más santos todavía. Jiahuang había crecido en la casa rodeada de árboles que ahora albergaba un museo en honor de su padre.

—Pero yo odiaba Dunhuang cuando era pequeño. Mis padres no estaban nunca conmigo; siempre estaban trabajando en las grutas. Dunhuang me los robó. Mi padre siempre quería que yo siguiera su obra. Pero yo me fui a Japón

y estudié pintura y budismo allí...—Vuelve a pasarme el visor y sus pinturas aparecen brevemente en la pantalla: paisajes en estilos europeos poco originales.

—Al final, comprendí a mi padre.—Sonríe sin alegría—. Hace veinte años, cuando él yacía en su lecho de muerte, le dije: «Regresaré a Dunhuang». Y de pronto, aunque el médico dijo que estaba inconsciente, los ojos se le inundaron de lágrimas.

De todas las escenas que atestaban las paredes de las grutas, las más exquisitas e intrincadas eran las del paraíso. Este no era el nirvana ganado a pulso de Buda, sino el solaz de las personas sencillas en tiempos crueles; la Tierra Pura de Amithaba, para cuyo acceso solo hacía falta invocar su nombre. Por la superficie de un espacio enorme, mi linterna fue despertando un palacio flotante tras otro. En el paraíso de los sutras budistas, los árboles de joyas proclaman la ley, en el cielo ondean estandartes y suena música y llueven flores. Pero en las paredes de la gruta, la estructurada mentalidad china había convertido este pródigo más allá en un jardín de templos y pabellones escalonados, como los que antaño habían ocupado las terrazas de Changan. En la verde superficie de un lago, hasta cuyas aguas descendían las escaleras de los templos que lo circundaban, las almas de los renacidos flotaban como bebés desnudos envueltas en capullos de loto. Había altares con perlas de fuego suspendidos por encima de las aguas y vientos celestiales soplaban desde las alturas. Por encima de este próspero mundo, se encumbraba en su trono de loto Amithaba, el dios de azules cabellos, mientras sus bodhisattvas lo rodeaban como los elegantes sirvientes de un emperador Tang. Por todas partes, había vida y refinamiento. A veces, los ángeles subían y bajaban ociosamente por las escaleras, o charlaban amigablemente en pabellones lejanos, con los nimbos próximos entre sí. Y en una ocasión los vislumbré asomados a un balcón, liberando palomas blancas.

Y el paraíso recordaba placeres de antaño. A poca distancia de la superficie del lago repleto de almas, los músicos acompañaban a una bailarina. Eran chinos, por supuesto, voluptuosamente serenos, pero sus

instrumentos eran los propios de Asia Central y la artista que giraba sobre mí misma tenía rasgos occidentales. En algunos tramos, como las deidades que había por encima de ellos, los músicos se difuminaban en el estuco donde la capa de pintura al temple se había desprendido parcialmente. Luego, la orquesta comenzaba a disgregarse y yo solo pude vislumbrar la curva de un arpa en el yeso descolorido, o una flauta tocada por unos labios invisibles.

A medida que transcurría el siglo de los Tang, esta Tierra Pura se tornó cada vez más elaborada: un espacio vital infinito para las almas. Por encima de Amithaba, mi atención se centró en una laberíntica tarta de tejados ocres y verdes y volvió luego a dispersarse donde los últimos pabellones ascendían al cielo y las nubes se los llevaban. En la silenciosa penumbra, donde el aburrido guía, quizá por temor a la neumonía atípica, se quedaba siempre a varios pasos de mí, examiné a los donantes pintados—humildes o vanidosos—que desfilaban por los niveles inferiores. Habían, quizá, interpretado literalmente el esplendor de lo que habían financiado, imaginado que habían creado su propio destino.

Luego, mis ojos se posaron en el lago. A veces, sus bebés estaban de pie en sus flores de loto, en posición orante, vestidos con discretos taparrabos. Más a menudo, eran minúsculos, casi fetales, demasiado pequeños para rezar siquiera, con los pétalos de su loto envolviéndolos todavía. En años posteriores, se dijo que las flores esparcidas por los lagos de Amithaba eran los espíritus de personas que aún poblaban la Tierra. Florecían o se marchitaban con las fortunas de sus dueños mortales.

Había en esto algo conmovedor incluso ahora: el alma como un niño. Me quedé mirándolos con curiosidad. Me hicieron pensar en las almas fajadas de los frescos bizantinos, donde reposan como niños en el regazo de Abraham y son entregadas a ángeles. Al débil haz de luz de mi linterna, florecían extrañamente en la superficie del agua. En todo el paraíso no había ningún humano adulto. No habían dejado de ser bebés o se habían convertido en dioses.

El haz de mi linterna se pasea por otras pinturas murales y enfoca a un mercader que lleva ropajes magentas y tira de una mula. Vuelvo a imaginar a mi mercader sogdiano. Ahora lo veo con más claridad. Tiene la mirada dura,

pero un gesto irónico en la boca, y en mi mente se separa de la pared de la gruta.

¿A qué viene esta fascinación por las religiones extranjeras? ¿Es porque has perdido la tuya?

Al principio, no sé qué responder. Es por el paso del tiempo. Cuando eres joven, te da igual. Me cuesta reflexionar sobre esto. Pero ahora hay demasiados muertos. Tus seres queridos se llevan una parte de ti, la persona que eras con ellos. Por eso, la Tierra Pura me parece hermosa en ese sentido, como si fuera un lugar que una vez tuvimos, pero habíamos perdido. Uno sabe que esto es absurdo, pero lo imagina con nostalgia, como algo recordado...

Él: ¡Nostalgia por mentiras! La Tierra Pura es una mentira. Me han dicho que no podemos escapar unos de otros, que al final seremos todos Uno y que esa es nuestra eternidad...

Yo: Yo no quiero vuestro Uno. Yo estoy en el siglo XXI, soy occidental. Quiero conservar el carácter de mi amada, el tono de su voz. Quiero volver a oír a mi padre.

Él [con amargura]: También yo añoro la voz alegre de mi amado. Murió de unas fiebres a doscientas parasangas de aquí, y yo no estaba. Un muchacho de Penjikent. Incluso me gustaría volver a ver a mi caballo, el de Fergana. Jamás hubo otro caballo como él... Pero estos son sueños corruptos. Cuando veamos la Gran Luz, ya no los querremos. Nos transformaremos. Así que olvida. Hay mercancías que comprar...

Yo: Nosotros decimos que olvidar es faltar a nuestra palabra con los muertos.

Él: Los muertos se han ido, idiota. Haz las paces con ellos.

¿Cómo puedes saberlo? Nosotros no lo sabemos. No puedes ni imaginarte nuestro siglo...

¿Así que renacerás en una flor de loto, no? ¿Y te sentarás entre los Budas? Yo preferiría comerciar en el infierno.

[Enfadado]: Tú vas a convertirte en polvo. [Más calmado:] Pero tú eres tan ignorante como yo. Y hay esperanza en la ignorancia. El misterio es la conciencia. Que yo imagine que estoy aquí ahora. Y que te imagine a ti, en

cierto modo.

En cierto modo. [Se impacienta.] Pero la vida no es así. Hay que vivir la vida como si fuera real. Cuando era joven, mi hermano y yo comerciábamos con sal entre Tibet y Hotan. Era un negocio rentable, pero los soldados tibetanos nos perseguían. Entre ellos había jinetes con armaduras que los envolvían como escamas, y sin cara. Mi hermano decía que no eran hombres, sino demonios, que estaban huecos por dentro. Entonces, un día, encontramos a uno caído. Cuando le quitamos el casco tenía cara, y habló.

¿Qué dijo?

Dijo: Estoy herido... No me hagáis daño...

Por fin, el guía me condujo, como a todos los viajeros, a la gruta 17, donde, súbitamente animado, me contó una historia de duplicidad y pillaje coloniales. En algún momento del año 1000, habían tapiado la cámara de una gruta y pintado sobre su entrada un desfile de bodhisattvas. Durante novecientos años, nadie se acordó de ella. Entonces, en 1900, cuando Dunhuang estaba prácticamente desierto, un terremoto abrió una grieta en la tapia de la cámara y su guardián, el abad Wang, después de asomarse estupefacto a su interior, la cerró con llave.

Siete años después, el arqueólogo anglo-húngaro Aurel Stein, que había estado estudiando restos de la Gran Muralla cerca de aquí, oyó rumores sobre la gruta y engatusó al tímido abad para que lo dejara entrar; y allí, a la luz de la lámpara de aceite del sacerdote, Stein vio, apilados contra una pared hasta una altura de casi tres metros, documentos en muy buen estado de conservación. Con extrema paciencia, y en secreto, cautivó al abad para que se los vendiera y partió por fin con veinte mil manuscritos y pinturas en seda cargados en camellos, incluyendo el primer libro impreso en el mundo. Fue seguido por una avalancha de otros aventureros como él que mi guía identificó con repugnancia: franceses, japoneses, rusos. Stein regresó y se llevó cinco cajones más, y el estadounidense Landgon Warner se llevó a Harvard dos de las eté-reas estatuas de la época Tang y extrajo incompetentemente algunas pinturas murales.

Ahora los bodhisattvas se desorientan en la pared vulnerada y la cámara está vacía. El abad Wang yace sepultado bajo un stupa cerca de la taquilla donde se compran las entradas.

No obstante, esta cámara oculta reveló un mundo multicultural cuya existencia apenas se sospechaba. Los píos manuscritos religiosos estaban protegidos por papel usado que a menudo resultó ser más informativo que ellos: inventarios, testamentos, escrituras legales, cartas privadas. Salieron a la luz baladas y poemas chinos. E intimidades. Había una oración para aliviar los dolores menstruales; incluso un discurso funerario por un burro muerto. Una carta extraída de un manual de buenos modales transmite la disculpa de un invitado ebrio por comportarse indecorosamente la noche anterior. Una monja cambia una vaca negra; otra lega un esclavo. Alguien escribe una imaginativa discusión entre el vino y el té. Y junto a los montones de oraciones chinas hay documentos en sánscrito, tibetano, uigur, sogdiano, jotanes y turco antiguo en una mezcla de escrituras: una carta en judeo-persa, un fragmento parto en escritura maniquea, un tratado tántrico turco en el alfabeto uigur, incluso reproducciones de las santas escrituras que el sacerdote nestoriano Aloban trajo a Changan. Las lenguas y las identidades se tornan tan movedizas como las arenas.

Las pinturas en seda de Dunhuang también han sobrevivido, mientras que sus equivalentes de la época Tang han desaparecido en China central. Como su manufactura causaba la muerte del gusano que la fabricaba, los budistas tenían una actitud ambivalente hacia la seda. Los monjes eran apartados del sacerdocio por vestirla, pero la seda se empleaba para cubrir los stupas, en cantidades que a veces ascendían a miles de rollos, y ondeaba como estandarte sobre las imágenes procesionales. La conservación de las pinturas en seda de Dunhuang parece a veces milagrosa. Hay incluso un santo nestoriano de ojos azules emergiendo de su brillo, con una cruz litúrgica en el nimbo y el pecho. En otra pintura, la diosa Guanyin, sin haber completado aún su cambio de sexo (conserva diminutos mechones de bigote y barba), guía a un alma humana al paraíso, su desnudez india cubierta desde hace tiempo con ostentosas sedas y perlas. Y el alma que la sigue también es ambigua: no un bebé, sino una adulta añorada, con un elaborado peinado pero envuelta

infantilmente en sus holgadas vestimentas y una vacía expresión de espera en el rostro.

5

La ruta del sur

Los desiertos de Lop y Takla Makan—los últimos flecos occidentales del desierto de Gobi—aún obligan a los viajeros a bordearlos por el norte o por el sur. La ruta del norte, más poblada y transitada, sigue las Montañas Celestes y el ferrocarril a Kashgar, que transporta un río de emigrantes hacia el noroeste. Pero la ruta del sur continúa estando casi desierta. A lo largo de casi dos mil quinientos kilómetros, discurre entre el desierto y la meseta tibetana en dirección a Kashgar y hace tiempo que está prohibida para los extranjeros. Incluso ahora tiene tramos por lo que no se puede pasar. Aquí se halla la patria de los turcos oriundos de esta enorme provincia, los amenazados uigures, y yo la elegí por eso.

Me subí a un autobús con destino a Golmud, confiando en poder desviarme al oeste desde allí: la mejor forma de ceñirme a esta ruta del sur. La carretera que, desde Golmud, conducía a Tibet, estaba cortada, y hacia el este, yo lo sabía, era zona militar. Yo estaba a merced de cualquier agente. Me encogí en mi asiento y escondí la cabeza en el sucio cuello de mi abrigo. Pero, en la estación de autobuses, un hombre vestido de paisano se separó de la anónima multitud. Son estos hombres, no los policías uniformados, los que importan. No enseñan ninguna identificación, y nadie les hace preguntas. El hombre se subió al autobús y me ordenó que bajara. Me di cuenta de que me temblaban

las manos.

Respondí sus preguntas hasta que él se aburríó de mí. Luego, me puse a tomar díscolamente el sol fuera de la estación, aguardando a que el gentío se dispersara. Una hora después, me subí a otro autobús que iba en la misma dirección por otra ruta. Me acurruqué entre granjeros detrás de sus sucias ventanillas, y al cabo de una hora, partimos levantando una polvareda.

Al principio, cruzamos un océano de arena endurecida. Una cartelera gritaba a la aridez que la rodeaba: «¡Desarrollad las tierras del oeste!». Luego, el desierto se convirtió en un pedregal. Al cabo de tres horas, mientras ascendíamos hacia las mesetas de Qinghai, oímos el viento aullando en un puerto donde nevaba copiosamente. El tubo de calefacción que discurría a lo largo del viejo autobús se puso ruidosamente en funcionamiento y vimos montañas negras erigiéndose a ambos costados. Pero incluso aquí había una tienda de campaña plantada al principio del puerto y sanitarios para la prevención de la neumonía atípica, informes con sus gabanes militares, tapándose la cara para protegerse de la ventisca, subieron a bordo para pedirnos el nombre y tomarnos la temperatura. Pensé que quizá me obligaban a regresar, pero no había transporte, y ellos estaban ateridos de frío.

Al cabo de una hora estábamos transitando entre nubes por un altiplano castigado por el hielo y el viento. Su yerma superficie estaba interrumpida por profundas depresiones y abruptos afloramientos rocosos, sin ningún matojo ni planta a la vista. De vez en cuando, fortificaciones desdibujadas surgían del suelo, pero sus paredes estaban todas orientadas en la misma dirección, trazando arcos paralelos sin sentido: rarezas de la geología y el viento.

Durante once horas que me dejaron los huesos destrozados, las nieves nos rodearon en un gran cuenco de vacuidad. Parecía que no estuviéramos yendo a ninguna parte. Nos encontrábamos a tres mil metros de altitud y la carretera estaba agrietada y ondulada a causa de la escarcha. Ya era de noche cuando alcanzamos las montañas a cuyo pie se hallaba el pueblo petrolífero de Youshashan. Habían salido unas cuantas estrellas y los pasajeros dormían apoyados en los regazos u hombros de un compañero. Miré con asombro por las ventanillas empañadas. Bajo la débil luz de las estrellas, por todas las laderas, antiguas grúas de perforación se encumbraban y cernían como aves

prehistóricas sobre sus charcas de agua. Pasamos junto a ellas en silencio de camino al mísero pueblo de Huatuguo, donde encontré una habitación junto a la estación de autobuses y me dormí muerto de cansancio.

El límite de la gran provincia noroccidental de Xinjiang, una región tres veces más grande que Francia, se encontraba en la ciudad minera de Mangnai, situada a ochenta kilómetros de donde yo estaba durmiendo. Esta era una tierra fronteriza vieja y temida—la Alta Tartaria o el Turquestán chino—, ahora una sexta parte de toda China, que colindaba con Asia Central. Pero en Mangnai, la carretera se convirtió en una pista de piedra donde los camiones, incluso mi autobús, abandonaron.

La ciudad era un horror monocromo. La mitad de sus edificios estaban destrozados, con las ventanas rotas. Minas de amianto la rodeaban como cenicientos anfiteatros. Anduve por sus calles con aprensión, preguntándome cómo iba a salir, o seguir adelante. Las casas de los mineros eran leoneras sin luz, de donde hombres ennegrecidos salían como si fueran presos. La policía me encontró.

En el puesto de vigilancia, cinco hombres dormían en una sola habitación con el techo de paja cuyas paredes estaban aisladas con viejos periódicos. En las ventanas sin cristales habían pegado celofán. Sus únicas posesiones visibles eran bolsas de redecilla colgadas de ganchos y un montón de verduras pudriéndose en un cobertizo.

Un corpulento sargento, con la parsimonia que concede la autoridad, hojeó reiteradamente mi pasaporte, rebotando recelo. Pasó los dedos por los visados para Uzbekistán, Afganistán, Irán, sin saber muy bien qué significaban. Yo le dije, sin saberlo, que tenía permitido estar aquí. Él me dijo que no. Sus hombres murmuraron y se rieron. Entonces, hice broma con mi edad y mi profesión (me había convertido desvergonzadamente en un historiador) y representé con gestos a un profesor miope rodeado hasta las orejas de gruesos volúmenes. Las risas distendieron un poco la situación. La nieve entraba por la puerta. El sargento salió y empezó a pasearse de arriba abajo por el asfalto agrietado, pensando, mientras yo lo seguía. El aire estaba impregnado de un

fino polvo contaminante. Él insinuó un soborno; yo le di algunos cigarrillos Marlboro. Él siguió andando.

Me salvó el azar. Dos veces a la semana, un Land Cruiser realizaba en diez horas un trayecto de doscientos kilómetros transportando correo por una pista que descendía, atravesando los montes Altun, hasta el desierto de Takla Makan. Ahora se detuvo delante de nosotros y el policía, tras vacilar por última vez, me dejó marchar. Me embuté en la parte de atrás. Estaba ocupada por un minero chino de Shandong, una robusta pastora uigur y un viejo buhonero hui que vendía piedras de colores entre Tibet y Korla; desenrolló en mi regazo la pequeña manta donde las llevaba envueltas y sus vetas brillaron con tonalidades rosas y verdes.

El Land Cruiser no levantó a su paso ningún polvo en la pedregosa pista mientras yo miré las descoloridas paredes de escoria que íbamos dejando atrás. Marco Polo, viniera o no aquí, refirió que había amianto en algún lugar de las montañas de Tartaria y dijo que Kublai Jan había enviado al Papa una servilleta ignífuga para cubrir el rostro de Cristo en el lienzo sagrado de santa Verónica. Pero, para los chinos antiguos, el amianto era un misterio. Les llegó desde Occidente y lo creyeron la lana de una rata blanca. Entretanto, en el otro extremo de la Ruta de la Seda, los romanos estaban incinerando a sus muertos imperiales en mortajas de amianto y utilizándolo para manteles y servilletas que limpiaban con fuego. También descubrieron los peligros que entrañaba para la salud—los esclavos que lo extraían o tejían morían de enfermedad pulmonar—, pero aquel conocimiento se olvidó durante dos milenios.

El minero sentado enfrente de mí ya había tenido suficiente. Cuando le pregunté si era seguro trabajar en las minas de Mangnai, él no sabría decirme, solo sabía que allí todo el mundo caía enfermo. Él regresaba a Shandong, a casa. Extremadamente delgado, no despegaba los ojos del parabrisas. Dos mujeres chinas iban sentadas junto al conductor, hablando como cotorras y vestidas como si fueran a comprar. Durante un rato, seguimos un lecho de río lleno de socavones, chocando unos contra otros, y luego bordeamos un lago.

Después, nos internamos en las montañas. En mi mapa, los montes Altun parecían casi inexistentes: un fino fleco de las cordilleras que protegían Tibet. Pero ahora se erigían a nuestro alrededor en negras cortinas de roca a cinco

mil cuatrocientos metros de altitud. Exudaban una violencia temible y sombría. Todas sus cadenas estaban salpicadas de nieve y nos envolvían en un refulgente claroscuro de precipicios bicolor. Ningún arbusto las suavizaba. Pronto, estábamos ascendiendo por cañones con abruptas paredes de hasta ciento cincuenta metros. Desembocaban en angostos valles donde no había nada, mientras, muy por encima de ellos, las montañas se perfilaban en el cielo como plantillas cuarteadas a lo largo de centenares de metros. La nieve pronto se acumuló a nuestro alrededor. Había caído por la noche y su manto virgen cubría la pista. Todos alargamos el cuello para verla mejor. En tres ocasiones, bajamos para desenterrar el Cruiser y en una nos salimos de la pista totalmente fuera de control, deteniéndonos cruzados cerca del precipicio tres metros más allá. Anduve hasta allí y me asomé al vacío.

Cuando la pista comenzó a enroscarse por debajo de nosotros en vertiginosa pendiente, el Cruiser redujo la marcha. Las mujeres chinas se quedaron calladas y el viejo hui que iba sentado a mi lado volvió el rostro hacia el marco de acero de la ventanilla y fijó la mirada en él. Ya estaba atardeciendo cuando, horas después, dejamos atrás las nieves perpetuas, pero la pista estaba ahora invadida por aludes y deslizamientos de tierra. Durante horas, avanzamos cautelosamente entre grandes piedras descubiertas y seguimos a veces el curso de un arroyo mientras su agua nos lamía los ejes de las ruedas.

Luego, súbitamente, nuestras ruedas comenzaron a deslizarse por arena. Ante nosotros, una llanura se extendía hasta el lugar donde el horizonte se fundía con una línea púrpura, y estaba anocheciendo. Me invadió un familiar entusiasmo. Me encontraba en el margen del Takla Makan, uno de los desiertos más grandes de la Tierra, y el más duro: el corazón de Xinjiang. A norte y sur, los montes Tian y Kunlun se curvan como unas tenazas sobre Kashgar y el Pamir, pero el inmenso óvalo del desierto los separa y engulle sus ríos. Antes de que India convergiera con Asia, este era el mar Tetis.

Al filo de la noche, el oasis de Charklik brotó para darnos la bienvenida. Pasó junto a nosotros en una maraña de oscuros huertos y caminos rurales bordeados por canales de riego, donde granjeros regresaban a casa en carretas de burros. El centro era poco más que una única árida calle, demasiado ancha,

donde unos pocos chinos tenían tiendas. Rodeada por los concurridos barrios invisibles de los uigures, no había anuncios, coches, apenas ningún sonido.

Me senté en un restaurante parcialmente iluminado entre un pueblo distinto. Una mujer corpulenta que tenía los ojos grandes y dulces y las uñas pintadas con henna me sirvió pinchos de carne en pan espolvoreado con semillas de sésamo. En la otra habitación, se oía un ornado canto líquido y el punteo de un laúd autóctono. Había olvidado que la gente cantaba. Afuera, una carreta tirada por un caballo o un burro surcaba de vez en cuando la oscuridad, conducida por hombres canosos cubiertos con casquetes, cuyas mujeres, abrigadas con gruesos leotardos, llevaban las piernas colgando a un lado. Y en una ocasión entró un hombre ciego con un niño lazarillo y le dieron pan. Este era el mundo musulmán. Era otro país, solo parcialmente reconocido por mi mapa.

Por un momento, me invadió la nostalgia. Recordé a un joven en Damasco cuarenta años atrás, sentado solo como aquí, comiendo, observando. Pero ahora, los que me rodeaban no hablaban árabe, sino la lengua huidiza y sin entonación de un pueblo turco. Comparados con los contenidos y aniñados chinos, los uigures parecían disfrutar de una sensual madurez. Eran más corpulentos, más laxos, más variados. Tenían los ojos avellana, el cabello castaño rojizo, las facciones más grandes, combinadas a veces con unos pómulos mongoles. Las mujeres jóvenes irradiaban una exuberante hermosura, que florecía temprano. Cualesquiera que fueran los cánones sociales que los oprimían, algo intenso y terreno se había mantenido vivo y estaba cantando al son de un laúd.

Este hedonismo quizá proviniera de las tribus turcas que durante el siglo VI se habían ido fusionando a todo lo largo de la estepa de Asia oriental. Los uigures habían fundado un reino en el noroeste de Mongolia y su destreza militar mantuvo a los emperadores Tang en el trono, a cambio de mucha seda, antes de que los kirguizes los dispersaran en el siglo IX. Con la casa a cuestas, se dirigieron entonces a lomos de sus peludos ponis hacia los oasis de la cuenca de Tarim, situada al norte de donde yo estaba sentado, y asimilaron la antigua mezcla de pueblos asentados allí. Con el tiempo, al diseminarse, perdieron la ecléctica religión maniquea que los había provisto del arte y la

indumentaria persas y abrazaron el budismo. Siglos después fueron los escribas y maestros de los mongoles de Genghis Jan, antes de abrazar el islam. Ahora se habían convertido en un palimpsesto vivo de la Ruta de la Seda. No habían tenido aspiraciones nacionalistas hasta que la ira los unió contra los opresivos chinos. Dispersos por los oasis del desierto de Takla Makan, sus tradiciones eran las laxas tradiciones mercantiles de otra época. Cifraban sus orígenes míticos en un rey multilingüe.

En el único hotel, un malhumorado recepcionista me ofrece una habitación por el doble del precio normal—cinco dólares—y un puñado de camareras uigures vienen a mirarme. No entiendo nada de lo que dice nadie, tras una empalizada de mascarillas sanitarias. Solo sé que para ellos soy extraño, que están hablando de mí, y de repente me siento irreparablemente solo.

Más tarde, una de las mujeres entra con un termo de agua caliente, que deja en mi mesa junto a las tazas de té de porcelana: una costumbre china. Con vacilación, le pregunto por la vida aquí y ella empieza a hablarme tímidamente en mandarín.

El trabajo la hace sentirse sola. Gana 350 yuan mensuales, menos de cincuenta dólares. Me mira con una mezcla de esperanza y angustia y dice:

—Mi tez es clara, ¿se ha dado cuenta?—Se quita la mascarilla.

—Sí.—Me doy cuenta ahora; es ancha y extraña.

—Es como la de un occidental. Alguien, el padre de mi abuelo, creo, venía de alguna otra parte. No estoy segura de dónde...

Duerme en un cubículo detrás de una ventana: una cama, una silla, un juego de llaves.

—Es inevitable.—Señala el hogar de sus padres en mi mapa. Es un pueblo del desierto situado a ciento treinta kilómetros de aquí. Luego se va.

Pero se lleva consigo mi sensación de aislamiento. De pronto, el mundo que hay más allá de mi habitación ya no pertenece a otros, ni a nadie en particular. La soledad es un estado natural. Fantasiosamente, lo imagino habitado únicamente por los excluidos: una masa de exiliados.

En la habitación contigua, horas más tarde, me despierta una fuerte

discusión; luego, alguien llorando.



Al cabo de pocos kilómetros, el desierto engulló nuestra carretera. Las aguas del deshielo procedentes de los glaciares de los montes Kunlun habían ignorado o arrastrado sus provisionales puentes y enterrado su asfalto bajo piedras. Vimos los montes apareciendo al sur de forma intermitente entre la bruma; luego desaparecieron y estuvimos traqueteando por las profundas cicatrices de sus ríos o zigzagueando por arena. Mi autobús era un esqueleto, con los asientos agujereados por quemaduras de cigarrillo o totalmente rajados, las ventanillas resquebrajadas, los brazos de los asientos convertidos en varas de acero. Sus únicos pasajeros eran granjeros uigures, con barbas puntiagudas y calzados con robustas botas, que dormitaban pese a los zarandeos del autobús con las piernas estiradas y la cabeza echada hacia atrás.

No había nada más en la pista. A unos cincuenta o sesenta kilómetros al norte de nuestra ruta, viejas poblaciones habían perecido en el desierto junto a ríos estacionales secos y lagos desaparecidos. A partir del siglo IV, el retroceso de los glaciares montañosos había convertido a sus comerciantes y granjeros en seminómadas, hasta que la deforestación comenzó y el desierto fue ganando terreno hacia el sur. Trescientos poblados, dicen, yacen bajo las arenas del desierto de Takla Makan. Siempre que el viento arrastra las dunas, asoman maderos petrificados donde antaño hubo huertos y trigales, y hace un siglo los arqueólogos hallaron vestigios de monasterios y fortalezas y desenterraron pinturas murales y sedas desecadas por el aire desértico, junto con centenares de documentos en madera o papel, sellos de arcilla, incluso escobas y ratoneras.

Durante catorce horas, estuvimos avanzando lentamente hacia el oeste por este desierto cambiante. A lo largo de kilómetros, las raíces de las espinas de camello y los sauces levantaron en su superficie irregulares archipiélagos de arena, sembrados de ramillas tan blancas como huesos. Luego, el paisaje se

suavizó para dar paso a una descolorida sabana de hierba tan salinizada que, a lo lejos, parecía estar cubierta por campos nevados. Vi un halcón con el pecho blanco posado en un tocón, esperando a que algo se moviera. Un tamarindo reveló con su verdor la existencia de aguas freáticas. En una ocasión, una manada de burros asilvestrados atravesó la pista. Luego, las suaves dunas renacieron y trazaron su amarilla silueta curva en el vacío del cielo.

Y por esta desolación habían transitado siglos de caravanas. Por mi ventanilla rota, contemplé su recuerdo con asombro. En distintos períodos, todo lo que el mundo conocía había pasado por aquí: incienso, cuerno de rinoceronte, pepinos, almizcle, enanos, lapislázuli, pavos reales, sombra de ojos añil (el monopolio de la emperatriz china), incluso uno o dos leones enjaulados. Las mercancías cambiaban tan a menudo de manos, o tan lejos, que sus orígenes se tornaban fabulosos y se olvidaban. Gigantes pelirrojos («los salvajes más repugnantes que el mundo ha visto», opinaban los intermediarios persas) transportaban ámbar desde el Báltico por los ríos rusos: siempre que un tigre moría, imaginaban algunos chinos, sus ojos se convertían en ámbar bajo tierra. En el siglo VII, incluso fueron llevados a China dos avestruces árabes que maravillaban a todos con su velocidad y su digestión (comían metal).

Justo al norte de donde nos encontrábamos, la ruta que discurría entre los pozos y ríos secos se había ido tornando más dura con el paso de los siglos, pero los yermos montes Kunlun no ofrecían una mayor protección: bandidos y nómadas los evitaban. Y ahora, mientras atardecía, la carretera se había allanado, el sol se estaba poniendo en la bruma con suavidad, invisiblemente, y los granjeros uigures iban todos dormidos. Un viento comenzó a gemir sobre las dunas. Solo una mujer guapa que llevaba un pañuelo hilado con oro en la cabeza seguía sentada muy erguida con su hijo junto al conductor, cantando.

Llegamos a Qiemo al anochecer. En las calles bordeadas por tapias de barro, puertas dobles se abrían a patios familiares donde había ancianos reclinados en camas turcas de madera y mujeres moviéndose con un centelleo de oro. Aquí y allá, los inestables alminares de una rústica mezquita se perdían en la noche. El centro de Qiemo era un preámbulo de todas las ciudades que poblaban el oasis: unas cuantas calles chinas que convergían en

cruces, donde un pilar citaba frases de Mao Zedong o su estatua saludada a un agradecido campesino musulmán. Y a todo su alrededor, se extendían los barrios, masificados y mudos, de los pobres.

Pero, en el centro, hicieron parar a nuestro autobús y un equipo para el control de la neumonía atípica subió a bordo: un policía sin rostro, un larguirucho empleado municipal y un funcionario con una gorra campesina y gafas oscuras. Beijing había hecho público un edicto, dijo el funcionario, según el cual cualquier viajero que no pudiera demostrar sus movimientos debería ser puesto en cuarentena durante dos semanas, el tiempo que el virus tardaba en desarrollarse.

Me tapé inútilmente la boca con la mascarilla. Pero la suerte se me había acabado. Se había producido un brote de neumonía atípica en Jiayuguan, dijo el funcionario (parecía que la epidemia me estuviera siguiendo). Lo sentía mucho. Yo respondí, cada vez más desesperanzado, que Jiayuguan estaba ya a más de mil quinientos de kilómetros por detrás de nosotros, pero al cabo de cinco minutos un camión me estaba llevando al recinto donde me pondrían en cuarentena. Sentí la culpa irracional de alguien que ya está enfermo. El conductor apartó la cara de mí.

Era un edificio municipal vacío, rodeado de campos. El funcionario abrió la cadena que cerraba la entrada y se quedó al otro lado.

—No puede salir de aquí.—A la débil luz de la luna, sus gafas oscuras parecían dos cuencas oculares vacías. Es posible que algún recuerdo no vivido de campos o sanatorios tiñera de horror esta escena inofensiva, porque comencé instintivamente a buscar una salida.

Un médico de pelo cano vino a la puerta a recibirnos, pero no se atrevió a estrecharme la mano. Un grupo de enfermeras con mascarilla revoloteaba detrás de él. Tenían los ojos muy abiertos, mirándome con alarma y curiosidad. Una de ellas me condujo a una habitación grande con un suelo de baldosas blancas. Bajo un cartel sobre el control de natalidad escrito en uigur, había una cama blanca y una mesa inestable. El médico señaló un váter improvisado construido en el suelo unos días antes. Ya apestaba.

—Dentro de dos semanas, estará usted muerto—dijo—, si la tiene. —Pero habló con dulzura, como si se estuviera disculpando.

Minutos después, todo el mundo había desaparecido por los desolados pasillos. Era medianoche. A causa de algún extraño fenómeno eléctrico, era imposible apagar los fluorescentes de mi habitación; así que dormí bajo su luz cegadora, como un prisionero al que están vigilando, tapándome los ojos con la sábana. Cuando me desperté horas más tarde, salí afuera y anduve, bajo la luz de la luna, por el muro que rodeaba el edificio, preguntándome cuánto tiempo iba a quedarme aquí. No me daba miedo la enfermedad—llevaba semanas expuesto a ella—sino la burocracia que se avecinaba, clausurando carreteras, fronteras, planes. Me imaginé contando los ladrillos, uno por cada día, que decoraban el remate del muro que me encerraba. Un viento bajo soplaba desde los campos.

—Este sitio me asusta.—Los ojos de Dolkon parpadean por encima de su mascarilla. Es muy joven. Estamos sentados al sol en las escaleras, después de un aguado desayuno. Como todos llevamos mascarilla, pertenecemos a la misma tribu; pero rara vez hablamos, y nunca sonreímos. Es un estigma que nos avergüenza. De día, el recinto tiene un aspecto descuidado y abandonado, como la escena de un crimen cometido hace mucho. Nosotros somos los únicos internos. Dolkon viene del oasis de Niya, situado a unos trescientos kilómetros de aquí, y debe quedarse tres días. Está preocupado por su madre.

—¿Y tu trabajo?—Me pregunto qué hace: un joven uigur de brazos delgados y facciones delicadas y afiladas. El pelo, infantilmente peinado con la raya al lado, le cae sobre la pálida frente.

—Mi trabajo es temporal. Labores administrativas solamente. Quiero terminar la universidad...

—¿La universidad?

Puede que sea nuestra desolación actual lo que hace que esto parezca remoto. El sol y el calor intensifican su irrealidad. Y este extraño joven. Parece demasiado frágil para haber sobrevivido en estas tierras. Tiene manos de pianista.

Pero Dolkon proviene de un pueblo cuyos habitantes practican una agricultura de subsistencia, donde su madre se quedó viuda cuando era joven,

con cuatro hijos.

—Solo tenemos un *mu* de tierra.—Abarca con los brazos una fracción del patio que hay delante—. Nunca hemos tenido más. Siempre que yo o mi hermana pedíamos algo cuando éramos pequeños, mi madre solo podía decir: «Dios os lo dará».—Noto que sonrío. Está pensando en su casa, donde a su madre le preocupa su ausencia. Dice—: Es muy decidida, muy inteligente. La única de nuestro pueblo que es así; no, no sé por qué. Todos los demás campesinos sacaron a sus hijos de la escuela para ponerlos a trabajar en los campos. Solo ella no lo hizo. Y a mí me aceptaron en la Universidad de Ürümqi, para estudiar informática.—Aún le parece un milagro. Habla como si él no tuviera en absoluto nada que ver—. Trabajé en una fábrica de algodón para pagarme el primer año. Ahora he conseguido este trabajo administrativo, aburrido, pero me costeará el segundo año. Mi madre aún trabaja en nuestro *mu* de tierra. Pero ahora las cosas irán bien...

Intento imaginarme a esta mujer. Su inteligencia es inexplicable para su hijo. Dice:

—Pero yo he salido a mi padre. Siempre estaba inventando cosas. Yo soy así.

Entonces, fervorosamente y olvidándose de mi parvo mandarín, fluye de él un torrente de inventos que han florecido en su cabeza. Hay nueve o diez de ellos, dice, y si solo uno funciona, será feliz, y quizá rico. Ha diseñado un molino de harina para cuyo uso solo se requieren dos personas en lugar de siete y que separa el grano de la cáscara con tanta precisión que el resultado será casi puro.

—Recuerdo a mis padres trabajando con aquellas máquinas cuando yo era pequeño. El polvo era terrible. Puede que eso matara a mi padre. Mi molino no hará polvo.—Ya ha pagado a un metalúrgico para que fabrique la primera pieza, y está ahorrando para la segunda. Y en su mente se barajan un sinfín de inventos más, creaciones que yo no puedo comprender, aunque de su ráfaga de palabras surge un bolígrafo (ya lo había diseñado) que transcribirá automáticamente la escritura a mano a la pantalla del ordenador.

—Y cuando vuelves al pueblo...—empiezo a decir.

—Nadie lo entiende. Nadie está interesado. Creo que me odian. Pero yo

tengo un sueño...

Por un instante, esta frase me resuena en la cabeza, sin poder situarla; entonces recuerdo otro sueño, más vulgar, y al aspirante a magnate de Huang.

—Tienes que encontrar socios—digo—. Empresarios.

Pero Dolkon sigue hablando.

—Ahora todo ha cambiado en mi pueblo. En la generación de mi madre, ella fue la única. Fue muy duro para ella. Pero ahora todos los padres jóvenes quieren que sus hijos tengan estudios, antes de que sea demasiado tarde...

Lo escucho cada vez más asombrado. Al principio, me había parecido una anomalía fortuita en este mundo campesino: un consentido hijo único varón. Pero ahora se ha convertido en un misterio. El ordenador de uso diario había despertado en él un talento que le permitía salvar sus lagunas, todo lo que le había sido negado. Era su propio lenguaje. Le sonrío con la mascarilla puesta. Ahora, sus rodillas y muñecas de aspecto frágil, entrelazadas a mi lado, no sugieren malnutrición, sino en la refinada fragilidad de un individuo genéticamente singular. Hay momentos en que tengo la ilusión de que mi mundo mental se entreteje perfectamente con el suyo, como si fuéramos hijos únicamente de nuestra época, no de nuestra raza o religión. Nuestros abuelos, creo, nos habrían parecido mucho más ajenos a nosotros de lo que nos lo parecíamos el uno al otro. Entonces, súbitamente, sin venir a cuento, dice:

—¿Cómo son los campesinos en Inglaterra? ¿Cómo resuelven los problemas de riego?

—Tenemos mucha lluvia.

—Aquí llueve dos veces al año.—Mira el cielo sin nubes—. ¿Tienen ganado?

Al final del patio, se oye un chasquido de cadenas. El funcionario aparece con otro policía, trayendo a cinco comerciantes de Hunan. Confiaban en hacer negocio en Xinjiang, pero mañana los sacarán de la provincia. Se ha hecho público otro edicto, dice el médico, en la capital provinciana de Ürümqi. Todas las personas que entren en la provincia serán puestas en cuarentena. Coge un balde de desinfectante y un anticuado rociador. Es un uigur, amable y viejo, encerrado aquí con nosotros, que también tiene prohibido cruzar la cadena.

—Ya han muerto más de trescientos—dice—, muchos de ellos médicos. El setenta por ciento, creo, médicos.—Me mira dulcemente con la mascarilla puesta. Me está diciendo que tiene miedo—. Ya veremos.

Los comerciantes de Hunan están sentados al sol, jugando a cartas en el suelo. Intentan coquetear con las enfermeras, que también están atrapadas aquí, y asustadas, y que entran y salen de las habitaciones como flechas con sus uniformes verdes. El médico pasa el rociador por los pantalones de los hombres y las cartas que han echado en el polvo. La escena me impresiona. La maquinaria colectiva para la acción social ha llegado incluso a esta tierra remota y esta cruzada de desinfección, por mucho retraso que lleve, está avanzando por el sistema nervioso de incontables burocracias para alcanzar los extremos más recónditos del país. Despacio, el médico recorre tenazmente el recinto de cabo a rabo, rociándonos los pies, rociando las ruedas de un camión varado, la cadena que se comba entre los postes de la entrada. Tampoco él quiere morir aquí.

Caminando por el muro que rodea el recinto, Dolkon y yo miramos los campos como si fueran un país extranjero. Él dice:

—Es inútil odiar a los chinos, lo sé, o echarles la culpa de la neumonía atípica. Pero sus estrategias políticas son horribles. «¡Es socialismo!—dicen—. ¡Es socialismo!».—Abre los brazos, burlándose sin amargura—. Pero aquí no hay socialismo. Los funcionarios hacen lo que les place. Y el sistema se perpetúa, por alguna razón...

—¿Hay muchos creyentes?

—No lo sé. Quizá unos cuantos. Pero la mayoría de los miembros del Partido Uigur son musulmanes a escondidas. Rezan en casa sin que nadie lo sepa. Tienen coranes, escondidos. Y cuando mueren, y ya no puede ocurrirles nada, los entierran según el uso musulmán, en un funeral oficiado por un mulá.

Mientras andamos, se quita la mascarilla. Es como una muestra de confianza, un gesto involuntariamente enternecedor, y yo me quito la mía. Está más demacrado de lo que había imaginado, y tiene los labios finos. Él también me está mirando. Es como si solo ahora estuviéramos sanos. Sonreímos.

—Estas cosas son inútiles—dice, y se mete la mascarilla en el bolsillo.

Se pone a fumar con nerviosismo.

—Antes de morir, mi padre no era musulmán practicante en lo más mínimo. Pero a medida que se fue debilitando, pidió al mulá del pueblo que lo instruyera y fue enterrado según dicta la fe islámica.

—¿Por qué murió?

—Tenía cáncer de pulmón.

—¡Y tú fumas!

—Bueno, los jóvenes de mi pueblo lo hacen. También beben. Sí, sé que no es islámico, pero todos lo hacemos. Si no lo haces, no eres un hombre de verdad.

—En Occidente pasa lo mismo.

—Yo lo dejaré.—Arroja un pitillo y se enciende otro—. Los viejos son mejores musulmanes. Tendría que ver nuestras mezquitas los viernes. Pero los jóvenes van cada vez menos. En los pueblos, se pasan el día viendo la televisión. E internet los ha cambiado.

—¿Internet? ¿En los pueblos?

—No exactamente. Pero está en las ciudades, y la gente de los pueblos vuelve conociéndola.—Añade, perplejo—: Gente como yo, supongo. Así que cada vez está más introducida. Y luego, la gente se quiere marchar. Quiere la cultura moderna.

Dolkon lo lamenta; pero defiende las libertades occidentales, y tiene un triste anhelo de viajar.

—¿Vas a la mezquita?—le pregunto.

—Sí, es importante.

Tengo la imagen fugaz de un muchacho sin padre, en busca de una figura de autoridad masculina. Él dice:

—Pero los chinos no creen en nada. Se nota en su cultura. Fíjese en ese médico uigur, por ejemplo. Hablé con él anoche. Es amable, se ve, un anciano con humanidad. Pero los médicos chinos no son así. No son personas.

Me peleo internamente con lo que ha dicho. No es cierto, por supuesto, pero sé por qué lo dice. Su pueblo acusa a los chinos de ser fríos y contenidos. Añade:

—Solo hay que fijarse en cómo construyen. En rectángulos y cuadrados.— Sus manos dibujan un árido montón de cubos—. Pero nosotros construimos

como flores.—Ahora, de ellas brotan las cúpulas de una mezquita—. Somos poetas y músicos. ¡En nuestro corazón, somos más libres que ellos!

Súbitamente, al día siguiente, me dijeron que tenía que irme. No me dieron ninguna explicación. En un instante, dejé de ser un apestado para subirme a un autobús repleto de gente. Pero el autobús no salía hasta tres horas después y había un lugar en el oasis que yo quería ver. El funcionario de las gafas oscuras habló por su teléfono móvil con alguien desconocido y me dijo que podía ir hasta allí en un coche, bajo vigilancia. Yo sabía que, justo al norte, había un gran campo de trabajos forzados y me pregunté si las autoridades locales no estarían intentando impedir que fuera. Pero no, dijo Dolkon, probablemente solo querían que no me muriera aquí. Su moral había decaído.

—Es muy duro para mí, dejarle.

Cuando llegó mi coche con dos guardias, me puso una botella de agua fría y un rosco de pan en las manos y se alejó. El médico se quedó, despidiéndose solo a medias. La cadena se tensó entre nosotros. Luego, el coche estaba transitando por barrios rurales y las caras que tenía a mi lado no hablaban.

Volví a oír el murmullo del agua y vi álamos creciendo en charcas remansadas. Había unas cuantas motocicletas sorteando los carros de burros, pero las señales estaban todas en árabe, el alfabeto de los uigures. Fuera de algunas puertas vi los molinos de harina portátiles, como hormigoneras comunitarias, que Dolkon había rediseñado.

Siempre que temiera por el porvenir de la humanidad, lo recordaría.

Luego emergimos a una meseta desértica. Estaba horadada por los cráteres de minas de sal y cubierta hasta la línea del horizonte por una lustrosa capa de grava. Se levantó un viento cálido. Detrás de nosotros, el oasis untaba el horizonte de color verde lima, donde dos chimeneas de fábrica echaban humo. Delante de nosotros, no había nada en absoluto. Perfilado contra el cielo, un remolino de polvo avanzaba sin prisas. A todo nuestro alrededor, el terreno ondulado tenía círculos amarillos donde la arena se había posado y estaba sembrado de maderas astilladas y huesos decolorados.

Un cobertizo se alzaba aislado en la llanura. Cubría una fosa cuyos

robustos puntales de madera seguían en pie después de dos mil años. Me asomé a su oscuro interior. Por debajo de mí, unos quince seres humanos estaban agrupados por familias, con las rodillas levantadas, la ropa hecha jirones. Desprovistos ya de cualquier vestigio de color, con la carne tan dura como la madera de caoba, estaban cubiertos por una capa de polvo uniforme. El seco aire salino había conservado el armazón de un arpa, un neceser de cuero, incluso los restos de unas chuletas de cordero asadas para los muertos. Algunas de sus cabezas eran tan lisas como la piedra, inexpresivas, y me recordaron a la escultura abstracta o a la estatua de Guanyin.

Aquella fosa era únicamente una de los centenares de tumbas que se multiplicaban por la llanura a lo largo de kilómetros. El poder desecante de la arena y la sal ha cincelado un pueblo asombroso. Muchos tienen más de tres mil años y algunos han sido extraídos de la arena en tan buen estado de conservación que podrían haber acabado de quedarse dormidos bajo su superficie. Los cadáveres no son mongoloides, sino gigantes occidentales rubios y pelirrojos, con narices aguileñas y pobladas barbas. Bajo mis pies, las siluetas estaban demasiado ennegrecidas para reconocerse, pero en una tumba próxima, excavada en 1000 a. C., un magnífico caudillo de pelo claro se había descubierto intacto con sus esposas. En otra cámara, una mujer mayor, una hechicera quizá, había reposado bajo pruebas de violentos sacrificios. Por el techo de la cámara, un bebé varón había sido introducido boca abajo, con la nariz y las mejillas manchadas aún de mucosidad y lágrimas, mientras, en una plataforma por encima de ella, una mujer joven yacía desmembrada, con la ropa empapada de sangre y los ojos arrancados.

Antiguas crónicas chinas describieron grotescos bárbaros en sus fronteras occidentales: una chusma de piel blanca con llameantes cabellos, narices desproporcionadamente grandes y ojos verdes o azules. Pero, cuando terminó el primer milenio, estos forasteros habían sido olvidados. Hace un siglo, arqueólogos occidentales se quedaron estupefactos con lo que descubrieron. Ahora, estas enigmáticas momias han salido a la luz por todo el desierto de Takla Makan, algunas de ellas vestidas con tartanes de aspecto céltico, otras tocadas con gorros de bruja.

Sus orígenes son controvertidos. A partir de un laberinto de datos

lingüísticos y arqueológicos, se desplazan en contra de la gran oleada este-oeste de emigrantes nómadas, y en el tercer milenio a. C., emergen en el desierto de Takla Makan desde la estepa siberiana, procedentes de los confines más orientales del mundo indoeuropeo. Con el tiempo, este pueblo, los tocarios, fue seguido por sus parientes indoiranios en brías oleadas de jinetes y se entremezcló con ellos en los oasis, y solo en torno a 300 a. C. entró una ola contraria de pueblos mongoloides. Aún en el siglo X, descendientes de los tocarios caminan por las pinturas murales de los templos excavados en la roca que bordean el desierto de Takla Makan. Sus cabellos, peinados con una raya perfecta, son rubios o pelirrojos, y sus ojos claros. Pero ahora son fervientes budistas, vestidos a la moda persa, con rígidos abrigos de brocado, y sus manos reposan en espadas de larga empuñadura, como las de los caballeros medievales.

Los uigures, que asimilaron a estas gentes después del siglo IX, las consideran sus antepasados. Muy anteriores al dominio chino, los tocarios parecen concederles un antiguo derecho de posesión. Los cabellos rojos o los ojos azules o avellana resurgen como misteriosos recuerdos entre la población actual y los nacionalistas uigures han adoptado el rostro reconstruido de una momia hermosa en otro tiempo como «la madre de la nación». Análisis de ADN, para los cuales Beijing no puso sino trabas, confirmaron el vínculo europeo del cadáver. Funcionarios chinos exaltados han sido acusados de dejar que estas momias se pudran en los sótanos de los museos, mientras que ladrones más rutinarios—saqueadores de tumbas, mineros de las salinas, incluso musulmanes devotos—han diseminado por la arena millares de cadáveres.

Aquí no hay nadie. Solo el zumbido del sistema de aire acondicionado en la oscuridad. El museo está medio derruido y afuera se oye el murmullo del tráfico de Ürümqi. En sus vitrinas, los cuerpos yacen como si los hubieran abatido mientras dormían. Camino entre ellos con paso ligero, temiendo que puedan despertar. La momia elegida como madre de los uigures, «la Belleza de Kroran», yace envuelta en lanas marrones y lleva una capucha que termina

en punta y está adornada con una pluma de ganso. Los huesos de la cadera se le marcan en el ceñido vestido, forrado de pieles para abrirla, y los mocasines de piel de oso que calza se están desintegrando. Camino a su alrededor, sintiéndome un mirón, solo. El rótulo del museo identifica su raza como europea. Sus cabellos castaños enmarcan unas facciones regulares: el sustentáculo de una delicada belleza. Tiene los ojos cerrados bajo sus largas pestañas y los dientes, pequeños e infantiles, le brillan entre los finos labios. Tiene cuatro mil años.

Un exaltado arqueólogo chino se enamoró de uno de estos cadáveres que él desenterró. La imaginación completa todos los datos que faltan, como ocurre con alguien que se vislumbra al pasar. Pero la muerte no ha simplificado a «la Belleza de Kroran». Sus ropajes, y la criba y la cesta de trigo halladas a su lado, revelan un pueblo que vino del oeste con ovejas y nuevos granos. Pero el flaco rostro envuelto en su capucha se ha resecado hasta adquirir la textura del ébano y sus cuencas oculares están vacías. Los arqueólogos descubrieron que tenía las cejas y las pestañas infestadas de liendres y los pulmones llenos de carbonilla.

Mil años después de ella, un pueblo indoeuropeo continuaba siendo enterrado en la meseta salina de Qiemo, sorprendente por su estatura y su blancura. En la vitrina contigua, un jefe tribal yace con la rigidez de la muerte. Tiene las rodillas y la cabeza levantadas y sus largas manos, con las uñas y los nudillos bien perfilados, reposan cerradas sobre su estómago. Su cara es pálida y ferozmente aguileña. La enmarcan una maraña de largos cabellos cobrizos y una corta barba, y las joyas ocres en forma de sol que le cubren las sienes y la nariz aguileña parecen una enigmática máscara parcial. Medía casi un metro ochenta de estatura y fue enterrado con diez sombreros—incluyendo una boina y un gorro con cuernos blancos de fieltro—, y la lana apelmazada de sus mallas asoma por sus botas rotas de gamuza en llamativas capas escarlatas y cerúleas. En cualquier momento, parece, puede levantarse para ponerse a dar órdenes.

Tres mujeres lo acompañaron en su muerte, sacrificadas quizá, y una lleva un vestido teñido del mismo color magenta que su camisa y sus pantalones. En otra vitrina, un bebé descubierto en las proximidades yace envuelto en un

sudario magenta, con un cordel azul y rojo enrollado a su alrededor, el mismo cordel que mantiene unidas las manos del jefe tribal. El bebé lleva la cabeza abrigada con un gorro azul, por el que asoman tirabuzones de color castaño rojizo. Tiene la cara pintada de color carne, los orificios nasales rellenos de algodón y los ojos cubiertos por guijarros planos de color azul. Junto a él hay un biberón, hecho con una ubre de oveja.

Me quedo un rato mirándolos, preguntándome de qué mujer es hijo el bebé, enterrado en otra tumba. Su cara pintada no tiene expresión. No parece tanto un bebé cuanto un paquete tiernamente envuelto, atrayendo la curiosidad, después de tantos años, no hacia sí, sino hacia la mujer que, por dolor o por ritual, envolvió su desencanto en azul y magenta—el color de la camisa de su padre—, le colocó la cabeza en una almohada blanca y le cerró los ojos con guijarros.

Los cuerpos emanan una cierto temor. Parecen paralizados en el acto de morir, retenidos aquí por casualidad, como pájaros congelados en pleno vuelo. En la entrada del museo, un cartel declara que estos vestigios demuestran que esta provincia es una parte inalienable de China. Pero sugieren, naturalmente, lo contrario.

Los cadáveres no están en reposo. Su peculiar conservación los arranca de la prehistoria para traerlos al presente político, con más fuerza que un esqueleto o un fragmento de ADN. Aguardan como una familia solemne. Hay algo provisional en sus posturas, en sus rodillas inclinadas hacia un lado, sus manos tentativamente cerradas, como si un día fueran a levantarse y salir a la calle con su bebé.



A lo largo de centenares de kilómetros, mi autobús transitó por un ventoso desierto tapizado de piedra pulverizada procedente de los montes Kunlun. La quietud de la noche anterior había desaparecido. Una tormenta bramaba en algún punto del desierto y la arena pronto empezó a levantarse en ráfagas

bajas y rápidas mientras el cielo se oscurecía prematuramente. Objetos aparecieron y se disolvieron en la penumbra: tamarindos, un camión abandonado. El sol se convirtió en una mortecina mancha blanca. De vez en cuando, paramos en minúsculos poblados donde las ovejas pastaban en vertederos y las endebles cercas se doblaban por el embate de la arena.

El autobús iba vacío salvo por unos cuantos granjeros silenciosos con gorros de piel de carnero y un grupo de jóvenes provincianos. Tenían la cara oscura y picada, con una barba rala. Uno intentó tocar una flauta de bambú, pero abandonó, y entonces se dedicaron a inspeccionar mis pertenencias. ¿Cuánto valían mis botas, mi reloj? Cuando dije que lo había olvidado, ellos se rieron con incredulidad. Pero ahora el polvo se estaba colando por las ventanas resquebrajadas y posando en todas las superficies como una membrana de color tostado, mientras nosotros teníamos arcadas y tosíamos.

Afuera, el viento arrastraba la arena de las dunas. El mundo se terminaba a cincuenta metros. Los regueros dejados por las aguas del deshielo emergían de la nada y volvían a perderse en el seno de la tormenta. Pronto, tierra y aire se habían fundido en un único vacío. Parecía que las dunas se erigieran verticalmente sobre nosotros, y que estuviéramos avanzando por arena elemental. Imaginé el desierto entero recomponiéndose, cubriendo sus cicatrices. A veces, nuestro autobús se veía obligado a detenerse, con los faros parpadeando débilmente, y nosotros aguardábamos, escuchando los aullidos del viento.

Yo sabía que aquellos huracanes negros, los *kara-buran*, podían levantar dunas enteras y habían sepultado caravanas sin dejar rastro. Incluso cuando en él reinaba la calma, el Takla Makan era el desierto más peligroso del mundo. Es posible que su nombre signifique «lugar abandonado», pero, en la lengua local, quiere decir «Uno entra y no sale jamás». En su seno, a diferencia del Sahara, no vive nada. Casi no llueve. Los mercaderes de la Ruta de la Seda no se guiaban por hitos, sino por los montones de huesos de animales y hombres que lo sembraban. Y lo poblaron de demonios. Las partículas de arena arrastradas por el viento cuando había cambios bruscos de temperatura sonaban como una música lastimera y quejumbrosos gritos que conducían a los viajeros a la muerte. Marco Polo contó que, en plena noche, se oía un

estruendo de caballos, lo cual inducía a los mercaderes a creer que había un ejército avanzando hacia ellos. A veces, por la noche, chispas magnéticas centellean como hogueras en el horizonte y los movimientos próximos emiten una misteriosa luz.

Pero la oscuridad, mientras avanzábamos lentamente hacia Niya, no contenía nada que no fuera arena. En algún punto, pasamos el desvío para tomar la carretera que, cruzando el desierto, viene del norte y pasa por los pozos de petróleo de Tazhong, y por fin llegamos a un austero hotel. En esta ruta casi abandonada, los alojamientos pertenecen a una China más antigua: viejos hostales con los váteres inundados, escupideras esmaltadas y almohadas duras como piedras. De un grifo salía un hilillo de agua fría, junto a cables eléctricos que colgaban de las baldosas agrietadas. Las pocas alfombras estaban agujereadas por quemaduras de cigarrillo y olores familiares—a fideos, orina, manteca—se mezclaban e infundían un profundo sopor.

A veces, uno se siente ingrátido, diluido. Cuando amanece, ve al correr las cortinas (si las hay) un rectángulo de tierra yerma y advierte que está lejos de todo lo que le confería identidad. A miles de kilómetros de nadie que lo conozca, tiene la ilusión de que su pasado es más ligero, apenas suyo en absoluto. Incluso sus lazos amorosos se han atenuado (el teléfono móvil por vía satélite está en mi mochila y no llama nadie). Peligrosamente, uno puede llegar a sentirse invulnerable. Teme únicamente no comprender, o no llegar a su destino. A veces, lo mueve una especie de curiosidad cruel, que solo lo avergüenza cuando regresa a casa. Otras, se siente conmovido, incluso desgarrado; pero sigue adelante.

En este embriagador estado—me recuerda a un pájaro, despierto, frágil, libre—, desayuné galletas que llevaba en la mochila y salí a la calle desierta. El aire era cálido y sofocante. No supe distinguir si había salido el sol. El cielo estaba precintado por su propia luz incolora, como si una débil lámpara estuviera encendida detrás de una gasa. La arena había invadido las carreteras y la tormenta seguía doblando los álamos. En el autobús, la mujer que iba

sentada detrás de mí comenzó a rezar en voz baja, juntando las manos en el pecho. Y horas después, cuando paramos en Keriya, la tormenta aún bramaba.

Me refugié con otros pasajeros en el restaurante más próximo. Las ruidosas mesas se lanzaban chistes e indirectas y el dueño y su mujer—ambos con rasgos europeos y los ojos verdes—me sirvieron una montaña de arroz y se preguntaron de qué oasis venía, dado que no sabía hablar su uigur. A todo mi alrededor, hombres fornidos y mujeres de expresión franca intercambiaban sonoras risotadas. Solo la malcarada hija miraba a su madre con el ceño fruncido y se negaba a sonreír.

Me puse a comer con apetito, reconfortado por el entusiasmo que me rodeaba. Afuera, los hombres guiaban a sus cabras entre la arena levantada por el viento, con los gorros de piel de carnero a punto de caérseles, y las mujeres llevaban velos blancos y sombreros locales que parecían tazas de té invertidas. Yo sabía que aquella región era peculiar. Los uigures son caucasoides en más de un cincuenta por ciento—según revelan las investigaciones genéticas—y en Keriya, situada en el margen sudoriental del desierto, sobreviven las gentes más híbridas de todas. Cada pocos minutos, las puertas se abrían de golpe y otra aparición irrumpía en el restaurante. A veces, cuando se quitaban sus gorros de piel, liberaban una llameante mata de pelo y sus facciones, alargadas y de párpados caídos, eran un collage de su ascendencia olvidada. A veces, sus rostros oscurecidos por el sol estaban iluminados por unos misteriosos ojos. Una mezcla de iraníes antiguos, tocarios, incluso bactrianos, los convertía en un recuerdo andante de pueblos que habían desaparecido. Un hombre de tez sonrosada me recordó a un amigo de Inglaterra, pero llevaba un descolorido gorro y cojeaba. Cuando tres mujeres se quitaron los pañuelos que les cubrían la cara, vi que tenían una pálida tez aceitunada.

Intentando comprender la mezcolanza de voces y facciones que me rodeaban, me estaba sumergiendo en un río donde las naciones dejaban de tener sentido. Esta era, después de todo, la ruta cuya seda china estaba en las tumbas de la Germania de la Edad del Hierro. Había difundido la diversidad, y una fértil impureza. Y el desierto de Takla Makan era tanto su enemigo como su protector. Él había revelado sellos grabados con Zeus y Palas Atenea: el

lejano legado de Alejandro Magno. Una mortaja de sus saladares orientales luce un retrato de Hermes, con su caduceo incluido, y el cadáver de dos mil años de un dignatario chino yace enterrado con un abrigo que lleva tejidos querubines grecorromanos. Todo parece estar en continuo cambio. Las largas mangas tan apreciadas en la ópera china parecen haber venido, tras muchas transformaciones, de Creta. Los tartanes de las momias tocarias recuerdan a los que vistieron los primeros celtas, y monedas de oro bizantinas taparon la boca a los cadáveres de la dinastía Tang o fueron transformadas por sus nobles en joyas, aún grabadas con los símbolos de la monarquía cristiana.

Y uno podía volverse loco, pensé, intentando averiguar el origen de las cosas más sencillas. Los pepinos de mi arroz regresarían a India, supuse, el sésamo del pan a Asia Central. Imaginé que las cebollas del plato de mi vecino salían volando con rumbo al oeste, mientras sus pistachos desaparecían con destino a Persia. China, naturalmente, reclamaría las servilletas de papel, y la rosa que se estaba marchitando en el mostrador; mientras, las complejidades de la metalurgia del hierro repartirían nuestros cubiertos entre este y oeste. ¿Y qué había de nosotros, me pregunté, de nuestra sangre compleja (a estas alturas ya estaba ahíto de arroz)? Por el fantasma de la Ruta de la Seda, entre los habitantes actuales, análisis de hemoglobina y ADN han hallado un rastro indeleble que une China occidental con el lejano Mediterráneo. Así pues, ¿quién era exactamente la esposa de ojos verdes del dueño del restaurante, quien ahora se estaba llevando mi plato? Quizá...

Pero mi autobús estaba a punto de salir...



Hotan es la última de las grandes ciudades uigures, retirada al borde del desierto en un vasto oasis intrincadamente irrigado. Ahora que el ferrocarril ha llegado a su ciudad gemela, Kashgar, y los chinos están entrando en grandes oleadas, Hotan se ha convertido en el baluarte y refugio de la pureza uigur. Cuando uno se aproxima, y sale un pálido sol, los álamos que bordean la

carretera la separan de la arena. Aquí y allá, entre los arrabales de barro, una casa más distinguida da sombra a su patio con un porche de madera o está tapizada de enredaderas, y mezquitas precedidas por esbeltas puertas con torres y rodeadas de murallas almenadas se erigen entre los huertos.

En el centro urbano, las anchas calles chinas no tardan en estrecharse y el mundo pertenece a agricultores y comerciantes, a mujeres que visten resplandecientes sedas hiladas en oro, a grupos de jóvenes ocupados solo a medias y a conductores de carros que llevan rosas en la oreja. Largos soportales de dos pisos se bambolean sobre los bazares y parecen haber envejecido prematuramente, como las gentes que cobijan, con los vivos colores de su pintura cada vez más desvaídos.

No obstante, Hotan fue un reino en otro tiempo. Hace más de dos mil años, después de ser poblada desde India noroccidental, se convirtió en una exuberante y sofisticada ciudad-estado, famosa por sus sedas, jade y papel. Sus ciudadanos eran entendidos en danzas y músicas, sumamente corteses y astutos. Viajeros chinos escribieron, asombrados, que estas gentes de ojos hundidos y nariz prominente se saludaban hincando una rodilla en el suelo y que, siempre que recibían una carta, se la llevaban a la frente en señal de respeto. Sus mujeres, para horror de los chinos, llevaban cinturones y pantalones y montaban a caballo como los hombres; y una franca naturalidad, con rumores de promiscuidad, sigue caracterizándolas.

Esta ciudad sensual y tolerante era un paraíso budista. El monje Hsuan-tsang refirió en el siglo VII que en su oasis había un sinfín de monasterios y abundaban los milagros. Ermitaños irradiaban luz desde sus bosques y estatuas de Buda volaban mágicamente por la noche. En las fisuras de los montes Kunlun, hombres santos meditaban tan intensamente que casi se convertían en cadáveres; pero el pelo les seguía creciendo y chamanes iban a afeitarlos.

Hallé el enclave de todo este fervor y ceremonial lejos de la ciudad moderna, en el seno del oasis, desierto. Solo una inmensa depresión poco profunda marcaba sus confines, donde no quedaba nada. Una niebla matutina flotaba sobre los arrozales que colindaban con ella, bañando los taludes de barro y los canales de riego de una suave luz irreal, mientras, a lo lejos, un anfiteatro de álamos la rodeaba, como si le rindiera homenaje. Caminé entre

los campos ligeramente desconcertado. Enjambres de diminutas ranas se apiñaban en los bordes de las charcas. A lo lejos, oí el eco de los cucos. Aquí y allá, el agua había traído fragmentos de cerámica marrón que se habían quedado en los remansos. Durante siglos, la ciudad se había ido pudriendo bajo la húmeda tierra, que había descompuesto madera y arcilla por igual, y los habitantes locales cribaban continuamente el suelo en busca de tesoros.

Solo los fragmentos resistentes sobrevivían: figurillas y sellos de cerámica, y los millares de copos de pan de oro que habían tapizado palacios y templos. Pero estos vestigios eran de una diversidad asombrosa: grabados de deidades del culto al viento y dioses sol montados en su carro, grifones y monedas con símbolos indios en una cara, chinos en la otra. Estatuas budistas helenizadas mezcladas con signos del cristianismo nestoriano y Zoroastro. El agua había traído bigotudas cabezas indias junto con bajorrelieves romanos. Los objetos más extraños, aún sin explicar, quizá fueran los montones de vulgares monitos de terracota—aquí, los monos auténticos eran desconocidos—que imitaban a los humanos en todo su abanico de actividades domésticas: amamantar a bebés, celebrar banquetes, tocar flautas, copular, tocar los címbalos.

Pero ahora esta tierra cribada estaba por fin en paz. Los altavoces que promovían el control de natalidad en un pueblo lejano quedaban ahogados por el canto de las lavanderas. La niebla no llegó a disiparse, sino que siguió flotando como si estuviera pintada, sobre una desolación pintada. Pero en algún lugar bajo mis pies, en una ceremonia que duraba catorce días, carrozas monásticas que parecían templos rodantes habían transportado en otro tiempo sus tallas de Budas y devas engalanadas con oro y plata y el rey y sus esposas habían acudido descalzos a la puerta de la ciudad para recibirlos, se habían postrado y habían sembrado el suelo de flores. Solo en el siglo X, tras violentas guerras con la Kashgar islámica, fue derrotado el reino; luego vinieron los mongoles, y la tierra lo sepultó.

Quizá fuera la desaparición de la ciudad, descompuesta por las aguas del oasis, lo que me impulsaba a fijarme en el desierto circundante. Pero a un día

de camino, yo lo sabía, había pervivido entre la arena un vestigio aislado del reino: un gran stupa budista descubierto por Aurel Stein hacía más de un siglo. Encontré una guía sin trabajo que había estado allí en una ocasión, una mujer uigur que sabía dónde alquilar un Land Rover y camellos. Gul había sido guapa, e incluso ahora, a su mediana edad, los ojos le brillaban con viveza bajo sus marcadas cejas, y se vistió para el desierto como si fuera a una fiesta.

Estuvimos una hora conduciendo por las praderas que bordeaban el oasis hasta llegar a unos cobertizos de madera que se estaban desintegrando alrededor de un pozo. No había nadie a la vista. Por delante de nosotros, un débil sol alumbraba el desierto. Entonces, vimos a lo lejos, viniendo por las dunas salpicadas de matojos, a un pastor que traía camellos—enormes bestias despeluchadas con las gibas flojas y las orejas mordidas—, y una hora después nos estábamos internando en el desierto con el calor de mayo. Sentado en mantas de fieltro extendidas sobre un armazón de madera, observé cómo se iba aclarando la maleza. El sol, una lámpara escarchada cuando nos habíamos puesto en camino, disolvió la neblina y brilló implacable sobre dunas ambarinas que se ondulaban hasta perderse en el horizonte. Por delante de mí, el camellero montaba en silencio y Gul, con una pamelita blanca adornada con un lazo de muselina y las faldas tapándole parte de las botas de piel, montaba su animal con delicadeza y se abanicaba con un pañuelo lila.

Reinaba un silencio absoluto. Las pezuñas planas de los camellos pisaban la arena sin hacer ruido. Únicamente las cinchas de nuestras sillas de montar, donde las gibas de las bestias caían a un lado como bolsas vacías, crujían al ritmo de sus pasos. A todo nuestro alrededor, las dunas estaban surcadas por ondas concéntricas, como si les hubieran pasado un peine gigantesco, y se ondulaban para crear un paisaje homogéneo que irradiaba una paz escultural. Pero aquí y allá, donde había aguas freáticas, brotaba una llameante sarga roja o un tamarindo cuajado de nidos de halcón se alzaba inesperadamente como un enmarañado manchón verde, y en la arena en apariencia inerte una serpiente o lagarto había dejado su plumoso rastro.

Entonces, un extraño espejismo se formó en la lejanía. Las laderas y valles de las dunas que se sucedían a lo lejos, y el signo de puntuación de los tamarindos, crearon la fantasía de que aquí se había petrificado hacía tiempo

un paisaje de campos y aldeas cercados por setos y de que estábamos transitando por lo que antaño había sido una tierra bucólica. Fugazmente, pude creerme la leyenda uigur de que este fue antiguamente un país de lagos y ciudades. Takla Makan, me gritó Gul, podía significar «patria» en uigur y se decía que su civilización había muerto ahogada en un gran huracán que había durado cuarenta y nueve días. Ahora lo llamaban «el mar de la muerte».

El paisaje se tornó más desolado, más inhóspito. Los tamarindos se desintegraron en ramillas secas semejantes a huesos de pollo, esparcidas por los montículos donde habían crecido. En las dunas, la grava pulverizada centelleaba por su contenido en cuarzo. Los camellos avanzaban fácilmente por el desierto, como si regresaran a la prehistoria. Erigiéndose por delante de mí, el arrugado cuello de mi animal había mudado el pelo hasta la coronilla de color malva, donde aún quedaban unos cuantos tirabuzones de pelo castaño rojizo, como en los cráneos de las momias de Qiemo.

Súbitamente, el camellero, exclamando «¡Rawak!», señaló algo y todos miramos, entornando los ojos por el sol. A un kilómetro y medio, más pálida que las pálidas arenas que la rodeaban, resplandecía una construcción asilada. El afluente que la había nutrido se había filtrado a la capa freática hacía ya tiempo y su oasis había desaparecido, dejando este pálido santuario amarillo para perturbar el desierto con sus escalonados pisos de ladrillo. Incluso en su decrepitud, irradiaba una elegante simplicidad: un templo circular erigido sobre una base en forma de estrella, con escaleras en cuatro costados para subir a él.

Cuando estuvimos más cerca, vimos un tambor roto erigiéndose entre los escombros de sus pisos escalonados, con la cúpula desmoronada, y un rectángulo de muralla ondulándose sobre la arena. Pasamos junto a la cabaña de su vigilante, que no estaba, y nuestros camellos se hincaron de rodillas.

Cruzamos las murallas por una puerta desaparecida. Estaban semienterradas bajo las dunas, que las habían tapado o se habían colado por sus brechas. Por encima de mí, el stupa tenía una costra de arena coagulada y sus escaleras estaban derruidas; pero sus cremosos pisos superiores de ladrillo se mantenían en pie, proyectando hacia el cielo su brillante tambor sin cúpula.

Fue en el patio semienterrado donde, en 1901, Stein excavó más de noventa estatuas colosales. En este país sin piedra habían sido modeladas en estuco sobre armazones de madera: imponentes Budas y bodhisattvas más grandes que un hombre, cuyas pesadas cabezas de ojos almendrados—muchas se habían caído—miraban soñolientamente hacia abajo. La caída de sus ropajes, ceñidos al contorno de su cuerpo, revelaba el legado griego procedente del tramo alto del río Indo, conquistado por Alejandro seiscientos años antes.

Pero la madera de su armazón se había podrido; eran meras carcasas huecas, imposibles de transportar. A regañadientes, Stein volvió a enterrarlas—fue extrañamente como un sepelio humano, escribió—, pero al cabo de unos años buscadores chinos de jade las habían desenterrado y hecho pedazos. Desde entonces, las dunas se habían movido y vuelto a formar; en la mitad de la muralla, alcanzaban nueve metros de altura, sepultando cualquier artefacto que quedara.

Mientras caminaba bajo la muralla nororiental, donde restos de un parapeto habían quedado a la vista, vislumbré trozos del estuco pintado de blanco que antaño había revestido el templo entero; y aquí, junto a la lisa pared, descubrí, con las manos temblándome, el torso hueco de una estatua. Gul y el pastor estaban descansando cerca de los camellos y nadie compartió conmigo esta furtiva violación. La figura era asombrosamente vulnerable. Al retirar la arena, vi que le faltaba la cabeza. Era una carcasa curvada y acanalada, de arcilla roja, pintada de color rosa pálido. Hundí las manos en la arena y seguí con los dedos los pliegues de sus ropajes bajo la superficie de la duna. Luego volví a cubrir la estatua y hasta tapé mis huellas con arena. Había refrescado. El viento se colaba por las grietas del stupa y el desierto vibraba ahora con un velo de arena flotante.

Cuando volví, Gul estaba impaciente por ponerse en camino. Los camellos estaban ocupados masticando la paja de la cabaña del vigilante. Con sus cabezas prehistóricas, sus cuellos sin pelo y sus largas pestañas dobles—una protección contra las tormentas de arena—, parecían seductores reptiles. Cuando fuimos a montarlos, se quejaron con extraños gruñidos al agacharse y luego se levantaron con malhumor. Sus sillas mal aseguradas se

descompensaron y primero el pastor y luego Gul se cayeron al suelo. Por un minuto, Gul se quedó en el suelo doblada de dolor, gimiendo. Yo bajé torpemente de mi camello y me quedé de pie frente a ella sin saber qué hacer. Gul se puso entonces a llorar, sujetándose el pecho izquierdo. Algo blando me cayó en el hombro—un grumo verde de paja escupido por su camello—cuando me incliné para sostenerla. Ella dijo entrecortadamente: «Estoy bien, estoy bien». Pero, por debajo de su chaqueta desgarrada, vi el sostén acolchado de una mastectomía. No estaba dolorida, sino asustada. Un instante después, se había sacudido la arena del cuerpo, avergonzada, y estaba reprendiendo a su camello.

Con cautela, después de apretar bien las cinchas, iniciamos el camino de regreso bajo la luz crepuscular, siguiendo la estela que habíamos dejado. Detrás de nosotros, el stupa volvió a hacerse uno con el desierto, como si lo hubiéramos imaginado. Una hora después, el sol se había puesto y salieron unas cuantas estrellas de débil brillo. El viento empezó a soplar con más fuerza, levantando la arena de las crestas de las dunas, y para cuando llegamos, todo rastro de nuestro paso se había borrado.

—Ahora la gente tiene miedo. Han visto la guerra de Iraq y el World Trade Center en televisión, todos los campesinos tienen televisión, y cree que Estados Unidos o China podrían hacer cualquier cosa.—Pero Gul no comparte este miedo. En la penumbra, una sonrisa ilumina su rostro ajado y ella vuelve a ser hermosa—. Normalmente, los campesinos solo ven dos canales: kung fu y deportes. Solo quieren que los dejen en paz. Nunca han tenido ninguna opinión sobre al Qaeda ni sobre Saddam Hussein. A nosotros, todo eso nos parece lejano.

Estamos sentados en un banco de madera en una callejuela de los arrabales, donde panaderos están dorando enormes pasteles de carne. Un desfile de carretas de burros regresa a casa. Nos comemos nuestro pastel de carne y miramos la calle débilmente iluminada, de cuyos árboles cuelgan pancartas que promueven el control de natalidad.

—Pero los campesinos no saben leer—dice Gul—. Para ellos, las

pancartas son solo un adorno.

Se quita el pañuelo que lleva en la cabeza y advierte mi ligera sorpresa.

—Aquí da igual. Nosotros no somos un pueblo realmente islámico, no profundamente. Si fuera usted al campo por la noche, se encontraría a los campesinos borrachos en el borde de la carretera. Beben a escondidas, vino del valle del río Ili, principalmente. Incluso las mujeres beben un aguardiente casero de rosa o granada y se ponen coloradas.—Se ríe con despreocupación—
—Podemos parecer devotos, pero no lo somos.

En la concurrida calle, donde las mujeres van sentadas con las piernas colgando en las carretas que pasan y sus conductores hacen chasquear el látigo, parece que Gul pertenezca a otra raza. Se ha vuelto a abotonar la chaqueta desgarrada y los cabellos le llegan a los hombros. Los ojos le brillan con estoicismo.

—Ahora, Hotan está llena de prostitutas, campesinas chinas de Sihuan y Hunan, que solo saben acostarse con hombres. Aparecen incluso en las fiestas religiosas, en todos los sitios donde los hombres van sin sus mujeres.—
Cambia de postura, furiosa—. Dicen que las mujeres de Hotan también somos promiscuas. Es una vieja idea: hay muchas historias picantes sobre nosotras.
—Se mira la chaqueta desgarrada, comprobando que la lleva bien abrochada—
—Pero, de hecho, ahora nuestros maridos nos dan miedo, porque todo ha cambiado. Hace doce años mi hermana se divorció porque su marido tenía una aventura. Ahora es frecuente, y todo el mundo lo aguanta. Pero nosotras no toleraríamos la alternativa islámica, que los hombres tuvieran cuatro esposas, incluso si necesitáramos ayuda con la casa.—
Deja su pastel de carne y escupe un trozo de ternilla en su mano, enojada por algo que no sé—. Incluso durante mi enfermedad, mi marido no hizo nada.

—¿Enfermedad?—Pero yo ya lo había deducido.

—Hace dos años me encontraron un bulto.—Se toca el pecho—. Si se hubiera extendido, ahora yo estaría muerta. En vez de eso, me sometieron a siete sesiones de quimioterapia.—Quizá por eso se deja sueltos los largos cabellos—. Pero mi empresa se negó a pagar. El director cambió las normas rápidamente y se lavó las manos. Así que tuvimos que pagarlo nosotros. Mi marido solo gana un sueldo de policía, pero lo conseguimos. Poco después, el

director se quedó paralizado por una apoplejía, lo que quizá fue un castigo de Dios.—Se ríe implacablemente—. Comió demasiados pinchos de cordero. Y ahora no puede hablar ni andar...

Pero a ella no le preocupa el empleo que ha perdido, ni su matrimonio quizá indiferente, ni tan siquiera su cáncer. Sin que yo le pregunte, aflora una obsesión más honda. Es el poder de otra mujer. Esta tiránica belleza, la hermana de su marido—yo solo la veo a través de los ojos de Gul—, se pasea envuelta en sedas y engalanada con pulseras de oro macizo. Su voluntad e inteligencia son atemorizantes. Se ha casado con el alcalde de Hotan y es ella quien manda.

—Lo único que no pudo tener fue una hija—dice Gul—. Si yo hubiera alumbrado una, se la habría llevado. Cada vez que iba al hospital a dar a luz, ella se quedaba pegada al teléfono, esperando. ¿Es niña, es niña? Pero yo solo he tenido hijos varones.

—¿Pensaba que usted se la daría?

—No. Pensaba que se la podría llevar.—Gul deja de mirarme a los ojos—. No creo que yo la hubiera podido detener. Era muy poderosa, muy rica. Nosotros somos pobres.

—Parece que sea un monstruo.

—No, no exactamente. Es extraño. Cuando me operaron de cáncer le preocupaba que yo muriera y mi hijo pequeño se quedara sin madre. Dijo que, si algo me pasaba, ella lo criaría... Él es guapo, como era ella.

—¿Era?

—Sí. El octubre pasado me prometió un empleo en el ayuntamiento. Me habría cambiado la vida. Un trabajo con sueldo en vez de esta precariedad... Un mes después, estaba muerta.

—¿Cómo?—Esta mujer también estaba empezando a afectarme a mí.

—En la carretera que cruza el desierto. Condujo ella en vez de su chofer. Le gustaba hacer eso. Debió de quedarse dormida. Murió a ciento cincuenta kilómetros por hora.—Gul se vuelve hacia el lugar donde los burros trotan en la oscuridad de la noche—. Entonces mi vida cambió. Ella era hermosa, siempre llevaba vestidos espléndidos. Pero la trajeron del desierto aquella mañana, y en cuestión de horas, estaba enterrada con una mortaja de algodón

que cuesta sesenta kwai. Es la costumbre musulmana. Diez metros de tela blanca tejida a mano, cosida. Luego, se coloca directamente en la tierra.

Gul está demacrada, como si también a ella se le estuviera agotando la vida. Dice:

—Incluso muerta era poderosa. Su marido compró una parcela de tierra para su tumba y todos sus parientes, mi marido incluido, serán enterrados a su alrededor.

Ella sigue palpablemente impresionada, como si hubiera personas a quienes no pudiera sobrevenirles la muerte.

—Y ahora ya casi no pienso en mi profesión, ni en dinero. Nada es muy importante, ¿no?



El único propósito que una mariposa de seda tiene en la vida es reproducirse. Durante sus dos meses de existencia no come nunca ni puede volar. En vez de eso, esta hermosa *Bombyx mori* pone huevos de los que salen larvas tan finas como pelos: una descendencia tan liviana que de unos veintinueve gramos de huevos nacen más de cuarenta mil gusanos.

Estos se ponen a comer vorazmente de inmediato. Su único alimento es la morera blanca, cuyos esqueletos desmochados llenan los campos de Hotan. Las familias campesinas dedican días y noches a alimentarlos, con un cuidado ancestral que ninguna máquina puede igualar. Ciego, casi inmóvil, el gusano de seda se ha visto sometido por milenios de cultivo a depender irremediablemente de los humanos. Los capullos son como bebés neuróticos. Solo se desarrollan si los alimentan con hojas frescas, recogidas cuando el rocío se ha evaporado, y se la sirven, a ser posible, cada media hora. Idealmente, los brotes de morera deberían tener la misma edad que ellos.

En cinco delirantes semanas, consumen treinta mil veces su peso al nacer. Sus mandíbulas hacen, al masticar, un ruido parecido al de la lluvia que cae. Hace siglos, los chinos descubrieron que el color de sus patas anteriores

anunciaba el tono de la seda que segregarían. Cambios bruscos de temperatura o la falta de higiene, cualquier ruido u olor repentino, les destroza los nervios y puede matarlos. Pero, al cabo de un mes, cada gusano de seda ha multiplicado por cuatro mil su peso inicial y se ha convertido en una oruga inflada con la piel tan tersa como un tambor y una cabeza diminuta.

Entonces, de repente, cuando ha mudado la piel y adquirido una cremosa transparencia, el gusano de seda deja de comer. Durante tres días, la futura seda fluye de sus glándulas salivares en dos hilos incoloros que se sueldan instantáneamente y el gusano los enrolla a su alrededor con peculiares movimientos de la cabeza en forma de ocho. Incluso cuando se ha encerrado herméticamente en su mortaja, se lo puede oír a veces, segregando débilmente seda.

Llega entonces «el gran despertar», como lo llaman los chinos. Al cabo de catorce días, envuelta en una crisálida interior, la futura mariposa tiene las alas y las patas dobladas sobre el pecho. Luego empieza a moverse, revienta el capullo y sale, con un brillo ensoñador, a la luz del sol.

Pero, para el sericultor y las rústicas fábricas diseminadas por todo el oasis, el caparazón reventado es inservible por tener rotas sus hebras. Por ello, unos días después de que los gusanos se hayan envuelto en su mortaja, la cosecha se calienta al vapor y ellos mueren dentro del capullo.

En la pequeña fábrica que estoy visitando, estos capullos, livianos e intactos, me repiquetean en las manos. Son blanquecinos y afelpados. Una mujer está sentada descalza junto a un fogón de carbón y los sumerge en una humeante caldera. Los remueve para que se ablanden y luego los levanta, formando una trama dorada, como una red de pesca con bígaros presos en ella. Los hilos por separado son casi invisibles. Parecen una lluvia fina y pegajosa al tacto. Junto a la mujer, flotan en la caldera los patéticos restos de lo que parecen ser nueces sin cáscara y ennegrecidas: las pupas muertas de *Bombyx mori*.

La mujer me ofrece un capullo en sus manos enrojecidas. Yo lo toco asombrado. De su núcleo emerge un filamento tan resistente que una soga de seda es más fuerte que cualquier cable de acero del mismo calibre, un tejido que perdura intacto en tumbas donde todo lo demás se ha desintegrado. Un

solo capullo puede producir más de un kilómetro y medio de fibra. Una mujer de más edad introduce estas fibras en una anilla, soldando unas veinte para formar una sola hebra, y luego las hila en un torno de hierro.

Camino entre los telares por una sala que tiene el suelo de ladrillo. La seda cruda cuelga en madejas en los extremos de los telares, con piedras atadas a ellas que caen por agujeros practicados en el suelo. Los tejedores son todos hombres o muchachos. No se oye nada salvo un sonido metálico amortiguado y el ruido sordo de los pedales sujetos por cuerdas a sus armazones. Los telares parecen absurdamente delicados: andamios hechos con cerillas, cuerda y piedras. El aire está impregnado de polvo. Nada parece haber cambiado de como siempre ha sido. Solo una anciana hila la trama con la ayuda de dos ruedas de bicicleta.

Fue desde Hotan, quizá, no desde el seno de China, desde donde se divulgaron los secretos celosamente guardados de la sericultura. Viejas leyendas narran esta traición. Una princesa china consentida, dicen, prometida con el rey de Hotan, pasó por la frontera las semillas de morera y los gusanos de seda ocultos en sus tocados y el convento donde ella los cultivó aún seguía en pie en tiempos de Hsuan-tsang. Más de un siglo después de su muerte, en torno a 552, huevos de gusano de seda llegaron a Constantinopla ocultos en las varas de dos monjes nestorianos que venían, según parece, de Hotan. Y el multiseccular monopolio de China concluyó.

Durante más de la mitad del año, el cielo de la ciudad tenía un opaco color hueso por la arena invisible que lo impregnaba y el sol solo era una moneda blanca arrojada en él. Desde los invisibles montes Kunlun, los ríos Jade Negro y Jade Blanco emergían serpenteando de la bruma entre cúmulos de sedimentos y guijarros, fluyendo por el oasis de camino al desierto. Los esquivos montes Kunlun parecían haberse retraído para siempre en un frío aislamiento. Aquí, en la imaginación china, florecían los jardines de la inmortalidad y la blanca tierra de la muerte, donde la reina madre de Occidente gobernaba desde su montaña de jade situada en la puerta del cielo.

El jade traído por estos dos ríos era, por tanto, el fortuito detrito de otro

mundo. En el tercer milenio a. C., antes de que existiera una Ruta de la Seda oficial, una ruta del jade recorrió este mismo camino, transportando la piedra al oeste hasta Mesopotamia y al este hasta China, cuyos emperadores la veneraban profundamente. En otoño, cuando el caudal de los ríos ha bajado, la gente aún camina por ellos con los brazos entrelazados, palpando el lecho con los pies en busca de jade. Las mujeres son las más aptas para encontrarlo—atraen el *yang* masculino de la piedra—y a menudo peinaban las aguas con luna llena—. El jade, decían algunos, era luz de luna cristalizada.

Me metí en el río Jade Blanco con Osman, un viejo taxista que en una ocasión había encontrado un jade más grande que su puño, decía. Había unas cuantas familias en los bancos de grava, cavando con pequeñas palas. Yo había visto vender piedras en las calles de Hotan, una del tamaño de un balón de fútbol, pero en estos tiempos, dijo Osman, la gente cada vez encontraba menos. Él iba repitiendo «Alá, Alá» mientras caminaba por el río, y a veces rezaba el rosario. Cada vez que uno pronunciaba el nombre de Alá, dijo, alargaba su vida. Tenía los ojos cansados y dulces y una cascada de barba. Debería haberse jubilado hacía mucho, pero en casa tenía a cuatro parientes ancianos bajo su cargo.

En varias ocasiones, creí haber encontrado un jade. Y también él. Dentro del agua, las piedras tenían una translúcida tonalidad verde oliva; pero, una vez secas en el bolsillo, se convertían en piedras corrientes y nosotros volvíamos a arrojarlas desconsoladamente al río. Me di cuenta de que no sabía qué estaba buscando. El color de la nefrita, la variedad de jade que tanto ha cautivado a China, podía abarcar desde el negro o el verde espinaca hasta diversas tonalidades de rojo o el apreciado «blanco como la grasa cortada». La mitad de las piedras que había bajo el agua podían persuadirme de que eran jade.

Entonces, cerca de la orilla, los dedos de mis pies palparon un guijarro más liso que los demás. Tenía un brillo verde musgo y un tacto ligeramente oleaginoso, como el de la nefrita. Me lo metí en el bolsillo sintiendo a la vez vanidad y culpa por el hecho de que Osman, con la ayuda de Alá, no hubiera encontrado nada. El fragmento parecía una llave o un talismán. Tenía a China en mi bolsillo. Ninguna piedra preciosa ha fascinado nunca tanto a un pueblo.

Para Confucio, el jade simbolizaba las virtudes del hombre perfecto: fuerte como la inteligencia, húmedo y liso como la benevolencia, leal, humilde (con él se hacían las cuentas de los rosarios), recto. Suscitaba un temor reverencial. Solo el emperador, el Hijo del Cielo, podía utilizar la variedad pura blanca, y los príncipes y mandarines por debajo de él llevaban tablillas de jade cuyo color y variedad indicaban su rango con precisión. En el solsticio de invierno, el jade se quemaba en un altar de fuego y los animales sacrificados y servidos en platos de jade tenían el color del báculo de nefrita del emperador. Su autoridad misma descansaba sobre seis sellos ancestrales—con un séptimo que era secreto—de jade blanco grabado.

Hubo aquellos para quienes la piedra se convirtió en una locura. El emperador Qianlong del siglo XVIII le compuso ochocientos poemas y solo dormía en camas que fueran de jade. Vital para la astrología y la adivinación, el jade volvía a las personas invisibles y les permitía volar. Con él se esculpieron estatuillas (incluso de los caballos danzantes de Xuanzong) y todos los recipientes para las ceremonias del Estado; guarneció espadas y cinturones—los estetas cortesanos tintineaban al andar—y se convirtió en horquillas, campanas y flautas. Colgado en armazones, emitía una música celestial.

Sobre todo, prometía la inmortalidad. Los ricos tomaban a veces jade en polvo o lo bebían en licor, mezclado con arroz y agua del rocío. A su muerte, creían que los protegería de la descomposición y aceleraría su resurrección. Amuletos de jade cubrían los ojos, la lengua y los labios del cadáver, cerraban sus orificios y le enfundaban el pene. Los príncipes eran sepultados como espléndidos reptiles, cubiertos de la cabeza a los pies de placas de jade unidas por hilo de oro.

En mi bolsillo, acaricié la piedra como un amuleto. Su simbolismo a floraba por doquier. En la literatura china, la lustrosa luminosidad del jade lo convirtió en una metáfora de la pureza de la piel femenina y viejos manuales de sexualidad glorificaban la entrada del tallo de jade en el jardín de jade hasta que manaban fuentes de jade. En un plano completamente distinto, los emperadores de la antigüedad ordenaban al jade que aplacara tormentas e inundaciones y se lo bebían como afrodisíaco.

Me adelanté un poco para examinar a solas mi fragmento. Pero, cuando abrí las manos, solo vi un guijarro de gneis gris. Rebusqué en mis otros bolsillos, comenzando a desilusionarme. No había nada más. No iba a volar, ni a ser inmortal. Como todas las demás piedras, esta se había tornado mate. Y pronto Osman estaba viniendo hacia mí con las manos vacías, riéndose entre dientes, y con ganas de irse a casa.



Estoy sentado en la mesa de un restaurante junto a una silla vacía. El humo vuelve azul el aire. La soledad se acusa más en los sitios públicos. Fideos suoman en un mar de tomates fritos, pan plano y laghman especiado: sus olores dormitan en el ambiente.

Entonces, un hombre se sienta a mi lado. Es corpulento e inquieto, y se pone a hablar de nada en particular. Tengo la sensación de que me está poniendo a prueba. Bajo su gorra plana, tiene la cara de color café, encendida. Al cabo de un rato, dice:

—Usted es ruso.

—Soy inglés. ¿Es usted uigur?

—No importa. Sí, soy uigur. Pero acaban de concederme la nacionalidad kazaja.—Me enseña su nuevo pasaporte—. Mi mujer es kazaja.

—¿Por qué está aquí?

—No estoy aquí. Ahora mi familia está toda en Kazajstán. Y yo me voy mañana.—Entonces estalla en él una ira impetuosa. Hay sentimientos que tiene que expresar a alguien, antes de que sea demasiado tarde. Mira furiosamente a su alrededor y se pone a hablar en ruso—. Me largo de esta sociedad asquerosa. Estos chinos cabrones. ¿Sabe cuántos se están estableciendo en mi tierra todos los días?

Siete mil, he oído: un silencioso genocidio demográfico. En 1949, en los albores del dominio comunista, había menos de trescientos mil chinos en la provincia. Ahora, llegando en resueltas oleadas cada vez más numerosas, ya

eran más que los ocho millones de uigures.

—Esto es una ocupación militar—dice el hombre—. Es como Tibet. Es como Kosovo. Es como...—Se queda sin paralelismos; entonces, coge mi tenedor y se lo lleva al pecho—. ¿Podría coger esto y decir que es mío? ¡No! Pero eso es lo que están haciendo ellos.—Deja el tenedor en la mesa—. Estos chinos... mierda... van... van a tener que irse de nuestro país.

—Eso no va a pasar—digo yo sin piedad—. Su país es demasiado rico.— Sus inmensos campos de gas y el petróleo que se había descubierto recientemente ya estaban abasteciendo las industrias de la costa pacífica. Aquí había más recursos minerales que en todo el resto de China.

El hombre se quita bruscamente la gorra. Tiene una cabeza inmensa y se está quedando calvo.

—Sí, mi país es rico, y ellos lo están destruyendo. Viven en sus asquerosas torres de pisos y construyen grandes ciudades llenas de contaminación. Y adoraban a Stalin, los chinos.—Junta las manos—. Creo que no tienen alma. En la escuela, los maestros chinos nos decían que descendíamos de los monos. ¡Monos! Y los chinos comen monos. Se comen a sus antepasados...

De no ser por la grave situación de su pueblo, yo creería que está reaccionando de un modo exagerado, que es un provocador, quizá. Pero su furia es antigua. Él la lleva como una virtud.

—Quieren lavarnos el cerebro. En la escuela, nos obligan a aprender chino, igual que los esclavos negros aprendieron inglés. ¡Un idioma extranjero! ¡Un impostor!—Mira a su alrededor, pero las mesas están llenas de uigures divirtiéndose—. Crean puestos de trabajo, sí, y luego los ocupan ellos. Nunca encontrará a un uigur con un empleo decente. Ni siquiera en el ejército, un teniente, sí, un capitán, tal vez. Pero ningún rango superior. Somos carne de cañón. Mi hermano se fue hace años. Se alistó en el ejército en Rusia, estaba en astronáutica, en el servicio secreto, y fue ascendido mientras gobernaba Dudayev, el general checheno en Moscú, antes de que Dudayev se volviera contra los rusos. Somos hermanos, los chechenos y los uigures, y los uzbekos, los kazajos y los kirguizes.—Alza los brazos—. ¡Todos hermanos turcos!

—Sí...—musito yo. Pero es una identidad frágil. Durante siglos, los uigures se habían relacionado más apasionadamente con sus distintos oasis

que con cualquier hipotético estado. El mismo nombre de uigures, irónicamente, tras resurgir en la década de 1930, había sido impuesto por la Beijing comunista, concediendo involuntariamente una nacionalidad a sus portadores. Sobre todo, quizá, es el odio al opresor lo que ha convertido a estos pueblos diseminados y diluidos en una precaria nación.

—Este sitio está muerto—dice el hombre—. Kirguizistán no es maravilloso, buscaré empleo en una fábrica, pero es mejor que esto. Aquí la libertad es un engaño. Dices lo que piensas y...—Se pone la mano cruzada en la garganta—. Pero, si nos decidiéramos, ¿podríamos echarlos!—Dispara un fusil imaginario con amargo regocijo—. ¡Sí!

—No—digo yo—. Son demasiados.

—¿Podríamos hacerlo! A lo mejor los americanos nos ayudarían. Aquí es como en Iraq, la represión. Vendrían a ayudarnos... y los británicos...

Creo que ha olvidado mi nacionalidad. Me siento avergonzado.

—No...

Me invade una sensación de impotencia. Aquí estallan continuamente rebeliones y sublevaciones desde que los comunistas accedieron al poder en 1949 y la respuesta china siempre ha sido despiadada: arrestos masivos, cursos de adoctrinamiento, ejecuciones públicas y la desaparición de millares de sospechosos en campos de trabajos forzados. En la década de 1990, especialmente, después de que estados centroasiáticos vecinos adquirieran la independencia, las tensiones habían aumentado; y desde el ataque al World Trade Center, Estados Unidos, en un golpe de suerte político para Beijing, había condenado el oscuro Movimiento Islámico del Turquestán Oriental por actos que el movimiento negó.

El restaurante está cerrando. Un hombre con el pelo apelmazado se ha quedado detrás de nosotros y está escuchando. Tiene la barba hirsuta, la frente hundida surcada de arrugas y ojos de miope.

Por primera vez mi compañero parece nervioso.

—La KGB china—murmura. Se vuelve para mirar al hombre, que no se mueve.

—No es más que un granjero—digo yo.

—Es chino. Tienen ese aspecto, los de la KGB china. Se lo digo yo. Lo sé.

Son campesinos.

El hombre se retira, mirándonos desconcertado con sus ojos pequeños. Pero mi compañero se ha levantado y se está marchando.

—Ya se lo decía yo.—Está temblando de miedo o de ira, no sé distinguirlo. Ahora, también yo estoy temblando por dentro, como si se hubiera levantado un frío viento—. No tienen alma.



Abriéndose paso por el gigantesco oasis con su taxi viejo y bien cuidado, Osman me condujo a cementerios, templos y solitarios mazars, las tumbas de hombres santos. Tenía la cabeza llena de historias prodigiosas. Conocía cuevas donde las arañas habían tejido telarañas para proteger a los peregrinos musulmanes que se ocultaban en ellas, y un lugar donde los trigales se habían convertido en piedra para matar de hambre a los infieles. Pero con la edad había desarrollado profundas convicciones. Reducía la marcha delante de cada árbol enfermo con tierna indignación—los nogales y las moreras estaban enfermos aquel año—y en una ocasión se desvió por un canal de riego para sortear una abubilla que estaba picoteando en la carretera. Le habría gustado que yo me hiciera musulmán, creo, y me hacía repetir «No hay más Dios que Alá», como si su poder invocador pudiera obrar algún bien.

Pero los templos en los que entramos rebosaban herejía. En un gran cementerio—un polvoriento mar de tumbas al borde del desierto—, las losas y lápidas estaban repletas de tridentes chamánicos y ruedas budistas. Un cartel oficial chino lo designaba como enclave histórico, y por tanto protegido—y cauterizado—. Pero estaba atestado de muertos recientes, y de una larga fe.

En el más sagrado de estos enclaves, la tumba del imán Asmu, se debería estar celebrando un festival, dijo Osman, pero los chinos se habían escudado en la epidemia de neumonía atípica para mantener a sus fieles alejados. Recorrimos tristes campos. Las moreras habían enfermado en sus zanjias, convirtiéndose en matas rojizas, y la arena las estaba tapando. Nuestra pista

terminaba en un cadáver de palmeras datileras al borde del desierto. Una tormenta se estaba formando sobre las dunas. En otros años, dijo Osman, el camino estaba bordeado de pordioseros y abdals—derviches que, según se rumoreaba, vagaban víctimas de una maldición—, y los peregrinos les daban pasas. Ahora, un único anciano con la ropa hecha jirones y los ojos de un vítreo color azul, ciegos, alzó su consumido rostro mongol hacia nosotros y se llevó las manos a las mejillas para bendecirnos cuando pasamos. Luego, Osman se quedó parado en la arena. La tumba estaba ahí detrás, señaló las dunas, pero él no iba a seguir.

Los chinos temen estos mazars como foco de rebelión. Sus supuestos difuntos son guerreros que murieron martirizados hace mil años combatiendo contra los infieles budistas de Hotan y fueron enterrados donde cayeron. No obstante, su verdadera edad se desconoce. El imán Asmu, me dijo Osman mientras yo me alejaba, había sido abatido por una lanza envenenada en el siglo XI.

Al principio, anduve sin ver nada. Luego, al rebasar la cresta de una duna, como si el tiempo hubiera retrocedido, encontré a un grupo de peregrinos arrodillados en las dunas con las manos ahuecadas delante de ellos. Llevaban inmensos gorros de pieles y grandes turbantes, y los velos de las mujeres ondeaban al viento. Sus oraciones, casi cantadas, quebraban el silencio.

Poco después apareció el santuario. Lo podrían haber construido improvisadamente con madera de deriva. Una mezquita larga y baja palidecía azotada por el viento, con la cúpula recubierta por una costra de arena, y se habían construido letrinas sobre la tumba del asesino del santo. Más allá, altos muros desconchados de yeso, circundados por una empalizada de estacas y banderas que ondeaban al viento, flotaban sobre el desierto como un galeón fantástico en un mar amarillo. En su plataforma, la tumba del santo era como la sepultura de un gigante, embadurnada de amarillo y azul, bajo el susurrante tumulto de las banderas.

Apenas cincuenta peregrinos habían llegado hasta ella. La mayoría parecían míseros. Estaban de pie detrás de la valla protectora, serenados por la oración. La inminente tormenta ahogaba casi por completo el murmullo de sus rezos y los lastimeros gritos de las mujeres. Parecían los ocupantes de un

campo de concentración, pero todos estaban mirando hacia dentro, anhelando entrar, mientras el viento azotaba los millares de trozos de tela que otros fieles habían anudado a lo largo de toda la valla como votos por tener salud, suerte, hijos.

Cerca de allí había un grupo de vigilantes. Y dos policías vestidos de paisano. Los trabajadores bromearon conmigo: confiaban en que alguien donara una oveja.

—¡Así podremos darle a usted de comer!

Los agentes estaban sentados aparte, aburridos. Pero, cuando llegó un distinguido mulá con un grupo de campesinos, uno de ellos se separó y les ordenó dar media vuelta. El anciano dijo que habían recorrido un largo camino y que el santo los protegería de la neumonía atípica. Les permitieron quedarse diez minutos a rezar.

El policía, reparando en mi enfado, dijo:

—Estamos erradicando a los wahabíes.

Wahabí se había convertido en sinónimo de fanático musulmán. Yo no creía que aquí hubiera ninguno. Los mazars, dijo Osman más tarde, eran lugares para celebrar festivales relacionados con las estaciones del año y expresar necesidades sencillas.

Nadie me detuvo cuando caminé entre los peregrinos que rodeaban la valla. Rezaban con muda tristeza, llorando varias de las mujeres, con un dolor callado que cifraban en alguien desconocido, quizá imaginario, muerto hacía mil años. Las larguiruchas astas de las banderas, envueltas en los vellones de ovejas sacrificadas, oscilaban y chirriaban por encima de ellos. Cuando la tormenta se desató, ellos no se movieron. Solo la valla tembló y se estremeció bajo el peso de sus votos—un lastre de pobreza, aridez y desgracia—, mientras el viento azotaba las dunas alrededor de la tumba del mártir.

A la mañana siguiente, Gul me llevó al «Lugar de los Redobles». Cerca del enclave donde estaba situada la vieja Hotan, señala el punto donde el monje Hsuan-tsang, a su regreso de India en 644, fue recibido por el rey a la entrada de la ciudad con tambores e incienso. Esta tradición poco conocida nos

condujo por pistas invadidas por la maleza hasta un altozano tapizado de bambú. Gul se quedó abajo, jugando con su hijo pequeño, mientras yo ascendía a la cima por un laberinto de senderos.

El camino subía en fuerte pendiente entre sauces de los que caía una lluvia de polvo. Yo lo seguí sin pensar en el calor de mediodía ni en el sofocante aire calmo. Súbitamente, me encontré con un montículo de esqueletos. Sus cráneos brillaban entre tibias y costillas dispersas. El bambú les crecía por las cuencas de los ojos. Pronto, estaba trepando por un lecho ennegrecido de piernas, brazos y calvas cabezas. Mis pies levantaban nubes de polvo anónimo. Toda la ladera, advertí, era obra del hombre: yo estaba subiendo por una colina de cadáveres compactados. En su cima, una torre de ladrillo cocido se había alisado y quedado hueca. La dura hierba había atravesado su suelo.

Al bajar, vi a un hombre en los campos. ¿Qué era aquel lugar? le pregunté a gritos. ¿De cuándo databa? Él no lo sabía. Vino hacia mí. En un rústico mandarín, me contó un confuso mito sobre budistas que habían masacrado a musulmanes durante la oración de los viernes. Así que el lugar se abrió en mi viaje como un agujero negro, aguardando una explicación, que nunca llegó.

Bajé dando traspies, cubierto de polvo, mareado. Había mujeres con azadas andando por los campos, cantando, y Gul estaba sentada bajo un sauce cercano, mientras su hijo la rociaba con una lluvia de dientes de león.

A su regreso de India, el monje anacoreta Hsuan-tsang dejó constancia de una extraña historia que oyó contar cerca de Hotan. La región estaba sembrada de montículos, escribió, habitados por ratas de pelo dorado y plateado, tan grandes como erizos. Siglos antes, un ejército huno había acampado aquí para combatir contra la Hotan budista, cuyo rey, desesperado, iba a hacerles frente con un pequeño contingente. Pero en la víspera de la batalla soñó que el rey de las ratas le prometía ayuda, y cuando los budistas atacaron al día siguiente, los hunos descubrieron que, durante la noche, un ejército de roedores había roído los arreos de sus caballos y las cuerdas de sus arcos y huyeron en desbandada. A partir de entonces, se rindió culto a las ratas. El rey les construyó un templo y los viajeros se apeaban de sus carrozas para ofrecerles ropas, flores y carne

como regalos conciliatorios.

Un milenio y medio después, Aurel Stein, viajando por la misma ruta, encontró el templo, aún sagrado, pero con su historia transformada. El rey de Hotan se había convertido en un santo islámico, muerto en combate contra los budistas, y las ratas en traidores de un pueblo vecino que habían entrado por la noche en el campamento musulmán disfrazados de perros y desmantelado sus armas. (Más tarde, el pueblo fue víctima de una maldición: todos sus hijos varones nacían con cuatro patas y cola.) Pero del pecho del mártir musulmán habían salido volando dos palomas sagradas, y en la época de Stein, miles de sus descendientes nublaban el desierto mientras sobrevolaban el templo de Qumrabat Padshahim, «el castillo de mi rey en la arena», y eran alimentadas por viajeros devotos.

A unos cincuenta kilómetros al oeste de Hotan, donde Stein y Hsuan-tsang habían encontrado el templo, Gul y yo estuvimos haciendo preguntas entre campesinos que no sabían nada de él. Durante horas, nos hicieron pasar de una familia a otra, nos sentaron ceremoniosamente en mantas y alfombras, nos dieron yogur y pan hecho en casa, hasta que, por fin, en una cabaña más pobre que las demás, encontramos a la mujer del guardián del templo.

Recorrimos con nuestro Land Rover una pista invadida por la maleza que discurría junto a un arroyo y bordeaba un solitario lago donde nadaban patos salvajes y había una torre en ruinas. Luego, el agua desapareció bajo tierra. Siguiendo la estela de hierba cada vez más rala que dejaba su curso, nos internamos en el desierto y por fin nos detuvimos junto a una choza de barro situada en lo alto de las dunas. Arhun llevaba quince años siendo el guardián de este lugar, vigilando, por lo que parecía, nada. Estaba acuclillado en el suelo de tierra, pero dormía. En las paredes, había colgadas unas cuantas bolsas hechas jirones, y un arcón pintado se había desintegrado en un rincón.

Yo no entendí nada de lo que dijo. Era un hombrecillo diminuto con expresión de perplejidad y la piel cobriza debido al viento y al sol. Pero Gul tradujo y, poco a poco, los recuerdos del guardián cobraron sentido para mí. El «templo de las palomas» estaba a ocho kilómetros de aquí, abandonado en mitad del desierto, dijo, en un campo de batalla entre budistas y musulmanes. El santo había sido alcanzado por una espada y enterrado donde había caído, y

todos sus descendientes venían para venerarlo y ser sepultados cerca de él. En esa zona había también una ciudad budista en ruinas—él la llamaba Chilamachin—y la gente lo había acusado de vender sus artefactos, pero eran unos mentirosos, y unos malvados.

Pero Ahrun jamás había oído hablar de las ratas de pelo dorado.

—El sitio pronto va a cambiar—dijo—. La gente ha encontrado agua y lo va a convertir en campos de cultivo. Cuando la gente se asienta en un lugar, este pasa a pertenecerle. Si no, el desierto se lo termina llevando todo. La arena lo tapa. Siempre. Así que usted va a ser el último en verlo. Va a desaparecer.

Me condujo allí solo en su carreta. Yo iba sentado detrás, en las tablas desnudas, mientras avanzábamos a sacudidas por un tenue sendero entre dunas salpicadas de hierba. Las ruedas de la carreta eran tan frágiles como las de una bicicleta. A veces, Ahrun volvía su cabeza cana y me decía algo a gritos, de la que yo solo entendía una palabra o frase; luego, volvía a guiar a su burro, alzando una endeble vara por encima de sus ancas, mientras la hierba iba desapareciendo de las dunas.

—¿Dónde está Inglaterra?—gritó en una ocasión, y yo intenté indicársela en función de lo que él sabía—. ¿Dónde está América entonces?

—Más allá de Inglaterra. Al oeste.

Él alzó la vara.

—Si América está ahí—señalando una duna—, ¿dónde está Inglaterra? ¿Y dónde estamos nosotros? ¿Y tienen de estos en Londres?—Dio al burro un golpe en la grupa con la vara.

—No, de estos no.—Imaginé carros de burros transitando por Piccadilly.

Al cabo de una hora, me dio el almuerzo, una nuez y cinco pasas que me ofreció en la arrugada palma de su mano. Por un momento, entre aquellas secas laderas, no pareció haber nada que el sol no hubiera reseca: el guardián de piel ennegrecida con sus apergaminados regalos, el burro encanijado, la descolorida carreta. Entonces, a lo lejos, donde moría la última espina de camello y una cordillera de pura arena se perfilaba en el horizonte, vi en lo alto de las dunas lo que parecían ser unas cuantas edificaciones bajas, con un soto de banderas de oración ondeando sobre ellas. Alguien había

intentado reexcavar un pozo en un hoyo al pie de la duna—este debía de ser el manantial que Stein había visto—, pero la arena estaba volviendo a llenarlo, y cuando soltamos al burro, el animal no halló nada que beber.

Mientras ascendíamos por las largas laderas de arena, las edificaciones se desmaterializaron ante nuestros ojos. Como fantásticos decorados de teatro, se convirtieron en raquílicas vallas bidimensionales que circundaban tumbas. Sus armazones estaban reducidos a fragmentos o se habían desmoronado por completo. Puede que, mucho tiempo atrás, se hubiera desatado aquí una feroz tormenta. Ahora, la ladera estaba bañada de una cruda claridad. Delante de nosotros, las astas de bandera se multiplicaban a lo largo de la colina, hundidas en la arena como los banderines de tiendas de campaña enterradas. El único sonido, aparte del roce de nuestros pasos—arena cayendo, posándose, cayendo—, eran los chasquidos de las tiasas banderas ondeando al viento. En una ocasión, Arhun señaló los postes hermosamente tallados de una valla más antigua, muy hundidos en la arena. Sobre ellos habían colocado postes más sencillos. Cada pocos años, parecía, la arena engullía todas las cosas que había en su superficie y estas eran sustituidas por maderas y recuerdos cada vez más endebles.

La tumba más grande, cuando la alcanzamos, era un sencillo dosel de madera con una manta clavada a él. Cubría un rudimentario montón de maderos y algunas plumas descoloridas de paloma. La arena se estaba apilando contra él. Esta, dijo Arhun, era la tumba del santo padshah, «el rey de las arenas», y alzó las manos y se puso a cantar. Por un instante, en este silencio absoluto, solo se oyeron por encima de las tumbas los chasquidos de las banderas y su solitaria oración. En lo que respectaba a las palomas, personas mayores le habían hablado de sus multitudes. Quince años atrás, aún había aquí un santuario derruido. Señaló la arena llana que lo había sepultado y recordó los restos de plumas, huevos y excrementos que había visto en aquel lugar.

Se decía que cualquier ave rapaz que intentara matar a las palomas moriría al abatirse. Pero ahora, mientras descendíamos por la blanda ladera, el cielo del crepúsculo era un vacío azul que se estaba tiñendo de violeta.

6

Kashgar

A lo largo de casi quinientos kilómetros, la carretera traza una curva hacia el noroeste en dirección a Kashgar. La arena bate contra ella, pero ahora lo hace con suavidad, y los oasis se multiplican y comienzan a fusionarse. La ruta pasa por venerables poblaciones en decadencia, atravesando el islam adormecido de los viajeros decimonónicos, de cementerios que se desintegran en soledad. Los reyes de Yarkand yacen en una solitaria plataforma bajo cenotafios de yeso rodeados de árboles y pájaros. El sol de junio cae de pleno. Hacia el oeste, el horizonte cobra vida donde los primeros ramales montañosos de la meseta del Pamir comienzan a salpicarse de árboles y los picos que se alzan detrás fracturan el cielo con un brillo sobrenatural. Aquí acaba por fin el desierto, y China está a punto de terminarse. Durante mucho tiempo, mientras la carretera traza una curva más pronunciada hacia el norte, las montañas flotan sobre Asia Central dibujando un extraordinario signo de puntuación.

Mi autobús iba medio vacío. En China oriental, la amenaza de la neumonía atípica estaba aumentando conforme millones de trabajadores emigrantes regresaban a sus pueblos desde las ciudades infectadas. Repetidamente, no hicieron parar para desinfectar el autobús. En una ocasión, nos invadió una pandilla de tahúres, pero nadie conocía su juego. Los sustituyó un grupo de jóvenes de Guma. Durante mucho rato, un vendedor gordo me estuvo haciendo

preguntas a gritos en uigur, antes de caer en la cuenta de que yo no lo entendía. Recurrí entonces a un mandarín mal pronunciado, golpeándome en la rodilla o el hombro con los nudillos flojos antes de cada pregunta. Otros pasajeros se sumaron a la conversación. A veces, sin ninguna razón explicable, un viaje en autobús o tren devenía en esto. Tres jóvenes se embutieron en mi asiento, dándome codazos y tirones. El gordo vendía ropa entre Guma y Kashgar. ¿Qué vendía yo? ¿Cuánto costaba mi camisa? ¿Y mis pantalones? Los cogió, arrugándolos en el puño. ¿Cuánto costaba mi hotel? ¿Dónde estaba Inglaterra?

Nadie repara en que estás enfadado. Te cogen el libro del regazo y lo inspeccionan sin sacar nada en claro. Te abren el mapa, y luego te lo rompen mientras alguien localiza su pueblo. Algún otro se prueba tus gafas. Ahogado por esta efusividad uigur, te sorprendes añorando el retraimiento chino. Pero el bullicioso restaurante donde te apeas está plagado de pragmáticos chinos de Sichuan y pronto estás idealizando la calidez y la generosidad de los uigures. Llegas a tu destino desgarrado por la ambigüedad y te refugias en tu habitación, solo para verte invadido por una comitiva de médicos alertados por el hotelero de la presencia de un extranjero con aspecto febril.

Kashgar está situada donde los mapas se disuelven en la mente de la gente. Las Rutas de la Seda que vienen del norte y del sur convergen aquí, y el desierto muere contra las montañas. Hace quince siglos, cuando Kashgar era budista, sus habitantes fueron célebres por su fiereza y su impetuosidad, y con el tiempo, la ciudad se convirtió en una defensora del islam. Para Europa apenas fue conocida hasta el siglo XIX. Entonces, cuando la Rusia zarista intentó expansionarse hacia el sur y hacia el este, Kashgar se convirtió en un puesto de escucha en el Gran Juego de espionaje imperial jugado por los imperios ruso y británico junto a una China empobrecida.

Pero ahora el juego era de China. Por las suaves formas de la ciudad uigur, las calles chinas se abrían paso como filos de cuchillo. La intersección entre las calles del Pueblo y la Liberación, flanqueadas por bancos y grandes almacenes de blancas fachadas alicatadas construidos entre bloques de oficinas, ocupaba el casco antiguo como un crucifijo. Y en la plaza del Pueblo,

una anticuada estatua de Mao Zedong que medía dieciocho metros, demasiado grande para desmontarla sin peligro, alzaba el brazo como si fuera una porra. En estos fríos espacios, la escritura árabe desaparecía de los rótulos de las tiendas, desplazada por el chino. Vallas publicitarias oficiales anunciaba la amistad entre los dos pueblos, revelando la preocupación de Beijing. La ciudad era un punto crítico. En 1999, había concluido la construcción de una vía férrea que venía del este y estaba trayendo grandes cantidades de inmigrantes. La población china ya había superado su diez por ciento oficial.

Anduve por la calle del Pueblo. El Banco de la Construcción de China, China Unicom, el Banco Agrícola de China, China Telecom: desfilaban juntos, pregonando el nuevo orden. Se estaba construyendo un centro de alta tecnología con un intrincado nombre en inglés. Entré en una tienda que vendía vídeos de grupos pop chinos. Se llamaban Power Station o WonderGirl, y pretendían haber sido rodados por Miramax. Los uigures que paseaban por estas calles o vendían baratijas en las escaleras de los bancos parecían súbitamente anticuados. Había unos cuantos pidiendo limosna. Junto a ellos, los chinos tenían un aspecto duro y pálido. Las faldas ceñidas y las caras tensas de las mujeres, incluso las elaboradas sedas con que de vez en cuando se engalanaban, contrastaban con los llameantes colores de los pañuelos y corpiños autóctonos. Cada raza se reflejaba cruelmente en la otra.

Luego, me interné en el laberinto del casco antiguo y todo cambió. Sus callejuelas confluían ante paredes de yeso y cal, abriéndose paso a ciegas entre muros de barro. El pavimento formaba hondonadas y se escindía bajo mis pies. A menudo, las casas, comunicadas en lo alto por puentes de madera, se inclinaban unas sobre otras hasta casi tocarse. Solo de vez en cuando, en los uniformes corredores de calles, una puerta de madera labrada se quedaba abierta, una brisa apartaba su cortina y yo veía patios y angostas escaleras, a un niño persiguiendo pollos, a un anciano dormido entre las adelfas.

Luego, las calles desembocaron en un mercado de quincalleros, ceramistas, torneros. Entre el gentío, en cada polo de la vida, se paseaban niñas con gorros iridiscentes, como muñecas anticuadas, y viudas tapadas con bastos velos de color marrón. El aire olía a resina y carbonilla y vibraba con la trémula música de Arabia. No había ningún chino a la vista. Súbitamente,

Asia Central estaba cerca y era palpable. Las cúpulas de las mezquitas que daban a las calles recortaban medialunas en el cielo y tortuosas escaleras ascendían a salas de oración entre pilares pintados y macetas de flores. Entre los gorros de piel de carnero y los casquetes de los uigures, se paseaban pastores kirguizes con sombreros blancos de fieltro y algunos tayikos de la frontera con Pakistán, sus mujeres ataviadas con altos sombreros sin ala guarnecidos con colgantes de plata. Este resurgimiento de un mundo que antaño había sido nómada alcanzó su punto culminante en un concurrido mercado dominical donde bueyes, burros y temblones coros de gordas ovejas se mezclaban con caballos del lago Barkol y el río Ili y unos cuantos camellos bramaban.

Los uigures típicos bailan y cantan. Hay estatuas y pinturas de ellos: en cruces, en restaurantes. Las figuras esculpidas rebosan carnalidad. La mujer da vueltas mientras el hombre, con una rodilla hincada en el suelo, la devora con la mirada y toca la pandereta. Cuadros irreales retratan rústicas orquestas tocando—el laúd, el tambor, la mandolina—, sumidas en un marchito sueño de virtuosismo y éxtasis.

Al principio, estos lugares comunes irritan, por ser condescendientes. Luego, uno descubre que son obra, no de los chinos, sino de los uigures, definiéndose frente a la potencia invasora. Donde los chinos ven una sociedad rural, atrasada, intrascendente, los uigures hallan entusiasmo y libertad. Cada cultura puede aceptar estos símbolos porque definen también un cierto vacío percibido en la otra: para los chinos, una falta de realismo en los uigures; para los uigures, una falta de corazón en los chinos.

El pueblo de Ahmadjan estaba en mitad del oasis. Todos los fines de semana, él regresaba allí desde Kashgar como un héroe. Trabajaba para la oficina de telégrafos y se sacaba algún dinero extra vendiendo frutos secos: el único hombre de su familia que ganaba un buen dinero. Solo tenía veintitrés años. Su aspecto era atildado y eficiente: nariz pequeña y mentón corto, con un ralo

bigote. Cuando estaba de pie en el patio de su casa familiar—un huerto descuidado rodeado de austeras habitaciones—, le gustaba imaginárselo en el futuro. Él ya había construido una habitación más con los techos labrados típicos de los uigures, y con el tiempo, dijo, quizá añadiera unas cuantas más y viviera allí con su esposa.

Su padre escuchaba en silencio, avergonzado tal vez. Era un campesino que llevaba las sandalias rotas y no se podía permitir estas cosas. De vez en cuando, el teléfono móvil de Ahmadjan sonaba y él se ponía a hablar con alguien dándose aires de importancia, mientras sus hermanos menores lo miraban como si fuera un mago y su madre se reía entre dientes y sonreía.

Más tarde, paseando por las ramblas de álamos y los campos de cebada de su pueblo, dijo:

—A lo mejor ni siquiera vivo aquí. A lo mejor vivo en la ciudad.—Hizo un gesto de impotencia—. No puedo trabajar en el pueblo. Es aburrido, terriblemente aburrido. Y duro.—En esta comunidad de quinientos habitantes, dijo, había nueve mezquitas, con un imán para cada una, y cuando llegamos al cementerio ahuecó automáticamente las manos para rezar—. Mis abuelos están aquí, y mi hermana. Todos mis antepasados, enterrados sobre un costado, mirando a la Meca.

Fuera de lugar por un momento con sus vaqueros, su cinturón, sus llaves y su teléfono móvil, se quedó de pie en el polvo, rezando.

¿Y cuánta gente era creyente en este pueblo?

—Todo el mundo, diría yo.—Pensó, y luego repitió—: Todo el mundo.—No había ninguna otra religión. Sobre las puertas de las casas por las que pasábamos, pequeñas placas proclamaban: «Esta es una familia civilizada de cinco (u ocho o diez) estrellas».

Ahmadjan se rió.

—No sé qué quieren decir. Es cosa de los chinos.

Habló amargamente de las incursiones chinas, de las asépticas calles construidas en Kashgar unos años antes. Recordaba haber jugado a fútbol de pequeño en la plaza del Pueblo, convertida ahora en un desierto de hormigón, y árboles frutales en flor en callejuelas que ya no existían.

—Creo que Kashgar se va a convertir en una ciudad china, como Ürümqi.

Puro hormigón.

Con la insensibilidad de un forastero, me descubro sondeando sus lealtades, como si la identidad no fuera una entidad esquiva y parcial, sino algo completo y palpable. ¿Se sentía uigur o de Kashgar, o simplemente musulmán? Viviendo entre anhelos urbanos y lealtades rurales, China y el islam, parecía encarnar un hondo dilema.

Pero él dijo:

—No sé de dónde me siento. Kashgar es como un país. También lo es Hotan, y las demás. Están todas aisladas. Los uigures quizá seamos un grupo de países. El comunismo no ha cambiado nada.—A lo lejos, unas cuantas figuras se yerguen para saludarlo desde los campos y vuelven luego al trabajo —. Incluso en los pueblos, te encuentras a los campesinos borrachos por la tarde. Y algunos se casan muchas veces, y algunos tienen incluso más de una mujer, en secreto.—Había olvidado que el islam lo permitía—. Lo aborrezco. Yo solo me casaré una vez.

Parecía feliz y seguro.

—¿La conoces?—le pregunté.

—Bueno, hay una chica de la que ando detrás, muy guapa. Trabaja en una fábrica de cemento.

Imaginé un cartel soviético.

—¿Es albañila?

—Oh, no. Maneja un ordenador, computando los componentes del cemento. Es un trabajo experimental.

Parecía orgulloso de ella, aunque aún no fuera suya. Pero su fábrica era china, naturalmente, al igual que su propio lugar de trabajo, y producía bloques de hormigón prefabricados que un día asfixiarían su ciudad.



A unos ciento treinta kilómetros al norte de Kashgar, la montañosa república de Kirguizistán, temiendo un contagio de neumonía atípica, había cerrado sus

fronteras con China, cortando mi ruta. Me instalé en el hotel Seman, que había sido construido sobre las ruinas del viejo consulado ruso, y aguardé con un grupo de mochileros que tampoco podían seguir su viaje y un personal de hotel que casi estaba bajo mínimos.

Frustrado, aletargado por el calor estival, vagué por la ciudad durante el día y por la noche alterné entre los restaurantes chinos y los autóctonos. En palacios de comida atendidos por camareras risueñas y descuidadas que llevaban uniformes carmesíes y amarillos, se servían burdas versiones de platos de China oriental con la nostalgia de un emigrante. En los restaurantes uigures, en cambio, me ponían bruscamente en la mesa arroz pilaf y fideos laghman en cuencos esmaltados, pinchos de carne rezumaban aceite en tortas de pan recién hecho y empresarios y comerciantes bebían sopa de pichón en discretos comedores que imitaban a los chinos.

Detrás de mi hotel, el consulado ruso desaparecido hacía ya tiempo había sido transformado en habitaciones de estilo campestre, como cabañas de madera hechas de estuco. Dentro, las oscuras estancias con sus techos de molduras y sus puertas con tiradores de latón estaban misteriosamente intactas. Hasta sus suelos de madera pintados de marrón perduraban, junto con una gran pintura mural. Aquí, al final de la época victoriana, el tiránico cónsul Nikolai Petrovsky—temperamental, erudito, tormentosamente ambicioso—había intimidado y amenazado a los chinos locales amparado por el imperio zarista. Ahora, solo había una descuidada lavandería donde sus cuarenta y cinco cosacos habían dormido en literas de mantas grises y comido en austeras mesas.

En 1890, los británicos, temiendo que Rusia pudiera entrar en el norte de India, se establecieron a menos de un kilómetro de aquí, y durante veintiocho años, el diligente George Macartney lidió amistosamente con sus rivales rusos, mientras su esposa convertía su residencia en una casa solariega inglesa, con jardines y vaca incluidos, y se turnaba con las esposas rusas para servir meriendas mientras sus maridos jugaban a tenis. El Ministerio de Asuntos Exteriores británico envió un escudo de armas para que fuera colgado sobre la puerta.

Ahora, la vieja residencia había quedado ensombrecida por un hotel

ensordecedor, donde comerciantes pakistaníes—que venían por la carretera de Karakorum para comprar televisiones y vender té—iban y venían vestidos de un blanco deslumbrante, tomándose unas vacaciones del puritanismo de su país en las que bebían alcohol y perseguían a las muchachas locales. Tras su alta fachada de vidrio y hormigón, encontré un modesto edificio pintado de naranja y blanco, coronado por una torre almenada. Estaba cerrado con llave y abandonado. Los manzanos ingleses, naturalmente, habían desaparecido, junto con las ramblas de acacias y el estanque ornamental. Las habitaciones principales habían sido transformadas en «el succulento restaurante», ahora desaparecido.

Cual fantasma que regresa del pasado, me dirigí con sigilo a la parte trasera del edificio, desde cuyas ventanas de dos hojas se habían visto en otro tiempo melonares y un cementerio ruso. Su azotea se sustentaba sobre arcos de yeso. Pero, por debajo de mí, solo había escombros de barrios demolidos; y las montañas del Pamir y los montes Tian, que al oeste se perfilaban contra el cielo como sinuosas vetas de colores pastel, quedaban ocultos por el alto edificio del hotel.

Después de Macartney, una serie de capaces cónsules, con sus fuertes esposas y sus pacientes secretarios indios, había jugado las últimas partidas del Gran Juego, hasta que India se independizó en 1947. Ahora, en torno a la desolación del consulado cerrado, donde busqué en vano restos del jardín de los Macartney, florecía una solitaria ironía. Si las cosas hubieran ido de otro modo y Rusia hubiera conquistado Xinjiang, la región se habría inscrito como una República Socialista Soviética entre los estados del Asia Central estalinista. Con la caída de la Unión Soviética, se habría convertido en un país independiente como el resto, un país sin acceso al mar rico en petróleo y minerales: la República de Uiguristán.



—El comunismo, ¿qué puede hacer por nosotros? Necesitamos sentir que

cuidan de nosotros, que hay un futuro. Pero el Partido está perdido. En las oficinas, nadie trabaja. Los empleados se llevan un periódico y té, incluso una almohada para echarse una siesta. Luego, cada uno se sienta en su despacho, sin hacer nada. En un día, se leen unos cuantos documentos del gobierno, quizá, y se celebra una reunión. Eso es todo. Hay miles y miles de estas oficinas, donde no se hace nada.

La mujer frunce la frente, enojada, pero la risa se la vuelve a alisar, librando un suave duelo continuo con su ira. Estamos subiendo por la cuesta que conduce a la tumba de Mahmud Kashgari, el compilador del primer diccionario de lenguas turcas hace un milenio. El anonimato de nuestro encuentro aquí crea una momentánea intimidad entre nosotros.

—El Partido ya no tiene moralidad—dice—. Yo estoy afiliada, así que lo sé. A veces, nuestros líderes buscan una excusa para celebrar un banquete y luego se van a un salón para lavarse los pies, en realidad son burdeles, y se emborrachan y se acuestan con las bailarinas. A veces, incluso ofrecen a estas mujeres como regalo. Un líder regala a otro una prostituta para que pase la noche con ella, y después de eso, lo tiene bien agarrado, por el secreto que comparten.—Ahora tiene la frente arrugadísima, y no hay más risas—. La semana pasada, mi marido asistió a uno de esos banquetes y no volvió a casa. Cuando le llamé por teléfono, me respondió que iba a lavarse los pies, y yo le dije: «Ven a casa ahora mismo». Él ya estaba borracho. Pero vino. Esa noche estuvo furioso y no paró de decir: «Tú no eres la hija de ningún líder. ¿Por qué me das miedo?».

Delante de nosotros, un mar de tumbas leonadas se extiende por la ladera bajo el sepulcro de Kashgari. La única persona a la vista es una anciana que susurra a una maraña de sauces junto a una charca. El santo, nos dice, subiendo y bajando las manos, había hecho manar su manantial del suelo.

La mujer que me acompaña se detiene en el calor sofocante. Dice:

—Casi todos los miembros del Partido somos musulmanes a escondidas. Yo misma lo soy. A mi padre, el islam le daba lo mismo, pero mi madre me enseñó las oraciones en árabe, aunque no sabía qué significaban. Aquí casi nadie sabe árabe, así que, cuando la gente reza, no entiende lo que dice.

Eso no la preocupa. Las oraciones adquieren la magia de un ensalmo, de

una canción que rebasa los confines del conocimiento.

—Nos las enseñan de pequeños—dice ella—. Por eso, cuando la maquinaria del Partido nos capta, ya es demasiado tarde. Yo rezo en casa donde nadie puede verme. Las mujeres hacemos eso.

—¿Y nunca se pone velo?—Incluso aquí, va con la cabeza descubierta.

—Continúo perteneciendo al Partido. Si de pronto me cubriera la cabeza, la gente empezaría a extrañarse...—Vuelve a estar enfadada—. Pero, por encima de todo, soy madre. Quiero educar a mis hijos para que tengan fe. Dios es lo que tiene mi pueblo. Son muy pobres. No me sorprende que hayamos vuelto a acudir a Dios. Creo que está pasando eso, incluso entre la gente joven en las ciudades. Nuestra vida es demasiado dura. Y el Partido no nos ofrece nada después de ella.

Cuando regresamos, la anciana se ha quedado dormida junto al manantial sagrado. Está acostada donde las raíces de los árboles salen reptando del agua, con la cabeza apoyada en el nudoso tronco.

El mausoleo de Apak Hoja es lo más parecido a una necrópolis real que conoce Kashgar. Una amplia cúpula cubre sus cenotafios en un jardín de álamos y rosas, por donde paseo distraídamente con Ahmadjan. Sus difuntos son hombres santos del siglo XVIII, mayoritariamente olvidados, y se encuentra en un ligero estado de deterioro. Su deslumbrante fachada de azulejos verdes está sembrada de espacios vacíos, como fragmentos de historia borrados.

En un patio, Ahmadjan señala el lugar donde todos los árboles tienen la corteza completamente mordida.

—¡Burros!—dice—. ¡Este sitio era tan popular en las fiestas religiosas que había un burro atado a cada árbol!—Vacila—. Luego, se decidió que rezar a los muertos estaba mal. Que solo había que rezar a Dios. Así que se puso fin a las fiestas.

—¿Quién les puso fin?

—La misma gente. Lo decidieron ellos.

No me mira. ¿Se cree esta mentira? Pero él vive en un mundo de verdades selectivas.

Y aquí, digo yo, hay otro espacio vacío. La tumba de Yakub Beg, quien gobernó un Turquestán chino independiente durante doce años hasta 1877, fue exhumada en estos jardines por los chinos resurgentes y sus huesos esparcidos. ¿Dónde estaba la tumba? Ahmadjan me mira desconcertado. No lo sabe. Nunca ha oído hablar de ella.

Esta historia no oficial se desconoce. China afirmaba poseer una soberanía de dos mil años sobre Xinjiang, pero incluso a principios del siglo XX su dominio era débil. Durante la confusión que reinó en la década de 1930, Kashgar se convirtió en la capital de la «República Islámica Turca del Turquestán Oriental», que durante tres meses izó su propia bandera y acuñó una hermosa moneda en algodón teñido de azul y rojo. En 1944, la región volvió a sublevarse, asegurándose una casi independencia, y solo sucumbió al dominio comunista cinco años después. Pero el autogobierno continuó siendo un sueño firmemente arraigado. En 1997 estudiantes uigures rebeldes fueron abatidos a tiros en Gulja mientras enarbolaban las banderas de un Turquestán Oriental. Millares desaparecieron en cárceles o en campos de trabajos forzados, para engrosar las cifras de los desaparecidos en años anteriores.

También los campos son ausencias. El Cuerpo de Producción y Construcción, el cual los administra cruelmente, acecha tras anodinos seudónimos: granjas o fábricas en apariencia inocentes. Creado en 1954 y formado por soldados y oficiales nacionalistas licenciados, engrosado con el paso de los años por criminales y mano de obra excedente del este, el Cuerpo se ha metamorfoseado en un régimen paramilitar, controlando el riego y el ferrocarril, las minas e incluso los hoteles. Gradualmente, sus viejos campos de prisioneros, muchos situados en los bordes del desierto, se han ido llenando de supuestos delincuentes uigures, cuyas cifras son desconocidas.

—No voy a preguntarte qué opinas de los campos de trabajos forzados— digo a Ahmadjan, lo cual es, naturalmente, una forma de preguntárselo. Él sonrío y no dice nada.

Pero esa tarde, en la parte oeste de Kashgar, veo en un solar lejano una hilera de hombres con uniformes azules, cavando una zanja vigilados por hombres armados. Cuando me acerco, un soldado alza el brazo y me hace señas para que me aleje. Es el gesto de alguien que limpia una luna de cristal.

Limpia el aire de todo lo que he presenciado. Esto no existe, dice, esto no va usted a recordarlo.

Ahora que me marcho, me pregunto si no me habré habituado demasiado a esta tierra, insensibilizado a sus sorpresas: a sus montones de endeble carros que acuden al mercado tirados por burros con flores artificiales en los arreos, a las mujeres, algunas de ellas hermosas, que van sentadas detrás envueltas en sedas, a la extrañeza de sus ojos dorados y su rosada tez.

Por eso acudo el viernes a la mezquita de Id Kah, la más grande de China, para sentir de nuevo esta vitalidad, y para ver a dos mil hombres con fajines y botas entrando por sus puertas en un tumulto de casquetes verdes, níveos turbantes y altos sombreros adornados con pieles. En todo el casco antiguo, las callejuelas están atestadas de los fieles que no caben en las mezquitas: tupidas filas de hombres y muchachos arrodillados en los adoquines. Cuando los fieles salen de la mezquita de Id Kah una hora después, su porche está lleno de mujeres con velo que llevan hogazas de pan y cazuelas destapadas. Los ancianos soplan en ellas para santificarlas, el aire silbándoles entre la rala barba. Luego, las mujeres se llevan la comida y la bebida a casa para dárselas a los enfermos. En las puertas de la mezquita hay colgado un aviso del gobierno que previene contra la neumonía atípica. Y afuera están reunidos los pordioseros: una mujer sin piernas, un hombre con el pecho descubierto que no tiene brazos. Y no se ve ni a un solo chino.

Pero hoy una multitud se ha reunido en silencio en torno a una nueva valla publicitaria que muestra una imagen creada por ordenador. Representa la plaza de la mezquita de Id Kah como pronto será. En vez del bullicioso foro actual, animado por los bazares que ocupan la pared de la mezquita, un espacio inmenso irradia desde la aséptica mezquita hacia parques vacíos. En este futuro no hay miseria, ni desorden, ni intimidad. Las caras que me rodean están serias y parecen desconcertadas. No entiendo qué están susurrando. Pero, un minuto después, alguien se coloca a mi lado. Su voz espeta en inglés:

—Dentro de dos años, no quedará nada del casco antiguo, solo una mínima parte para que los turistas la visiten. Ya ha desalojado a diez mil personas, y

les han pagado basura por sus casas.

De inmediato, me pregunto si no será un informador. Pero veo un rostro cómico e imprudente, despierto como una ardilla, plagado de ironía.

—Fíjese en esas...— Señala las cúpulas y arcadas orientalistas del futuro chino—. ¡Se creen que eso es estilo uigur! Hasta en la construcción nos quieren diluir...

Nos alejamos—ahora me lo estoy llevando lejos de otras personas para protegerlo—y nos sentamos a la mesa al aire libre de un adormecido restaurante.

—Incluso piensan trasladar nuestros cementerios.—Su amargura lidia con la incredulidad—. Hay uno viejo cerca del mausoleo de Apak Hoja, centenares de miles de tumbas con siglos de antigüedad. ¡Y están pensando en trasladarlo al valle de al lado! Convocaron a los imanes del cementerio para discutirlo, pero ellos ni siquiera pudieron abrir la boca, así de horrorizados estaban.—Abre la boca en una grotesca mueca burlesca. De ella emerge una cínica risotada—. Primero, los chinos proyectan construir una calle a su través. Luego, naturalmente, necesitarán edificios para bordear la calle. Entonces, el cementerio tendrá que desaparecer...

Cierra los ojos, como si quisiera aislarse de la realidad. Yo digo:

—¿Quiere usted irse?—Ahora soy yo quien lo provoca.

Él sigue con los ojos cerrados, como si estuviera teniendo una visión. Pero es una visión teñida de sangre.

—Tenemos que luchar contra ellos. Hasta hace diez años, lo hacíamos. Mejor ser libres y morir con nuestra cultura intacta.—Se queda callado y yo me pregunto si no se habrá quedado dormido, si su vitalidad de ardilla no necesita un descanso instantáneo. Entonces dice—: Pero creo que el ímpetu nos está abandonando. Creo que nuestro pueblo ha cambiado. Hemos dejado de estar enfadados. Nos están contaminando. Incluso a nuestras mujeres. En otros tiempos, eran muy puras. Pero ahora se acuestan con varios hombres. No muchos, pero es el principio. En los matrimonios campesinos, el novio aún tiene que enseñar un paño manchado de sangre después de la primera noche. ¡Pero ahora los cirujanos chinos están anunciando que pueden restaurar la virginidad de una mujer! Una operación de cirugía estética, no sé cuál,

probablemente solo algo para que ella se sienta mejor. Pero nadie puede restaurarle el corazón.

La reputación de Kashgar no siempre ha sido tan pura, yo lo sé. En el siglo XIX, sus mujeres eran célebres por su laxitud con los viajeros. Pero el hombre comienza a criticar los burdeles chinos—«¡Solo tienes que pagar diez kwai y aún así no te merece la pena!»—y el desenfado con que últimamente visten las mujeres. Yo lo escucho vagamente desconcertado. Su desagrado, deduzco más tarde, es un repudio de su propio pasado, puesto que hace tres años se había enamorado de una uzbekia en Andijan y había vivido allí con ella, y el año pasado la había traído a Kashgar para casarse con ella.

—Los preparativos ya casi estaban terminados cuando su madre escribió para decirle que su padre estaba muy enfermo, que se estaba muriendo. Así que ella volvió a casa y luego yo ya no supe nada más. Cuando la localicé por teléfono me dijo que su madre le había quitado el pasaporte. A su padre no le pasaba nada en absoluto. Había sido una trampa.—Hace una mueca de dolor—. No pudo volver conmigo.

Oigo mi voz, muy occidental, diciendo:

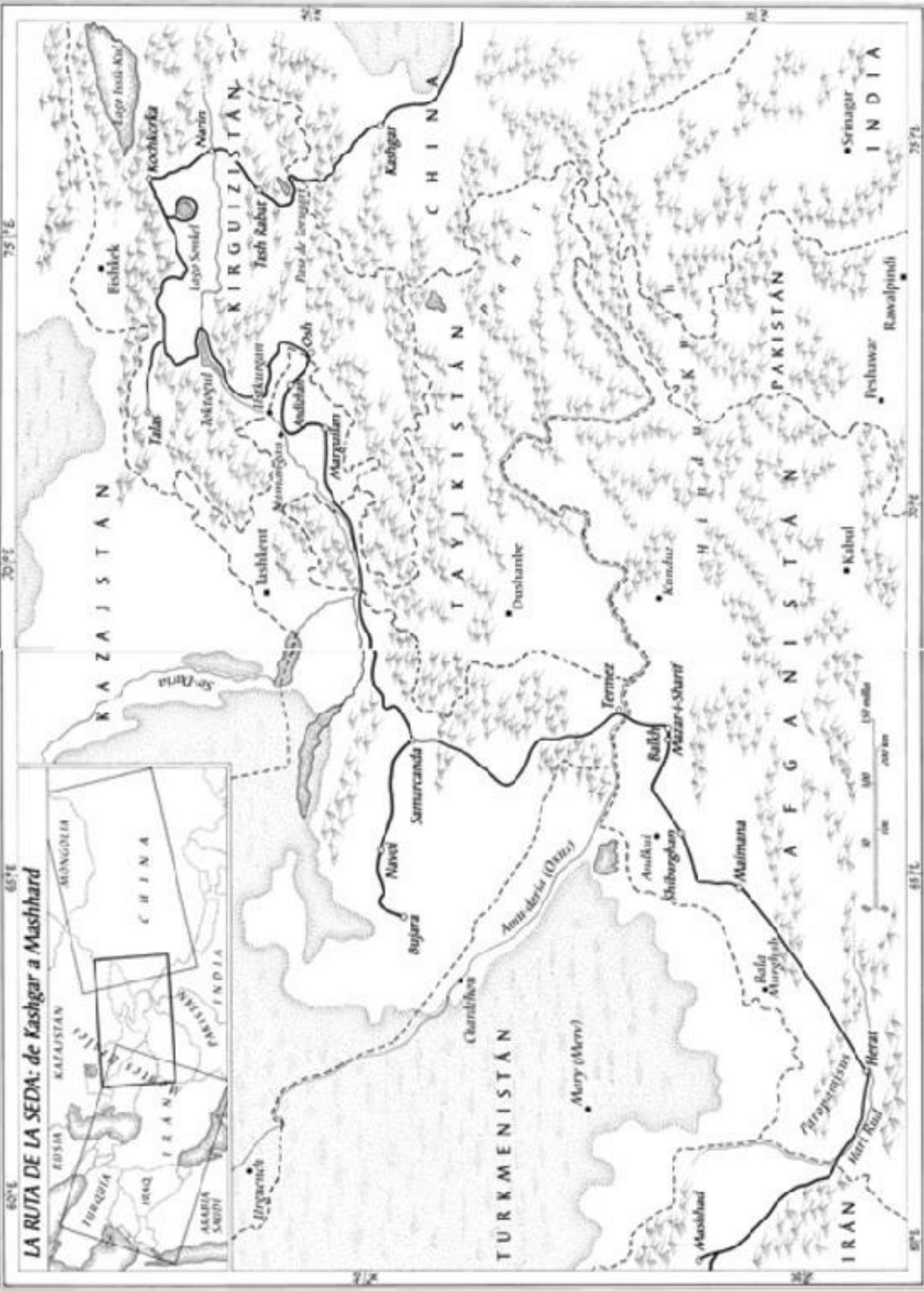
—¿Pudo hacer eso la madre?

—Sí. Y mi mujer es la única hija en una familia de hombres. No pude hacer nada.—Vuelve a cerrar los ojos—. Ahora quiero casarme. Pero es muy difícil. Pienso continuamente en ella, sigo amándola. ¿Cómo superas eso? Ahora tengo treinta y cuatro años, y estoy solo.

—¿Por qué impidieron el matrimonio?—pregunto. A veces, tengo la impresión de que está loco.

Él abre bruscamente los ojos.

—Porque soy uigur.—Se está riendo, cínicamente, de mi simplicidad—. Los uigures no tenemos una nación como tienen los uzbekos. Solo somos una minoría perseguida. Nadie se quiere casar con un uigur. Eso es lo que nos han hecho.



LA RUTA DE LA SEDA: de Kashgar a Mashhad

60°E 75°E 80°E 85°E

75°E 80°E 85°E

0 50 100 150 miles

0 50 100 150 km

El puerto de montaña

Las montañas que brillaban en la ventana de mi hotel, inaccesibles tras las fronteras cerradas, marcaban una antigua divisoria entre el desierto y las altiplanicies. Aquí las cordilleras de los montes Tian y Kunun se fundían por fin con la desapacible meseta del Pamir y las Rutas de la Seda que habían convergido en Kashgar volvían a bifurcarse y ascendían a norte y oeste hacia regiones absolutamente distintas. Estos puertos de montaña siempre han sido conflictivos. En tiempos soviéticos, habían estado cerrados de forma casi permanente y yo esperé con incertidumbre, consciente de que, incluso en verano, aludes inesperados o la imprevisible burocracia podían cerrarlos de golpe.

Pero, en agosto, la epidemia de neumonía atípica había comenzado a remitir y yo alquilé un Land Rover cuyo callado conductor me llevó al norte por accidentadas colinas amarillas hacia el paso de Torugart. Kirguizistán había abierto sus fronteras. En las cavernosas salas de la aduana china, soñolientos soldados miraron mi pasaporte de arriba abajo y revisaron meticulosamente mi mochila, intentando sacar algo en claro. Con mecánica diligencia, manosearon mis arrugados manuales de idiomas, mi ropa mínima, mis notas escritas en una letra indescifrable. La ausencia de cámara fotográfica los confundía, alimentaba su recelo. Y yo llevaba el dinero

escondido en un estropeado envase de repelente de mosquitos. Al cabo de dos horas, con mandarina ceremonia, un oficial selló mi pasaporte y lo último que recuerdo de Xinjiang es una valla publicitaria junto a la carretera anunciando una futura zona libre de impuestos llamada «Eterna Feria del Consumo». El paraíso chino definitivo.

Por encima de nosotros, las áridas colinas fueron volviéndose cada vez más abruptas. A lo largo de más de cien kilómetros, por esta implacable tierra de nadie, seguimos una pista polvorienta. Cuando las colinas se tornaron montañas, sus flancos, surcados por desgalgaderos morados, adquirieron el malva llameante de sus estratos o un apagado color negro carbonizado. Junto a nosotros, desde el lecho de grava del río Ushmurvan, unos cuantos hilillos de agua terrosa se alejaban serpenteando hacia el lejano desierto de Takla Makan. Luego, la pista se internó en una procesión de cañones. Las montañas que los flanqueaban estaban salpicadas de tonalidades anaranjadas o marmóreas, y de vez en cuando, una ladera lejana conservaba aún el afelpado verdor del verano. Pero la carretera estaba desierta. Aquella primavera, habían encontrado a veintiún comerciantes chinos asesinados en un autobús quemado, nadie sabía por quién. Los únicos vehículos eran unos pocos camiones kirguizes repletos de chatarra que se dirigían a Kashgar.

Luego, los cañones dieron paso a ventosas altiplanicies. Aparecieron pueblos parcialmente abandonados, del color de las montañas, y el cielo se llenó de nubes. Seguíamos estando oficialmente en China, pero los lugareños eran montañeses de piernas cortas y pecho fuerte, peludos pastores kirguizes con gorros blancos de fieltro. Hacía setecientos años, sus antepasados—clanes turcos que habitaban las orillas del tramo alto del río Yenisei en Siberia—habían sido obligados por los mongoles a abandonar su tierra natal y se habían desplazado hacia el sur para mezclarse con las tribus de los montes Tian. Solo a principios del siglo XX llamaron los rusos nación a sus diseminadas gentes y fijaron sus fronteras, hasta que la caída de la Unión Soviética les trajo una inesperada independencia.

Poco antes de llegar al paso de Torugart, que se erigía por delante de nosotros a tres mil seiscientos metros de altitud sobre un fondo de picos nevados perfilados en el horizonte, nos internamos en praderas sembradas de

manadas de caballos. Luego, la carretera terminó abruptamente en la frontera kirguiz. Soldados armados hasta las cejas corrieron una puerta de alambre de espino inmensa e inestable y el viaje del Land Rover terminó. Pasé por salas con el suelo enlosado creadas para multitudes que nunca llegaron. Las únicas personas que había aquí aparte de mí eran dos comerciantes uigures que transportaban sacas de hortalizas desde el oasis de Kashgar. Apenas miraron mi pasaporte. Detrás de la puerta abierta, me esperaba un camión, una condición de mi venida, y yo entré en Kirguizistán.

Se levantó un viento seco y frío. Por delante de mí, la maltrecha carretera descendía majestuosamente bajo la luz del ocaso. Mi conductor, una vez fuera de la zona militarizada, puso rumbo al aislado caravasar de Tash Rabat, donde yo había pedido ir, mientras, junto a nosotros, a lo largo de muchos kilómetros, discurría un lúgubre vestigio soviético: una doble valla electrificada tendida entre postes de hormigón y dividida por una zanja minada. A intervalos, torres de vigilancia se erigían como enfermos paranoicos sobre nosotros, todas vacías, hasta que su dirección divergió de la nuestra y se perdieron en las montañas.

Las fronteras estaban ahora patrulladas conjuntamente por tropas kirguizes y rusas. Se decía que decenas de miles de chinos habían emigrado pasando ilegalmente por la frontera, comprando tierras e incluso casándose con kirguizes. Pero el enemigo ya no era China, sino la amenaza del terrorismo. Había cincuenta mil uigures en Kirguizistán, ávidos de tener una patria, y Beijing estaba ofreciendo ayuda a cambio de su control. China había incluso realizado maniobras militares conjuntas con Kirguizistán. Mientras, al norte, cerca de Bishkek, la capital, tres mil militares estadounidenses y una flota de aviones de combate estaban preparados en la base aérea de Manas.

Así que rusos, chinos y estadounidenses estaban unidos en una excepcional concordia. Pero la frontera más honda discurría, sin marcar naturalmente, al este de la ruta por la que yo había venido. Su línea invisible pasaba por donde el mundo chino confluía con el turco: donde germinaban los sueños uigures y aparecían cúpulas, y la gente empezaba a hablar de Dios.

Dejamos la carretera al anochecer y seguimos una pista que se internaba en un plácido valle. Las montañas estaban tapizadas de hierba amarillenta, sin un atisbo de piedra entre sus pliegues, y caían como largos dedos hacia el fondo del valle. Yaks y vacas pacían entremezclados, y lustrosos ponis trotaban por el valle. El asfalto, los postes telegráficos, hasta el viento había desaparecido. Por encima del río, volaba una diversidad de pájaros, pájaros que yo no conocía, aún sin nombre, como en el día de su creación. Los hogares kirguizes eran meras yurtas nómadas levantadas en los prados que echaban un humo azul. A lo lejos, una manada de caballos avanzaba en silencio entre las montañas.

Entonces apareció el caravasar, erigiéndose sólidamente en un lado del valle. Era una edificación de piedra oscura con las torres redondas. Nadie conocía su edad, pero ocupaba un enclave que tenía mil años. En su prado, había algunas yurtas diseminadas y una cabaña, y cuando me acerqué un grupo de joviales kirguizes se estaba subiendo a dos baqueteados coches. Habían sacrificado una oveja la tarde anterior, dijeron, y se habían pasado la noche comiéndosela y rezando con su mulá en el caravasar a la luz de las velas. Despidiéndose bulliciosamente, se alejaron en una nube de polvo y mi camión se fue con ellos: una hermandad rural sufi, que iba a cualquier lugar que creyera sagrado.

Bajo la alta entrada del caravasar, por un corredor abovedado con un irregular suelo de piedra, me dirigí solo a su nave central. Sus vigas saledizas sustentaban un tambor octogonal horadado por toscas ventanas que bañaban la nave de una luz cenicienta. Sus arcos aún conservaban viejos vestigios de yeso, y por encima de esta oscura caverna, se alzaba una fría cúpula. Seguí por otros oscuros corredores cuyas paredes estaban pegajosas al tacto y entré en dormitorios abovedados que parecían viejas colmenas. Más allá, había largas habitaciones elevadas con ventanitas en la parte de arriba donde brillaban las estrellas. Sus plataformas estaban hechas con oscuras losas, dispuestas como pilas de libros encuadernados en cuero. Nada quebraba el silencio. Yo oía los latidos de mi corazón, espoleado por la altitud. Delante de las plataformas elevadas que me rodeaban, caballos y camellos bactrianos habían dormitado inquietamente en fila, mientras los mercaderes dormían acurrucados entre

mercancías amontonadas por encima del calor y el hedor que desprendían los animales. Los hombres que venían del este sufrían con el brusco aumento de altitud. Desconcertados por el mal de alturas, llamaban a los dos altos puertos de montaña «gran dolor de cabeza» y «pequeño dolor de cabeza» (los chinos creían que el mal de alturas se debía a las cebollas silvestres) y a menudo cambiaban sus caballos por mulas, sus camellos por yaks. A veces, tormentas de nieve sepultaban caravanas enteras.

Pero en este valle recóndito, algo apartado de la ruta principal, es posible que el caravasar tuviera un tránsito más humilde. Porque el sistema nervioso de la Ruta de la Seda irradiaba hasta los extremos más pobres. Atravesaba divisorias ecológicas menores además de imperios. Los productos de sus trueques eran trigo y pieles de carnero, sebo y cuero de caballo. Donde la estepa lindaba con tierras de cultivo, o las montañas descendían a bosques, este comercio se intensificaba, presente desde la prehistoria.

Pero ahora mi transporte se había marchado, y ya era de noche. Oí un ruido de candado en la puerta exterior, donde una vigilante se estaba riendo de que fuera a dejarme encerrado. Cuando salí, vi a una mujer joven vestida con una chaqueta y unos pantalones muy holgados. Llevaba un gorro de lana que le tapaba las mejillas desolladas por el viento y el pelo negro recogido en dos coletas atadas con lazos azules. Tenía una yurta vacía donde yo podía pasar la noche, dijo, y me haría la cena.

La cabaña de Nazira estaba rodeada de perros y burros salvajes. Vivía sola con su gato blanco. El papel pintado que cubría los húmedos tabiques de su habitación estaba abombado. A ella no le importaba. Cuando se quitó el gorro, vi un rostro ancho con unos cálidos ojos oscuros. Era feliz aquí, dijo, por el aire puro y la soledad. En este valle, se pasaba medio año sola. A veces, sus padres venían con comida desde la pequeña ciudad de At-Bashy, situada a unos ochenta kilómetros de aquí, y le traían noticias de sus dos hermanos, que estaban estudiando derecho. Me pregunté si sus padres no la estarían sacrificando por las ambiciones de sus hijos varones, teniéndola aquí, atendiendo a los pocos viajeros que pasaban la noche junto al caravasar vacío.

Pero no, dijo ella. Hasta la pequeña ciudad de Narin le daba claustrofobia; y nunca había estado en Bishkek, la capital. En verano, montaba sus lustrosos

caballos, cruzando las montañas hasta el lago Chatyr. En invierno, le encantaba verse súbitamente envuelta por un manto blanco, que podía alcanzar hasta un metro de altura. A veces, bajaba por la pista a visitar a sus vecinos—granjeros con ovejas y ganado—, y ellos iban por la nieve con sus carros de caballos, cantando a la luz del sol, y eso era la felicidad.

Me alegraba de estar hablando en ruso otra vez: sus suaves consonantes me resultaban más fáciles de pronunciar que mi mandarín parcialmente olvidado. Nazira estaba en cuclillas enfrente de mí, con una mano apoyada en la rodilla doblada, como la misteriosa estatua que yo había visto al inicio de mi viaje en Da Qin, a casi cinco mil kilómetros de aquí. Cuando sonreía, la cara se le iluminaba con un encanto infantil.

—Claro que es duro vivir aquí. Hace mucho frío. Pero es hermoso. El gato, yo y los burros, en este silencio. Solo yo, ¡y ahora también usted!—añadió cándidamente. Yo no sabía cuántos años podía tener. Se reía mucho. Cuando se quitó la chaqueta, presentí un núbil cuerpo de muchacha. En las paredes había un ornado reloj de plata al que no le importaba el tiempo y una reproducción del Taj Mahal. Sirvió la cena en una manta, donde nos acucillamos para comer a la luz de una lámpara: panes redondos, mantequilla de yak, estofado de cordero. A menudo, se quedaba sentada con sus ojos de niña abatidos, pesados, pensando en algo. Y a mí el aire de montaña me mareaba.

—Tash Rabat no es en absoluto un caravasar.—Me miró con su seria inocencia.

—Es la fortaleza del rey Rabat, un héroe más antiguo incluso que Manas. Mi abuelo me lo contó. Esta era su casa. Él lo sabía.—Señaló una pared, donde estaba colgada la fotografía de su abuelo: un enigmático anciano cubierto de medallas soviéticas y tocado con un sombrero kirguiz. Ella había heredado sus palabras como una falseada historia sagrada. Creía que había un pasaje secreto y mazmorras bajo el caravasar, donde los cuarenta guerreros de Manas, el héroe nacional kirguiz, habían sido enterrados en tiempos legendarios; y había puesto a su perro favorito el nombre de Kumayik por el sabueso del paladín—. E incluso antes del rey Rabat, hubo un príncipe que estuvo construyendo este lugar para su anciano padre, hasta que se marchó

atraído por un hermoso demonio...—Frunció el ceño—. Pero puede que eso no sea verdad.

Le pregunté a quién conocía aquí. ¿No quería casarse? ¿Elegirían sus padres alguien para ella?

—No. Si lo hicieran, yo no estaría de acuerdo. Me casaré con el que he elegido yo.

Él vivía en el valle, a tres kilómetros de aquí, y su familia tenía seiscientas ovejas. Pronto, pasaría por este camino para visitar sus rebaños en el lago Chatyr. Entonces se quedaría un tiempo aquí, para hablar. Ella tenía veintiún años, dijo, lo cual era tarde para que una muchacha kirguiz se casara. Y él solo tenía veinte.

—En la escuela estuvo en la misma clase que mi hermano pequeño. Eso me da vergüenza. ¿Cree que importa?

—En absoluto.—Era él, supuse, quien se la llevaba a cantar por la nieve en invierno.

—Lo montamos todo juntos. Caballos, burros, yaks... Pero él tiene una cosa mala.

—¿Cómo de mala?—Pensé en el alcoholismo, en una desfiguración—. ¿Qué es?

—Bueno... Tiene que levantarse antes del alba para ordeñar su ganado; son un montón. ¡Un montón!—Tiró de unas ubres áreas con una mueca de aburrimiento—. ¡Yaks!

Más tarde, en el frío aire de la noche, me acosté bajo las mantas en la yurta cercana y la recorrí con el haz de mi linterna antes de dormirme. Era un nido de color. Su esqueleto carmesí de ramas de sauce convergía en el vértice de su bóveda en un carnavalesco derroche de color. No había superficie sin adorno. Bajo las borlas de fieltro que pendían de ella, las achaparradas figuras iban y venían como una escritura olvidada.

Tuve un sueño febril debido a la falta de oxígeno. Cavilaciones sobre Nazira dieron paso a pensamientos relacionados con mi hogar, y a otros ojos, otras voces. Insectos sin nombre me caían continuamente en el pelo y el fieltro

olía a humedad. Horas después, me despertó un ternero que estaba paciando alrededor de la yurta y salí afuera. Hacía frío y la luz de la luna inundaba el cielo. La puerta del caravasar bostezaba como una cueva en la colina y sus torres eran columnas escarchadas. Los burros de Nazira piafaron y rebuznaron.

Escuché el río y me invadió el viejo entusiasmo del viajero. En sus primeros tiempos, la Ruta de la Seda parecía internarse en Asia Central como si lo hiciera en un lugar salvaje y recóndito. Los grandes imperios a este y oeste—China, Persia, Roma—se desvanecían en su silencio. La ilusión era de una borrosa transición. Pero, de hecho, este agujero negro situado en el seno de Asia nutría una delicada interdependencia entre nomadismo y sedentarismo. Una perturbación distante en un extremo de la Ruta se transmitía por ella como una corriente eléctrica, de tal modo que la presión de las tribus rurales sobre la Gran Muralla podía desatar el ataque de los hunos sobre Europa. En Asia no podía ocurrir una catástrofe, escribió Cicerón, que no sacudiera la economía de Roma hasta sus mismos cimientos.

Cuando la luz del alba hubo bañado las montañas y la silueta de Nazira, anónima con su chaqueta y su gorro de lana, me dijo adiós desde el río, me puse a andar por la pista en silencio y un albañil que se dirigía a Narin me recogió. Al este, las montañas se alzaban sobre el valle como un mar embravecido, mientras, a sus pies, un lejano afluente del Sir-Daria, el antiguo Jaxartes, iniciaba su trayecto de más de mil quinientos kilómetros hasta el mar de Aral como un hilillo de color azul.

Los pueblos eran pocos y dispersos: casitas de barro con techos de hierro ondulado y vallas rotas. Había heno apilado en sus patios y algún que otro coche parado en el polvo, tan abollado y viejo como el nuestro. A menudo, los cementerios parecían más sólidos que las viviendas de los vivos. Se apiñaban en las faldas de las montañas o en las orillas de los ríos como poblados de ensueño, con sus torretas almenadas y sus cúpulas de hierro forjado coronadas por lunas islámicas y estrellas comunistas.

—¡Dicen que vivimos como pobres y morimos como reyes!—se rió Chingiz, demasiado joven para que eso le importara. Tenía el físico y las

facciones de sus gentes, más robusto y mongoloide que los uigures: su rostro una afable máscara—. Las cosas iban mejor con los soviéticos.—Señala los pastos vacíos: despeinadas ciénagas y llanuras de hierba mecida por el viento—. Estos campos estaban cubiertos de ovejas entonces, ¡miles de ellas!, y en esta época del año estaban llenos de heno. En las granjas colectivas la gente tenía que trabajar. Pero ahora algunos lo hacen, otro no, y todo se ha venido abajo. ¡Fíjese en cómo está!

Bajo las colinas, los largos cobertizos y rediles de las granjas estaban en ruinas. Solo manadas de caballos corrían por los campos: lustrosas criaturas de largas patas, castañas y ruanas. Los toscos caballos pesados y los veloces caballos ligeros—«¡Como aviones!» imaginaba Chingiz (él jamás había volado)—eran copias exactas de los caballos uigures de Xinjiang. La economía entera parecía haber revertido a su inmemorial elemento básico: el caballo.

Dejamos la carretera para dirigirnos al fantasmal cuadrángulo de una ciudad construida por una dinastía turca hacía mil años. Sus murallas y torres se alzaban entre la maleza, sin contener nada. Chingiz, siguiéndome a lo largo de las murallas rotas, supuso que eran chinas, pero señaló un lejano túmulo funerario al pie de las montañas y gritó:

—¡Esa es la tumba de Kochoi, el compañero de Manas!

Él había oído hablar de Manas desde su niñez. Este fundador sobrehumano, consagrado por la épica oral, concedía a su pueblo su hipotética identidad. ¿Quiénes eran los kirguizes si no? Los rusos zaristas los habían encontrado en sus valles abruptos y aislados, divididos en muchos clanes, sin ningún concepto de nación. Podían recitar genealogías que se remontaban hasta muy atrás en la rama paterna y ese era su país. (Chingiz podía hacer esto incluso ahora.) Fue Stalin quien definió sus fronteras en 1924, los colectivizó brutalmente y codificó su idioma, plagándolo de préstamos para diferenciarlos de sus parientes kazajos. Y ahora, terminada la visión soviética, se aferraban al concepto de una nación parcialmente mítica, creada por una epopeya.

Chingiz solo anhelaba tiempos más estables. Quería un trabajo mejor. Se pasaba la mitad del año desocupado. Cuando paró en casa de su madre, vi una casucha tan pobre como cualquier hogar chino, con las paredes de barro, los

suelos de hormigón. Ella estaba colando yogur en el patio. Tenía la misma nariz chata y los mismos ojos que su hijo, y sus tersos pómulos eran dos islas en un mar de arrugas. Cuando nos marchamos, ella se puso en pie con dificultad, quejándose; y Chingiz hizo una mueca de dolor.

—¿Ve lo dura que es aquí la vida?

Al oeste, cuando nos marchamos, las colinas comenzaron a ondularse como arena congelada. Pero al este, las montañas se hicieron incluso más abruptas mientras la neblina de mediodía las iba tapando, hasta que solo vimos sus picos nevados flotando en las alturas, salpicados de glaciares y jirones de nubes. El Moskvich de cuarenta años de Chingiz se quedaba parado en casi todas las cuestas, fallándole la caja de cambios, el motor echando vapor. Su carrocería ya se estaba desintegrando, le faltaba la mitad del salpicadero, su radio, por suerte, no funcionaba y parte de la espuma se le había salido de los asientos. En cada cuesta, Chingiz abría el capó ennegrecido para rociar el radiador con agua fría del río y el coche seguía avanzando milagrosamente hacia Narin.

—Pero allí las fábricas están todas cerradas—dijo—y la mitad de su población en paro. Los viejos casi no pueden vivir. La pensión media son ochocientos som mensuales—(eso eran menos de veinte dólares)—, apenas suficiente para comprar pan. En los pueblos, la gente cultiva hortalizas y sobrevive, y sus hijos la ayudan. Pero en las ciudades es duro. Algunos que no tienen familia se han muerto sin más.

La ciudad estaba agazapada en un vórtice de colinas. Parecía aletargada y cansada. Un palacio municipal se erigía en un parque polvoriento, aún con su estatua de Lenin, y las calles estaban bordeadas de árboles rusos.

—Pero los rusos se han ido—dijo Chingiz. Los hombres se paseaban con la ropa de un Occidente desmañado y sus mujeres llevaban vestidos hasta el tobillo y pañuelos en la cabeza. Solo los blancos sombreros kirguizes rompían la monotonía de las calles. Algunos proyectaban largos picos que parecían proas de barco, mientras que otros tenían una orla de lana negra de cordero o alegres borlas pendiendo del ala. Aun otros parecían campanas encajadas en la cabeza o eran exageradamente altos, como los gorros de los derviches; y de vez en cuando el ala desaparecía por completo para dejar un cucurucho de

aspecto escita. Chingiz, que vivía aquí, rescató el suyo de su coche sembrado de basura y se lo puso con una divertida inclinación, antes de estrecharme la mano y desaparecer en el bazar.

—Somos un país pobre. Nunca buscamos la independencia. Nos cayó en las manos sin más. Deberíamos haber combatido y habernos rebelado contra Moscú. Pero otros lo hicieron todo por nosotros, los polacos y los bálticos.

Incluso sentado, Daniar parece alto, ancho. A veces, la preocupación le dibuja un nudo en el entrecejo. Ha venido a su ciudad natal desde Bishkek para visitar a parientes. El restaurante donde estamos sentados es una tierra de nadie entre su presente y su pasado, cuando, de niño, vagó por las praderas entre el ganado de su abuelo, sacrificado hace tiempo durante la crisis que siguió a la independencia. Miramos a la gente que pasa por detrás del cristal. Daniar está esperando a su prima.

—Solo tiene veintiún años. Apenas se acuerda del comunismo. Ella es distinta.

—¿Se refiere a que no tiene miedo? ¿Ni remordimientos?

Daniar responde enigmáticamente.

—Quizá a mi edad sea ya demasiado tarde.—Pero apenas tiene treinta años. En la pálida luna de su cara, su boca causa solo pequeñas perturbaciones—. Mi generación no es feliz. Nos educaron para creer en el sueño soviético. Cantamos esos himnos en la escuela, sobre un futuro prometedor, y yo me lo creí todo. Luego, cuando tenía dieciocho años, el sueño se hizo pedazos. Ahora ¿en qué debemos creer? ¿En el islam? No...— Mira frenéticamente a su alrededor, en busca de algo más—. El árabe no es mi lengua. No es mi historia, ni mi desierto. Somos gentes de montaña. Paganos, en realidad. Y tuvimos setenta años de dominio soviético, Nos habituamos al vodka...—Pero él bebe té.

Yo sabía que el islam nunca había arraigado aquí, habiendo llegado tardíamente en el siglo XIX, traído por los sufíes.

—¿Eran creyentes sus padres?

—Mi padre murió ahogado cuando yo era niño, no sé cómo. No lo

recuerdo. Solo tengo fotos, y lo que me contó mi madre. Y un recuerdo de mi abuelo intentando comprender. Él ya era viejo. Había sobrevivido a un campo de concentración alemán y luego a un internamiento en el gulag. Pero, cuando murió mi padre, intentó leer el Corán, en árabe, repetidamente, en vano. Creo que no lo entendía en absoluto. Y también yo escuchaba e intentaba aprendérmelo de memoria, sin comprenderlo.—El nudo vuelve a ensombrecerle el entrecejo; luego se disuelve—. Es el paganismo lo que nos hace rezar por los espíritus de los muertos, para fortalecerlos. Mi abuelo quizá estuviera intentando recuperar eso. El campo sigue plagado de paganismo. Allí, la gente habla de Unai Enye, la diosa madre, y recuerda el culto al cielo. A veces, hacen un llamamiento al cielo para que los ayude, o gritan: «¡*Tengri Ursun!*!» («¡Que el cielo te alcance!»), lo cual, en boca de los ancianos, tiene una autoridad tremenda. Y son los ancianos los que conservan el pasado. Recuerdo a mi abuela, murió con ciento nueve años, dándome golpecitos con el puño en el pecho, la frente, cuando yo estaba enfermo, y pasándome el dedo por el esternón diciendo: «Este no es mi dedo, es el dedo del espíritu Batma Zura, curándote...».

La anciana creía que las enfermedades de su nieto se debían a la angustia. La enfermedad, para ella, era miedo. Él la había querido mucho.

—En cuanto a *Manas*, los auténticos bardos se extinguieron hace ya mucho. Se dice que veían las escenas de batallas con los ojos cerrados y las cantaban de corazón, improvisando.—Habla como si lo hiciera de un misticismo—. Pero no tenemos templos, nada. Nada que podamos tocar, salvo montañas. Está todo dentro de nosotros.—Se golpea suavemente el pecho, donde debió de hacerlo la anciana—. Y creo que no es suficiente. La gente ya no vive la epopeya de *Manas*, no como antes. Unos cuantos años lo cambian todo. La gente más joven ha despertado a otras cosas. Mi prima solo tiene nueve años menos que yo, pero comparado con ella, yo estoy dormido.—Inclina la cabeza y la apoya en las manos ahuecadas. Es un peculiar modo de representarse a sí mismo—. ¡Toda mi generación está dormida!

Y cuando llega Elnura, lo comprendo. Los botones de su ropa son de colores vivos, lleva el pelo corto y con reflejos, y unos modernos vaqueros. Trabaja para una ONG en Bishkek y su marido está en el gobierno. Lleva

sombra de ojos azul.

Se sienta junto a Daniar, pero pertenece a otro tiempo. Lleva su impaciencia como una insignia. Dice:

—¿Se ha dado cuenta? En esta ciudad no hay rusos.—Mira por la ventana, se vuelve hacia mí—. Bishkek está llena de rusos.—Se ríe, de pronto infantil—. ¡Demasiados!—Y vuelve a mirar por la ventana, como si no hubiera visto a sus gentes hasta ahora. Yo también miro, pero algún truco mental me hace olvidar que Elnura es una de ellos. Sus grandes cabezas parecen llevar una máscara: bocas pequeñas, ojos entornados, narices chatas. Elnura dice de pronto—: ¿Sabe? Ser kirguiz es no llevar ningún peso.—Se palpa los hombros—. Otros tienen el peso de la historia. Pero nosotros... ¡nada! ¡Nada!

La misma ausencia que Daniar lamenta a ella parece liberarla. A Elnura solamente le gusta la anodina y mestiza ciudad de Bishkek, donde ha nacido.

—¡Todo lo que tenemos son tribus!—dice—. La mía es un subclán que se llama «Cinco estómagos», no sé por qué. ¡Se diría que con uno basta!—Se mira la esbelta barriga y se ríe del nombre.

Pero la política, he oído, abundaba en vínculos tribales, impenetrables para el forastero. Los rusos no los habían llegado a comprender jamás.

—No, los rusos nunca los comprendieron—dice Elnura—. Y todo el mundo los odia.

Su energía ha dejado a Daniar casi en silencio, pero ahora él dice:

—Yo no los odio.—No tiene aspecto de odiar a nadie—. Estamos entrelazados con ellos.—Él está cronológicamente más próximo a ellos que Elnura, es más consciente de lo que han dado. Sería como odiarse a uno mismo, en cierto modo.

Pero Elnura me mira y dice implacable:

—Estamos enfadados con los rusos por degradarnos. Por tratarnos como a ciudadanos de segunda clase, por rechazar nuestra lengua. Ahora es como una venganza, contra ellos. Ahora ellos deben aprender nuestra lengua, como nosotros tuvimos que aprender la suya. Debo confesar que los odio. La mayoría de nosotros los odiamos. No lo verá a simple vista, pero está por todas partes. Mi hermana tiembla siempre que se cruza con uno en la calle. Mi madre también. Ella dice que no es nacionalista. «¡No lo soy, no lo soy! Solo

odio a los uzbekos, oh, y a los judíos. Y odio a los rusos. Pero no, ¡no soy nacionalista!».—Su risa es como una guadaña—. Pero tenemos motivos para odiar a los rusos.

—Mi madre me contó que aquí la gente lloró cuando Stalin murió—dice Daniar—, igual que hicieron en Moscú.—Vuelve a tener cara de preocupación—. Pero, al final, nos dejaron demasiado poco. Un islam deficiente y un comunismo desacreditado...

Elnura grita:

—¡Solo hay futuro!

Esa tarde, paseando por la calle mayor, tropiezo con un adoquín roto, y de inmediato, un coche patrulla se detiene junto a mí. Veo una cara inmensa y llena de manchas, con poco pelo y desdentada. El policía asoma la cabeza por la puerta abierta.

—¿Ha estado bebiendo? ¿Drogas? ¿Whisky?—Me hace una brusca seña con el dedo pulgar—. ¡Entre detrás!

Finjo que no lo entiendo. Él me cachea las caderas, hurga en mis bolsillos.

—¿Opio?—Encuentra mi pasaporte, con visados para Afganistán, Irán—. ¿Esto es árabe?—El conductor vestido de paisano se queda sentado en silencio. El policía me encuentra un fajo de billetes. Torpemente, los dobla en dos por debajo de mi pasaporte. Se los guarda en una mano y luego me devuelve bruscamente el pasaporte—. ¡Puede irse!

Le agarro la muñeca. Es como asir un rodillo. Grito:

—¡Son míos!—De pronto, estoy furioso—. ¿Quién diablos es usted?

Extrañamente, la sorpresa lo achanta y él suaviza la expresión. Su mano inmensa vuelve a poner el dinero en la mía. Pero yo me enfado todavía más, grito absurdamente:

—¿Dónde están sus papeles? ¿Quién es usted?—Un policía corrupto, pienso, o ni tan siquiera un policía. Entonces, el conductor pisa el acelerador y el coche se aleja.

Quizá sea bueno para mí. He comenzado a idealizar Kirguizistán, su utópica belleza. Pero ahora que los hombres se han ido, mi ira se desvanece y

me quedo solo bajo la luz de las farolas, temblando.



A unos cien kilómetros al norte de Narin, cerca de la pequeña ciudad de Kochkora, una familia me alquiló una habitación en una casa rodeada de huertos. Su puerta doble daba a un patio encalado donde había pavos chillando entre las hortalizas y en un soto próximo una oveja sacaba paja de una caja y había manzanas rojas y doradas caídas al pie de los frutales. Volví a sentirme en paz. En sus pasillos y habitaciones, alfombrillas de fieltro mullían el suelo de madera soviético pintado de marrón y alfombras uzbekas tapizaban las paredes.

Yo ya me había familiarizado con estos hogares—con el retrete encontrado a tientas entre la maleza a la luz de las estrellas; con las ventanas dobles herméticamente cerradas contra el frío; con las fotografías de parientes mayores difuntos en las paredes: mujeres sufridas con pañuelos en la cabeza, hombres con medallas de guerra.

Yo tenía otras razones para venir aquí. Había oído hablar de un curioso *mazar* situado al sur entre las colinas. La familia no sabía nada de él, pero uno de los hijos tenía un viejo taxi, y con la curiosidad de un devoto, me llevó allí con su hija adolescente. Atravesamos una región sembrada de túmulos donde reposaban antiguos guerreros—«¡Ese fue nuestro orgullo, combatir!»—, y cuando atardecía nos internamos, por una larga pista, en un erosionado macizo montañoso. En su valle, a la luz menguante del crepúsculo, dos raídas colinas anaranjadas se alzaban aisladas.

Mucho antes de llegar a la sala de oración que había debajo, oímos un exaltado canto entrecortado. Cuatro mujeres estaban balanceando el cuerpo bajo su muro, con los pañuelos enrollados en la cabeza como si fueran turbantes. Una de ellas parecía desquiciada, y después de que un imán saliera y las otras se quedaran calladas, ella estuvo varios minutos emitiendo agudos gritos involuntarios y arañándose los hombros.

—Quieren un milagro—dijo el taxista. Era alto y educado, con entradas y la frente ancha—. Este es su lugar sagrado.

El imán nos condujo al pie de las colinas unidas. Era robusto como un tonel y rubicundo. Bajo el casquete de terciopelo, tenía una expresión entusiasta, cándidamente orgullosa. El taxista, vestido con chándal y zapatillas de deporte, nos seguía a cierta distancia. Su hija le cogió la mano. Llevaba una gorra de béisbol donde ponía «Fashion Maker» y sandalias con calcetines de lentejuelas.

Era casi de noche. Las colinas se alzaban sobre nosotros como dedos de roca coagulada. Las rodeaba un llano salpicado de maleza, pero, por todos los costados, el horizonte estaba ocupado por altos picos nevados donde aún se reflejaban las últimas briznas de luz. Nos acuclillamos al pie de la colina, junto a un semicírculo de piedras calcinadas donde se sacrificaban ovejas, y rezamos.

—¿Es usted cristiano?—El imán abrió las palmas de las manos—. Ellos también vienen aquí. Todo el mundo viene.

Salió una media luna y las luces de un pueblo lejano—aún se llamaba Lenin—titilaron en la oscuridad. Las edificaciones blancas de una granja colectiva soviética estaban abandonadas cerca de aquí. Seguimos un sendero bordeado de guijarros, rodeando las colinas en sentido contrario al de las agujas del reloj según dicta la costumbre musulmana. Había otras personas por delante de nosotros, enfocando las rocas con sus linternas, rezando en grupos dispersos. Todos los enclaves eran sagrados. Desde una cueva que había por encima de nosotros, dijo el imán, un ermitaño había ascendido al cielo y quienes se tendieran en ella curarían su epilepsia y su locura.

Una familia se había puesto cautelosamente en fila debajo de ella. Los oímos rezar. Uno de ellos, una muchacha, estaba vagando entre las rocas. Luego, oímos un chillido y vimos que su hermano mayor, asiendo un látigo, le gritaba enfadado que volviera a la fila. Ella regresó a su sitio, desconcertada, y la familia volvió a rezar al unísono.

—Tiene un trastorno nervioso—dijo el imán—, en la cabeza.

Era una muchacha de unos dieciséis años quizá, con los ojos muy separados y la tez pálida. El imán rezó sobre ella sin variar el tono, con

dureza y rapidez, mientras la muchacha lo miraba angustiada, sin comprender. Cuando la cogió del brazo, ella se soltó. Su madre se disculpó ante el imán, mientras su hermano le daba suavemente en la pierna con el látigo. Luego, la muchacha se alejó de ellos, me miró asombrada, y cuando yo le sonreí, intentó hablar.

—Es de Inglaterra—dijo su madre.

La muchacha vino tiernamente hacia mí y se apoyó en mi hombro, quizá porque yo era el único que no le chillaba. De pronto, dijo en inglés:

—¿Cómo está?

—Está aprendiendo inglés—dijo su madre—. Hace sexto.

—¿Dónde es usted? ¿Quién es su nombre?—Luego repitió—: Colin...—Su voz apenas era un susurro.

—¿Y quién eres tú?

—Soy Nurana.—Lo pronunció como si fuera su única dignidad.

La arrastraron cuesta arriba de camino a la cueva, mientras ella miraba hacia atrás, con los ojos congelados.

Desde nuestro camino, una multitud de senderos bordeados de piedras ascendía por la colina hacia cualquier enclave que fuera extraño—una repisa inesperada, una pared de roca curiosa—y allí podía obrarse el milagro. Por debajo de nosotros, peregrinos que habían tenido visiones habían señalado el lugar con piedras. Plantas que curaban mágicamente tapizaban la ladera—el *adrashmun* de verdes flores, dijo el imán, se quemaba como un incienso oloroso para repeler todas las enfermedades—y matorrales con olor a lavanda se mecían al viento. El imán caminaba lentamente por delante de nosotros como si fuera un mago, con un rosario colgando entre los dedos. Los ojos le brillaban, ardientes de devoción. Estábamos caminando por una colina milagrosa, llena del fervor de la oración y alas de ángel. Aquí había resucitado gente. En pocos minutos, se había ido al cielo o a Bishkek.

—¡Venían todos! ¡Tamerlán estuvo aquí! ¡Alejandro Magno estuvo aquí! ¡Hasta gente del municipio de Bishkek!—Bajó involuntariamente la voz hasta estar hablando en un susurro—. Incluso con los soviéticos, la gente venía a escondidas, por la noche. Mucha.

Por toda la ladera, los peregrinos habían dejado constancia de su paso con

guijarros amontonados en piedras o insertados en hendiduras. Había enclaves para curar la migraña y el dolor de oído, el cáncer intestinal y la ceguera. Todos los senderos ascendían a la esperanza. Los tartamudos hallaban paz dando la vuelta a un arbusto que crecía aislado de los demás. Una roca con forma de nariz limpiaba los senos nasales. Los que no sabían leer o rezar se curaban al arrodillarse bajo un peñasco y las mujeres estériles seguían un sendero hasta una pared rocosa de color verde liquen donde se frotaban contra la roca. Y Dios las escuchaba.

En un lugar, habían dibujado con piedras un corazón en el suelo—una intrusión occidental—y aquí uno podía superar su amor no correspondido o invocar espíritus para atraer al amado a sus brazos. Y en una superficie de roca viva, los creyentes encendían una cerilla para atraer a un arcángel. Allí uno conocía su futuro: cuántos hijos iba a tener, cuánto dinero, cuándo iba a morir.

Los ángeles estaban por doquier. Había lugares especiales donde eran más abundantes, y cantaban. El imán alzaba la voz maravillado cada vez que nos revelaba uno de sus enclaves favoritos. Y bajo nuestros pies reposaban los cuarenta guerreros de Manas, dijo, enterrados en secreto para protegerlos, nadie sabía el sitio exacto, mientras su mausoleo oficial permanecía vacío muy lejos de aquí. Ahora ya era de noche y las luces de Lenin titilaban observadas por Venus, que brillaba más que nada de lo que había debajo. Oímos los débiles cantos de los peregrinos por detrás de nosotros. En una ocasión, nuestro sendero torció por un peñasco cuya base estaba sembrada de rocas ígneas. Aquí, los mulás que venían de visita entraban en trance, dijo el imán—con los ojos brillándole de admiración—, y luego las piedras ardían a todo su alrededor, y se ponían a rezar.

—Sí. Brillan y hablan. Yo lo he visto...

A esta luz sobrenatural, bajo las estrellas, las laderas volcánicas se tornaron tortuosas e impenetrables. Imaginé todas las plegarias dichas elevándose desde las cimas de las colinas en una explosión de esperanza y dolor. Detrás de mí, el taxista andaba en silencio. Yo esperaba que diera alguna muestra de ironía o incredulidad, pero solo hizo una o dos preguntas y en una ocasión eligió una piedra para colocarla entre las rocas, mientras su

hija iba andando a su lado, con una sonrisa ausente, como un niño que se aburre en misa.

En una ocasión el imán nos puso en fila delante de una repisa de piedra negra cuyo calor, nos advirtió, podía quemarnos las venas.

—Pongan las palmas ahí, dijo, y el fuego les subirá por los brazos y el cuerpo y volverá a la piedra.

Nosotros colocamos las manos cerca de la superficie plutónica. Todas temblaron un poco.

—¿Lo notan?

—Un poco—dije, esperanzado.

—Es solo el principio.

Pero yo no noté nada. Y la muchacha murmuró:

—Nada.—Este sitio le daba miedo, susurró. Había entendido mal a su padre y creído que íbamos a visitar un bazar, no un *mazar*. Ella había querido ir de compras.

Ahora ya casi habíamos terminado de rodear las colinas. La sala de oración estaba perdida en la oscuridad, al igual que la blanca granja colectiva, en ruinas desde hacía diez años. El imán aguzó el oído, alzó la mano. Luego movió los dedos.

—¡Serpientes!

Pero eran sagradas. Emergían por puertas desde su paraíso situado en las profundidades de la tierra. Su mordedura era una bendición, o si no, se negaban a morder, dijo. Si venían serpientes foráneas, ellas las repelían. A mis ojos, no había nada aquí salvo un sendero que deambulaba por un terreno de piedras y matojos. Yo lo seguí con cautela, notándome los pies pesados al pisar la tierra, el paraíso de las serpientes, los huesos y venas de guerreros. En algún lugar de la colina, una cigarra cantó en la oscuridad.

—¡Esa es una de las serpientes!—gritó el imán—. ¡Así es como cantan!— Alzó triunfalmente sus cortos brazos hacia el cielo estrellado—. ¡Dios creó todas las cosas! ¡Incluso Kirguizistán e Inglaterra! ¡Y Nueva York y Albion y Moscú!

Pero la hija del taxista estaba temblando, quería ir a casa. Al despedirme, di al imán algún dinero para este lugar. Apenas eran dos dólares, pero su

rostro se contrajo de alegría cuando se lo metió en el bolsillo.

—¡Que tenga usted salud! ¡Que sus hijos tengan hijos! ¡Que le den dinero en su vejez!—Me cogió del brazo.

Fuimos solos a un último sitio. Era una piedra alisada, pálida a la luz de la luna.

—Este es el trono del emperador de las serpientes. ¡Shah Maran! Se aparece aquí, sí, como un presidente. Yo lo he visto.—Dibujó con las manos una corona en la cabeza de una serpiente erguida. La piedra vacía se tornó siniestra a la luz de la luna—. A veces, habla.—Luego, el imán volvió a alzar la mirada a las estrellas y se puso a rezar por mí. El nombre Colin sonó extrañamente entre su torrente de palabras en árabe y kirguiz. Hasta el árabe parecía joven en este lugar primitivo, y el mismo islam, mientras la luna brillaba delante de nosotros sobre la colina, alzándose con indiferencia sobre el polvo de los guerreros de Manas, sobre la soledad de Nurana y el estridente canto de las cigarras.



A finales de primavera, los habitantes del valle del Jungal se desplazan con sus rebaños y sus yurtas a los pastos de altura del lago Song-kul y no regresan a sus pueblos hasta finales del verano. Esta liberación del ganado a las montañas—una trashumancia más antigua que la memoria—me incitó a seguirlos, aunque el calor del verano ya estaba dando paso al fresco de septiembre.

Un hombre que conocí en Kochkora dijo que me podría conseguir caballos. Ruslan provenía de un pueblo del valle que había bajo el lago y conocía a todos sus habitantes, dijo. Yo quería confiar en él. Nos miramos, evaluándonos mutuamente. Su rostro era un plato lustrado, empañado por una boca sensual y floja y unos ojos avellana. Pero tenía la voz áspera, segura.

Llegamos al pueblo tarde por la noche, después de que al coche que le habían prestado le fallara la transmisión. Ahora ya no tenía casa aquí, dijo, y

nadie sabía que veníamos. Despertó al maestro del pueblo, un viejo amigo de sus años de colegio, quien, incluso ahora, a las dos de la madrugada, nos saludó con decoro, con su pelo rizado perfectamente peinado, mientras su mujer nos hacía la cama con ojos de sueño.

Dormí bajo alfombras kirguizes colgadas de la pared junto a una vitrina de porcelana soviética. En un banco había un laúd nativo. Por la mañana, descubrí que había compartido mi habitación con un gato minúsculo, que se encaramó a las paredes alfombradas como una salamandra. Afuera en el patio, cercado por una valla de color azul celeste, se estaba construyendo el armazón de una yurta de verano. Pero ahora, la vida era dura, dijo el maestro, con tan poco ganado. La nieve los dejaba aislados tres meses al año. Él solo ganaba mil som mensuales—veinticinco dólares—, mientras que su mujer vendía *kumis*, leche fermentada de yegua mongola, en un mercado cercano. A principios del verano, sus hermanos subían a los pastos donde iba yo con sus rebaños cada vez más reducidos.

Ruslan no consiguió un caballo para mí hasta esa tarde. Me alcanzaría en jeep en la ladera, dijo, o junto al lago alpino. Sin apenas escucharlo, monté el semental negro y lo encaré hacia el sur. Su dueño, un fibroso pastor con una barba mongola bifurcada, me guió en silencio, mirándome con recelo. Al principio, atravesamos trigales abandonados que habían sido invadidos por los cardos y la maleza. Pequeños pájaros salían volando de ellos en inesperadas nubes y los insectos estivales los llenaban de sus zumbidos y chirridos. Luego, nuestro camino comenzó a empinarse.

El pastor Abbas se dulcificó con el paso de las horas y su expresión sencilla y astuta se suavizó. Estaba orgulloso de mi caballo.

—Estos son caballos *kuluk*, muy fuertes. Hacen sesenta kilómetros sin cansarse. Sí, hay otra clase, el *jongo*, corre bien, galopa como si caminara. Pero estos—señala su fornida montura—, estos son los caballos del hombre pobre. Pertenecen a nuestro país.

Por encima de nosotros, las montañas que rodean el lago Song-kul estaban cubiertas por nubes de tormenta. En una ocasión, nos cruzamos con un grupo de vaqueros que bajaba transportando sus yurtas desmontadas en carros de caballos. Sus pocas vacas iban lentamente por delante de ellos, seguidas de

sus hoscos perros. A medida que fuimos ganando altura, las montañas se desplegaron bajo nosotros. Hacia el nordeste, se dispersaron en tortuosas cordilleras cuyas nieves se oscurecían al acercarse a los valles. Al oeste, otra barrera de picos estaba decapitada por negros nubarrones, mientras, a nuestros pies, el sol aún untaba de amarillo las colinas que bordeaban el río Jungal.

Justo cuando acometíamos la última cuesta, el jeep de Ruslan apareció por detrás de nosotros cabeceando y rugiendo. Lo conducían dos escandalosos aldeanos que llevaban la radio puesta a todo volumen y habían abierto las puertas para recibirme. Tochter y Annar, rivales desde la adolescencia, se pusieron en marcha con un bombardeo de burlas e insultos mutuos y el jeep siguió su camino cuesta arriba, entre bocinazos y gritos, mientras yo miraba al semental negro y al callado Abbas, dejados atrás en la ladera.

De pronto, bañado por una suave luz y justo por debajo de nosotros, apareció el triángulo azul del lago Song-kul. En sus pastos aún verdes, grupos de caballos, ovejas y vacas pastaban entremezclados y el humo flotaba sobre las yurtas como si fuera incienso. Por un momento, este campamento nómada adquirió un encanto idílico junto al lago; luego, estábamos traqueteando hacia sus yurtas entre perros y pollos sueltos, rodeados de afables gritos y familiares aromas.

Ruslan me llevó a hacer visitas de cortesía a sus mayores. Estaban sentados en solemnes semicírculos, hombres y mujeres juntos, sobre las manchadas alfombras de sus yurtas, en cuyas paredes había colgados arreos y desgastadas prendas de ropa. A veces, aparecía una máquina de coser o un mueble propio del valle—baúles y taburetes medio rotos—y estufas desmontables sacaban su chimenea por los techos de las yurtas. Ahora que el frío se avecinaba, estaban todas encendidas. Junto a una gran caldera descolorida, solía haber una matriarca sirviendo *kumis* en pequeños cuencos—me supo gaseosa y amargaba al tomarla—con pan *naan* y mantequilla recién batida.

No obstante, a veces nos recibieron de otra forma. En una ocasión, un déspota de expresión feroz se quedó de pie por encima de mí, con las manos en la cintura, y espetó: «¿Está usted invitado? ¿Es un amigo?». Me fijé en que tenía una mano mutilada. Sí, dije yo, ¿acaso no me había dejado entrar su

familia? Él quería recibir un trato deferente que yo no le di, y Ruslan nunca me explicó por qué había reaccionado así. En otra ocasión, mientras estábamos incómodamente sentados con una madre de aspecto demacrado y su hija—era una yurta muy pobre—, ella se puso súbitamente a señalarlo con el dedo y a reprenderlo. Tras unos largos minutos, Ruslan se levantó y se fue. Yo imaginé que se trataba de un asunto grave; pero no, dijo él, era una vieja rencilla, algo sobre unos peces.

Cuando salimos, estaba anocheciendo. Yo esperaba pasar la noche entre las yurtas. Sus paredes de fieltro, sujetas por una trama de cuerdas, las convertían en paquetes mal envueltos; pero, por dentro, eran herméticas y acogedoras. En vez de eso, Ruslan se dirigió al único objeto sórdido que había en más de cien kilómetros a la redonda: un remolque de camión lleno de viejas camas y estufas. Nos embutimos en su interior caluroso y mal ventilado, atestado ya de pastores y dos pescadores furtivos. Una enérgica mujer dirigía aquel lugar como si fuera una posada, llevando a un bebé en brazos. Agazapados como convictos a lo largo de las paredes, todos estábamos cambiados a la luz de gas. Bajo la sombra que proyectaba su gorro de piel de carnero, las facciones de Ruslan habían quedado reducidas a unas mandíbulas anchas y un cuello de toro. Me parecieron impenetrables. Pero Tohtor tenía los rasgos aniñados y delicados, con unos ojos como grosellas negras. Era más rápido, pero menos astuto, que Annar, cuya cara larga y melancólica—con sangre tayika quizá—estaba coronada por una cresta de pelo bajo un gorro de lana que él nunca se quitaba. Solo la mujer era un voluptuoso enigma. El resplandor de su cocina, donde ella estaba arrodillada entre ollas negras, alumbraba un rostro hosco y bien parecido, con las cejas pobladas y los generosos labios de sus gentes.

—No sé dónde está su marido—susurró Ruslan—. A lo mejor tiene otra esposa. Bastantes de nosotros somos así. Dos esposas, incluso tres. Pero a escondidas, de forma ilegal. O a lo mejor está sola.

Tohtor salió para colocar el jeep junto a una pared. Luego, colgó un foco conectado a su batería en el remolque, donde me iluminó como si yo estuviera sobre un escenario. Cegado, hablé y escuché a siluetas en sombras.

Aparecieron cuencos rebosantes de comida y las hileras de rostros se

inclinaron ávidamente sobre ellos con los gorros puestos. El succulento y aceitoso estofado de carnero de Marco Polo, la oveja más grande del mundo, nos chorreó por la barbilla a las montañas de arroz pilaf y las pilas de un pan largo y duro que teníamos debajo. *Kumis* tibia hizo la ronda, y luego le tocó el turno al vodka.

Pronto, el ambiente se llenó de roncadas discusiones y réplicas. Durante horas, escuché una lengua que se aceleraba, ceceaba y se atrabancaba con sus oclusiones de glotis. De vez en cuando, un hombre probaba a hablarme en un ruso que apenas recordaba. Y entonces comenzaron los brindis. El vodka inflamó mejillas ya enrojecidas por el viento y brazos se pasaron efusivamente por hombros. Tochtor y Annar se dieron inofensivos puñetazos. Todo el mundo bebía como los rusos, vaciando el vaso de un solo trago, y Ruslan fue rellenando el mío de forma inexorable. Reclinado en la pared de hojalata bajo los focos, yo apenas veía a nadie. Pero temía las secuelas del vodka. Perdí la cuenta de los brindis y comencé a vaciar disimuladamente el vaso en la alfombra de fieltro donde estaba sentado. Las cabezas que oscilaban enfrente de mí eran meras sombras chinescas. Nunca supe qué era lo que veían. Pero el fieltro era casi impermeable. Mi vodka se quedó en él como una charca delatora y yo intenté cambiar los pies de sitio para absorberlo con mis calcetines.

Voces en la oscuridad gritaron:

—¿Qué le parece nuestro Song-kul? ¿Qué le parece nuestra hermosa naturaleza? Yo la ansiaba con el ardor de un borracho. Por una ventana, veía el lago plumizo iluminado por la luz de la luna, rizándose sobre su lecho de guijarros, lamiendo la orilla con fosforescencia. Al cabo de un rato, salí y me quedé de pie en la fría orilla, triste de pronto, dando la espalda al remolque. Unos minutos después, alguien me colocó tiernamente el abrigo sobre los hombros y me puso el vaso en la mano.

—Cogerá frío—dijo Ruslan, y volvió a entrar.

Hacia medianoche, la fiesta había terminado. Todo el mundo alzó la mano a la vez y acarició la cara arrebolada de los demás, susurrando «¡*Bismillah!*», y por fin nos dormimos envueltos en mantas hombro con hombro, la mujer con la espesa mata de pelo asomándole por debajo del pañuelo y su hijo en brazos.

Por la noche cayó nieve, la primera del otoño. Salí al filo del alba para contemplar su primer milagro del año, un manto de casi dos centímetros bajo la pálida silueta de la luna. El neutro paisaje del día anterior se había transformado en el claroscuro del invierno. El ganado se movía en silencio perfilado contra las colinas y las montañas reflejadas en el lago resplandecían con el artificio del azúcar en polvo. No se oía nada. Un viento bajo soplaba desde el lago bajo el joven sol, donde gaviotas japonesas se paseaban cerca de la orilla y unos cuantos pájaros dispersos de color herrumbre no paraban de moverse entre la corta hierba.

Pedí prestado un caballo—un dócil ruano—para rodear el lago. En el alto borén de su silla, las cabezas de los clavos estaban tan desgastadas que parecían de plata y la correa de su cincha se estaba pudriendo. Llevaba un relajado paso de andadura, dejando las huellas de sus cascos en la nieve virgen. Nos envolvía una helada quietud. Las sombras de algodonosas nubes jaspeaban la superficie del agua, que se rizaba inquieta a nuestro paso. Un suave viento me azotaba las orejas. Pero, a mediodía, la nieve ya se estaba derritiendo y los cascos de mi caballo se hundían en el lodo. Desmonté en un risco por encima del campamento y vi los ventisqueros derritiéndose por debajo de mí. Cerca de la orilla del lago, había zonas de color azul turquesa y cobalto.

Entonces oí el jeep por detrás de mí. Cuando se detuvo, Annar y Tochter salieron precipitadamente de él, junto con un pastor que llevaba un cordero en brazos y un Ruslan exultante. Me hicieron señas para que subiera a un otero con ellos. Esto era en mi honor, dijeron. Nos pusimos en fila mirando al oeste —los conductores, Ruslan, el pastor, el cordero y yo—, al oeste no hacia la Meca, dijo Ruslan, sino hacia el lugar por donde se ponía el sol, y abrimos las manos para rezar. Luego, el pastor degolló al cordero. El animal baló sorprendido al notar el filo del cuchillo rajándole la carne, emitió luego un lastimero grito que se me hizo eterno... y la sangre le manó a raudales de la garganta mientras el hombre terminaba de degollarlo. Luego, me invitaron a bajar a la tienda situada más abajo, gritando «¡Vamos a comer! ¡Comer!», y yo

contuve mis náuseas, mi hipocresía, y acepté. Este era el inmemorial grito de un mundo empobrecido a su invitado, agasajándolo con preciada carne, poniéndole golosinas en la mano pese a sus protestas y rellenándole el vaso.

Una hora después, bajé a la tienda. Las entrañas del cordero estaban flotando en un barreño y su pellejo yacía enrollado en el suelo, manchado de sangre. Veinte hombres se habían reunido para el festín. Se sentaron formando un famélico círculo, en cuclillas o cruzados de piernas con sus robustas botas, yo en el lugar de honor. Tenían la tez dura y bruñida, y al abrir la boca, vi que algunos llevaban fundas de oro. Pronto estuvieron atracándose de carne de cordero picada que cogían con la mano como si fuera un pastel, rebañando los platos con sus manos castigadas, mientras los fideos se les quedaban colgando de los labios como tentáculos de jibia. Sus vasos se llenaron de té, luego de vodka. Royeron los huesos, hasta dejarlos blancos, y sorbieron luego la salsa que quedaba haciendo tanto ruido que parecía que estuvieran vaciando una bañera. Luego se dispersaron sin decir palabra, o se durmieron.

Ya era media tarde cuando nos levantamos para marcharnos. Estreché un montón de manos desconocidas al despedirme, abracé a extraños. Tardaríamos una hora o dos en bajar, dijo Tochtor, consultando su reloj roto. Pero a las siete el sol se estaba poniendo sobre el lago y nosotros aún no habíamos terminado de rodear su orilla este. Luego se hizo de noche. Yo estaba ahíto y ligeramente mareado. Dos horas después, el jeep seguía bajando lentamente la montaña, dando bandazos por una deteriorada pista que aparecía y desaparecía bajo los haces de sus faros. Nos hicieron parar en un apartado puesto de control. Ruslan desapareció, quizá para sobornar a los guardias, mientras Annar y Tochtor sacaban las botellas de vodka que se habían metido en el bolsillo y bebían en una cantina de hojalata varada allí como un vagón de tren.

Yo había entrado en un país de sombras. Nadie daba ninguna explicación. Esta maldita gente del gobierno, dijo Tochtor, no nos dejaba continuar. No eran más que salteadores de caminos. Con la Unión Soviética, nunca habría ocurrido una cosa así...

Entonces regresó Ruslan. Mientras Annar pasaba el control en el jeep, él me condujo a pie por un desfiladero. Anduvimos a la luz de las estrellas. Él

susurró algo sobre unos permisos robados, pero yo no logré entender nada. Parecía que no tener papeles lo convertía en una presa fácil. Más adelante, el jeep nos alcanzó y avanzamos sigilosamente por una pista de piedra, pero pronto nos hicieron parar en otro control, donde Ruslan negoció resueltamente en una cabaña alumbrada por velas. Nadie que yo viera llevaba uniforme. Ya era la una de la madrugada cuando por fin salimos a la carretera asfaltada y pusimos rumbo a casa.

Nos sumimos cada uno en nuestro propio silencio: Annar conduciendo, Ruslan abatido y derrengado junto a él, yo medio dormido. Solo Tochtor siguió hablando. Pero, de pronto, empezó a arrastrar las palabras, y un minuto después, se había desplomado sobre el respaldo de su asiento, apoyando la cabeza en el cuello de Ruslan, donde empezó a besarlo, farfullando. Annar lo apartó. La carretera estaba completamente vacía. Yo iba agazapado en la parte de atrás, enfundado en una chaqueta de montaña y un fatalismo cada vez mayor. Ahora la bebida también estaba dejando a Annar fuera de juego. En dos ocasiones, se salió al arcén plagado de pedruscos, mientras Ruslan le gritaba. Él nos reprendió, con ataques de risa provocados por su borrachera.

Entonces, por la carretera desierta, un camión vino hacia nosotros. Como si, al igual que a una polilla, aquellos dos faros lo fascinaran, Annar se cambió de carril para ir a su encuentro. Yo me di cuenta y esperé que enderezara. Pero no lo hizo. Le grité; también lo hizo Ruslan. Unos pocos metros más y los faros nos engullirían. El camión se alzó sobre nosotros como una montaña. Fuimos hacia él como si estuviéramos atraídos por un horrible magnetismo, pasando a su lado cuando nuestros frentes se esquivaron inexplicablemente, sin hacer ruido alguno, para volver a encontrarnos en la carrera vacía.

Nos paramos, conmocionados todavía. El camión debía de haber pasado a menos de un palmo de nosotros. Ahora, la noche se lo había tragado. Tochtor seguía inconsciente. Yo grité a Ruslan que se pusiera al volante—súbitamente furioso, espoleado por mi instinto de conservación—y arrastré a Annar al asiento del acompañante. Él se desplomó en el respaldo con la cabeza echada hacia atrás, apoyada en los hombros de Tochtor.

Ruslan condujo enfadado hasta que se nos terminó la gasolina, a solo

quince kilómetros del pueblo. Esperamos en la oscuridad a que pasara otro vehículo. Eran las cuatro en punto de la madrugada. La luna asomó entre las nubes, indiferente a nuestro aprieto. Tochtor, sentado en el asiento de atrás, seguía desplomado hacia delante; Annar, sentado en el delantero, aún tenía la cabeza echada hacia atrás y estaban los dos entrelazados, como amantes agotados. Annar farfulló algo; luego, también él se desmayó. Me fijé en su pálida garganta alumbrada por la luz de la luna. Ruslan se daba con la cabeza, suave, continuamente, en el volante que tenía delante, sin decir nada. Solo cuando salía el sol llegamos a casa, después de que un camión que pasaba nos hubiera vendido un litro de gasolina diluida, y yo me desplomé en mi cama sin dar las buenas noches.

En la silenciosa negrura, mientras yazco agotado sin poder conciliar el sueño y no hay otra cosa que hacer, mi mercader sogdiano vuelve a cobrar vida, más presente en momentos de tensión.

¿Qué hay de tus seres queridos? ¿Qué hay de lo que has dejado sin hacer? Podrías haberte matado. ¿Es que no piensas en la muerte?

Sí, nunca está lejos. Vosotros, cuyas vidas eran más cortas que las nuestras, más duras, ¿qué pensabais?

Nosotros ofrecíamos sacrificios a nuestros dioses y no pensábamos. Así es como somos, los humanos. [Pausa.] Pero saldábamos nuestras deudas.

¿Qué quieres decir?

Yo le habría cortado el cuello a la luz de la luna.

No, él solo estaba borracho. Y estas gentes son como las que una vez esclavizaron las mías. Gentes pobres. Así que hay cosas que no podemos decir, no podemos hacer. Nuestros valores son imperialistas. Reflejan nuestra culpa por lo que han hecho nuestros antepasados. Ya lo entenderás.

Tienes que aprender a cortarle el cuello, idiota. Hazle ese cumplido. [Se toca el cuello.] Cuando esos faros venían a por ti, ¿no has tenido miedo?

Tengo que pensar. Luego, respondo: No, no he sentido nada.

Ah sí. La muerte es así. Conocí a un vidriero en Yarkant que me dijo que

la muerte sería trascendental, que justo antes del final, todo me sería revelado. Se asomó a un pozo en el caravasar de Rafad una noche y se cayó dentro. Esa fue su revelación. El agua te ahoga.

¿Por qué te complacen esas ironías?

Por ti. Tú quieres un significado, pero no llega. La muerte no es hermosa. No es nada. Para los muertos, la muerte no existe. [Silencio.] ¡Y tú te pones en manos de un borracho! Yo preferiría confiar en un burro cojo. [Pausa.] Pero hacemos las cosas para las que hemos nacido. Yo he conocido caravanas que han desaparecido bajo la arena. Los mercaderes andan sobre ellas.

[Con amargura:] *Ya aquí no ha pasado nada.*

Cuando terminó el comercio de la marta cibelina en Itil, dijeron que la ciudad estaba acabada. Pero entonces vino miel de Siberia, y ámbar... [Su voz comienza a alejarse.] ¿Sabías que el ámbar embalsama? Uno ve... abejas en su interior, y ojos de tigre... vida eterna...

A la mañana siguiente, Annar no podía mirarme a la cara. Me presentó sus excusas a través de Tochtor y desapareció. Tochtor, exultante y otra vez el mismo de siempre, quiso compensarme invitándome a comer. En su patio encontré un perro lamiendo un cuenco de sangre fresca y supe que un segundo cordero había sido sacrificado en mi honor. Luego me propuso que me acostara con su mujer por cincuenta dólares, «solo usted, pero solo una vez», y eso fue una broma. Pero las manos de Ruslan temblaron cuando las puso en los hombros de ella.

—Tochtor es impotente—dijo—. Por eso la ofrece. Y necesita el dinero.— Pero la mujer les dio una torta a los dos y se defendió con vehemencia. Era bonita y capaz, y Tochtor estaba desempleado.

Otro conductor nos llevó de regreso a Kochkora, mientras Ruslan iba hundido en el asiento de atrás, desaliñado, con expresión de angustia. Por fin, dijo:

—Esta noche no he dormido nada.

—¿Por qué no?

—Porque estaba avergonzado. Dije que le conseguiría caballos a tiempo, y fracasé. Y usted es mi invitado. Y ayer, anoche... si hubiera muerto...

Al despedirme, lo tomé en mis brazos—fue como acunar a un inmenso bebé desconsolado—y él se abrazó a mí sin fuerzas, y no pareció muy reconfortado.

—Lo siento, lo siento...

Era mi ira lo que principalmente lo avergonzaba, creo. Y esta ira, como en las narraciones de algunos exploradores victorianos, había hecho que las cosas sucedieran. (El coche casi había sido puntual aquella mañana, y tenía el depósito lleno.) Pero yo rehuía su recuerdo.

Nos separamos, curados solo a medias, en una calle de Kochkora.



Donde el valle del Jungal se encontraba con el macizo de Sussmayr, una pared montañosa se perfilaba contra el cielo. Los precipicios estaban desgarrados por cicatrices simétricas, como si algún animal monstruoso los hubiera arañado, y el margen de la pista estaba sembrado de grandes lajas desprendidas de color negro y azafranado. A veces, sus desgalgaderos eran puro carbón. A su través, el río Kekemeren trazaba un brillante surco azul turquesa, dejando a su paso una estela de sauces. Unos cuantos humildes caseríos se apretujaban en sus riberas.

—Estas son gentes primitivas. Ya ve lo negras que son. No es una buena región. Creo que es una zona peligrosa.—Había conocido a Alik, ex policía, en el bazar de Kochkora y negociado con él para que me llevara a Talas, situada a cuatrocientos kilómetros al oeste. Ahora, absurdamente, él tenía miedo—. Aquí no hay coches. ¿Por qué no hay coches? ¿No hay nadie más? Esto no me gusta.

Su ciudad natal estaba a poco más de ciento cincuenta kilómetros de aquí, pero él tenía la sensación de hallarse en un país extranjero. Había un pueblo que nos arrojaría piedras si no comprábamos el vodka que vendía al borde del

camino, dijo, pero pasamos por sus casuchas sin ver un alma. Ahora estábamos transitando entre cañones. Descendían como erosionadas garras de roca desnuda surcadas por desprendimientos de piedras negras y rojas. Esta era una región de antigua actividad volcánica. Algunas montañas descendían hacia el río en lenguas de apariencia líquida con el color de aguas residuales, mientras, por detrás de ellas, otras llameaban con tonalidades carmesíes, untadas ya de nieve.

Alik se puso más nervioso. Bajo el ala de su sombrero de fieltro, su expresión me había parecido resuelta y enérgica al principio. Su robusto Zhiguli, dijo, solo tenía catorce años y podría hacer fácilmente el trayecto. Pero ahora había resultado ser como todos los anticuados coches soviéticos que había en la región—los Moskvichs, los Volgas que se bebían la gasolina, los Ladas, algunos de hasta cuarenta y cinco años—, quedándose casi parado en todas las cuestas. Aquellos coches eran como pacientes terminales a los que habría que haber dejado morir hacía años. Pero Alik atribuía los fallos de su coche a la gasolina de contrabando: «Las gasolineras la diluyen con gasóleo y agua, las muy hijas de puta».

—La delincuencia está empeorando—dijo—. Se diría que estos sitios son tranquilos, ciudades como Kochkora. Pero hemos tenido apuñalamientos y violaciones en la calle, borrachos habitualmente, y robos continuos, casi siempre de ovejas. Droga también tenemos, pero menos que en las ciudades grandes. Heroína, opio, marihuana. Hay una ruta desde Afganistán por Tayikistán...

—Lo sé.—Esta ruta discurría hacia el norte atravesando las fronteras de Afganistán y el Pamir, convergía en Osh, al sur de donde nos hallábamos nosotros, y luego diseminaba su venenosa carga por diversas rutas a Moscú y Occidente. Irán y Pakistán se habían visto gravemente perjudicadas y habían estrechado la vigilancia en sus fronteras, y ya había cinco millones de adictos en Rusia.

—Con tanta gente en paro—dijo Alik—, no faltan transportistas... y sí, la policía está corrupta. Siempre nos pagaron una miseria. La mejor forma de aumentar tus ganancias era parar a los coches en los controles. Encontrábamos algo ilegal, no era difícil, y aceptábamos dinero. Era parte del trabajo.

Los cañones dieron paso a una ancha meseta, donde Alik y su turismo se relajaron, y comenzamos a transitar por aterciopeladas llanuras rodeadas de montañas. Él dijo, satisfecho:

—Ustedes, en Europa, lo tienen todo cultivado, ¿no? Nosotros, casi nada. Las cosas siguen estando como estaban. Sí, es hermoso.

Almorzamos en un restaurante de camioneros donde él pidió la comida a gritos, de pie con las piernas separadas y las manos entrelazadas en la espalda. Volvía a ser policía. Más tarde, llegamos a un antiguo monumento funerario turco donde él se puso a rezar, sin saber qué era, sacándose del bolsillo un verso del Corán escrito a mano.

Cuando coronamos el último puerto, las montañas que había sobre el río Talas vinieron a nuestro encuentro desde Kazajstán y nosotros descendimos a su valle por campos de maíz dulce, girasoles y heno recién segado. Pasamos la noche con un conocido de Alik y yo nunca estuve seguro de cuán bienvenidos éramos. Era un hombre mayor con las mejillas afectadas gravemente de carbunco. Tenía cincuenta y siete nietos, algunos de ellos paseándose por su patio, acunando a sus hijos. Nos sentamos en una habitación donde solo había cojines y una televisión retransmitiendo noticias de un huracán en Estados Unidos. Esto complació a Alik—ver escenas de personas perdiendo sus hogares a causa de tornados—y mi creciente antipatía por él se trocó en aversión. Discutimos sobre Stalin—un hombre excelente, pensaba él—hasta que los dos nos quedamos callados. Más tarde, nuestro anfitrión extendió mantas en el suelo, donde Alik, vestido con unos calzoncillos carmesíes, gruñó y eructó hasta quedarse por fin dormido.



Desde la cima de un otero que domina el barranco de Kenkol, un océano de montañas se ondula hacia el valle de Talas, salpicando sus huertos de colinas aisladas. Aquí, en algún lugar, los árabes invasores derrotaron en 751 a un ejército chino en una batalla que permitió al islam extenderse hacia el este

hasta Kashgar y envió al oeste a fabricantes de papel y sederos chinos cautivos cuyo legado fascinaría a Europa. También aquí, el campo abunda en leyendas sobre Manas. Dondequiera que haya un círculo de piedras o un montículo, nace un mito. En este sitio arrojó una roca; allí abajo dejó de beber; ahí arriba disparó una flecha. Y al pie de la colina, invisible entre los árboles por debajo de mí, fue sepultado.

Encontré el enclave convertido en un templo nacional. Un sendero conducía a un puente con una barandilla de lanzas y discurría luego entre macizos de flores cuyas rosas púrpuras y rojas tenían un brillo terroso. Guerreros con llamativas armaduras se paseaban como extras de cine aburridos, con acompañantes vestidas de odaliscas turcas que llevaban tocados cónicos y vestidos de gasa. Una hechicera cómodamente instalada en una «casa de curación» ofrecía sesiones de espiritismo y curaba a través del poder cósmico de los muertos. Y por todas partes, carteleras anunciaban preceptos extraídos de la epopeya de Manas, sobre la unidad nacional y el amor a la naturaleza.

Pero comprendí que este decorado de teatro pagano se había construido para curar una herida: el vacío dejado por el comunismo. En 1991, mientras la Unión Soviética se desintegraba, Kirguizistán expulsó a sus viejos diligentes comunistas y se convirtió en una democracia liberal: una pequeña Suiza en el corazón de Asia Central. Su presidente, Akayev, no era un burócrata, sino un físico. Heredó una economía pésima y una administración corrupta, en un país desgarrado por las lealtades regionales y tribales, y terminó por adoptar algunas de las costumbres de la dictadura, acallando a la oposición, sobornando al parlamento.

Como foco de unidad nacional recurrió a la gran saga de *Manas*: la epopeya oral de mayor longitud que se conoce, más larga que la *Iliada*, la *Odisea* y el *Mahabharata* juntos. Como un palimpsesto cantado, se remonta a la conquista de los uigures por parte de los kirguizes hace mil años y siglos después reflejó la lucha de su pueblo contra los mongoles, antes de adoptar una pátina islámica. Historia y leyenda se entrelazan inextricablemente; es a la vez la partida de nacimiento y el himno nacional de los kirguizes. Y, no obstante, Akayev, en un discurso de apertura—consciente de que en su país

abundan los rusos, los uzbekos y otras minorías—, hizo hincapié en los valores universales de la saga y en la composición multiétnica de los guerreros de Manas, y fue por esto, quizá, por lo que me encontré con un inmenso círculo ceremonial donde los cuarenta paladines del héroe estaban esculpidos majestuosamente junto a él.

Más allá, entré en un museo que parecía un templo. En su pintura central, Manas se retrataba como un prodigio vestido de armadura—en parte mago, en parte héroe artúrico—, cuyas huestes estaban reunidas detrás de él en un espectral bosque de estandartes, ascendiendo por fin a un paraíso de nubes pastel. Pero ¿quién fue Manas en realidad? me pregunté. ¿Llegó a existir, o fue una combinación de caudillos en parte míticos?

Porque la epopeya de *Manas* fue, originariamente, toda una familia de epopeyas. De igual forma que definieron el idioma y las fronteras de la nación, los rusos también codificaron la saga a partir de las canciones de los últimos bardos *manaschi* y la promovieron, en su versión expurgada, para separar a los kirguizes de sus vecinos turcos. El estado-nación kirguiz fue, en cierto sentido, regalo de Stalin.

A continuación, está la tumba. La epopeya cuenta que la mujer de Manas, la inteligente Kanikay, cargó su arcilla en seiscientos camellos y horneó sus ladrillos en la grasa de mil cabras. Ante la tumba se alza ahora una piedra negra que Manas utilizaba como pedernal y un pilar monolítico donde ataba a su caballo—el espléndido Akula cuya luz iluminaba el camino—. Detrás de ellos, ochos frisos concéntricos circundan la entrada a la tumba bajo una aguja parecida a una tienda de campaña. El yeso pintado se ha desprendido y ha dejado al descubierto la arcilla que hay debajo, delicadamente esculpida con lo que parecen rastros dejados por insectos. Un letrero prohíbe a los peregrinos llevarse yeso. Dentro de la cámara, no hay nada.

Pero aquí viene un flujo tenue y continuo de peregrinos: ancianos con sus mujeres envueltas en ropa, jóvenes con gafas oscuras, niños obedientes, mujeres con zapatos de tacón. Un imán local entona una oración mientras ellos escuchan con la cabeza gacha. Luego rodean la tumba, apoyando las palmas y la frente en la cálida arcilla. Entre los frisos que discurren por encima de ellos, el más elaborado luce caracteres árabes, entrelazados con frondas y

flores. Sus colores también han desaparecido de la arcilla rosa. Pero su escritura cúfica dice que esta es la tumba de la princesa Kyanizyak-khatun, la hija de un emir mongol, fallecida en el siglo XIV.

Los peregrinos besan las suaves paredes. Si supieran leer cúfico, esto no los preocuparía. Una leyenda puede anidar en cualquier sitio y la epopeya de Manas, al igual que el emperador Amarillo, se sustenta no en el pasado auténtico, sino en las historias que ella misma se cuenta: en lo que recuerda, y en lo que olvida.

A Samarcanda

Me pasé dos días viajando hacia el sur. Después de atravesar la garganta del río Chychkan, recorrida por torres de conducción eléctrica, mi carretera emergió por fin junto al pantano de Toktogul, donde compartí una habitación de hostel con trabajadores de la construcción y cogí un autobús en la ciudad industrial abandonada de Ustkurgan. Por la carretera que bordeaba el sinuoso río Narin, remansado bajo una inmensa presa hidroeléctrica, yo estaba desplazándome en dirección norte-sur por la frontera de Kirguizistán de camino a sus regiones islámicas más pobres situadas en el valle de Fergana, cerca de Uzbekistán.

Un afable conductor me llevó a lo largo de la línea fronteriza hablándome interminablemente sobre cuánto añoraba el comunismo. En Ustkurgan, su ciudad natal, dijo, las minas de cristal acababan de inaugurarse cuando la Unión Soviética cayó y el lugar estaba ahora en ruinas. Con los soviéticos, la ciudad había sido maravillosa, recordaba—el pasado siempre idealizándose—; entonces, la gente iba al cine y al teatro con el estómago lleno. Pero ahora el futuro se había detenido y las barreras nacionales estaban levantadas.

—Uzbekistán es ahora un país extranjero.

Me prohibieron el paso en dos puestos fronterizos. En una ocasión, los soldados kirguizes me dejaron pasar y yo recorrí a pie un kilómetro y medio

por una tierra de nadie donde había mujeres cosechando melones, solo para que los vigilantes uzbekos me ordenaran regresar. Donde antaño los mercaderes habían viajado a voluntad entre janatos musulmanes en decadencia, las fronteras de la nueva Asia Central eran ahora el paraíso de un burócrata. Era como si un antiguo pasillo hubiera sido dividido en habitaciones. Preocupado por que se creara un bloque musulmán dentro de su imperio, Stalin delineó las fronteras de estos países a mediados de los años veinte, concediéndoles historias adulteradas. En vano, sus fronteras intentaron seguir realidades étnicas. Incluso ahora, tras setenta años de dominio soviético, los dialectos turcos se entremezclan. Uzbekistán, deforme como un perro que ladra a China, derrama sus gentes por todos los países que lo circundan. No obstante, los tayikos y otros pueblos iranés se concentran en sus viejas ciudades de Samarcanda y Bujara y se extienden hasta Afganistán e incluso China; los turcomanos se solapan parcialmente con Irán y Afganistán, y toda Asia Central está impregnada de rusos, ucranianos, tártaros, alemanes, uigures, chinos y coreanos. Con la desintegración de la Unión Soviética, sus jóvenes repúblicas musulmanas, cuyas fronteras se habían trazado para perder su significado con el paso del tiempo, llevaron sus frágiles identidades al escenario mundial.

En ningún lugar eran las fronteras más tortuosas que en la región donde yo estaba entrando. Kirguizes y uzbekos vivían intercalados y disturbios en 1990 habían dejado trescientos muertos. Estaba atardeciendo, cerca de Osh, cuando llegamos al puesto fronterizo. Hacía doce años, un mero gesto de la mano de un policía soñoliento había bastado para que yo lo cruzara. Ahora, pasados los guardias kirguizes, la frontera uzbeka estaba plagada de controles y oficinas de aduanas donde groseros soldados con traje de campaña y gorro militar que estaban hostigando a mujeres mayores para que confiaran sus bolsas a un escáner me ordenaron que fuera de oficina en oficina. Solo al anochecer había logrado cruzar y puesto rumbo a Namangan en la oscuridad, consciente de un país cambiado.

El aire, cálido y calmo, tiene la suavidad del llano. Al amanecer, los gorjeos y

trinos de los árboles recuerdan a una selva tropical, pero los pájaros son pardos y huidizos. En el bazar, donde los mercaderes uzbekos llevan casquetes bordados, uno desayuna estofado de cabra y pan *naan*, pasando el rato en uno de los bancos bajos donde hombres y mujeres, sentados con las piernas cruzadas, charlan por separado. Los puestos venden melones y nueces, o tienen montones de telas provenientes de China, Turquía y Dubai, estampadas con logotipos occidentales piratas. Las caras montañas de los kirguizes han menguado, como una inocencia perdida, y las facciones que uno ve son más variadas y cautas—Namangan es una ciudad grande y pobre, después de todo—y los desempleados aumentan en parques y estaciones.

Uno camina con cautela. El lugar tiene reputación de ser peligroso. Los plátanos que los rusos plantaron han alcanzado su máxima estatura en las calles, pero los rusos se han ido. Sus casitas de ladrillo y edificios públicos neoclásicos están circundados por el laberinto del casco antiguo. La plaza de Lenin se ha convertido en la plaza de la Libertad, aunque esto arranca a veces risas de cinismo, y su lugar está ocupado por una estatua de Babur, el fundador del imperio mogol.

En el cementerio de los caídos durante la Segunda Guerra Mundial, no hay ninguna palabra que glorifique a la madre patria soviética, ninguna llama eterna. Se ha convertido en un monumento al dolor incorpóreo. La estatua de una mujer doliente ocupa un jardín, circundada por los nombres de los caídos grabados en libros colgantes. Podrían haber muerto en una epidemia. Sobre la entrada, la inscripción en turco está traducida con errores al inglés.

Pero el valle de Fergana es un país aparte. Fértil, populoso, incluso en la década de 1940 estaba repleto de mezquitas no oficiales, sembrado de sociedades sufíes secretas y transitado por mulás itinerantes. A principios de los años noventa, las calles de Namangan estaban patrulladas por severos vigilantes musulmanes, encargados de erradicar el crimen y la falta de decoro en la indumentaria, y a finales de la década los pueblos del valle de Fergana escondían a grupos armados de la guerrilla, dedicados a la fundación de un estado musulmán. Todos los años, sus agentes—educados a menudo en las medersa deobandi de Pakistán, las cuales habían formado a los talibanes—se infiltraban en el valle desde bases en Tayikistán o Afganistán. Su odio iba

sobre todo dirigido contra Karimov, el presidente de Uzbekistán, un tirano ex comunista cuyo gobierno ha presenciado la tortura rutinaria y la desaparición de todos los disidentes. Sus líderes eran jóvenes. En Afganistán, se aproximaron a Osama bin Laden y al mulá Omar y fueron financiados por Arabia Saudí, antes de que, en 2001, la invasión de Afganistán por parte de Estados Unidos los engullera.

No oí ningún llamamiento a la oración. Desde que radicales musulmanes decapitaron a un comisario y algunos oficiales locales hacía seis años, los alminares han sido acallados. Las celdas de una madraza se estaban transformando en un museo de artesanía y sus paredes estaban bordeadas por tiendas. En otra mezquita—antaoño un museo soviético de ateísmo—, se estaba construyendo la doble sala de oración de una escuela coránica.

—Pero hay poco dinero, y tarda en llegar—dijo su viejo imán—. Solo lo da la gente.

El epicentro de la insurgencia islámica había sido la mezquita de Gumbaz. Años antes, los rusos la habían convertido en un almacén de vodka y vino, pero poco después de la independencia, activistas de la futura resistencia islámica volvieron a instaurarla como lugar de culto. En 1995, se había convertido en una avanzadilla del wahabbismo, el islam puritano de Arabia Saudí, la cual estaba presuntamente financiando a dos mil alumnos allí.

Pero cuando entré en la mezquita, su espíritu insurgente había desaparecido. Un minúsculo vigilante me atendió, sonriéndome cordialmente, y unos cuantos alumnos con casquetes negros estaban pavimentando el patio. Un administrador joven y bien afeitado vino a mi encuentro. Yo sabía que había una línea invisible entre los cargos nombrados por el islam oficial y los mulás paralelos de una religión más sencilla. Este hombre llevaba traje, y sonreía. Los wahabíes, dijo, fueron erradicados en 1996 y el lugar albergaba ahora a veinte alumnos, que recibían una instrucción como era debido, con dinero del gobierno. El vigilante me guió bajo la enorme cúpula de su mezquita, donde las palomas que revoloteaban en la penumbra nos abanicaron la cara. Los carteles colgados en las paredes no eran mandamientos coránicos, dijo riéndose, sino frases del presidente Karimov.

Busco el futuro como si fuera a estar escrito en una señal indicadora—en cirílico, latín o árabe—y él viene a mi encuentro por azar (si este es el futuro) cuando paso junto a una pequeña universidad situada en el centro urbano. Los estudiantes me invitan a entrar y me siguen como un enjambre de abejas por los derruidos pasillos. Cada vez que entramos en una clase, sus cuarenta alumnos se ponen en pie y me miran con una cara radiante, la mitad de ellos mujeres jóvenes. Pagan quinientos som semanales—cincuenta centavos—, a menos que tengan una beca. Son, a su modo, la elite de Namangan y se convertirán en sus abogados, médicos, funcionarios y quizá sus disidentes.

Me tomo un té verde con dulces árabes en un café. Hay un estudiante que está sentado solo, mirando los tulipanes del mantel de hule. Cuando Mansur sonrío, su rostro es el de un niño: despierto, un poco bisono. No, dice, Namangan ya no es muy peligrosa. Los radicales nunca fueron más de unos centenares.

—Nosotros no somos así de extremistas. Nunca lo hemos sido. ¡Ese extremismo es de algún otro sitio!—Mueve la cabeza en la dirección de Pakistán. Tiene las manos delante de la boca y se está crujiendo nerviosamente los nudillos—. En la universidad, diría yo, solo un uno por ciento es realmente musulmán. O incluso menos. La gente dice que es musulmana, naturalmente, pero ni tan siquiera en Namangan es así. Mi padre, por ejemplo, se sabe unas cuantas fórmulas de oración, pero no reza. Y bebe vodka.

—¿Qué ha pasado entonces con los wahabíes?

—Siguen aquí, pero ya no llevan barba y tienen el mismo aspecto que los demás. Pueden estar en muchas profesiones: maestros, incluso profesores de universidad. Algunos deben de estar en paro, otros en la cárcel. Eran muy jóvenes, impresionables. Ahora su religión está prohibida por el gobierno y a mí me parece una lástima. Se les debería haber dejado tomar su propio camino. No va a seguirlos mucha gente.

Sonríe, otra vez niño. Es una familiar voz turca. Insinúa que el extremismo es impropio del hombre. Puede convenirles a los iraníes, los pakistaníes, los árabes: razas comerciantes, algunas infieles, gente sin autocontrol. Pero los uzbekos son distintos. Cuando viajé aquí hacía años, en los albores de su

independencia, había oído esto a menudo.

—Pero nos han enseñado a obedecer siempre, a disimular—dice Mansur—. Era así incluso antes de que llegaran los rusos, quizá desde hace siglos. No sé. ¿Cómo se deja de ser así?

—La independencia es un buen comienzo—digo yo.

—Nos hemos empobrecido con la independencia. La gente mayor incluso está teniendo que vender sus coranes: unos libros preciosos, escritos en piel, algunos de ellos, con plumas de ganso. La gente dice que las cosas iban mejor con los soviéticos. Los jóvenes no lo recordamos.—Se toma el pulso en la muñeca—. Pero yo creo que llevamos la esclavitud en la sangre.



Mi autobús transitaba por un paisaje de exuberante quietud, bajo un cielo cubierto de neblina. El techo, que temblequeaba por encima de los pasajeros, tenía orificios para la ventilación y agujeros donde antes había luces. El maíz y los girasoles maduraban en los aletargados campos y había hileras de mujeres encorvadas en los algodones. Hacía dos mil años, en este gran valle se habían alimentado los «caballos celestiales», una raza de caballos rápidos y fuertes que los chinos creían que eran mitad dragones y sudaban sangre. Los ejércitos chinos, temerosos de la caballería hun, invadieron estas tierras para tener más purasangres y durante siglos compraron caballos a cambio de seda. Pero ahora los campos estaban atravesados por nebulosas filas de álamos y moreras y el brillo de canales remansados. De vez en cuando, un pueblo encerraba la carretera en un pasillo de paredes encaladas con puertas de madera labrada. La región parecía engañosamente en paz. Pero en los controles de carreteras que buscaban drogas y armas, la policía estaba haciendo parar a todos los vehículos y ya era mediodía cuando llegamos a Marguilan.

Antigua ciudad de la Ruta de la Seda, culta, devota, y un nido de la economía sumergida en tiempos soviéticos, Marguilan poseía un soñoliento

atractivo. Entré en mezquitas tranquilas y pasé el tiempo en restaurantes. Intenté cambiar dinero en el banco principal, pero no había, así que un amable empleado me puso en contacto con un estraperlista, quien me pasó un fajo de billetes casi sin valor. En las calles, las mujeres parecían más llenas de vida que en ninguna otra parte. Se paseaban envueltas en titilantes sedas de llamativos colores, tejidas en oro, con pantalones que también eran de seda bajo vestidos que les llegaban hasta el tobillo. Inundaban las aceras con un heterogéneo arco iris de color. Sus rostros misteriosamente variados—con altos pómulos mongoles o una delicadeza casi persa—estaban subyugados por pañuelos anudados en la cabeza, y este comedimiento, unido a la esbelta belleza de algunas manos, era más erótico que la desnudez. Solo de vez en cuando, las muy jóvenes llevaban el cabello recogido en una cola de caballo, escandalosamente descubierto. Iban con bolsos fabricados en China o Pakistán, donde ponía «Estée Lauder» o eslóganes en inglés.

La seda estaba por doquier. Marguilan había sido la capital de la seda de la Unión Soviética y sus fábricas aún confeccionaban millones de metros todos los años, teñidos con baratas anilinas. Pero también sobrevivían viejas costumbres. Entré en un taller cuyo patio estaba recorrido por oxidados tubos de ventilación y sembrado de rosas. Extraía sus pigmentos rojos de la cáscara de granada, los amarillos de las cebollas, los marrones de frutos secos. Recordaba a los talleres de Hotan en una práctica tan antigua, quizá, que fue anterior a las fronteras. Descalzas y cruzadas de piernas junto a sus fogones, las mismas brujas buenas atendían humeantes calderas y sacaban los capullos hervidos formando las mismas relucientes redes.

Aquí las madejas de seda se anudaban en ciertas zonas con hilo de algodón y se sumergían en una serie de tinajas con tintes hasta que la seda se convertía en un llameante arco iris de colores entremezclados, para producir la seda atlas tan estimada en toda la región, la cual se extendía sobre los telares como un nebuloso rompecabezas. Solo se oían el traqueteo y los chirridos de las lanzaderas, y pies pisando los pedales. Pero aquí las tejedoras eran todas mujeres jóvenes y sus telares lucían los emblemas de sus sueños: ídolos pop uzbekos, artistas de cine de Bollywood.

Esta técnica de teñido con nudos era tradicional del valle, transmitida de

generación en generación, y estaba imbuida de un simbolismo ahora perdido. El islam, donde solo se permitían dibujos abstractos, había transformado por completo la técnica. No obstante, solo en el paraíso, decía el Corán, iban los fieles vestidos con seda; en esta vida, llevarla estaba prohibido. El mismísimo profeta, se decía, se arrancó con repugnancia su túnica de seda mientras rezaba, y el califa Omar, durante la captura de Jerusalén en 638, se horrorizó de ver a sus partidarios llevando seda saqueada y ordenó que fueran arrastrados por el polvo.

Pero, tras la batalla de Talas, cuando sederos chinos cautivos revelaron los últimos refinamientos de su oficio, los talleres musulmanes de Persia y Siria prosperaron y abastecieron a todo el mundo occidental. Los moros introdujeron la sericultura en España y, en todo el islam, la austeridad dio paso al exceso. De sus turbantes a sus zapatillas bordadas, la seda era la tela preferida de los nobles. Decoraba espléndidamente los palacios de califas y sultanes, tejida a veces con preceptos coránicos, y sus séquitos resplandecían como el agua. Aún en el siglo XIX, el único lujo en las decadentes cortes de los janatos de Asia Central era la seda que vestía los toscos cuerpos de sus criados y los valiosos rollos de seda que se ofrecían como regalo.

Tras los caseríos de Kirguizistán, los hoteles de Marguilan eran tétricos. En el mío, los muebles estaban destrozados, no había agua, la electricidad fallaba. Mis botas dejaron nostálgicas huellas en el polvo que cubría el suelo. Yo estaba solo en el hotel. Hasta el personal lo había abandonado, salvo un empleado que venía por las tardes.

Así pues, busqué una familia con que alojarme. En un viejo callejón sin salida con las paredes encaladas y unos manzanos al fondo, tres generaciones vivían en torno a un tranquilo patio. Debido a las altas cifras de desempleo, los hombres jóvenes estaban ausentes, buscando trabajo o comerciando en otras ciudades. Solo el robusto padre de familia—un camionero jubilado—había dejado de conducir y se había comprado una bicicleta china, que era más tranquila, dijo. Su mujer estaba vendiendo las botas de cuero locales en Tashkent; pero su hija menor nos sirvió té y estofado de cordero y esa noche se

sentó conmigo en los bancos sin respaldo y habló en un inglés entrecortado y sin entonación.

En estos patios particulares, la vida era sencilla. Las mujeres jóvenes se ponían vaqueros y los niños corrían desbocados. En la época soviética, los *mahallalar*—comunidades familiares estrechamente unidas—habían sido un tranquilo bastión del islam y ahora el Estado estaba intentando reclutar a sus mayores como órgano de control. Pero estas comunidades se protegían a sí mismas, y miraban hacia dentro. En las laberínticas callejuelas, sus recintos tapiados se convirtieron en fortalezas interconectadas. Pero dentro, todas las habitaciones daban al patio y tenían grandes ventanas y puertas acristaladas por las que entraba la luz, porque en la familia todo, a primera vista, era transparente, compartido.

Nos quedamos sentados en el patio hasta que empezó a oscurecer. El anciano cogió granadas de un árbol y las partió por la mitad para mí, mientras los hijos de un hijo ausente rebuscaban bajo los asientos.

—Son muyahidines—dijo riéndose, y por fin se fue a ver la televisión, mientras su hija calmaba a los niños y encendía un farol en los árboles del patio.

Mahmuda me desconcertaba. A sus veinticuatro años, estaba soltera. Pero, conforme avanzó la tarde, fue hablando con una obsesión cada vez mayor, como si confiarse a un extranjero fuera como confesarse a un planeta lejano y en cierto sentido no contara. Tenía la parte superior de la cara y los ojos alegres y hermosos, pero el peso del cansancio o el arrepentimiento se le concentraba en las pesadas mejillas caídas.

—Cuando tenía catorce años, vivía para esa televisión—dijo—, pero mis padres me la prohibieron. En cuanto se iban, yo ponía la serie *Santa Barbara* y culebrones mexicanos.

—¿Pensaba que Occidente era así?

—No pensaba nada.—Se rió—. De pronto, perdí el interés por todo. En vez de eso, quería ir a la madraza, a estudiar religión. Quería saber cosas de Dios. En aquellos tiempos, casi todas las medersa estaban cerradas, pero cuando terminé el instituto descubrí una en Tashkent, financiada por Arabia Saudí, que enseñaba de forma clandestina. Iba a las casas de los profesores a

escondidas, funcionaban así, y rezaba sola. Rezaba cinco veces al día y leía el Corán en árabe, una página cada día, y el Hadiz en turco, rezando y ayunando. Solo tenía dieciséis años. Luego, empecé a sentirme rara. Iba con velo, con toda la cara tapada. Y de pronto, comencé a encontrarme mal.—Se cogió la cara con las manos—. Siempre que estudiaba el árabe, le pasaba algo a mi cabeza. No sé qué era. Nunca lo sabré. Pero siempre que leía el árabe o me ponía a rezar, empezaba ese dolor taladrante.

Yo quise decir algo consolador, pero solo se me ocurrieron tópicos sobre la adolescencia. No la entendía. Percibí, en cambio, la ironía de su viaje. De la religiosa Marguilan—donde los viernes las calles estaban atestadas de fieles arrodillados—había ido a la moderna Tashkent y allí, donde las mujeres se estaban liberando, se había puesto enferma de rezar a escondidas.

—Al final—dijo—, me sentía demasiado débil para rezar. Mis padres vinieron y me trajeron de vuelta a Marguilan.

—Hicieron bien.

—Yo empecé a ir a la universidad, para estudiar idiomas, pero, al cabo de dos años, mi padre decidió que debía casarme. Esa es la tradición aquí, en Marguilan. Deciden los padres.

Me pregunté si después de todo no tendría marido. Pero no había rastro de él, y ella rezumaba soledad. Se quedó mirando la mesa.

—Usted sabe que aquí es imposible que la gente joven se vea. Si vives en un piso, como los rusos, es más fácil. Te encuentras en las escaleras, y hablas. Pero aquí en los *mahallalar*, siempre que sales, hay viejos sentados en bancos, mirando...

—Los he visto.—Y en las calles solo había hombres andando con hombres, mujeres con mujeres.

—Y mis padres prepararon una boda a lo grande.—Extendió las manos sin alianza—. La primera vez que vi a mi marido fue en el registro civil. Era flaco y de piel oscura, y diez años mayor que yo, nada guapo. Lo miré y pensé: no puedo amarte.—Ella apenas había cumplido los dieciocho y su única experiencia era las series de televisión—. Estuve viviendo con él y su familia durante tres meses y no pude tocarlo. Era un buen hombre, no me forzó. Luego salí y me asomé al canal que había cerca de su casa y pensé: quiero morirme.

Desaparecer. Y me metí muy adentro. No sé nadar. El agua era agradable, lo recuerdo. Seguí andando y me hundí. No sé qué pasó luego.—Abrió la boca, como si le faltara aire. Tenía los labios carmesíes por el zumo de granada—. Pasé semanas hospitalizada. Mi marido vino a verme.—Se permitió otra risa—. Pero cuando regresé con su familia supe que no podía seguir estando casada. Le pedí el divorcio y me fui a casa, y al cabo de un año, me lo concedieron. Mis padres lo aceptaron y me dejaron volver. Son buenas personas.

Ahora trabajaba para ayudarlos. Había estudiado inglés y coreano e impartía clases particulares. Muchos jóvenes querían aprender, dijo. Corea ofrecía posibilidades de empleo y sus dos hermanos mayores tenían pensado ir allí.

—Ahora mis padres me dejan hacer lo que quiero. Cualquier cosa. Les da miedo mi cabeza, creo...

Parecía consumida, agotada por los recuerdos. Era muy posible que sus padres tuvieran miedo. Había locura en su tristeza. Antes de dormirse, se inyectaba un sedante.

Súbitamente dijo, con gravedad:

—Cuando tenía trece años, me enamoré. No podíamos hablar de ello: aún íbamos a la escuela. Pero nos amábamos. Ahora él está en Fergana a unos cuantos kilómetros de aquí, a veces sé de él por algunos compañeros de clase. Pronto hará siete años que nuestra promoción se graduó y mi amiga quiere organizar una fiesta para reunirnos. A lo mejor viene.

Pero, luego, esta alegría se le disipó. Ahora casi todos sus compañeros varones estaban casados, dijo, y muchos tenían hijos y vivían demasiado lejos. A lo mejor no habría fiesta.

En el salón, a la hora del desayuno, me siento rodeado de pinturas murales—delicadas y en tonos pastel, en un viejo estilo uzbeko—, donde hay aves del paraíso posadas entre las flores. Pero observo que a todas les han arrancado la cabeza, dejando fragmentos de yeso vacíos sobre su plumaje multicolor.

—Eso fue hace seis años—dice Mahmuda—. Mi hermano se enfadó

mucho. Es decorador y eran obra suya. Pero yo solía rezar aquí. Y el Hadiz dice que los ángeles no entrarán en una casa donde haya representada alguna criatura viva. Así que cogí un cuchillo... yo era rara entonces.—Parece estar recordando a otra persona.

—Ahora ya no rezo, ni tampoco leo el Corán, porque el árabe me pone enferma. Pero tengo miedo. Tengo miedo de pensar en mi alma, por todo lo que he hecho. No quiero pensar en lo que va a pasarme cuando me muera.



El tren a Samarcanda era como un campo de refugiados rodante. Amontonados en nuestras austeras literas por encima de pasillos cubiertos de ceniza de tabaco y cáscaras de pipas, con el vagón apestando a la manteca de cordero y la cebolla de lo que llevábamos para comer, estuvimos dieciséis horas avanzando lentamente hacia el oeste por un angosto valle. Por detrás de nuestras ventanillas, el paisaje pasaba sin solución de continuidad—algodonares y pastos sin caballos donde había heno amontonado—y las moreras bordeaban los campos en desmochadas hileras, como hacían en China. A un lado, las montañas del Pamir se perdían entre nubes de lluvia; al otro, la silueta de los montes Tian se desdibujaba hacia el oeste.

Al anochecer, las tortuosas fronteras de Tayikistán comenzaron a entrecruzarse en nuestra ruta y el tren se detuvo cuatro veces mientras vigilantes recorrían los pasillos en actitud intimidante, buscando contrabando y sobornos. Primero, subieron a bordo soldados uzbekos, con montones de oficiales de aduana vestidos de paisano; luego, aparecieron los uniformes de color verde oscuro de la policía tayika; al cabo de una hora, volvieron a subir los tayikos, luego, los uzbekos.

En mi cubículo, una comunidad improvisada se unió en defensa propia. Dos mujeres transportaban telas entre Fergana y Samarcanda y una joven maestra con un bebé vendía fundas de almohada y colchas. Por encima de ellas, un cetrino vendedor de caramelos se arrodilló en su litera, intentando

mirar a la Meca. Todas las semanas, tenían que sufrir la humillación de que los oficiales manosearan sus mercancías, buscando problemas.

—Los uzbekos son los peores—decían.

En la última frontera, me ordenaron que me dirigiera a un compartimiento cerrado donde un inspector me preguntó por qué no había ningún sello tayiko en mi pasaporte.

—¡Nada! ¡Nada! ¿Por qué no? Tendrían que haberle registrado en la primera frontera.

—No lo han hecho.

—¿Por qué no está usted registrado?—El inspector consultó su ordenador—. Va a tener que bajarse aquí.—Estábamos detenidos en una estación a oscuras, perdida en mitad de la nada—. ¿Y bien?—Quería dinero, esperaba que yo accediera. Lo miré—. ¿Por qué me mira así?

Yo me estaba enfadando, negándome en nombre de mis hostigados compañeros de viaje. Para mí era más fácil. Yo era extranjero, estaba protegido. Seguí mirándolo fijamente. Luego, él sonrió, volviendo a ponerse la gorra. Tenía peor aspecto cuando sonreía. El corpulento soldado que estaba de pie detrás de mí, dijo:

—Dele dinero.

—¡No!

Nos quedamos en silencio. Luego, el inspector dijo:

—Era una broma.—Volvió a consultar su ordenador. A lo mejor le han registrado.—Me devolvió el pasaporte, el soldado se apartó, sonriendo con desdén, y yo me fui.

Al salir al pasillo, en el repentino silencio del tren detenido, solo oí respiraciones difusas, y gimoteos de niños. Las mujeres estaban acostadas con las cabezas envueltas en pañuelos y sus hijos en brazos, y las rozadas botas de los ancianos, sobresaliendo por fuera de sus literas, se bambolearon cuando la locomotora volvió a ponerse en marcha.

Dos horas después, las estrellas se estaban desvaneciendo sobre Samarcanda.

Hace doce años, en los albores de la independencia de Asia Central de la desmembrada Unión Soviética, yo había estado en lo alto de la colina en ruinas que domina la ciudad, mirando el mar de tejados ocres y cúpulas azul turquesa, y esa imagen, rodeada en primavera de montañas nevadas, se me había quedado grabada en el subconsciente. Durante unos minutos, mientras estoy de nuevo aquí, el recuerdo persiste, empujando camiones rusos inexistentes en torno a la isleta que tengo a mis pies e instalando allí un reloj roto, mientras, por detrás de ella, los bazares se extienden todavía destartalados, con un fantasmal paso elevado más allá. El valle se llena de las viviendas de barro que yo recuerdo, y una oscura e incesante corriente de hombres está regresando del mercado bajo el cascarón roto de Bibi Khanum, la mezquita de Tamerlán el Grande.

Pero poco a poco, esta ciudad—vívica por un instante en mi memoria—se desvanece y es sustituida por la actual, hasta que ya no estoy seguro de si ha existido alguna vez. Se endurece, transformándose en un lugar más comedido y aséptico. Hay una nueva rotonda por debajo de mí, tachonada de farolas esféricas. Bajo el viejo reloj hay un anuncio de Unitel, y los coches están fabricados en Corea. El bazar ha sido reconstruido en un preciosista estilo uzbeke, con paredes curvas de espejos múltiples y una estatua de tres muchachas. En la época soviética, este artificio habría apestado a condescendencia imperial. Pero es obra de los mismos uzbekos. Las calles han cambiado de nombre. Se han erigido estatuas de nobles turcos. Y la mezquita de Bibi Khanum no es ya una ruina con el techo desplomado, sino una restallante obra de restauración.

Todo es más grande que en mi recuerdo. En los arrabales modernos, se han erigido edificios enormes—colegios, institutos—entre los adustos bloques soviéticos que yo recuerdo. Me pregunto frenéticamente qué he olvidado, qué imaginado. Pregunto a la gente: ¿cuándo construyeron esto? ¿Es eso nuevo? Pero ellos rara vez lo saben. Las avenidas se están llenando poco a poco de estudiantes universitarios: muchachas con vaqueros o minifalda, demasiado jóvenes para acordarse del comunismo. Las únicas que llevan velo son las pordioseras apostadas en las puertas de las mezquitas, una rusa entre ellas. Y no obstante, la gente dice que apenas ha cambiado nada, salvo que ahora son

más pobres. Las mismas colas esperan minibuses fuera del bazar, y jóvenes sin empleo merodean por las tiendas de bebidas alcohólicas o junto a quioscos, vendiendo cintas de música pop y vídeos de gánsteres. Durante horas, deambulo sorprendido, mientras la ciudad se va recomponiendo a mi alrededor: lo nuevo, lo recordado y lo olvidado aposentándose al fin bajo las otoñales colinas sin nieve.

La Samarcanda más antigua, la cual lleva el nombre de un mítico gigante, se ha hundido bajo la colina de Afrasiab, situada al nordeste de la ciudad. Fortificada en otro tiempo con casi trece kilómetros de murallas y puertas de hierro, es ahora un agrietado erial sembrado de fragmentos. En lo alto de la ciudadela destrozada por Gengis Jan—un desolado peñasco alisado por el agua de lluvia—, las zanjas cavadas por arqueólogos rusos se están llenando de polvo. Sus fisuras fueron puertas en otro tiempo, sus barrancos, calles. Pavimentos y paredes enlucidas, escaleras y depósitos de grano, están insípidamente hundidos bajo tierra. De vez en cuando, brilla un fragmento de cerámica rojiza, de vidrio tornasolado, huesos.

Esta era Maracanda, la metrópolis de los sogdianos, los mercaderes más grandes de la Ruta de la Seda. Un sofisticado pueblo iranio—no tanto una nación cuanto una confederación de estados—, su ciudad ya era rica cuando Alejandro Magno entró en ella en 329 a. C. y continuó siendo hermosa mucho después de que la conquista árabe diseminara a sus gentes en el siglo XIII.

En el borde de la colina, un pequeño museo ha reunido artefactos sogdianos y helenísticos: cosméticos, piezas de ajedrez talladas, espadas de hierro. Se han descubierto hogares portátiles para el culto al fuego, cubiertos aún de ceniza; osarios a los que arrojaban los huesos de los muertos después de que los perros los hubieran dejado limpios; y diosas de la tierra y el agua modeladas en arcilla. La religión de los sogdianos era una mezcla sincrética de creencias zoroástricas y mesopotámicas, teñida de hinduismo. Comerciantes natos—así lo creían los chinos—, sus madres les daban azúcar en la cuna para suavizarles la voz y les embadurnaban las palmas de las manos con engrudo para atraer los negocios rentables. Sus lentos y peludos camellos

transportaban seda cruda china incluso a Bizancio. Hsuan-tsang, al pasar por Samarcanda en 630, los describió como expertos en todas las artes, y no obstante feroces soldados, que abrazaban la muerte como salvación. Su armadura fue inmejorable en su día—perfeccionaron la cota de malla—y llevaron a China los secretos del vidrio artístico, junto con caballos y piedras preciosas indias y las técnicas para la elaboración del vino y el riego subterráneo. En su apogeo durante el siglo VI, el sogdiano fue la lengua franca de la Ruta de la Seda.

En los frescos que adornan las paredes de un palacio—lo mejor del museo—, embajadores rinden homenaje a los dioses de Samarcanda. Asistidos por mercenarios turcos, con cabellos que les llegan a la cintura, los chinos portan balas y capullos de seda al pie de un trono borrado. En otra pared, Vakhuman, el rey de Samarcanda, visita la tumba de sus antepasados. Nada queda por encima de los cascos de su inmenso caballo salvo el faldón de un fantástico abrigo con animales bordados en desvaídos tonos morados y blancos, su arco y su espada. Pero, a su alrededor, todo es opulencia y delicadeza, conforme su corte se reúne para venerar su linaje. Entre trozos de pared desconchada, sobre una procesión de patas de caballo amputadas, sobreviven las botas de una esposa real, montando como una amazona. Dos enjorados emisarios, a lomos de un dromedario y un elefante, desfilan juntos en deslucida pompa, acunando sus bastones de mando; y un grupo de cortesanos se adelanta para recibir al rey, ataviados con sedas persas como las que él viste, adornadas con relucientes dragones; mientras, por encima de ellos, desafiando la gravedad, una hilera de gansos desfila para ser sacrificados.

A mediados del siglo XIV, Tamerlán, el Conquistador del mundo, nació en el seno de un oscuro clan turco-mongol a unos ochenta kilómetros al sur de Samarcanda. En 1362, no era más que un ladrón de ovejas fugitivo, cojo por heridas de guerra. Pero, cuarenta años después, tras casi veinte campañas de despiadada brillantez, gobernaba un imperio ensangrentado que se extendía desde el Mediterráneo hasta las fronteras de China. Por toda Asia, las ciudades que se habían opuesto a él estaban señaladas por torres y pirámides

de cráneos cementados—ancianos, mujeres, soldados, niños masacrados juntos—. Solo en el norte de India, dejó atrás cinco millones de muertos.

No obstante, la suya fue una barbarie compleja. Con ávida curiosidad, incluso mientras estaba en campaña, se enfrascaba en discusiones con su corte de eruditos y científicos acompañantes. Quería dar caza a la verdad como si fuera un enemigo. En su biblioteca particular, miraba hechizado los manuscritos iluminados que no sabía leer. Adoraba sobre todo las prácticas disciplinadas de la matemática, la astronomía y la medicina, y vertió su pasión por el ajedrez en un tablero de 110 casillas, en cuyo campo de batalla maniobraba con intrincadas nuevas piezas: camellos, máquinas de guerra, jirafas.

Pero su sed de dominio prevaleció sobre todo lo demás. Veneraba el islam como fuente de poder, pero lo manipulaba cínicamente a su voluntad. Y su paradoja se intensificó en las refinadas dinastías que engendró: los timúridas de Herat, el imperio mogol de India. En las miniaturas cortesanas de Bihzad y Mir Sayyid Ali, sus descendientes pintados se deleitan con rosas o acunan libros de versos. Son delicados, incluso exquisitos. Pero encierran una vaga inquietud: la insinuación de que la cultura no es siempre dignificante, ni humana. Porque estos distraídos príncipes quizá acaban de asesinar a un hermano o borrar una ciudad, antes de ponerse de nuevo a admirar tulipanes y abrir un libro.

En Samarcanda, Tamerlán construyó una capital a su propia gloria. Después de cada campaña, la ciudad se inundó de eruditos y artesanos capturados hasta desbordarse por el sur y el oeste de Afrasiab y convertirse en una cosmópolis amurallada cuyas mezquitas y academias, almacenes y bazares, estaban atestados de los gremios y las mercancías de un imperio. Sus arrabales llevaban despreciativamente los nombres de las grandes ciudades que Tamerlán había conquistado y estaban rodeados por dieciséis parques cuyos pabellones de arcilla tenían pinturas murales heréticas que celebraban sus guerras y amores. No obstante, incluso cuando no estaba en campaña, Tamerlán pasaba poco tiempo aquí. Con el desasosiego propio del nómada en una gran ciudad, acampaba en los jardines circundantes en un mar de tiendas adornadas con sedas. Su Samarcanda no era tanto un hogar cuanto un

grandioso trofeo, destilado de sus conquistas.

Cerca del centro urbano, su megalomanía alcanzó su punto álgido en la mezquita de Bibi Khanum: un monumento a Dios y a sí mismo. Estaba rodeada por alminares de casi cincuenta metros y coronada por la más alta de las cúpulas azul turquesa que se convertirían en el sello de sus herederos. Regresando de improviso, ejecutó a sus arquitectos por construir los pórticos demasiado bajos. Luego, él mismo dirigió su construcción, arrojando carne y monedas a los albañiles que lo complacían, mientras noventa y cinco elefantes traían su mármol desde Persia y el Cáucaso.

Pero el miedo instó a los albañiles a construirla demasiado deprisa, porque ya en vida del emperador comenzó a agrietarse. En el siglo XIX se había convertido en almacén de algodón y establo para la caballería zarista. Solo en los últimos años ha sido apuntalada; y ahora su restauración, poco a poco, está extinguiendo la extraña vitalidad de la ruina y construyendo en su lugar una brillante inanidad. La titánica entrada y el colosal iwan—la sala cubierta por una bóveda de cañón y abierta por un lado—, las vastas superficies de azulejo vidriado que trazan un zigzag azul y verde en superficies aún más vastas de ladrillo beige, han perdido su voz. Empequeñecido y algo aburrido por ellos, me colé en la sala de oración central, donde los restauradores no habían llegado aún. Aquí, donde la cúpula de casi cuarenta metros de altura estaba surcada por grietas que parecían enredaderas invertidas e innumerables rajadas herían las paredes, la mezquita de Bibi Khanum se completó nebulosamente en mi imaginación y solo los chillidos de los gorriones que anidaban en la cúpula no pertenecieron a los tiempos en que Tamerlán conquistó el cielo.

En el centro de su ciudad, donde seis avenidas convergían desde sus seis puertas fortificadas en el bazar de Registan, se extiende ahora una enorme plaza en calma. Tres grandes escuelas religiosas resplandecen en su espacio vacío. Una fue construida por el nieto de Tamerlán, el príncipe astrónomo Ulug Beg; las otras se erigieron más de dos siglos después. Todas han sido restauradas, recientemente, en un estilo sereno y aséptico. En dos lados, sus fachadas se reflejan una a otra con idéntico esplendor, ventana a ventana, arco a arco. En sus profundos iwanes de más de treinta y cinco metros de altura, los

azulejos púrpuras y verdemares que salpican todas las superficies contrastan con los paneles más oscuros de mayólica, donde hermosos caracteres árabes rodean las puertas que conducen a los patios interiores. Junto a ellas, los robustos alminares, tramados de violeta y azul, se alzan como cirios combados hacia inmensos capiteles que no sostienen nada.

Cuando entré en los patios, encontré las celdas de los estudiantes intactas, hasta sus mismas puertas de madera. Pero habían sido transformadas en pequeñas tiendas cuyos desanimados dueños estaban charlando o durmiendo. El turismo había ido menguando desde 2001. Me encontré comprando cosas por lástima o por vergüenza. Tenía la sensación de haberme colado entre bastidores. Vistas desde aquí, las grandes medersa—las escuelas religiosas—parecían extraños decorados de teatro. No obstante, sus celdas aún estaban alicatadas y entre los montones de artículos turísticos sin vender, bandas de escritura en mayólica circundaban las salas con tramos discontinuos de textos sagrados.

Donde la avenida de Registan confluye con las fuentes que bajan hacia la tumba de Tamerlán, se erige una estatua gigantesca. El monstruo ocupa su trono ataviado con ricas sedas, asiendo su cimitarra con ambas manos. Pero sus facciones se han transmutado en las de un rey filósofo y un flujo casi constante de parejas recién casadas posa con sus familiares y amigos para fotografiarse debajo de él. Rodeadas de sus escandalosos parientes, las novias suben las escaleras con los hombros descubiertos bajo una nube de seda y gasa, con pasadores de pedrería o diademas en el pelo. Nunca sonrín. Los novios suben tímidamente junto a ellas con la corbata torcida y un traje que no les queda bien. Pero llevan sus ramos con delicadeza hasta los pies de Tamerlán (calzados con unas descomunales botas de bufón) y los dejan como tributo en la repisa de mármol que hay debajo.

Erigiéndose sobre ellos, el Azote de Dios se ha convertido en el símbolo y el padre de Uzbekistán. Sus pies, cuando termina el día, están cubiertos de flores. A finales de la época soviética, era ignorado o vilipendiado. Ahora, sus estatuas se están erigiendo por doquier. Los políticos lo invocan, los académicos escriben elogios sobre él, las conferencias abundan. Aparece en billetes de banco y vallas publicitarias; calles, escuelas y condecoraciones

llevan su nombre. Su ejemplo se ensalza ante el ejército. Al inaugurar su estatua ecuestre en el centro de Tashkent (en sustitución de un busto de Marx), el presidente Karimov lo aclamó como «nuestro gran compatriota» e incluso lo ha invocado en la guerra contra el terror.

Sin embargo, Tamerlán no era uzbeko en absoluto. Era turco-mongol. También lo fueron otros héroes nacionales reconstruidos: su descendiente Babur, fundador de la dinastía mogol—cuya estatua me había sorprendido en Namangan—, y el emir astrónomo Ulug Beg, cuyo sextante roto aún se curva como unas gigantescas escaleras mecánicas bajo la tierra de Samarcanda. Y las proliferantes estatuas a «el padre de la literatura uzbeka», el poeta Alisher Navoi, honran a un hombre que solo mencionaba a los uzbekos para menospreciarlos.

De hecho, no fue hasta finales del siglo XV que los uzbekos llegaron desde el norte, donde su nombre se había en otro tiempo vinculado a un jan de la Horda de Oro. El nombre no tenía ninguna connotación nacional ni étnica y el mundo en que se asentaron abundaba en identidades superpuestas. El islam favorecía la familia y la *umma*, la comunidad formada por todos los fieles; no predicaba ningún país. Los nómadas cantaban a su linaje remontándose hasta la séptima generación y ese, junto con el clan, era su hogar.

Así pues, los zaristas, y los bolcheviques después de ellos, entraron en una tierra sin naciones, donde un estado era únicamente el territorio gobernado por un caudillo. Su núcleo no era una institución abstracta, sino una dinastía viva. Sus fronteras eran opiniones difusas. Impaciente por poner orden en aquel caldo multilingüe, Moscú impuso etiquetas, jugó con lenguas, asignó héroes convenientes y delimitó países lo mejor que supo. Cuando Uzbekistán alcanzó la independencia en 1991, la nación era un invento ruso a gran escala. Sus dirigentes, parte ellos mismos del mito, descubrieron su justificación en la fantasía soviética de un Uzbekistán preexistente, que ahora abrazaba la gloria de Tamerlán y se sustentaba en un pasado indefinido.

En una ocasión, en las superficies vacías que se extienden por detrás de la plaza de Registan, me encontré con una plataforma de mármol que contenía

lápidas del siglo XVI pertenecientes a la primera verdadera dinastía uzbeka, los sheibánidas, quienes accedieron al trono en 1500. Era, en cierto sentido, el panteón de la nación uzbeka. No obstante, estaba desierta. Nadie leía sus desgastadas inscripciones ni dejaba flores. Cuando pregunté a los transeúntes, nadie sabía nada al respecto.

Porque los sheibánidas habían llegado demasiado tarde. Su invasión sugería incómodamente que antes había existido aquí algo distinto a Uzbekistán. Así que los rusos, y los propios uzbekos, los olvidaron.

Me dirijo entre macizos de flores a la tumba de Tamerlán. Junto a mí, una valla publicitaria muestra su imagen junto a una fotografía de Karimov: el adusto emperador al lado del adusto presidente, oportunistas ambos. Pero, pasados los marchitos crisantemos por donde revolotean mariposas, la composición de la identidad misma se me hace inaprensible, y en su diversidad, se zafa de la manipulación estatal. Recuerdo cómo cocina una mujer su arroz pilaf, igual que hacía su madre. Cómo coloca su vecina las fotografías de sus abuelos en la pared alfombrada, igual que hicieron ellos. Cómo se lleva su padre la mano al corazón cuando saluda. Recuerdo el modo en que la risa nos separa, como un idioma secreto. Cómo se comparte el pan, y se vierte agua en las manos con un aguamanil. Cómo se mece a los niños en la cuna para que concilien el sueño, y qué se les canta.

Y ahora la tumba se despliega en torno a mí. Su cúpula aflautada, más alta que nada de lo que la rodea, brilla con inesperada soledad y parece—en su belleza verdemar—la quintaesencia de todas las de su clase. Dentro, la cámara mortuoria es más inmensa, más brillante de lo que yo recuerdo. Es como si se hubiera descubierto la tumba de Atila o Genghis Jan y esta tuviera una extraña exquisitez. Ver la barbarie trocada en belleza corta la respiración. Junto a mí, las paredes están revestidas de ónice verde, mientras, justo por encima de la altura de los ojos, un friso de jaspe grabado narra las proezas del emperador. Muy por encima de su decoración de estalactitas, la cúpula se despoja de una

dorada lluvia de hojas de estuco. Caen sobre las crujías y albanegas y bañan la estancia de una suave luz refractada. Y debajo, en el centro del suelo, los cenotafios de los difuntos son largos bloques esculpidos de mármol y alabastro. Aquí reposan el hijo de Tamerlán, Shah Rukh, emir de Herat, y Ulug Beg, su nieto asesinado. Y en el centro, la lápida del emperador es un imponente bloque de jade casi negro que mide casi dos metros, el más grande que existe.

Tamerlán murió en la estepa el invierno de 1415, cuando se dirigía a China para atacarla, y fue traído aquí para que reposara junto a su nieto favorito, asesinado dos años antes. Embalsamado en alcanfor y almizcle, yace en un ataúd hermético de plomo y está enterrado en la cripta debajo de su lápida. Durante meses, se lo oyó aullar bajo tierra.

Me detengo junto a la puerta de la cripta, ante una rampa que se pierde en la oscuridad. El vigilante es viejo y está nervioso. Cuando bajamos, alumbrados por una mera bombilla, veo la losa de su tumba, más elaborada que el resto. En 1941, antropólogos rusos habían abierto su ataúd y hallado el esqueleto de un hombre corpulento, cojo de la pierna derecha, con mechones de barba pelirroja adheridos aún al cráneo. Paso las yemas de los dedos por la superficie rota de la losa. Tiene esculpida una genealogía que Tamerlán jamás reivindicó en vida. En una densa escritura árabe, lo emparenta con Genghis Jan y finalmente Adán. Y lo enraíza hondamente en el islam a través de Ali, el primo de Mahoma—catalizador del cisma entre sunnitas y chiítas—, y la antiquísima virgen Alanquva, quien fue fecundada por un rayo de luna.



Ahora son muy pocos. Once mujeres y dos ancianos, con la cabeza gacha en la iglesia impregnada de incienso. Los rusos ortodoxos están quietos, cambiando el peso de un pie a otro mientras rezan, o caminan junto a las paredes para encender un cirio. Pero en los espacios entre ellos se palpan las ausencias de quienes se han ido, regresando a una Rusia que apenas conocían. En quince

años, la población eslava de Uzbekistán, en otro tiempo de dos millones, ha disminuido a menos de medio. La congregación apenas canta. El reducido coro la supera en número. Junto a cada fiel hay una familia fantasma de otros a quienes se ha llevado su temor al aislamiento.

Los supervivientes se hincan de rodillas y tocan el frío suelo con la frente. Sus voces se alzan trémulas y hastiadas. *Kyrie eleison...* Erguidos de nuevo, se santiguan repetidas veces, como si nada pudiera purificarlos. *Señor, ten piedad.* El sacerdote, menudo, rubio y más joven que nadie de los que estamos aquí, ocupa el altar como un ángel extraviado. La misa transcurre con las largas cadencias del rito ruso, cuyas estrofas se suceden como un suspiro cantado. Una mujer se dirige a los iconos para besar al Niño en la mejilla, en sus pies perforados, en la mano alumbrada por los cirios.

Ancianas—víctimas infantiles de la hambruna, la colectivización, la pérdida—, ¿qué hay que perdonar? Una de ellas se postra ayudándose con su bastón, sollozando. Yo quiero levantarla. Pero sé que este dolor no es específicamente suyo. Es difuso, casi impersonal. No hay que tenerle lástima. El sufrimiento es el crisol de la redención. Está avalado por las heridas de Cristo: promovido, valorado, recreado.

La liturgia nos envuelve con su rítmica cadencia. Cuando la congregación se inclina ante la hostia sagrada, mi mente se ve obsesivamente arrastrada al pasado de Rusia, al sufrimiento aceptado como la naturaleza de las cosas, como la lluvia que cae. A veces parece que, a los ojos rusos, no hubiera culpa individual; solo pecado, vasto y comunitario.

Pero, cuando el sacerdote avanza entre nosotros, perfumando con incienso los iconos apostados en paredes y pilares, podría estar consagrando un museo. Los pálidos mártires alzan sus espadas y libros como encantamientos rotos.

Quiero preguntarle—ahora estamos sentados en el patio—por el pasado de su gente, y por su conciencia, pero no logro articular una palabra en ruso y él solo frunce el ceño y sonrío. Es la belleza de la liturgia, dice, lo que educa el corazón. Atribuye el fatalismo y la desesperanza de los años del gulag a la insensibilidad de un pueblo degradado.

—Ya llevaban demasiado tiempo viviendo en la oscuridad. No podían sentir nada. Aquella fue la época de Satán.

Esto me impacienta. Algunas personas, digo sin remordimiento, vieron una premonición del estalinismo en la propia iglesia ortodoxa, en el intemporal sometimiento de las personas a la autoridad.

El sacerdote no se inmuta.

—Siempre que pecamos, decimos adiós a Dios. Él se aleja de nosotros. En esos años, en la época de Satán, solo se pensaba en cosas materiales, como ustedes en Occidente, aunque no se tenían.—Me mira con demasiada ternura para estar reprendiéndome. Sobre su joven rostro, me sorprende ver que el cabello, rubio y recogido en una cola atada con una goma elástica, ya está encaneciendo.

Así que Satán había vuelto el mundo del revés, desperdigando a la humanidad. La culpa se había desplazado a un fantasma. No había nada más que saber, nada que preguntar. Los comisarios del gulag se habían jubilado hacía tiempo, con medallas y pensiones. Nadie había sido procesado. Rusia había vuelto la espalda a su pasado. Y yo, ¿cómo iba a entenderlo? Desde el holocausto, mi mundo había convertido la memoria histórica en un deber. Rusia, al igual que China, había optado por olvidar. Así, dijo el escritor Shalamov, sobrevivían las personas. Una nación no se construía sobre la verdad.

El sacerdote regresa lentamente a la iglesia. Los hijos del vigilante están sentados en las escaleras como niños desamparados. Durante un rato, lo acompaño en sus funciones, como si él pudiera encerrar algún secreto. Este es el poder de la inocencia. También aparecen otros: una mujer joven enamorada de él. Cada vez que se le acerca, él hace el signo de la cruz entre los dos, como si quisiera borrarla. Y una niña lo sigue con adoración. Tienen la misma piel color miel, la misma cola rubia de caballo y la misma barbilla hundida. Le pregunto:

—¿Es su hija?

—Es mi ahijada.—No está casado, sino que vive en una diminuta habitación junto al refectorio—. Esta iglesia fue construida hace cien años por una pareja sin hijos. Ellos dijeron: todo el que reza aquí, se hace hijo nuestro. Está protegido por alas de ángeles.—Sus ojos verdes confían en mí—. También le protegerán a usted, que ha rezado aquí. ¿Dónde va ahora, tan solo?

Habitualmente, cuando respondo a esto, abrevio mi viaje. Suscita incredulidad, incluso alarma. Pero ahora, digo sin pensar:

—Voy a cruzar Afganistán... luego a Irán...

Rápidamente, el sacerdote hace el signo de la cruz por encima de mí.

—¡Que Dios le proteja!—Luego, cruzamos el soleado patio de camino a las puertas. Por un momento, él se queda con el candado asido en sus manos delicadas, reacio a dejarme partir—. Tenga cuidado. Solo aquí, en esta iglesia, hay luz. Nunca paso por estas puertas sin pensar que entro en la oscuridad.



Junto a las murallas que se alzan al este del casco antiguo, discurre un sendero bordeado por tumbas donde las esposas y guerreros de Tamerlán yacen enterrados en cámaras de recargada intimidad. Por la mañana temprano, unas cuantas golondrinas revolotean entre los plátanos y ya están llegando los primeros peregrinos: ancianos y campesinas con centelleantes ropas de seda atlas, que rompen el silencio con el tamborileo de sus bastones y el rumor de sus oraciones. Su destino, al final de la escalera, es la tumba de Qusam ibn Abbas, el primo, en parte legendario, de Mahoma, decapitado en el siglo VII por adoradores del fuego zoroástricos. En su honor, la necrópolis recibe el nombre de Shah-i-Zinda, «el santuario del rey viviente», quien, en su inmortalidad bajo tierra, se combinó quizá con algún semidiós pagano.

Uno sube por una escalera de intrincado esplendor. Sus piedras hexagonales se perciben suaves bajo los pies. Aquí y allá, un sauce roza el sendero o una golondrina gorjea en una cúpula. A ambos lados, las fachadas de las tumbas, a veces a tan solo tres metros y medio de distancia entre ellas, están revestidas de hermosa mayólica. Son de color azul turquesa y metálico, a menudo sobre un fondo azul oscuro, matizado de verde oliva y rojo grisáceo. Si uno entorna los ojos, imagina que esto es una calle de los vivos, flanqueada por mansiones de inexplicable riqueza, con las puertas abiertas. A veces, sus

pórticos están flanqueados por seis a ocho bandas verticales de cerámica vidriada, perforadas con la delicadeza de una araña, de modo que el edificio entero parece estar revestido de reluciente encaje azul. En la parte de arriba, lucen una rica ornamentación del siglo XV: flores entrelazadas, estrellas, lágrimas, ruedas, un léxico de escrituras. Para el ojo inculto, caligrafía y follaje se entremezclan, las palabras se tornan pecíolos, las enredaderas florecen en letras.

Pero, si uno sube por las escaleras de estas mansiones, sus antecámaras están heladas. Como las grandiosas entradas de los palacios y medersa coetáneos, los portales contradicen su promesa. Sus inscripciones están imbuidas de pérdida. «Toda creación es efímera... no hay amistad salvo en el sueño... La tumba es un portal que todos debemos cruzar...». Uno entra por las radiantes entradas en pequeñas cámaras con desvaídos frescos, donde la tumba es un cubo de piedra o un túmulo enlucido. En sus desconchadas pinturas murales, aparece de vez en cuando un dragón herético o una grulla alza el vuelo. Quizá perduraba un cierto paganismo mongol, disfrazado de mayólica islámica, entre la feroz aristocracia aquí enterrada. O la presencia de tantas mujeres—esposas y hermanas del emperador—quizá se prestaba a un dolor más íntimo. («Aquí se ha perdido una preciada perla»: escrito sobre la tumba donde la bella y joven sobrina de Tamerlán reposa bajo una bóveda de lágrimas en mayólica.) Los peregrinos se agachan y murmuran con las palmas vueltas hacia arriba. Palomas anidan en las repisas. Solo cuando uno llega al recinto del santo, lee en su tumba de porcelana que quienes han perdido la vida en el camino de Alá no morirán jamás.



Al norte de Samarcanda, las últimas estribaciones de los montes Tian mueren en el desierto de Kizilkum. Estas informes arenas, salpicadas de saladares, se extienden hacia el oeste hasta el mar de Aral; mientras, al sur, el río Amu-Daria, el antiguo Oxus, comienza a torcer hacia el noroeste siguiendo la

frontera de Turkmenistán. El fértil corazón de esta región—la «tierra árabe más allá del río»—es el río Zeravshan, cuyas rápidas aguas, portadoras de oro sin valor, vienen desde el Pamir para morir en el desierto más allá de Bujara. Desde allí, la Ruta de la Seda central atravesaba las llanuras turcomanas hasta Merv, pero yo planeaba seguir una antigua desviación al sur que entraba en Afganistán y continuar, a lo largo de más de mil cien kilómetros, hasta la frontera de Irán.

Entretanto, la carretera a Bujara me estaba llevando al oeste. Junto a mí, el Zeravshan ya no nutría los huertos de cerezos, higueras y almendros—con los mejores albaricoques y nectarinas de Asia—ensalzados por los viajeros decimonónicos. En vez de eso, grupos de estudiantes estaban cosechando el algodón de los campos estatales, cuyo follaje rojizo, salpicado de flores, se perdía a lo lejos en la neblina. El algodón, bajo el dominio soviético, había sido el funesto monocultivo del país. Pero ahora, con retraso, su legado—ríos secos, pesticidas portadores de enfermedades, suelo salinizado—se estaba empezando a combatir. Plantaciones de manzanos, perales y ciruelos crecían a duras penas en los secarrales y los trigales lucían sus llameantes rastros amarillos.

Poco antes del crepúsculo, entré en la ciudad moderna de Navoi, y en el detenido futuro socialista. Un complejo industrial arrancado al desierto, sus obreros rusos la habían abandonado en multitudes. La mitad de los altos bloques de pisos estaban vacíos, mientras las chimeneas de las fábricas que aún quedaban—electroquímicas y textiles—seguían vertiendo a la atmósfera el humo contaminado que había impregnado campos y ríos durante décadas. Una estatua colosal de Alisher Navoi, el poeta turco ensalzado por Moscú, se alzaba abandonada en un parque de flores marchitas.

Caminé por calles repletas ahora de uzbekos. Habían aparecido unos cuantos vendedores de pinchos de carne, y algunos pordioseros. Oí una voz de hombre—zalamera, pertinaz—, hablándome desde el bordillo. Los pantalones le apestaban a orina y los dedos de los pies le asomaban por las sandalias, negros de suciedad.

—¿Puede usted darme...—Me quedé mirando, afectado, a un pordiosero europeo en una calle asiática—... un dólar de nada?—El hombre, que era ruso,

me causó confusión y vergüenza ajena. Quise a la vez borrarlo y redimirlo. No sé qué edad tenía; pero llevaba bastón y casi no le quedaban dientes. Cobraba una pensión, dijo, y estaba solo.

Entramos en una tienda cercana, donde le compré embutido, pan y un poco de vino, y nos sentamos en una mesa al fresco de la noche, donde muchachas uzbechas estaban vendiendo helados. Él me miraba con el oportunismo servil de los borrachos, pero a veces también era autoritario, cuando afloraba su orgullo. Gritó a las muchachas uzbechas: «¡Hijas! Aquí tenemos a un invitado extranjero, traednos un vaso, traednos agua...» y ellas se rieron y lo hicieron. Luego sacó la comida de la bolsa y la extendió sobre la mesa, como si yo fuera su invitado, y mediante esta ficción intentamos olvidar la humillación soviética. Pero en sus ojos vidriosos vi, pese a no quererlo, un imperio y una fe desaparecidos; y en la burla contenida de los transeúntes uzbechos (parecían conocerlo), sentí que la distancia crecía entre nosotros. Le pregunté:

—¿Cómo son estas gentes?

—No como las nuestras.

De pronto, junto a sus calcetines agujereados y su deshilachada chaqueta, mi jersey y mis pantalones arrugados parecían opulentos. Pero cortamos el pan con nuestras navajas y compartimos el embutido. Él había vivido aquí durante muchos años, dijo, trabajando en la construcción.

—Vine aquí en la época soviética. ¿Ha oído usted hablar de nuestro Lenin?

Nos servimos vino en nuestros vasos de cartón, pero no brindamos por Lenin. Yo pregunté:

—¿Dónde está su familia?

—Mis hijos están en Moscú.

—¿No podría usted vivir allí?

Él golpeó el suelo con el bastón.

—No me han invitado.

—¿Su esposa?

—Está muerta.

De pronto, como si alguien hubiera apretado un botón, o la poca cantidad de vino se le hubiera subido a la cabeza, enfocó la mirada y entornó los ojos con recelo. Quizá le hubiera hecho demasiadas preguntas. Dijo:

—¿Lleva encima el pasaporte?—Volcando su vino, sin darse cuenta, fue pasando torpemente sus páginas.

Entonces me di cuenta de que él había venido aquí a cumplir condena. Un campo de trabajos forzados de la ciudad (llamado Uya-64/29) había proporcionado mano de obra para muchos proyectos de construcción de Navoi, incluyendo una industria química secreta. Los dedos le temblaron mientras hojeaba el pasaporte. ¿Quién pensaba que podía ser yo? ¿Qué policía secreto estaría ahora interesado en él? Pero él no piensa, naturalmente: años de miedo piensan por él. Encontró mi fotografía y pasó el dedo por el visado uzbeko. Luego, se inclinó sobre la mesa con alivio o arrepentimiento y me besó.

La mejor época, dijo, fue la de Stalin.

—¡Aquellos fueron buenos tiempos!—Se levantó y se metió en la bolsa la comida que había sobrado—. En esa época, o trabajabas o ibas a la cárcel. ¡Tenías que encontrar trabajo en cinco minutos!

Quizá estuviera hablando de sí mismo. Quizá hasta era sincero. Y ahora, poniéndose derecho, dijo:

—Gracias.—Apoyó su bastón en la acera—. Bueno, adiós...—Alejándose, temblando un poco, parecía haber convocado toda la dignidad que le quedaba. Luego, se volvió y dijo, titubeando—: ¿Puede darme algo para cigarrillos?— Y luego—: No, no, ya me ha dado usted bastante...



A la mañana siguiente llegué a Bujara, una ciudad con una larga tradición déspota y santa y la última que cayó en manos de los bolcheviques, cuando en 1920 su disoluto emir huyó a Afganistán. Entre sus patios intercomunicados, las tortuosas y embarradas callejuelas estaban recorridas por una corriente humana que nunca se terminaba del todo y los desconchados muros de yeso convergían en ennegrecidas tapias de madera. Los coches e incluso los burros habían desaparecido. Todos los sonidos eran apagados o minúsculos: una

radio sonando, un niño cantando. Yo caminaba excluido, sin rumbo. Puertas labradas y tachonadas perforaban las paredes como bocas cerradas.

Emergí a un centro más tranquilo de lo que yo recordaba. Había varios restaurantes en torno a un estanque verde, donde ancianos charlaban en bancos de madera, como si retomaran historias que hubieran dejado inacabadas hacía años. Iban tocados con pálidos turbantes azules o casquetes negros y algunos aún llevaban *chapanes*, los multicolores abrigos tradicionales. Pero no eran tantos como antes. Todo parecía más vacío, más ordenado de lo que yo recordaba. Justo al oeste, donde antes se apiñaban las mezquitas y los baños de esta ciudad antaño santa, se extendía un desierto en proceso de restauración. Lo estaban renovando todo a una velocidad de vértigo, utilizando un cegador ladrillo. Su polvo asfixiante impregnaba el aire. Las puertas de las grandes escuelas religiosas estaban abiertas de par en par, pero en sus patios las celdas se habían transformado en tiendas, llenas de bisutería y alfombras baratas, sus alcobas rotas, sus camas desaparecidas.

Estas enormes academias fueron construidas en su mayor parte por los sheibánidas durante el siglo XVI, cuando Bujara floreció como gloriosa ciudad santa, suplantando a Samarcanda, mientras la Ruta de la Seda se marchitaba a cada lado de ella. Entonces, Bujara «la Santa, la Noble» aún abundaba en gremios y mercancías. Sus altos alminares se alzaban por encima de sus doscientas mezquitas como chimeneas de fábricas que producían fe. Aún en el siglo XIX, perduraba un residuo de esta civilización. Bujara era el modelo de un mundo en decadencia. Su aristocracia montaba caballos guarnecidos de turquesas y oro o se paseaba pomposamente con zapatos de tacón, y sus empobrecidos bazares aún estaban repletos de alfombras turcomanas y acariciantes sedas locales (llevadas por las mujeres bajo las túnicas y los velos de crin de caballo) y atestados de hindúes, tártaros, judíos, persas, armenios, incluso chinos.

Pero, para entonces, los casi trece kilómetros de murallas y puertas eran un decorado en proceso de descomposición. Bajo el mandato de sus débiles emires, la ciudad se estaba quedando aislada. Sus cien charcas estancadas y canales abiertos, contaminados por el ganado y los perros, estaban propagando enfermedades incurables; la pederastia abundaba y pervivía un

mercado de esclavos persas e incluso rusos. Antes de la década de 1870, casi ningún occidental se aventuraba hasta aquí y quienes lo hacían describían un lugar de contrastes: sucio, orgulloso, impregnado de un decoro y una devoción corrompidos.

Yo caminaba fascinado. De vez en cuando, entre el polvo que impregnaba el aire, por encima de las marrones paredes de cemento, esta ciudad más antigua se recomponía. Regresaba en las desgastadas ventanas de las mezquitas, en los azulejos que aún salpicaban las entradas de las escuelas, y a veces, como un recuerdo hiriente, estampaba el cielo con cúpulas de color azul turquesa. En su núcleo, el minarete Kalan de casi cincuenta metros—al cual un Ghengis Jan estupefacto libró de la destrucción cuando conquistó la ciudad en 1220—aún se alzaba imponente sobre su mezquita; mientras, enfrente, las cúpulas azules de Miri-i-Arab, la madraza más antigua aún en funcionamiento, se elevaban espléndidamente sobre sus tambores decorados.

Pero Bujara, decían sus estudiosos, era atea. Quizá hubiera perdido la fe hacía más de un siglo, conforme la presión de la Rusia zarista aumentó y su aislamiento se hizo pedazos. Medio siglo después, este pueblo antaño intransigente se describía como extrañamente pacífico: una raza tolerante e inerme que pasaba el rato bebiendo té.



Zelim Khan vivía con su mujer y su madre en el laberinto del casco antiguo, donde su casa se tornaba anónima entre sus callejuelas. Una puerta en estos muros ciegos podía abrirse a cualquier estado o condición: miseria hacinada o decadencia palaciega. Detrás de la puerta de Zelim, había un desolado patio de tres niveles, un ambiente de pasillos habitados solo a medias, de cavernosas habitaciones atestadas de libros.

Nos habíamos conocido aquí hacía ya años, pero el recuerdo de sus rostros afloró tiernamente en mi memoria. Las facciones de Zelim, un retraído artista, parecían más acentuadas que cambiadas. Encorvado y frágil, la barba y

el pelo le enmarcaban la cara como la escarcha, y su voz oscura me sonó débil y distanciada, como si viniera de lejos. Su mujer Gelia me habló en un enérgico inglés. Sus cabellos, que antes llevaba teñidos con henna, eran ahora rubios, y había engordado. Pero sus facciones tártaras continuaban siendo vivaces y hermosas, y los ojos azules (yo los recordaba verdes) tenían la mirada risueña.

Solo la madre de Zelim, enorme y formidable en mi recuerdo, no era ya la de antes. Estaba empujando un andador por la galería y es posible que no me viera. Tras sus gafas inmensas había un rostro de facciones duras y varoniles, enmarcado por cortos bucles canos. Incluso entre la mezcolanza de Bujara, sus ojos y su piel yesosa eran extraños. Su abuela había sido china, vendida en el mercado de esclavos de la ciudad, y su comprador se había enamorado de su adquisición y casado con ella. El padre de la anciana había combatido para los primeros bolcheviques, pero había muerto en un campo siberiano por el crimen de ser rico. Y ella se había casado con un escritor checheno, el padre de Zelim, quien desapareció en el gulag un año después. No obstante, ella continuaba siendo una ferviente estalinista. Había servido como radiotelegrafista en la guerra—una placa sobre la puerta aún la condecoraba como «veterana de la gran guerra patriótica»—y ninguna contradicción quitaba el sueño a aquel cuerpo pesado y tullido.

Me asustaba reencontrarme con ella. Hacía años, yo había escrito duramente sobre ella. «Estaba enfadada conmigo», dijo Gelia. Me pregunté en voz alta qué era lo que más le había ofendido de mi descripción: su actitud posesiva con Zelim o su grotesca adoración por Stalin, el asesino de su padre y su marido.

—¡Oh, no!—dijo Gelia, riéndose—. Escribiste que llevaba las rodillas vendadas. Lo odió. «¿Por qué tuvo que poner que yo llevaba las rodillas vendadas?», decía.

—No me acuerdo de eso.

—Pero ahora se ha caído y se ha roto la cadera—dijo Zelim—, y aquí no hay nadie que sepa hacer esa operación. Su hermana lleva seis años sin poder levantarse de la cama por lo mismo.

—Los rusos continuaban marchándose —dijo Gelia—: cirujanos, técnicos,

maestros. Y de la comunidad judía antes rica, la cual guardaba los secretos del teñido de la seda, apenas quedaban un centenar de familias. Ella había enseñado en la principal escuela rusa, tan solicitada antes entre los uzbekos.

—Ahora, estas escuelas están decayendo. Desaparecerán, al final. Los maestros están tan mal pagados que tienen que buscarse otro empleo. Yo renuncié, para dar clases particulares. Ahora, los jóvenes solo quieren aprender inglés...

Nos sentamos a cenar cordero y vodka, mientras la anciana permanecía malhumoradamente en su galería y pedía de vez en cuando ayuda con brusquedad: que encendieran la televisión o le llevaran un cojín. A veces, oyendo el inglés alegre y cálido de Gelia, y el distante ruso de Zelim, yo tenía la ilusión de que aquí nada había cambiado.

—Pero, después de la independencia—dijo Gelia—, empecé a tener miedo. Percibía el odio de la gente cuando iba a los mercados, algo con lo que no me había encontrado nunca. A veces, cuando me daba cuenta de que era la única mujer rubia en un autobús entre todas las demás, me preguntaba si iba a pasar algo...

—De pronto, las mezquitas se llenaron de fieles—dijo Zelim—. Todo el mundo rezaba. Quizá fuera miedo. Nadie sabía cuál era el futuro. Luego, todo se enfrió. Así, sin más. Quizá se dieron cuenta de que Dios no iba a responderles.

—Y el rencor también ha desaparecido—dijo Gelia—. Ahora son pobres, nos respetan. Se acuerdan de los conocimientos técnicos de los soviéticos. Algunos incluso quieren que volvamos. ¿Sabes? Las cadenas que los unen al pasado están rotas. El dominio soviético las rompió. Nos damos cuenta ahora. Podrían abrazar otra vez el islam si se enorgullecieran de su propia cultura. Pero han perdido sus viejas costumbres. Han dejado de crear. Se pasan el día sentados en el mercado sin vender nada.

Salió a llevar un té a la anciana. Luego, regresó.

—La gente solamente intenta seguir viviendo.—Era ella, con sus clases particulares, la que mantenía este hogar fracturado. Zelim vivía en el mundo de ensueño de sus pinturas, mientras la anciana seguía anclada en el pasado, leyendo novelas soviéticas y memorias de guerra. Gelia le daba de comer y la

bañaba. Pero el equilibrio de poder de la familia había cambiado con la llegada de una bonita nuera tártara, que Gelia adoraba y la anciana odiaba, porque decía lo que pensaba de ella. Pronto, una nieta de ojos negros estaba correteando por la casa, cantando canciones infantiles en inglés, y solo se calmaba cuando Zelim la cogía en brazos.

—Los niños se fían de él—dijo Gelia—. En cuanto a su madre, al final te hablará. Se enfada, pero perdona. Así que vuelve a visitarnos.



Si Dios existía, y era inconcebible que no lo hiciera, la obligación de los fieles era acercarse a Él, aspirar a su propia aniquilación, incluso convertirse en Él. En los confines orientales del imperio árabe, dos siglos después de la muerte de Mahoma, esta fe rayana en la herejía ya estaba arraigando, y con el tiempo, el corredor de Asia Central engendró una mezcolanza de sectas místicas que repetían el islam ortodoxo como una ferviente música interna.

De estas, los naqshbandi, surgidos en el siglo XII, fueron los que más poder adquirieron y más se extendieron. Tomaron su nombre del adepto que creó su excepcional plegaria silenciosa y cuya tumba, aquí en Bujara, es un hito para los peregrinos. Su influencia impregnó los concilios de los janos de Asia Central y hechizó a los grandes poetas de la época, incluso a Alisher Navoi. Se extendieron a India y Anatolia, convirtieron a los kirguizes en el siglo XIX y combatieron contra los rusos zaristas hasta casi llegar a un punto muerto en el Cáucaso. Incluso sus hermandades orientales más tranquilas se levantaron contra los bolcheviques y obsesionaron a décadas de dirigentes soviéticos con la pesadilla de un resurgimiento clandestino. Con su laxa jerarquía, silenciosos rituales y honda participación en la vida cotidiana, eran imposibles de identificar. La KGB jamás se infiltró en su secta. Pero, cuando llegó la independencia, demostraron ser extrañamente pacíficos. Sus jeques resultaron ser pocos y dispersos. El legado de su saber había dejado de transmitirse de generación en generación. Incluso los adeptos de Bujara habían

desaparecido.

Pero los fieles más humildes no los olvidaron. Durante todas las décadas de dominio soviético, cuando el templo de los naqshbandi acogía un museo de ateísmo, iban allí por la noche y saltaban la valla que lo rodeaba para caminar alrededor de la tumba y besar sus piedras. Y ahora el gobierno de Karimov, percibiendo en este misticismo un contrapeso al islam radical, lo había ensalzado como una gloria nacional.

A unos kilómetros al este de Bujara, el templo antaño silencioso está anegado de polvo y ruido. Obreros se encaraman a sus tejados y pululan por las estancias desnudas con caballetes y carretillas. El aire tiembla con un clamor de martillazos. Incluso la tumba del santo—una plataforma de piedra gris, lustrada por labios y manos devotos—está rodeada de tierra y adoquines arrancados. Ya se ha construido una enorme hospedería, con un bazar y unas oficinas, y una cocina con veinte hogares para el sacrificio ritual de ovejas. Está naciendo toda una ciudad naqshbandi, con jardines incluidos, y el cementerio antaño abandonado es ahora un pueblo de mausoleos de mármol y granito, cuyos techos acristalados se alzan misteriosamente sobre el suelo.

Los peregrinos vienen y van entre el polvo. Van vestidos como si fueran a un carnaval, las mujeres con brillantes bombachos de seda y el pelo recogido en un moño o suelto en una espléndida melena. Rezan donde pueden y se ponen luego a merendar bajo los árboles. El templo rebosa magia. Hay mujeres que quieren que sus hijos pasen gateando por debajo del tronco de una morera caída, supuestamente plantada por el santo; luego, se restriegan contra él y dejan votos en sus oquedades. Otros visitan la tumba de la madre y las tías del santo, de las cuales una, la señora Martes, tiene poderes una vez a la semana. Pero yo busco en vano algún miembro de la secta. Los mulás e imanes que acuden aquí se encargan meramente de custodiar la tradición; no pertenecen a la secta. Solo cuando está atardeciendo me señala alguien a «un hombre con conocimiento».

Él se sienta conmigo bajo un pórtico. Quedan pocos naqshbandi en Uzbekistán, dice. Es en Turquía y Pakistán donde tienen poder. Es moreno y vivaz. Él no es más que un alumno, un *murshid*, dice, y cada *murshid* estaba hondamente unido a un maestro. Este era el vínculo real, vivo, que había

truncado el gobierno soviético.

—Ahora nuestro líder más verdadero es un jeque de Kokand. Lo he visto venir aquí dos veces, con seguidores que vienen de todo Uzbekistán, casi cuatrocientos, y sacrifican tres camellos para darnos de comer...

—¿Y su plegaria?

—Nuestra plegaria es muda. El santo prescribió un ritual silencioso. Alá sabe qué hay en el corazón—dijo—, por lo que no hace falta decirlo en voz alta.

Para el experto, había leído yo, la vida se convertía en una plegaria permanente. El santo había respetado el trabajo—de hecho, había sido peón caminero—, pero había enseñado el cultivo de una soledad interior. Incluso cuando las manos estaban ocupadas, el corazón debería permanecer con Dios.

Doy rodeos, con toda la delicadeza de que soy capaz, para abordar la naturaleza de esta plegaria, y por fin, el hombre dice:

—Nosotros creemos que hay cinco puntos en el cuerpo, puntos especiales, los llamamos *latoif*.—Se toca el pecho con los dedos y los pasa lentamente por él, de derecha a izquierda—. Es de estos sitios de donde surge la plegaria cuando los tocamos. El primero—se hinca el dedo en las costillas—se llama Moisés, el segundo Abraham, luego viene Jesús, luego José, y por último, ¡justo donde está el corazón!, Mahoma. Y en cada punto pensamos el nombre de Alá cinco mil veces, para afirmar su grandeza, hasta veinticinco mil veces en total. Luego, decía el santo, ya no será el fiel quien piensa las palabras, sino que su corazón, mientras late, estará pronunciando el nombre de Alá.—Se pasa la mano por sus hombros relajados, por el pecho. Presiento que ya no me ve—. Si un hombre es verdaderamente bueno, lleva el nombre de Alá escrito en el corazón.

La conciencia de la respiración es vital, parece, y el poder hipnótico de la repetición—el reiterado *Alá, Alá*, una y otra vez, hasta que el nombre anegaba los sentidos y sí... quizá se grabara en el corazón.

El hombre vuelve a enfocar la mirada en mí, sonriendo.

—El santo dijo que al hombre que está con Dios se le podría cortar la mano y él no se enteraría.



Los personajes de Zelim nacieron enfermos. Miran fijamente desde sus lienzos en angustiados fragmentos, aislados incluso de sí mismos. A menudo, sus parejas y familias se reducen a dos tonos de acuarela: inconexos, inclementes. Otros apenas tienen carne; los huesos se les marcan en la piel como el pesado y complejo esqueleto de una vaca. También hay fantasías de Bujara, como si Zelim abandonara momentáneamente su angustia interior para salir al mundo exterior. Demonios fantásticos han emergido del suelo y están posados en las cúpulas de la ciudad. Los hombres se han convertido en monstruos, los monstruos se han vuelto humanoides.

Él los saca de sus estantes con hastiado ensimismamiento, alumbrándolos con una bombilla que ha enchufado a una toma en la pared del sótano. Pero los escoge y coloca meticulosamente para que yo los vea, y en una o dos ocasiones, los ojos pálidos le centellean y él se ríe con dulzura y excesiva modestia: un niño mirando un universo roto.

En una ocasión, Gelia le pregunta, curiosamente:

—¿Estás contento?

Él responde simplemente:

—No.

Ella se ríe sin ofenderse. Acaban de ofrecer a Zelim una exposición en Tashkent y él quiere compartirla con los amigos artistas de su juventud.

—Eran como un movimiento—dice Gelia—. Eran pobres y vivían solo para su arte. ¡Arte de calidad! Era imposible convivir con ellos. Discutían constantemente con sus mujeres, que estaban intentando criar a sus hijos.

Zelim ha titulado la exposición «La Bujara oculta», lo cual, al principio, había alarmado a las autoridades, aunque no fuera político. Pero sus amigos hace tiempo que se han distanciado. Uno se ha ido a Israel, otro a América, otro se ha dado a la bebida. El resto han claudicado y se dedica al comercio. Él está empezando a arrepentirse de exponer con ellos. Se está convirtiendo en la exposición de un pasado traicionado.

Subimos arriba, mientras Zelim se queda abajo. Gelia dice:

—Él es el único que no ha claudicado. Nada lo ha desviado nunca de su camino. A veces, la gente me pregunta: ¿Cómo puedes vivir con un hombre así? Por lo callado que es. Y no hace concesiones. Durante toda su vida, lo han cuidado como a un bebé, primero su madre, luego yo. Pero conmigo habla. Es bueno, y totalmente honesto. Y sus amigos le son leales.

»¿Sabes que nos casamos después de vernos tres veces?—Está sentada en la mesa de su cocina, jugueteando con unos tomates—. La primera vez fue en una calle oscura, y apenas hablamos. Yo creí que era extranjero. Llevaba el pelo largo y barba. La segunda vez yo estaba dando una charla, aún estudiaba, y él simplemente entró y me entregó un papel enrollado. Era un cuadro de caballos, muy bonito. La tercera vez... yo estaba viviendo en una residencia de estudiantes, y a medianoche, llamaron ruidosamente a mi puerta. La abrí en pijama y era él. Se había encaramado al tejado de un edificio de cuatro plantas para llegar hasta mí. Tenía la chaqueta hecha jirones. Yo tuve que dejarle entrar y él se sentó en mi cama y me preguntó cuándo nos íbamos a casar.—Se ríe de la sorpresa, se retira el pelo de la cara—. Al día siguiente, en el registro civil, yo ni siquiera sabía cómo se llamaba. Ni siquiera sabía que era checheno. Recuerdo mirar el registro mientras él lo firmaba, para ver quién era.

Gelia no describe esto como una travesura de estudiante, sino como una necesidad romántica cuyo encanto se rompió de inmediato.

—Porque entonces le pedí que se afeitara la barba. Y cuando él se volvió en la silla de la barbería y me miró, me di el susto de mi vida. Parecía un niño tonto. Yo había dado por sentado que él me protegería en la vida, pero ahora me daba cuenta de que sería yo quien lo protegería a él. Me había casado con un hombre, pero iba a pasar el resto de mi vida con otro. Estuve un mes llorando. Y después de eso pensé: si aparece un hombre mejor, me iré con él.—Recuerdo otras veces en que ha dicho cosas demoledoras con esta ligereza de tono—. Después, muchos hombres han querido casarse conmigo. Pero ninguno era mejor que él. Así que me he quedado...

Cuando nos callamos, oímos a la anciana vociferando desde su galería y Gelia se levanta para ir a verla. También yo salgo al porche para despedirme.

Una o dos veces, la he vislumbrado detrás de la puerta, mirándome con hostilidad, recordando (supongo) sus rodillas vendadas. Pero Gelia tiene razón; ahora parece haberme perdonado y me pregunta educadamente qué estoy escribiendo, dónde voy.

—¿A Afganistán?—No sé interpretar su expresión. La palabra significa muerte soviética—. ¿No es peligroso?

—Aún no lo sé—digo yo. Pero, de pronto, me parezco temerario. Voy por interés, al lugar donde murió su gente.

—A un sitio así no se va.—Hojea torpemente el libro que tiene en las manos. Es un viejo caballo de batalla soviético, *Así se templó el acero* de Ostrovsky. Dice—: Sí, esto es lo que estoy leyendo. Y las memorias de guerra de Zhukov. Yo fui una veterana en Checoslovaquia y Alemania, ¿sabe?... así que esto es lo que leía.—Le miro un momento la cara ancha y pálida. Parece estoicamente en paz. Pero todo lo que ella valora la ha abandonado. ¿Qué significa ahora haber sido galardonada con la Orden de Lenin?

—Vienen a verla amigos—dice Gelia—y le preguntan: «¿Por qué no estás pensando en tu alma? ¿Por qué sigues pensando en el Partido Comunista?». Y le dan oraciones para que las lea. Ella dice que no sabe leer árabe, así que se las traen en uzbeko. Pero ella las mira durante un rato y luego vuelve a las memorias de guerra y a las obras que elogian la Unión Comunista de la Juventud.

—Esas oraciones—dice la anciana—, ¿qué sentido tienen?

Moriría como había vivido. No habría falsos consuelos, ninguna atención postergada a su alma, fuera (se preguntaba ella) lo que fuera eso. Esta era su Stalingrado. Le cogí la mano al despedirme. Era pesada y laxa. Sentí un gran afecto por ella.

Zelim estaba sosteniendo dos vasos pequeños y brindamos con ellos.

—Vuelve a escribir sobre nosotros—dijo—. Es bueno verte como te ven los demás. ¡Nos reiremos juntos!

Regreso a mi hotel a pie por la noche, como había hecho años antes, pasando por la explanada militar con su pedestal de Lenin vacío y el monumento a los caídos, que ocupa el lugar donde la familia de la anciana había tenido una dacha. Los nombres de los millares de caídos siguen

viéndose con claridad en el mármol, pero el soldado ruso esculpido, y todas las insignias soviéticas, han desaparecido. Me quedé delante de él, temblando bajo la luz de la luna. El significado de los muertos está cambiando. Bajo mis pies, las líneas pintadas en el asfalto para el desfile del primero de mayo están casi borradas y el torso de Lenin está volcado en la hierba de un instituto cercano, su pedestal aún vacío.

Al otro lado del Oxus

Llegué a la frontera afgana a mediados de octubre. A todo lo largo del lado uzbeko, por encima del río Amu-Daria, se extendía una triple muralla de alambre de espino y campos de minas, construida para inmunizar al país de la insurgencia islámica y la guerra civil que llevaban veinticinco años propagándose al sur de sus fronteras. Tardé dos horas en cruzar los puestos de vigilancia, sumidos en una escalofriante quietud. Era viernes y nada entraba ni salía. Soldados y funcionarios rusos comprobaron mis documentos con fría perplejidad. Aquí no venía ningún extranjero. En dos ocasiones, mi identidad fue retransmitida por radio a Tashkent, a un ministerio de asuntos exteriores extremadamente aprensivo, mientras yo soportaba el azote del viento cada vez más frío, preguntándome aún si iban a dejarme pasar. A ambos costados, el alambre electrificado y los aisladores relucían intactos; había hombres en todas las torres de vigilancia.

Por fin, una hora antes de que anocheciera, las enormes puertas centrales, vendadas con un alambre que cortaba como cuchillas, se abrieron chirriando y yo salí al puente vacío de la Amistad. Durante casi un kilómetro, vi el río fluyendo por debajo de él. El sol se estaba poniendo. Yo iba andando por una tierra de nadie aérea, sin nada claro por delante de mí salvo la carretera del puente y el río que se enroscaba debajo. Mis pasos parecían lejanos en esta

quietud. A mis espaldas, el puerto fluvial de Termez se extendía fuera de mi vista tras un parapeto de juncos. Para infundirme ánimo, me puse a cantar. Bajo mis pies, el asfalto estaba manchado de aceite y dividido por una vía férrea rusa abandonada hacía tiempo. Por aquí, en diciembre de 1979, un ejército de tanques soviéticos había entrado en Afganistán; y diez años después, fue por este puente por donde el último soldado ruso en suelo afgano, el minúsculo general Gromov, había cruzado a pie de regreso a una Unión Soviética que se estaba viniendo abajo.

Las orillas eran bajas y poco pendientes, no marcando a norte o sur ningún desnivel en la llanura, por donde el río discurría como un accidente: un serpenteante mar de color fangoso, con relucientes bancos de arena. Lo contemplé con ensoñador entusiasmo. El antiguo Oxus, la inmemorial divisoria entre los mundos persa y turco, ya había realizado la mitad de su trayecto desde su nacimiento en el Pamir y recorrería otros más de mil cien kilómetros hacia el noroeste por el desierto turkmeno para al fin desembocar en el agonizante mar de Aral. Por esta rama de la Ruta de la Seda, monjes y mercaderes habían viajado al reino afgano de Bactriana y seguido píamente hasta India, mientras el budismo, mucho antes, se había filtrado hacia el norte en el sentido contrario.

Conforme me acercaba a la frontera afgana, sentí una extraña animación: una curiosidad por lo que iba a ocurrir, como si fuera a sucederle a otra persona. En la orilla, justo delante de mí, el pueblo de Hairatan parecía estar en ruinas. Luego, una barrera me cerró el paso, con soldados reclinados en ella. Llevaban pañuelos en la cabeza y gorros de piel de carnero, y estaban sonriendo. Uno gritó en ruso: «¡Bienvenido a Afganistán!». Un educado anciano me condujo a una destartalada oficina donde me selló el pasaporte sin siquiera mirarlo y me registró con un nombre irreconocible. En la pared desconchada, había una lista de los candidatos de las últimas elecciones presidenciales. Afuera, había fotografías del general uzbeko Dostum, el caudillo preferido en la región, pegadas en las puertas de la aduana. Pero Hairatan parecía un pueblo de refugiados. Durante la ocupación soviética, había sido un paso fronterizo muy frecuentado. Ahora, los restos de hojalata y madera se habían empleado para construir improvisadas viviendas, donde

patriarcas con holgados pantalones y desaliñados turbantes caminaban entre los escombros.

El anciano encontró un conductor para llevarme a Mazar-i-Sharif, situada a ochenta kilómetros al sur. Era casi de noche. Nos internamos en un desierto de dunas gris amarillento salpicado de espinas de camello. Ninguno hablaba el idioma del otro. El hombre era moreno y joven, e iba envuelto en un desorden de capas de ropa; pero pronto, como si desenvolviera un monstruoso paquete, se desenrolló el turbante y de él emergió un delicado rostro con piel de muchacha y rasgos tayikos. Condujimos en silencio. La carretera era estrecha y estaba desierta. La arena la invadía a menudo, formando montículos de color amarillo grisáceo. Pasamos junto a una solitaria antena parabólica donde un pastor estaba encendiendo una hoguera. La arena dio paso a un lustroso pedregal gris. En una ocasión, las rocas estaban embadurnadas de rojo para advertir de que había minas y un vehículo blindado para el transporte de tropas estaba volcado y quemado junto a la carretera. Ahora, el sol, un disco difuminado, se estaba poniendo tras apagadas vetas de nubes, rozando el horizonte. En los solitarios controles, los soldados salían de los remolques de camión donde dormían para vernos pasar, sin el uniforme puesto, abrigados contra el frío viento. Este soplaba con fuerza en la oscuridad cuando llegamos a las afueras de Mazar.

Encontré un hotel en la plaza mayor. En sus desoladas cinco plantas, yo era el único huésped. Los cerrojos de todas sus habitaciones estaban hechos pedazos, pero había agua en el baño comunitario. El hotelero envió a su hijo al bazar para que me trajera pinchos de cordero: por la noche, era peligroso salir, dijo. Me pasé mucho rato asomado a mi ventana, contemplando la ciudad en calma, la cual parecía resplandecer bajo el agua. Me sentía liviano. Así, pensé distraídamente, era como morían las personas: por error, creyéndose incorpóreas. Me llevé este incómodo pensamiento a la cama, después de trabar mi puerta con una silla, y me quedé mucho rato despierto, con los muelles de la cama clavándoseme en la espalda. Afuera, las escasas farolas se fueron apagando hasta que solo las cúpulas idénticas del templo de Hazrat Ali —la legendaria tumba del califa Ali— siguieron brillando como un collar de luces ambarinas.

Me despertó la luz del sol. Por debajo de mi balcón, en torno a la plaza arbolada, los soportales y toldos multicolores de Mazar-i-Sharif se desplegaban sobre deteriorados suelos empedrados. Ya había actividad en los bazares y se veían carretas, carros y viejos taxis rusos, junto con hombres en bicicleta que llevaban turbante e iban muy erguidos, como si montaran a caballo. Más allá de este centro que estaba cobrando vida, los arrabales se extendían como un lago de barro y cal, y al sur, la cordillera del Hindu Kush se perfilaba en el cielo como un telón borroso.

Me fui a los mercados que rodeaban los jardines del templo. Llenaban los senderos de prendas de ropa usada, navajas baratas, cigarrillos. Había zapateros remendones, adivinos y masajistas haciendo su trabajo, junto a vendedores de joyas con incrustaciones de turquesa y bananas demasiado maduras. La música que habían prohibido los talibanes sonaba en radios chinas a todo volumen y jóvenes vendían cintas de cantantes pop indios y DVD piratas de una película de Sylvester Stallone.

Regateando con cortante cortesía, yendo rápidamente de un puesto a otro, los hombres llevaban *chapanes* que les llegaban a la pantorrilla y holgados pantalones, grandes turbantes, sueltos en un extremo, y elegantes pañuelos echados sobre los hombros. Este señorial atuendo, conocido desde hace años por las fotografías de muyahidines publicadas en la prensa, les confería una pátina de amenaza y atractivo. Parecían halcones hambrientos. A veces, sus caras barbudas sorprendían por su cabello pelirrojo o sus ojos grises. Pero las mujeres, cubiertas hasta los tobillos por burkas plisados de color azul o blanco, caminaban como presencias sin identidad.

Nadie se quedaba mirándome. Podría haber sido indistinguible de los demás, o inmaterial. Aquí no había ningún otro extranjero, pero los hombres no parecían verme. Temí que me creyeran ruso. Solo cuando me encontraba con su mirada me respondían con una sonrisa fugaz, extremadamente afable, y decían algo. Si yo no hacía ningún intento de aproximación, volvía a sumergirme en el anonimato. Sentí entonces ese levantamiento de ánimo que refirieron los primeros viajeros, el de estar moviéndome entre un pueblo

violentamente distinto. Pese al millón de muertos y la mitad de la población desplazada, pese a los pordioseros que atestaban las puertas del templo—víctimas de minas exhibiendo sus piernas protésicas—, percibí en estas gentes un cierto legado sin mancillar, que rechazaba la lástima. Parecían estar más nítidas que sus parientes del norte: las caras más vivas, enfadadas, corteses, austeras. Era como si alguien hubiera encendido un gran foco. Estas eran a todas luces las gentes originarias de Samarcanda y Bujara: tayikos y uzbekos entremezclados. Al sur, el Hindu Kush los aislaba de los pueblos de Afganistán central. Pero, al norte, sus llanuras, atravesadas por el Amu-Daria, se extendían ininterrumpidamente hasta el corazón de Asia Central.

Sobrevivían de una época en que las fronteras eran fluidas. A principios del siglo XVI, uzbekos habían cruzado el gran río, mezclándose con tayikos que ya llevaban mucho tiempo establecidos allí. Siglos después, habían presentado un violento reflejo a las repúblicas soviéticas que tenían al norte. Al principio de la invasión de Afganistán en 1979, Moscú había enviado soldados escogidos por su parentesco con los afganos. Pero los vínculos resultaron ser fatalmente fuertes. Casi medio millón de refugiados uzbekos y tayikos había cruzado el Amu-Daria en la década de 1920 y los invasores no tardaron en encontrar parientes entre los muyahidines. Las divisiones soviéticas comenzaron a deshacerse.

Ahora, el legado de esa guerra atestaba la entrada del templo, pidiendo limosna. Cambié unos cuantos dólares por un fajo de sucios afganíes y entré en un patio casi vacío donde reinaba la quietud. Sobre su mármol gris, figuras femeninas paseaban entre nubes de palomas. Detrás de ellas, el templo se erigía como un palacio sin ventanas, coronado por torretas y balaustradas y revestido de azulejos decimonónicos—verdemares y limonados—, cuya perfecta lisura tenía un brillo balsámico. Dentro, mientras observaba a un grupo de ancianos sentados junto a la tumba, el islam me pareció natural y de nuevo vivo. La tumba era la razón de ser de la ciudad. Mazar-i-Sharif, la «tumba del noble», está cimentada en la leyenda de que el cuarto califa Ali, primo y yerno del Profeta, fue enterrado aquí tras su asesinato en 658. Según reza la tradición, sus acólitos, temiendo que sus enemigos fueran a profanar su cadáver, lo ataron a una camella blanca que se dirigió al este y él fue

enterrado donde ella cayó. El gran sultán selyúcida Sanjar ordenó la construcción del primer templo en 1136, pero Genghis Jan lo destruyó, y durante siglos, la tumba pervivió como un punto aislado de peregrinaje, eclipsado por la gran metrópolis cercana de Balkh. Solo en el siglo XIX, después de que un brote de malaria arrasara a su rival, se convirtió Mazar en una gran ciudad.

Deambulé por polvorientas rosaledas bajo los pinos. A lo largo de las paredes, había tumbas de menor importancia resguardadas en cámaras abovedadas, tumbas que pertenecían a la joven nacionalidad afgana: parientes de Dost Muhammad, el longevo rey decimonónico del país, y su hijo Akbar Jan, cuyas tropas aniquilaron un ejército indio-británico de 16.500 hombres en su retirada de Kabul en 1842. Sus tumbas estaban atestadas de material eléctrico y viejas escobas. Pero las cúpulas estaban blancas de palomas. Las palomas emborronan el templo entero como una ventisca. Sus antepasadas, dicen, fueron traídas aquí en el siglo XV desde la verdadera tumba de Ali cerca de Bagdad, como si, de hecho, se reconociera que la tumba de Mazar solo alberga un deseo transpuesto. Las aves se ennoblecen en la leyenda. En épocas difíciles, abandonan el templo por refugios que solo ellas conocen y su regreso es una promesa de paz. Si una paloma gris se une a ellas, se torna blanca en cuarenta días. Y cada séptima ave es un espíritu.



Durante los años de ocupación soviética, Mazar-i-Sharif no asistió nunca a la devastación que sufrieron otras ciudades, y hasta muy avanzada la década de 1990, el cruel caudillo uzbeko de la región, Abdul Rashid Dostum, cuyos carteles aún llenaban las paredes, mantuvo la independencia de sus seis provincias norteñas, utilizando y traicionando a todas las facciones del país. Cuando los refugiados comenzaron a inundarla desde el sur, Mazar se convirtió en el último puesto avanzado liberal de Afganistán y en un dinámico centro de contrabando. Sus bazares estaban llenos de vodka y perfumes

franceses. Las universitarias se paseaban por su campus con zapatos de tacón.

Pero en mayo de 1997, cuando los talibanes ya estaban cerca, Dostum fue traicionado por uno de sus propios generales y huyó a Uzbekistán cruzando el Amu-Daria y más tarde a Turquía. Durante dos o tres días, los talibanes ocuparon la ciudad junto con los soldados renegados de Dostum y sus milicianos hazara aliados. Luego, se produjeron enfrentamientos. Especialmente los hazara—chiítas que desconfiaban de los talibanes hondamente sunnitas—se volvieron contra los invasores y los masacraron. Los talibanes perdieron la vida en calles que no conocían. Unos dos mil fueron llevados al desierto de Dasht-i-Laili situado al oeste, donde fueron arrojados a pozos o murieron asfixiados en remolques de camión. Incluso los que se refugiaron en el templo de Hazrat Ali por donde yo paseaba ahora fueron obligados a salir y abatidos a tiros.

Pero al año siguiente, en agosto, los talibanes regresaron. Entraron en la ciudad con sus jeeps, ametrallando a tenderos, mujeres, ancianos, niños, incluso burros y perros. Luego buscaron a los hazara, casa por casa, matando a los hombres de tres disparos: en la cabeza, el pecho y los testículos. Sus líderes difundieron desde las mezquitas que los hazara eran paganos y autorizaron con ello su muerte. Cuando los refugiados abandonaron en masa la ciudad, la aviación talibán los ametralló a voluntad. Y los terribles remolques de camión no tardaron en volver a rodar, algunos hacia Dasht-i-Laili, como revancha por lo ocurrido el año anterior. Los cadáveres permanecieron cinco días en la calle de Mazar, devorados por los perros.

A unos kilómetros al norte, la aldea hazara de Qezelabad fue visitada por los talibanes incluso antes de que saquearan Mazar. No pude convencer a ningún coche para que me llevara allí, pero encontré un contacto en la ciudad, un joven tayiko que había trabajado para la BBC. La gente evitaba Qezelabad, dijo Tahir—se rumoreaba que era un nido de bandidos, él nunca había estado—, pero nuestro taxi pronto se estaba dirigiendo lentamente hacia allí entre campos polvorientos. Detrás de su fuerte desmoronado, una aldea de barro se agazapaba bajo el cielo blanco. Condujimos por ruinosas calles en silencio que pasaban junto a casas con las puertas reventadas, donde a veces la pintura aún relucía en las paredes—verde y azul—, y bordeaban patios abandonados.

Caminamos por ellas con cautela, como si estuviéramos en un lugar prohibido. En un sótano derruido, vimos la cápsula de una bomba de mortero oxidada.

Y no obstante la gente había regresado. Un riachuelo correteaba entre las murallas y las mujeres estaban lavando ropa allí, sin velo, acuclilladas en la orilla. Una casucha de la que solo quedaban las cuatro paredes tenía un letrero donde ponía «Solidaridad Nacional» en árabe y por ella había pasado una sociedad benéfica. Solo la mezquita se había reconstruido, parecía, donde un grupo de hombres nos hizo entrar con la conmovedora amabilidad de los pobres.

Me guiaron hasta un montón de cojines y se agacharon y sentaron a mi alrededor con las piernas cruzadas, retorciéndose la barba, demacrados, corteses, un poco recelosos. Algunos tenían los pómulos altos y tersos y los ojos en forma de media luna, porque los hazara, se cree, descienden de los mongoles de Genghis Jan.

Cuando vinieron los talibanes, dijeron, habían huido a las montañas y finalmente al Irán chiíta. Pero los ancianos se habían quedado atrás, junto con los que no pudieron huir. Los habían matado a tiros o a cuchilladas. No quedó ninguno.

—La gente vino de fuera para enterrar a nuestros muertos—dijo un hombre—. Estaban en las calles, nos dijeron, y en las casas. Gente anciana, inofensiva. Eran nuestros mayores. Pasaron cuatro años antes de que pudiéramos regresar, después de que se marcharan los talibanes. Y nadie sabía dónde estaban sus tumbas.

—Antes, vivían aquí trescientas familias—dijo otro hombre—. Ahora apenas hay un centenar. Mataron a trece personas de mi familia.

Y otro, un joven con la cara redonda y la piel tersa, dijo:

—Mi padre se quedó para proteger nuestra casa. Mi madre se nos llevó a las montañas. Ya no volvimos a verlo.

Se contaba que habían matado a bebés, deshonorado cadáveres. Pero de esto no sabían nada.

—Lo que hicieron fue suficiente.—Era el presente lo que ahora los obsesionaba. El pasado yacía sin identificar el bajo polvo. Así que hablaron de sus muebles robados casi al mismo tiempo que de sus familias asesinadas,

interrumpiéndose y tapándose unos a otros, mientras Tahir traducía.

—Ahora no tenemos escuela, ni carretera, ni clínica. Estamos rodeados de pueblos con electricidad, pero hasta aquí no ha llegado. Nadie nos favorece, porque somos hazara. El gobierno no hace nada. Nosotros combatimos en la *jihad* contra los rusos, pero...

—Tenemos un solo río. Animales y humanos beben del mismo canal...

—¡Los tabilanes me mataron las vacas!

—¡Mire!—Un hombre gordo y peludo se levantó la camisa de golpe. De la axila a la barriga, una cicatriz de casi dos palmos le deformaba el pecho y el estómago. Los dedos de su mano eran muñones—. Yo me quedé para luchar.

—El gobierno no va a ayudarnos—dijo otro en tono tajante—. Solo una revolución nos ayudará.

No estaban suplicando, sino enojados: enojados por su exclusión, como si su calificación de distintos e inferiores por parte de los talibanes se estuviera reiterando en tiempos más pacíficos.

—Escriba sobre nosotros—dijeron.

Tahir y yo fuimos a la aldea, donde solo un perro alerta o el llanto de un niño revelaban que un edificio estaba habitado. Pero, en una ocasión, las ruinas se llenaron de voces y nos topamos con una escuela improvisada. Alfombras raídas cubrían el suelo de tierra de una casa de la que solo quedaban las cuatro paredes, donde había sentados cuarenta niños. No había muebles, ni luz. Había una pizarra en una alcoba derruida, donde una mujer joven estaba enseñando geografía. A la luz del sol que se colaba por las paredes agrietadas, los niños se volvieron para mirarnos, con una expresión cándida y risueña. En la habitación sin techo contigua, un hombre joven estaba haciendo un examen a alumnos mayores, algunos de ellos adultos, hombres y mujeres mezclados. Había unas cuantas mujeres milagrosamente hermosas. El maestro estaba de pie en un charco de luz solar. Me quedé un rato a escuchar, deseando saber hablar su persa. La voz del profesor tenía una nerviosa cadencia musical. Pero fueron las mujeres las que me conmovieron. Los talibanes las habían odiado. Todas las escuelas se cerraron para ellas. Además de prohibirles la música, el ajedrez y volar cometas, ninguna voz de mujer debía oírse en público—so pena de azotes—, ni tampoco sus risas, ni tan

siquiera sus pasos.

Regresamos al coche al atardecer. Los dos nos habíamos quedado sin habla. Por la calle, un pastor guiaba a un par de cabras con la lana apelmazada de barro. En un patio sin dueño, alguien había plantado trigo de invierno. Y por encima de las murallas en ruinas volaba una cometa.



En las calles de Mazar, unas horas después del crepúsculo, nada se mueve. La media luna de un nuevo ramadán brilla sobre las cúpulas del templo de Hazrat Ali y las calles principales se convierten en el territorio de manadas de perros que atraviesan la noche con sus aullidos. Pero, entre el último rayo de sol y la oscuridad, el llamamiento a la oración libera a los fieles del ayuno diurno, vibrando y multiplicándose por la ciudad en un clamor largo y melancólico.

Me interno en las callejuelas, ya sin recelo, para cenar en el bazar cada vez más oscuro. Bajo mis pies, el agrietado asfalto da paso a un suelo de escombros compactados. Después del retrato conmemorativo de Massoud, el héroe muyahidín contra los rusos, pasados los talleres de reparación de bicicletas y los vendedores de hojalata, entro en mercados atestados de género proveniente de China y Pakistán. Fuera de las tiendas de vestidos de novia, están retirando las carteleras de artificiales novias pintadas.

Hace menos de un año, estas calles habían estado recorridas por las milicias de caudillos rivales—el uzbeko Dostum y el tayiko Mohammed Ata—, pero ahora, por primera vez, la policía nacional se ha desplazado aquí desde Kabul. Poco antes de anochecer, las calles están vacías, como si hubiera toque de queda. En los pisos superiores no brilla ninguna luz. Las ventanas están rotas o han desaparecido, donde duermen las palomas sagradas, y la vida humana solo discurre al nivel de la calle.

Me encuentro con una *chaikhana* y entro en su acogedor ambiente. El dueño está sentado en un quiosco entre las puertas, esgrimiendo festivamente su autoridad. La plataforma que tiene enfrente está atestada de campesinos

reclinados, envueltos en túnicas que hacen las veces de sábanas—duermen aquí—, que comen pan con arroz en mesas bajas y me miran con despreocupada curiosidad.

Luego, vuelven a mirar el televisor en blanco y negro colgado del techo. Están viendo el recuento de votos de las primeras elecciones generales de su historia. Tienen la mirada atenta y fija. Hablan en un murmullo. Afuera, los carteles de diecisiete candidatos presidenciales, uno de ellos una mujer, siguen pegados a las paredes. Hasta ahora, las elecciones han transcurrido sin contratiempos. Hace tres días, por la mañana temprano, hombres y mujeres con velo habían hecho cola fuera de los colegios electorales.

Un hombre joven, sentado a mi lado con las piernas cruzadas, empieza a hablar en una mezcla de ruso e inglés. Lleva un chaleco repleto de bolsillos, como una caja de herramientas andante. Tiene los globos oculares amarillos a causa de la fiebre.

—Va ganando Dostum. Dostum será presidente.—Me ve torcer el gesto y se ríe—. Bueno, puede que sea un mal hombre, pero es nuestro mal hombre.

Miro a los campesinos, que ahora se están poniendo de pie para rezar, con los ojos clavados en la pared, mirando al sur. Pregunto:

—¿Qué opina esta gente?

—No son de aquí.

Más tarde, uno de ellos se acerca a mí y se queda de pie, acariciándose una barba tan inmensa que da la impresión de estar asomado a un arbusto. Luego, grita algo y aprieta un gatillo imaginario.

—Le está preguntando si no tiene miedo de al Qaeda.

No estoy seguro de cómo contestar. Admitir miedo es impropio de un hombre, pero negarlo denota engreimiento. Recorro a la voluntad de Alá y el arbusto sonrío y se retira. Sus compañeros se están preparando para la noche, desplegando pañuelos y volviendo a enrollarse los turbantes, aposentándose en las crisálidas de sus túnicas. Mientras están en movimiento, sus fanfarronadas y su chispa los transforman. Pero, cuando se quedan dormidos, parecen extrañamente descompuestos. Sus caras abrigadas parecen más delgadas, las barbas, un disfraz caído. Muchos están mal nutridos, llenos de cicatrices. Sus tobillos asoman como bastones de caoba. Mirando sus rostros

dormidos, me pregunto cuánto han sufrido, cuánto han hecho sufrir.

Cuando voy a marcharme, las luces se apagan—la ciudad entera se sume en la oscuridad—y la *chikhana* se llena de bromas sobre Karimov. Su electricidad, dicen, viene de Uzbekistán, pero solo cuando el presidente está haciendo ilegalmente el amor en la oscuridad.



A unos kilómetros al norte de Mazar, antecedido por campos de trigo y plantaciones de granados, se alza el lóbrego fuerte de Qala-i-Jangi. Fue construido hace más de un siglo por el rey afgano Abdurahman y sus tortuosas murallas están coronadas por amenazadoras almenas aserradas. Yo venía con Tahir, sin estar seguro de cómo íbamos a ser recibidos. El fuerte era el cuartel regional de Dostum y sobre él abundaban los rumores. Dostum, dijo Tahir, se había retirado a Shibarghan, situada al oeste, para esperar el resultado de las elecciones, confiando en obtener un puesto en el gabinete de Kabul (no lo conseguiría) y afirmando que su ejército privado se había disuelto por completo.

Rodeamos una explanada salpicada de arbustos donde las defensas se habían desmoronado. Había niños jugando a baloncesto en el foso seco. Una bandera afgana ondeaba en las murallas. Bajo la torre de la entrada, flanqueada por dos obuses obsoletos, Tahir pidió a gritos permiso para entrar, exagerando mi importancia, mientras un oficial vacilaba en el parapeto.

Después de mucho rato, y de que nos inspeccionaran meticulosamente la documentación, nos concedieron media hora, seguidos de cerca por un soldado, para vagar entre el desierto de pinos y los silenciosos barracones de presos, ahora vacíos. Circundados por torres y almenas de barro, podríamos haber estado transitando por un pasado lejano. Pero en la entrada a un pabellón interior, un cartel en inglés decía: «Kal-i-Janghi fue destruido por la vil y diabólica al Qaeda taliban y se volvió a reparar de forma sobresaliente tras la caída del terrorismo por iniciativa del general Abdul Rashid Dostum,

líder de NIMA [la Alianza del Norte], viceministro de defensa...».

Incluso entre los hechos violentos de 2001, los sucesos que estas palabras esconden dejaron un interrogante más amargo. Dostum había vuelto a atacar despiadadamente Mazar tras la invasión de Estados Unidos y Gran Bretaña, y días después de la caída de la ciudad, los talibanes se habían rendido en masa en Kunduz, situada a unos cincuenta kilómetros al este. Luego, sus combatientes extranjeros—unos tres mil pakistaníes, árabes, uzbekos, chechenos, uigures—fueron separados de los afganos nativos. Apiñados en remolques de camión, más de doscientos por remolque, algunos fueron trasladados a Shibarghan, otros a Mazar. Unos 470 fueron encarcelados aquí en un recinto aislado. Esa tarde, algunos se suicidaron con granadas de mano. A la mañana siguiente, cuando soldados de la Alianza del Norte empezaron a atarles las manos, se volvieron contra sus captores, mataron a un interrogador de la CIA y se hicieron con algunas armas. Durante seis días, resistieron en su bloque carcelario, rodeados de tropas que les disparaban desde las murallas y bombardeados por aviones y helicópteros de combate. Ochenta y seis sobrevivieron.

Cruzando la entrada del pabellón, entramos en un recinto salpicado de cardos y algodón. Aislado en su centro, vigilado por todos los flancos desde los parapetos, el bloque carcelario era una carcasa acribillada. Sus fachadas de cemento estaban tan destrozadas que era difícil discernir su forma. Las cubría una lluvia de agujeros de bala que se intensificaba alrededor de puertas y ventanas. Entramos cautelosamente en un pasillo, caminando por los escombros y el polvo, alumbrados de vez en cuando por un rayo de sol. Las paredes de yeso estaban desconchadas, las vigas del techo rotas.

—No los estábamos tratando mal—dijo el soldado—. Simplemente, nos atacaron.

A través de Tahir, le pregunté:

—¿Cómo eran?

Pero él solo dijo:

—Pakistaníes, de los peores, y algunos chechenos...—Estaba aburrido, quería que nos fuéramos.

Una o dos veces, asomó entre las ruinas una pared pintada de gris o

encalada o un lustroso suelo de cemento. Un baño conservaba su alicatado. Aquí y allá, había nombres afganos y estadounidenses garabateados en el yeso. Y en una ocasión nos encontramos con la escalera de hierro que conducía a un sótano, completamente derruido, donde se habían refugiado los últimos defensores. Los soldados de Dostum habían vertido gasoil y lo habían incendiado. Pisábamos con delicadeza, como si pudiéramos perturbar alguna cosa. Las botas del soldado crujían en el silencio. Se puso a cantar en voz baja una marcha militar.

Salimos sin hablar, impresionados. A todo nuestro alrededor, se erigían las rampas y parapetos desde los que la milicia de Dostum y las Fuerzas Especiales de Estados Unidos habían abierto fuego. Los camiones que habían traído a los presos eran un montón cercano de hierros retorcidos. Me sacudí el polvo de la ropa, contagiándome del horror. Los ondulados campos que rodeaban el fuerte se habían convertido en la fosa común de los talibanes, algunos con las manos atadas aún a la espalda. Unos cuantos kilómetros más allá, el desierto estaba sembrado de los huesos de quienes ellos habían masacrado.

Hafizullah es amigo de Tahir. Ha nacido en Maimana, donde yo esperaba poder ir, y tiene sangre uzbeka y tayika, no considerándose ni una cosa ni la otra. Su pelo y ojos son los de un muchacho, pero su boca acorazonada dice cosas sorprendentes. En 1997, estaba en el instituto de Mazar cuando los camiones cargados de talibanes tomaron las calles.

—Nos quedamos escondidos en el instituto—dice—. Entonces oímos disparos que fueron en aumento a lo largo de toda la tarde. Eran los hazara volviéndose contra los talibanes. Creo que tenían miedo de que los mataran, así que atacaron primero. Por la mañana, subí a la azotea y vi los cadáveres de los talibanes en la calle, y gente llevándoselos en carretas. Vi a un talibán herido disparar a un miliciano; luego lo mataron.

Dice estas cosas con enérgica claridad, sentado en una austera habitación, pensando en un muchacho de dieciséis años que creyó que podía morir.

—Pero luego, los talibanes volvieron, y fue aterrador. Dispararon un

cohete al instituto, destrozando la última planta. Nosotros nos estábamos refugiando debajo. Entraron y nos ordenaron salir a punta de pistola. «¡Infieles!»—gritaron—. «¿Qué estáis haciendo aquí?». «Solo somos estudiantes»—dijimos nosotros—. «¡Estamos aprendiendo el Corán! ¡El sagrado Corán!». Pudimos hablar con ellos, porque habíamos aprendido algo de religión y sabíamos tanto como ellos; eran muy simples. Pero convirtieron el instituto en su cuartel general. Estuvimos allí más de dos semanas, con miedo a salir. Nos limitamos a bebernos la poca agua que teníamos y comimos un poco de pan, y nos dejamos barba como nos ordenaron. Nuestros profesores también.—Se toca el mentón—. Ahora veíamos los cadáveres de los hazara en las calles. Los habían arrojado a ellas, y se quedaron durante días allí, con los perros devorándolos. Y más tarde vimos las carretas otra vez, mientras su gente intentaba llevárselos.—No habla de esto a menudo, dice.

—Los americanos llegaron tres años después. Vinieron al instituto en busca de intérpretes y me eligieron a mí.—Por un momento, se siente orgulloso—. Me llevaron a Qala-i-Jangi. Me utilizaron como enlace entre un comandante afgano y el operador estadounidense que dirigía a los bombarderos. Los afganos los guiaron hasta el centro del fuerte, a mil metros de donde estábamos nosotros. Habíamos puesto banderas en el suelo para indicar nuestra posición, pero yo vi que el avión daba vueltas y soltaba una bomba de quinientos kilogramos muy lejos del objetivo. Yo estaba agachado detrás de una pared y la vi derrumbarse sobre nosotros. El ruido fue tremendo. Cayó sobre los soldados afganos que había alrededor de mí y volcó un tanque. No sé cuántos murieron. La pared me cayó encima—se encoge contra un armario que tiene junto a él—y al recobrar la conciencia descubrí que estaba enterrado y había un cuerpo manchado de sangre encima de mí. No podía moverme. Aquello era un caos, y vi brazos y manos enterrados sobresaliendo entre los escombros. Finalmente, un equipo logístico británico me desenterró. Yo estaba ileso, salvo por mi sentido del oído. Entonces me puse a correr. Huí. Pero esa noche Dostum retiró a sus hombres de la muralla del fuerte y los bombarderos estadounidenses entraron.

Debido a este trauma, se había puesto a estudiar medicina (llevaba tres

años de siete) y había mejorado su inglés.

—En mi vida siempre ha habido balas y bombas. Nosotros solo esperábamos poder seguir vivos, tener qué comer. Y creía que siempre sería así. Pero ahora hemos tenido un año de paz y hay esperanza.—Su rostro desborda presente—. Ahora la gente joven es distinta. La brecha entre las generaciones se ha hecho más profunda. Mi padre, por ejemplo, no puede encontrar trabajo. Es culto, pero está anticuado, con una educación de tipo soviético. No tiene conocimientos de informática, ni de idiomas.—Tuerce el gesto sin remordimiento—. Ahora el futuro nos pertenece.



Por un mundo de barro—patios de pueblos y campos cercados donde había dromedarios de color terroso—, Tahir y yo nos dirigimos, atravesando secos campos de rastrojos, a Balkh, a la cual los afganos llaman la ciudad más antigua del mundo. Las carcacas de tanques rusos sembraban el camino como reptiles muertos: víctimas del avance talibán de 1998. A nuestra izquierda, envuelta en bruma, se alzaba la mole terrosa del Hindu Kush. Delante, el horizonte estaba ocupado por un plumoso oasis verde amarillento.

Cruzamos las murallas sin ver aún ciudad alguna, rodeados por una inesperada exhuberancia de plátanos y albaricoqueros. Ahora Balkh era poco más que un pueblo grande, empequeñecido dentro de sus más de once kilómetros de muralla. Alcanzamos su centro entre un estruendo de carros y taxis de caballos y vislumbramos la mole rota del templo de Khoja Parsa en lo alto de sus parques.

La extrema edad de Balkh—los árabes la llaman «la madre de las ciudades»—es una conjetura poética. Pero ya en 1500 a. C., quizá, guerreros arios llegaron a las llanuras circundantes en sus carros de combate, trayendo el hinduismo védico y el bronce; y se dice que Zoroastro, el fundador de la antigua religión persa—cuya doctrina refinó los conceptos de purgatorio y absolución—, nació aquí y fue asesinado en el altar de fuego de la ciudad.

Alejandro Magno, en su avance hacia el este después de aplastar a Persia, convirtió a Balkh en la capital oriental de su imperio durante dos años. Encontró el río Oxus adorado en sus orillas—una diosa coronada con estrellas y ataviada con treinta pieles de nutria—y contrajo matrimonio con la hija de un caudillo bactriano, Roxana, a quien sus deslumbrados seguidores consideraban la mujer más hermosa de Asia después de la viuda del rey persa. Y aquí, en ese primer e inevitable ablandamiento a Oriente, Alejandro enfureció a sus seguidores promoviendo la práctica de la postración.

Después de 126 a. C., durante casi cuatro siglos, Balkh fue la ciudad mercantil preferida de los reyes kushana, cuyos antepasados tocarios yo había visto momificados muy lejos de aquí en el desierto de Takla Makan. Su reino inmenso y sincrético ocupaba una posición privilegiada en la Ruta de la Seda, conectándola con China al este y con Parta y Roma al oeste. Un solo tesoro desterrado cerca de su desaparecido palacio de verano contenía lacas chinas, bronce egipcios y marfiles eróticos indios, junto con una esfinge parta y un banco de delfines de cristal, una estatua de Hércules y un busto de Marte. Fue el rico y dúctil budismo de los kushana el que se difundió a China por la Ruta de la Seda, y por último, a Japón. Llevando aún el sello helenístico de Alejandro, sus artefactos asombrarían a futuros arqueólogos con Budas griegos excavados en suelo afgano y hojas de acanto esculpidas en un desierto chino donde se desconocían.

Pero, de todos aquellos siglos, apenas quedaba nada en Balkh, y el esplendor islámico que los sucedió—una ciudad donde la poesía de Persia se oía por doquier—fue arrasado por los mongoles. De una época posterior, la fantasía congelada del templo de Khoja Parsa sobrevivía como un descendiente traumatizado en el jardín por el que estábamos paseando. No fue construido hasta 1461, sobre la tumba de un teólogo, pero, en su solitaria pervivencia, parecía soportar el peso de todo el pasado de la ciudad. Flanqueando su alto portal, había dos columnas incorporadas de 15 metros que parecían estar hechas de azúcar tostado y en el tambor de su lastimada cúpula aún brillaban flores blancas abriéndose en un campo añil.

En el parque por el que Tahir y yo estuvimos un rato paseando en silencio, los plátanos estaban amarilleando y unos cuantos ancianos se detuvieron para

mirarme. Vimos el fantasmal arco de una madraza del siglo XVII perfilándose contra el cielo y nos encontramos con la tumba falsa de la poetisa del siglo X Rabia Balkhi, quien, según cuenta la leyenda, fue asesinada por su familia por amar a un esclavo y escribió su último poema con su sangre. A veces, las mujeres jóvenes vienen aquí a susurrarse sus propios enredos sentimentales.

Condujimos por calles atestadas de tráfico hasta que la colina de su casco antiguo nos cerró el paso. Entramos encaramándonos por el hueco de un portal desaparecido y contemplamos desde arriba una desolación que nos partió el corazón. Perfiladas contra el oasis circundante, se ondulaban unas inmensas murallas de tierra gris. En los informes vestigios de las más antiguas, recorridos por caminos de cabras, los bastiones se alzaban como colmillos hechos pedazos, extendiéndose como una cordillera montañosa hacia el Oxus. El casco antiguo debió de tener más de un kilómetro y medio de ancho. Ahora, solo contenía tierra reseca. Aquí y allá, un portal derruido enmarcaba un pedazo de cielo. Un carro de caballos transitaba por sus escombros.

No sabíamos si aún quedaban minas, y no había nadie a quien preguntar. La mayoría de los habitantes de Balkh nunca se apartaban de los caminos conocidos ni se atrevían siquiera a pisar por sus bordes. Por encima de nosotros, la parte más alta de la ciudadela era una lúgubre colina reseca. Nos seguimos cautelosamente los pasos por las tortuosas pistas que ascendían hasta ella, pisando una frágil costra de arcilla. Cincuenta años antes, arqueólogos franceses habían excavado aquí en busca de la ciudad de Alejandro, y abandonado. No encontraron nada bajo los densos detritos islámicos salvo el vestigio de una plataforma kushana. Solo en 2002 descubrió casualmente un buscador de oro local columnas corintias, las cuales habían en su mayor parte vuelto a desaparecer. Bajo nuestros pies, el suelo estaba sembrado de fragmentos pintados de color azul turquesa y malva. Brillaban imperecederamente en la tierra compactada, junto a trozos de cerámica verde oscuro y huesos indescifrables. Oíamos los ruidos de la ciudad por debajo de nosotros, y graznidos de pájaros en las hendiduras de la colina.

Cuando Genghis Jan la invadió con cien mil jinetes, la gran ciudad que arrasó era una cosmópolis islámica donde aún había muchos templos budistas y zoroástricos, incluso una catedral nestoriana. Jalaluddin Rumi, fundador de

la gran orden mevlevi de derviches giróvagos, nació aquí y había abandonado la ciudad el año anterior siendo aún un muchacho. Todos sus habitantes fueron conducidos a la llanura y asesinados.

En la ciudadela, los finos ladrillos de arcilla de una época posterior se soldaban indisolublemente con los de la época kushana, quizá con los alejandrinos. Tamerlán, recordando el prestigio de Balkh, se coronó rey entre sus ruinas en 1370 y su dinastía la restauró. A lo lejos, los parapetos de estas murallas posteriores aún rodeaban el oasis por el este y el sur, coronados por grandes torres. Los seguí con poco entusiasmo y me encontré con dos montículos coagulados, todo lo que quedaba de las maravillas budistas visitadas por Hsuan-tsang en 630. En su época, los monasterios estaban en decadencia y él los encontró vagamente repulsivos: sus estatuas y reliquias incrustadas en piedras preciosas—el lavamanos de Buda, su escobilla y su peine—custodiadas por una laxa hermandad.

Pero dos o tres kilómetros más allá, junto a una pista bordeada de campos, me encontré con un superviviente fortuito de la furia mongol. Se alzaba aislado en una arboleda de plátanos, donde dormía un centinela armado. Situada fuera de sus muros, la tumba de Haiji Piyada, quien peregrinó siete veces a la Meca, le ha prestado su nombre. Dentro, me descubrí andando entre gigantescos pilares cilíndricos hundidos casi hasta sus capitales en la tierra amontonada. Las nueve cúpulas del techo se habían desplomado y los arcos ojivales no sostenían nada.

Pero por encima de su espectral fortaleza, por encima de los toscos capiteles cuadrangulares y todas las dovelas, había una banda de estuco esculpida con hojas y rosetones geométricos. En algunos puntos, las zonas de follaje entrelazado tenían restos de yeso blanco y vestigios de azul. Esta sala de oración islámica del siglo IX—la más antigua del país—pertenecía al mundo de una Persia anterior, la Persia de los reyes sasánidas, y la Balkh desaparecida debió de tener un centenar de salas similares.

La ciudad, parece, jamás se recobró. Un monje taoísta que pasó por ella de noche dos años después del saqueo mongol solo oyó perros ladrando en las calles. Incluso un siglo después, el viajero berebere Ibn Battuta entró en un laberinto de ruinas pintadas de color azul celeste.



Había encontrado un conductor dispuesto a llevarme hacia el oeste. Mobin parecía un talibán peligroso, pero conducía un Land Cruiser, hablaba algo de inglés y era despierto y decidido. Fuimos al cuartel general de la policía nacional en Mazar para informarnos sobre los peligros de nuestra ruta. El recinto estaba atestado de milicianos del gobierno recién llegados. Con sus uniformes negruzcos, parecían mortecinos y prescindibles. Algunos de ellos habían probablemente pertenecido a ejércitos privados disueltos y podían regresar a ellos con la misma facilidad. Eran entrevistados por un oficial enorme y desaseado de mirada turbia. Nos dijo que deberíamos llevarnos a dos milicianos como guardaespaldas.

Pero a mí me parecieron una carga. Podían causarnos problemas con los soldados de Dostum, quienes tenían el control de Shibarghan, situada en nuestra ruta, y decidí partir sin ellos. En las oficinas fortificadas de la Misión de Asistencia de las Naciones Unidas, un afable pastún me dijo que la carretera era infranqueable entre Shibarghan y Maimana, situada a unos trescientos kilómetros de Mazar. Era mejor desviarse por una pista que atravesaba el desierto, dijo, y llevar un teléfono móvil por vía satélite.

Pero cuando le pregunté por la ruta a partir de allí, él pensó un momento y luego hizo con la mano el ademán de cortarse el cuello.

Nos pusimos en camino antes de que amaneciera, con el cielo cuajado todavía de estrellas. Mazar estaba vacía, con sus bazares atestados de carros cubiertos y perros que hurgaban en la basura. Nuestra carretera discurría con facilidad por la oscura llanura. Hacía un año, había sido infranqueable mientras los hombres de Dostum combatieron contra la milicia rival de Mohammed Ata. Ahora, pasamos sin peligro por el vacío amurallado de Takht-i-Pul, donde los

talibanes habían matado a centenares de personas en 1998. No se veía ninguna luz. En un campo, había un tanque quemado abandonado. Poco antes de que amaneciera, Mobin paró el Land Cruiser y extendió su alfombra de rezo en el asfalto, fijándose en que no hubiera minas. Luego se puso a rezar mirando hacia el oeste, con los faros encendidos y el motor en punto muerto. Sus postraciones fueron casi frenéticas. Quizá, pensé incómodamente, estaba pensando en lo que nos esperaba.

Era por la mañana cuando los milicianos de Dostum alzaron la barrera y nosotros entramos en las calles bordeadas de abetos de Shibarghan, pasando junto a la mole blanca de su palacio. Shibarghan era el baluarte de Dostum y sus retratos—el rostro de un tío afable—estaban por doquier. En la calle mayor, recogimos a un anciano que conocía el desvío al oeste, y poco después, el asfalto se terminó. Torcimos por una pista que discurría entre montículos de arena, saliendo a veces a cenicientos llanos de tierra y matorral. Mobin dijo en tono sombrío:

—Esto es Dasht-i-Laili.

Yo no veía nada. Pero aquí, en algún lugar, muy cerca unos de otros, los prisioneros del doble saqueo de Mazar-i-Sharif—talibanes en 1997, hazara en 1998—fueron enterrados brutalmente. Luego, Dasht-i-Laili se convirtió en el campo de ejecución de Dostum. En diciembre de 2001, después de que los talibanes se rindieran en Kunduz, la mayoría de camiones atestados de prisioneros no fueron a Qala-i-Jangi, sino que prosiguieron hasta Shibarghan, y hasta aquí. Sus puertas se abrieron a una fosa común. La mitad de su cargamento humano, dicen, ya había muerto asfixiado; los cautivos que habían sobrevivido fueron ejecutados. Pudieron morir unas 2.500 personas. Las Naciones Unidas exigieron la supervisión de este lugar, por temor a que se destruyeran pruebas, pero se negaron a investigar sin protección militar. No les concedieron ninguna.

No vi a nadie en la yerma y ondulada superficie. La arena la estaba tapando. Era muy posible que Namangani, un líder de la guerrilla islámica que había combatido al lado de los talibanes soñando con crear un Uzbekistán fundamentalista, estuviera enterrado aquí. Mobin dijo:

—Vine aquí otra vez. Había manos y pies saliendo del suelo. —Conducía

con miedo, más deprisa. Sentado en la parte de atrás, el anciano no decía nada.

A lo largo de kilómetros, el Land Cruiser, un robusto Toyota, se deslizó dando bandazos por un ondulante pasillo de arena. Luego, la arena fue sustituida por tierra compactada y la pista se perdió mientras el anciano intentaba guiarnos. No corría una gota de aire y el cielo estaba surcado por jirones de nubes plateadas. En una o dos ocasiones, pasamos junto a una parcela de tierra labrada donde había un cultivador de opio acampado. Y en una ocasión, asombrado, divisé una tienda de campaña plantada en lo alto de una ladera y vi los uniformes grises del ejército nacional. Un bandido llevaba meses asolando esta región, dijo el anciano, y hacía poco que lo habían abatido a tiros.

El paisaje se tornó más inhóspito. Nada lo suavizaba ni rompía su monotonía. Cada vez que coronábamos una cuesta, nos encontrábamos con una quietud lunar de lomas redondeadas, acariciadas por la débil luz del sol, y valles erosionados hasta su núcleo de aluminio o cubiertos de apelmazada hierba moribunda verde gris. Y en este desierto, donde no parecía que nada pudiera vivir, los nómadas kuchi surgieron como un milagro, montados en sus altos camellos de delicado aspecto entre rebaños de cabras y rabricortos perros blondos: hombres demacrados de tez negra con largas cascadas de barba. Pasaron junto a nosotros sin siquiera mirarnos, como si o ellos o nosotros estuviéramos soñando. Algunos montaban burros blancos y llevaban a sus hijos pequeños en los camellos, que iban cargados de garrafas de agua plateadas—la tierra tan seca ahora, dijo el anciano, que se veían obligados a comprarla en los pueblos del oasis—. Otros, con turbantes y capas negras, corrían con pesadas varas entre sus rebaños. Campos de minas en todo el país habían diezmado el ganado de los kuchi, que ahora correteaba a su alrededor levantando polvaredas, encabezado por carneros negros con los cuernos echados hacia atrás.

No obstante, en las vaguadas y lomas de arena había vida por doquier. A veces, en los llanos, un público de marmotas se erguía por encima de sus madrigueras, con las patas delanteras colgando sobre el blanco pecho. En una ocasión, un zorro leonado volvió su ancha cara para observarnos. Águilas

ratoneras aguardaban en las cimas de las lomas—su única atalaya en este territorio sin árboles—, y en una ocasión, nos encontramos con la encendida mirada de un búho llanero, antes de que nos diera la espalda.

Ahora, Mobin estaba alegre. Tenía la cabeza repleta de enseñanzas islámicas y no paró de obsequiarme con ejemplos del saber popular.

—Dicen que las ratas del desierto viven en las casas de los ladrones. Si hay ratas en una casa, la gente roba. Y el búho: cualquier sitio donde él se pose será destruido.—Se rió a carcajadas, con los labios flojos entre los carrillos sin afeitar—. ¿Pero qué se puede destruir aquí?

De etnia tayika, odiaba a los talibanes.

—Un musulmán debería ser puro, misericordioso y creyente. Los talibanes solamente creían.—Con el avance talibán, él había huido por la frontera iraní, dejando a su mujer y a su hijo con el padre de ella—. No la dejaban salir de casa sin un pariente varón. ¡Ni siquiera podía llevar al niño al hospital!— Cerca de la frontera iraní, había eludido quince o veinte controles de carretera rodeándolos a pie por la noche y encontrado trabajo como mecánico en Teherán—. La época de los tabilanes no va a volver, y creo que tendremos un buen futuro.—El sol, ahora más fuerte, lo obligó a entornar los ojos—. Todo el mundo está harto de luchar. Estamos muy cansados.

Volvimos a zambullirnos en un pasillo de polvo bordeado por largas hierbas muertas que azotaron los flancos del Land Cruiser. Inesperadamente, emergimos a un pueblo situado junto al cauce seco de un río. Sus tejados abovedados parecían burbujas de agua y sus puertas cerradas estaban descoloridas por el sol. Había un grupo de hombres cavando una zanja, por la que corría un hilillo de agua. Dos bueyes tiraban de un arado. Pero, en los patios, las vides estaban amarilleando y había manzanas y sandías, y el mundo parecía fértil. En las laderas de las colinas, mujeres vestidas con coloridas ropas y altos sombreros cónicos se apartaron el vaporoso velo para vernos pasar.

Estas gentes eran turcomanas, dijo Mobin: la frontera de Turkmenistán estaba a poco más de treinta kilómetros de aquí. La sequía había diezmado sus campos y era probable que estuvieran cultivando adormideras. No había ninguna otra forma de sobrevivir. El año anterior, Afganistán había producido

tres cuartas partes del opio mundial, el ochenta y siete por ciento de su heroína. La adormidera crecía en condiciones casi desérticas. Pero ahora habían recogido la cosecha y los campos parecían inocentemente yermos.

Un minuto después, nuestra pista empalmó con una carretera parcialmente borrada que provenía de Andkui y el valle de Maimana nos condujo hacia el sur. En el pueblo de Dowlatabad, en un semicírculo de puestos con toldos hechos de broza, Mobin buscó gasolina. El lugar parecía en suspenso. Las cabinas de las votaciones electorales seguían en pie, con carteles de Dostum a lomos de un caballo negro. Había hombres jóvenes acuclillados en su interior, y niños con coloridos casquetes. Otros se desplazaban en motocicleta por la explanada donde había mercado los viernes, con rosas de plástico trenzadas en el manillar y sus mujeres con velo sentadas detrás.

Seguimos conduciendo hasta el atardecer. Junto a nosotros, entre las verdes orillas del río Shirin y una muralla de farallones blanquecinos, la tierra se transformaba en polvo en tan solo unos pasos. El Toyota se fue llenando del polvo que levantábamos. Pueblos fortificados se extendían por lo alto de los farallones u ocupaban cauces secos de río. Podrían llevar derruidos un siglo o un día. Dos camiones se cruzaron con nosotros, transportando aceite y piedras.

Por este valle, en julio de 1998, la última ofensiva talibán contra la Alianza del Norte había avanzado hacia Shibarghan. Tanques destrozados sembraban la carretera, volcados y desmontados, con sus torretas giratorias incrustadas en los farallones o arrancadas en el suelo. Un coche blindado se había quedado varado en un canal y convertido en puente.

No sabíamos con qué íbamos a encontrarnos en Maimana. La ciudad había asistido a hechos violentos durante los últimos tres años. Los milicianos de Dostum la habían invadido hacía seis meses, expulsando al gobernador, pero ahora estaban instalados allí los nuevos soldados nacionales, para mantener una frágil paz, y fueron ellos los que nos hicieron parar cuando entramos y luego nos dejaron pasar. Mobin localizó la hospedería del gobierno y se fue a dormir, agotado; el anciano desapareció en los arrabales y yo me quedé paseando solo por la ciudad.

En el siglo XVIII, Maimana había sido la capital de un janato uzbeko y aún conservaba un cierto aire de elegancia urbana. En las calles de ladrillos

encalados, el revuelo que causaba mi presencia se recomponía de inmediato en una digna actitud de reserva. Los mercaderes, que nunca abordaban a sus posibles clientes—el suyo era un viejo comercio en pieles de carnero, cuero y cebada—me devolvían la sonrisa y se llevaban la mano al corazón. Ya se habían cosechado el melón y la uva y carros de caballos para pasajeros tintineaban en las callejuelas. El terraplén de un fuerte desaparecido se había convertido en un parque por el que paseaban mujeres. Pero, por encima de los cavernosos comercios, cuyas mercancías rebosaban por las aceras, todos los pisos superiores de las casas estaban abandonados, con los marcos de las ventanas destrozados.

Mobin y yo cenamos en una *chaikhana* atestada de hombres liberados por la puesta del sol del ayuno del ramadán. Ayunar era bueno, dijo Mobin. Te acordabas de la pobreza, te acordabas de tu pasado. A mitad de la cena, mientras comíamos arroz y huesos de cordero con la mano, el mulá sentado a nuestro lado se puso en pie e invitó a todo el mundo a rezar. Se apartaron las mesas. Los hombres se colocaron en cuatro filas, de seis en seis, mirando a la Meca y a la cocina. Luego, fervientes y majestuosos en el concurrido restaurante, se arrodillaron, se postraron, volvieron a arrodillarse, dando con el turbante en el suelo alfombrado, Mobin entre ellos, un desconocido ahora, mientras yo me quedaba sentado a un lado—un pagano solo, con el corazón y el arroz pilaf enfriándoseme, hasta comprender que ni un solo hombre me estaba viendo, sino mirando a su Dios.

Cuando volvimos al patio vigilado de la hospedería, Mobin y yo nos dijimos adiós. Él iba a salir de regreso a Mazar por la mañana antes de que amaneciera, mientras que yo seguiría al oeste hasta Herat. Pero, por delante de mí, yo sabía que la carretera que pasaba por Badghis apenas estaba transitada ahora. Los últimos cooperadores internacionales de la región, cinco miembros de Médicos Sin Fronteras, habían sido asesinados cinco meses antes. Ya hacía dos semanas que yo no veía a ningún extranjero. Nadie iba a llevarme más lejos.

Nos abrazamos afectuosamente. Mobin me recordó que había una pista de aterrizaje en las afueras de la ciudad, utilizada por soldados y refugiados repatriados. Podía ir a Herat en avión.

¡Herat! Hacía treinta años, en tiempos de paz, yo había paseado eufórico bajo sus pinos y alminares. Y después de Herat, la carretera pasaba por Khorasan y conducía a la ciudad santa de Mashhad. Satisfecho, vacié la mochila en mi monacal habitación. Su bombilla era más débil que la luz de las estrellas. Tenía una cama de hierro y una alfombra afgana, lo cual por el momento era suficiente.

Todos los años, en un palacio subterráneo construido bajo una isla del río Hari Rud, los líderes rivales de Afganistán se reúnen para limar asperezas. Como en un antiguo festival de Olimpia, esta asamblea señala un comedido intervalo de paz. Acuden todos. El viejo monarca Zahir Shah, seguido por infames parientes, viene en avión desde Roma para presidir la reunión con el presidente Karzai. Ismail Khan está aquí, y el odiosamente encantador Gulbuddin Hekmatyar, poco después de haber tendido una emboscada a soldados estadounidenses cerca de la frontera pakistání. El mulá Omar llega en moto. Luego, el ex luchador Dostum aparece con diez guardaespaldas, seguido de su rival Mohammed Ata, que lleva un gorro de esquiar. Reina una precaria paz. Omar abraza a Karzai, Dostum besa a Ata.

Yo había sido invitado a esta extraordinaria cumbre y me estaba preparando para ir cuando me despertó el estallido de un disparo. Durante más de treinta segundos, a caballo entre el sueño y la vigilia, me pregunté cómo iba a asistir, antes de comprender que una asamblea así, naturalmente, solo había existido en mi sueño.

En la profundidad de la noche, sonó otro disparo. Fue claro y aislado, como una señal. Escuché por si oía más, pero no los hubo. Intenté conciliar el sueño (confiando aún en poder asistir a la asamblea), pero no pude. Desde mi ventana, vi las estrellas brillando por encima de los pinos, vivas aún en un cielo blanqueado por la luz de la luna. Bajé por el pasillo hasta la puerta de la hospedería, que estaba abierta de par en par. Había un soldado tendido en un jergón a la luz de la luna, con su Kalashnikov colocado contra la pared. Se apoyó en un codo y tosió a modo de advertencia.

Regresé a mi habitación y me quedé acostado en la oscuridad. Quizá fuera

el punto medio de la noche, la hora de los pensamientos sombríos, lo que me impedía dormir. Como si hubiera entrado una ráfaga de aire frío, me cuestioné mi venida aquí. Hablando por teléfono con mi compañera, había percibido su alarma, como una cierva que atiesa las orejas, anticipando el peligro. Afuera no se oía nada salvo el roce de los pinos mecidos por el viento. El peligro era acumulativo, naturalmente, se acercaba sigilosamente, paso a paso, percibido solo a medias, conforme el viaje te llevaba más lejos, más hondo. Hasta que una noche despertabas en un lugar donde ya no había marcha atrás.

¿Por qué viajas así? Vuelve a ser el mercader sogdiano. ¿Contará tu libro cuántas jornadas de viaje hay entre ciudades comerciales y qué mercados acogen?

No, mis mercados no son los tuyos. La gente crea sus propios países.

Así es. Cuando me puse a comerciar con cobre y añil, todas las ciudades se convirtieron en cobre y añil. [Espera.] Solo cuando te haces viejo, y ya no te mueves, los países no cambian. Perduran en tu recuerdo como artefactos...

[Con irritabilidad.] Puede que no sea así.

...Entonces, mirando atrás, verás que las ciudades se convierten en una larga procesión que no conduce a nada. Esto es hermoso a su manera, y antes era suficiente para hacerte viajar. ¿Querías esto eternamente?

Quiero dormir...

Llega un momento en que no tienes nada más que vender. Te sientes muy cansado... Quizá también hayas presenciado demasiadas cosas. Has visto demasiados dioses, demasiada gente que cree ciegamente en ellos. De esa forma pierdes tu criterio, incluso tu devoción, y otros viajeros lo perciben y tienen miedo de ti. Al final, te pierdes. Así que debes saber cuándo parar. De lo contrario, nada tendrá más valor que ninguna otra cosa. Y las ciudades te cerrarán las puertas...

[Frunciendo el ceño.] ¡Y tú lo dejarías!

...A veces, ves rastros que se pierden en la arena. Los nómadas dicen que son los rastros de quienes han perdido el alma. Y tú necesitas volver a casa...

¿A casa?

En cuanto a tus mercancías defectuosas, no importará, o no lo hará mucho. Los bazares siguen ahí, y los caminos que los comunican. Otros comprarán y venderán. Y con el tiempo, también cambiará el género. He oído que en Bactriana han descubierto una nueva piedra preciosa; translúcida, como una llama muy pálida. Nuevos mercaderes crecerán para comerciar con ella. ¿No te sigue interesando eso?

[De mal humor.] *No.*

Y los chinos han inventado formas de conservar el papel. Eso podría ser bueno para ti.

[Animándome.] *¡Sí!*

Pero, al final, con suerte, te quedará el recuerdo. Hay un hombre en mi pueblo natal que se ha pasado toda su vida sentado junto al pozo. Está feliz, y loco. Pero tú has oído el agua corriendo por los jardines de Cachemira, y probado los dulces melones de Kumul, y caminado entre los tulipanes que tiñen las Montañas Celestes. ¿No es eso suficiente?



Junto a la pista de aterrizaje de Maimana un hacinado pueblo de tiendas de campaña aguardaba una nueva tanda de refugiados que regresaban: pastunes víctimas de la sequía y guerra recientes, y familias del exilio en Irán. La torre de control era un anciano con un micrófono. Estaba sentado en una habitación de hormigón y hablaba al micrófono, mientras un cabrero retrasado lo imitaba al otro lado de la ventana. Afuera, un soldado armado hasta los dientes vació mi mochila en la arena y volvió a llenarla con mucha delicadeza.

Unos minutos después, un jeep se paró en la pista y vi soldados rubios. Noruegos y finlandeses, formaban parte de la minúscula fuerza de asistencia de la OTAN que por fin estaba llegando más allá de Kabul. Parecían recién lavados e inocentes. Pero acababan de asistir a la disolución de la 200.^a división de Dostum y habían supervisado la demolición de su artillería pesada. De todas formas, casi toda era inservible, dijeron: tanques rusos

estropeados, sin piezas de recambio. Bajo la quietud de Maimana, el poder del caudillo seguía acechando.

Un Antonov bimotor se perfiló en el cielo y aterrizó en la pista con un chirrido de frenos. Su piloto era ruso, pero los pasajeros eran todos afganos salvo yo y llenaron el avión de una fantasmagoría de turbantes, velos y casquetes. Regresaban de Kabul y de los campos de refugiados de Pakistán. Cuando el avión despegó, se llevaron las manos a la cara en agradecimiento a Dios, pasándoselas por las cavernosas mejillas y las tupidas barbas. Podríamos haber sido un pasaje de terroristas. Solo yo, con mi anodino anorak, parecía sospechosamente distinto.

Contemplé el desierto por el que no iba a pasar. Tenía el color del bronce deslucido. Siete años de sequía habían dejado su huella en los valles. Por debajo de nosotros, colinas que parecían dunas monstruosas colisionaban y se fundían unas con otras. A lo largo de kilómetros, no hubo ningún color nuevo, ningún movimiento: solo, en una o dos ocasiones, un pueblo de barro junto a un río desaparecido, inimaginable a menos que estuviera abandonado. Hacia el norte, esta desolación se allanaba y se perdía en la neblina, donde el Oxus discurría invisible por un horizonte de color lila grisáceo. Hacia el sur, las abruptas paredes nevadas del Hindu Kush se alzaban amenazadoras entre las nubes. Nuestra sombra se ondulaba sobre las dunas como una fantasmagórica libélula.

Estábamos atravesando una línea divisoria más honda, en esta nación fracturada, que el Oxus o el Karakorum. En alguna parte por debajo de nosotros, en los poblados que no veíamos, los uzbekos estaban siendo desplazados por tayikos y hablantes de persa. Los campamentos nómadas de los pastunes y los aimag creaban una confusión momentánea; pero, poco a poco, en esta inestable frontera que no aparecía en los mapas, el mundo turco—que se extendía a lo largo de más de tres mil doscientos kilómetros por detrás de mí hasta la China uigur pasando por Uzbekistán y Kirguizistán—estaba cediendo el paso a los iraníes.

El Antonov siguió temblando y rugiendo. Al cabo de media hora, las montañas—el último hálito del macizo del Himalaya hacia el oeste—dieron paso a plegamientos aislados y cerros de roca. Luego, también las dunas se

perturbaron, como la bajamar de un gran océano. Sus valles se alargaron, se escalonaron en una semblanza de terrazas, se motearon súbitamente de árboles. Extraños colores alteraron la tierra: verdes y terracotas polvorientos, y desgalgaderos salpicados de brezos púrpuras. Luego aparecieron campos, y desde las últimas montañas, el río Hari salió serpenteando hacia los pinos y patios de Herat.

Treinta años de recuerdos habían reducido la ciudad a unas cuantas diapositivas: un poni uncido a una carreta piafando fuera de mi pequeño hotel; rayos de sol perfilados en el polvo bajo los pinos junto a los alminares del mausoleo de la reina Gawhar Shad. Pero ahora se había interpuesto un cuarto de siglo de guerra. En marzo de 1979, durante el régimen pro-comunista de Hafizullah Amin, un centenar de asesores rusos y sus familias fueron asesinados a machetazos por musulmanes militantes y una guarnición rebelde dirigida por un joven oficial, Ismail Khan. Una semana después, tanques y helicópteros de combate soviéticos pulverizaron la ciudad, matando a miles de civiles. Solo después de diez años de resistencia de guerrillas y la retirada de los exhaustos rusos, regresó Ismail Khan como emir de Occidente sedicente, para ser expulsado por los talibanes en 1995. Pero en esta ciudad, la más culta de las afganas, los talibanes habían gobernado como una fuerza de ocupación extranjera, despreciados por su ignorancia, temidos por su fanatismo. Con la campaña de 2001 liderada por Estados Unidos, Ismail Khan regresó como caudillo a una ciudad escarmentada.

No quedaba ningún recuerdo de la ciudad que yo había conocido. Mi hotel había desaparecido. Las calles trazadas en la década de 1920 por el rey modernizante Amanullah, antes transitadas por tintineantes carros de ponis, estaban ahora recorridas por una cabalgata de desvencijados camiones, motocicletas, caballos y taxis. El aire que yo recordaba puro apestaba a los gases de escape del tráfico rodado. Milicianos nacionales patrullaban las aceras—Ismail Khan había sido depuesto hacía unas semanas—o intentaban en vano dirigir el tráfico.

Pero, por debajo de este clamor, pervivía una antigua suavidad y

elegancia. Aislada de Kabul por ochocientos kilómetros de montañas, Herat pertenecía a las mesetas iraníes con que colindaba al oeste. Sus gentes eran elegantes y finas. El dari que hablaban era más puro que el persa. Comparados con las zancadas de los rufianes de Mazar-i-Sharif, sus pasos poseían una ágil finura. Aquí, los descomunales turbantes pertenecían únicamente a los pueblos y arrabales. Casi todos los heratíes llevaban la cabeza descubierta. Los relojes les tintineaban en las muñecas como pulseras. Entre ellos se veían los titilantes casquetes de Kandahar, y de vez en cuando, el rostro de una mujer, enmarcado únicamente por un chador negro iraní—una inmigrante que había regresado, quizá—creaba revuelo por su descaro.

Me instalé en un hotel cerca del casco antiguo. El tiempo—incluso el afgano—había huido de él. Sus mozos me miraron con indiferencia desde un cubículo de madera, dormitando sobre libros de cuentas apilados y un teléfono de baquelita. Girasoles de plástico reunían polvo en las escaleras bajo frisos de estuco desconchados. Mi habitación daba a un transitado cruce, donde, en otro tiempo, los talibanes habían colgado a sus víctimas en horcas improvisadas.

Pero desde su ventana, los dorados alminares aislados de mis recuerdos se perfilaban al norte contra un cielo brumoso, mientras al oeste la ciudadela del siglo XV estaba encaramada como un juguete gordo en lo alto del casco antiguo. A las diez de la noche, cuando Mazar era un nido de perros aullantes, Herat seguía atestada de tráfico y voces bajo mi balcón. Tras el toque de queda de medianoche, me despertarían los gritos de milicianos parando camiones en el cruce poblado de fantasmas.

Heródoto llamó a esta región granero de Asia y su vulnerabilidad y riqueza han sido la causa de sus constantes conquistas y su capacidad para recuperarse de ellas, incluso del arrasamiento de Genghis Jan. En el siglo XII, la población de Herat superaba a la de París o Roma. Esta ciudad conoció una edad de oro bajo el dominio de los descendientes de Tamerlán. Entonces, sus mercados todavía estaban abastecidos por la Ruta de la Seda y a ella acudían embajadas desde tierras tan lejanas como China o Constantinopla, con tigres y

purasangres como regalo. Babur, quien poco después fundaría el imperio mogol, visitó su corte refinada y disoluta un año antes de que cayera en manos de los uzbekos y la ciudad lo embelesó.

Incluso a finales de octubre, pervive el recuerdo de un calor impregnado de polvo y el cielo es un cristal incoloro. A veces, se vislumbran los montes Paropaminus que guían el río Hari hacia el oeste, protegiendo a Herat en un valle fluvial que sus gentes irrigan desde hace cinco mil años. El castillo que custodia los antiguos confines de la ciudad se alza en ruinas desde la época alejandrina. Fue reconstruido por Sha Rukh, el hijo de Tamerlán, y desde entonces ha sido dañado y restaurado incontables veces. Sus tambores coronan torres desiguales de treinta metros de altura, cuyos agrietados cimientos dejan entrever una masa coagulada de ladrillos y escombros. La única decoración que perdura es una banda que simula caracteres escritos, la cual no dice nada. Armas antiaéreas asomaban por las almenas y soldados me prohibieron entrar. Al oeste del castillo, bombardeos masivos rusos habían dejado un océano de escombros.

Me interné en el casco antiguo. Sus calles lo surcaban como largas arterias de ladrillo y estuco, flanqueadas por casas con tiendas y talleres en la planta baja cuyos pisos superiores tenían los azulejos agrietados y los marcos de las ventanas destrozados. Solo rara vez se abrían los muros a la entrada abovedada de un caravasar, donde los mercaderes dormían entre sus mercancías desde tiempos inmemoriales.

Caminaba tranquilo, despreocupado. Los niños me gritaron saludos en inglés. En una ocasión, un anciano corrió hacia mí y me abrazó, gritando como si fuera un vidente, «¡Inglés! ¡Inglés!», y me besó en las mejillas. En los bazares, que empezaron a impregnarse del olor a especias y pinchos de carne asándose conforme se ponía el sol del ramadán, el ambiente se animó con las canciones de Irán y Kabul y vi fotografías de la Meca junto a carteles de la actriz Anuhita Hemmati y desafiantes retratos de Ismail Khan. Joyeros—hombres jóvenes de veloces manos—estaban engastando en plata y hierro sus turquesas y lapislázulis; había vidrieros trabajando; y en una ocasión, me encontré con un pequeño taller que ocupaba una ruinosa planta baja. En su penumbra, había hombres tejiendo sedas bermejas y cremas, utilizando huevos

importados de China.

No obstante, incluso en esta ciudad, la más persa de las afganas, los hombres (no se veía a ninguna mujer) parecían conservar intacta una parte impalpable de sí mismos. Hasta los pordioseros—algunos lamentablemente despojados de la mitad de sus miembros—rechazaban la lástima. Nunca oí las discusiones en apariencia furiosas que el mundo árabe tiene sin consecuencias, ni las tensas disputas que la mediación de los ancianos aplaca ritualmente en China: aquí, tales peleas culminarían en sangre. Incluso sin armas—habían sido oficialmente prohibidas—, los hombres andaban como si fueran armados. A veces, se cogían de la mano.

Me interné en las callejuelas. A menudo, las puertas se abrían a interiores casi en ruinas. Las alcantarillas estaban embozadas por basura y una maraña de cables obsoletos serpenteaba por encima de mí, con cometas enganchadas a ella. A veces, pasaba una carreta cuyo poni llevaba borlas azules en el cabestro, ocupada por mujeres que parecían fantasmas; y en una ocasión un anciano intentó venderme perdices enjauladas, estimadas como aves de combate y de canto.

Salí junto a la mezquita del Viernes, el concurrido centro urbano: en su jardín, inexplicablemente, había un par de cañones abandonados; por encima de él, dos alminares que parecían tocar el cielo. Fue fundada en 1175 por un gobernante de la efímera dinastía ghorida y se convirtió en el panteón de los sultanes posteriores. Alisher Navoi, ministro del sultán Husain Baiqara y defensor del turco literario, restauró su deteriorado santuario. Pero setenta años antes, la mezquita había sido descrita como un tosco esqueleto de ladrillo y mosaico irrecuperable y yo entré con pocas expectativas. No obstante, desde 1943 trabaja aquí un estudio ceramista y ahora, en torno a su lustroso patio de mármol, los seiscientos metros de paredes y alminares estaban decorados con mosaicos, cuyas tonalidades verde manzana y ambarinas, combinadas con bandas inscritas de lapislázuli, restituían su antigua santidad.

Aquel brillo aquietado me devolvió la ciudad que yo recordaba. Pero solo me la volví a encontrar en otra ocasión. A casi cinco kilómetros al nordeste, entre las tumbas de mármol blanco de Gazargah, santuario del poeta místico Ansari, entre los guardianes sufíes de larga barba donde reposa Dost

Mohammad, casi todas las piedras poseían una epigráfica belleza.

Un kilómetro y medio más allá, en una meseta quemada por el sol, sobre las fosas comunes de los miles de personas asesinadas por los bombardeos rusos, ondeaba un bosque de banderines.



—Nadie sabe qué va a pasar ahora que Ismail Khan se ha ido.—El joven, Jafar, abre los brazos para abarcar el parque donde estamos sentados. Está deseoso de practicar su inglés—. Ismail Khan creó todo esto, trajo la electricidad, asfaltó las carreteras, hasta puso teléfonos gratuitos en las calles.

Hacia seis semanas, el legendario caudillo muyahidín había sido depuesto por el gobierno central. Con un ejército de más de diez mil soldados y 120 tanques, había capitulado pacíficamente.

Jafar parece resentido. Es médico residente. Tiene la nariz larga y ganchuda, los labios carnosos y una barba que le disimula el mentón hundido.

—Para nosotros, Ismail Khan fue un héroe. Todo el mundo lo quería. Cuando se conoció la noticia de su dimisión, yo estaba trabajando en el hospital. Oímos a la gente congregándose en la calle casi de inmediato, gritando consignas, continuamente. Me asomé a la ventana y vi a la multitud viniendo por la calle Walayat, y corrí a unirme a ella. Estaban prendiendo fuego a oficinas de las Naciones Unidas y yo iba casi en cabeza cuando la policía se encontró con nosotros en el cruce. Al principio, el cordón disparó al aire, por encima de nosotros. Pero las consignas continuaron. Entonces, un policía, solo fue uno, abrió fuego sobre nosotros, de izquierda a derecha—blandió un rifle imaginario—y nosotros nos echamos a correr. Vi cuerpos cayendo. Volví al hospital y pronto empezaron a llegar los heridos. Había una treintena, creo, y siete muertos. Les vendamos las heridas y les hicimos transfusiones de sangre, pero había un hombre acribillado de balas, en la cabeza y el abdomen. No pudimos salvarlo.—Lo asalta una ira momentánea y repite—: Todo el mundo quiere a Ismail Khan. Hizo cosas. Pero, después de

su dimisión, salió en televisión y nos dijo que nos quedáramos en casa y no lucháramos contra el gobierno. Creo que el embajador americano le ordenó que hiciera eso, eso es lo que creo. Los americanos están detrás de esto.

Ismail Khan, imagino, está esperando. El romance entre él y Herat ha durado veinticinco años, desde el momento en que encabezó una guarnición rebelde contra los rusos, y puede que aún dure un tiempo más. Su ciudad y provincias eran las mejor administradas de todo el país, financiadas por aranceles de la frontera iraní; pero Ismail era vanidoso, decían, y su régimen estaba gobernado por antiguos muyahidines, quienes no sabían hacer nada aparte de luchar; su rigor islámico reavivó prácticas talibanes contra las mujeres y sus fuerzas de seguridad practicaban torturas.

Jafar no acepta nada de esto.

—No era como con los talibanes. Las mujeres podían ir a la escuela, trabajar en el gobierno. Es posible que su política fuera dura con ellas en las calles. Dicen que lo era. La que no fuera vestida correctamente... Pero mi prometida, por ejemplo, está haciendo bachillerato, y podrá ir a la universidad, a estudiar periodismo. ¡Un médico y una periodista! Me gusta. Le dije que podía hacerlo.

—¿Qué hizo ella en los años de los talibanes?—le pregunto, incómodo.

—Su familia estaba refugiada en Irán y tenía dinero, así que estuvo bien. Incluso en Herat las mujeres siguieron aprendiendo en clases clandestinas, en sus casas. ¡Pero ella fue a una escuela como es debido!

Ahora, Jafar se ha olvidado de Ismail Khan. Está enamorado. Va a casarse el año que viene.

—Hablamos por teléfono móvil. ¡Ella puede hablar incluso con el burka puesto! Ayer hablamos durante diez minutos.—Este milagro lo deja sin habla, luego lo asusta—. Dígame, en su país, si ven hablar a un hombre y una mujer, ¿qué pasa? ¿Qué pasa si los padres de uno se enteran?... ¿Nada? ¿No es ninguna afrenta?

—¿Solo hablar?

—Aquí los padres se pondrían como locos. Solo marido y mujer pueden sentarse a hablar...—Se levanta y nos ponemos a pasear por el parque de Ismail Khan, que es una isleta rodeada por una llamativa balaustrada. Dice—:

¿Quiere usted decir que, si yo estuviera en Inglaterra, podría hablar con cualquier chica y luego quizá acostarme con ella?

Lo miro; miro su lustrosa barba negra y su pelo negro, que le nace muy abajo. Nuestra ilusión de que nos entendemos se está haciendo pedazos.

—Tal vez. Si se hicieran amigos. Si ella quisiera.

—¿Ha tenido usted novias sin casarse?

—Sí.—Me veo en sus ojos y los evito.

—Si aquí descubrieran a un hombre y a una mujer haciendo eso—dice—, recibirían ochenta azotes.

—¿Y si uno de ellos estuviera casado?

—Entonces lo lapidarían.—Lo dice con naturalidad. Está recordando a los talibanes—. Pero si una mujer es infiel, su marido la matará antes. Si no, lo harán sus hermanos.

—¿Cree que eso está bien?

—Es nuestra ley.—Arranca una flor al pasar—. ¿Sabe? Hasta los talibanes hicieron cosas buenas, mantuvieron las cosas puras. Aquí nadie los apreciaba, porque eran estúpidos e incultos. No nos dejaron ninguna alegría. Pero se ocuparon de las adúlteras, los homosexuales y los ladrones. Lo vi con mis propios ojos.

—¿El qué?

—En el estadio, fui unas diez veces. Allí, fusilaban a los asesinos y una vez vi cómo le cortaban la mano a un ladrón. Había un médico cerca, no, no yo, para suturarle el muñón. Y la gente estaba contenta porque se había hecho justicia. Y vi cómo mataban a dos homosexuales. El estadio estaba lleno ese día; normalmente lo estaba. Un hombre de veintiocho años y un chico de dieciséis. Los talibanes habían construido un muro en mitad del estadio y un camión los llevó hasta allí con las manos atadas. Los tendieron en el suelo junto al muro. Entonces, un tractor lo derribó y ellos se quedaron sepultados debajo.

—¿Qué pensó usted?

—Estaba contento. Porque habían hecho una monstruosidad. Todo el mundo lo estaba. La gente aplaudía y gritaba *¡Sí, matadlos! ¡Matadlos! ¡Allah akbar!* Aunque otros se quedaron callados.

También yo me había quedado callado, percibiendo algo terriblemente complejo en todo aquello. Los talibanes, educados en las medersa deobandi de Pakistán y separados de las mujeres desde niños, crecían para despreciarlas y temerlas. En este frustrante caldo de cultivo, se ha supuesto cruelmente, los muchachos sodomizados se convertían en hombres perturbados. Jafar dice:

—Claro que hay homosexualidad aquí, hombres y muchachos habitualmente, pero creo que no mucha. Y hay hombres que se acuestan con prostitutas antes de estar casados. Pero estas mujeres no abundan.—Alza el dedo—. Nuestras mujeres deberían tener el himen intacto. El hombre puede haber estado con una prostituta, pero una mujer así... nadie querrá casarse con ella.

Él no ha estado nunca con una mujer, dice. Va a casarse y no sabe qué hay que hacer.

—Tenemos antenas parabólicas de televisión satélite, así que vemos películas occidentales. Y hay vídeos de sexo que traen de contrabando desde Pakistán. Son la única forma de saber cómo tenemos que actuar.—Da nerviosamente una patada al suelo—. Dígame, ¿es cierto que la gente puede aguantar tanto, que puede hacerlo durante una hora? Como médico, yo lo sé que se puede, ¿sabe? Aquí, nuestro problema es que no sabemos contenernos. Todo es demasiado rápido. Un minuto, quizá. ¿Cree que en Occidente tienen un modo de retrasarlo? ¿Cómo se llama eso? Sí, eyaculación precoz. Y las mujeres no sienten nada. No obtienen ningún placer con el sexo, en el noventa por ciento de los casos, diría yo.—A veces examinaba a mujeres, me dijo (ahora estaba permitido) y ellas no tenían ningún problema físico—. Y con sesenta años, nuestros hombres están acabados. Son viejos.

Había pintado un panorama deprimente. Fue andando más despacio hasta quedarse parado. Sobre todo, estaba preocupado por su futura esposa, y por su dignidad. ¿Cómo iban a pasar de los furtivos prolegómenos de aquellas llamadas telefónicas a esta desnudez ignorante imbuida de pánico y postergación?

Más tarde reflexioné sobre lo que había dicho Jafar. Vagando por los bazares, imaginé a los orgullosos guerreros afganos convertidos en muchachos carentes y viejos prematuros, mientras sus tapadas mujeres adquirirían una

tristeza monjil. Entonces recordé que un médico solo conoce las víctimas. Y por la noche, la ciudad se había vuelto misteriosa otra vez y los animados clientes del restaurante de mi hotel, saludándose a gritos y devorando pinchos de carne y Mecca Cola, habían recobrado su tosca virilidad.

Al día siguiente, por una callejuela bordeada de frondosos pinos donde hay un centinela apostado ante una tienda de campaña, me dirijo con Jafar hasta una puerta de hierro cerrada que lo oculta todo tras de sí. Está atestada de hombres armados: una feroz y variopinta milicia con chalinas blanquinegras y los zapatos rotos. Llevo una carta a Ismail Khan, enviada por un amigo de Inglaterra.

Esperamos mucho tiempo después de que se haya informado de nuestra llegada. En las puertas hay pegadas fotografías del hijo de Ismail Khan, abatido a tiros en un confuso enfrentamiento con un comandante del ejército gubernamental el marzo pasado. Parece un playboy. Otro póster retrata a uno de los tenientes del caudillo, abatido el mes anterior mientras combatía contra los talibanes que aún quedaban.

Detrás de las puertas, cuando nos hacen pasar, el comedido alboroto de Herat se desvanece y ante nosotros se extiende una prodigiosa rosaleda con una casa semioculta entre los árboles. Guardias armados nos indican que sigamos adelante y acechan entre los rosales. Bajo una larga pérgola rosa de estuco, trenzada de enredaderas, hay unos ochenta hombres sentados en un pasillo de sillas, unos frente a otros, separados por mesas bajas. Pasamos delicadamente junto a este grupo de veteranos vestidos con túnicas y tocados con turbantes, acompañados hasta su centro, y me indican que me siente enfrente de Ismail Khan.

Él se levanta para saludarme en un inglés dulce y escaso y yo me imbuyo en esta intemporal audiencia oriental—el dirigente a disposición de sus más humildes súbditos—y escucho sus graves y (para mí) incomprensibles conversaciones. Ismail Khan está sentado en una silla con flores bordadas, bastante victoriana, y un guardaespaldas adolescente armado con una Kalashnikov monta guardia detrás de él. Bajo su gorro blanco, el cabello

negro se le está volviendo ceniciento y tiene la barba blanca. La suya no es una típica cara heratí, sino ancha, con la nariz aplastada y una expresión de reflexiva calma. Tiene los ojos de color gris dorado. En 1997, uno de los generales renegados de Dostum lo había entregado a los talibanes, y durante tres años, antes de huir a Irán, había permanecido encadenado en una celda diminuta prácticamente a oscuras. La gente murmuraba que eso le había ensombrecido la mente.

Habla con mucha calma. Un rosario rojo bronceado le pende entre los dedos. A ambos lados, las hileras de cabezas están vueltas hacia él como girasoles. El anciano que hay enfrente—el mulá de un pueblo—se está quejando de la electricidad, me susurra Jafar. Ismail Khan había contratado con Turkmenistán el suministro de electricidad a Herat, pero esta no ha llegado al pueblo del mulá y él se pregunta por qué. Durante mucho rato, Ismail Khan responde cortésmente, racionalmente. En un punto, el mulá dice algo inesperado, sin miedo, y los dos se echan a reír. Ismail Khan está intentando explicarle que ya no tiene capacidad para hacer lo que él le pide, ni para terminar la obra que ha empezado. El mulá debe dirigirse al nuevo gobernador. Al final, el hombre parece comprender y ahueca las manos para rezar—el pasillo entero ahueca las suyas con él—antes de que su pequeña delegación se marche.

Me pregunto qué estará pensando Ismail Khan. Parece satisfecho, incluso sereno, como si se alegrara de no tener ya responsabilidades. Con el tiempo, quizá, cuando comprendan que no puede hacer nada, las delegaciones menguarán. Él finiquitará a sus guardaespaldas y se hará viejo en su rosaleta. Quizá quiera esto. Quizá haya tenido suficiente. Su hijo ha muerto.

O quizá esté esperando. Después de todo, está habituado al exilio (y tiene dinero oculto en el extranjero, dicen). A lo mejor ya sabe que va a tener un cargo en el gobierno de Karzai recién elegido: un inseguro pedazo de poder.

Le entrego la carta de mi amigo y el nombre le trae recuerdos que le iluminan la cara. Porque habían combatido juntos contra los rusos en los años en que las cosas eran más sencillas, en un período casi de felicidad.



Del caos dinástico que siguió a la muerte de Tamerlán en 1405, su hijo menor Shah Rukh se erigió sanguinariamente en monarca de un imperio menguado. Shah Rukh dejó a su propio hijo, el príncipe astrónomo Ulug Beg, al mando de Samarcanda, y durante treinta y ocho años, desde su capital en Herat, presidió la edad de oro del reino timúrida. Había servido bien a su padre y estaba cansado de la guerra.

En su corte de arquitectos y pintores, calígrafos y poetas, el vigor mongol y la delicadeza persa se alearon transitoriamente. Otro hijo, el talentoso príncipe Baisanghur, reunió un taller de cuarenta iluminadores y encuadernadores, y una biblioteca única, antes de suicidarse bebiendo veneno a los treinta y siete años. En Samarcanda, entretanto, dos siglos antes de la invención del telescopio, Ulug Beg estaba trazando las coordenadas orbitales de 1.018 estrellas y recalculando el año estelar con unos segundos de diferencia con respecto al calculado electrónicamente.

En el núcleo de este renacimiento se hallaba la formidable esposa de Shah Rukh, Gawhar Shad. Estos eran sus hijos. Los frutos de su generoso mecenazgo—mezquitas, palacios, colegios, baños, bibliotecas—se extendieron por toda Persia oriental y Afganistán. En 1405, con una tolerancia insólita para una sunnita de un santo chiíta, fundó una famosa mezquita en Mashhad que yo estaba impaciente por ver. Y durante diez años tras la muerte de su esposo, intrigó para que su nieto y biznieto heredaran el trono, hasta ser condenada a muerte por conspiración a sus ochenta años.

Fue enterrada en Herat en el corazón de su *musallah*: una mezquita y madraza que fue la maravilla de su época. Todas las mañanas, yo contemplaba desde mi balcón los alminares de treinta metros que la rodeaban, alzándose como chimeneas de fábrica en un desierto industrial. Allí, el camino, que yo recordaba como un sendero con olor a pino, discurría ahora junto a un fétido canal entre casuchas de refugiados. Había ancianos con la mirada perdida sentados a sus puertas bajo el sol poniente. Los niños salían huyendo.

Alzándose sobre los tejados, los cinco alminares fueron cobrando incluso más altura conforme yo me acercaba hasta hacer el cielo añicos por encima de mí. Yo los recordaba revestidos de brillantes azulejos azules y el corazón se me encogió. Ahora tenían un color terroso. Emergí al borde de un erial repleto de basura. Los alminares se alzaban en fantástica soledad, no consagrados a nada, inclinándose unos hacia otros como viejos compañeros: inmensos, solitarios, inexplicados. Habían trazado una carretera entre ellos, rompiendo su fantasmal complicidad. Un halcón estaba detenido en el aire. En un muro roto, unas cruces rojas, tachadas con pintura blanca, declaraban el lugar libre de minas.

Por un momento, me paseé feliz por esta tierra herida, contento por el mero hecho de estar aquí; pero los pilares eran parodias de mis recuerdos. En tiempos de Gawhar Shad, un bosque de más de veinte alminares se erizaba por encima de las cúpulas de una mezquita y madraza, cuyas paredes estaban completamente revestidas de mayólica. Ahora, de esa época, solo quedaba un único alminar, junto a su tumba mal restaurada.

La demolición de este brillante conjunto es una triste historia. Los incomparables edificios sobrevivieron durante cuatro siglos, en un estado ruinoso pero intactos. Luego, los ingenieros del ejército indio-británico, asesorando al rey Abdurahman en 1885 y temerosos del avance ruso hacia India, los volaron para convertir la zona en un campo de batalla. Los rusos no vinieron nunca. Nueve alminares perduraron hasta el siglo XX, pero dos fueron derribados por un terremoto en 1931. Dos años después, Robert Byron describió una pareja de los que habían sobrevivido como singularmente hermosa. Pero uno de ellos se desmoronó en 1951, y en 1979 el fuego de artillería soviético destrozó el otro, dejando un muñón de nueve metros donde encontré vestigios del mármol que lo revestía.

El último de los alminares de Gawhar Shad conservaba su altura original y estaba peligrosamente inclinado. Un mortero ruso había abierto un boquete en la pared por el que entraban y salían las palomas. El alminar se alzaba sin adornos en sus primeros nueve metros, el tramo que había quedado bajo cubierto entre las paredes de la madraza. Pero, en sus doce metros siguientes, brillaba intermitentemente con losanges celestes, decorados con caracteres

cúficos y flores blancas de verdes tallos. Sobre ellos, las ménsulas festoneadas de dos balcones desaparecidos conservaban secciones de color azul cobalto y turquesa. No quedaba nada más de la madraza de Gawhar Shad, salvo una antigua anécdota sobre su inspección por parte de la reina y doscientas damas de honor. Se había ordenado a los alumnos que se marcharan, pero uno se había quedado dormido, y al despertar, vio una belleza de labios como rubíes. El vestido desarreglado de la dama cuando salió reveló lo que había ocurrido; pero Gawhar Shad—una mujer de carácter enérgico—ordenó que sus doscientas damas se casaran con los alumnos y proporcionó a cada uno un salario y una cama.

Al este, los últimos cuatro alminares pertenecen a una época posterior—construidos a finales del siglo por Husain Baiqara, el último sultán timúrida de Herat—y es fácil percibir en ellos una elegiaca decadencia. En los felices cuarenta años anteriores a 1507, Herat volvió a convertirse en la ciudad preferida de pintores e historiadores, de Alisher Navoi y Bihzad, el príncipe de los miniaturistas. Babur, que había visitado Herat antes de convertirse en el primer emperador mogol de India, la recordaba como la cuna de príncipes inteligentes y disolutos, de curiosos deportes y un saber sin par. Uno no podía alargar una pierna, decía Navoi, sin propinar un puntapié a un poeta. Pero unos meses después de que Babur partiera, los uzbekos sheybánidas, justo después de apoderarse de Samarcanda, cayeron sobre Herat y apagaron su luz para siempre.

Estuve mucho rato vagando bajo estos últimos alminares, los cuales irónicamente habían sobrevivido a sus primos más robustos. Con sus treinta metros de altura, estaban ligeramente inclinados y tenían las cúspides rotas. El frente ruso contra los muyahidines de Ismail Khan había pasado justo entre ellos. Habían sufrido rozaduras y desgarros a causa de las balas, temblado bajo el fuego de artillería. En su superficie, en altorrelieve, los finos marcos blancos de mosaicos desaparecidos se sucedían como una tela de encaje rota. Fantasiosamente, parecían dibujar una malla de estrellas y cruces de Malta, y de vez en cuando, aún contenían flores de cerámica sobre un fondo azul marino. Pero, a sus pies, yo estaba pisando con suavidad una desgarradora capa de fragmentos azul turquesa, negros y celestes, que brillaban como

lágrimas.

Había un último edificio. El mausoleo de Gawhar Shad—empequeñecido, mal restaurado y vuelto a derruir—estaba coronado por una cúpula de robustas costillas, desprovista ahora de azulejos. Junto a él, el vigilante me señaló la tumba de Navoi antes de abrir la puerta. Contuve la respiración. Sobre el vacío del mausoleo, las bóvedas y pechinas del techo combinaban desvaídas tonalidades de rojos y azules. En el suelo de tierra, colocadas en fila sin ceremonias como si fueran escombros, había seis lápidas negras, una de un niño. Baisanghur había sido enterrado aquí, con el nieto y biznieto de Gawhar Shad, cuyo amor por ellos le había traído la muerte; y un hijastro, Mohammad Jahi, que había muerto mortificado (escribió un historiador) porque ella lo odiaba. Pero yo no sabía leer las inscripciones, ni tampoco el vigilante. Él se inventó a sus muertos y sacó un gastado libro de visitas para que yo lo firmara: su único extranjero este año. El cuerpo de Shah Rukh, yo lo sabía, había sido devuelto a Samarcanda para que reposara junto a su padre. Pero Gawhar Shad fue enterrada bajo el complejo esplendor de estas bóvedas, bajo una lápida cuya inscripción—«la Makeda de la era»—la comparaba con la reina de Saba.



Dos días después, en un frío amanecer, encontré un autobús que se dirigía a la frontera iraní. Al alejarme de la viva intensidad de este país, con su mezcla de amenaza y belleza, me sentí deprimido y vacío. Quería quedarme. Pero mi ruta, que discurría hacia el noroeste, se encontraría con la Ruta de la Seda principal en la ciudad santa de Mashhad, y allí era época de fiestas.

Nos internamos en una zona semidesértica, bajo un cielo cuyo sol era invisible. La mujer que iba sentada delante de mí se cambió el burka por un chador iraní, dejando su pálido rostro al descubierto, y el hombre que iba a mi lado se quitó la chalina blanquinegra vinculada a Ismail Khan y la guardó. Ahora, la frontera pertenecía a Kabul. Avanzamos con rapidez por la carretera

asfaltada por Ismail Khan para los aranceles que ya no vería. Afuera, el aire se impregnó de arena y una niebla plomiza se cernió sobre el horizonte. Los pueblos parecían desiertos bajo sus bóvedas agrietadas.

Entonces, haciendo el mismo ruido que una lluvia de piedras en una lámina de hojalata, nuestro autobús se averió. Pacientemente, los pasajeros se apearon y se sentaron en el arcén, sin fijarse en si había minas. Algunos fueron al pueblo que había al otro lado de la carretera, como si fueran a encontrarse con amigos; otros se durmieron, mientras el conductor y su ayudante se tumbaban bajo el chasis para reparar, como tantas otras veces, el autobús.

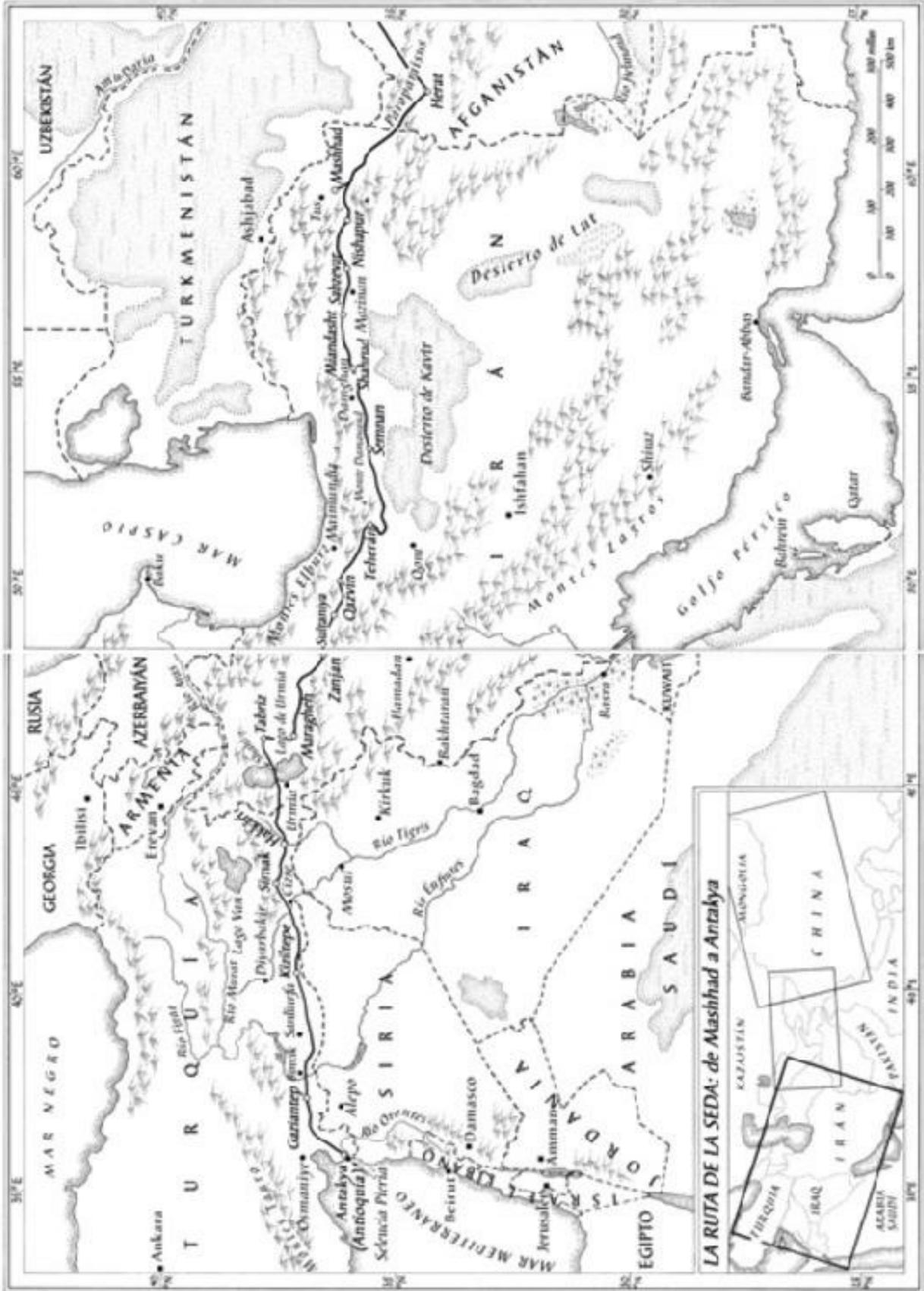
Por última vez sigo una pista que conduce a un pueblo y vuelvo a ver cómo vive la gente. Cómo está una sequía de siete años agotando sus campos, sus cosechas, sus vidas. Una cuarta parte de sus hijos no llega a alcanzar los cinco años. La esperanza media de vida son cuarenta y tres. Entonces, dejo por completo de pensar en la brutalidad y la conciencia y ya no es la crueldad, sino la compasión, lo que me parece un misterio: por qué ofrece alguien un cigarrillo a un desconocido o se abstiene de matar al hijo de un enemigo.

En la frontera reinaba el caos. La policía del gobierno había venido para supervisar sus ingresos arancelarios anuales de cien millones de dólares y una ametralladora instalada en un camión apuntaba a un grupo de oficiales de aduanas. Al cabo de una hora, nuestro autobús pasó la última barrera. El camino estaba atestado de hombres que cambiaban dinero. Los colores rojo, verde y negro de la bandera afgana fueron sustituidos por los colores rojo, verde y blanco de la iraní y la fotogénica sonrisa del presidente Karzai dio paso al ceño pintado del ayatolá Jomeini y la expresión perpleja del jefe supremo Khamenei. Los camiones estaban parados en cinco filas a lo largo de cuatrocientos metros, con los remolques que tan malos recuerdos traían cargados de cemento, furgonetas Mitsubishi, varas de acero, agua embotellada Nestlé...

La policía iraní, con pulcros uniformes de color verde botella, subió a

nuestro autobús en recelosas parejas y tríos, buscando opio, que se colaba como bacilos por la frontera. Irán tenía más de un millón de adictos y sus fronteras estaban atestadas de guardias armados. (Muchos de los transportadores afganos de opio que realizaban el trayecto de noche por caminos de herradura jamás regresaban.) Los policías dieron golpecitos con sus destornilladores en el salpicadero, la mampara, el motor. Sacaron nuestras maletas y sacos—y mi desgastada mochila—, los pasaron por un escáner y luego los destriparon. Pero mis dólares, enrollados en un envase de repelente de mosquitos, no fueron detectados.

Luego, justo cuando nuestro autobús volvía a cobrar velocidad, volvieron a pararnos y comenzó el verdadero registro. Nos pusieron de pie contra una pared, como si fueran a fusilarnos, con el equipaje a nuestros pies. Los afganos parecían resentidos y agotados. Muchos de sus pasaportes habían sido firmados por los analfabetos con una impresión del pulgar. Cuando un oficial reparó en que yo era occidental, me indicó que me hiciera a un lado, culpablemente exento, con las mujeres y sus hijos lloriqueantes, mientras ordenaban a los hombres que se quitaran los zapatos y los cacheaban con brusquedad. Volvieron a vaciar sus bolsas en el polvo, exponiendo sus intimidades: zapatos de lentejuelas, sostenes y fotografías de familia. Los pocos artículos que la gente llevaba para vender, los pequeños intercambios de la Ruta de la Seda—pistachos, abrigos de lana—se toquetearon, se pusieron en duda, se tasaron, y por fin, en su mayoría, se devolvieron. Dos horas después, nuestro destartado autobús, abriéndose lentamente paso entre filas de camiones parados, emergió en las llanuras de Khorasan.



10

Duelo

Nuestro autobús estaba transitando por una extensa llanura. A nuestras espaldas, el río Hari torcía hacia el norte para morir en los desiertos de Turkmenistán. De vez en cuando, se veía un tractor esculpiendo los campos reseco y a mujeres recogiendo cebollas. Yo miraba por la ventana, esperando algún cambio. Pero veía el mismo horizonte brumoso de Afganistán y percibía el mismo soplo seco de un áspero viento menguante. Los pueblos de barro eran ahora de ladrillo. Por ellos, los granjeros se paseaban con níveos turbantes; pero, debajo, los rostros alargados y oscuros no habían cambiado.

Porque, a nuestras espaldas, la estepa de Khorasan se extendía mucho más allá de la frontera afgana—determinada por los británicos en 1905—hasta la auténtica frontera sin marcar donde se encontraba con el Hindu Kush al este de Herat. Khorasan, para los geógrafos medievales, llegaba incluso hasta Balkh y sus llanuras habían estado habitadas por tribus iránicas mucho antes de que Alejandro llegara aquí.

Luego, delante, vi brillar una ciudad blanca. Después de Afganistán, parecía futurista, extrañamente aséptica, coronada por cúpulas flotantes doradas y azules. Una hora después, comparados con las gentes de Mashhad, los pasajeros del autobús parecíamos desastrosos y feroces y nos dispersamos como si nos avergonzáramos unos de otros. Me encontré caminando por aceras

lisas, sin apenas ninguna baldosa rajada, pasando junto a un tráfico que se detenía en los semáforos en rojo, a veces, en calles sin caballos. La gente me miraba. Pasé junto a escaparates de joyas y relojes que se iluminaron al caer la noche, y carteles de neón se encendieron. Todo era suave, silencioso, la gente oronda y apacible. A veces, los hombres jóvenes iban completamente afeitados. Vestían anoraks y camisas de cuadros. Alguno llevaba maletín. Había edificios con las plantas superiores intactas y anuncios de camas y bombas de agua.

En cuanto a las mujeres, con chadores que les dejaban el rostro descubierto, parecían escandalosamente expuestas. Las miré con grosería al pasar. Tenían las cejas plumosas y los ojos y las pestañas oscuros y vaporosos. Muchas poseían una dulce hermosura. Algunas llevaban una descarada pizca de carmín de labios o sombra de ojos. Podrían haber estado desnudas.

Era la víspera del aniversario del duodécimo imán, venerado en la tradición chiíta como el próximo salvador, y la ciudad estaba atestada de peregrinos. Tardé mucho en encontrar un hotel, junto a un ruidoso cruce de calles. En el vestíbulo había un trío de fotografías: el serio líder supremo Khamenei, el apacible presidente reformista Khatami, y en el centro, un indignado ayatolá Jomeini, observándolos a los dos. Me condujeron a una habitación que estaba bastante limpia. En el cajón de su mesilla de noche había un Corán, una alfombra de rezo doblada y un medallón de arcilla que los fieles se llevan a la frente cuando rezan.

Mashhad sacraliza el recuerdo de asesinatos y pérdidas. En 818, el octavo imán de la estirpe chiíta fue envenenado por el califa sunnita reinante (dicen los chiítas) con uvas y zumo de granada. Al principio, fue enterrado regiamente junto al gran Harun al-Rashid de «Las mil y una noches», padre de su asesino, quien había muerto aquí nueve años antes. (Incluso en el siglo pasado, peregrinos chiítas escupían en la tumba de Harun.) Pero el templo fue arrasado y restaurado en numerosas ocasiones. En 1405, Gawhar Shad fundó una famosa mezquita aquí y cuando, en el siglo XVI, los shas safawíes, la última gran dinastía persa, convirtieron al país al chiísmo, el templo se transformó en un Vaticano estatal.

Los imanes chiítas siguen a los califas de la ortodoxia sunnita en una martirizada procesión. Descienden en doce generaciones de Ali, primo y yerno del Profeta, y sus seguidores repudian a todos los califas salvo a él. La verdadera sucesión, sostienen, le fue arrebatada a Hussein, el hijo de Ali, en la batalla de Kerbela que se libró en 680 (era de Kerbela de donde provenía mi medallón de arcilla) y la muerte de Hussein se convirtió en el catalizador de siglos de duelo ritual. En todo Irán, la batalla se recrea durante el mes de Moharam en fervientes representaciones de la Pasión, de las que Hussein emerge como un mediador divino. Muere, como Jesús, por los pecados de su pueblo; y su madre Fátima, hija del profeta, se convierte en la Madre de los Dolores.

Los imanes que lo siguieron vivieron retirados en la Meca y Medina, vigilados por los preocupados califas ortodoxos. Para los chiítas, cada imán fue el único custodio de la palabra de Dios en un mundo corrupto. Y cada imán, dicen, fue secretamente envenenado por los sunnitas. Solo el último, el duodécimo, cuyo aniversario yo vería aquí, desapareció cuando era niño en 874 y permanece místicamente oculto, esperando para regresar en el día del juicio final.

Así pues, el islam, en esta luctuosa tradición, sufrió una importante y curiosa transformación. Los chiítas sublimaron el fracaso político convirtiéndolo en dolor piadoso y promesa de futuro. Y los triunfantes sunnitas, afianzados en el gobierno y la ley islámicos, estuvieron a partir de entonces obsesionados por una implacable imagen inversa de sí mismos, que repudiaba la autoridad terrenal y se alimentaba del agravio histórico.

El gentío que inundó Mashhad a la mañana siguiente había venido para honrar al Esperado, y para comprar y vender. Advertí que los comercios, tan atractivos la noche anterior, eran en su mayoría sencillos proveedores para los pobres: de cuerda, tela para turbantes, chaquetas de piel de carnero. Las calles eran anchas y anodinas. No había ningún restaurante a la vista este ramadán; ni tampoco había ningún retrato de un ser humano, salvo el de un niño pequeño. Todas las calles, atestadas de taxis y autobuses, convergían en un solo punto, donde el templo del imán Reza estaba rodeado de una maraña de patios, mezquitas, medersa, bibliotecas, hostales: la mayor concentración de lugares

santos del islam.

Yo caminaba rodeado de peregrinos. Parecían pobres, en su mayoría: gente de pueblos y ciudades provincianas. Pero poseían una cierta elegancia ancestral. Había hombres jóvenes con la barba atrevidamente afeitada, y mujeres de esbelta figura. Recordé cómo parodiaban los uzbekos a los iraníes exagerando su cortesía, su dulzura. Me esforcé por entender algo de lo que hablaban. Era una lengua ligeramente gutural, pero fluida y ágil. A veces, me figuraba que la entendía.

En los muros del templo, por profundas puertas de acceso, había una marea de personas entrando y saliendo. Contenía, junto a los *sayyids* tocados con turbantes negros y los mulás vestidos con túnicas marrones, toda la familia más amplia del islam: pakistaníes, iraquíes, afganos y saudíes, beluchis con turbantes amarillos y turcomanos con turbantes blancos. Pero yo no podía entrar con ellos. Delante de los patios interiores, en todas las entradas, custodios provistos de mazas con la cabeza de plata aguardaban con calma ceremonial y solo los musulmanes podían pasar. Incluso la mezquita de Gawhar Shad, en la que a veces habían entrado no creyentes, estaba ahora prohibida.

Me quedé afuera durante mucho tiempo, sufriendo, incapaz de marcharme. A veces, detrás de la marea humana que oscurecía las entradas, enmarcada en el rectángulo de una puerta distante, vislumbraba una superficie de mosaico o un destello dorado. Se rumoreaba que los grandes patios interiores, el Enqelab y el Azadi, eran exquisitos. Hacía años, una amiga mía había entrado, envuelta en un chador de cuerpo entero; y en 1933, Robert Byron había penetrado en la mezquita de Gawhar Shad oculto bajo un disfraz, temblando de euforia.

Al final, ya no pude soportarlo más. Me uní a la multitud, ocultándome entre un corrillo de hombres muy altos. Me embocé en el anorak. El hombre que iba a mi lado se encorvó para besar la maza del guardián. Yo no tenía la menor idea, en este momento, de si mi aspecto extranjero destacaba o pasaba inadvertido. Pero, un minuto después, me encontraba en la luminosa inmensidad del patio Enqelab. Esperé un grito, el brusco impacto de unas manos. Pero no ocurrió nada. Me quedé de espaldas a la entrada, mirando. Se me serenó el corazón. Estaba contemplando un vasto cuadrángulo en silencio

inundado por un mar de fieles. Tenían sus alfombras de rezo extendidas delante del santuario interior—hasta una distancia de cincuenta metros—y estaban arrodillados o de pie con las manos ahuecadas, absortos, descalzos algunos, mirando todos hacia el lugar donde la cúpula dorada coronaba la tumba. Algunos de ellos, con rosarios ambarinos en la mano, sostenían devocionarios o Coranes, pero en aquel espacio inmenso sus plegarias eran solo un zumbido de abejas.

El patio los rodeaba como un gran salón. En todos los costados, sus paredes con arcos corrían una brillante cortina de azulejería a lo largo de ciento cincuenta metros, mientras dos iwanes de dieciocho metros de altura, uno de mayólica, se reflejaban uno a otro a su través. En la cueva dorada del primero, decorada con alvéolos y estalactitas, la opulencia casi insoportable quedaba truncada por una sola banda de color azul marino; mientras que, por detrás del iwan de mayólica, empapado de amarillo y verde ópalo, se alzaba un alminar dorado.

Con cautela, comencé a caminar entre la gente. Pero los rostros que se volvieron hacia mí no alteraron su expresión. Parecían apacibles, distantes, como si hubieran aceptado mi presencia y la hubieran luego olvidado. Quizá me protegiera la diversidad étnica que me rodeaba. Podría haber sido invisible. Bajo mis pies, el pavimento era una superficie gris y rosa. Empecé a imaginarme indistinguible de los demás. Los meses de sol y viento me habían oscurecido el rostro.

Entonces, se oyó la oración de un imán desde el santuario y los peregrinos respondieron con un rugido tan hondo que yo temblé hasta ver sus caras de embeleso. Con vacilación, me acerqué a una reja por debajo de la cual discurría un pasillo que conducía a la cámara mortuoria. Tenía trozos de tela y candados votivos colgados en las barras. Había mujeres sollozando contra ella. Las manos, rojas de henna, les temblaban sobre el hierro. No distinguí nada detrás. A todo su alrededor, se apiñaban los mutilados y los enfermos, sus muletas dejadas en el suelo, sus sillas de ruedas vacías. Algunos yacían en mantas, como habían hecho durante toda la noche, con los tobillos atados a la reja de la tumba por cordeles de colores. Me miraron con los ojos vidriosos.

Ahora me movía a voluntad, perdido entre la multitud, yendo de un patio a

otro. Evitaba mirar únicamente a los guardias y me orientaba por la cúpula que coronaba la tumba, un inflado cuenco de oro. Era imposible calcular cuántos millares de fieles había allí. Los observé fascinado. Caminando por aquellos deslumbrantes patios, con sus chadores y chaquetas marrones, podrían haberse colado en el paraíso, y dormían o comían en sus rincones, mientras otros leían el Corán por encima de ellos. Aquí, la *umma* musulmana estaba reunida pacíficamente: la comunidad de los fieles, que trasciende a las naciones e incluso a las sectas (había turcomanos sunnitas y saudíes) para convertirse transitoriamente en una familia unida por los rezos en árabe, de igual forma que el latín había unido antaño a la Europa medieval.

Entré en la mezquita de Gawhar Shad. Estaba atestada de fieles a mediodía. En varias ocasiones, hombres se levantaron para rogar con aspereza y una tormenta de rezos les respondió. Pero la mezquita que contenía aquella agitación cortaba el aliento. Todas sus arcadas e iwanes, su santuario abierto, tenían un reluciente velo de azulejos de porcelana. Sus pálidos alminares de ladrillo estaban salpicados de rombos oscuros decorados con letras y flores blancas. Dentro de los iwanes, la tupida decoración de estalactitas estaba festoneada de verdemar y blanco. Nuevos colores—mostaza y violeta—ardían bajo las bóvedas. Y en todas las albanegas, la translúcida decoración floral combinaba flores doradas y lechosas. En el centro del patio, semiocultos por los peregrinos, había un estanque y una fuente de mármol. Y a lo largo de la cornisa, un profundo friso continuo contenía una maraña de espléndida escritura.

A mediodía, la mezquita y todos sus pasillos estaban anegados de fieles, arrodillándose o postrándose en un patio tras otro, con las manos alzadas hacia el santuario, hasta que fue imposible caminar. Aquí, en un trono protegido por una bandera, el duodécimo imán, el Mahdí, regresaría en el caos y el horror del día del juicio final, acompañado por Jesús. El momento de su llegada es tan indefinido como el del Buda Maitreya, cuya estatua había sonreído por encima de mí en Labrang, en lo que ahora me parecía otra vida. Pero a mi lado, como entonces, una anciana se arrastró sobre su estómago, echándose polvo sobre la cabeza, una vez y otra, esperando el momento en que los malos perecerían y el tiempo y el espacio convergerían.

En los patios exteriores, se estaba construyendo, no con la tediosa abulia de Uzbekistán, presentí, sino con más estima y esmero. Yo estaba paseándome, ahíto, feliz, cuando un hombre me abordó hablando en inglés. Tenía curiosidad por lo que estaba haciendo aquí. Todos los occidentales se habían ido, dijo. ¿Era yo, por casualidad, musulmán? Bajo su gorra de lana, los ojos de Hussein eran ambarinos y cálidos. Tenía el inglés muy oxidado, dijo riéndose con dulzura, lo había estudiado en la escuela.

Delante de nosotros, fuera de la entrada al patio Azadi, un círculo de unos cien hombres se estaba golpeando rítmicamente el pecho, gritando «¡Ah Ali! ¡Yah Ali!»», repitiendo marcialmente las palabras en un entrecortado lamento. Hussein vio mi cara.

—Aman a Ali—dijo—y están esperando al Mahdi.—Pasamos junto a ellos y encontramos un hueco bajo una pared—. Puede venir en cualquier momento. La gente lo está esperando ahora, sobre todo en su aniversario...

Me encontré con su mirada, intenté sonreír. En la tradición anglicana de mi infancia, el Mesías se había postergado indefinidamente. Quizá hubiera cierto tono de hastío en mi voz cuando dije:

—Y entonces vendrá el juicio...

Hussein asintió: es posible que fuera pronto.

—Nuestras escrituras son como las tuyas. Creemos en los mismos profetas.—Me tocó el brazo—. Yo creo que los buenos cristianos van al cielo. Somos el mismo pueblo.

Parte de mi tensión desapareció y yo me pude preguntar qué le habían hecho los últimos años a mi concepto de su fe. Había muchos islamismos, y había muchos cristianismos. El de Hussein exigía que yo me uniera a él en el cielo. En su barba canosa se dibujó una sonrisa que enseguida se borró.

—Pero sus escrituras... son imperfectas. A veces, incluso son una blasfemia al Creador.—Había cosas que eran intolerables. Tensó los hombros con urgencia—. Escuche. Su Biblia dice que Adán y Eva estaban desnudos en el Edén, y que Dios no los vio al principio porque se escondieron. Eso no puede ser. Dios lo ve todo. En sus escrituras, Dios dice a Adán y Eva que si

prueban el fruto del árbol morirán. La serpiente les dice que no. Y la serpiente tiene razón. La Biblia dice que Jacob se peleó con Dios, y que ganó. Eso es absurdo...

Un centenar más de literalidades, veía yo, se le estaban acumulando en la cabeza. Le respondí débilmente que la Biblia no era textualmente la palabra de Dios, como el Corán, sino una crónica de la historia sagrada. Pero me sentía vulnerable, como si estuviera a muchos siglos de él. Sus ojos, muy atentos y graves, no se apartaron nunca de mi cara. A veces, yo no podía mantenerles la mirada. La devoción de Hussein era activa: había dejado el magisterio para colaborar en el mantenimiento del santuario. La duda lo habría dejado mudo de la sorpresa. Para él, los patriarcas y profetas—Abraham, Noé, Moisés—no eran actores en una compleja crónica humana, sino los infalibles mensajeros de Dios. El Corán era la purificación de las escrituras judía y cristiana, la última revelación. Absolvía a los profetas del lodo humano de la historia. A Jesús sobre todo, dijo Hussein. El islam no repudiaba a Jesús, sino su versión bíblica. ¿Cómo iba a ser Dios crucificado?

Pese a mi desvanecida fe, dije:

—Fue hombre entre los hombres.—Pero se había abierto un abismo entre nosotros, y parecía cada vez más grande.

—Eso nunca pasó—dijo Hussein—. O le pasó a algún otro.—Se apresuró a continuar—: Y en sus escrituras, Dios hace que los profetas mientan. Los hace...

—Su propio Corán dice a menudo que Alá decreta el desvío para quien él quiere—dije yo. A lo lejos, los rítmicos puñetazos en el pecho aumentaron de volumen, sordos e iracundos, como golpes en un tambor excesivamente tensado. *¡Yah Ali! ¡Yah Ali!*—¿Cómo tiene fe en Dios?

—En la tradición sunnita, uno solo puede remitirse al Corán. Pero los chiítas tenemos las vidas de los santos imanes como guía. Si tengo una pregunta, rezo a nuestro octavo imán en la tumba.—Alzó los ojos y los posó en la cúpula dorada—. Y la respuesta llega...

Esta comunicación, pensé, estaba próxima a la conciencia. Su autoridad surgía de dentro, desordenada. El islam ortodoxo, yo lo sabía, recelaba de ella y recurría a la ley y al Corán. La moralidad no podía confiarse al instinto.

Cuando pregunté a Hussein sobre esto, él se inquietó. Sí, dijo, el Corán estaba primero. Siempre. La palabra de Alá.

—Siempre he querido aprenderme de memoria nuestro santo Corán—dijo—y ahora me sé una pequeña parte.—Pero su mansa certidumbre había desaparecido. Cerró los ojos—. Quiero guardar estos versos en mi corazón para que, cuando esté en la tumba, me hagan compañía.—De pronto, parecía retraído, pero repitió—: Cuando repose en mi tumba, estas palabras sagradas me harán compañía.—Se pasó una mano por el cuerpo; luego pareció avergonzado—. Últimamente, he pensado que es mejor que me olvide de esto...

—¿Ha estado usted a punto de morir?—pregunté con incertidumbre.

—Sí, en la guerra, nuestra guerra contra Irak. Me alisté cuatro veces como voluntario. Había hecho el servicio militar en la época del Sha y sabía cómo disparar un fusil.

Se había unido a la Guardia Revolucionaria, cuyas fanáticas tropas, mal armadas y audaces, habían sido masacradas.

—¿Le hirieron?—pregunté.

—Por desgracia no.—Pensé que lo había oído mal, pero él continuó—: Quería ser un mártir. Si me hubieran matado, yo habría muerto por Alá. No tenía miedo. Solo quería que no me capturaran. Mi hermano mayor se pasó once años en una de las cárceles de Saddam Hussein. Ahora ya no tiene tiempo. Aún cree que tiene veinticinco años, que es mucho más joven que yo. Pero muchos de mis amigos murieron, mártires gloriosos, o se quedaron tullidos.—Se cortó un muslo con una mano—. ¿Y sabía que eran los americanos los que estaban detrás de esto? Obligaron a Saddam Hussein a hacerlo. Cuando estuve en el frente vimos helicópteros americanos ayudando a los iraquíes. Un amigo mío se subió a una colina con un lanzacohetes y abatió uno. No cayó en nuestro lado. Pero fueron los americanos. Participaron.

—¿Cómo lo saben ustedes?

De pronto, estaba ceñudo.

—Lo sabemos. Y también sabemos lo del ataque al World Trade Center. Fueron los americanos quienes se lo hicieron a sí mismos. Y los israelíes. Se hizo en martes, el día de fiesta de los judíos, por lo que no había ninguno.

Luego, los americanos lo utilizaron como excusa para atacar Afganistán e Irak.

—El día de fiesta de los judíos es el sábado—dije yo fríamente—. Murieron judíos. Sus nombres salieron publicados en la prensa.—Pero su fantasía, había constatado yo, estaba muy difundida por todo Oriente Medio, y aunque Hussein pareció momentáneamente desconcertado por lo que yo había dicho, su fe no flaqueó. Cuando ahora lo miré, vi a otra persona, distante.

—Los americanos nos están bombardeando con propaganda, intentando menoscabar nuestra cultura desde dentro. Hace diez años, hasta pusieron una bomba en este templo. Mató a veintiséis fieles. Fue obra de hipócritas, de comunistas, apoyados por América. También tienen una oficina en su país, Mujahidin-e Khalq.—Estaba indignado, pero apartó la mirada de mí. Era una ira dirigida contra el gobierno, no contra mí, y cuando volvió a mirarme, sonreía otra vez—. ¿Dónde irá ahora?

—Voy a Teherán y Tabriz, luego a Turquía.

Me escudriñó el rostro.

—¿Por qué va solo? Solo Alá va solo.

—Es mejor—dije yo.

Durante un minuto más, nos quedamos escuchando en silencio los gritos rítmicos por Ali, ahora disminuyendo, y el murmullo de los fieles tras las puertas por las que yo había entrado ilícitamente en el territorio sagrado de Hussein.

Esa tarde volví a colarme en la mezquita de Gawhar Shad, esperando encontrarla más tranquila, pero, al atardecer, su patio estaba anegado de peregrinos. Detrás de sus paredes, procedente de la cámara mortuoria, se oía el apagado vocerío del dolor ritual. Bajo las arcadas, familias se preparaban para dormir bajo mantas y montones de ropa, y desde estas, un hombre menudo y enjuto me dijo en mal inglés que entrara con él en la tumba.

No podía, dije yo. Le susurré que no era musulmán. Yo ya estaba asustado. Pero el hombre no me entendió. Insistió:

—No... invitado... seguir...—Sonreía de oreja a oreja, cándidamente. Levantó la alfombra donde estaba sentada su familia y yo escondí mis zapatos

debajo. Me entraron unas ligeras ganas de vomitar. Comencé a seguirlo. Sabía que esto estaba mal (lo sigo pensando), pero lo seguí como una sombra.

El hombre no fue directamente, sino que torció por un pasillo lateral. Yo lo seguí sin hacer ruido, mirando al suelo. Por el rabillo del ojo, vi luz inundando alfombras carmesíes y a un puñado de hombres arrodillados, balanceándose sobre sus Coranes. Mis pies se abrieron paso entre fieles postrados. Luego, estábamos en la cámara mortuoria, apretujados entre otros cuerpos. Por doquier, arañas de luces brillaban bajo bóvedas de espejería. Se elevó un murmullo de rezos. De pronto, una marea de fieles nos arrastró. Se oyeron gemidos y gritos entrecortados y yo alcé la vista para ver, tras un océano negro de cabezas, el inmenso féretro dorado de la tumba. Su dosel se elevaba por encima de los devotos como una cuja dorada. El hombre me susurró «Seguid, seguid». Yo tenía las manos agarradas a sus hombros, la cabeza baja, oculta entre los míos. Vi el mármol amarillo del suelo. Bajo nuestros pies, en algún lugar, estaba la tumba perdida de Harun al-Rashid. Tenía el corazón en un puño. Cada vez que me atrevía a levantar la cabeza, esperaba un grito de fogosa indignación. El mundo se transformó en una sucesión de diapositivas. Vislumbré los abollados paneles de plata del cenotafio, y la tela verde espinaca que lo cubría, tejida con flores doradas. Un bosque de manos estaba concentrado en su reja, manos vellosas desnudas hasta el codo. Ahora se oía un clamor de llanto e ira. En el otro extremo, al que se accedía por otro patio, había mujeres lamentándose.

Incluso ahora, mientras me hundía en la marea de fieles, esta histeria por un hombre muerto hacía mil doscientos años me dejaba pasmado. Parecía que un pozo de dolor, hondo y patético, estuviera esperando siempre a desbordarse, nacido de una impotencia y pérdida imaginadas. Mediante aquel sufrimiento actuado, quizá, se estaba curando alguna honda dolencia.

Entonces, una mano morena y tatuada me agarró el hombro. Me volví rápidamente, temblando. Pero solo era un apretón fortuito del hombre que estaba pegado a mí. Su mirada se posó brevemente en mí. Cuando estuvimos cerca de la tumba, la presión se hizo terrible. Bajo la luz de las arañas reflejada en los espejos de las bóvedas, todas las cabezas estaban vueltas hacia el cenotafio. Varias veces, alcé la cabeza para ver qué hermosos

mosaicos perduraban, pero solo vislumbré nuestra propia violencia fracturada en el techo cuajado de espejos. Había manos intentando aferrarse a las barras del féretro y hombres encaramándose a los hombros de otros, acariciando sus filigranas, besando su oro, restregándose la cara con las manos.

Por un instante, pareció que fueran a aplastarnos contra la tumba. Luego, la marea nos arrastró.

Yo había estado dentro apenas un cuarto de hora, pero en el patio empezaba a hacer frío y el sol ya se había puesto. Bombillas de colores engalanaban el santuario con teatral vistosidad. Atravesé los patios aún prohibidos y salí por fin a la calle. Detrás de mí, las bombillas multicolores se mecían sobre los patios cada vez más tranquilos en cables tendidos desde las cúspides de los alminares, como si un gran barco con las jarcias iluminadas estuviera zarpando en la noche.



Al norte de Mashhad, la pequeña ciudad de Tus aún conserva restos de las murallas que Tamerlán destruyó en 1390. En su única tumba, presuntamente la de Harun al-Rashid, es probable que repose el gran místico Algazel, que murió en el siglo XII. En su extraña y apasionada autobiografía, Algazel relató su búsqueda de la iluminación incluso a través de canales heréticos, hasta que sufrió un colapso nervioso y se hizo caminante sufi, regresando años después para escribir obras clásicas de devoción mística.

Traspasado el umbral, uno entra en un espacio de austera serenidad, bajo una cúpula en forma de panal. Vestigios de relieves inquietan los techos de la capilla mortuoria. Brumosas colinas se enmarcan en sus ventanas. Y en el polvo y el silencio, la resuelta quietud de la cámara parece emular a su difunto: el sabio musulmán más grande, después de Mahoma.

Pero un kilómetro y medio más allá, uno llega al lugar más antiguo, visitado por otros peregrinos, donde un largo estanque bordeado de lirios conduce a un cenotafio de piedra. Este es el sepulcro de Firdausi, el poeta

laureado de Irán. Parejas se pasean junto al agua cogidas de la mano. Un alegre grupo de mujeres posa para una fotografía, con los chadores retirados sobre los hombros. Se oye una débil música. Un hombre y una mujer descansan en un banco, la cara de ella apoyada en la de él.

Firdausi murió aquí empobrecido en torno a 1020 y fue enterrado en su jardín. Ahora su mausoleo, construido en 1933, se eleva hasta quince metros de altura, emulando la tumba de Ciro, el más grande de los reyes persas antiguos, en Pasargad. Está rodeado de columnas que sostienen toros mitraicos y adornado con el símbolo de Ahura Mazda, dios de la antigua Persia. A su alrededor ondean banderas iraníes. No hay en él ningún signo del islam.

Según cuentan leyendas orales, historias cantadas y narraciones ahora perdidas, Firdausi, tras treinta y cinco años de duro trabajo, terminó su *Shahnama*, el Libro de los Reyes, la epopeya de los pueblos iraníes. Concluía con el último rey de la dinastía sasánida persa, justo antes de la conquista árabe, y sus sesenta mil versos estaban tan depurados de préstamos árabes como fue capaz el poeta. Concedían a los iraníes una brillante identidad. Pronto, sus palabras e imágenes iluminaron libros y se grabaron en piezas de cerámica y muros de palacios. Como la epopeya kirguiz de *Manas*, sus versos se convirtieron en propiedad de los pobres. Fueron recitados alrededor de hogueras en ruta, y por madres a sus hijos. Granjeros analfabetos aún conocen sus historias.

Este es el otro Irán: no la cultura del lamento, sino la de los héroes. Es un triunfo de la leyenda sobre la historia. En el siglo XX, los shas Pahlavi ensalzaron el *Shahnama* como culto nacional, identificándose con un mundo anterior al islam que ellos imaginaban suyo. En una nación de identidades disonantes, el Libro de los Reyes populariza la idea de una raza antigua y orgullosa, nacida de una única estirpe. A veces, exagera la antipatía entre Irán y Turán, los persas y los turcos; e indirectamente, cultiva un sutil desprecio iraní por la cultura árabe, con lo cual las personas que se paseaban por estos jardines, saludándose, fotografiándose, se tornaban ligeramente paradójicas. Los árabes dicen que los iraníes aman la poesía más que la fe. Se ha propuesto incluso que ni tan solo son profundamente religiosos. Durante años después de la revolución de 1979, el *Shahnama* fue eliminado de los planes de estudios

por no ser islámico y fanáticos atacaron la tumba de Firdausi.

Sus puertas se abren a una lustrosa cámara subterránea de mármol. En sus paredes, el *Shahnama* se narra en relieves en piedra: el héroe Rustam dando muerte a un dragón o apresando a una bruja. La gente las recorre con afectuosos murmullos de reconocimiento. En el centro, el polvo del poeta yace bajo un cubo de mármol que está surcado por vetas rojas, como si sangrara.

Firdausi sabía lo que había hecho. Cuando su mecenas, el sultán Mahmud de Gazni, le pagó en plata en lugar de en el oro que le había prometido, el poeta se retiró a los baños locales y repartió desdeñosamente la suma entre el empleado de los baños y un vendedor de bebidas frías y huyó para salvar la vida. Para entonces, ya era un hombre anciano. Después de que compusiera una sátira sobre la tacañería de Mahmud, el sultán se ablandó y le envió una caravana de camellos cargada de valiosas telas añiles. Pero, cuando la caravana real entró en Tus, se encontró con el cortejo fúnebre de Firdausi desfilando en el sentido contrario. Su única hija invirtió el dinero en construir un hermoso puente, que aún se utiliza.



El autobús que me lleva a Nishapur transporta tenderos y granjeros que viajan entre sacos de hortalizas, balas de ropa y un par de ovejas atadas. La semana anterior, había llevado peregrinos; proclama «El islam es la victoria». Al norte, una familiar llanura parcelada se ondula en torno a colinas grises y anaranjadas; al sur, está ocupada por campos de trigo, ya cosechado, cuyas desoladas praderas colindantes se extienden hasta el horizonte.

Los pasajeros que me rodean hablan en voz baja o duermen. Ansío entenderlos. Su lengua ha perdido las violentas oclusiones glotales del turco y me engaña con sonidos que creo conocer. Me quedo mirando a sus hablantes con disimulo, buscando pistas. ¿Quiénes son? ¿Quién es la joven aguileña con las largas pestañas de su gente: por qué está sola? Sus manos—aquí uno se fija en las manos de las mujeres—son finas, como las cuerdas de un arpa, y tienen

restos de esmalte de uñas. Delante va sentado un anciano que lleva un desgastado traje, con el pelo blanco peinado hacia atrás y una expresión traspuesta que recuerda a un director de orquesta. Pero sus manos jamás sostendrán una batuta: son toscas y están encallecidas de trabajar en los campos. Detrás de él va sentado muy derecho un mulá tocado con un níveo turbante. Tiene la mirada inquieta y los carrillos hundidos, y lleva su capa marrón doblada entre las manos. El rollizo joven que se sienta a mi lado, vestido con una chaqueta sport y unos vaqueros bien planchados, está hojeando una agenda de trabajo donde no hay citas. Saco mi libro de frases en farsi e intento entablar una conversación con él. Es inútil. Me entero únicamente de que tiene veintisiete años y es funcionario. ¿En qué piensa o con qué sueña? No puedo saberlo.

Una hora después el oasis de Nishapur brota a nuestro alrededor. Tengo la sensación de haberlo visto muchas veces ya, por toda Asia Central, y de que volveré a verlo: la variopinta procesión de tiendas y oficinas de una o dos plantas, precedidas por alcantarillas abiertas y protegidas por abedules y plátanos; los mismos adoquines octogonales o foliados; por encima, una maraña de cables en parte superfluos (algunos conectados con antenas satélite ilegales) o un batiente de ventana abierto. Las mujeres, envueltas en ropa para protegerse del viento, son ausencias andantes. Pero el mundo ha cambiado. Intangiblemente, se ha vuelto más cortés, sensual, quizá más engañoso. Con sus chándales Nike y Adidas de imitación, los hombres jóvenes parecen recién salidos de la barbería y expuestos. En mi hotel, el educado dueño hace venir a un amigo que habla algo de inglés.

Pero Ali no me da tregua. Quizá esté un poco loco: un estadístico del gobierno que parece no tener trabajo. Con sus andares caóticos, parece que la cabeza echada hacia delante le arrastre el resto del cuerpo. Habla deprisa, de un modo solo a medias comprensible. Tras mi temor a no conversar, oigo ahora una atropellada y frenética lluvia de palabras. Ali está practicando su vocabulario («utopía» e «hipótesis» son sus palabras favoritas), y mientras andamos, sus comentarios se convierten en un fárrago de arcaicas fórmulas de cortesía y modernas devociones:

—Es usted muy amable, señor. Le ayudaré en todas partes. Donde vaya, yo

le llevaré. Usted es libre. Fíjese en esas señoras mayores. Esa es la vieja cultura. Está mal. ¡Fuera, fuera! Da lo mismo. En la época del Sha, uno podía hablar de lo que quisiera. [No es cierto.] Pero ahora, si uno es sincero, es un terrorista. No había esta intolerancia. Esa es mi hipótesis. Mire, esas jóvenes están bien. El chador echado hacia atrás para enseñar el pelo. Eso es cultura. Una utopía de la mente. Pensar es el futuro. Odio a los sunnitas, más libre es el chiísmo. Es usted muy amable, señor. ¡Utopía! Esa es mi palabra favorita. Da lo mismo. ¿Qué piensa de mis ideas?...

Me lleva rápidamente de un sitio a otro, alardeando de mí ante amigos, funcionarios, casi cualquier persona que se cruce en nuestro camino. En todas partes, lo reciben con afectuosa perplejidad. En una hora escasa me cura de toda mi ansia de hablar.

—...Fíjese en esas mujeres. Llevan velo, son peligrosas. Es la vieja cultura, muy peligrosa para la mente...—Por fin llegamos a mi hotel—. Mañana le llevaré a todas partes. Mañana veremos la tumba de Attar, la tumba de Omar Jayyam. ¡Una hipótesis utópica, señor! Estoy a su servicio, da lo mismo. Mañana...

Mañana, para mi alivio, Ali no está y me dirijo solo a la tumba de Omar Jayyam, en silencio. Omar es un viejo amigo, frecuentado en mi adolescencia, cuando sus *Rubahiyat*—traducidas al inglés por Edward Fitzgerald—me parecieron arrebatadoramente trascendentes y melancólicas; y mientras camino por esta ciudad destartalada, pervive en mí una pizca de esa nostalgia. Más allá de los arrabales meridionales, por donde discurre la línea desigual de las viejas murallas, la gran ciudad de Nishapur, capital de los primeros grandes turcos selyúcidas, casi ha desaparecido. A principios del siglo XII, en tiempos de Omar Jayyam, era una cuna de saber, espléndida por sus bibliotecas, y la sede de un sultanato que se extendía hasta Anatolia. Y el mecenas de Omar fue el mismísimo gran visir selyúcida Nizam al-Mulk, el mejor estadista de su época.

Por fin dejo atrás los arrabales y entro en un jardín de sombras oblicuas. Viejos olores impregnan el aire. Bajo un mausoleo coronado por una cúpula

azul situado muy arriba entre los pinos, hay devotos yendo y viniendo. En 1135, trece años después de que Omar muriera, un discípulo halló su tumba junto al muro del cementerio, bajo montones de flores de peral y melocotonero. Más tarde, fue incorporada al mausoleo de un hombre santo local y este es el santuario que estoy viendo.

Pero también veo otra cosa. Un monstruoso cono de rombos de hormigón se alza hasta una altura de quince metros. Está horriblemente alicatado y repleto de la poesía de Omar. Hace setenta años, esta tienda india de cemento se confeccionó sobre la tumba reubicada del poeta. No hay nadie aquí. Todo el mundo está demasiado ocupado en suplicar al hombre santo, salvo yo—que me paseo por aquí arrastrando los pies, asqueado—. Vuelvo a ser un muchacho y mi Oriente se ha evaporado. El aroma de la poesía de Omar—la copa de vino vacía, los frondosos jardines y el ruiseñor—expiran todos en esta tienda de cemento. En ausencia de occidentales—el terror internacional los ha mantenido alejados—, el lugar está tan desierto como cuando el discípulo de Omar descubrió una tumba junto a la pared de un jardín.

Porque los iraníes no tienen mucho aprecio a Omar Khayyam. Prefieren al poeta Attar, que descansa en una sepultura más hermosa cerca de aquí. Incluso en su época, Omar fue respetado más bien como astrónomo y matemático (y como el inventor del espantapájaros de arcilla). Escribió un docto comentario sobre Euclides, el cual aún existe. En 1074, colaboró en la construcción de un observatorio para el sultán Malek Shah y compuso tablas astronómicas para un calendario más preciso que el futuro gregoriano. Irascible y taciturno, solía discutir con Algazel, quien le tenía antipatía. Lo llamaban librepensador y ateo. Probablemente, asustaba a la gente.

Novecientos años después, un melancólico misántropo victoriano llamado Edward Fitzgerald reinventó a Omar en el espíritu de su propia época. Con un buen dominio del farsi, estudió los versos atribuidos al poeta persa y compuso, basándose en ellos, una obra distintivamente suya. He aquí, por ejemplo, una traducción literal de una cuarteta de Omar:

From the beginning was written what shall be; unhaltingly the Pen writes, and is heedless of good and bad; on the First Day the appointed everything that must be—our grief and

our efforts are in vain.

[Desde el principio está escrito lo que ha de ser; sin detenerse la Pluma escribe, no haciendo caso a lo que está bien o mal; en el Día Primero Él nombró todo lo que ha de ser—nuestro dolor y nuestros esfuerzos son en vano.]

Lo cual Fitzgerald expresa, de forma bastante increíble como:

The Moving Finger writes; and, having writ,
Moves on; nor all your Piety nor Wit
Shall lure it back to cancel half a Line.
Nor all your Tears wash out a Word of it.

[El dedo del destino tan solo una palabra
escribió antes de irse. Nada, ni la inteligencia,
ni el amor ni la compasión, hará que se retracte.
No hay lágrimas bastantes para poder borrarla.]

Visibles desde la tumba de Omar, como si la premonición de sus *Rubaiyat* hubiera terminado ocurriendo, los vestigios de la vieja Nishapur son ruinas semienterradas. Me dirijo allí atravesando campos de girasoles. Las excavadoras acaban de desenterrar algunas calles pavimentadas y una pared enlucida, derribada por un terremoto hace setecientos años. En los cimientos de la casa, dos esqueletos, un hombre y una mujer, yacen donde cayeron, con las cabezas mirándose. Al otro lado de la calle, en una casa contigua, un segundo hombre yace en posición fetal. Por detrás de ellos, una ciudadela de barro se erige sobre los escombros como el lomo de una ballena. Hace setenta años, arqueólogos estadounidenses encontraron sus cámaras decoradas con ornamentos selyúcidas en yeso. Ahora, los ladrillos de arcilla se están impactando entre ellos. El museo de la ciudad casi no ha reunido nada y ha mezclado sus épocas: una moneda de Alejandro, unos cuantos elegantes guerreros de bronce, un cuenco quirúrgico para recoger sangre. Un Buda diminuto alza la mano dando la bendición.

Algo terrible les ha sucedido a estos lugares: Balkh, Tus, Nishapur, Merv, Rey, donde ahora me dirijo. No solo fueron destruidos; fueron prácticamente aniquilados. Los mongoles reunieron a sus habitantes fuera de las murallas—

hombres, mujeres, niños—y los masacraron, incluyendo a perros y gatos; luego, derribaron todas las viviendas. De Nishapur solo escaparon dieciséis personas. En cuanto a sus ruinas, estas no conocieron nunca la permanencia de la piedra y su ladrillo horneado, donde ha estado expuesto, se ha desmenuzado y vuelto a fusionar con la tierra que lo componía. En el horror que describen los historiadores coetáneos, nada sobrevivió. Las invasiones mongolas, dicen, marcaron un cambio de mentalidad. Con el paso de los siglos, el lírico hedonismo de la poesía persa—el gozo de una buena compañía, los placeres del vino—vaciló y se desalentó. Sus amores se tornaron inalcanzables, su vino, un refugio. En cuanto a Omar Jayyam, su melancólica verdad se hizo intolerable y sus cuartetos paganos se reinterpretaron como un místico anhelo de Dios.



A lo largo de más de ochocientos kilómetros, por un paisaje de llanuras y pueblos parcialmente derruidos, la carretera se dirige al oeste hacia la antigua Rey y las afueras de Teherán. Esta era una calzada de conquistas, hollada por ejércitos que marchaban hacia el este—persas, macedonios, árabes—y jinetes turcos y mongoles que cabalgaban hacia el oeste, y su Ruta de la Seda era demasiado rica y vulnerable para que reinara en ella una paz duradera. Al norte, comienzan los montes Elburz, con el mar Caspio detrás; al sur, las mesetas esteparias de Khorasan dan paso a los desiertos salinos que ocupan el corazón de Irán.

A finales de otoño, la carretera atravesaba una llanura casi desértica. De vez en cuando, una aguada capa marrón flotaba sobre el horizonte, como si un acuarelista hubiera comenzado a pintar montañas allí y las hubiera luego olvidado. A veces, se aproximaban entre ellas, formando descoloridas cordilleras de tonalidades anaranjadas, pardas y cremas, o se separaban, disociándose en islas difuminadas. Aún en el siglo pasado, captores de esclavos turcomanos cruzaban estos puertos montañosos de aspecto etéreo a

lomos de sus resistentes caballos y la región estaba acribillada de recintos fortificados erigidos en épocas de terror que ahora se estaban convirtiendo en polvo. Las carcasas de torres de vigilancia aún se alzaban sobre campamentos aislados; caravasares se desintegraban como viejos fuertes; e incluso las ciudades estaban rodeadas de murallas.

En mi mapa, la región estaba repleta de pueblos. Sobre el terreno, había caseríos aislados circundados de eriales. La carretera trazaba una ondulada línea entre ellos. Unos cuantos carros transitaban por ella, y camiones que conducían hábil y temerariamente, transportando cemento, cables, pollos. Basta con alargar una mano en cualquier carretera para que una furgoneta o un coche Paykan se detenga y transforme en taxi por unos pocos centavos. Durante cuatro días, viajé en una sucesión de desvencijados coches y autobuses. Solo en una ocasión, con un conductor nervioso, la policía nos hizo parar y me cacheó para ver si llevaba drogas, registró nuestro equipaje y rebuscó bajo los asientos del Paykan.

Dormía en pequeños hoteles y casas de huéspedes vacías y me habitué a comer siempre lo mismo: pinchos de carne comprados en la calle y óvalos de pan *nann* recién hecho, tan grandes a veces que la gente se los llevaba a casa como toallas en el brazo. Por la noche, los restaurantes servían enormes cantidades de pollo y arroz con té negro o una herética Zamzam Cola, llamada así por el sagrado pozo de la Meca.

Y de la monotonía del paisaje, surgía de vez en cuando un prodigio. El alminar de treinta y seis metros de una mezquita selyúcida desaparecida se alzó en las tierras baldías, recorrido aún por seis brazaletes de ladrillo decorativo. Una torre mortuoria mongola irradió sus más de treinta salientes en contrastado claroscuro. Y en Qadamgah, donde las aguas de un manantial sagrado brotaban de una cámara subterránea, había dos inmensas pisadas en la roca negra: las huellas del octavo imán. Tenían los bordes suaves y eran primitivas; y yo recordé, disimulando la sorpresa, las huellas del emperador Amarillo en las colinas de China.

En el tramo más temido de la carretera, «el tramo del terror», divisé el gigantesco caravasar de Miandasht asomando por encima de parapetos de ladrillo coronados por torres redondas. Aún en el siglo XIX, se habían añadido

a esta elegante posada construida en el siglo XVI dos patios fortificados más grandes que campos de fútbol. Me paseé por el caravasar asombrado. En los largos dormitorios alumbrados por la escasa luz que atravesaba sus bóvedas perforadas, las plataformas elevadas donde habían dormido los mercaderes seguían en pie y las chimeneas de los hogares ascendían tortuosamente hasta el techo. Cargadas de humo y rumores, estas plataformas eran las radios y periódicos de su época, donde los hombres hablaban sobre el valor de las cosas y se ponían a recitar poemas y a rezar, mientras sus camellos y caballos bramaban y relinchaban por debajo de ellos. Unos conductos descendían hasta cisternas revestidas de una blanca costra de sal y las lisas paredes de piedra aún tenían los agujeros donde se había atado a los animales. Afuera, sobre el recuerdo de la Ruta de la Seda, transitaban unos pocos vehículos.

Yo no sabía cuándo fue abandonado el caravasar. A lo largo de centenares de años, la Ruta de la Seda había ido declinando poco a poco. A mediados del siglo XV, cuando Asia Central se fragmentó en los beligerantes janatos turco y mongol, China se cerró al resto del mundo. En un asombroso acto de aislamiento voluntario, la dinastía Ming desaparejó su flota mercante pesada de 3.500 barcos y segó sus vínculos comerciales tanto por tierra como por mar. Poco a poco, la ruta que antaño había unido el Pacífico con el Mediterráneo se fracturó hasta que su actividad cesó casi por completo.

En 1498, los portugueses inauguraron la ruta marítima que rodeaba África: un presagio de todo lo que estaba por llegar. Al igual que en un profundo movimiento tectónico, el peso del mundo civilizado estaba cambiando. Los lobos de mar europeos estaban surcando los mares, con galeones de tres mástiles y brújulas, y gradualmente el océano sin fronteras—libre de destructivos intermediarios—se convirtió en una concurrida carretera. En el siglo XIX, solo unas pocas caravanas de camellos seguían transportando té prensado de una China debilitada a Siberia, y a veces, los nómadas llevaban sus manadas de caballos hasta la Gran Muralla para venderlas allí. Pero apenas había nada más. A lo largo de tres siglos, el Mediterráneo oriental se había quedado mudo frente el rugido del litoral atlántico.

Si hubo un momento funesto en el declive de la Ruta de la Seda, puede que este no fuera la captura de Constantinopla, el aislamiento de los Ming o el

descubrimiento de Colón. Quizá fuera el día, en algún momento del siglo X, en que un chino anónimo descubrió la brújula marítima.

Hace casi dos siglos, un viajero británico llamado James Fraser, transitando por la misma desolada carretera que yo, se desvió al pueblo de Mazinan y exploró, mientras sus camellos descansaban, un laberinto de ruinas. Entre ellas, le dijeron, una tumba monumental albergaba los huesos de Ismail, el padre de la secta que había engendrado la temible orden de los asesinos. Estos ismailitas eran una rama del chiísmo, la herejía de una herejía, y si la historia fuera cierta, el hombre sepultado aquí fue su imán fundador. En algún lugar más allá de Teherán, el feudo de los asesinos estaba atestado de castillos en ruinas y la secta aún sobrevivía en los ismailitas del Aga Jan, dispersos por Siria e India, Mombasa y Badakshan.

Mi imperturbable conductor se desvió por una accidentada pista que conducía a un pueblo casi desierto. Más allá, antecedidas por campos secos y canales de riego en desuso, las ruinas de Fraser se perfilaban bajo la débil luz solar como antiguas locuras arquitectónicas. Encontramos la tumba detrás de ellas. Se alzaba, junto a otro santuario, en medio de la maleza. Ambas edificaciones eran de ladrillo ocre y estaban circundadas por un alto muro agrietado. La más grande era una mezquita, coronada por una bóveda en forma de zigurat. Las paredes de la menor, erosionadas por las lluvias, sostenían un tambor octogonal y una cúpula de ladrillos dispuestos en espina.

Estuve mucho rato mirándolas. Ningún letrero revelaba su identidad. Me pregunté, como había hecho Fraser, si podía ser cierto: que el fundador de esta gran secta no reposara en Medina, como se creía, sino desamparado junto a un pueblo iraní desconocido. Parecía que hubieran cerrado las edificaciones hacía años y luego las hubieran abandonado. Un frío viento estaba silbando entre la maleza. El conductor dejó su coche para unirse a mí, pero ninguno hablaba la lengua del otro. Estuve un rato rodeando inquietamente el muro y luego me icé a pulso a su parapeto. Con cautela, sintiéndome un transgresor, me dirigí a la edificación de menor tamaño. Pisé plantas de algarrobo moribundas, luego adoquines. Los crujidos de mis pasos eran los únicos

sonidos. Advertí que estaba caminando sobre lápidas. Los rostros de sus difuntos, toscamente esculpidos, me miraban desde el polvo.

Empujé la puerta de la tumba con suavidad. Ahora estaba seguro de que era una tumba. La puerta era de hierro y no cedió. Pero en el entramado de sus barras, había anudados, hasta la altura de un hombre, trozos de tela que caían como una crin, dejados por algún misterioso devoto.

Más tarde, caminando entre la maleza, me encontré con un granjero. Mediante signos y palabras aisladas, constaté lo que ya imaginaba. Que la edificación más antigua era una tumba (él apoyó la cabeza en el brazo). Que el lugar estaba prohibido. Y que en el pueblo (se tocó el corazón), el recuerdo de Ismail seguía vivo.

Alguien abre una puerta en una callejuela de Damghan y uno entra en la mezquita más antigua de Irán. Fue construida en torno a 760. Como la mezquita de Piyada próxima a Balkh, no pertenece al futuro islámico vinculado a los cielos, sino al pasado sasánida ligado a la tierra. En torno a su patio cuadrado, las arcadas están sustentadas por inmensos pilares redondos, y a su fondo, se suceden en hileras de tres para formar una sala de oración abovedada. Los arcos, por primera vez aquí, son ligeramente ojivales. Su yeso está agrietado, sus bóvedas mal restauradas. Pero, bajo el sol súbitamente cegador, se instaura en la mezquita una quietud monumental. El elegante alminar selyúcida que se alza junto a ella parece frívolo. Y uno imagina una religión en paz.

En sus últimos ciento cincuenta kilómetros hasta Teherán, la carretera trazó una curva en torno a la mole invisible del monte Demavend. Mezquitas de reciente construcción fueron apareciendo a intervalos junto a la ruta, como pozos en un trayecto donde escasea el agua. Hacía cuatro días que había salido de Nishapur. A mediodía, una tormenta de arena se desató al nordeste, soplando a rachas en la desolación del paisaje. Nos internamos en grises colinas, recorridas por arroyos salinizados. Aparecieron fábricas de cemento y fundiciones. El viento azotaba los álamos que bordeaban la carretera. Luego,

comenzaron a rodearnos los arrabales meridionales de Teherán, la cuna de la revolución, y chimeneas de fábricas asomaron por encima de la bruma impregnada de humo y arena.

Nunca había tenido intención de venir aquí. En tiempos de la Ruta de la Seda, Teherán apenas existía y yo me dirigía, con pretensiones, a la ciudad de Rey. Pero Rey estaba sumergida en los arrabales. Cuando la encontré esa tarde, las torres y murallas citadas por los viajeros hacía un siglo se habían hundido bajo fábricas y edificios de pisos. En un lugar únicamente, por encima de un manantial antaño sagrado, una larga elevación de roca silíceo aún estaba coronada por murallas selyúcidas que se alzaban débilmente sobre los arrabales. Las seguí por la parte de arriba, donde habían estado los parapetos, pero se truncaban de forma intermitente, surcadas de grietas descomunales, y la tierra no tardó en engullirlas.

No obstante, Rey fue en otro tiempo comparable a Bagdad. Ya en la era precristiana, los partos construyeron palacios aquí y la ciudad se convirtió en un importantísimo centro comercial sasánida en la floreciente Ruta de la Seda. De igual forma que los chinos guardaron los secretos del gusano de seda, los partos, y los sasánidas después de ellos, negaron a los chinos un auténtico conocimiento de Occidente. En el año 67, un emisario chino que buscaba la Siria romana fue desviado al Golfo Pérsico por sus anfitriones partos y persuadido luego de que el viaje por mar le llevaría dos absurdos años y de que en él la gente moría de añoranza por su tierra. El emisario dio media vuelta.

Durante siglos, los persas llevaron las riendas del comercio por tierra. Las sedas chinas les llegaban a través de intermediarios, intercambiadas mediante señas por oro y plata occidentales. En el aire impregnado de sal del desierto de Takla Makan, telas desenterradas de arcaicos montones de basura parecen haber sido tejidas para su exportación ya en el siglo I. Sus colores son ahora desvaídas tonalidades carmesíes y cobrizas, y sus azules se han oscurecido a un verde azulado. Aves fénix y dragones de la dinastía Han vuelan junto a leones alados y cabras de Parta. A veces, están pintados en el estilo heráldico persa. Los pájaros tienen patas de caballo, las cabras, alas, o surgen de nubes para transportar una joya o una flor.

Cuando sus estandartes de seda ondearon en Carrhae ante los aturridos legionarios, los partos ya llevaban medio siglo comerciando oficialmente con China. Su herencia decorativa era un antiguo legado mesopotámico, fértil en escenas de caza y animales asirios y babilónicos, y con el tiempo las sedas persas, tejidas con hilo chino, terminarían cautivando a Occidente. Ya en el siglo IV un obispo cristiano reprendió a sus fieles por llevar sedas importadas que retrataban leones, osos y panteras en lugar de a los discípulos; y una capa pluvial de seda que envuelve el cadáver de San Mexme perdura en el pueblo de Chinon situado a orillas del Loira, adornada con guepardos encadenados a un altar de fuego zoroástrico.

En el siglo V, los secretos de la sericultura se habían desvelado hacía ya tiempo; las moreras se estaban extendiendo por el Caspio; y toda la corte sasánida vestía relucientes sedas—incluso los barqueros y camelleros—. Pronto, la opulencia de los diseños persas hechizó a los mismísimos emperadores Tang. Yo la había vislumbrado en las túnicas de los Budas retratados en las pinturas murales de Dunhuang, y de los cortesanos sogdianos en Samarcanda. Pero en Rey, de esta época no queda nada salvo una derruida fortificación. La grandeza de la ciudad había perdurado tras la conquista árabe y ahora sus vestigios eran solo los del islam. Harun al-Rashid nació aquí en 763, mientras su padre reconstruía la ciudad; Shah Rukh murió aquí en campaña setecientos años después. Pero la vibrante metrópolis de los selyúcidas, con sus célebres bazares y portales, fue tan devastada por los mongoles que sus pocos supervivientes no regresaron jamás.

Unas cuantas piezas de cerámica selyúcida brillan en los museos de Teherán. Cortesanos esmaltados, olvidando la prohibición islámica de representar figuras, parten a la caza a lomos de sus caballos mongoles, provistos de halcones y látigos. Un santo con un nimbo (o eso parece) está sentado junto a una mujer con un nimbo y alza—¡Oh, Omar Jayyam!—una copa de vino. Y un puñado de sedas, halladas en tumbas, conserva sus dragones y sus árboles de la vida, donde distingo aves bicéfalas con rígidas alas y picos de loro, y jardines de desvaídas flores.



Teherán me rodeaba. Yendo en busca de amigos—me habían dado dos direcciones de personas que vivían aquí—, dirigiéndome hacia los arrabales del norte entre un tumulto de tráfico, tan denso que las motocicletas se subían a las aceras y los transeúntes zigzagueaban entre los coches a milímetros de ellos, yo veía desde la ventanilla de mi taxi una ciudad de abstinencia pública: una de las más contaminadas del mundo, con una población de catorce millones de habitantes que se había duplicado en veinte años. Por doquier, los héroes de negras barbas abatidos en la guerra entre Irán e Iraq miraban fijamente desde gigantescas vallas publicitarias—mártires escogidos con tristes miradas premonitorias, y no obstante, demasiado mal pintados para ser del todo reales: símbolos únicamente de la sed de llanto chiíta—. «¡Estimado Jomeini!—clamaba un anuncio—. ¡Nunca dejaremos el estandarte que tú has levantado!».

Imposible saber, en las tranquilas calles que vinieron a continuación, qué habían tras las puertas de acero y los patios tapiados. Por una puerta de un callejón sin salida, se accedía al taller de Amirali, un garaje reconvertido de su casa paterna. Yo solo sabía que era un artista y poeta dedicado a diseñar páginas web; pero el hombre que me recibió no me resultó un completo desconocido. Había salido de una miniatura persa, un príncipe innato, con la barba sedosa y la tez cremosa. Era delicado, melancólico. Detrás de las gafas, tenía la mirada inquieta, atormentada. Sufría de asma y depresión.

Sus habitaciones estaban repletas de fotos, esbozos, carteles, cualquier imagen que le hubiera atraído. En ocasiones, el lugar hacía las veces de galería de arte. Una hilera de manoseados libros, algunos traducidos al farsi con anterioridad a la revolución de 1979—Calvino, Nietzsche, Khalil Gibran, Kundera—, se mezclaba con vídeos de grupos rock que él admiraba. Había estado influido por Sting y el heavy metal, dijo. Hablaba de ellos con ensoñadora pasión. Sobre todo, estudiaba las imágenes que se proyectaban detrás de los grupos mientras tocaban y acababa de crear algunas para un

grupo pop que no era del todo legal. Se interesaba superficialmente por todo. Y todo, dijo, se podía conseguir. Las películas en DVD aparecían en el mercado negro diez días después de que se estrenaran:

—Les llegan de Malaisia. Puedes elegir lo que quieras.—Las miró con el inflamado amor por lo prohibido—. Y todo el mundo, naturalmente, tiene antenas satélite ilegales.

De las personas que yo había conocido para quienes internet era su modo de combatir la soledad, nadie vivía en sus dominios tan obsesivamente como Amirali. Conforme pasaba la tarde deambulando entre sus cuatro ordenadores y un laberinto de páginas web, el príncipe persa se convirtió en un bohemio obsesivo. El pelo largo se le había soltado, la camisa de cuadros se le había salido de los vaqueros. Para él estas pantallas componían un universo más real que el represivo mundo que le rodeaba.

Me enseñó una película que había hecho, con la vana esperanza de venderla al extranjero. Contaba el viaje que él y unos amigos habían hecho en invierno a un pueblo situado más allá del monte Demavend, con la intención de reunir historias y escenas pintorescas de la vida rural. Estaban cegados, dijo, por el romanticismo burgués.

—Pero descubrimos que esos pueblos no tenían recuerdos. Ni historias. No había ninguna canción de cuna que cantaran a sus bebés. Las canciones que cantaban eran las mismas que las nuestras.—Sonrió débilmente—. Era un lugar triste. Los jóvenes lo habían abandonado para irse a ciudades. El único que quedaba estaba loco. Se quejaban de lo mala que era la carretera al pueblo. Querían que la asfaltaran. Así que hicimos una película sobre eso. Sobre la ausencia de historias. Sobre cómo ha desaparecido la historia.

Las desoladas imágenes oscilaron en la pantalla. Hasta la noción de Dios se había vuelto imprecisa en el pueblo. Una anciana, amasando pan, lo equiparó a tener buena salud. La película terminaba con una cita de Nietzsche de que Dios había muerto. Había muerto de pena por la humanidad. A Amirali le gustaba aquella película. Refutaba la fantasía urbana sobre el campo. Quería hacer la guerra a los estereotipos, los suyos y los occidentales.

—Las películas occidentales quieren nuestro sufrimiento. Solo quieren mujeres con chadores, sufriendo. Pero yo solo puedo proyectar esta película

en mi página web, porque nuestros censores son dinosaurios. En la red nos dejan en paz, pero cuando exponemos en público—mis pinturas, por ejemplo—las cosas cambian. Hay un límite. Pero uno nunca puede estar seguro de cuál es...

A causa quizá de su soledad interna, o tal vez como una autocensura inconsciente, Amirali se había enamorado de objetos inanimados. Hace un año, trabajando en su garaje rodeado de las perchas en las que colgaba la ropa, percibió vida en ellas.

—Empecé a pensar en las perchas como si tuvieran una historia.—Las sacó de una caja, una a una, algunas retorcidas, otras con corbatas o una manga colgadas: perchas gordas, delgaduchas, una con medio sostén colgado. Las había transformado para una exposición. Las perchas se convirtieron en collages sobre lienzos, agrupadas con otros objetos: una brújula rota, una bolsa de té o una palabra garabateada. A veces, las había alumbrado para que sus sombras sepia se proyectaran en un lienzo pintado y había fotografiado estas sombras para crear una familiaridad indirecta. No podía terminar de explicar nada de aquello. Desde su infancia, había percibido emoción en las cosas inertes—. Hace un tiempo me sentí atraído por las tazas. Todo empezó con una taza de café que se había quedado fría, abandonada.—Añadió sin sonreír—: Me pareció solitaria...

Me pregunté cómo las vería el censor. De igual forma que la palabra había sido peligrosa en la Rusia soviética, aquí lo era la imagen. ¿Percibiría algún mulá en sus tazas un animismo pagano, la asignación de vida a cosas inanimadas?

Pero la exposición se movería por las fantasmales salas de internet. Lo cual era un modo de tener esperanza. Amirali se aferraba a esto. A veces, volvía a tener un episodio de asma en esta ciudad tan contaminada. A veces, no podía levantarse de la cama. Necesitaba trabajar.

—Hace dos años—dijo—, cuando me separé de mi novia, fue el trabajo lo que me salvó. Y cuando no trabajaba, comencé a escribir poesía.

—¿A ella?

—No. Me inventé otra chica, distinta. Y esta se hizo real para mí.—Dijo, con su extraña naturalidad ensimismada—: Hablaba con ella, salía con ella,

me acostaba con ella. Todos los poemas trataban de ella. Los poemas la crearon. Eran ella.

Así que la había creado como había recreado tazas y perchas. Puede que estas no tuvieran vida propia, pero tenían la vida que uno les confería. Y una taza no se reía de ti ni te abandonaba.

Más tarde, mientras buscaba otra cosa, le sorprendió encontrar un esbozo que había hecho de su novia, la real. La había dibujado en papel negro, como una conmemoración. Ella ya lo había dejado: un rostro delgado y hermoso partido por unos labios apretados y unos ojos que parecían gafas oscuras.

Volvió a dejarla doblada entre los esbozos de cosas inanimadas y cambió de tema. Pronto, sus amigos vendrían a ver las retroproyecciones que él había creado para su concierto de rock, dijo. Se iba a hacer. Quería que también fuera yo. Los censores dinosaurios habían escuchado una maqueta del grupo, sutilmente diluida, y la habían aceptado. No había letras, por supuesto: las letras eran un problema. Y los censores irían probablemente al concierto.

—Odian todo lo que reúne a la gente. Odian todo lo que despierta emoción.

Claro que tenían miedo, pensé. Como lo habían tenido los soviéticos, y los talibanes: del poder de la música para engendrar anarquía. Amirali dijo:

—Pero usted vendrá, ¿no? Escúchenos.

Yalda tiene una belleza que distrae. En cuanto cruza el umbral de su despacho, se quita su *hijab* y el lustroso cabello suelto le cae hasta los hombros. No es difícil presentir en ella una situación privilegiada. Pero cuando habla de su país, su indignación se hace patente en sus ojos vivos y sus carnosos labios maquillados:

—Irán está acabado. Tardará veinte años, o más, en recobrar el estado en que lo han dejado los mulás, incluso si los derrocaran mañana. ¡Incompetencia, dogmatismo, corrupción! Hay mucha corrupción, y está por todas partes. Se filtra de arriba abajo. Es difícil ver cómo se puede invertir. Los vigilantes de las calles están ahora menos activos, pero aún pueden cachear a una persona y conseguir un soborno. A eso van. Y la policía secreta,

son todo un ejército, es despiadada, te arrojan ácido a la cara, te acuchillan...

Se roza la mejilla con las yemas de los dedos.

—Y todo está yendo a peor. Continuamente. El tráfico, todo el mundo habla de eso, se ha convertido en un infierno. En los últimos seis meses se ha vuelto más fácil comprar un coche sin entrada, y en Teherán se están vendiendo cuatro mil al día...

Yo escucho, preguntándome de dónde emana su brillo. Está a la vez furiosa y contenta. Me pregunta:

—¿Dónde ha estado? ¡Mashhad!—La ciudad la encoleriza—. ¡Así es como controlan los mulás! ¡Esa es la mentalidad! Ellos dicen tal y tal imán ha dicho esto o lo otro, y la gente obedece. Si la gente cree realmente que el Mahdi lleva vivo trescientos años, se la puede persuadir de cualquier cosa. Y aquí el dominio de los hombres es total. Las leyes conyugales son espantosas. —Mira el pañuelo que se ha quitado—. Cuando llevo ese *hijab* en verano es insoportable. Ya ha visto cómo visten nuestras mujeres...

—Sí.—Tapadas por los velos, las facciones de las mujeres parecían vagamente clásicas. Pero bajo los chadores, por los que a veces asomaban caóticos tirabuzones, llevaban vaqueros y zapatillas de deporte. Muchas optaban por llevar abrigos abotonados hasta la rodilla con pantalones debajo.

—Nuestro mundo está hecho por hombres. He visto un informe donde dice que el cincuenta por ciento de los pacientes de nuestras unidades de cuidados intensivos son suicidas fallidos.—Oigo esto con asombro; pero ella está en situación de leer esa clase de informes—. Otro veinticinco por ciento son drogadictos. Cocaína y heroína. Están por todas partes. Las puedes conseguir en la esquina de tu calle. Y nadie trabaja. Después de las once de la mañana, no puedes conseguir que nadie haga nada. El calendario está lleno de fiestas religiosas, habitualmente por la muerte de algún santo.—Se sacude el cabello suelto. Tiene dos pasaportes, dice al fin. Si quiere, puede irse. Pero este es su país. Aun así, dice—: No sé cuánto tiempo más voy a poder aguantarlo.

El concierto de rock se celebraba en un viejo hospital militar situado en lo alto de los arrabales del norte, mientras, por debajo, las luces de media

Teherán parpadeaban con un apagado brillo. En el atrio de un auditorio improvisado, se apiñaban unos cien jóvenes que habían sido informados de palabra. Amirali, con una gorra de béisbol y gafas, iba y venía entre su proyector y el espacio entre bastidores; Yalda estaba aquí; y al cabo de un rato apareció un grupo de adolescentes, conscientes de su situación privilegiada, peinados y vestidos con descarado desafío. Los holgados vaqueros, con cadenas que iban de un bolsillo a otro, les arrastraban por el suelo. Llevaban el pelo largo hasta los hombros cubierto por grandes gorras de lana, lucían centelleantes pulseras de púas en las muñecas y vestían camisetas que proclamaban «Jackass» (Burro) y «Born Wild» (Nacido salvaje). Algunos llevaban aros en los labios. Con mis arrugados pantalones y mi camisa marrón, me volví completamente anónimo. Un bar estaba sirviendo té suave y mostachones.

—Estos jóvenes son ricos—dijo Yalda—. Nunca los vería así en público.

En el centro del escenario no había nadie. Los guitarristas tocaban a ambos lados, como si esperaran a una estrella ausente, mientras, detrás de ellos, en una gran pantalla, las retroproyecciones de Amirali discurrían con colorido surrealismo, fundiéndose unas con otras como sustancias químicas bajo un microscopio. A menudo, los guitarristas y el baterista tocaban casi a oscuras. No había ningún grupo telonero, ninguna bailarina—las mujeres tenían terminantemente prohibido subirse a un escenario—, ninguna acrobacia, ningún disfraz: únicamente tres jóvenes y su música. Tocaban con eufórica concentración. Este era su momento permitido y lo estaban viviendo con tensa entrega, como algo que quizá no volvía a suceder nunca más. Entre el colérico estruendo de la batería, el primer guitarrista insinuaba una trémula melodía. A las pocas mujeres del público comenzaron a resbalárseles los pañuelos de la cabeza y sus gritos minúsculos y vacilantes me sonaron como una vaga imitación de Occidente. Entretanto, las retroproyecciones de Amirali reproducían al grupo en gigantescas siluetas, entremezcladas con fluidas abstracciones y una descarada corriente de espermatozoides. En una ocasión, los focos se desviaron por encima del escenario para revelar los ceñudos retratos de los ayatolás.

Se estaba creando el aura intangible de lo prohibido. Los sofisticados

jóvenes comenzaron a balancearse espasmódicamente con sus ostentosas camisetas, el pelo cayéndoles sobre la cara. Embutidos en sus asientos, parecían impotentes y vulnerables. La música era pasiva, su ritmo indistinto, pero ellos se meneaban al son de un ritmo propio, resueltos a escandalizar. Un acomodador recorrió el pasillo ordenándoles que pararan. Pero al cabo de media hora ellos volvieron a empezar, con más violencia, dando estridentes gritos. Algunos se pusieron de pie. Parecían constreñidos e insensatos. Ahora salieron dos guardias y les ordenaron que se fueran. La música siguió. Ellos brincaron burlonamente por los pasillos de camino a la puerta, alzando débilmente los puños al ritmo de la música.

Una hora después, cuando terminó la última canción, hubo un correcto aplauso y el público comenzó a marcharse. Pero, cuando fui a buscar a Amirali a una habitación junto al vestíbulo, lo encontré con una administradora del hospital. Bajo el pañuelo blanco, su oronda cara estaba carmesí de indignación. El líder del grupo, sentado pacientemente en una silla, estaba eludiendo sus preguntas, mientras Amirali me susurraba la traducción.

¿Quién era esa gente tan horrible? preguntó ella. ¿Estaban intentando destrozarle el hospital?

Puede que hubiera unas cuantas personas así entre el público, dijo el líder del grupo, como si hablara con un niño. Pero no había drogas, ni nadie fumaba... y solo eran críos.

La matrona explotó. Pero ¿qué había sido esa cosa asquerosa que había visto pasando por la pared de su hospital? El líder pareció no comprender.

—¡Era un espermatozoide!—estalló ella.

—Creo que era un renacuajo—dijo el guitarrista, consiguiendo contener la risa. ¿Por qué creía ella que era un espermatozoide? A él no se le había ocurrido...

—¡Ha sido repugnante! Era un espermatozoide. ¡Nadando por la pared de mi hospital!

—No, no. Era un renacuajo. Una rana pequeña. Y además, ha sido aprobado por los censores. Los censores han reconocido un renacuajo...



Se ve desde kilómetros a la redonda. Incluso a través de la bruma que envuelve el contaminado sur de Teherán, sus alminares dorados, tan altos como torres de conducción eléctrica, se ven media hora antes de llegar, brillando sobre el capullo cerrado de su cúpula. Se están construyendo galerías de mármol bajo las cúpulas azules de azulejo que hay junto a ella y creando extensas superficies ajardinadas, decoradas con jarrones exageradamente grandes; se están edificando hostales y centros comerciales. Los aseos son palacios de mármol, malolientes ya. Hay un inmenso aparcamiento desierto.

Esta es la tumba del ayatolá Jomeini, donde fue enterrado en medio de la histeria colectiva en 1989. No es una mezquita sino una *husseiniya*, un lugar de ocio casi, como quería él. La cámara central tiene más de cien metros cuadrados y está coronada por una estructura de acero galvanizado, con una sala de exposiciones. Su suelo de mármol refleja hileras de arañas de luces y las alfombras lo tapizan como una selva artificial. Y no obstante, la tumba está casi vacía. Cinco o seis peregrinos caminan por las alfombras, donde hay sentado un grupo de soldados visitantes que ha dejado sus botas en la entrada. Hay algunos niños jugando. Es como si una exposición temporal hubiera acabado de concluir, o no hubiera empezado aún.

El sepulcro está en una jaula blanca, una etérea versión de la tumba del octavo imán en Mashhad. Sobre él, la cúpula, adornada por vidrieras de tulipanes, proyecta un rompecabezas de espejos. Me acerco con la confusión de un occidental. ¿Quién fue el hombre que reposa aquí? Sus seguidores lo llamaron imán, como si fuera el Oculto, regresando para hacer justicia. Él no los refutó. Un revolucionario estratégico, creó su propio estado islámico por encima de la ley islámica, y debido quizá a un período de misticismo juvenil, se creyó Dios. Ejecutó a millares de personas y envió a millares más a una muerte innecesaria. No obstante, en su poesía mística, no es capaz de hacer daño a una mosca. Soñaba con resucitar la utopía imaginada de la Arabia del

siglo XVII. Pero dejó tras de sí una economía destrozada y un islam tan preso de la política que, en unos años, había perdido toda su antigua mística e integridad.

Los peregrinos están caminando alrededor de su tumba. Las risas de los niños que juegan ahogan los rezos susurrados por las mujeres. Toco las barras del cenotafio, sin sentir nada. Bajo una translúcida araña de luces, la tumba está cubierta por un brocado verde y un Corán, y repleta del dinero de donantes. Me vuelvo hacia el vacío que se concibió para albergar a un gigante. Algunos trabajadores están durmiendo apoyados en las paredes. Solo en el aniversario de la muerte del ayatolá, he oído, se llena la tumba de peregrinos y el antiguo dolor chiíta despierta de nuevo.



A unos centenares de metros del lugar donde yace enterrado el anciano ayatolá reposan las jóvenes legiones que él envió a la muerte en la guerra de Iraq. Crucé la carretera que discurre por detrás del santuario y me encontré súbitamente rodeado de sus tumbas. Pasillo tras pasillo, a lo largo de centenares de metros, separadas por setos de enebro y rosas, las lápidas de hombres jóvenes se multiplican a decenas de miles, sus retratos esculpidos en la piedra, con ralos bigotes o barbas y tupidas matas de pelo. Detrás de cada lápida hay una pequeña vitrina acristalada, llena de recuerdos. En este Behesht-e Zahra, «el paraíso de la radiante hija del profeta», reposan unos doscientos mil. En sus pasillos ondean estandartes nacionales. Las lápidas más humildes, donadas por el gobierno, solo llevan inscrito un nombre, o nada, anónimas. Por altavoces colocados en los árboles, marchas triunfales ensalzan la muerte y sermones grabados van enardecándose hasta dar paso a la histeria. «¡Ali!... ¡Ali!... Hussein...». Hacía unos años, todos los viernes, de las fuentes manaba agua teñida de rojo.

Desde que había llegado a Irán, me había estado paseando entre tumbas y aquí era jueves, el día en que se visitaban los cementerios. Había familias

merendando con sus muertos, sentadas en bancos o reclinadas en las lápidas. Barrían las hojas de la piedra, la limpiaban con detergente, esparcían pétalos de rosa sobre ella. En la onomástica del difunto, ofrecían comida a todos los que estuvieran cerca—hay que aceptarla—: galletas, bollos, dátiles. Una anciana me puso en las manos comida envuelta en celofán, con una cuchara de plástico, sonriéndome a través de sus gastadas lágrimas. Pero me habló de alguien cuyo nombre yo no conocía y por quien no podía rezar. Varios ancianos estaban inclinados junto a la tumba del mártir desconocido, por aquellos que simplemente habían desaparecido.

Poco a poco, conforme las familias envejecían, se estaba instaurando el abandono. La guerra había durado desde 1980 hasta 1988. Los iraníes la llaman «la guerra impuesta» porque Iraq había atacado primero, sin que lo provocaran, y sido luego lentamente repelido. Cuando Irán pudo haber instaurado la paz, se negó. Jomeini tenía los ojos puestos en Bagdad, en los lugares santos chiítas, y en el petróleo. Pero los iraquíes, en su patria, se mantuvieron firmes como habían hecho los iraníes y Jomeini se vio obligado a aceptar la paz, gritando: «Bebo este cáliz de veneno por el Todopoderoso». Jamás se recobró. Por una vez, había juzgado mal a Dios.

La guerra se libró lejos de los ojos de Occidente, y de su auxilio. Causó más de un millón de muertos. A menudo, los iraníes avanzaron en oleadas humanas, precedidos en los campos de minas por muchachos mal armados y ancianos. Tanto los guardias revolucionarios como los milicianos voluntarios iban en camino de alcanzar el paraíso. Tenían pocos tanques y aviones, y ningún amigo internacional. Los iraquíes estaban provistos de ambas cosas, y Estados Unidos los respaldaba encubiertamente. La guerra se estancó entre trincheras, ametralladoras, alambre de espino. Enormes concentraciones de infantería se hundieron en el lodo tras avanzar unos centenaes de metros. A veces, Irán perdía mil hombres diarios. Los helicópteros de combate los interceptaron mientras avanzaban para cortar la carretera de Bagdad o se ahogaron al norte de Basra, con los pulmones reventados por el gas mostaza, mientras la artillería iraquí, parapetada detrás de búnkeres, los atacaba con una lluvia de obuses y cianuro.

Si uno levanta la tapa de las vitrinas acristaladas, sus fotografías lo miran.

A veces, sostienen un fusil o enarbolan un estandarte. Junto a ellas, hay frascos de agua de rosas, o un farolillo que vela por su recuerdo. Los rostros son serios y bisoños. Unas cuantas vitrinas contienen un Corán o un montón de cartuchos usados. Pero, en su mayoría, las cosas reunidas son intimidades de una vida ajena—fotografías de los difuntos cuando eran niños, un collar de mujer, el juguete de un niño—, lo cual me obliga a apartar la mirada del vidrio manchado.

La paz mongola

A mediados de noviembre, un viento frío barría las laderas de las colinas y el verdor las estaba abandonando. A casi ciento cincuenta kilómetros al oeste de Teherán, donde el macizo de los montes Elburz comenzaba a discurrir paralelamente al mar Caspio en dirección noroeste, dejé la carretera principal y el oasis de Qazvin y me adentré en un laberinto de montañas de camino a los valles de los asesinos. Las pistas que los recorrían estaban recién asfaltadas y los camioneros que transitaban por ellas, ávidos de compañía, se paraban en cuanto veían mi mano alzada y me cobraban unos pocos centavos por la gasolina.

Uno de ellos, un anciano sin pelos en la lengua, había sido marino mercante. Recordaba Glasglow y Portsmouth, y parte de su inglés. En tono gruñón, como si aún estuviera en alta mar, despreció el camino que había tomado Irán.

—Yo diría que el noventa por ciento de nuestra gente odia a esos mulás. Solo queremos que se vayan. Ellos solo nos enseñan a llorar. Somos un país de mártires. Todas las poblaciones tienen su tumba por algún pariente de Hussein. Yo soy chiíta, pero creo que los sunnitas son mejores. No lloran tanto las muertes. Nosotros no cantamos ni bailamos. Solo sufrimos.

Las yermas colinas se fueron sucediendo a nuestro alrededor. Bajo su piel

de cardos y piedras, asomaban los huesos de una roca pizarrosa cubierta de líquenes. Le pregunté:

—¿Qué hay de Jomeini?

—Fue bueno, en su mayor parte, pero solo tuvo una idea. Y ahora los mulás solamente gritan ¡Alá! ¡Alá! Alá está bien, pero no todas estas mezquitas que se están construyendo, todos estos santos. Necesitamos hospitales y empresas. ¿Y sabe usted quién está detrás de los mulás?—Me miró con rencor—. Su gobierno, los británicos.—Oír aquella fantasía apenas me sorprendió. De Inglaterra se había sospechado mucho antes que de Estados Unidos. Aquel recelo seguía vigente—. Quieren que nuestro país continúe siendo pobre.

Tras una última cuesta, entramos en un paisaje distinto. Entre sus peladas laderas, los álamos se alzaban como agujas doradas, junto con arces y huertos de cerezos cuyas hojas estaban enrojeciendo. El sol matinal teñía de plata los arroyos que surcaban sus grietas, y súbitamente, la pared del valle del Shah Rud se levantó para recibirnos: una vasta muralla continua donde la erosión había orientado los estribos malvas en direcciones diversas y los pueblos se aferraban a pendientes casi perpendiculares.

Bajamos en espiral hacia el lugar donde el río Shah Rud serpenteaba entre bancos de grava. Aparecieron arrozales, y salinas. Los campesinos eran más oscuros, más montaraces. En los valles superiores, donde la macabra secta de los asesinos había construido sus castillos, me desorienté. Pero llegamos a un puente de hierro tendido sobre el río Alamut en un pueblo que el conductor llamó Shutur Khan y aquí, recordé, la escritora Freya Stark, una querida amiga de juventud, había tenido un grave episodio de malaria después de explorar los castillos en 1931, cuando viajar era más duro. Su mapa estaba en mi mochila. Casi medio siglo después, caminando con ella por las colinas del Veneto italiano, la recordé hablando con entusiasmo de estos parajes, donde mi camión se había detenido ahora bruscamente junto al río. Cuando me apeé, no corría ni una gota de aire. Me pregunté si alguien se acordaría aún de la perspicaz inglesa que había yacido enferma en la casa del cacique, escuchando el riachuelo que él había desviado a su jardín para complacerla, sin saber si iba a morir.

Pero, desde su época, el pueblo estaba irreconocible: una sola calle de

barracones y patios donde se reparaban tractores. Cuando mi camión se marchó, no encontré a nadie con quien hablar. Descansé un rato junto al río, hasta que otro conductor me llevó en silencio a las montañas, donde la fortaleza de Alamut, el centro neurálgico de los asesinos, ocupaba el cielo.

Esta implacable secta fue una rama de los ismailitas, con la tumba de cuyo fundador, quizá, yo me había encontrado en Mazinan, situado a unos ochocientos kilómetros al este de aquí. Una antigua historia cuenta que el padre de los asesinos, el siniestro Hasan-i-Sabbah, fue compañero de clase en Nishapur de Omar Jayyan y Nizam al-Mulk. Los tres hicieron un pacto de sangre, jurando que el primero en adquirir eminencia ayudaría a los demás. Cuando Nizam fue nombrado gran visir del imperio selyúcida en 1063, sus amigos acudieron para que cumpliera su promesa y él se ofreció a nombrarlos gobernadores provinciales. En vez de eso, Omar Jayyam pidió una modesta pensión, feliz de regresar a sus estudios. Pero Hasan-i-Sabbah accedió a un cargo de más poder, y desde allí, comenzó a conspirar contra su benefactor, quien al final se vio obligado a desterrarlo.

Esta improbable historia—sus fechas no coinciden—pasó a formar parte de la leyenda de los asesinos. En realidad, Hasan-i-Sabbah se convirtió pronto al ismailismo, fue expulsado por sedición de su Rey natal y reunió a seguidores que tomaron el castillo de Alamut con artimañas. Su poder se extendió por los valles, capturando otras fortalezas, hasta llegar incluso a Siria. Para entonces, Hasan-i-Sabbah había convertido a sus discípulos en una despiadada orden de secretismo mesiánico, dedicada a derrocar el imperio selyúcida y sunnita, adoctrinando a discípulos que asesinaban convencidos de que irían al cielo, sin hacer ningún intento de huir; y sus sucesores perpetuaron su terror durante un siglo y medio.

En la imaginación occidental, el maestro de los asesinos, «el Viejo de la Montaña», esgrimía una macabra magia. Marco Polo habló de un jardín vallado junto a Alamut, donde sus agentes drogados se despertaron entre mujeres jóvenes y ríos de vino, imaginando que estaban en el paraíso, y aquel recuerdo jamás los abandonó. De sus miembros se decía falsamente que eran *hashashin*, drogados con hachís, lo cual les valió el nombre de asesinos.

Nadie estaba a salvo de ellos. Los teólogos religiosos que los condenaban

y los generales que combatían contra ellos podían todos morir acuchillados. Su primera víctima fue Nizam al-Mulk, apuñalado en su lecho tras dejar su sala de audiencias. Con los años, lo siguieron dos califas de Bagdad y un sultán selyúcida, el califa fatimí de Egipto y su visir, el patriarca cristiano de Jerusalén y el conde cruzado Raymond de Trípoli. A veces, los asesinos esperaban años hasta que, valiéndose de artimañas, lograban entrar a servir a su víctima. «Como el demonio—escribió un sacerdote germano—, se transfiguran en ángeles de luz, imitando los gestos, las ropas, las costumbres y los actos de naciones y gentes diversas». El gobernante de Damasco, rodeado de guardias armados, fue pese a ello atacado por hombres que parecían sus protectores. Conrad de Montferrat, el rey cruzado de Jerusalén, fue asesinado por agentes vestidos de monjes cristianos y el gobernante de Homs, por hombres disfrazados de sufíes. Los asesinos mataron al cadí de Isfahan durante la oración del viernes, y a Philip de Montfort mientras estaba arrodillado en misa. Los dirigentes que se oponían a ellos iban rodeados de guardaespaldas, con armadura bajo la ropa. Eduardo I de Inglaterra, mientras aún era príncipe en las Cruzadas, fue herido casi de muerte (según la leyenda, su esposa, Eleonora de Castilla, le había succionado el veneno de la herida) y el mismo Saladino se libró únicamente gracias a un gorro de cota de malla que llevaba bajo el turbante. Asustado, el Gran Jan partió a la lejana Mongolia, mientras que el sultán selyúcida Sanjar se despertó por la noche temblando para hallar una daga junto a él en señal de advertencia.

Ahora, la fortaleza de Alamut flotaba en el valle como un barco acorazado. Situada a doscientos setenta metros por encima del pueblo de Gazur Khan, parecía inaccesible. Yo me estaba encaminando hacia abruptas paredes cortadas. Pero, cuando las rodeé por el norte, el enorme saliente, sumido en sombras, reveló un empinado sendero entre las rocas. Cuando hube ganado altura, vi picos nevados surgiendo al este sobre el horizonte. En la pared de roca que se alzaba a mi lado, divisé fragmentos de muralla y un arco que salvaba un barranco. Oía el viento aullando en lo alto, pero aquí, al abrigo de la roca, solo había pelusas de cardo flotando en el aire. Al girar, el sendero ascendió al fin hasta una muralla derruida. Su núcleo, desprovisto de la piedra labrada que lo revestía, aún se alzaba a quince metros por encima del suelo, y

más allá, con sus murallas destrozadas, la larga y escarpada espina de un castillo tocaba el cielo.

Estuve horas rebuscando entre sus piedras. Casi no quedaba nada. Los mongoles, tras su cruel conquista del valle, habían aniquilado la debilitada secta en 1256 y derruido su fortaleza. Años después, el lugar se transformó en una cárcel y a menudo no supe separar sus cimientos. En algunos lugares, restos de ladrillo ismailita revestían aún la escarpada pared de trescientos metros de altura; y por encima de ella, en la cima del saliente, el mismo ladrillo dibujaba en el suelo unas cuantas habitaciones o el círculo de una cisterna. Me pregunté dónde habrían estado la gran biblioteca y los archivos, destruidos por ser herejes, o la habitación donde Hasan-i-Sabbah, en total aislamiento, había enseñado y estudiado, no cruzando la puerta del castillo en treinta años.

Caminé por estancias perdidas. Por todas partes, las laberínticas montañas estaban cubiertas por las nubes que el fuerte viento arrastraba, y al este, herrumbrosas colinas daban paso a abruptos precipicios o a cumbres nevadas. Casi a mis pies, un afluente del río Alamut llenaba el valle de huertos y un tenue brillo acuoso, y una estrecha carretera seguía la ruta por la que los mensajeros del Viejo de la Montaña le habían traído que le alegraban el corazón.

Un par de albañiles—hospitalarios, aburridos—me invitaron a pasar la noche en su campamento. En un valle aislado a unos cincuenta kilómetros de aquí, estaban construyendo un hospital—su armazón de acero ya estaba levantado—, pero las lluvias habían destrozado la pista que conducía hasta allí el año anterior. Nuestro Land Cruiser se abrió camino entre rocas tan grandes como casas hasta llegar al final del valle y a un pueblo rodeado de nogales y manzanares.

Vivían con otros tres albañiles en una cabaña de dos habitaciones en cuyas paredes de barro estaban colgados sus monos de trabajo. En su improvisada cocina, cocinaron pollo con avellanas para la cena, que nos tomamos sentados en el suelo de tierra. Yo me sentía curiosamente en paz, como si nada

importara—ni el creciente frío, ni el hedor del váter que había fuera, ni los insectos que se desplazaban por el techo de madera—aparte de la plácida cortesía que me envolvía. Aquellos hombres—dos de ellos hablaban algo de inglés—poseían una delicadeza que yo estaba empezando a reconocer, de personas educadas para otra cosa, desviadas de su camino por la crudeza de los tiempos.

El capataz, Mahmoud, fino, con el pelo cano rizado, estaba sentado como un visir en el limpio suelo de tierra, mientras su delicado ayudante Daniel, cuya frente ahuevada le confería un aspecto erudito, nos confiaba sus sueños hechos pedazos. Había querido ser hortelano.

—Los invernaderos eran lo que a mí me gustaba. Hace años, puse en marcha un negocio y construí invernaderos debajo del monte Demavend, pero un vendaval se los llevó. Tenía pepinos, tomates, y un banano especial de solo dos metros de altura, que producía—se rió—bananas bastante malas.—Era ingeniero agrónomo, y no obstante, ahora trabajaba de peón—. Pero un día, si mi país mejora, me dedicaré otra vez a los invernaderos.—Contó con los dedos—. Tomates... pepinos...

Más tarde, Mahmoud sacó una vieja televisión que había bajo una manta y nos aposentamos, ahítos de pollo, delante de su parpadeante pantalla. Para mi sorpresa, una cantante con los hombros desnudos y mechas en el pelo se paseó por la pantalla.

—¡Creía que esto estaba prohibido!—grité—. ¿Es de Irán?

Ellos se echaron a reír.

—¡Ni hablar!

Habían conectado un reproductor de vídeo a la parte de atrás del televisor y estábamos viendo programas piratas.

—Aquí hay un tipo que los baja de internet—dijo Mahmoud—y nosotros tenemos nuestros propios vídeos.

Me quedé mudo de la sorpresa. Incluso en este pueblo de ciento veinte habitantes, alguien había accedido al mundo exterior. Las suyas eran en su mayoría filmaciones en blanco y negro, rodadas en festivales pop celebrados por los iraníes exiliados en Los Ángeles y Alemania. Incluso después de veinticinco años de exilio en Occidente, los cantantes parecían recatados, casi

serios, mientras el público de expatriados que los rodeaba los miraba con extasiada nostalgia—viejos y jóvenes—, escuchando canciones ahora prohibidas en su país, la música de su pasado truncado, cantándose quizá hasta su propia extinción. El favorito de los albañiles era un programa adquirido por Mahmoud hacía diez años. Envueltos en mantas para protegerse del polvo y del frío, lo estuvieron viendo con la avidez de los disidentes. Pero la filmación no exhibía ninguna de rebelión, violencia o sexo; solo a una corpulenta cantante madura que trinaba y gorjeaba y subía y bajaba por escalinatas de mármol, seguida de un tenor obeso con holgados pantalones.

Cuando terminó, salimos para mirar el hospital a la luz de las estrellas. Un mes antes, habían retirado los seis metros de escombros que cubrían sus cimientos, donde parte del peñasco que había encima había vertido una avalancha de rocalla, y habían vuelto a empezar. Ahora, una geometría de puertas y pasadizos abiertos se erigía sobre nosotros como una construcción de Meccano y el peñasco de piedra suelta aún se elevaba detrás, con lo que imaginé que las próximas lluvias volverían a llevárselo todo.

Pronto, los habitantes del pueblo, viendo que los albañiles habían regresado, acudieron a la cabaña con preguntas. Sus antepasados, según la tradición local, habían llegado desde el mar Caspio mucho después de que los mongoles arrasaran los valles y habían sobrevivido aquí aislados.

—Pertenece a dos familias únicamente, que se casan entre ellas—dijo Daniel—. Todos se llaman Hosseini o Rashvand. No, no puede ser bueno. He visto uno o dos niños retrasados aquí, y al menos un adulto loco. Creo que las chicas se casarían con gente de fuera si pudieran. Lo notas, por su forma de mirarte...

Contratados como mano de obra temporal, los habitantes del pueblo venían con peticiones o simplemente para sentarse, y cuando la televisión se volvía demasiado aburrida, mirar, desconcertados y sin parpadear, al extranjero. Con mis raídos camisa y pantalón, no me imaginé muy distinto de ellos. El día antes, al verme en un espejo, me había encontrado con un rostro endurecido de mirada feroz. Pero su dureza, naturalmente—con la tez curtida por el viento y una barba incipiente—, solo era transitoria. La vida había sido más amable con él que con estas otras personas, cuya dureza se había ido acumulando

como los anillos concéntricos de los árboles y cuyas manos les colgaban nudosas a los costados. De pie frente a Mahmoud, hablaban entre susurros y con deferencia. Un conductor no entendía a qué hora debía venir e irse, y un viejo enlucidor temía que contrataran a otra persona, quizá yo, para sustituirlo. A veces, después de que el capataz les hubiera explicado muy despacio, pacientemente, qué había que hacer, una dulce sonrisa iluminaba sus caras barbudas y ellos se inclinaban humildemente en señal de agradecimiento antes de irse.

Solo poco antes de medianoche nos acurrucamos bajo nuestras mantas en el duro suelo, oyendo los insectos desplazándose por el techo de madera, y nos dormimos mecidos por el zumbido mecánico de las cigarras que poblaban los huertos y los aullidos de los perros del pueblo.



Durante un siglo y medio, el feudo de los asesinos en aquellos valles fue inexpugnable. Luego, su caída fue repentina. En 1256, el jan mongol Hulagu, nieto de Genghis Jan, cruzó el Oxus con un inmenso ejército. El último gran maestro de los asesinos, Rukn-ad-din, se encerró en su castillo de Maimundiz y confió en aguantar hasta que las nieves dejaran los valles incomunicados. Pero aquel año asistió al invierno más benigno de la historia. A lo largo de casi seis kilómetros y medio, los mongoles levantaron un cerco en torno al castillo, mientras sus ingenieros chinos lo bombardeaban con trabuquetes y ballistas que disparaban relámpagos de fuego a las murallas. Los defensores respondieron con una lluvia de piedras catapultadas y el primer ataque mongol fue repelido. Pero las flechas de fuego obligaron a los defensores a retroceder y el gran maestro—apenas una sombra de sus predecesores—perdió la calma y se rindió. Algunos de sus soldados, más fuertes que él, se retiraron a un torreón situado más arriba y lucharon valientemente antes de ser derrotados. Luego, el castillo, con todas sus cámaras y galerías, fue incendiado.

Hulagu mantuvo a Rukn-ad-din con vida mientras le fue útil. Cuando el

gran maestro ordenó a sus otros castillos que se rindieran, muchos de ellos obedecieron. Alamut capituló en cuestión de días. Luego, los mongoles se dispusieron a tomar las últimas fortalezas ismailitas que quedaban en los valles, masacrando incluso a las guarniciones que se rendían. Rukn-ad-din, parece, se dejó vencer por la senilidad. Se obsesionó con los camellos bactrianos—Hulagu le regaló un centenar—y se enamoró de una muchacha mongola con quien le permitieron contraer matrimonio. Pero poco después, escribió un historiador coetáneo, «le dieron una tremenda paliza y luego lo pasaron a cuchillo... y él y los suyos ya no fueron más que un relato en labios de los hombres y una tradición para el mundo».

Los peñascos que circundan Maimundiz seguían sin nieve a mediados de noviembre, cuando Mahmoud me llevó allí. Por encima de sus estribos rojos y rosas, salpicados de algodonosos cardos moribundos, las cenicientas montañas se separaban en un laberinto de desfiladeros y abruptas paredes rocosas. En 1960, una expedición británica había localizado el castillo aquí en una escarpada montaña más allá del pueblo de Shams Kilaya, donde sus derruidas cámaras pervivían en las profundidades de la roca.

Mahmoud y yo buscamos a dos hombres de los que se rumoreaba que tenían material de escalada; pero uno no estaba y el otro dijo que el lugar era demasiado peligroso. Así que Mahmoud regresó a su hospital, mientras negros nubarrones se cernían sobre Maimundiz. Estuve una hora deambulando por el oasis entre hombres de tez morena con gorros negros de lana, planteándome qué hacer. Luego, encontré una habitación encima de un pequeño restaurante. Desde mi cama de tablas de madera, vi los dibujos que la misteriosa luz de tormenta proyectaba en la pared rocosa, seguidos de destellos de relámpagos, hasta que, a media tarde, con un fragor de artillería, la tormenta se desató. Hasta muy avanzada la noche, repiqueteó sobre el tejado de mi habitación como una lluvia de balas. Yo permanecí suspendido sobre la calle del pueblo entre estas cuatro paredes de hierro y vidrio, a la débil luz de una sola bombilla, hasta que la electricidad falló y yo esperé a dormirme en la oscuridad, mientras confusos sueños se sucedían en mi cabeza.

Soñoliento, me pregunté si aún quedaba en el valle algún vestigio de la sangre de los asesinos. Porque los mongoles no los habían exterminado del

todo. De hecho, los asesinos regresaron veinte años después y reocuparon fugazmente su Alamut en ruinas. Poco a poco, la secta fue cayendo en el olvido, relegándose al terreno de los sueños milenarios, hasta quedar finalmente reducida a unos pocos pueblos rurales dispersos de Siria y Asia Central. Pero se decía que el hijo de Rukn-ad-din había sobrevivido, perpetuando la estirpe de imanes ismailitas hasta los janes Aga actuales.

Con el tiempo, el recuerdo de los asesinos se desvaneció. No obstante, es posible que fueran los primeros en sembrar el terror a través del suicidio. Incluso mientras yo permanecía a oscuras bajo Maimundiz, oyendo la tormenta bramar, sus herederos estaban operando con la misma resolución, soñando con el mismo Eliseo. Y, no obstante, ninguna memoria cultural los conectaba. La amargura de los asesinos nacía de la historia sagrada, del arraigado sentido chiíta del agravio; no conocía el patrimonio vulnerado de sus análogos modernos—Palestina, Chechenia, Iraq—, una ira complicada por su alejamiento de la sofisticada farsa de Occidente, cuyo recuerdo se me estaba haciendo más ajeno a cada día que pasaba.

El alba despuntó suavemente sobre la montaña. A la límpida luz, mucho más allá de los huertos y las alamedas de Shams Kilaya, el despeñadero del castillo, formado por escarpados peñascos de piedra rosa, se elevaba seiscientos metros por encima del lecho del valle. Los perros estaban vaciando los cubos de basura en la calle cuando me puse en camino. El aire era frío. Pasé por cerezales, cogiendo zarzamoras maduras, viendo cómo crecía la mole de color rosa que tenía por delante de mí. Después de cruzar un riachuelo, ascendí por las laderas tapizadas de hierba hasta el lugar donde, después de dejar atrás un pequeño santuario, comenzaba la pendiente.

Ahora, la montaña entera se alzaba sobre mí. Estaba surcada por profundas grietas y horadada por grutas de aspecto artificial. Piedras y rocas se desprendieron y rodaron bajo mis pies. En el etéreo silencio, solo se oía su áspero sonido crepitante, como guijarros arrastrados por el oleaje. Nada se movía en aquel valle de piedra. Era como si el río que corría a sus pies marcara una divisoria entre el presente y un pasado repudiado. Seguí un camino de cabras por la falda de los peñascos. Los había imaginado intactos:

pero ahora, verticalmente por encima de mí, vi escarpas que en otro tiempo habían estado enlucidas y el perfil de una torre redonda. En el ángulo sudoeste, un cambio de luz reveló murallas de dieciocho metros de altura—una capa de ladrillo tan incrustada en la roca que apenas se distinguía de ella—. Hendiduras diagonales en la roca podrían haber sido antiguas escaleras. La medialuna de un arco se perfilaba claramente en una gruta, donde había golondrinas entrando y saliendo. La montaña entera era un inmenso santuario acribillado de grutas.

Yo ansiaba entrar en su interior. Pero una abrupta pared rocosa de dieciocho metros me separaba de las entradas de las grutas, ennegrecidas donde el fuego había arrasado su interior, derribando sus estructuras exteriores. Cuando examiné las fisuras que ascendían hasta ellas, me pareció que solo una me ofrecía unos pocos pobres asideros. Con cautela al principio, comencé a trepar por ella. Pero, al tocarlo, noté que el terreno sólido en apariencia era blando y friable y comprendí que la montaña entera—quizá los inhóspitos riscos de toda esta región—no era roca viva sino un conglomerado de arena y esquisto.

Al principio, me sentí liviano y fui colocando pies y manos con facilidad en los huecos que tenía pensados. Estaba ligeramente sorprendido. Cuando, antes de cada nuevo paso, comprobaba si el terreno de aspecto blando era fiable, golpeándolo con el pie o tirando de él con la mano, nada cedía. Mis zapatillas de deporte encontraban a tientas salientes y hendiduras que yo no había visto. Poco a poco, trepando de un lado a otro, me fui izando hacia arriba. Las piedras comenzaron a soltarse por debajo de mí y chocaron contra las rocas. Un fuerte viento estaba soplando en los peñascos más altos. Poco a poco, me entró miedo. No pensaba que la ascensión fuera realmente posible.

A medio camino, perdí el temple. Me detuve, afianzándome en la pared rocosa con manos y pies. Cayeron unas gotas de lluvia. Por encima de mí, la fisura ascendía en mayor pendiente a lo largo de nueve metros. Por debajo, el terreno bajaba casi verticalmente a una superficie de roca maciza. Vi el valle otoñal descendiendo, más allá del oasis de Shams Kilaya, hacia colinas que parecían polvo gris. Esperé a que se me normalizara la respiración. Me fijé en mis manos aferradas a la roca cerca de mi cara: eran delgadas y tenían la piel

cuarteada; no eran manos que debieran estar haciendo esto. Luego, miré arriba y vislumbré el techo de la gruta que no podía alcanzar. Estaba ennegrecido por los incendios mongoles.

Sacando fuerzas de flaqueza, comencé a escalar de nuevo la pared. Era demasiado tarde para dar la vuelta. Hacía años, cuando era joven, me habría precipitado a causa del miedo y es posible que me hubiera caído. Ahora esperaba, con meticulosa lentitud, hasta hallar un lugar seguro donde ir poniendo manos y pies. Me oía el corazón. En los últimos tres metros, los lados de la grieta estaban tan próximos que yo apenas cabía en ella. En una ocasión, los pies me resbalaron; luego, se afianzaron. Me daba miedo mirar abajo. Un arco roto apareció por encima de mí. A mi lado, el terreno había sido alisado con cemento.

Solo cuando me icé al suelo llano de la gruta, con una embriagadora sensación de triunfo, miré la pared de dieciocho metros que había escalado, temblando al pensar en el descenso. Me encontraba en una inmensa cámara rota. Fuera, pero cerca de allí, la piedra labrada de una torre sobresalía del yeso.

Ahora apenas puedo leer lo que escribí aquí. En mi cuaderno, la mitad de las frases, escritas con pulso tembloroso, son indescifrables. Pero creo que pone esto:

No sé dónde estoy. En las cuadras, quizás, o en una garita. Un arco salva la grieta donde antes hubo un bastión. Cualquiera que fuera el paso que conectaba, se ha derrumbado. Una habitación ha quedado al descubierto por encima de él. Piso con cuidado, por temor a caerme. Todos los techos están chamuscados.

En alguna parte, recuerdo haber pasado las manos por una larga cisterna de mortero. Más allá, ando a tientas por un pasillo de toscas paredes labradas que se interna unos cincuenta metros en la montaña, hasta desembocar en una alta cámara abovedada. No tengo linterna y no puedo continuar. Agotado, me siento en la gruta que domina el valle, mirando los desconchones de estuco que siembran su umbral. Me siento liviano y extraño. Ahí, las manchas de

hollín aún son claras. Pienso en Rukn-ad-din y su familia apresurándose por estos pasadizos hacia alguna escalera desaparecida, de camino a su rendición y su perdición. Reúno valor para mi propio descenso. Hay pájaros aleteando y chillando en las fisuras de las rocas y un sol invisible brilla detrás de los nubarrones sobre otras montañas.



—¡Gran Bretaña! ¡Fútbol! ¡Manchester United!—Tres jóvenes utilizan su inglés conmigo antes de gritar—: ¡Tú Iraq! ¿Por qué en Iraq?—Ninguna de las personas que he conocido, entre China oriental e Irán occidental, ha aplaudido la invasión de Iraq—. ¡Petróleo!

Nuestro minibús traquetea por una ennegrecida llanura de fábricas, donde bloques de apartamentos de hierro y ladrillo asoman entre la maleza. Sus asientos están repletos de sacas de nueces y manzanas de los mercados de Qazvin y han cambiado de sitio a los pasajeros para que no haya nadie sentado junto a una mujer que no sea familiar suya.

—¡Fútbol muy bueno! ¡Iraq no!

Al cabo de una hora, los despojos industriales desaparecen, pero nada presagia lo que está por llegar. Luego, más allá de la yerma llanura, rodeada de huertos, la cúpula de Sultaniya se erige en soledad.

Me apeo del autobús para ponerme a la sombra del edificio. Solo un pueblo empequeñecido lo rodea, sus callejuelas recorridas por un viento aullante. Me quedo un minuto al abrigo de su pared. Luego, me alejo y lo miro con euforia a través de la polvareda levantada por el viento. Este es el lugar donde reposa el sultán mongol Oljeitu, construido hace setecientos años mientras el recuerdo de Genghis Jan seguía vivo: uno de los monumentos supremos de Asia.

Esta gigantesca tumba de planta octogonal está revestida de ladrillo leonado en sus primeros dieciocho metros antes de lucir en todas las fachadas arquerías ciegas y galerías abiertas. Por encima de ellas, como pestañas rotas,

quedan vestigios de azulejos vidriados: azul celeste con estrellas gris azulado. En la galería superior, rodeada de torretas que en otro tiempo fueron alminares, se sustenta la cúpula azul turquesa: una estructura ovoide que brilla a cincuenta y un metros por encima del suelo.

Aquí en Sultaniya, Oljeitu estableció la capital iljaní después de que su bisabuelo Hulagu fundara la dinastía desde Balkh hasta Anatolia. Una gran ciudad floreció de la noche a la mañana por mandato real, rebosante de mezquitas y palacios, mercaderes y artesanos, cuyo perfil—si hay que dar crédito a los primeros viajeros—estaba sembrado de cúpulas esféricas e incluso un zigurat. Una paz imprevista se había instaurado en la Ruta de la Seda. Los mongoles habían dejado de hacer estragos y desde el Gran Janato de una China conquistada sus dinastías gobernaban sin solución de continuidad hasta el Mediterráneo. Desde mediados del siglo XIII, durante casi cien años, el comercio fluyó por rutas custodiadas por fortalezas y las postas de los mensajeros imperiales. Se decía que una muchacha núbil podía ir a pie con un plato de oro desde China hasta Turquía sin que nada le sucediera. Bajo esta paz mongola, los papas y reyes de Europa enviaron a monjes como emisarios a Oriente, buscando una alianza con los mongoles contra los árabes y el huidizo reino de Preste Juan. Un monje nestoriano turco procedente de China apareció en el Vaticano y en la corte de Felipe el Hermoso en París, y los hermanos Polo viajaron a la capital de Kublai Jan para obsequiarlo con crisma del Santo Sepulcro.

Los mercados de Sultaniya, entretanto, estaban repletos de nuevos lujos. Las sedas crudas y tejidas de China volvieron a penetrar por vía terrestre, junto con laca y almizcle. Genoveses y venecianos comenzaron a participar en el comercio de la Ruta. También en esa época, el conocimiento de la pólvora pasó de China a Europa, junto con maquinaria para tejer la seda y el reloj mecánico. Aparecieron caballos árabes y halcones turcos, y las telas de Flandes e Italia, y la gran época de la dinastía Tang regresó con especias indias y piedras preciosas traídas del Golfo Pérsico, rubíes y lapislázulis, marfil y cuerno de rinoceronte.

Vagué por esta ciudad azotada por el viento. Los verdosos vestigios de sus murallas y torres de piedra se alzaban en el polvo, restaurados, y más allá de

la tumba de Oljeitu, el suelo ondulado estaba cubierto de fragmentos azules. En el día mismo de su muerte, se decía, cuatro mil familias abandonaron Sultaniya, puesto que no ocupaba ningún cruce de caminos, sino que había sido construida por autorización del sultán en los pastos de verano de sus padres, donde reinaba un clima templado y abundaba la caza. Todos los otoños, la corte la abandonaba por zonas de acampada más bajas. Aún eran nómadas en el fondo. Incluso el mausoleo de Oljeitu estaba orientado al sur, según la vieja costumbre mongola, no al sudoeste hacia la Meca, y su hombre santo favorito (encontré su tumba cerca) era un sucio chamán que se paseaba desnudo con un collar de campanas y huesos y un sombrero de fieltro con cuernos de vaca.

Durante toda la época iljaní, las yurtas de los mongoles fueron más espléndidas que cualquier gran ciudad. La seda recibió el reconocimiento que se merecía. Había yurtas de seda erigidas sobre pilares revestidos de plata y sujetos con clavos de oro; yurtas que se convertían en cámaras reales y ministerios, yurtas que doscientos hombres apenas podían montar en veinte días. La seda revestía los carros de los príncipes mongoles y se exigía rutinariamente como tributo. Había una tela hilada en oro llamada *nasij* que estaba especialmente valorada y para cuya creación se trajeron al corazón de Mongolia tejedores especializados desde Samarcanda y Herat. El mismísimo Genghis Jan se había maravillado ante sus mujeres vestidas de seda, las cuales relucían «como un fuego al rojo vivo», y Marco Polo refirió que toda la corte de Kublai Jan se reunía vistiendo sedas de idéntico color, según qué se celebrara.

En cuanto a sus sepulcros, los iljaníes terminaron abandonando la costumbre mongol de enterrar a sus muertos en secreto y cada uno compitió con sus antepasados por tener una suntuosa sepultura. Su fastuoso modelo era la tumba selyúcida del sultán Sanjar en Merv. No obstante, el mausoleo de Oljeitu, cuando entré, destilaba una riqueza más compleja. Pese a los andamios que lo encorsetaban, su luz difusa revelaba un inmenso espacio en calma. Las ventanas que lo circundaban, formando el octágono, estaban enmarcadas en arcos de quince metros de altura, sobre los cuales los techos de estalactitas conservaban aún fragmentos de mayólica en azul turquesa y marino. Recorriendo la galería, vi relucientes techos pintados con tonalidades

granates y bronceas, como una alfombra persa puesta en movimiento por encima de mí. Y por los arcos del santuario, trepando por todas sus crujeas y albanegas, fluía un río interrumpido de mosaicos, yeso policromo y bandas de letras doradas, disolviéndose en la suave curva que la cúpula trazaba hasta el infinito.

Una misteriosa incertidumbre en la decoración de la tumba—el primer hermoso fondo de azulejo estaba cubierto por una ornamentación en estuco—refleja quizá las vacilaciones de la época o del corazón del sultán. Oljeitu nació siendo cristiano nestoriano (y lo bautizaron Nicolás por el Papa de su época); coqueteó con el budismo y abrazó luego el islam sunnita. Pero en 1310, convertido inesperadamente al chiísmo, decidió trasladar los cadáveres de Ali y Hussein a su mausoleo a medio construir, antes de abrazar de nuevo el sunnismo y seguir construyendo la tumba para sí. A menudo, la mayólica chiíta y el yeso sunnita han sobrevivido uno junto al otro. A veces, ambos han desaparecido. Y muy por encima de la galería, oculta tras los andamios atestados de palomas, una banda de azulejo aún vincula a Ali con el Profeta.



Fue en el andén de la estación de la Zanjan donde me di cuenta de que la gente ya no hablaba en persa. Ahora se oía un dialecto turco (había empezado en Qazvin). Yo estaba cruzando otra frontera que no aparecía en los mapas. Aquí, donde las llanuras comienzan a ser sustituidas por altiplanos, los persas étnicos menguan frente a los azerís turcos, los cuales constituyen la cuarta parte de la población iraní, y lejos al noroeste, los corredores montañosos del Cáucaso y la propia Turquía ejercen su débil influencia invisible.

Algo extraño le estaba sucediendo también a mi idioma. Me salía ceceante y deforme. La boca llevaba varias horas doliéndome cada vez más y ahora empecé a tener náuseas. En el espejo del tren, vi una cara hinchada y pálida. Sus dos mitades podrían pertenecer a personas distintas. Tenía un carrillo tan inflamado que ese ojo se me estaba cerrando. Bajo una muela que se movía, la

encia estaba inflamada por un absceso morado. Me pregunté no sin cierto recelo qué dentista podía trabajar en la vieja ciudad mongola de Maragheh a la que me dirigía y lamenté haber dejado atrás las delicadas manos de Persia.

Mi coche cama de tercera clase carecía de la festividad comunal de los vagones de China o Asia Central. Sus compartimientos de seis literas tenían puertas correderas de vidrio esmerilado. Eran silenciosos e íntimos. Medicado con aspirina, yo iba despierto en la litera superior, mientras el viento empapado de agua rugía en el conducto de ventilación que había junto a mi cabeza y se iba haciendo de noche. Un policía me había advertido al subir a bordo: «Tenga sus cosas cerca: si alguien le ofrece algo de comer o beber, rechácelo». Ahora, debilitado por la enfermedad, con la vulnerabilidad de quien viaja solo, me puse la mochila entre la espalda y la pared, me acurruqué bajo las sábanas de flores e intenté conciliar el suelo.

Los otros pasajeros parecían muy lejanos. Debajo de mí iban acostados dos soldados en traje de campaña; debajo de ellos, una anciana dormía envuelta en su *hijab*, con un chal enrollado en la cara, mientras su marido permanecía sentado y despierto, rezando el rosario con minúsculos gritos. A veces, pasábamos por estaciones pequeñas donde no había nadie o nos deteníamos en el vacío; y en los andenes, carteles escritos en inglés iluminaban extrañamente la oscuridad, «Sala de oración», «Fuente para abluciones Mujeres», mientras llovía cada vez más.

Estuve mirando por la ventana, desvelado. En una ocasión vi un zorro. Y en otra nos quedamos parados durante mucho rato junto al toldo de una estación, donde un joven y una muchacha estaban sentados en dos sillas rotas, sin fijarse en nosotros. Él tenía la cara y el cuerpo vueltos hacia ella y la miraba suplicante, encorvado hasta casi quedarse sin cuello, mientras ella—hermosa de perfil—le condecía de vez en cuando una sonrisa, se ataba el pañuelo más decorosamente y miraba a otra parte. Luego, él decía algo agradable y ella volvía a sonreír, moviendo nerviosamente los pies calzados con zapatillas de deporte bajo el chador, sin parar, hasta que nuestro tren partió.

Oí risas en la litera que tenía enfrente, donde un hombre de tez pálida había seguido mi mirada. Era joven, pero se estaba quedando calvo. Tenía la

cabeza redonda y las facciones finas y bien afeitadas. Su inglés era claro, con acento americano.

—¡Dentro de dos años, se besarán!

—¿Cómo encuentran alguna intimidad?—pregunté yo.

—Puede que se vayan a una de las casas de sus padres. La gente joven hace eso.—Hablaban como si él hubiera dejado de ser joven—. Pero aquí en las provincias puede ser terrible si te pillan.

Desde nuestra ventanilla vislumbré lomas bajas, más negras que el cielo, noté que el tren empezaba a subir. Muy por delante de mí, sus faros alumbraban matorrales y vías muertas. La cara del hombre me estaba mirando. Tenía los ojos francos, duros.

—¿Cómo es que habla usted inglés?—pregunté.

—A los dieciséis años estaba en Canadá. Estuve allí cuatro años.

—¿Su padre...?

—No, fui solo.

La extrañeza de lo que acababa de decir se quedó suspendida un momento en el aire, junto con los ronquidos de los soldados. Luego dijo:

—Huí antes de que me llamaran a filas para luchar en la guerra contra Iraq.—Esperó, como si estuviera tanteando el silencio. Quizá fuera la intimidad de estar a oscuras lo que favorecía estas confidencias, pensé, o nuestra suspensión sobre el resto de pasajeros, que estaban dormidos. Continuó—: Mis padres estaban divorciados. Él tenía otra mujer y yo no me llevaba bien con ella. Quería irme. No quería luchar en esa guerra. Me parecía absurda. Así que me fui.

—¿Cómo?

—Por las montañas. A Turquía. Éramos muchos. Los kurdos organizaban fugas y nos pasaron clandestinamente. Nos dispararon durante el trayecto, y en dos ocasiones la policía turca estuvo a punto de sorprendernos. Los kurdos me hicieron un pasaporte falso—nos burlábamos todos de él—hasta que mi padre pagó para que me hicieran llegar uno canadiense. Había tráfico de pasaportes vendidos por drogadictos occidentales. El mío pertenecía a Gordon no sé qué, me acuerdo. Yo tenía dieciséis años y él treinta y cuatro, pero en la frontera griega ni siquiera se molestaron en abrirlo. Y en el aeropuerto de Montreal lo

tiré al váter y pedí el estatus de refugiado.

Sentí un asombro incómodo. De no haber hecho aquello, este joven podría estar enterrado bajo el fétido suelo de flores del cementerio de los mártires, con otras decenas de miles de adolescentes. En vez de eso, había trabajado como camarero en un restaurante de comida rápida en Montreal y estudiado inglés. Se había cambiado el nombre de Vahid por el de David.

—Canadá estaba bien—dijo—, pero la familia que había dejado en Irán me daba pena. Cuando cumplí veinte años, la guerra había terminado y yo añoraba mi país. Decidí regresar. Como era menor cuando huí, no me encerraron en la cárcel. Solo me multaron. Pero ahora siento haberme ido de Canadá. Quiero volver.

—Le comprendo perfectamente.—Pero me pregunté si no lo habría dejado demasiado tarde para regresar.

—Fue una guerra inútil, ¿sabe?—dijo él—. Nunca nos han dicho cuánta gente murió. Y aún están repatriando los cuerpos. Ves carteleras por todas partes, con las caras de los mártires. La mitad de las calles llevan sus nombres: las calles grandes para los grandes mártires, las pequeñas para los pequeños.—Sus risas dieron paso al silencio. Me pregunté si, después de todo, no se sentiría un desertor, obligado a menospreciar a quienes se habían quedado.

Se removió con nerviosismo.

—Ahora hemos tenido suficiente sangre. Ha habido demasiadas muertes. La gente está agotada. No quiere ninguna más. Así que esperamos. Esperamos a que esos viejos mulás se extingan. Puede que hagan falta diez años. Su ciudad santa, Qom, es una especie de fábrica de mulás, produciéndolos en serie. Y están conchabados con los viejos *bazaaris*: tienen un interés común en mantener el país atrasado. Pero al final, esto tiene que cambiar. Nosotros somos más maleables que los árabes, ¿sabe?, estamos más abiertos a las cosas. Es una ironía.—Ahora estaba susurrando—. Necesitamos un gobierno laico. Todo el mundo que conozco quiere eso. Queremos tener acceso al mundo.

—¿Puede usted esperar diez años?

—No. Volveré a Canadá.

Nos quedamos un rato en silencio, oyendo el repiqueteo de la lluvia y el chirrido de las ruedas. Ahora estábamos subiendo más, internándonos en territorio azerí: la tierra de su pueblo. Tribus turcas habían emigrado a Irán a lo largo de los siglos, como los nómadas habían hecho a China, y fundado dinastías. La gran dinastía safawí era turca; también lo era la dinastía Qajar decimonónica; y los azeríes seguían poseyendo más poder político y mercantil del que les correspondía demográficamente. Los hablantes de persa los ridiculizaban.

—Cuentan chistes de burros sobre nosotros—dijo Vahid, y lo atribuyó a los celos.

Con la aspirina, mi dolor de muelas se había visto reducido a un latido sordo y yo fluctuaba entre la vigilia y el sueño. También Vahid tenía la cara vuelta hacia la pared del compartimiento, pero siguió hablando con aflicción, sin variar el tono de voz.

—Claro que amo a mi país... pero no me gusta vivir en él, solo soñar con... Aquí vivimos una mentira, hasta tenemos dos economías... Nos llegan cosas de contrabando por el Golfo desde Dubai... nadie puede patrullar esas aguas... Hay antenas parabólicas por todas partes, que reciben canales extranjeros, y drogas en cantidad... Dicen que tenemos dos millones de adictos entre los pobres...

Aturdido por los analgésicos, tuve ahora la ilusión de que su voz no pertenecía a nadie en particular, de que flotaba en la oscuridad como el lamento incorpóreo de todo su país.

—...Teherán se ha puesto horrible... Toda la ciudad está contaminada, la gasolina es tan barata... pero tenemos que enviarla al extranjero para que la refinen... Mis amigas se pasean de día como si fueran sábanas..., pero a puerta cerrada se ponen minifaldas y beben vodka de importación y sus fiestas son tan ruidosas que la policía las interrumpe... y mi novia se tiene que ir a casa antes de que acabe la noche por sus padres...

En algún punto de la noche, habíamos pasado por la ciudad de Mianeh y el puente del siglo XV tendido sobre el barranco del aledaño río Qezel Owzan. El murmullo de su voz se fundió con el murmullo de las ruedas del tren.

—Creo que la invasión mongola cambió a nuestro pueblo... Tanta

desolación. Todas las ciudades. Antes éramos más felices...

Mucho más tarde, me pareció, volví a despertarme y le oí decir:

—Esa guerra contra Iraq... Finjo que no estoy de acuerdo con ella, incluso ahora. Pero recuerdo que uno de mis profesores murió luchando en ella... Solo dijeron que había muerto. Me puse a temblar... Lo cierto es que no tuve agallas para luchar...

El alba despuntó sobre otro paisaje. Las polvorientas llanuras habían desaparecido. También Vahid, en algún punto de la noche, se había marchado. Con los ojos tan hinchados que apenas podía abrirlos, miré los ásperos altiplanos del mundo turco, cuya hierba marrón se fundía con un cielo inmutable. Saqué la cabeza por la ventana para refrescarme la cara inflamada. Por las colinas que había delante, nuestros vagones multicolores avanzaban como una serpiente de coral, escandalosamente brillantes.

Media hora después, me apeé en el andén de Maragheh y entré en el primer hotel que vi. En la pared del vestíbulo, el trío de eclesiásticos gobernantes se había reducido a dos, el extremista Khamenei, sobreviviendo en solitario, mientras el difunto Jomeini fruncía el ceño detrás de él como un espectro enojado. En estas humildes habitaciones, junto con el Corán, la alfombra de rezo y la piedra sagrada, pervivía algún detalle aislado del pasado: una alfombra colgada, quizá, o un desvaído ornamento de escayola.

Nervioso, buscando un dentista, recorrí la cuadrícula de calles que discurrían entre las colinas y un delgado río. Me sentía débil, como si mis pasos no fueran míos. Bajo los polvorientos castaños, cobré conciencia de un mundo más duro. Los quioscos de comida estaban cerrados por el ramadán y grupos de jóvenes sin trabajo se paseaban por las aceras. Sus barbas ralas parecían deberse a la pobreza más que a la fe. Ofuscado por el dolor, percibí en ellos una cierta fuerza contenida, incluso amenaza. La finura persa había desaparecido.

Encontré dos dentistas en una callejuela adoquinada. En la sala de espera, una puerta conducía al dentista varón, la otra a la dentista, y nadie se mezclaba. En el espejo, mi absceso estaba haciendo erupción como una

anémona morada. Me inflamaba el maxilar superior por encima de la muela que se me movía. Mi sonrisa, cuando la probaba, era una ranura en una careta. Los otros dos únicos pacientes eran dos mujeres con cara de enfermas que se tapaban la boca con pañuelos.

Confiaba en encontrarme con un facultativo mayor, armenio quizá, que me examinaría la boca con dulzura, me quitaría el absceso y me enviaría al hotel con un antibiótico. En vez de eso, cuando se abrió la puerta, vi a un fornido mecánico pelado al rape. Me sonrió de oreja a oreja. Dije, presa del pánico, que no quería que me extrajera ninguna muela. Pero él no hablaba inglés. En el sótano, un hombre mayor me hizo una radiografía. En ella, mi muela parecía una mandrágora podrida, con las raíces coaguladas. El dentista la sostuvo a contraluz y murmuró siniestramente. Luego me señaló su cama turca—aquí los pacientes se tienden, no se sientan—y escogió su instrumental. No me inyectó ningún anestésico. Por encima de mí, una lámpara vertía un siniestro charco de luz. Se pasó dos horas taladrando, hurgando y cincelandando, primero en una muela, luego en la contigua, y yo no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. De vez en cuando, me recolocaba la cabeza hacia la izquierda o hacia la derecha, tirándome de la nariz. Parecía que me estuviera lijando el cráneo con piedra pómez. Volví a suplicarle que quería conservar mi muela, casi todas mis muelas, las muelas que fueran, pero él solo se rió sin comprender, y siguió excavando, ayudado por pinzas y limas de aspecto medieval mientras yo intentaba recordar qué instrumental utilizaba mi dentista de Londres.

Poco a poco, el dolor sordo de mi absceso dio paso al dolor punzante de lo que fuera que me estuviera haciendo. Él me hablaba en turco, y en una ocasión, como un rayo de esperanza, oí la expresión «conducto radicular». Luego, paró para hacerme otra radiografía. Tenía aspecto de estar desconcertado. Se me encogió el corazón. Me indicó que descansara, que diera un paseo. Una hora después, volvía a estar tendido en su cama turca. Pero algo había cambiado.

Una a una, entraron tres colegas tuyas vestidas con chador. Inclinaron sus cabezas sobre mí, fascinadas, como si una boca occidental pudiera ser distinta de una iraní. Luego comenzaron a pasarse instrumentos y susurrarse

sugerencias. Con los pañuelos que llevaban en la cabeza, parecían focas lustrosas. Había una hermosa que fruncía el ceño, y una poco atractiva que sonreía, y una que no tenía ninguna expresión en absoluto. Finalmente, heréticamente, del círculo de focas susurrantes, una dentista tomó las riendas. Me hurgó delicadamente en las encías durante otra hora más, rematando algo que el hombre había sido incapaz de hacer. Bajo su chador y su mascarilla quirúrgica, yo solo veía el brillo de unas gafas, como faros en la niebla. El hombre se retiró, sin ninguna vergüenza visible, mientras ella empastaba mis conductos radiculares.

Al final, cuando alguien me dio un espejo, yo no sabía qué iba a ver. Por un instante, imaginé un paisaje de incisivos rotos y una gruta donde antes estaba la muela. O quizá, tras aquella tortura de cuatro horas, vería una boca quirúrgicamente transformada. Pero cuando me miré en el espejo, todo parecía desconcertantemente igual. Solo el saco del absceso estaba vacío, y el dolor había desaparecido.



El viento de noviembre levanta el polvo de las calles. Brilla un débil sol. Los rostros con que me cruzo, sobre todo los ancianos, vuelven a suscitarme curiosidad. Poco a poco, se me está despejando la cabeza.

En el colmado, una modesta tienda de barrio, el inglés suave del tendero me insta a detenerme. Me da bananas dulces, rechazando el dinero. Me quedo, picado por la curiosidad. Su rostro largo y delgado y su cresta de pelo cano desaparecen y reaparecen tras sacas de fragantes nueces hasta que los últimos clientes se han marchado, y él vuelve a hablar.

Hace cuarenta años, había servido en las fuerzas aéreas—en otro tiempo el orgullo del Sha—, transportando equipamiento militar. Incluso ahora, en su billetera, lleva fotografías de aquella época y me las enseña con triste orgullo. Aquí está en Londres fuera de la oficina de pasaportes, posando bastante tímidamente con unos pantalones acampanados. Detrás de él, una muchacha

con minifalda que pasa encuadra la época. Aquí vuelve a estar otra vez, indiferente en el Arco de Triunfo de París, con un cigarrillo entre los dedos y un amigo que ha olvidado. Su cara juvenil, más vulgar que ahora, está vacía, esperando, y lleva el pelo peinado con raya.

—Entonces se vivía bien.—Se ha enderezado entre las sacas de nueces—. Yo era socio de todos los clubes de oficiales. Hasta compré paracaídas en su Inglaterra. Recuerdo las cadenas comerciales de Motherwell, hermosas. ¿Conoce Motherwell?—Por un instante, mientras otros clientes entran en la tienda, tengo la sensación de que él y yo somos iguales: nuestras facciones delgadas y nuestros ojos claros—. También recuerdo una manifestación. Gente joven sin camiseta y con el pelo largo. No sabía qué significaba, porque nosotros no teníamos manifestaciones en Irán. Las cosas iban bien entonces, con el Sha. Los artículos de consumo eran baratos. En aquellos tiempos, un dólar solo equivalía a setenta riales. Hoy equivale a ochenta y tres mil. Ahora, cuando acaba la semana, mis ingresos parecen bastante grandes, pero...— Quita importancia al asunto con un gesto de la mano.

Me pregunto: ¿Ha olvidado la arrogancia de que fue parte? ¿La fabricación de armas inútiles, las reformas mal administradas del Sha, la brutalidad encubierta?

—¿Y luego?—pregunto.

—¿Luego? Luego me despidieron. Despidieron a treinta y siete mil hombres, justo antes de la guerra contra Iraq. De pronto, nos ordenaron que nos fuéramos. Sin motivo. En el momento en que nos necesitaban. Algunos se fueron a Estados Unidos, otros a Inglaterra, o se dedicaron simplemente al comercio, a cualquier cosa.

—Porque ustedes eran los soldados del Sha...

—Bueno, sí, ese fue el verdadero motivo. No se fiaban de nosotros. Solo querían gente que pensara como ellos.—Su tristeza es ahora palpable; pero esto será cuanto dirá en su contra, como si hubiera en él una cierta cortesía innata—. Después de eso, no sabía qué hacer. Tres de nosotros nos juntamos y probamos a comprar mezcladoras de arena en Armenia. Unas cosas enormes, tan grandes como de aquí hasta allá...—Señaló el otro extremo de la calle—. Habríamos obtenido muchos beneficios. Pero entre las dos, la policía armenia

y la oficina de inmigración se lo llevaban todo. Nosotros éramos azeríes, ¿sabe?, y los armenios odiaban Azerbaiyán incluso entonces. Veinte años después, nuestros ministros están pidiendo a Armenia que nos compense.— Adopta una expresión ensoñadora. Interrumpe la conversación para vender unos cuantos gramos de pistachos—. Todo es posible. He aprendido eso. Solo Dios es omnisciente...

Ahora me mira con más dureza, me pregunta, de pronto:

—¿Cuántos años tiene usted? ... Ah, sí, y yo tengo sesenta y uno... ¿Por qué envejece tan deprisa nuestra gente? Creo que es porque no somos felices. Cuando la gente está triste, envejece.—Le digo que, pese a su edad, está en buena forma, delgado. Pero él dice—: No podemos divertirnos como antes. El año pasado mi mujer y yo fuimos al mar, pero nos sentimos observados todo el tiempo. Esos policías, por todas partes. Preguntando. Escuchando. ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué estamos diciendo? ¿Qué estamos pensando? Incluso junto al mar. Ahora, si tengo una compensación...—vuelve a soñar despierto—, me gustaría viajar con mi mujer, volver al país de usted. Si llegara a vivir tanto, quince años quizá... y entonces volveríamos a encontrarnos y lo celebraríamos.

Creyéndome fugazmente esta fantasía, le anoto mi dirección.

—A mi mujer le encantaba viajar. Ella siempre es optimista. Cuando me echaron de las fuerzas aéreas, me desesperé. Pero ella dijo: sigue adelante, sé fuerte, todo irá bien. Siempre.—Curiosamente, añade—: Ella es mi amiga querida. Cuando llegue a casa esta noche, sé que ella estará allí. Es maravilloso. Tener una amiga.

Por un segundo, lo veo con los ojos de su mujer: un hombre decente a quien le han pasado cosas que no debían. Al despedirme, le cojo las manos. Él pone una bolsa de dátiles en las mías. Mi dirección está entre las almendras, olvidada.



En 1257, el mongol Hulagu—después de acabar con los asesinos—se dirigió al oeste con su caballería y sus máquinas de asedio hacia el centro neurálgico del islam. En pocas semanas, Bagdad cayó y el venerable califato abasí, que conquistadores anteriores habían venerado, fue brutalmente aniquilado. El mismo califa fue enrollado en una alfombra y pisoteado por caballos hasta morir, para que su sangre real no empapara el suelo. Poco después, Hulagu procedió a conquistar Siria, en cuyas ciudades saqueadas mató a los musulmanes y perdonó la vida a los cristianos, hasta que disensiones en Mongolia lo obligaron a regresar.

En Maragheh, donde erigió la primera capital de su imperio iljaní, solo quedan las altas tumbas de ladrillo, como tiendas nómadas petrificadas, de esta época y otras anteriores. Las encontré en ruinosas callejuelas. Sus serenas torres, ahora sin bóveda, conservaban sus relucientes cenefas de ladrillo y sus puertas estaban coronadas por inscripciones islámicas. La más hermosa de ellas, anterior a Hulagu, se alzaba en un zócalo de piedra labrada: una lírica torreta de ladrillo rosa. Su bóveda estaba derruida y su interior vacío. Pero su hermoso enladrillado—que revestía incluso las columnas y el octágono roto de su tejado—imprimía a toda la edificación una fría apariencia de vida.

Pero Hulagu fue enterrado en secreto, según la costumbre mongola. El islam era su enemigo por herencia (su madre y esposa favorita eran cristianas nestorianas), y al igual que sus antepasados paganos, su mente estaba hechizada por el cielo nocturno. Tras capturar Maimundiz, el nido de águilas de los asesinos, prácticamente el único cautivo a quien perdonó la vida fue el célebre astrónomo Nasir ad-din Tusi, quien había persuadido al dubitativo gran maestro de que los planetas estaban a favor de la rendición. A Tusi, Hulagu confió la creación de un observatorio en la meseta que domina Maragheh, el cual pronto estaba acogiendo los últimos refinamientos de la ciencia y la magia. Mediante un rayo de luz solar que se filtraba por su bóveda, un gigantesco cuadrante calculaba las altitudes meridianas del sol y todo un arsenal de instrumentos—esferas armilares, astrolabios, una dioptra para medir el diámetro del sol y la luna—se construyó bajo las estrellas. Se reclutaron incluso astrónomos chinos; y una biblioteca de cuatrocientos mil volúmenes, muchos salvados de Bagdad, lo instauró como el observatorio más

grande de su época.

En treinta años, utilizando instrumentos más precisos que los empleados por Copérnico dos siglos después, sus eruditos crearían tablas astronómicas de una precisión que desbancaría al calendario derivado de Tolomeo. Pero Hulagu, adicto a la alquimia y la astrología, no pudo esperar a que Saturno completara su revolución de treinta años. Para él, los cielos eran la mente de Dios: determinaban los asuntos de la tierra. Y pronto estaría muerto. Exigía resultados en un plazo de doce años.

En la meseta parcialmente abandonada que domina Maragheh, después de dejar atrás las garitas de una emisora militar, me encontré con una bóveda de lienzo blanco. Su toldo estaba desgarrado por el viento, las colinas circundantes resplandecientes con nieve recién caída. Cuando empujé sus puertas chirriantes, con cadenas que no estaban cerradas, vi el trazo de una edificación circular perfecta. Bajo aquella luz tamizada, los cimientos radiales de piedra se alzaban a poco más de medio metro por encima del suelo. Un pasillo embaldosado dividía las estancias. Los cardos lo estaban invadiendo. Distinguí el círculo de una pequeña torre. El arsenal de instrumentos había sido robado o destrozado hacía ya tiempo. Pero, para mi sorpresa, me tropecé con el arco partido del cuadrante de Tusi: un metro de piedra curva que sobresalía del suelo, con los surcos aún claros.

Hulagu murió seis años después de fundar su observatorio. Tusi lo siguió en 1274. Saturno completó su esperada revolución y las tablas celestes se refinaron. Luego, la dinastía iljaní se fracturó y en 1340 el observatorio estaba en ruinas. Unos sesenta años después, Ulug Beg, el astrónomo nieto de Tamerlán, se paseó por sus ruinas cuando era niño, hechizado. Más adelante, fundaría su propio observatorio, cuyo cuadrante yo había visto bajo tierra en Samarcanda.

Pero, para entonces, su precursor se había convertido en polvo en Maragheh. El mismo Hulagu se había planteado si era acertado conocer el futuro, dado que no se podía cambiar.



En un patio abandonado, me encuentro con una última torre funeraria. La decoración de sus paredes de ladrillo recuerda a una tela de encaje y quizá sea ese el motivo de que la tradición asigne la tumba a la madre de Hulagu. Pero sobre su puerta la inscripción procura una fecha que antecede en sesenta años a la llegada de Hulagu, y la matriarca mongola, madre también de Kublai Khan, no habría sido sepultada según el uso islámico, dado que era cristiana. Los misioneros nestorianos ya llevaban dos siglos predicando entre los mongoles. La formidable esposa de Hulagu, Dokuz Khatum, también era cristiana, y su hijo se casaría con la hija del emperador de Bizancio.

En estos angustiosos años de mediados del siglo XIII, todo el imperio mongol, a ojos de los europeos, estaba al borde de la conversión. El Papa Inocencio IV y san Luis, rey de Francia, enviaron emisarios al Gran Jan para solicitar su ayuda contra los árabes en las cruzadas y los cristianos asiáticos ensalzaron la destrucción de Bagdad por parte de Hulagu como un triunfo sobre la segunda Babilonia. A medida que los mongoles avanzaban hacia el Mediterráneo, la última gran potencia musulmana, los mamelucos de Egipto, se reunió para hacerles frente. Pero disensiones en Mongolia obligaron a Hulagu a retirarse, dejando atrás un ejército mermado al mando de su general, el cristiano Kitbogha. Si Kitbogha se hubiera impuesto, casi todo el mundo musulmán habría caído bajo el dominio de una aristocracia mongola que simpatizaba con el cristianismo. Pero el general fue abatido en la batalla de Ain Jalut, y su ejército diezmado.

Solo se puede especular sobre la clase de cristianismo que abrazaron los mongoles. El embajador del rey Luis en Karakorum describió al clero nestoriano como libertino e ignorante y sus servicios religiosos como poco menos que orgías. Un domingo vio a la emperatriz del Gran Jan salir ebria de la misa mayor.



A casi ciento treinta kilómetros al noroeste de Maragheh, refinerías de petróleo y centrales eléctricas se perfilan contra el cielo en los alrededores de Tabriz, capital del Azerbaiyán iraní, donde catástrofes pasadas—terremotos que sepultaron a cien mil personas de una sola vez—han borrado cualquier recuerdo de un esplendor anterior. El pasado de esta gran capital iljaní y metrópolis del siglo XIV cuyos ingresos (escribió un maravillado fraile franciscano) excedían las rentas anuales del rey de Francia ha quedado reducido a la exquisita pero fracturada azulejería de una mezquita, el casco agrietado de otra y un laberinto de bazares.

Estoy andando por una versión más cruda de las calles de Maragheh. Tabriz tiene fama de ser violenta e intolerante. La telaraña de sus mercados en penumbra—muchos cubiertos por bóvedas de ladrillo del siglo XV—reluce con engañosa riqueza. Carteles de los mártires chiítas del siglo VII retratan dulces rostros predestinados con turbantes verdes. Se venden por sesenta centavos. En todos los demás sitios, gorras de béisbol donde pone «Oakland Raiders» o «For Someone Nice» (Para alguien simpático) se venden conjuntamente con galones militares y retratos de Bruce Lee y el ayatolá Jomeini.

Por la tarde, mientras paseo por los arrabales del norte, entro, ávido de compañía, en una academia de inglés, donde paso de un profesor a otro como un talismán. Es la primera vez que ven a un inglés y yo me siento súbitamente responsable de mi país. Pronto, un joven tutor me monopoliza. Tiene la cara larga y tersa, y parece divertido por algo que yo no sé. Imparte clase a diez mujeres jóvenes y quiere que hable con ellas. Cuando entro en el aula, oigo el roce de sus chadores cuando ellas se levantan de las sillas pegadas a las paredes, alegrándose con recato de mi llegada. Yo me siento en una banqueta delante de ellas, con el profesor a mi lado. No sé qué preguntar. Las mujeres rondan la veintena. Se mueven en su sitio pegadas a la pared, como si fueran sombras. Banalmente, comienzo a decir:

—¿Por qué estáis aprendiendo inglés?

Una voz aguda responde de inmediato:

—¡Porque estoy enamorada de mi profesor!

Se echan a reír, también el profesor, y las sombras cobran vida. Hay una rubia con los ojos grises; su chador es de seda negra, bordada. Otra tiene la cara enjuta, la frente ancha; otra, ojos de lechuza y facciones de mujer madura. La graciosa, fingiendo estar enamorada, se retira el pañuelo del pelo negro azabache. Llevan vaqueros bajo el chador, y pulseras de plata y relojes.

Cuando les pregunto qué opinan de Occidente, vuelven a reaccionar con frivolidad.

—¡Manchester United! ¡Fútbol! ¡David Beckham!

Una pregunta, para mi sorpresa:

—¿Sabía que el Manchester United ganó anoche al Portsmouth por tres a dos?

—¿Cómo os enteráis?—pregunto yo—. ¿Por la televisión satélite?— Entonces me pregunto si no habré ido demasiado lejos. La televisión satélite está prohibida. Pero las risas se propagan como una infección por la línea de sombras.

—¿Televisión satélite?—corean con ironía—. Oh, no, no, ¡no tenemos televisión satélite! ¡Nunca!

El profesor se ríe.

—Todo el mundo la tiene.

Una mujer bonita y locuaz—dice ser feminista—interviene, irritada:

—¡Todo esto son tonterías! No son más que futbolistas.

Lo que les desagrada de Occidente, observa, son sus prejuicios raciales, pero no sé si lo piensan porque han visto películas o influidas por la propaganda estatal. El inglés, señala, posee un atractivo cosmopolita para ellas. Todas tienen ordenador. Solo la que tiene ojos de lechuza, que no sonrío, dice que adora la literatura inglesa. Había visto el *Hamlet* de Laurence Olivier cuando era pequeña y jamás lo había olvidado.

Ahora, tengo la ilusión de que las sillas están más cerca que antes. Los chadores ya no las ocultan, sino que acentúan sus ojos vivaces, sus manos bien cuidadas. Algunas son hermosas. A veces, me siento ligeramente incómodo,

como si nuestros papeles se hubieran invertido y ellas me estuvieran mirando inquisidoramente, pensando: así que este es el modo como reacciona Inglaterra, esto es lo que Inglaterra cree... Esperaba timidez, pero, en su lugar, encuentro humor, ira, franqueza. Quizá parezcan más maduras de lo que son. ¿Y qué, pregunto, esperan del matrimonio?

La graciosa espeta:

—¡Un calzonazos!

—Nada—dice la feminista—. No espero nada. No, hijos no. No merece la pena.—Zanja el asunto con un gesto de la mano—. Nada.

—En Occidente, muchas personas tienen relaciones antes de casarse...— me arriesgo a decir.

La mujer de rostro enjuto dice de inmediato:

—Sí, eso es mejor.—Ninguna discrepa con ella—. Mejor conocer a tu hombre. Mejor amar antes.

—Pero la segregación solamente se termina en la universidad—dice la mujer rubia—. Y para entonces, es terriblemente embarazoso.—Bajo el chador de seda, sus vaqueros llevan rotos de imitación—. Si tenemos una aventura, nos meterían en la cárcel.

—¡Aquí no se puede hacer nada de lo que una quiere! ¡Nada!—Ahora, mi presencia las ha liberado. La mujer enjuta está enfadada—. ¡No puedes decir lo que piensas! Te meterían en la cárcel. ¡Aquí la libertad es un chiste!

La graciosa tapa la boca de su amiga con una mano, fingiendo que está asustada.

—¡No ha dicho nada! ¡No ha abierto la boca!—Pero sus risas transmiten cierto nerviosismo, y de pronto está seria—. Me gustaría seguir amando después del matrimonio. Pero los hombres son duros.

Me pregunto, por su tono velado de voz, si no tendrá un amante secreto. Los hombres son duros en todas partes, digo yo, también en Occidente, riéndome un poco.

—¡Pero no como aquí!—corean ellas—. ¡Aquí es imposible!

—Y continuamos sin ser iguales ante la ley... En nuestro gobierno solo hay hombres.

—¿Qué hay de votar?—pregunto. Sé que es posible que esto no cambie

nada, pero van a celebrarse unas elecciones presidenciales el año próximo (saldría elegido un político del ala dura).

—¡Una farsa! ¡Inútiles!—Las rechazan resueltamente, sin dejarse vencer por la desesperanza.

—Yo votaré—dice la feminista—. Pondré: nadie.

Con la mujer de cara enjuta y la bromista, se agrupa a veces para exagerar su enojo, alzando los pálidos puños y estrechándose las manos entre ellas.

—Han leído unos cuantos libros feministas del período del Shah—dice el profesor.

—Yo entro en la web—interviene la feminista, oyéndolo—. Solo tienes que clicar en feminismo. Lo encuentras todo.

Me advierto: estas mujeres que tanta esperanza me dan son una elite. Sus padres son ricos. Y ahora la lechuza me está mirando con expresión grave. De pronto, dice:

—Siento decirlo, pero el ochenta por ciento de los iraníes odian a los británicos.

Debería haber esperado esto. Desde principios del siglo XIX, Gran Bretaña había utilizado a Persia como un campo deportivo en el Gran Juego contra Rusia. Incluso ahora, el recelo hacia Gran Bretaña era tan grande como el que se tenía hacia Estados Unidos.

—Nosotros fuimos grandes en otro tiempo—continúa—. Nosotros éramos grandes cuando ustedes estaban apacentando ovejas.

—Los chinos eran grandes cuando...—empiezo a decir, irritado.

—No comprendo a los chinos—interrumpe la feminista—. ¿Por qué están tan adelantados? Nosotros somos un pueblo inteligente, ¡pero mírenos!

Se hace un momento de silencio. Yo intento llenarlo con algo de comprensión, pero solo me oigo condescendiendo, británico. Es el sonido de la hipocresía. La rubia, intentando quizá reparar alguna ofensa, dice:

—Occidente es un sueño. Nosotros no sabemos cómo es. No podemos alcanzarlo. Tendría usted que vivir vidas como las nuestras para comprenderlo.—Añade, tras una pausa—: Nuestro país nunca ha sido feliz.

Pienso en la dulzura con que me he encontrado en este país. He dicho a la gente, por fin, que voy a Turquía, a Antioquía. Ellos dicen que voy a viajar por lugares demasiado peligrosos y murmuran de los kurdos. Un hombre de Qazvin me escribe una tarjeta en mal inglés, deseándome un viaje sin percances. Otro me ofrece su reloj de pulsera (se me ha roto el mío). La gente de los pueblos me lleva en su motocicleta, alardeando un poco de mí. Los tenderos me añaden algún pequeño artículo gratis. Casi todo el mundo es atento con el forastero. De vez en cuando, vuelven a citarse conmigo (no siempre se presentan). Su cortesía es antigua, y también lo es su duplicidad. ¿Me odian en realidad?

El profesor dice: no, pueden odiar la noción de usted, de su país, lo que le ha hecho al nuestro. Pero no a usted. Estamos sentados en la sala de profesores vacía, tomando un té con dulces árabes. Tiene la tez tersa, como el marfil, pero su expresión juguetona ha desaparecido.

—Creo que Occidente nos está corrompiendo. Eso es lo que detesto. Nos llega pornografía de todas partes, y drogas. Ahora se ve gente tirada por las calles. Y cualquiera puede comprar vídeos porno bajo mano. No cuestan ni un dólar. Pienso casarme pronto, y eso hace que odie más esto, mucho más. Nuestro mundo está enfermo.—Lo escucho sorprendido. Lo había imaginado cosmopolita, incluso un poco cínico. Pero se está sumiendo en un angustioso ensimismamiento—. Lo que más lamento es que aquí el amor se ha degradado. Las mujeres son continuamente víctimas de la violencia en las calles. No pueden andar tranquilamente. Mi primer deseo es comprar un coche, para que ella no tenga que sufrir eso.

—¿Qué clase de violencia?

—Los hombres le murmuran cosas vulgares, y la gente que pasa se suma a ellos.—Tuerce el gesto, aparta la mirada. Me recuerda, por algún motivo, a esos carteles de chiítas idealizados: Hussein, con una decorativa herida de sable en la frente—. Y a veces, intentan tocarla.

Quizá sea este el precio, digo, de un débil liberalismo naciente. Incluso sus alumnas se han mostrado a favor de la idea de tener relaciones prematrimoniales.

—Eso es porque ya las tienen. Por supuesto que las tienen. Son secretas, pero las tienen.

—¿Cómo lo sabe?

Él no responde, pero, percibiendo mi sorpresa ante su inquietud, dice:

—Siempre me ha dado miedo la violencia. Provengo de un hogar violento. Cuando era pequeño, salía a esconderme al jardín. Dicen que la violencia solo engendra violencia, pero no es mi caso. Yo solo me angustiaba más.—La sala de profesores se está llenando, pero él no se da cuenta—. El problema fue que mi madre no era virgen cuando se casó y mi padre no lo descubrió hasta el día de la boda y nunca la perdonó. Ella lo había engañado, decía. Nunca se fió de ella después de aquello; pensaba que era una puta. Pero yo creo que puedes perder la virginidad de otras formas además de con el coito, un accidente, o algo. Ella decía eso. Se divorciaron cuando yo era pequeño.

»En este país, los sentimientos puros han desaparecido. Las mujeres han cobrado conciencia de su cuerpo y eso las ha pervertido. He hablado con mi prometida de eso, de sus amigas. Aquí siempre hemos tenido homosexualidad entre hombres, pero no esto... mujeres yendo con mujeres. Eso es lo que pasa por no tener libertad. Después de casarnos, pensamos irnos a Turquía. Allí se vive mejor.

Vuelve a mirarme a los ojos, buscando confirmación. Veo en su cara juvenil la pureza agraviada de su madre. En Turquía, imagina, recreará una época más feliz, un poco anterior a su recuerdo, anterior a la difusión de la pornografía, anterior a la furia de sus padres.

—Aquí, el amor está perdido—dice.



El manto blanquiazul del Urmia, el lago más grande de Irán, apenas tiene una profundidad media de nueve metros y es tan salobre que solo lo habitan crustáceos primitivos y lombrices de mar. Sus orillas están desiertas. Se extiende como un brillante vacío de azul, casi hasta Turquía.

Al principio, me pareció que había olas rompiendo en sus orillas. Luego, advertí que, hasta una altura de casi dos metros, las rocas tenían una costra de

sal. Brillaban donde todo lo demás había desaparecido, trazando una vacilante línea de curvas y promontorios. Había unos cuantos pájaros blancos nadando cerca, como pedazos desgajados de la orilla.

En 1265, Hulagu fue enterrado en secreto en algún punto de la isla de Shahi. El año anterior, un cometa lo había advertido de su final y él sufrió ataques epilépticos. Murió en invierno, con cuarenta y ocho años, dejando treinta hijos, y fue seguido cuatro meses después por su esposa cristiana. Fue el último príncipe descendiente de Genghis Jan en ser enterrado según la costumbre mongola, con oro y concubinas sacrificadas. Los cristianos de Asia lloraron la muerte de su terrible protector; pero el mundo musulmán se alegró. Hulagu estaba enterrado, parece, en la gran torre que albergaba sus tesoros, custodiada por un millar de hombres. Pero, unas décadas después, con el declive de los iljaníes, la tumba fue saqueada, y en tiempos de Tamerlán, la región entera estaba desierta. El lugar cayó en el olvido.

Ahora, en el lago cada vez más reducido, la isla de Shahi se ha convertido en una península montañosa. Accedí a ella por un largo istmo, rodeando la abrupta meseta donde se creía que estaba la tumba de Hulagu. Pero en 1939, un investigador no encontró allí nada convincente. En vez de eso, hizo caso a un rumor local que hablaba de una montaña situada en el borde occidental de la península, donde había cámaras y cisternas cortadas en la roca; pero no regresó jamás.

Un desconcertado taxista me dejó aquí al filo del alba y prometió regresar antes de que cayera la noche. En el laberíntico macizo que tenía delante, una montaña—parecía demasiado escarpada para subirla—ocupaba la mitad del horizonte. Donde sus paredes se tornaban más abruptas, horadadas por cuevas de aspecto artificial, los cortados de color lechoso parecían alzarse verticalmente en cada extremo. Durante tres horas, seguí el pedregoso lecho de un río, dejando atrás la montaña y aproximándome a otra que me cortaba el camino. Dos pastores de cabras que descansaban junto a apriscos construidos con cantos rodados del río me indicaron por señas el modo de bordearla y me pareció que me preguntaban por lo que había más allá. Pero yo no tenía palabras con qué responderles, y no lo sabía. Me miraron mientras me alejaba, perplejos.

Luego, el valle se estrechó hasta convertirse en un desfiladero. En lo alto de su pasillo cada vez más angosto, los precipicios se llenaron de grutas, donde pájaros invisibles gritaban con estridencia. Al cabo de una hora, un desprendimiento de piedras me cerró el paso y yo comencé a rodear lentamente esta montaña intermedia, hasta que su gigantesca vecina volvió a ocupar el horizonte. Sus cuevas se divisaban ahora con mayor claridad, dos de ellas altas y tentadoras. Sus entradas parecían demasiado lisas para ser naturales, una un arco perfecto, y vislumbré alféizares de ventana. Bajo mis pies, el terreno se volvió más pendiente y anduve por lava ígnea, sembrada de rocas negras y rosas e invadida por cardos que me llegaban hasta los hombros. Sus cardenchas se me engancharon a la ropa y a las manos. Incluso en las cumbres, el aire estaba totalmente en calma. Y en esta euforia, como si las estaciones se estuvieran fundiendo, mariposas salieron aleteando de arbustos plagados de peludas orugas rojas. Perdices levantaron el vuelo a mi paso, y en una ocasión, bastante cerca, una manada de pálidos ciervos se volvió sobre sus largas patas para observarme con sus ojos bordeados de blanco, antes de encaramarse por un desfiladero.

Pero, conforme me fui acercando, trepando a cuatro patas, las grutas revertieron a su estado natural. Sus entradas dejaron de estar excavadas en la roca. Sus ventanas imaginadas fueron solamente la huella dejada por el agua de lluvia. Ahora que solo me quedaba por subir una cuarta parte de la montaña, empecé a perder la esperanza. La rodilla me estaba comenzando a doler por una antigua lesión. Me senté entre las rocas, disipada mi frustración por la agreste magia del lugar. Por debajo de mí, las montañas se dividían a lo lejos delante de un triángulo de agua. Sus orillas, incluso su superficie, estaban tan despejadas que vi un embarcadero al oeste y un barco avanzando por su blanca superficie como un rasgón en la seda. Por encima de este vacío, relucían los pisos de nieves kurdas, uno muy por encima del otro.

Volví a mirar la pared donde se hallaban las grutas. Me pregunté si merecía la pena subir hasta allí. Por encima de las grutas, el terreno se tornaba más abrupto antes de suavizarse a poca distancia de la cumbre. Entonces, bajo mis manos, algo brilló con una tonalidad azul celeste. Era un fragmento de cerámica vidriada. Había más entre las rocas cercanas. Trozos de cerámica

azul turquesa brillaron entre los cardos y vi un pedazo de porcelana verdosa como la de Nishapur. Centelleaban en el suelo, inexplicados.

Muy por encima de las grutas, vi que alguien había clavado una cadena a la pared rocosa. Así pues, yo no era el primero. Unos minutos después, alcancé una repisa llana y me encontré mirando una cisterna enlucida. Había otra detrás, y otra. Acurrucadas bajo la pared rocosa, se apoyaban en paredes de piedra negra, cuyos techos tenían aún marcas de cincel. Cerca había una habitación excavada en la roca viva, y más allá, una profunda cámara circular, donde una escalera de piedra rota se perdía en la oscuridad. Por un febril momento, la imaginé una tumba. Luego vi que tenía las paredes enlucidas en sus primeros dos metros y medio y que su entrada daba a un barranco.

Pero, más allá, justo antes de un precipicio casi vertical, la pared estaba vaciada hasta una altura de unos doce metros, conjurando dos lados de una torre desaparecida. En algunos lugares, había sido excavada hasta su núcleo, pero no supe si esto era yeso conglomerado o roca viva. Pero la toqué, cansado y aún eufórico. El crepúsculo estaba alargando las sombras del valle. No se veía ninguna piedra labrada; solo aquella matriz vacía dejada por la fastuosa tumba de Hulagu (si acaso era eso), donde los botines de Bagdad y Maimundiz habían yacido junto a polvo humano.



Un trasbordador con una costra de sal me llevó hacia el oeste por el lago junto a los pilares de un puente derruido. La sal había corroído el hierro en la línea de flotación y cristalizado los puntales arrastrados a la orilla, dejándolos como si estuvieran envueltos en hielo. Observé las montañas que se alzaban sobre mí desde Turquía.

Un estudiante de diecinueve años se apretujó en el asiento junto a mí. Llevaba gruesas gafas y tenía una rala barba religiosa. Al principio, quiso practicar su inglés, luego convertirme al islam. Sabía quiénes eran los cristianos, dijo. Geógrafos árabes habían llamado a estas aguas «el lago de los

cismáticos» por las sectas que vivían en sus orillas y la ciudad de Urmia, donde nos dirigíamos, fue uno de los últimos bastiones cristianos. Hamed se pasó todo el día pegado a mí, siguiéndome a todas partes. Se olvidó de convertirme. Sus certidumbres eran frágiles e histriónicas. Quería simplemente hablar, pasear por las calles con centenares de otras personas vestidas de negro y gris como él, exudando, como hacían ellas, un anhelo impotente de algo distinto.

Pero dijo:

—La religión nos ha fallado, ¿sabe? Puede que la gente joven siga creyendo en Dios, pero no practica. Pronostico una catástrofe. Todos queremos cambios. Pero los cambios solo generarán violencia. El país entero es un polvorín.—A veces, aminoraba el paso hasta quedarse parado—. ¡Debemos esperar a que venga el Mahdi! Las cosas empeorarán antes de su llegada. Pero vendrá. Y Jesús estará a su lado, su Jesús... Entonces, las puertas se abrirán...

Su letanía ya no era nueva para mí: cómo estaba Occidente engullendo la pureza de su país. Cómo se estaban acostando con hombres la mitad de las chicas de su universidad. Al igual que el profesor de Tabriz, estaba obsesionado con la castidad de las mujeres. Pero esta obsesión, comencé a percatarme, manchaba todo lo que le rodeaba. Cuando nos cruzamos con la policía, él susurró:

—Están buscando chicos y chicas que vayan juntos. Si no son hermanos, se los llevan...—Y si nos cruzábamos con algún muchacho—: Está buscando chicas fugadas.

—¿Fugadas?

—Sí, chicas que se escapan de casa. Duermen en parques, y los chicos van a buscarlas allí. Algunas se hacen prostitutas. Mi padre dirige una organización que las saca de comisaría. Les busca consejeros. Si se escapan dos o tres veces, van a la cárcel.

Más tarde, entramos en la oficina de su padre y yo encontré en ella a un hombre corpulento y afable sentado bajo un cartel con unos padres dibujados a los que sus seis hijos estaban dejando sordos. La letra decía: «¡Dos bebés son suficiente!». Su organización se había fundado en tiempos del Sha y repartía

cupones de comida a doscientos ancianos o mutilados. A veces, sacaba a heroinómanos de las calles. Yo quise pasar más rato hablando con él, pero Hamed se me llevó de allí.

—No debe olerme el aliento... Mis padres no saben que fumo.

Hamed estaba comenzando a fascinarme. Odiaba Occidente, pero le encantaban sus banalidades. Su jerga revelaba una fijación por el cine, y de vez en cuando, se ponía a cantar canciones pop que se sabía a medias.

—Britney Spears es mi favorita. Entrás en su página web y lo tienes todo. Y Jennifer López. ¿Sabía que acaba de asegurarse el trasero por dos millones de dólares?

«How do I stay one night without you?
What kind of life would that be?
I need you in my arms...».

[«¿Cómo pasar una noche sin ti?
¿Qué clase de vida sería esa?
Te necesito en mis brazos...».]

Estábamos saliendo de los arrabales, pasando junto a campos de cítricos y manzanares. Cuando Hamed se quitó las gafas, vi un rostro más franco y humilde. Tenía el cuerpo laxo y suave. Suspiraba por una muchacha que se sentaba a su lado en clase.

—Pero antes vamos a tener que casarnos... y yo no quiero tener hijos. Tener que soportar tantos gritos, y que mis hijos varones me desobedezcan. Prefiero una niña. Las niñas son más leales. Sé que eso me traerá problemas, pero si mi mujer se queda embarazada, haré que se someta a una prueba para saber el sexo del bebé. Si es varón, la obligaré a abortar.

—¿No va eso contra el islam?

—Los mulás tienen un reglamento para eso. Hay un calendario, con respecto a cuándo tiene alma el feto. Puedes saber el sexo a los cinco meses.

—A los cinco meses a lo mejor ya tiene alma.

Hamed habló sin inmutarse, con educación.

—Me daría lo mismo. Seguiría obligándole a abortar.—Se rió brevemente,

cogió unos cuantos frutos de un ciruelo silvestre y me dio algunos.

—Tu mujer querrá el bebé—dije yo.

Pero él no contestó. Estaba arrodillado en el polvo, tosiendo y vomitando.

—¡Mierda!—gritó—. ¡Joder! Discúlpeme, señor. ¡Había olvidado que es ramadán!

Estaba intentando vomitar las ciruelas que se había comido. Se quedó arrodillado en el polvo durante cinco minutos. Se le cayeron las gafas. Dijo, con voz ronca:

—Si comes por error, no es un gran pecado... no es grande... Tienes que lavarte la boca...

Yo había renunciado a tenerle antipatía. Me limité a escuchar, desconcertado, cualquier cosa que me dijera. Un minuto después nos detuvimos junto a un diminuto santuario pintado de azul. Hamed se recostó en él, temblando.

—Este es un pueblo cristiano—dijo—. Se sabe por las caras de la gente. Las tienen coloradas. Es de beber. Lo he visto en las películas de ustedes.

Me agaché para entrar en el santuario. Había retratos de un Cristo artificial apoyados en un estante que estaba amarillo de cera. En una estampa de Jesús curando a un hombre ciego alguien había escrito: «Soy musulmán pero nací el mismo día que tú y tengo fe en ti. Ayúdame».

Hamed me tradujo con ecuanimidad. Sabía dónde estaban las iglesias cristianas de Urmia, dijo, y yo lo utilicé desvergonzadamente como intérprete. No había nadie más a mano. Durante más de un siglo, las cifras de cristianos habían ido menguando en la ciudad. Periódicamente, los kurdos la habían asolado, y durante la Primera Guerra Mundial, más de la mitad de los nestorianos de la región murieron mientras huían de los turcos. Encontramos la iglesia armenia cerrada y la congregación de protestantes, convertidos por misioneros armenios después de 1830, reducida a seiscientos feligreses. Eran nestorianos convertidos a la fe protestante. De vez en cuando, dijo un sacerdote, aún celebraban misa en arameo, la lengua hablada por Cristo, «y a nosotros nos parece muy dulce».

Hace unos cuatrocientos años, los nestorianos, los custodios de esta lengua amenazada, habían empezado a dividirse. Muchos habían desertado para ir a

Roma y formar la Iglesia caldea—cuyo líder recibía el tratamiento de «patriarca de Babilonia»—, y en Urmia, un único sacerdote francés que había llegado de Brest hacía treinta y cinco años seguía activo entre ellos. Pero apenas quedaban dos mil quinientos, dijo, y quizá tres mil nestorianos ortodoxos. En los pueblos circundantes, se habían reducido a tres familias aquí, seis allí. Habían huido a América del Norte, Australia. Y su liturgia ya no se celebraba en arameo, salvo por una breve lectura antes de las vísperas.

En una ocasión, en un remoto bastión de esta lengua—un pueblo situado al norte de Damasco—, yo había oído a alguien declamar el padrenuestro, tal como Jesús podría haberlo recitado. Cuando repetí las palabras al sacerdote, él las reconoció con melancolía.

—Pero la lengua de Cristo, *monsieur*, está desapareciendo de nuestro mundo...

A Hamed no le gustaba nada de aquello. Se quedaba sentado con la espalda encorvada, los brazos entre las rodillas y la cabeza gacha, y los sacerdotes, creo, desconfiaban de él. Estos cristianos, dijo luego, con la cara colorada de beber, eran probablemente traidores. También lo eran los kurdos.

—Son gentes bárbaras, venidas de las montañas. Nos están invadiendo. Ahora, el cincuenta por ciento de la ciudad debe de ser kurda [no lo era].—De vez en cuando, volvía a provocarse nerviosamente arcadas para limpiarse la boca del jugo de ciruela. Con respecto a los judíos, que se habían marchado todos, dijo—: Casi todos eran hechiceros. Trataban con *djinns* esclavos. Si le clavabas un hierro a un *djinn*, le pinchas en el brazo, pongamos, lo haces tu esclavo.

—¿Tú te crees esas cosas?

Con su educado tono de voz, siguió diciendo:

—Por supuesto. Ahora ya no hay tantos *djinns*, pero antes había muchos. Solían vivir en los establos. Mi madre me lo explicó. Son un poco más pequeños que los seres humanos y tienen la cara peluda. Algunos son mujeres. Otros solo tienen medio cuerpo. Los judíos los utilizaban para hacer que la gente se divorciara...

La única religión que Hamed toleraba, además de su confuso islam, era los vestigios del zoroastrismo, cuyas festivas hogueras previas al equinoccio de

primavera aún tiznaban las paredes de los barrios más ricos por los que caminábamos. Zoroastro, imaginaba él, había nacido en Urmia, y una vez al año, dijo, la gente joven saltaba hogueras por la noche, los muchachos con la cara pintada de verde, las muchachas, de rojo.

Pero más tarde, al despedirnos, cuando yo le ofrecí dinero por su interpretación, Hamed lo rechazó. En vez de eso, dijo de pronto:

—Solo quiero decirle que si encuentro a Salman Rushdie, lo ma-taré.

La absurdidad de lo que acababa de decir amortiguó su impacto.

—¿Harías todo lo que tu gobierno te pidiera?—pregunté. Él se quedó callado—. ¿Me matarías a mí?

—No—dijo con incomodidad—. Escucharía mi conciencia.

—¿Qué es eso?

—Es un ángel. Nosotros lo llamamos ángel. Te lo dice.

Al despedirnos, nos estrechamos la mano sin fuerza, como si selláramos un pacto grotesco. Luego, Hamed se puso a andar por la calle en penumbra, volviéndose una vez para decirme adiós con la mano, y se perdió en la oscuridad acompañado de sus miedos y confusiones.

El patio estaba impregnado de polvo. Podría haber sido construido para una enorme concurrencia que se había marchado. La iglesia que lindaba con él era blanca, con lisas paredes enlucidas y altas agujas, como una catedral de postal. En su interior, se anunciaba como «La primera iglesia de Oriente», la cuna de los ortodoxos nestorianos, pero el recargamiento del antiguo rito se había purificado, reduciéndose a austeros bancos y un sencillo altar. Incluso el nombre «nestorianos» había sido desbancado hacía un siglo por la noción de que los partidarios de la secta eran los asirios que quedaban.

Un corpulento vigilante con sandalias y una ceñida chaqueta se extrañó de verme aquí. Llevaba una cinta negra en la cabeza que le cubría las sienes canosas y unas gafas colgadas de un cordel negro. A regañadientes, me llevó a la puerta de una edificación baja erigida sobre desgastadas piedras, todo lo que quedaba de la vieja iglesia por encima de su cripta.

Descendimos a la cripta encalada. Aquel angosto espacio crudamente

iluminado custodiaba las tumbas de cuatro sacerdotes. Había un altar repleto de flores artificiales y estampas religiosas. Un Cristo doliente miraba por encima de sus cirios encendidos. El vigilante se ablandó. Hablaba un poco de ruso. «Se llamaba Artur Mikhail Masihi», dijo, y el primer nombre francés, con el segundo ruso y el tercero árabe (significaba «cristiano»), revelaba sus complejas lealtades asirias.

—Mi padre quería que fuera sacerdote. Me llamó Mikhail por los rusos. Los rusos estuvieron aquí en la Segunda Guerra Mundial y él sirvió en sus submarinos.—Se puso firme y saludó. Luego, me contó la triste historia de su vida. Había venido de Hamadan cuando era joven, pero su mujer lo había traicionado. No tenía hijos para acompañarlo en la vejez. Había querido ir a América, su madre y su hermana habían ido, y había llegado hasta Roma antes de que se negaran a tramitarle un visado—. Así que cuidó de esto.

—¿Y cómo son aquí las cosas?

—Son duras.—Pero él amasaba el pan ázimo con sus propias manos, dijo, y tocaba la campana para la misa, y administraba el vino junto con el sacerdote asirio.

Me dejó solo durante un rato, acucillado junto a las tumbas, estudiando sus inscripciones. Ninguna era vieja. En el silencio de la cripta, la suya era la única voz, y yo no podía leerlas. Hedía a cirios a punto de consumirse. Me pregunté cuántos años hacía que habían santificado aquel lugar. Pensé en la gran estela nestoriana de Xi'an, celebrando la llegada del sacerdote Aloban, quien ««vino montado en nubes azules portando las verdaderas escrituras», y recordé la pagoda inclinada de Da Qin, perfilándose en la niebla contra las verdes colinas de China. Pero, a diferencia de los nestorianos orientales, los cuales habían sido asimilados por la cultura que les rodeaba—sus santos transformados en bodhisattvas, sus escrituras en sutras—, los nestorianos de Persia y Siria se habían convertido en mercaderes y eruditos y ayudado a traducir al sirio y al árabe el saber de la Grecia clásica, que volvería a difundirse, después de muchos siglos, a Europa.

—Ahora, quedamos muy pocos asirios—dijo el vigilante, regresando; había unos cuantos miles más en Siria y Turquía, y el resto estaban dispersos.

Pero, recostado en una tumba, encontré un cartel que explicaba la historia

de este lugar. Decía esto: hace más de dos mil años, los zoroástricos habían construido un santuario aquí. Sus sacerdotes, tres reyes magos, viajaron a Belén cuando nació Jesús. Luego, regresaron y murieron aquí bajo la protección de una princesa china.

Los orígenes de esta historia, yo lo sabía, eran muy antiguos. Irán abundaba en leyendas de los tres reyes magos, y desde hacía tiempo, se rumoreaba que al menos uno de ellos yacía enterrado aquí. Según la estela de Xi'an, viajaron a Belén desde Persia y las primeras imágenes cristianas los visten como partos, con sombreros cónicos y holgados pantalones. Según libros apócrifos del Nuevo Testamento, seguían una profecía de Zoroastro. Tras regresar con uno de los pañales de Jesús, un regalo de la virgen María, lo quemaron reverentemente en su hoguera sagrada—la prenda salió ilesa—y fueron finalmente enterrados con él en una iglesia desconocida.

En tradiciones posteriores, estos tres reyes magos fueron de diversas edades y razas—persas, etíopes, indios—, como si la humanidad entera se hubiera arrodillado ante el pesebre. Sus cuerpos, dicen, fueron reunidos por santa Helena, la madre de Constantino, y hallaron por fin reposo en la catedral de Colonia. El paño que cubre sus reliquias pertenece probablemente a la Siria del siglo III y contiene hebras de seda china.

Pero los historiadores, y el vigilante asirio, rechazan estas afirmaciones. Los eruditos señalan que la historia del nacimiento de Jesús—la versión de los reyes magos con su estrella y sus regalos, la matanza de Herodes, incluso la virginidad de María—fue narrada únicamente por san Mateo, impaciente por cumplir una profecía de Isaías. El vigilante dice que los cuerpos de los reyes magos jamás abandonaron esta cripta, pero no sabe cuándo desaparecieron sus tumbas.

—Entonces, yo no estaba aquí.

—¿Y la princesa china?—Resuena como un recuerdo que ha pervivido desde el otro extremo de la Ruta de la Seda.

El vigilante hacer sonar las llaves, ahora con ganas de irse.

—Creo que los reyes magos murieron en Jerusalén—dice—y que ella volvió a traer sus cuerpos aquí.—Pero no sabe nada más.

A Antioquía

La frontera turca estaba enmudecida en su propio desasosiego. Durante cuatro años, había sido seguro cruzarla, pero ahora, tras la invasión de Iraq liderada por Estados Unidos, los kurdos se habían vuelto a alzar en armas. Yo estaba viajando por un país no reconocido de treinta millones de habitantes, cuyas gentes atestaban las marcas de Irán occidental y Turquía sudoriental y acababan de obtener una casi autonomía en el norte de Iraq. En todas estas tierras, esta veterana nación kurda, célebre por su obstinado valor, había sido implacablemente perseguida. Una guerra de quince años en Turquía había remitido únicamente en 1999, dejando tres mil muertos. En Irán, los kurdos fueron reprimidos tras la revolución de 1979 y durante toda la guerra contra Iraq. En este país, cuando se alzaron después de la guerra del Golfo, fueron cruelmente bombardeados y gaseados.

Ahora, la frontera parecía completamente cerrada. En su aduana vacía, tres agricultores kurdos esperaban, ignorados, junto a sus sacas de arroz y pimientos. Afuera, había unos cuantos soldados ociosos. Pero nadie me cacheó. Un solo oficial me preguntó educadamente por qué había venido por esta ruta. Luego, bajo la ceñuda mirada pintada del ayatolá Jomeini, salí por unas puertas de hierro para encontrarme con la laica mirada de Ataturk.

Un taxi *dolmus*, atestado de entusiastas kurdos, me dio la bienvenida a

bordo. Fueron los primeros, en todos mis meses de viaje, en aplaudir la invasión de Iraq. Me dieron palmadas en la espalda y me estrecharon la mano. Echaron a los mulás iraníes escupiéndolos por las ventanillas y pisotearon el fantasma de Saddam Hussein. Luego, desplegaron mi mapa para señalarme los auténticos límites de su país, abarcando enormes pedazos de Siria e Irán. El hombre que iba sentado detrás de mí cruzó las muñecas con indignación para simbolizar su cautividad turca. Desde el establecimiento de un estado kurdo en Iraq, varios miles de guerrillas, inactivas desde 1999, rondaban los campos por delante de nosotros.

Afuera, los valles se volvieron más abruptos y nieve recién caída lamió los bordes de la carretera. En los pueblos, rodeados aún de manzanares, los redondeados alminares iraníes se habían convertido en afiladas dagas otomanas y las mujeres se paseaban sin velo entre niños bulliciosos. Por nuestra carretera, el alfabeto latino me creó una falsa sensación de estar regresando a casa. Al cabo de una hora, torcimos al sudoeste para internarnos en los tortuosos barrancos que conducían a Hakkâri. A lo largo de kilómetros, los despeñaderos de piedra caliza se alzaron a trescientos metros por encima del río, mientras la carretera serpenteaba entre ellos y las espumosas aguas sepías fluían al sur hacia el Tigris.

Mi taxi terminaba su trayecto en Hakkâri. Más allá, donde la carretera discurría paralelamente a la frontera iraquí, se había impuesto la ley marcial. Ningún autobús pasaba de aquí; pero un grupo de conductores kurdos se me disputó para llevarme más lejos. El más ferviente me persuadió para que subiera a bordo de su destartalado Mercedes y nos pusimos en camino. Abdullah estaba eufórico con la nueva esperanza de su pueblo. No parecía mayor de dieciocho años. Conducía como un histérico. En su radio, sonaban canciones kurdas de Kirkuk a todo volumen y en una ocasión se desvió de la carretera para encontrar un almacén de gasolina iraquí de contrabando, donde un risueño aldeano nos llenó el depósito.

—¡Gasolina de Saddam Hussein!

Conforme la policía y los controles militares fueron aumentando a lo largo de la frontera, Abdullah solo se puso más agresivo. Los soldados se fijaban en los detalles de mi pasaporte sin apenas decir una palabra, pero

inspeccionaban meticulosamente sus documentos, repetidas veces. Luego, lo acribillaban a preguntas, mientras él respondía con las manos en la cintura o balanceando provocadoramente su radio portátil. De cada encuentro, él volvía igual de indómito, taladrándose las sienes con los dedos.

—¡Turcos! ¡Estúpidos!

Luego, al sur, entre el quebrado macizo de los montes Tanintanin, comenzaron a asomar las brumosas colinas de Iraq. La carretera dio paso a una pista llena de baches. Nada se cruzó con nosotros. A lo largo de más de ochenta kilómetros, los puestos de control se convirtieron en reductos de sacas de arena y piedra, detrás de los cuales había cabezas con casco moviéndose y tanques y vehículos blindados custodiados por intranquilos centinelas.

Cuando estábamos cerca de Sirnak, la policía pilló a Abdullah. Nos hicieron parar, lo sacaron a rastras del coche y lo multaron por conducción temeraria. Él se moderó y proseguimos en silencio. Poco antes de anochecer, aún en tierras kurdas, atravesamos el ancho y somero caudal del río Tigris en Cizre y aquí fue donde Abdullah me dejó. Para entonces, se había sumido en un quejumbroso estado de autocompasión: en absoluto el combatiente por la libertad de mi ideal, sino un muchacho incompetente, esperando que yo le pagara la multa.

Estuve un rato paseando por la calle mayor de la ciudad, larga y desolada. Sus hoteles eran más lúgubres que los que había al otro lado de la frontera: inhóspitas moles cuyas habitaciones tenían las paredes desconchadas y los váteres atascados. Pero me dormí cansado y satisfecho.

Me dirigía a Antioquía.

Durante todo el día siguiente, una sucesión de autobuses me llevó rápidamente hacia el oeste. A lo largo de más de ciento cincuenta kilómetros después de Cizre, la frontera siria discurrió por una extensa llanura, precintada, en el lado turco, por alambre de espino y tierra removida, y custodiada, cada cuatrocientos metros, por torres de vigilancia. Al sur, detrás del alambre de espino, el terreno descendía imperceptiblemente, bajo una capa de piedra cada vez más fina, hasta los pueblos y campos de Siria.

Poco a poco, después de Mardin, los kurdos comenzaron a menguar. Viajábamos por un mar de colinas ocres. Un débil sol asomó en el cielo cubierto de nubes. Vimos plantaciones de algodón salpicadas de niños trabajando en ellas. Kiziltepe, Sanliurfa, Gaziantep: a lo largo de casi quinientos kilómetros, avanzamos lentamente hacia el Mediterráneo, mientras los pueblos se tornaban más pulcros y los carros de caballos desaparecían de sus carreteras. En Birecik, el caudal remansado del Éufrates relució por debajo de nosotros, y cuando se hizo de noche tres horas después, torcimos al sur bajo una lluvia torrencial.

Desde la ventana de mi hotel, la aglomeración de luces reluce como una ciudad tras una tela de gasa. Por debajo de mí, el río Orontes fluye bajo la lluvia en la oscuridad. Imagino que huelo el Mediterráneo.

En Antioquía, me he tropezado en las tinieblas con mi hotel más elegante en ocho meses. Está vacío. El turismo, desde la invasión de Iraq, ha disminuido. Ceno solo en el comedor, observado por los camareros. Es extraño. De vuelta en mi habitación, el váter funciona, y cuando abro un grifo, sale agua caliente. Una voluptuosa mujer está conduciendo un programa de entrevistas en mi televisión. Ningún mosquito muerto mancha las paredes.

Mi ropa, en estos pasillos, está súbitamente fuera de lugar. Intento ocultar los agujeros de mi jersey—es inútil—y me abrocho el anorak hasta arriba para esconder el cuello desgarrado de mi camisa. Me siento como un animal callejero. El rostro del espejo pertenece a otro sitio. Por un triste instante, lo confundo con el de mi padre. Pero ahora me sorprende su solidez; sus ojos y orejas carecen de la finura que yo había imaginado en mi viaje. Veo facciones más duras que las mías, o las de mi padre. El viento las ha curtido desde China. Los ojos tienen medialunas de cansancio. Hay un diente mellado, lo cual compromete mi sonrisa. Y aún tengo las uñas rotas de haber trepado a Maimundiz. Mientras concilio el sueño entre las blancas sábanas, me sorprendo de que alguien haya llegado a dirigirme la palabra, agradeciéndoselo con retraso.



El río Orontes, fluyendo por su profundo lecho de piedras, divide la ciudad antigua de la nueva. La Antioquía griega se ha convertido en la Antakya turca, anexada de Siria en 1938, y en sus calles aún se oye hablar en árabe. En la orilla oeste, bloques de apartamentos se apiñan como un ejército a la espera. En la este, la ciudad vieja está encaramada al monte Sipilo, el último coletazo de los montes Tauro en su descenso hacia el desierto.

Subí al monte por tortuosas callejuelas. Tenía la vaga sensación de haber regresado a casa. Un laberinto de paredes encauzó mi camino: paredes de piedra elucida que protegían viejos patios, bajo emparrados concebidos para el reposo estival y esbeltos alminares. Una o dos veces pasé por una fuente otomana o el porche de una mezquita cuajado de naranjos. Me invadió la emoción. Yo sabía que bajo mis pies—a nueve metros de profundidad en algunos lugares—la antigua ciudad yacía en escombros de piedra caliza: un esqueleto de calles flanqueadas por columnas, la curva de un teatro y circo, suelos de palacios.

Esta gran ciudad, donde la Ruta de la Seda concluía, o comenzaba, llegó a ser la más grande después de Roma y Alejandría. No obstante, fue una intrusa tardía en estas tierras inmemoriales, una isla helenística en un mar semítico. Seleuco I, sucesor del imperio alejandrino en Asia, la concibió como su capital occidental en 300 a. C., trazando sus calles mediante líneas de trigo plantado y protegiendo sus torres con elefantes atados.

Para entonces, la austera gloria de Atenas se había extinguido hacía tiempo, y durante siglos, nada atenuó el esplendor sibarita de quien se había erigido en su sucesor. En los juegos celebrados por el rey Antíoco IV, inaugurados por millares de jóvenes tocados con coronas de oro, carros de elefantes y múltiples dioses, uno presiente qué sucederá cuando los romanos lleguen a Antioquía y cómo, con el tiempo, la ciudad los asimilará. Pronto, las Rutas de la Seda—pasando algunas por el Éufrates y Palmira—estaban convergiendo, junto con la ruta del incienso, en una metrópolis romana que

controlaba tanto el tráfico a Oriente como las flotas mercantes a Occidente. Los camellos cargados de mercancías eran conducidos por sus puertas como si fueran novias. Su población se multiplicó hasta alcanzar el medio millón de habitantes. La orientación de sus avenidas, radiantemente iluminadas por la noche, aprovechaba la brisa en verano y el sol en invierno. Pero sus habitantes eran notoriamente sensuales e inquietos, y cínicos con respecto a sus gobernantes. Sus fiestas estaban llenas de festivo desenfreno y canciones irreverentes. Su teatro era un ballet erótico. Juvenal se lamentó de que la lascivia del Orontes se estuviera vertiendo al Tíber romano.

En el bosque de Dafne, situado a ocho kilómetros al norte de la ciudad, esta licencia floreció en una serie de suntuosas villas y templos. Enclavados en un boscoso barranco muy por encima del río Orontes, estaban mecidos por el murmullo de manantiales y cascadas semiocultos. Aquí, la ninfa Dafne, persuadida por Apolo, se había convertido benévolamente en un laurel y yo me encontré con sus troncos oscuros, atestando aún el barranco donde Seleuco había construido un templo al dios.

La tierra de diciembre estaba fría y húmeda bajo mis pies. En las laderas del barranco, habían construido precarios cafés hasta donde era posible, cubiertos por toldos que promocionaban las cervezas Tuborg y Efes. Estaban todos desiertos. Había unas cuantas columnas romanas caídas entre los matorrales. Me descubrí pisando con cuidado, como si pudiera despertar alguna cosa. A mi alrededor, el frondoso barranco estaba repleto de cipreses y castaños, mientras las aguas caían en cascada o se colaban por túneles para brotar inesperadamente en algún punto de este valle antaño encantado.

Las villas palaciegas se derruyeron hace tiempo, pero en sus suelos de mosaico, expuestos en el museo de la ciudad, Antioquía vuelve a cobrar vida. En la delicadeza de sus teselas, cuyos colores están minuciosamente combinados—verde oscuro y rojo grisáceo, marrón claro y amarillo verdoso—, Orfeo vuelve a encantar a las bestias, Ifigenia parte al encuentro de su muerte y las psiques alzan el vuelo con alas de mariposa en un cielo ondulado. Narciso es uno de los personajes favoritos, naturalmente, sentado con indolencia junto a su lago con un sombrero de ala ancha. Y abundan los sátiros. Y el mar, que solo estaba a poco más de treinta kilómetros de aquí,

rebosa vida mítica. El dios Océano, con pinzas de langosta por cuernos, se baña en un mar lleno de peces, mientras su consorte Talasa emerge de sus aguas atestadas de cupidos bajo una aureola de verdes cabellos, blandiendo un timón. En las imaginadas estancias de Dafne, los rostros sueñan sin sonreír bajo sus guirnaldas. Los márgenes de los mosaicos rebosan flores, las cornucopias están todas llenas. Manos se tocan bajo caras maquilladas y enjoyadas. Hay una mesita repleta de huevos duros y pies de cerdo. Y los deseos están personificados por doquier: la Alegría, la Riqueza, la Vida, la Amistad, la Salvación...

Esta era la Antioquía que se vestía con sedas chinas y las enviaba a Occidente. Y no obstante, sus habitantes desconocían los orígenes de la seda. Esta crecía como una pálida fibra algodonosa—creían los romanos—en los bosques de los seres, un pueblo que vivía en los confines orientales del mundo y a veces la extraía de sus flores multicolores. Solo en el siglo II oyeron rumores de que los seres cuidaban arañas de ocho patas, que tejían sedosas telas en torno a sus patas.

No obstante, ocho años después de que los estandartes de seda de los partos aterraran a las legiones romanas en Carrhae, Julio César los estaba desplegando sobre los asombrados espectadores en los desfiles por sus victorias. Al principio, la seda era tan escasa en Roma que las togas solo la llevaban cosida en valiosos retazos o bandas, teñida a veces con púrpura de Tiro y pigmentos escarlatas. No obstante, en pocos años, su costosa importación estaba arruinando la economía del imperio, motivo por el cual, en el año 14, el Senado declaró su uso deshonesto y la prohibió a los hombres. El filósofo Séneca se quejó de que las mujeres vestidas con seda se paseaban como si fueran desnudas y los emperadores más disolutos se enamoraron perdidamente de ella. En vano, el emperador Aurelio advirtió en 273: «No intercambiamos el oro romano por telarañas». En el siglo IV, la seda era llevada incluso por las clases más humildes y estaba volviendo a contribuir al declive de Roma.

Una cierta magia la impregnaba siempre. La seda más antigua—los indios la llamaban «viento tejido»—era a veces tan fina como la gasa. Según Lucano, Cleopatra se presentó ante César vestida con seda de linón transparente, e

incluso en épocas posteriores una cierta mística siguió envolviendo a las telas más exquisitas, las cuales solo se podían enviar al extranjero como regalos del Estado, como la valiosa capa pluvial que Harun al-Rashid envió a Carlomagno. En Bagdad, una túnica hilada en oro que costaba mil dinares de oro se tejía regularmente solo para el califa. En Occidente, se creía que la seda era llevada por las hadas y eficaz contra los relámpagos y las ratas.

Pero era en China donde se seguía hilando la seda más delicada—a menudo solo para el emperador—y en ocasiones esta llegaba a Occidente solo en forma de rumores. Había sedas que reproducían las vetas de las conchas marinas o las escamas de peces minúsculos, y otras entretejidas con las plumas de pájaros diminutos, lo cual los romanos llamaban *opus plumarium*. El mítico «gusano de seda de hielo», cubierto de escarcha y nieve, segregaba un hilo translúcido que era impermeable e ignífugo. Cabría pensar que los chinos detestaban la transparencia—preferían el jade a los rubíes, la porcelana al vidrio—, pero su modo de vestir lo refutaba. Un mercader árabe del siglo IX se sorprendió de ver un lunar en el pecho de un eunuco imperial a través de cinco capas de finísima seda.

A medida que ganaba altura, las casas se fueron terminando en el monte Sipilo. Por encima de mí, una fachada de la época de los cruzados hecha de piedra ocre y horadada por ventanas estrelladas ocultaba una gran caverna en cuyo interior resonaban oraciones en mi lengua. Bajo la bóveda de piedra toscamente labrada, había un semicírculo de cristianos evangélicos cantando. Habían venido desde Utah, dijeron, para encontrar el manantial de donde manaba su fe. Algunas pinturas murales habían dejado una desvaída capa rosa en la roca, y bajo nuestros pies, suelos de mosaico del siglo IV se extendían como jirones monocromos. Me sentí vagamente intranquilo, como si este cristianismo, la fe de mi legado, hubiera sido transmutado por el largo camino que yo tenía a mis espaldas.

La iglesia había sido un lugar de culto secreto. Según la tradición, san Pedro había predicado aquí, puesto que trabajó en Antioquía entre los años 47 y 54, cuando se convirtió en el primer obispo de la cristiandad. La comunidad

judía de la ciudad, helenizada en parte, resultó ser un terreno fértil para la conversión. San Pedro y santa Bárbara predicaron en sus calles y zarparon desde el puerto en su primer viaje misionero. Fue en Antioquía donde llamaron por primera vez cristianos a sus discípulos, y aquí se tomó la trascendental decisión de bautizar a los gentiles.

Antioquía, un nido de decadencia, se convirtió de esta forma en el manantial a partir del cual sería convertido el imperio romano, por lo que los evangélicos de Utah quizá no fueran desencaminados en situar aquí sus raíces. Con el tiempo, el cristianismo helenizado de Antioquía—una potente mezcla de fervor y saber—sería heredado por Constantinopla y el longevo imperio bizantino. En Antioquía, Constantino construyó una de las grandes iglesias de la cristiandad, la «Casa de Oro», donde predicó san Juan Crisóstomo, comparando el progreso del alma con la transformación del gusano de seda. Fiel a su naturaleza, Antioquía se convirtió en semillero del chiísmo y desde aquí el nestorianismo emprendió su largo viaje hacia el este para triunfar entre los mongoles y la dinastía Tang china.

Si uno sigue subiendo hacia el este, donde las murallas bizantinas bajan en pendiente hacia el río, percibe en su titánica ruina el poder que la ciudad ostentó hasta el siglo VI. Pero su final aconteció en devastadoras oleadas. En 526, un terremoto enterró a casi un cuarto de millón de sus habitantes en el día de la Ascensión. Catorce días después, haciendo frente a la invasión persa, el ejército bizantino desertó de la ciudad calificándola de indefendible. Sus hombres jóvenes—notoriamente afeminados—se apostaron en las murallas y combatieron casi desarmados, pero la metrópolis ardió hasta los cimientos y fue luego arrasada por la peste antes de que los persas regresaran y volvieran a incendiarla. Los fragmentos de color blanco grisáceo que hay derribados entre los matojos a lo largo de la cima o se erigen sobre los pinos pertenecen a una época cristiana más frágil y a restauraciones del período cruzado, y en el siglo XIII, Antioquía se había sumido en el largo declive que la convertiría en un pueblo dormido rodeado de leyendas.



Es de noche. En el comedor del hotel continúa sin haber nadie, salvo yo, saboreando una copa de vino. Me noto inquieto, expectante, como si mi viaje aún no hubiera terminado y mañana las puertas del vestíbulo fueran a abrirse a un desierto...

Por última vez, salgo al balcón y veo cómo salen las estrellas sobre el monte Sipilo y las murallas bizantinas se transforman en una negra silueta. Hay unas cuantas luces moviéndose por el río. Es hora de dormir, pero no puedo. En vez de ello, despliego mis manoseados mapas en la cama de matrimonio y los cotejo distraídamente con mis recuerdos. Cuando las luces de hotel se funden, encuentro mi último cabo de vela, y a su parpadeante luz amarilla, vuelvo a cruzar las fronteras falsas y las ausentes. Incluso en China, me había encontrado con la línea invisible de la frontera uigur muy al este del país, y por toda Asia Central y Afganistán—un paraíso o un infierno de etnias mezcladas—, las naciones se habían entretejido unas con otras. A la trémula luz de la vela, recuerdo haber llegado a países cientos de kilómetros antes de sus fronteras oficiales, o mucho después. A menudo, imagino que la misma Ruta de la Seda ha creado y dejado atrás estos contornos borrosos y estas fusiones, como el lecho de un río seco, e imagino mapas distintos, fantasmales, trazados sobre los políticos: mapas de razas e identidades fracturadas.

El vino se me ha subido a la cabeza por la falta de costumbre. Recojo torpemente mis notas y me tiendo en la cama medio vestido, adormeciéndome. Me pregunto si Huang está aún intentando llegar a Brasil, o si Dolkon ha terminado su molino de harina, o si Mahmuda ha visto a su amor de infancia en Namangan. Nunca lo sabré. Quizá el monje de Labrang haya huido ya a India, y Vahid a Canadá.

¿Crees pues que el viaje ha terminado? ¿Que ya tienes suficiente perspectiva?

No alcanzo a imaginar que algún día...

Lo harás. Lo harás, sí. Al principio, cuando eres joven, cada lugar al que

llegas es más pobre que el siguiente, el cual tú no conoces aún. Ese otro es extraordinariamente hermoso. Así que continúas, quizá durante muchos años. Continúas hasta darte cuenta de que el comercio también era bueno, con algunos inconvenientes, en la ciudad que has dejado atrás. Pronto, los hombres más jóvenes dicen que has perdido la ambición; los mayores, que te has hecho sabio. Entonces, al asentarte, llega la comodidad, y una especie de tristeza.

¿Has hecho eso tú?

Yo dejé a mis hijos ricos y mis tierras en orden. Mi mujer llevaba pendientes de zafiro, que yo había traído de Bactriana. ¿Qué has traído tú? [Silencio.] ¿Por qué no respondes?

Un puñado de historias...

¿De qué sirven? [Silencio.] Creo que son tu religión. [Silencio.] Yo la maldigo.

[Me encojo de hombros]: En mi mundo no insultamos a las religiones.

¿Por qué no en el nombre de Dios? Creo que es porque no os interesan y habéis perdido la fe. Los que tienen interés, luchan.

Apago la luz, muy cansado: La mayor parte del tiempo, da lo mismo. Nosotros seguimos comprando y vendiendo, como tú. Pero entonces, algo llega en la noche. Y no podemos soportar la muerte de nuestros seres queridos. El vacío nos envuelve. No hay ningún sitio donde mirar.

Quizá hayamos todos estado demasiado tiempo viajando. Demasiadas generaciones. He olvidado a mi tribu, incluso cuál era su tótem. Es hora de regresar. Y no podemos. Yo morí en el desierto cerca de Hotan, demasiado pronto. Transportábamos sal y los camellos llevaban demasiada carga. A veces, el viento cambia las dunas de sitio durante la noche y por la mañana no sabes dónde estás... Amigo mío, adiós. No está tan mal...



A unos treinta kilómetros al sur, donde el río Orontes llevó en otro tiempo

esquifes al mar, el antiguo puerto de Seleucia Pieria erige una acrópolis en ruinas sobre las olas. La orilla está ahora vacía y el Mediterráneo se extiende espléndidamente por debajo de mí, como una centelleante llanura.

Rodeé la acrópolis por la tupida maleza, llena de adelfas y pinos jóvenes. Bloques de piedra labrada se alzaban por encima de mí o sembraban la maraña de matorrales. Subí por unas escaleras cruzando una puerta desaparecida. Estaba empezando a llover. Entre sus murallas, la ciudad encaramada a la colina se había derrumbado, dejando únicamente la incisión de cisternas y canales de desagüe en la roca, pasos errantes. Un sarcófago monolítico se estaba llenando de agua.

Hacia dos mil años, los legionarios de Tito y Vespasiano, con prisioneros de su cruel campaña contra Judea, excavaron un profundo canal de quinientos metros por el centro de la acrópolis para desviar del puerto las aguas de las crecidas. Entré en él por un frío torrente de agua. A lo largo de doscientos metros, discurrió excavado en la roca viva. Luego, se abrió a un desfiladero entre cuyas paredes de veinticuatro metros de altura se filtraba una luz oblicua empañada de lluvia. Sumido en luces y sombras, trazaba un pasillo de desolada belleza. Lo seguí a contracorriente, con su torrente fluyendo entre las piedras junto a mí. No se oía nada salvo el goteo y el chapoteo de la lluvia y el borboteo del agua río abajo. Las marcas de cincel aún se entrecruzaban en la roca. Al final, bajo una inscripción ennegrecida en honor a los emperadores deificados, se erigía la presa, trenzada de enredaderas, que había desviado aquí las aguas de las crecidas. Junto a ella, inesperado y enigmático en la soledad, había un bosquecillo de laureles en cuyas ramas florecían trozos de tela votivos.

Emergí de esta penumbra, cerca de la orilla, donde el muro del puerto era ahora una hilera de inmensas piedras inconexas. El puerto interior estaba cegado desde hacía tiempo y me encontré atravesando una depresión de tierra sedimentada donde los grandes barcos mercantes griegos y sirios habían traído su vidrio y sus metales romanos y se habían llevado las sedas de China hacia el oeste.

El malecón se había hundido y de él solo quedaban piedras alisadas. Intenté imaginarme el tráfico flotando aquí: los lujos que la distancia volvía

mágicos, el trigo y las pieles de los pobres ignorados por la historia, toda la intrincada caravana del mundo. Las mercancías eran portadoras de mitos. Transportaban sus propias historias, sus propias ironías. Había un supuesto comercio de unicornios. El puerto cegado estaba en silencio bajo mis pies.

Y aun así, los romanos no conocían el país del que provenía la seda. En algún lugar, colindando con el mar más oriental del mundo, creían, el país de los seres rehuía la influencia de los astros y estaba únicamente regido por las leyes de sus antepasados. Marte jamás empujaba a sus gentes a la guerra, ni Venus a la locura. No tenían templos, prostitutas, delitos, víctimas. Las mujeres del rey—setecientas—montaban en carrozas doradas tiradas por bueyes. Pero hasta este país llamado Serica, por algún encantamiento divino, era imposible llegar.

Entretanto, los chinos, análogamente, terminaron por creer que en una gran ciudad de Occidente—Roma, Alejandría o Constantinopla—el pueblo estaba gobernado por filósofos, elegidos pacíficamente. Sus palacios se alzaban sobre pilares de cristal y sus habitantes viajaban en pequeñas carrozas blancas y advertían de su presencia haciendo sonar campanillas.

Era como si la ruta entre los dos imperios, con una cuarta parte de la longitud del ecuador, hubiera disuelto a su paso todos sus problemas. Porque, conforme fueron declinando, tanto China como Roma fueron arrasadas por la guerra.

Anduve por la arena negra hasta el espigón. Cerca de la orilla, el agua tenía un brillo azul turquesa. Estaba tibia cuando la toqué. Pero a este y oeste el cielo no era la quietud azul que yo había imaginado en mi regreso a casa, sino un agitado paisaje de nubes que sumía el mar en un cambiante claroscuro de luces y sombras.

Cronología

China

hacia 4000 a. C. Inicio de la sericultura.

2697-2597 a. C. Reino legendario del emperador Amarillo

hacia 2000 a. C. Los tocarios llegan al noroeste

hacia 604 (?) a. C. Lao-zi, fundador legendario del taoísmo

hacia 551-479 a. C. Confucio

221 a. C. Qin Shi Huangdi unifica China; Changan (Xi'an) se convierte en capital

206 a. C. -220 Dinastías Han

s. II a. C. Inauguración oficial de la Ruta de la Seda

hacia 100 a. C. Invención del papel

s. I El budismo llega a China

s. IV Cambio climático en Takla Makan; el desierto empieza a destruir sus asentamientos

618-907 Dinastía Tang

629-645 El monje Hsuan-tsang viaja a India

635 El nestorianismo llega a China

s. VII Comerciantes islámicos (más tarde hui) llegan a China por la Ruta de la Seda

Asia Central

hacia 1500 a. C. Los arios invaden el norte de Afganistán

500 a. C. Los persas conquistan Afganistán

330-329 a. C. Invasión de Alejandro Magno

300 a. C.-50 Los griegos bactrianos gobiernan el norte de Afganistán

50-330 Imperio kushana. Florece el arte gandara.

375-400 Invasión de los hunos

s. V-VII Apogeo de los sogdianos

Irán

628-551 a. C. (?) Zoroastro
640-323 a. C. Dinastía aqueménida

331 a. C. Invasión de Alejandro Magno
323 a. C. Muerte de Alejandro. Persia pasa a
manos de Seleuco I
323-223 a. C. Dinastía seléucida
223 a. C.-226 Dinastía parto

53 a. C. Batalla de Carrhae

224-642 Dinastía sasánida. Vencen a los hu-
nos y extienden su imperio hasta el río
Oxus

637-642 Los árabes conquistan Persia: adve-
nimiento del islam

Occidente

3110-2258 a. C. Reino del antiguo Egipto

479-431 a. C. Época de oro de Grecia
323-64 a. C. Los seléucidas gobiernan Siria
300 a. C. Se funda Antioquía

64 a. C. Los romanos conquistan Siria

27 a. C.-14 Reino de César Augusto, primer
emperador de Roma

313-337 Reino de Constantino el Grande
330 Constantinopla se convierte en capital.
Albores del imperio bizantino
410 Roma es conquistada por los godos
431 El nestorianismo divide las iglesias
orientales
527-565 Reino de Justiniano en Bizancio
552 Gusanos de la seda llevados a Constan-
tinopla
632 Muerte de Mahoma
637 Los árabes capturan Jerusalén
658 Asesinato de Ali, cuarto califa del islam.
Orígenes del cisma entre suníes y chiíes

China

hacia 800 Invención de la imprenta con moldes de madera

845 Los Tang prohíben el nesterianismo

s. ix Los kirguizes emigran hacia el noroeste
960-1279 Dinastías Sung

s. xi El islam avanza hacia el noroeste. El budismo mengua

hacia 1269-1249 Emperador Kublai Kahn

1260-1295 Presuntos viajes de Marco Polo

1279-1368 Dinastía Yuan

1368-1644 Dinastía Ming

Mediados del s. xv Los Ming cierran las fronteras

1644-1912 Dinastía Qing

1949 Se funda la República Popular

1959 Huida del Dalai Lama

1966 Empieza la Revolución Cultural

1976 Muere Mao Zedong

1989 Masacre de la plaza de Tiananmen

1990-1998 Alzamientos de los uigures contra los chinos

Asia Central

751 Batalla de Talas. Los árabes derrotan a los chinos

hacia 840 Los uigures emigran al oeste hacia Tarim

1220-1227 Los mongoles invaden al mando de Genghis Khan

1260-1368 La «pax mongolica»

hacia 1300 Los kirguizes emigran desde Siberia a los montes Tian

1381 Tamerlán invade Afganistán

1405 Muere Tamerlán

1495-1530 Los timúridas gobiernan en Herat

1500 Los shaibánidas uzbekos toman Samarcanda

1504 Kabul es capturada por Babur

1747 Fundación del estado afgano

1885 Los rusos completan la conquista de Asia Central

1917 El poder soviético se establece en territorio kirguiz

1920 Los bolcheviques capturan Bujara; refugiados uzbekos y tayikos huyen a Afganistán

1924-1927 Stalin define las fronteras de Uzbekistán, Kirguizistán

1979-1980 La URSS invade Afganistán

1898 La URSS se retira de Afganistán

1991 Los estados de Asia Central se independizan de la URSS

1994 Ascenso al poder de los talibanes

1997 Los talibanes capturan Mazar-i-Sharif, luego son masacrados

2001 Invasión de Afganistán liderada por Estados Unidos

2004 Primeras elecciones libres de Afganistán

Irán

765 Nacimiento de la secta ismailí

874 Ocultamiento del duodécimo imán chií

1020 Muerte de Firdausí

1037-1220 Dinastía turca selyúcida

1256-1257 Los mongoles al mando de Hula-
gu aniquilan a los asesinos

1256-1335 Dinastía mongol iljaní

1258 Los mongoles saquean Bagdad

1304-1316 Reino de Oljeitu

1500-1736 Dinastía safawí

1925-1979 Dinastía Pahleví

1979 Revolución islámica encabezada por el
ayatolá Jomeini. El Sha huye

1980-1988 Guerra entre Irán e Iraq

1989 Muerte del ayatolá Jomeini

Occidente

680 Batalla de Kerbela

800 Carlomagno es coronado santo emperador romano

1099 La primera cruzada captura Jerusalén

1260 Los mamelucos hacen retroceder a los mongoles

1453 Los turcos otomanos capturan Constantinopla

1498 Los portugueses inauguran la ruta marítima que rodea África

1914-1918 Primera Guerra Mundial

1917 Revolución rusa

1939-1945 Segunda Guerra Mundial

1974-1997 Rebeliones kurdas en Turquía

2001 Ataque al World Trade Center

2002 Invasión de Iraq liderada por Estados Unidos

La sombra de la ruta de la seda
Colin Thubron

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Shadow of the Silk Road*

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© de la fotografía de la portada, Thanés Gochgomgamud

© Colin Thubron, 2006

© de la traducción del inglés, Rosa Pérez Pérez, 2007

© de esta edición, Grup Editorial, 62, S.L.U., 2014

Ediciones Península

Pedro i Pons, 9-11, 11^a pta.

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2014

ISBN: 978-84-9942-296-1

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.,
www.victorigual.com